ESPARTACO

EL GLADIADOR

BEN KANE

Lectulandia

Año 74 a.C. Ante la llegada inminente del invierno pocos son los que se aventuran a emprender un viaje, pero un hombre cubre el último y agotador tramo que lo llevará a su casa.

Vastas regiones de su tierra natal, Tracia, situada al norte de Grecia, han caído en manos de los odiados romanos. Este tracio ha luchado en las legiones romanas durante casi una década. Hábil y curtido en la batalla, es un luchador nato llamado Espartaco. Pero su hogar ha dejado de ser el lugar seguro que imagina. Un nuevo rey ocupa el trono. Traicionero y astuto, se ha hecho con el poder mediante un asesinato y se aferra a él con métodos violentos. Cuando un tratante de esclavos romano aparece en el pueblo en busca de hombres que luchen como gladiadores, Espartaco es víctima de una traición y vendido. Así empieza su gran odisea.

‘Descarnada, apasionada y violenta, esta fascinante novela no puede soltarse hasta el final y es una muy buena lectura. Hace que Espartaco, y la antigua Roma, cobren vida.’Steven Pressfield.

‘Una historia épica, escrita de forma triunfante.’Giles Kristian.

‘Sangrienta, trepidante, apasionante… un comienzo magistral que no debería pasarse por alto.’ James Rollins.

‘Disfruté sobremanera con La legión olvidada, tanto que seguí leyendo hasta las dos de la mañana para acabarla.’ Manda Scott.

‘La legión olvidada vuelve a marchar… El águila de plata es una combinación totalmente absorbente de hechos históricos y ficción verosímil que atrae al lector y le atrapa hasta la última página.’ Douglas Jackson.

Lectulandia

Ben Kane

Espartaco: El gladiador

Espartaco 1

ePub r1.0
capitancebolleta 08.11.13

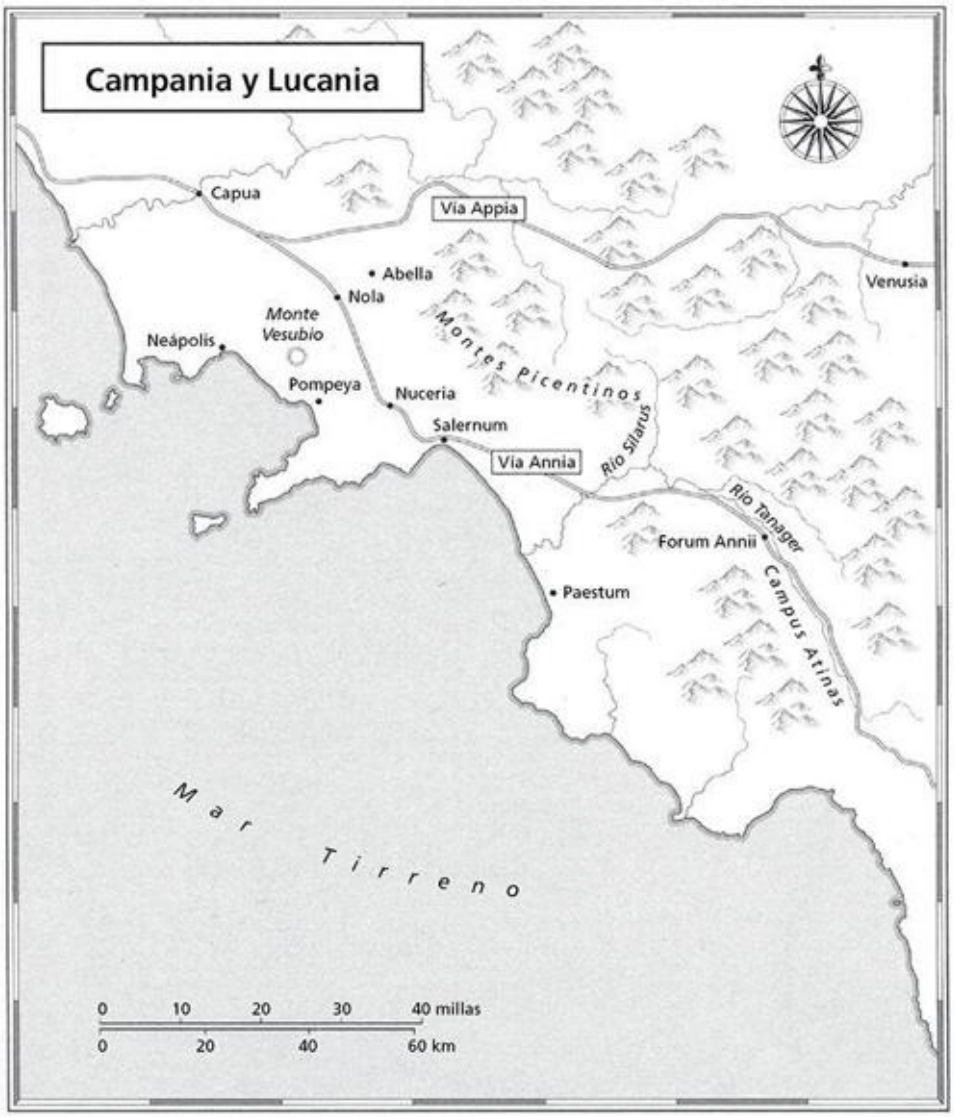
Título original: *Spartacus: The Gladiator*
Ben Kane, 2012
Traducción: Mercé Diago y Abel Debritto
Fecha Traducción: 06/2013

Editor digital: capitancebolleta
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para mi hermano Stephen

República italiana en el siglo I a.C.
ALPES
GALIA CISALPINA
R. Padus
Mutina
ITALIA
Pisae
Apeninos
ETRURIA
PICENUM
Mar Adriático
ILIRIA
CÓRCEGA
Roma
LATIUM
SAMNIUM
Via Appia
Capua
Venusia
Via Appia
CAMPANIA
Brundisium
Pompeya
LUCANIA
Tarentum
Metapontum
CERDEÑA
Thurium
Via Annia
Mar Tirreno
Messana
Rhegium
Mar Jónico
SICILIA
MARE INTERNUM
ÁFRICA
0 50 100 150 200 millas
0 100 200 300 km


Campania y Lucania
Capua
Via Appia
Abella
Nola
Venusia
Monte Vesubio
Neápolis
Montes Picentinos
Pompeya
Nuceria
Salernum
Río Silarus
Via Annia
Río Tanager
Forum Annii
Paestum
Campus Atinas
Mar Tirreno
0 10 20 30 40 millas
0 20 40 60 km

1

Suroeste de Tracia, otoño del 74 a.C.

Cuando el pueblo resultó visible en lo alto de una colina lejana, le embargó la alegría. El trayecto desde Bitinia había sido largo. Tenía ampollas en los pies, le dolían los músculos de las piernas y el peso de la cota de malla le provocaba dolor de espalda. El viento frío le azotaba las orejas y se maldijo por no haberse comprado una gorra de piel en el asentamiento por el que había pasado hacía dos días. Siempre se las había apañado con una funda de fieltro y, en caso necesario, un casco de bronce, en vez del típico *alopekis* tracio de piel de zorro. Pero, dada la crudeza de la climatología, llevar una vestimenta cálida tal vez fuera más importante que ir preparado para la guerra. Por todos los dioses, ¡cuánto anhelaba dormir bajo la comodidad de un techo, a resguardo de los elementos! El viaje desde el campamento romano desde el que lo habían eximido del servicio había durado más de seis semanas y el invierno estaba al caer. Debería haber tardado menos de la mitad de ese tiempo, pero el caballo se había quedado cojo a los dos días de partir. Desde ese momento, había descartado cabalgar. Lo máximo que podía pedirle a la montura para no empeorar la cojera era que cargara el escudo y el equipo.

—A cualquier otro caballo ya lo habría dado en sacrificio para los dioses hace tiempo —dijo, tirando de la cuerda que guiaba al semental blanco que amblaba detrás de él—. Pero me has servido bien estos últimos años, ¿eh? —Sonrió cuando el animal le relinchó—. No, no me quedan manzanas. Pero pronto te daré de comer. Ya casi estamos en casa, gracias al Jinete.

Su hogar. La mera idea le parecía irreal. ¿Qué significaba aquello después de tanto tiempo? Ver a su padre sería lo mejor de todo, aunque para entonces debía de ser un anciano. El viajero había estado ausente durante buena parte de una década, luchando para Roma. Un poder que todos los tracios odiaban, aunque muchos le servían de todas formas. Él había tenido buenos motivos para hacerlo. «Aprender sus costumbres para así luchar contra ellos algún día. Mi padre tuvo una buena idea.» Uno de los actos más difíciles de su vida había sido acatar las órdenes de esos mismos soldados contra los que había luchado, hombres que quizás hubieran matado a su hermano y que sin lugar a dudas habían conquistado su tierra. Pero había valido la pena. Esos hijos de perra le habían proporcionado una cantidad ingente de información. Instruir a los hombres sin compasión, hasta que luchaban como una unidad. Lo vital que era obedecer las órdenes, incluso en el fragor de la batalla. Conseguir que los soldados bien preparados se mantuvieran firmes en las situaciones más extremas. «Disciplina», pensó. Disciplina y organización eran dos de las claves.

«No fue solo el deseo de aprender sus costumbres lo que te hizo marchar del pueblo —añadió su lado combativo—. Tras la última derrota a manos de las legiones,

tu tribu se quedó de lo más intimidada. Ya no existía la posibilidad de luchar contra nadie, y mucho menos Roma. Eres un guerrero que sigue al dios jinete. Te encanta la guerra. El derramamiento de sangre. Matar. Alistarte en el ejército romano te brindó la oportunidad de participar en campañas infinitas. A pesar de todo lo que le han hecho a tu pueblo, te resultó placentero librar guerras junto a ellos.»

«Ahora ya estoy más que harto. Ha llegado el momento de sentar la cabeza. Encontrar a una mujer. Formar una familia.» Sonrió. En otro momento se habría burlado de tales ideas. Ahora le resultaban atrayentes. Durante su servicio en las legiones, había visto cosas capaces de encanecer a un hombre. Se había acostumbrado a ellas, en el fragor de la batalla se había comportado igual, pero saquear campos y pueblos indefensos y ver violar a mujeres y asesinar a niños no le parecía especialmente bien.

—Me conformaré durante un tiempo con planificar el ataque a Roma. Ya se me volverá a presentar la oportunidad de ir a la guerra —le dijo al semental—. Mientras tanto, necesito a una buena mujer tracia que me dé un montón de hijos.

El animal le mordisqueó el codo a la espera de un premio.

—Si quieres un poco de cebada, mueve el culo —le dijo con un gruñido cariñoso —. No pienso parar a darte un morral tan cerca del pueblo.

Por encima de él, a su izquierda, algo hizo caer un fragmento de roca, y maldijo en silencio por haberse distraído. El hecho de que no hubiera encontrado a nadie por el camino de tierra no significaba que fuera seguro. De todos modos, los dioses le habían sonreído durante el viaje desde Bitinia. En aquella época la mayoría de los tracios evitaban el duro clima y se dedicaban a lubricar y almacenar las armas para prepararse para la siguiente temporada de campañas. Para un viajero solitario era la mejor época.

«He tenido suerte de no haberme encontrado con bandidos hasta el momento. Suelen estar cerca de mi pueblo, los puñeteros. Espero que no haya demasiados.» Fingió estirar los hombros y hacer círculos con la cabeza para mirar furtivamente a ambos lados. Tres hombres, cuatro quizá, le observaban desde sus escondrijos en las pendientes rocosas que bordeaban el camino de tierra. Teniendo en cuenta que estaban en Tracia, resultaba sorprendente que fueran armados con jabalinas. Lanzó una mirada al casco de bronce que colgaba del costal de los cuartos traseros del semental y decidió no cogerlo. Había pocos peltastas capaces de alcanzar a un hombre en la cabeza. En cuanto al escudo, pues bueno, podía cogerlo mientras las primeras jabalinas surcaran el aire. Si le alcanzaban, la cota de malla probablemente le protegiera. Tardaría demasiado en desatar la lanza. Lucharía contra ellos con la *sica*, la espada curvada tracia que llevaba colgada del cinturón dorado. Eran contratiempos aceptables, decidió. Siempre y cuando los bandidos no fueran tiradores expertos. «Gran Jinete, protégeme con la espada a punto.»

—Sé que estáis ahí —llamó—. No hace falta que os escondáis.

Se oyó una risotada áspera. Uno de los bandidos se incorporó a unos treinta pasos de distancia. Unos ojos despiadados observaban al viajero desde un rostro estrecho surcado por cicatrices. La capa de lana bordada se abrió y dejó entrever una túnica raída hasta la altura de los muslos. Iba tocado con una gorra de piel de zorro grasienta. Tenía las piernas raquíticas y las botas altas de piel de becerro habían visto días mejores. En la mano izquierda llevaba un *pelte* típico, que era un escudo en forma de medialuna, y detrás una jabalina de repuesto; en la derecha otra lanza ligera inclinada y lista para lanzar.

«Ninguna armadura y, aparte de las jabalinas, nada más que un puñal en el cinturón —observó el viajero—. Bien. Sus amigos no irán mejor armados.»

—Llevas un buen semental —dijo el matón—. Lástima que esté cojo.

—Sí, si no estuviera cojo, tú y tus compinches me habríais confundido con una nube de polvo.

—Pero lo está, así que vas a pie y solo —dijo con desprecio una segunda voz.

El viajero alzó la vista. Quien había hablado era mayor que el primer hombre, con el rostro arrugado y pelo encanecido. La ropa de punto de cáñamo estaba igual de raída, pero su mirada desasosegante transmitía un hambre voraz. Por pobre que fuera, el escudo circular que llevaba era bueno y parecía haberle dado un buen uso a la jabalina del puño derecho. Era el más peligroso. El líder.

—Supongo que queréis el semental —dijo el viajero.

—¡Ja! —Un tercer hombre se levantó. Era más alto que cualquiera de los otros dos, tenía los brazos y las piernas bien musculados y en vez de jabalinas llevaba un *pelte* grande con un garrote de aspecto amenazador.

—Lo queremos todo. El caballo, el equipo y las armas. Y tu dinero, si es que tienes.

—¡Incluso nos quedaremos con la comida! —El cuarto bandido estaba esquelético, con las mejillas hundidas y una tez amarillenta de aspecto enfermizo. No llevaba escudo pero sí tres lanzas ligeras.

—Y si os doy todo eso ¿me dejareis seguir mi camino? —Su aliento dejó rastro en el aire frío.

—Por supuesto —prometió el primer hombre. Su expresión era apagada y mortecina, y las burlas de sus compinches daban poca credibilidad a sus palabras.

El viajero no se molestó en contestar. Giró en redondo y murmuró «Quieto» al caballo. Mientras deslizaba la mano bajo el gran escudo circular y desabrochaba la correa que lo sujetaba oyó una jabalina zumbando por encima de su cabeza. Le siguió otra que dibujó un arco más bajo. Se clavó en la tierra entre los cascos del caballo, lo cual le hizo moverse de forma ligera y rápida a uno y otro lado.

—Tranquilo —le ordenó—. Ya has pasado por esto un montón de veces. —

Apaciguado por su voz, el animal se quedó quieto.

—¡Oeagrus, para, imbécil! —gritó el líder—. Si hieres a ese animal, te destripo yo mismo.

«Bien, se acabaron las jabalinas. El semental es demasiado valioso.» Se colocó de espaldas a su montura y se giró alzando el escudo. Así tenía detrás al bandido delgaducho pero no se arriesgaría a arrojar más lanzas, ni tampoco los demás. Desenvainó la *sica* y sonrió sombríamente.

—Tendréis que venir a luchar conmigo.

—De acuerdo —gruñó el primer hombre. Utilizando los talones para frenar, bajó la pendiente patinando. Le siguieron sus dos compinches. Detrás de él, el viajero oyó que el delgaducho también bajaba. El semental enseñó los dientes y lanzó un desafío enfadado. «Que intente acercarse.»

Cuando el trío llegó abajo parlamentaron unos instantes.

—¿Preparados? —preguntó él con tono burlón.

—Hijo de perra —rugió el líder—, ¿serás tan arrogante cuando te corte los huevos y te los meta hasta la garganta?

—Por lo menos me los podrás encontrar. Dudo de que alguno de tus compinches de mierda tenga.

El hombretón se retorcía de furia. Gritando a todo pulmón atacó con el *pelte* y el garrote preparados.

El viajero dio un par de pasos hacia delante. Se preparó colocando el pie izquierdo detrás del escudo. Apretó la *sica* con más fuerza. «Tengo que ir rápido o los otros también se me echarán encima.»

Por suerte, el matón era tan torpe como previsible. Acercó el escudo a su contrincante y le asestó un mal golpe en la cabeza. El viajero, que se balanceó hacia atrás por el impacto, apartó la cabeza. Alargando el brazo *sica* en mano, partió en dos el tendón de la corva izquierda del hombre. Un grito perforó el aire y el bandido se cayó hecho un ovillo. Le quedó sensatez suficiente para alzar el *pelte*, pero el viajero se lo apartó de un golpe con el escudo y le atravesó el cuello. El matón murió ahogándose con su propia sangre.

Sacó la hoja y le dio una patada al cadáver en la espalda.

—¿Quién es el próximo?

El líder silbó una orden al hombre delgaducho antes de que él y el bandido que llevaba gorro se separaran. Corretearon como cucarachas a uno y otro lado de la víctima.

El semental barritó otro desafío y el viajero notó que se encabritaba sobre las patas traseras. Dio un paso adelante y se apartó de la trayectoria del caballo. Al cabo de un instante oyó un grito ahogado, el golpeteo sordo de los cascos contra el hueso y, acto seguido, el ruido de un cuerpo al caer al suelo.

—Mi caballo será cojo, pero sigue teniendo mucho genio —dijo con suavidad—. Si no me equivoco los sesos de tu amigo van a decorar el camino.

Los dos bandidos restantes intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¡Ni se te ocurra pensar en huir! —advirtió el líder—. Oeagrus era el hijo de mi hermana. Quiero vengar su muerte.

El viajero bajó el escudo ligeramente con discreción y dejó el cuello al descubierto. «A ver si alguno cae en la tentación.»

El hombre del gorro de piel de zorro apretó la mandíbula.

—A mí me importa un cojón herir al animal —dijo, lanzando la jabalina.

El viajero no se apartó de la trayectoria de la lanza. Se limitó a alzar el escudo y dejó que cayera directamente en las capas de madera y cuero. El extremo afilado de hierro se clavó dos dedos en la superficie interna, pero no le hirió. Echó hacia atrás el brazo izquierdo y lanzó el por entonces artículo inútil al bandido, que salió disparado para evitar que le alcanzara. Lo que no se esperaba era que el viajero estuviera a apenas unos pasos detrás del escudo volador. Cuando el bandido arrojó la segunda jabalina a su contrincante, la esquivó con furia.

Valiéndose del impulso para seguir avanzando, el viajero asestó un puñetazo en la cara a su contrincante con la izquierda. La cabeza del hombre cayó hacia atrás por la fuerza del golpe y apenas vio venir la *sica* cuando le hizo un tajo profundo en el punto de unión entre el cuello y el torso. La sangre salió disparada por todas partes y, con una ligera mirada de asombro, el bandido cayó de lado al suelo. Al ritmo de los latidos cada vez más lentos de su corazón, una marea carmesí empapó la tierra que le rodeaba. «Me he cargado a tres, pero el último es el más mortífero.»

El viajero se giró con rapidez esperando que el líder intentara apuñalarlo por la espalda. El movimiento le evitó resultar herido de gravedad y la jabalina resbaló por las anillas de la cota de malla y acabó en nada, lo cual hizo que el hombre hiciera más esfuerzo del necesario y tropezara. Un revés inmenso en la cara le hizo caer de culo y perder el arma.

Alzó la vista hacia el viajero con expresión de verdadero terror.

—Tengo esposa. Una-a familia-a que alimentar —tartamudeó.

—Tenías que habértelo pensado dos veces antes de tenderme una emboscada —fue la respuesta gruñida.

El bandido gritó cuando la *sica* se le deslizó en el vientre y le dejó las entrañas hechas trizas. Sollozando de dolor, esperó el golpe mortal. Pero no llegaba. Se quedó ahí tendido, impotente, perdiendo la conciencia por momentos.

Al cabo de unos instantes abrió los ojos. Su asesino le observaba impasible.

—No me dejes así —suplicó—. Ni siquiera Kotys le haría esto a un hombre.

—¿Kotys? —No hubo respuesta, así que le dio un puntapié a la víctima—. Ibas a cortarme los huevos y hacérmelos comer, ¿recuerdas?

Se tragó su agonía.
—Por-por favor.
—Muy bien. —Alzó la *sica* bien alto.
—Por todos los dioses, ¿quién eres? —acertó a susurrar.
—Un viajero cansado con un caballo cojo.
La hoja segó y los ojos del matón se abrieron como platos por última vez.

Ariadne se peinó hacia atrás y se colocó con cuidado un par de horquillas de hueso en la larga melena negra para sujetársela. Se sentó en un taburete de tres patas junto a una mesa de madera baja y orientó el espejo de bronce que había allí para que reflejara la luz tenue que entraba por la puerta abierta de la choza. El objeto ovalado de metal dorado rojizo era su único lujo y utilizándolo de vez en cuando se recordaba quién era. Aquel era uno de esos días. Para la gran mayoría de los habitantes del poblado, ella no era una mujer, una pariente o una amiga. Era la sacerdotisa de Dioniso y la veneraban como tal. A Ariadne le satisfacía tal privilegio la mayoría de las veces. Después de una infancia dura, su posición elevada era más de lo que jamás había soñado. Pero eso no implicaba que no tuviera necesidades o deseos. «¿Qué tiene de malo querer a un hombre? ¿Un marido?» Frunció los labios. Actualmente, la única persona que se mostraba interesada por ella era Kotys, el rey de la tribu de los medos. Como era de esperar, su interés había truncado las posibilidades de cualquier otro pretendiente. Quienes contrariaban a Kotys solían acabar muertos… o por lo menos es lo que se rumoreaba. No es que hubiera habido otros con anterioridad, se dijo con amargura. No abundaban los hombres con las agallas suficientes para cortejar a una sacerdotisa.

Ariadne ni quería ni agradecía las insinuaciones lascivas de Kotys, pero se sentía incapaz de evitarlas. Él todavía no había pasado al terreno físico, aunque estaba convencida de que eso se debía a su estatus superior y a la serpiente venenosa que guardaba en un cesto junto a su lecho. Su situación era incluso más complicada por el hecho de que debía permanecer en el poblado. Los altos sacerdotes de Cabila, la única ciudad de Tracia, situada al noroeste, la habían enviado allí. A pesar de lo extraordinario de sus circunstancias, su nombramiento era de por vida. Si regresaba a Cabila, a Ariadne le asignarían las tareas más ingratas en el templo principal para el resto de sus días.

Regresar con su familia también estaba descartado. Si bien quería a su madre y rezaba por ella todos los días, Ariadne albergaba dos sentimientos por su padre. Primero el odio y segundo el aborrecimiento. Tales emociones derivaban de una infancia brutal. La existencia de Ariadne había consistido en palizas, humillaciones y cosas peores, todas ellas a manos de su padre. Como guerrero de la tribu de los odrisios, la despreciaba porque era hija única y no un varón. Durante los largos años

de desdicha, su única vía de escape había sido rezarle a Dioniso, el dios de la embriaguez y del éxtasis ritual. Solo estando en comunión con él sentía cierta paz interior, situación que todavía se mantenía. Hasta el día de hoy, Ariadne consideraba que Dioniso la había ayudado a sobrevivir al maltrato interminable.

Aparte de casándose, la idea de huir de su padre nunca se le había pasado por la cabeza. Sencillamente no tenía adónde ir. Pero en su decimotercer cumpleaños su situación había cambiado por completo. En una intervención insólita, la sufrida madre de Ariadne había convencido a su padre para que le permitiera asistir al templo dionisíaco de Cabila como futura candidata al sacerdocio. Una vez allí, su determinación implacable había impresionado a los sacerdotes y le habían permitido que se quedara. Más de una década después, seguía sin tener ganas de regresar a casa. A no ser, por supuesto, que fuera para matar a su padre, lo cual sería un acto sinsentido. Si bien la posición de Ariadne como sacerdotisa la elevaba por encima de las mujeres normales, un parricidio le depararía un único destino.

No, su mejor opción era capear las atenciones de Kotys, «Dioniso, deja que alguna beldad de mirada tierna le llame pronto la atención», y asentarse allí. Apenas hacía seis meses que había llegado allí, el principal poblado de los medos. No demasiado. Ariadne elevó el mentón. Por supuesto había otra opción. Si Kotys era depuesto, un hombre mejor podría ocupar su lugar. Llevaba allí el tiempo suficiente para advertir el descontento latente por su gobierno. A Rhesus, el rey anterior, y Andriscus, su hijo, no se les echaba de menos especialmente, pero Sitalkes, el noble que podría haberlos sustituido, había sido un personaje querido. Se cuidaban de no hacerlo cerca de los guardaespaldas de Kotys, pero muchos guerreros hablaban con nostalgia de Sitalkes y de sus dos hijos, de los cuales uno había muerto en el campo de batalla contra los romanos y el otro se había ido a servir a los conquistadores como mercenario y nunca había regresado.

Ojalá apareciera alguien que aprovechara la rabia latente contra Kotys, pensó Ariadne. Bastaría una lucha corta y encarnizada para que aquel cabrón desapareciera para siempre. Maldijo el hecho de haber nacido mujer, y no era la primera vez. «Nadie me seguiría.» Contempló el reflejo conocido en el espejo de bronce que tenía delante. Un rostro en forma de corazón con una nariz recta y pómulos marcados enmarcado por unos tirabuzones de cabello negro. Una mandíbula resuelta. Piel blanca y lechosa, de lo menos apropiada para el sol implacable que bañaba Tracia en verano. Un tatuaje en forma de puntos que se arremolinaban en ambos antebrazos. Hombros delgados pero musculosos. Pechos pequeños. «¿Qué ve Kotys en mí? —se preguntó—. No soy ninguna belleza. Fuera de lo común, quizá, pero no guapa.» Como siempre, la misma respuesta asomó a la cabeza de Ariadne: «Ve mi espíritu rebelde y, como rey, lo quiere para sí.» Era la misma fiereza que a menudo había hecho que se metiera en líos durante su formación y que también la había ayudado a

convertirse en sacerdotisa antes de lo esperado. Ariadne valoraba sobremanera su naturaleza tempestuosa. Gracias a ella era capaz de entrar en trance como las ménades y alcanzar la zona donde una podía encontrarse con Dioniso y conocer sus deseos. «Mi espíritu no pertenece a ningún hombre —pensó Ariadne con vehemencia —, solo al dios.»

Se levantó y se trasladó al sencillo catre, una manta que cubría una gruesa capa de paja situada en un rincón de la choza. Era como el que utilizaban todos los del poblado. Los tracios eran famosos por su austeridad y ella encajaba también con esa descripción. Ariadne se enfundó la capa de lana de color rojo oscuro. Además de indicar su posición en la vida, le servía para taparse por la noche. Levantó el cesto de mimbre que tenía a los pies de la cama y se lo acercó al oído. Ni un solo sonido. No le sorprendió. A la serpiente que contenía no le gustaba la frialdad del otoño, y lo máximo que podía hacer para animarla de vez en cuando era envolvérsela alrededor del cuello antes de practicar un rito en el templo. Por suerte, esta sencilla táctica bastaba para impresionar a los lugareños. Sin embargo, para Ariadne la serpiente no era sino una herramienta para mantener su aire misterioso. Respetaba al animal y de hecho incluso lo temía un poco, pero se había preparado a conciencia para manejarlo a él y a los de su especie en Cabila.

Salió con el cesto bajo un brazo. Como la mayoría de las chozas rectangulares del poblado, la suya tenía un solo ambiente y estaba construida con un entramado de ramas sobre el que se había dispuesto una gruesa capa de barro. El tejado en forma de silla de montar estaba recubierto por una mezcla de paja y barro, con una abertura en un extremo para dejar salir el humo del hogar. En la parte trasera de la choza quedaba parte de la muralla que rodeaba los aposentos de Kotys. Era una defensa dentro del muro exterior del asentamiento circular, que reforzaba la posición elevada del rey y servía para evitar las traiciones internas. Había otras chozas a ambos lados, rodeadas todas ellas de una empalizada para contener el ganado de los propietarios. Las viviendas seguían los caminos serpenteantes que dividían el poblado desperdigado. Al igual que los característicos estercoleros y montículos de deshechos, habían evolucionado a lo largo de siglos de poblamiento. Ariadne estaba eternamente agradecida al hecho de que su choza estuviera a una distancia prudencial de aquellas pilas pestilentes aunque necesarias.

Siguió el camino hacia el centro del poblado, respondiendo a los saludos respetuosos de quienes se cruzaban con ella con una sonrisa seria o un asentimiento de cabeza. Las mujeres con bebés al pecho y los ancianos le pedían su bendición o consejo, mientras que los guerreros tendían a evitar su mirada, salvo los más osados. Los niños solían dividirse en dos grupos: los que le tenían pavor y los que le pedían que les enseñara la serpiente. Abundaban más los primeros que los segundos. Había pocas cosas que amenizaran la vida solitaria de Ariadne. No permitió que la

melancolía hiciera mella en ella. El dios le enviaría a un hombre, si así lo consideraba apropiado. Y, si no, seguiría siendo su fiel servidora, tal como había prometido durante su iniciación.

La multitud que había delante de ella se separó y vio a un grupo de guerreros con vestimentas lujosas. A Ariadne se le cayó el alma a los pies. No era solo lo que se pavoneaban lo que le indicó quiénes eran. Las túnicas rojas de manga larga con franjas blancas verticales, cascos de bronce muy elaborados y grebas con incrustaciones de plata eran sinónimo de talla e importancia. Al igual que las jabalinas de buena manufactura, espadas *kopi* y puñales largos y curvos. Ariadne maldijo para sus adentros. Con tantos guardaespaldas, Kotys no podía estar lejos. Miró a su izquierda y saludó a una mujer mayor a cuyo esposo enfermo había tratado recientemente. Un torrente de alabanzas para Dioniso llenó los oídos de Ariadne. Sonriendo, se acercó a la choza de la mujer y se colocó de espaldas al camino. Con un poco de suerte, los guerreros no la habrían visto. Tal vez ni siquiera la estuvieran buscando.

—¡Sacerdotisa!

Ariadne maldijo en silencio. Continuó escuchando el parloteo de la mujer, pero cuando la voz volvió a llamarla, la tenía justo detrás.

—Sacerdotisa.

El viajero no se entretuvo en la zona donde le habían tendido la emboscada. Por supuesto, los bandidos no llevaban nada que valiera la pena quitarles. Lo único que había tenido que hacer era limpiar la *sica*, arrancar la jabalina que le habían clavado en el escudo y volver a sujetarlo al costal del lomo del caballo. Dejó los cuerpos donde habían caído y se encaminó al pueblo. A aquel paso, tendrían suerte de llegar antes del atardecer. Ni siquiera quería pensar en esa posibilidad. Unos bancos de nubes amarillentas presagiaban la caída de nieve antes de lo habitual. Sin embargo, estaba de suerte. No sabía si era por la adrenalina que corría por las venas de su montura o por la intervención del Gran Jinete, pero el semental parecía moverse con mayor facilidad con la pata mala. Avanzaron con cierta rapidez y avistaron el poblado cuando empezaban a caer los primeros copos.

El aire transportó unos fuertes balidos y el viajero alzó la vista. Ayudado por un par de perros, un niño conducía un rebaño de ovejas y cabras en el camino que tenía delante.

—No somos los únicos que buscamos cobijo —dijo a su montura. Se pararon y dejaron pasar al muchacho con las criaturas molestas por el camino pedregoso—. Vamos a tener mal tiempo. Haces bien en dirigirte a casa —añadió con amabilidad.

El muchacho no hizo ademán de bajar por la pendiente.

—¿Quién eres? —preguntó con suspicacia.

—Me llamo Peiros —mintió. A pesar de lo cerca que estaba de casa, todavía no le apetecía revelar su verdadera identidad.

—No me suenas —repuso con desdén.

—Probablemente estuvieras gateando sobre una piel de oso a los pies de tu madre cuando me marché del pueblo.

El muchacho abandonó parte de la cautela de la que había hecho gala.

—Quizás. —Empezó a espolear a las últimas ovejas y cabras por el camino con unos fuertes gritos y movimientos de los brazos.

Los perros iban de un lado a otro para asegurarse de que ningún animal se quedaba rezagado. El viajero se quedó mirando y cuando todo el rebaño ya iba de bajada empezó a caminar al lado del joven pastor. «Me pregunto qué puedo averiguar.»

—¿Qué tal está Rhesus? —preguntó.

—¿Rhesus? ¿El viejo rey?

—Sí.

—Hace cuatro años que murió. Por culpa de la peste.

—Entonces su hijo Andriscus debería ser el rey.

El muchacho le dedicó una mirada desdeñosa.

—Pues sí que es verdad que has estado lejos. Andriscus también está muerto. —Miró a su alrededor con cautela antes de susurrar—: Asesinado, como Sitalkes. —Vio el destello de horror en los ojos del viajero—. Lo sé, fue terrible. Mi padre dice que el Gran Jinete acabará castigando a Kotys, pero, por ahora, tenemos que soportarlo.

—¿Kotys mató a Sitalkes?

—Sí —repuso el joven. Escupió.

—¿Y ahora es el rey?

Asentimiento.

—Entiendo.

Se hizo un silencio que el muchacho no osó romper. No lo habría reconocido, pero el viajero adusto le daba miedo. Al cabo de un instante, el hombre se paró.

—Continúa. —Señaló al semental—. No debería hacerle caminar demasiado con la pata mala. Ya nos veremos en el pueblo.

Con un asentimiento de alivio, el muchacho volvió a meter prisa al rebaño. El viajero esperó a encontrarse a cierta distancia antes de cerrar los ojos. Le embargó un sentimiento de culpa. «Si hubiera estado aquí, la situación habría sido distinta.» No se permitió que esa sensación perdurara. «O quizá no. A lo mejor también me habrían matado a mí. Mi padre acertó en su decisión de hacerme marchar.» En cierto modo sabía que Sitalkes tampoco habría cambiado lo que había ocurrido. Sin embargo, era imposible ocultar su tristeza ante la noticia del asesinato de su padre. Pensó en Sitalkes tal como lo había visto la última vez: fuerte, erguido, sano. «Que descanses.»

Su único deseo había sido regresar a su hogar. Para dejar de servir a sus enemigos más odiados. Enterarse de que su padre estaba muerto ya era de por sí malo, pero si era cierto que lo habían asesinado, no lo recibirían con los brazos abiertos. No habría tregua. Sin embargo, dar media vuelta y alejarse del poblado no entraba dentro de sus planes. Tenía que vengarse. Así lo exigía su honor. Además, ¿adónde iba a ir? ¿A servir otra vez a las legiones? «Ni por asomo.» Había llegado el momento de regresar, independientemente del recibimiento que le aguardara. «No cuestiono tu voluntad, Gran Jinete. En cambio te pido que me protejas, como siempre has hecho, y que me ayudes a castigar al asesino de mi padre.» El hecho de que aquello supusiera matar a un rey no hizo que le flaqueara la determinación.

—Vamos —dijo al semental—. Vamos a buscarte un establo y algo de comer.

Ariadne se giró lentamente.

—Polles. Qué sorpresa. —No hizo ningún esfuerzo por hablar con calidez. Polles era el abanderado de Kotys, pero era también un matón arrogante que abusaba de su autoridad.

—El rey desea hablar con vos —dijo Polles arrastrando las palabras.

A pesar de la supuesta cortesía, aquello era una orden. «¿Cómo se atreve?» Ariadne se esforzó por mantener la calma.

—Pero si hablamos ayer.

Polles hizo una mueca con sus labios finos. Todo él, desde su asombrosa belleza a su melena negra y músculos lubricados, destilaba engreimiento.

—Sin embargo, desea… gozar del placer de vuestra compañía una vez más.

A Ariadne no se le escapó la interrupción, breve pero deliberada, de su explicación. A juzgar por las risitas de los demás guerreros, a ellos tampoco. «Cabrón de mierda —pensó—. Igual que tu señor.»

—¿Cuándo?

—Pues ahora —respondió sorprendido.

—¿Dónde está el rey?

Polles señaló con languidez por encima de su hombro.

—En el punto de encuentro central.

«Donde le ve todo el mundo.»

—Enseguida voy.

—Kotys nos ha enviado para que os llevemos junto a él. De inmediato —añadió Polles con el ceño fruncido.

—Pues os lo habrá ordenado, pero estoy ocupada. —Ariadne indicó a la anciana aduladora—. ¿No lo ves?

Polles se sonrojó de fastidio.

—Yo…

—¿Acaso los deseos del rey son más importantes que la labor del dios Dioniso? —preguntó Ariadne, alzando la tapa del cesto.

—No, por supuesto que no —respondió Polles, haciéndose atrás.

—Bien. —Ariadne le dio la espalda.

Detrás de ella oyó unos murmullos enfadados.

—No sé lo que deberíais decirle al rey. Decidle que no la hemos encontrado. Decidle que está en trance o algo así. ¡Inventaos algo! —espetó Polles.

Ariadne oyó unos pies que se marchaban correteando y se permitió una leve sonrisa. Sin embargo, la conversación con la anciana enseguida decayó. No era de extrañar. Tener al paladín del rey a escasos pasos, lanzándoles sin duda miradas asesinas, era capaz de intimidar a cualquiera. Ariadne murmuró una bendición para la vieja y miró a Polles.

—Estoy lista.

Le indicó de mala gana que se situara en medio de sus guerreros. Cerraron filas rápidamente y Polles llevó la delantera, vociferando a todo aquel que osara interponerse en su camino. No tardaron mucho en llegar a la gran explanada que formaba el centro del poblado. El lugar era más o menos circular y estaba bordeado por docenas de chozas. Grupos de mujeres cotilleaban mientras volvían con la colada del río. Un grupo desordenado y variopinto de niños jugaban o peleaban entre ellos en la tierra mientras varios chuchos saltaban emocionados a su alrededor, llenando el aire con ladridos estridentes. Del tejado de una fragua cercana salía humo y se oía el ruido metálico del martillo en el yunque procedente del interior. Había varios hombres esperando fuera, con armas estropeadas en la mano. Había puestos de madera donde se vendían objetos metálicos, pellejos y productos de primera necesidad como cereales, cerámica y sal, una tasca miserable y tres templos, dedicados a Dioniso, el dios jinete, y a la diosa madre. Eso era todo.

Al igual que los tracios, los medos no eran un pueblo que dependiera del comercio para vivir. En su territorio escaseaban los recursos naturales. La agricultura ofrecía poco más que un medio para subsistir, por lo que se habían acabado convirtiendo en guerreros, cuyo único objetivo en la vida era ir a la guerra, en su propia tierra o en la de los demás. Las personas que resultaban visibles daban fe de ello: eran sobre todo guerreros fornidos. La mayoría eran castaños o pelirrojos y de tez oscura. Desde los mozalbetes a los ancianos, todos compartían la misma actitud segura. Vestían túnicas plisadas de manga corta con colores que iban del rojo y verde al marrón o beis, calzaban sandalias o zapatos de cuero con la punta hacia arriba. Muchos vestían el omnipresente *alopekis*, la gorra puntiaguda de piel de zorro con solapas largas para cubrir las orejas. Los individuos más ricos lucían torques de bronce o de oro alrededor del cuello. Una espada o puñal, y a menudo ambos, colgaban del cinto o tahalí de todos los hombres. Estaban divididos por grupos

alardeando de sus proezas y planificando batidas de caza.

Polles y sus hombres llamaron la atención de todos los reunidos. Ariadne notó el peso de las miradas de los presentes mientras se encaminaban al templo de Dioniso, un edificio de mayor tamaño que la mayoría, con un pilar de piedra achaparrado a ambos lados de la entrada. También oyó sus murmullos, que detestaba. Eran lo bastante valientes para luchar en una batalla pero no para plantarle cara al rey al que guardaban rencor. Por eso se sentía muy sola.

El rey aguardaba junto a las puertas del templo. Iba flanqueado de guardaespaldas y tenía a multitud de guerreros delante de él. Presentaba un aspecto majestuoso. Aunque tenía casi cincuenta años, Kotys aparentaba diez menos. En su pelo negro ondulado no había ni rastro de canas y tenía pocas arrugas en el rostro zorruno y astuto. Encima de la túnica púrpura a la altura de la rodilla, Kotys llevaba un corsé compuesto de hierro con aplicaciones de oro y unos pectorales del mismo metal precioso. Unos *pteryges* de lino en capas le protegían la entrepierna y llevaba unas grebas con incrustaciones de plata en la parte inferior de las piernas. Iba armado con una espada *machaira* con empuñadura de marfil, que le colgaba en una vaina tachonada de ámbar del cinturón revestido de oro. Un casco ático ornamentado coronaba su cabeza, lo cual marcaba su condición de rey.

Mientras Polles y sus hombres se abrían paso entre la multitud, Kotys admiró a Ariadne embelesado.

—¡Sacerdotisa! Por fin nos honráis con vuestra presencia —exclamó.

—He venido en cuanto he podido, Majestad. —Ariadne no dio más explicaciones.

—Excelente. —Kotys hizo un gesto imperioso y quienes la acompañaban se hicieron a un lado.

Ariadne dio un paso adelante a regañadientes y luego unos pocos más. Notó que Polles sonreía complacido. Giró la cabeza y le dedicó una mirada furiosa. El gesto no le pasó desapercibido a Kotys, que volvió a mover las manos. Al verlo, los guardaespaldas retrocedieron unos veinte pasos hacia la fragua.

—Debéis disculpar los malos modales de Polles —dijo el rey—. No es el más adecuado para hacer recados.

«Entonces, ¿por qué lo mandas?»

—Entiendo —murmuró, aplacando su ira a la fuerza.

—Bien. —Una palabra era el máximo cumplido que Kotys era capaz de pronunciar—. Sería más fácil hacer algún arreglo más pertinente —dijo de repente.

—¿Y de qué se trataría? —Ariadne arqueó las cejas.

—Cenad conmigo en mis aposentos algún día. No haría falta ni Polles ni ningún escolta.

—Me temo que no podrá ser —replicó Ariadne con frialdad.

—¿Os olvidáis de quién soy? —preguntó Kotys con expresión enojada.

—Por supuesto que no, Majestad. —Ariadne bajó la mirada fingiendo recato—. Sin embargo, las noches son el mejor momento para estar en comunión con el dios —mintió.

—Pero eso no pasará cada noche —gruñó.

—No, los sueños son en ocasiones. Los caminos de Dioniso son inescrutables, como cabe esperar.

Asintió sabiamente.

—El dios jinete es igual.

—Como es natural, la naturaleza errática de su llegada implica que siempre debo estar preparada para recibirle. Pasar una noche lejos del templo es impensable. Ahora, si me disculpáis, debo rezarle al dios. —Aunque el corazón le palpitaba en el pecho, Ariadne hizo una reverencia y dedicó una sonrisa beatífica a Kotys antes de disponerse a proseguir su camino.

Sin embargo, Ariadne se sorprendió sobremanera cuando la agarró del brazo. Se le cayó el cesto, pero, desgraciadamente, la tapa no se abrió.

—¡Me hacéis daño!

—¿Esto os parece doloroso? —Kotys se rio y le plantó cara—. Entérate, zorra. Juega conmigo por tu cuenta y riesgo. No lo toleraré eternamente. Recuerda que yo también soy sacerdote. Vendrás a mi cama, de un modo u otro. Y pronto. —De repente la soltó y Ariadne se marchó tambaleándose y con el rostro pálido.

Lo que habría dado por que hubiera caído un rayo del cielo y lo hubiera matado. Como es de imaginar, no ocurrió. Ella era la representante de una deidad, pero Kotys también. En una situación como aquella, Ariadne era impotente. Cabila y su poderoso consejo de sacerdotes estaban muy pero que muy lejos. Tampoco es que fueran a intervenir. Como gobernador de los medos y sumo sacerdote del dios jinete, Kotys era quien ostentaba todo el poder. Acertó a hacer una reverencia rígida. Kotys frunció los labios con desdén y diversión a la vez.

—Volveremos a hablar —dijo con voz chillona—. Pronto.

Con manos temblorosas, Ariadne llevó el cesto a las puertas del templo, donde lo depositó. Levantó la pesada barra que mantenía cerrado el portal y dejó que la luz inundara el interior oscuro. En cuanto Kotys se marchó, soltó un grito ahogado y estremecedor. Notaba que le flaqueaban las rodillas y a duras penas consiguió llegar a uno de los bancos apoyados contra las paredes laterales. Cerró los ojos, inhaló profundamente y contuvo la respiración mientras contaba sus latidos. Al llegar a cuatro, exhaló lentamente. «Dioniso, ayúdame —suplicó—. Por favor.» Siguió respirando poco a poco. Al final fue tranquilizándose y dejó de notar tanta tensión en los hombros. Sin embargo, seguía notando temor en el vientre. Necesitaría algo más que rezos para evitar que Kotys se encargara personalmente del asunto. Se sentía

totalmente impotente.

Una discreta tos interrumpió sus pensamientos.

Ariadne giró la cabeza. La silueta de la puerta estaba enmarcada por la luz del sol y evitaba que la identificara. Notó unas punzadas de pánico antes de recobrar la compostura. Kotys o Polles no serían tan educados.

—¿Quién anda ahí?

—Me llamo Berisades —dijo una voz respetuosa—. Soy comerciante.

Ariadne adoptó un semblante profesional.

—Entra —ordenó, acercándose con sigilo a él. Berisades era un hombre bajito de mediana edad tardía con barba muy corta y ojos hundidos e inteligentes—. Has estado viajando —dijo ella al ver la túnica verde y los pantalones holgados, llenos de polvo.

—Vengo del este. Ha sido un largo viaje, pero no hemos sufrido demasiadas pérdidas. Quería dar las gracias al dios inmediatamente. —Berisades dio un golpecito al monedero que llevaba en el cinturón, que tintineó.

Ariadna guio al comerciante hasta el altar de piedra. Detrás de él, en un pedestal, había una gran estatua pintada de Dioniso. En una mano el dios barbudo sostenía una parra y en la otra una copa. Unas olas le lamían los pies, lo cual representaba la influencia que ejercía sobre las aguas. Tenía a un lado un toro tallado con rostro humano mientras un grupo de sátiros retozaba al otro lado. A sus pies había ramilletes de flores que se habían secado, recipientes de barro minúsculos que contenían vino y pequeñas estatuas que lo representaban. La luz titilaba en las piezas de ámbar y cristal. Había conchas de navajas, berberechos estriados y lo más preciado de todo: una concha de cauri leopardo.

Berisades se arrodilló y colocó el saquito entre el resto de las ofrendas.

Ariadne se apartó para que pronunciara sus oraciones. Enseguida le pasó por la cabeza una imagen del lascivo Kotys y se le cayó el alma a los pies. No veía la forma de escapar de él y le embargó la desesperación. Pensó que meditar la ayudaría y cerró los ojos e intentó entrar en el estado apaciguado que con tanta frecuencia le proporcionaba visiones de los deseos y voluntades del dios. Fracasó estrepitosamente, porque lo único que conseguía imaginar era a Kotys arrastrándola a su lecho.

—¿Cómo os llaman, señora? —Oyó la voz de Berisades cerca.

Volvió al presente con un sobresalto pero aliviada.

—Ariadne.

—No estabais aquí la última vez que vine de visita.

—No. Llegué hace seis meses.

El hombre asintió.

—Recuerdo que el viejo sacerdote no estaba demasiado bien. De todos modos, sois joven y saludable. Sin duda estaréis aquí muchos años, para alegrar la vista de

todos los viajeros agradecidos que quieran presentar sus respetos.

—Muy amable —murmuró Ariadne, abochornándose por dentro. «Si supiera la verdad.»

—Por cierto, el próximo peregrino no tardará mucho en llegar.

—¿No? —Ariadne apenas le escuchaba. Ya estaba otra vez pensando en Kotys.

—Ayer me encontré a un guerrero que regresaba aquí. Habría venido con nosotros, pero su caballo está cojo. Al parecer, ha pasado varios años con los soldados auxiliares romanos. Quiere dar gracias a los dioses de la tribu por haber regresado a salvo. Un hombre callado, pero se hizo entender bien.

—Ah, ¿sí? —preguntó Ariadne distraída. Le interesaba bien poco el regreso de otro miembro de la tribu que había servido como mercenario para los romanos.

Berisades se dio cuenta de que tenía la cabeza en otro sitio.

—Muchas gracias, señora —musitó antes de retirarse.

Ariadne le dedicó una sonrisa radiante. Sin embargo, por dentro gritaba.

Mientras ascendían la ladera que conducía al poblado, que estaba rodeado de una empalizada, le embargaron viejos recuerdos. Los cálidos días de verano nadando con otros muchachos en el río caudaloso que discurría por uno de los lados del pueblo. Montar a los robustos caballos que servían de montura a los guerreros más ricos. Ir a cazar ciervos, jabalíes y lobos de joven entre los picos que se alzaban en las inmediaciones. Ser embadurnado con sangre como guerrero después de matar a su primer hombre a los dieciséis años. Arrodillarse en la arboleda secreta situada en la cima de una montaña cercana, rezándole al dios jinete para que le guiara. Las horas de su vida que había pasado deseando que su madre no hubiera muerto al dar a luz a su hermana, un bebé que no había durado más de un mes en este mundo. El día que se había enterado de la noticia de que Roma había invadido Tracia. Cabalgar para ir a la guerra contra las legiones con su padre Sitalkes, su hermano Maron y el resto de la tribu. Su primera victoria gloriosa y las amargas derrotas que le siguieron. La muerte agónica de Maron, una semana después de que una espada romana, un *gladius*, le atravesara el vientre. Los intentos vanos subsiguientes por superar a la máquina de guerra romana. Emboscadas desde las colinas. Ataques nocturnos. Envenenamiento de los ríos. Alianzas con otras tribus que se echaron a perder por la traición, la avaricia o ambas.

—Los tracios nunca cambiamos, ¿verdad? —preguntó al semental—. Da igual lo que sea mejor para Tracia. Luchamos contra todos, incluso contra los nuestros. Sobre todo contra los nuestros. ¿Unirnos para enfrentarnos a un enemigo común, como Roma? ¡Imposible!

Soltó una risotada breve y airada. Había cumplido la primera parte de la misión que su padre le había encomendado: servir en las legiones romanas. Se había hecho a

la idea de que disfrutaría de un período de vida relativamente normal antes de acometer la segunda parte, la de unificar a las tribus. No iba a poder ser. La nube oscura de la guerra con su sangriento interior había vuelto a situársele encima. Sin embargo, no intentó disimular la subida de adrenalina que le provocaba sino que la agradeció. «Kotys mató a mi padre. Menudo cabrón traicionero. Debe morir, y pronto.»

Acostumbrado tanto a sus soliloquios como a sus silencios, el caballo caminó con paso lento detrás de él.

Dos centinelas armados con escudos y jabalinas estaban apostados junto a los grandes portones del poblado amurallado. Lo miraron con expresión resentida, murmurando entre sí a medida que se acercaba. A esa hora llegaban pocos viajeros, con aquel tiempo tan inclemente. Menos incluso poseían una cota de malla o casco metálico. Aunque el semental del recién llegado estaba cojo, era un ejemplar de buena calidad. Además era blanco, el color preferido de los reyes.

—¡Alto!

Se detuvo y alzó la mano izquierda en un gesto pacífico. «Dejadme entrar sin hacer demasiadas preguntas.»

—Hace una noche muy mala —dijo con suavidad—. Después de presentar mis respetos al dios jinete, es una de esas en las que apetece estar junto al fuego con una copa de vino.

—¿Hablas nuestro idioma? —preguntó sorprendido el guarda de mayor edad.

—Por supuesto. —Se rio—. Soy medo, como vosotros.

—Ah, ¿sí? Pues no veo en qué te diferencias de una boñiga de perro —gruñó el segundo centinela.

—Yo tampoco —añadió su compañero con un tono ligeramente más educado.

—Puede ser, pero nací y crecí en este pueblo. —Frunció el ceño al ver su expresión—. ¿Es este el mejor recibimiento que me espera después de casi una década fuera? —Estaba a punto de decir que se llamaba Peiros, pero el primer guarda se le adelantó.

—¿Quién eres? —Echó un vistazo a los brazos del recién llegado y se fijó por primera vez en las salpicaduras de sangre. Entonces lo miró a la cara—. Un momento. ¡Te conozco! ¿Espartaco?

«¡Mierda!»

—Eso es —respondió secamente mientras acariciaba la empuñadura de la espada.

Una sonrisa incrédula se dibujó en el rostro del hombre mayor.

—Por todos los dioses, ¿por qué no lo has dicho? Soy Lycurgus. Sitalkes y yo cabalgábamos juntos. —Lanzó una mirada de advertencia al otro guarda.

—Te recuerdo —dijo Espartaco con un asentimiento afable. La mirada que dedicó al segundo centinela fue mucho menos amistosa. Abochornado, el guerrero se

interesó de repente por la tierra que tenía entre los pies.

—La situación ha cambiado desde que te marchaste —reconoció Lycurgus entristecido—. Tu padre…

—Lo sé. —Espartaco lo cortó en seco—. Está muerto.

—Sí.

—Me han dicho que murió en circunstancias sospechosas. —No acertó a contenerse.

Lycurgus miró a su compañero.

—Ninguno de nosotros tuvo nada que ver con ello. Polles es con quien deberías hablar.

—¿Polles?

—El primer guardaespaldas del rey. —El desagrado resultaba obvio en la voz de Lycurgus.

—¿Qué me dices de Getas, Seuthes y Medokos? ¿Siguen vivos? —preguntó a la ligera.

—Oh, sí. Ya no gozan de ningún privilegio, pero no se meten en líos así que Kotys los deja en paz. —Consciente de las implicaciones peligrosas de su conversación, Lycurgus se lamió los labios—. ¿Estás…?

Espartaco se comportó como si no hubiera oído nada.

—Estoy cansado. Llevo semanas viajando. Lo único que quiero es comer algo caliente y beber con mis viejos amigos. El rey puede esperar hasta mañana. No hace falta que sepa que he regresado hasta entonces. —«Para entonces, dioses mediante, será demasiado tarde. Ahora que estos dos saben quién soy, tengo que actuar de inmediato. Getas y los demás me ayudarán»—. No es mucho pedir, ¿no?

—Por-por supuesto que no —tartamudeó Lycurgus. Lanzó una mirada feroz a su compañero.

—No diremos ni una palabra a nadie.

—Ni a una sola alma —advirtió Espartaco. Al oír la frialdad de su voz, los dos guardas asintieron temerosos.

—Bien. —Espartaco se cubrió la mitad inferior del rostro con un pliegue de la capa y entró sin decir nada más.

—¡Menudo imbécil estás hecho! —susurró Lycurgus en cuanto desapareció de su vista—. ¡Espartaco es uno de los guerreros más mortíferos que nuestra tribu ha tenido jamás! Da gracias a que estuviera de buenas. Más vale no contrariarle.

—¿Qué planea?

—No lo sé —espetó Lycurgus—. Ni lo quiero saber. Si alguien pregunta más tarde, no lo hemos reconocido. ¿Entendido?

2

El estado de ánimo de Ariadne iba ensombreciéndose. El ritual habitual de quemar incienso y meditar no le había aportado más que una secuencia de imágenes fracturadas, desasosegantes. En la mayoría aparecía Kotys, desnudo sobre una cama. En otras aparecía Polles, que le repugnaba. Las más interesantes —y peligrosas— eran aquellas en las que se defendía contra el rey con un cuchillo o la serpiente. «¿De qué serviría matarlo? —se preguntaba impotente—. Tendría que huir del poblado para evitar que sus guardaespaldas me mataran. ¿Adónde iría entonces? ¿Cabila?» A Ariadne no se le ocurría ningún otro lugar, pero descartó la idea sin más. Los sacerdotes de la ciudad no darían cobijo a una regicida. Estaba atrapada. Sola, sin nadie que la ayudara.

Embargada por la desesperación, cerró el templo y se dirigió a su choza. El cielo estaba repleto de nubes que amenazaban nieve y quería alcanzar la seguridad que le proporcionaba su casa antes de que empezara a nevar con fuerza. El poblado no era de por sí peligroso, pero no resultaba descabellado que Kotys hubiera enviado a varios de sus guerreros a esperarla. Mientras iba a toda prisa hacia el callejón que conducía a su hogar, Ariadne vio a un hombre que entraba por la puerta principal. No lo había visto jamás, pero su porte pausado y seguro de sí mismo le llamó la atención. Tenía una estatura media, el pelo corto y castaño y llevaba una cota de malla y unos pantalones rojos ajustados. Un cinturón de soldado romano, del que colgaban una *sica* envainada y un puñal, le ceñía la cintura. El casco de bronce que sujetaba tenía un penacho que se curvaba hacia delante y el semental blanco cojo que le seguía también era claramente tracio.

Saludó con discreción a un puñado de guerreros situados cerca. Ariadne reconoció a tres de ellos: Getas, Seuthes y Medokos. Al oír la voz del otro, Getas volvió la cabeza. Frunció el ceño y entonces, encantados, él y sus compañeros se abalanzaron sobre el recién llegado.

«O sea que este es el viajero con el que Berisades se encontró —pensó Ariadne —. Debe de ser muy apreciado si no le han olvidado durante su ausencia.» Siguió caminando. Llegar a casa era más importante que observar a desconocidos. Tal vez Dioniso la visitara por la noche y le infundiera un poco de esperanza. Se consoló con esa idea. Al cabo de un instante oyó una risotada característica procedente del interior del callejón. Ariadne reconoció a Polles por el sonido y reaccionó sin pensar. Rápidamente se alejó de la entrada del callejón para abordarlo por el lateral. Asomó la cabeza por la esquina y vio la silueta de por lo menos tres hombres en el interior, cerca. El hecho de que estuvieran encorvados contrastaba con las armas desenvainadas que tenían en la mano. Hastiada, Ariadne se hundió contra las cañas y adobe de la fría casa. Kotys cumplía su palabra. Los guardaespaldas estaban ahí para

raptarla. «¡Maldito seas!» Evitarlos tomando otro camino para llegar a su casa no haría sino retrasar lo inevitable. En ese instante, volvió a experimentar la impotencia que Ariadne había sentido cuando su padre estaba a punto de abusar de ella sexualmente. Se le instaló en el vientre como si nunca se hubiera ausentado de allí, un charco ácido de náusea y desprecio hacia ella misma.

Su indecisión pareció durar una eternidad, pero en realidad no fueron más que unos segundos. Sin saber adónde ir, Ariadne avanzó a trompicones por el espacio central. Entonces vio a un segundo grupo de guerreros dirigiéndose a ella desde el templo. Agachó la cabeza en un intento patético de pasar desapercibida, cambió de rumbo. Solo podía tomar una dirección. Hacia el portón principal. Daba igual que hiciera un frío mordaz, que nevara o que fuera peligroso aventurarse al otro lado de las murallas del pueblo. Tenía que alejarse de Kotys y daba igual cómo.

—¡Sacerdotisa! —la llamó una voz desde detrás.

Ariadne dejó escapar un sollozo y aceleró el paso. Lo único que tenía que hacer era llegar a la entrada. Los guardias del exterior no se atreverían a detenerla y la tormenta de nieve inminente la engulliría igual que el Hades. Lo que estaba haciendo era una locura, pero en ese preciso instante le daba igual. Morir era mejor que volver a sufrir lo que había sufrido de niña. Lanzó una mirada por encima del hombro y se alegró al ver que los guerreros estaban demasiado lejos para evitar su huida. Con las pocas personas que rondaban por ahí, no se le negaría esa pequeña victoria.

Totalmente absorta, Ariadne no miraba por dónde iba. Chocó contra alguien de golpe. El fuerte brazo del otro fue lo único que le impidió caer de espaldas. Alzó la vista y se encontró con unos ojos grises que la miraban divertidos. Era el hombre que acababa de llegar con el semental cojo. Ariadne parpadeó. Así de cerca vio lo apuesto que era.

—Ruego aceptes mis disculpas. No suelo dedicarme a derribar a bellas damiselas.

—No-no, ha sido culpa mía —titubeó.

Cuando él se fijó en los tatuajes y la capa roja, que denotaba su posición, la soltó.

—Lo siento, sacerdotisa. No era mi intención faltaros al respeto. ¿A qué viene tanta prisa?

—Yo… —Ariadne volvió la vista atrás. Los guerreros estaban a menos de veinte pasos—. Tengo que irme. Marcharme del pueblo.

—¿Con este tiempo, sacerdotisa? —preguntó alarmado—. Encontraréis la muerte. Si no, los lobos se encargarán de ello.

—Puede ser —masculló Ariadne—, pero pienso ir de todos modos. —Hizo ademán de seguir adelante.

Él se lo impidió con el brazo.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó, asintiendo con la cabeza hacia el grupo que se aproximaba.

—¿Hecho? ¡Nada! —Se rio con amargura e intentó de nuevo seguir adelante, pero su brazo era inamovible, como una barra de hierro. Ariadne carecía de fuerza y de voluntad para luchar contra él.

—No sé por qué tengo la impresión de que esos no vienen a hablar del tiempo. ¿Quiénes son?

—Los hombres de Kotys —repuso con rotundidad.

—¿Kotys? —«Hace años que no pensaba en ese bastardo y ahora oigo su nombre en boca de todos.»

—El rey.

Hizo una mueca.

—El «rey». Le has contrariado, supongo…

—¿Negarse a acostarse con él cuenta como contrariarle? —espetó ella—. Si es así, sí, eso es lo que he hecho. Ahora déjame marchar.

Él bajó el brazo.

—¿O sea que vienen a llevarte a Kotys, pero tú no quieres?

—Eso. Antes morir que dejar que ese cabrón me viole. —Ariadne lo miró a los ojos y se sorprendió de lo que vio. Aparte de ira había admiración. Y odio… pero no hacia ella.

—No te muevas. —Soltó la cuerda con la que guiaba al caballo y se colocó delante de ella.

—¿Qué estás haciendo? —farfulló.

—¡Los hombres pueden comportarse así en la guerra, pero no en tiempos de paz, en mi puto pueblo! —bramó—. ¡Pensaba que había dejado todo esto atrás! —«Pensé que podía regresar a casa sin tener que descubrir que mi padre fue asesinado por un hombre al que consideró su amigo.»

Ariadne observó, petrificada, la llegada de los guerreros. Cuatro guerreros bien armados con expresión rapaz y ademán resuelto.

—Bien hecho —dijo el primero—. Estamos en deuda contigo por detener a esta mujer.

—No la he detenido —repuso con dureza—. Hemos chocado y he evitado que se cayera.

—Da igual cómo haya sido. —La sonrisa lasciva del hombre, que dejó al descubierto una dentadura podrida, era más gruñido que sonrisa—. Habría huido de no ser por ti. Os estamos agradecidos. Ahora apártate.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—¿Y a ti qué te importa? —gruñó el guerrero.

—Es sacerdotisa. Dudo que sea una delincuente común. Tampoco es un tipo de persona a la que mangonear, a no ser que queráis enojar al dios. ¿No crees? —Habló con voz baja pero amenazadora.

El guerrero parpadeó sorprendido.

—Mira, amigo, nosotros cumplimos órdenes. El rey quiere verla. Así que haznos un favor y lárgate, ¿vale?

Miró de nuevo a Ariadne.

—¿Quieres irte con estos hombres?

—No tienes por qué hacer esto —susurró, sin acabar de dar crédito a sus ojos y oídos.

Él hizo caso omiso de lo que acababa de decir.

—¿Sí o no?

Ariadne miró al cuarteto de guardaespaldas y se estremeció.

—¿Y bien?

—No —se oyó decir a sí misma. Al instante se sintió culpable. «¿Por qué le has metido en esto?»

Él se encogió de hombros con aire despreocupado.

—Ya lo has oído. No quiere ir.

—¿Cómo te llamas, imbécil? —siseó el cabecilla de los guerreros, alzando la lanza—. Me gusta saber el nombre de un hombre antes de matarlo.

Hizo caso omiso de la petición. Desenvainó la espada y apuntó directamente a la cara del hombre.

—¿Preparado para morir?

Incluso bajo la tenue luz fue posible ver empalidecer al guerrero. Lanzó una mirada a sus acompañantes, que tampoco parecían muy contentos.

—¿Acabamos con esto? —rugió, dando un paso hacia ellos.

Ariadne no podía dar crédito a sus ojos. La seguridad del guardaespaldas se encogió como un odre al pincharlo con un cuchillo.

—No tenemos nada contra ti —masculló.

—Ni yo contra vosotros, pero no estoy dispuesto a que os llevéis a una sacerdotisa sin una buena explicación —espetó, avanzando un poco más—. Tengo entendido que sentimos una gran veneración por estas personas. Que no las tratamos como esclavos fugitivos.

El guerrero retrocedió alzando el extremo de la lanza en el aire. Sus compañeros hicieron lo mismo.

—Esto no va a acabar así —masculló el primer hombre.

—Me decepcionaría que así fuera. —Se quedó mirando mientras desaparecían en la oscuridad.

—Ojalá no hubieras hecho eso. Acabas de firmar tu sentencia de muerte —declaró Ariadne con frialdad, sin tener en cuenta la sorpresa que le produjo el hecho de que el guerrero hubiera dado media vuelta.

—Me basta con unas simples gracias —repuso con tono afable.

—¡No quiero que otra muerte pese sobre mi conciencia! —exclamó, sonrojándose.

—Mi destino lo decido yo, no tú —dijo con un gruñido—. ¿Qué tipo de hombre sería si permitiera que una banda de matones se llevara a una sacerdotisa? —«Ha sido un acto imprudente, desde el comienzo. Gracias al Jinete que no me han reconocido.»

—Un hombre sensato —espetó ella.

—Tienes genio, ¿eh? Como veo que no quieres mi ayuda, te dejo a tu suerte. La puerta sigue abierta. —Cogió la cuerda que sujetaba al caballo y chasqueó la lengua hacia él—. Vamos. A ver si te encuentro una cuadra y comida. Y mejor compañía, si es que la encontramos.

—Espera —dijo Ariadne. Odiaba su miedo, que había vuelto a aflorar ante la perspectiva de que se marchara.

Él arqueó una ceja, lo cual lo hacía incluso más atractivo.

—Tu intervención ha sido un acto noble. Gracias.

—De nada. ¿Algo más? —Volvió a hacer ademán de marcharse.

—Los hombres del rey no lo van a dejar así, ya lo sabes. Hacen lo que les place.

—Ya lo he notado. Pero antes tendrán que encontrarme. Este asentamiento es un lugar grande en el que buscar a un hombre. —Asintió a modo de despedida.

—Quédate un poco más —pidió Ariadne. En esos momentos salir a la noche le resultaba aterrador. Igual que esperar a los guerreros de Kotys sola.

—Es lo que pensaba hacer hasta que has decidido ser descortés.

—Lo siento —respondió ella con voz entrecortada—. No quería que resultaras herido, eso es todo.

—Me enternece tu preocupación —dijo él con un tono más amable—, pero ya me preocuparé yo de esas cosas.

—Muy bien. —Ariadne se sentía azorada, pero continuó de todos modos—: Por favor, acompáñame a casa. Tengo un pequeño cobertizo donde podrás guardar al caballo.

—¿Está lejos? —Señaló al semental—. Como habrás visto, va cojo.

—No son más que doscientos pasos. Sígueme. —Con el corazón palpitándole en el pecho Ariadne encabezó la marcha.

Para entonces había oscurecido por completo y en los callejones ya no quedaba gente. Solo había algún que otro perro moviéndose con rapidez para evitarlos. Ariadne se dio cuenta de que él controlaba todas las sombras y se sintió aliviada cuando por fin se relajó un poco.

A Ariadne también le complació ver que no había sombras acechantes cerca de su casa. Polles y sus hombres seguían en el callejón o, mejor dicho, habrían regresado con sus compañeros decepcionados al rey. Llenó un balde de agua en el pozo cercano y dejó que instalara al caballo en el cobertizo. Entró apresuradamente y al prender la

lámpara de aceite se dio cuenta de que le temblaban las manos. En un intento por recuperar la compostura, se sentó en un taburete de tres patas. ¿Acaso su situación había mejorado en modo alguno? En realidad, no había hecho más que cambiar un tipo de peligro por otro. Era un guerrero que infundía temor, pero no podía enfrentarse a todos los hombres de Kotys y salir airoso. A pesar de su pesimismo, Ariadne no podía negar la chispa de placer que iluminaba su corazón. Él no había tenido ninguna obligación de interceder por ella. La mayoría de los hombres en su sano juicio habrían mirado hacia otro lado al ver a los guardaespaldas del rey. Sin embargo, poniendo su propia vida en peligro, él la había salvado. Curiosamente, Ariadne sintió un atisbo de esperanza. Él tenía que ser consciente de la dificultad a la que se enfrentaba, sin embargo conservaba la calma, manteniéndose imperturbable incluso.

Sonrió al verle entrar y atrancó la puerta detrás de él.

—¿Has dado de comer y beber al caballo?

—Sí —respondió él, satisfecho.

—Te preocupas mucho por él.

—Cierto. Ha estado debajo de mí, o a mi lado, durante más de cinco años de guerra constante.

—Es mucho tiempo luchando.

—Sí. Por eso he vuelto a casa. Para colgar la espada y establecerme. Sin embargo, he hecho todo lo contrario. —Frunció los labios con gesto irónico—. A decir verdad, no me extraña. El Jinete me depara otro destino y debo confiar en él.

—De todos modos, lo siento —dijo Ariadne, que se sintió incluso peor.

—Ya hemos hablado de esto —dijo con tono reprobatorio—. He decidido intervenir por iniciativa propia. —«He decidido libremente entrar en el pueblo aunque me hayan reconocido.»

—Cierto —reconoció ella antes de añadir—: No sé cómo te llamas.

—Ni yo cómo te llamas tú —respondió, sonriendo.

—Ariadne. —No consiguió evitar que le ardieran las mejillas al hablar.

—Es un honor haberte conocido. Me llamo Espartaco.

Ella frunció el ceño. El nombre le sonaba, pero no sabía de qué.

—¿Cuánto tiempo has estado fuera exactamente?

—Ocho años, más o menos. Tú no llevas aquí tanto tiempo.

—No, seis meses.

—¿Cuándo empezó Kotys a importunarte?

—Prácticamente desde que llegué. He conseguido pararle los pies hasta ahora, pero hoy, por los motivos que fueran, se ha hartado. Se supone que tenía que cenar con él, pero no era más que una excusa. Para que él…

—Me lo imagino —interrumpió—. Ya sabía que ese hijo de perra es un asesino,

pero ¿violador también? El mundo será un lugar mejor cuando desaparezca. —«Y si el Jinete así lo desea, mi hoja acabará con su asquerosa vida.»

—Entonces, ¿los rumores son ciertos?

—Oh, sí —repuso con amargura—. Cuando Rhesus, el último rey, murió, Kotys hizo matar a su hijo y heredero. Sitalkes, mi padre, debió de intentar intervenir, porque también fue asesinado.

—Tu padre… ¿asesinado? —Ariadne se compadeció de él—. ¿Cómo te has enterado de esto?

—He conocido a un joven pastor a menos de un kilómetro de la entrada principal. No me ha costado nada hacerle hablar. No estaba seguro de creérmelo todo, pero uno de los guardas era un viejo camarada de mi padre. Me ha confirmado la historia. Al igual que los amigos con los que he hablado durante unos instantes.

—Lo siento. —Hizo ademán de tocarle el brazo, pero de repente, cohibida, se contuvo.

Él frunció el ceño todavía más.

—No lo sientes ni la mitad de lo que lo sentirán Kotys y Polles, sea quien sea ese cabrón.

Ariadne contuvo la respiración.

—¿Qué piensas hacer?

—Me han dicho que a Kotys no le tienen mucho aprecio. Que la mayoría de los guerreros lo odian y que solo le son leales sus guardaespaldas. ¿Cuántos hay? ¿Una centena, quizá?

Ariadne asintió sin acabar de creerse lo que estaba oyendo.

—Si soy capaz de convencer a sesenta o setenta hombres de que me sigan, podremos con ellos.

Advirtió el convencimiento que destilaban sus ojos grises y se animó.

«¡Gracias, Dioniso!»

—Esto es por lo que he estado rezando.

Arqueó las cejas.

—¿También has estado urdiendo un plan para derrocar al rey?

—¿Qué pasa? —replicó—. No es más que un tirano.

—Eres peleona, ¿eh? —Le dedicó una mirada de aprobación y ella se emocionó —. Entonces, ¿ayudarás?

—Tanto como pueda. Consultaré al dios, pero no me cabe la menor duda de que desearía apartar a Kotys del trono.

—Bien. Si me lo permites, es lo que diré exactamente a los guerreros.

Ariadne se sobresaltó.

—¿Te vas?

—Todavía no. Me quedaré hasta la medianoche más o menos. Si Polles y sus

hombres no han aparecido para entonces, tampoco aparecerán antes de que se haga de día. Descansaré hasta entonces. Ha sido un día largo.

Ariadne se fijó en que miraba la alacena donde guardaba las provisiones.

—Lo siento. Debes de estar hambriento después del viaje.

—No me iría mal comer.

—Voy a buscarte algo. —Consciente de que él no apartaba los ojos de ella durante ese rato, Ariadne preparó un plato con pan y queso de cabra. Añadió una cucharada de gachas frías de cebada que sacó de una olla de hierro ennegrecida—. Aparte de agua, no tengo nada más.

—Me basta —dijo él, disponiéndose a comer con avidez.

Ariadne se acercó sigilosamente a la puerta mientras él engullía la comida. Presionó la oreja contra las vigas en distintos sitios y aguzó el oído. Nada, aparte del típico coro de perros que ladraban. Se sintió aliviada. Como no sabía qué más hacer, fue a buscar una manta de sobra y se la lanzó. Vio que él miraba hacia la cama de ella.

—No te hagas ilusiones. Puedes descansar en el suelo.

—Por supuesto. —Adoptó un semblante divertido—. No esperaba menos.

Desconcertada por su seguridad —¿o era engreimiento?— se tumbó en la cama sin desvestirse y se tapó con las mantas.

—Que duermas bien. —Él recorrió la habitacón y fue apagando de un soplido todas las lámparas de aceite excepto una. Dejó la capa junto a la puerta, desenvainó la espada y la colocó al lado. Entonces, sentado de espaldas a la pared, se envolvió bien con la capa y cerró los ojos.

Casi de repente, Ariadne se dio cuenta de que lo estaba observando. El parpadeo de la llama de la lámpara dejaba en penumbra las facciones equilibradas de Espartaco, lo cual le otorgaba un aspecto misterioso. Llevaba el pelo cortado al rape al estilo militar romano. Una tenue cicatriz le iba desde la nariz aquilina hasta la mejilla izquierda. Una barba incipiente y densa le cubría la mandíbula recta y resuelta. Tenía un rostro atractivo, tal como ya había advertido con anterioridad. Duro, también, pensó, pero no veía crueldad en él, ningún parecido con hombres como Polles o Kotys.

¿Era posible que Dioniso lo hubiera enviado?, se preguntó. Estaba tentada de pensarlo. Si no hubiera aparecido, en esos momentos estaría muriéndose víctima de una hipotermia, o de las heridas causadas por haberse caído por uno de los precipicios que flanqueaban el camino que salía del pueblo. Elevó una plegaria de agradecimiento a su dios, tras lo cual Ariadne se relajó en la cama. Había llegado el momento de descansar el máximo posible. Mañana sería otro día.

A diez pasos de distancia, Espartaco estaba en silenciosa comunión con su deidad preferida, el dios jinete tracio. Aquel que no se debe nombrar. «Te pido que

mantengas el escudo y la espada sobre nosotros dos. Deja que los guerreros me escuchen mientras me sitúo entre ellos.» Era una súplica sincera. Durante años, la vida de Espartaco no había sido más que lucha, muerte y aprendizaje de las tácticas de batalla romanas. En las últimas dos horas, la situación había cambiado más de lo que habría sido capaz de imaginar. Sus esperanzas de recibir una calurosa bienvenida se habían esfumado. Ahora deseaba vengarse del asesinato de su padre. Era un posible regicidio. Espartaco exhaló largo y tendido. Así se comportaban los dioses. A lo largo de los años, había aprendido a encajar los golpes que le asestaba la vida, pero aquel era de los más duros. «Como siempre, me rindo a tu voluntad, Gran Jinete.» Lanzó una mirada subrepticia a Ariadne y suavizó la expresión fiera. No todo lo que le había pasado desde su regreso era lamentable.

Ariadne se despertó de un sueño erótico en el que Espartaco la había envuelto en sus brazos. Asombrada, se incorporó y sujetó las mantas con fuerza contra el pecho. Él estaba junto a la puerta, enfundando la espada.

—¿Has dormido bien?

—Su… supongo —murmuró. Odiaba el hecho de estar sonrojándose y de que se le acelerara el pulso.

—Eres hermosa.

Sobresaltada, Ariadne lo miró.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído. La mujer más guapa que he visto en este pueblo, si no te importa que te lo diga.

—Te dedicabas a compararlas, ¿no? —preguntó ella, valiéndose del sarcasmo para disimular su incomodidad.

—Por supuesto —dijo él sonriendo—. Igual que todos los hombres.

Desarmada por su sinceridad, y más satisfecha de lo que pensaba reconocer, Ariadne señaló la puerta.

—¿Has oído algo?

—No, nada. Ha llegado el momento de que me marche.

La realidad se le apareció en toda su crudeza y se le formó un doloroso nudo en el estómago.

—Entiendo. ¿Cómo sabré lo que ha ocurrido?

—Oirás la lucha. Enseguida resultará obvio quién ha vencido.

A Ariadne se le encogió la garganta del miedo. Quería pedirle a Espartaco que no se marchara, pero sabía que no serviría de nada. Todo él destilaba una sombría determinación. Ariadne se consoló ligeramente con ello.

—Que los dioses te protejan.

—El Jinete me ha mostrado su favor todos estos años. Confío en que continúe

haciéndolo. —Le clavó sus ojos grises y sonrió—. Una vez pasado todo esto me gustaría conocerte mejor.

Ariadne fue incapaz de articular palabra durante unos instantes.

—A-a mí también me gustaría —acertó a decir finalmente.

—Si me sale mal…

—No digas eso —susurró ella. Las imágenes de Kotys le asaltaron el pensamiento.

—No hay nada seguro —advirtió—. Si llega ese momento, coge mi caballo y márchate. Aunque esté cojo, pesas poco y podrá llevarte. Con todo lo que estará pasando, nadie se dará cuenta de que te has marchado al menos hasta al cabo de un día. Podrás llegar al siguiente pueblo y refugiarte allí.

«¿De qué servirá eso?», quería gritar Ariadne. Sin embargo, se limitó a asentir con la cabeza en silencio.

Espartaco levantó la viga que atrancaba la puerta.

—Vuélvela a poner cuando me haya marchado.

—Eso haré.

—Descansa un poco más si puedes.

Apretó la mandíbula.

—No.

Cuando estaba en el umbral de la puerta se giró.

—¿Eh?

—Rezaré a Dioniso para que resultes vencedor. Y para que Kotys muera —añadió.

A él le brillaban los ojos.

—Gracias. —Se marchó sin decir nada más. «Cielos, qué exaltada es. Y además atractiva.»

Dejó de lado los pensamientos sobre Ariadne y fue ajustando la vista a la oscuridad. Aguzando los sentidos, escudriñó el callejón. Al cabo de unos momentos se relajó. No había movimiento. Hasta los perros se habían ido a dormir. Con la mano en la espada, fue avanzando en la penumbra. Los ocho años de ausencia no le habían impedido encontrar el camino a casa de Getas. Se había criado allí y conocía todos los callejones y caminos del pueblo como la palma de su mano. El resplandor amarillo de la luz de la lámpara que se filtraba a través de los resquicios de las paredes lo llevó más allá de la empalizada y llamó con suavidad al portal.

—¿Getas?

La conversación amortiguada del interior se apagó. Oyó pasos que se acercaban.

—¿Quién anda ahí?

—Espartaco.

Se oyó un chirrido mientras alguien levantaba la barra que atrancaba la puerta y

entonces esta se abrió y apareció un hombre delgado con una mata de pelo rojo enmarañado. Sonrió.

—Entra, entra.

Espartaco se agachó para cruzar el umbral. El interior de la choza rectangular era como casi todos los demás del pueblo. En la pared del fondo había una chimenea en la que ardía un buen fuego. De las vigas del techo colgaban ramilletes de hierbas. Había varias herramientas amontonadas de cualquier manera en un rincón; cuencos, ollas y sartenes en otro. Junto a la entrada había un soporte para las armas que se alzaba orgulloso bajo el peso de las jabalinas, lanzas y espadas. A la izquierda de la chimenea había dos niños acurrucados juntos bajo una manta, como cachorrillos. Una mujer morena estaba tumbada junto a ellos, observando todos los movimientos del recién llegado. Getas instó a Espartaco a situarse en el banco de delante del fuego, donde se sentaban tres guerreros vestidos con unas túnicas de manga larga ceñidas con un cinturón. Todos se levantaron sonrientes cuando se les acercó.

—¡Espartaco! ¡Cuánto tiempo! —exclamó un hombre alto con la frente rapada—. Gracias a los dioses que has vuelto.

—¡Seuthes! —Espartaco le devolvió el abrazo antes de saludar a los otros dos del mismo modo—. Medokos. Olynthus, os he echado de menos.

—Y nosotros a ti —repuso Medokos, un hombre robusto con barba basta y rizada. Olynthus, que era mayor que todos los demás, murmuró que estaba de acuerdo.

—Siéntate —dijo Getas, señalando una jarra de barro.

—Tomemos algo.

Cuando todos tuvieron una copa en la mano, él sirvió el vino. Alzó el brazo derecho y brindó con todos.

—Por el Jinete, por devolvernos a Espartaco de una pieza.

—¡Por el Jinete! —Todos dieron un buen trago.

—Por el fin de la tiranía de Kotys —dijo Seuthes—. Que se pudra pronto en el infierno.

—Y Polles también —añadió Getas.

—Y muchos de los otros cerdos que bailan a su son —gruñó Medokos.

Apuraron las copas y Getas se las volvió a llenar.

—Seamos claros —advirtió Espartaco—. El asunto que nos ocupa hace que nuestras vidas corran un gran peligro. —Lanzó una mirada a la mujer y a los niños—. ¿Lo entendéis?

—Conocemos los peligros, Espartaco —declaró Getas con vehemencia—. Y de todos modos queremos participar.

—Bien. Tengo que hablar con todos los guerreros que vosotros consideréis de confianza. ¿Cuántos creéis que son? —Escudriñó sus rostros con detenimiento. Todo

dependía del sondeo que les había pedido que hicieran con anterioridad. «Esperemos que sean suficientes, Gran Jinete, o seremos hombres muertos.»

—Diecinueve hombres han dicho que sí —informó Getas.

—Dieciséis —añadió Seuthes.

—Doce. —Medokos parecía molesto—. Uno de ellos me entretuvo por lo menos una hora. Insistió en que bebiéramos en tu honor.

Espartaco sonrió.

—Os habéis comportado. —Miró a Olynthus, que siempre se había mantenido ligeramente distante. Probablemente se debiera a la lesión de caza que le había dejado una cojera permanente en la pierna derecha. Consciente de que el grupo afín solía mofarse de Olynthus, Espartaco siempre lo había acogido e incluido en todas sus hazañas de juventud. Sin embargo, no conocía tan bien a Olynthus como a los demás.

—Veinte.

Encantado, Espartaco le dio un ligero golpecito en el brazo.

—Sesenta y siete guerreros. Incluyéndonos a nosotros suman setenta y dos. Para mí es suficiente. —Apretó los puños, que tenía escondidos en el regazo—. ¿Qué os parece a vosotros?

—¿Cuándo crees que deberíamos hacerlo? —preguntó Getas a modo de respuesta.

Espartaco sonrió.

—¡Siempre precipitándote, Getas! —Miró a los demás.

—Yo estoy contigo —dijo Seuthes.

—Yo también —masculló Medokos.

—Sí. —La respuesta de Olynthus fue un pelín más lenta que las de los demás, pero la adrenalina circulaba con tanta fuerza por las venas de Espartaco que apenas lo advirtió.

—Excelente. ¿Les has dicho a los hombres que se reúnan para que podamos hablar con ellos?

—Sí, en tres casas —repuso Seuthes—. Te llevaremos a cada una de ellas, una detrás de otra.

Getas era como un perro con un hueso.

—¿Cuándo atacaremos al rey?

—Tenemos que hacerlo mañana.

Medokos arqueó las cejas.

—¿Tan pronto?

—Sí. Ya sabéis cómo es la gente cuando empieza a rumorear, y más con una cosa así. Mejor aprovechar la primera ocasión que se nos presente. —Hizo caso omiso del temor que se reflejaba en los demás—. ¡Podemos hacerlo!

—Cielos, cuánto me alegro de tu regreso. Sitalkes se sentiría orgulloso —dijo

Getas, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Qué amanezca pronto!

La tensión se mitigó un poco mientras todos reían ante su entusiasmo.

Espartaco les dejó disfrutar de esa sensación durante unos instantes.

—Más vale que nos pongamos en marcha —dijo enseguida—. Hay muchos hombres que necesitan oír lo que tengo que decir.

—Cierto —reconoció Getas—. Que el Jinete nos proteja.

Durante el transcurso de las horas siguientes, Espartaco se movió incansable por el pueblo con sus cuatro amigos. Le satisfizo sobremanera la cálida acogida que recibió en todas partes. El nivel de descontento con el gobierno de Kotys resultó ser enorme y sus palabras cayeron en terreno abonado. Los hombres recordaban con cariño a su padre y a su hermano y lamentaban la muerte de ambos, sobre todo la de Sitalkes, al que habían envenenado en un banquete organizado por Kotys. Se disculparon por no haber vengado la muerte de Sitalkes y les satisfizo jurar lealtad eterna a Espartaco. Todos y cada uno de ellos prometieron relegar al rey, a Polles y al resto de sus seguidores al olvido mediante una serie de métodos desagradables. Sin excepciones, dio la impresión de que a los guerreros les encantaba el plan de Espartaco de irrumpir en el complejo real al amanecer, cuando la mayoría de los guardaespaldas estarían dormidos.

—Los planes más sencillos son los mejores —les prometió a todos—. Nada puede salir mal.

Cuando terminó, Espartaco se planteó regresar a casa de Ariadne para dormir. La idea le atraía pero la descartó. No tenía sentido ponerla en peligro todavía más de lo que ya había hecho. Contándole su plan a tantos hombres, había quedado expuesto a la traición. Sin embargo, no había otra forma de hacerlo. Si no actuaba, Kotys se enteraría de su presencia en el pueblo al día siguiente. Era imposible que el rey se quedara de brazos cruzados. Espartaco se armó de valor. «Todo irá bien. Seguro que sí. Mañana al atardecer seré el nuevo gobernante de los medos.» Le parecía poco probable. Aunque la idea se le había pasado por la cabeza durante su ausencia, nunca había sido una posibilidad que hubiera contemplado. Rhesus, el anterior rey, y Andriscus, su hijo, habían sido hombres queridos y valientes. Frunció el ceño. «Ahora ya no están, al igual que mi padre. Kotys tiene que pagar por ello con su vida. Si conseguir eso me otorga el reinado, que así sea. Seré un líder mejor que el perro que ocupa el trono en la actualidad.» Le vino a la cabeza otra idea. «¿Qué pasará con Ariadne? —Una sonrisa sustituyó su mueca—. Ya veremos.»

Regresó tranquilamente a casa de Getas y se despidió de los demás uno por uno. Una vez seguro en el interior, su amigo le dio una manta. Espartaco se lo agradeció asintiendo con la cabeza. Se tumbó sin desvestirse y se aseguró de que tenía la espada a mano.

Getas se metió sigilosamente en la cama con su mujer, que ya dormía apaciblemente.

Espartaco cerró los ojos. Habían pasado tantas cosas ese día que pensó que se quedaría despierto hasta la hora acordada, que era cuando el gallo joven de Getas empezara a cacarear. Al parecer, era molesto pero fiable y empezaba su cántico matutino una hora antes del amanecer todos los días. Sin embargo, Espartaco estaba más cansado de lo que era consciente. Se tumbó y se durmió sin soñar nada.

Se despertó al oír madera astillándose. Los muchos años de experiencia en el combate le hicieron levantarse de un salto y llevarse la mano a la espada. Había dormido demasiado poco y el hecho de tropezar al levantarse supuso que Espartaco no tuviera tiempo de desenvainar bien la espada. Media docena de hombres irrumpieron por lo que quedaba de puerta, garrote en mano. Se acercaron a él y a Getas, que había cogido un espetón de asar del fuego, como lobos cercando a un ciervo.

—¿Qué demonios pasa aquí? —murmuró Getas—. ¿Qué queréis?

En lo más profundo de su ser Espartaco sabía qué significaba aquello. «Alguien nos ha traicionado.» Uno de los hombres le golpeó en la cabeza con el garrote. Las estrellas que vio fueron acompañadas de una avalancha de profundo dolor. Se desplomó en el suelo como un saco de patatas. A medida que recibía más golpes oía a lo lejos los gritos de la mujer y los hijos de Getas. La ira sacudía los límites de su conciencia, pero Espartaco solo alcanzaba a acurrucarse en posición fetal en un intento vano por evitar más golpes.

—Parad —gritó al final una voz—. Lo vais a matar.

Los guerreros se separaron a regañadientes.

Espartaco tuvo que hacer acopio de las escasas fuerzas que le quedaban para moverse, pero consiguió desenroscarse y alzar la vista.

—¿Getas? —masculló.

—Estoy bien.

Miró al apuesto guerrero que parecía estar al mando.

—¡Hijo de perra! Tú debes de ser Polles.

Hizo una reverencia burlona.

—Para servirte.

—Si le pones la mano encima a la mujer o a los niños, te…

—¿Qué vas a hacerme? —le interrumpió Polles con una risa cruel. Sus hombres sonrieron complacidos.

—Te cortaré los huevos y te obligaré a comértelos —gruñó Espartaco—. Eso será antes de matarte.

—Eso ya lo veremos. —Polles se le acercó y le dio una patada a Espartaco en el vientre, lo cual le provocó unas arcadas incontrolables—. Por suerte para ti, el rey no

quiere que sufran ningún daño. Por lo menos, no todavía. —Soltó una risa burlona.

Espartaco estiró el brazo con debilidad para intentar agarrar a Polles por el tobillo, pero el cabecilla le esquivó.

—Todos te dábamos por muerto.

—Pues está claro que no.

—Pronto lo estarás. Un complot para matar al rey, ¿no?

—Tú sí que sabes acerca de matar —replicó Espartaco—. Hijo de puta.

Polles se rio entre dientes.

—O sea ¿qué te has enterado de lo de tu padre?

Espartaco le dedicó una mirada llena de odio a modo de respuesta.

—¿Quién es el chivato? ¿Quién te lo ha dicho?

Polles lanzó una mirada a sus hombres.

—¿Se lo decimos? ¿O le dejamos sufrir un rato?

—Déjalo hasta que se dé cuenta de quién es —sugirió un guerrero con crueldad —. Tengo ganas de verle la cara cuando se entere de quién ha sido.

—Buena idea —susurró Polles.

—Que os den a todos por culo —susurró Espartaco. Entonces recordó lo que había tardado Olynthus en responder a su pregunta. Olynthus. Seguro que él era el traidor.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó la mujer de Getas con voz temblorosa.

—¿A ti qué te parece? —contestó Polles con desprecio—. A estos dos y al otro bastardo culpable los ataremos delante de toda la tribu y los torturaremos. Cuando Kotys se contente con saber que todos los conspiradores han sido identificados, hará que les corten el pescuezo. Los demás hombres serán ejecutados.

Gritando de desesperación se lanzó a los pies de Polles, pero el guerrero que la vigilaba le puso el pie delante. La mujer de Getas tropezó y acabó en el suelo, junto a Espartaco. No intentó levantarse, aunque los niños empezaron a gimotear. Los sollozos contenidos hacían convulsionar su frágil cuerpo.

Espartaco se sintió embargado por una furia impotente.

—¿Ariadne?

—O sea que fuiste tú quien la protegió junto a la entrada. Ya me lo imaginé —gruñó Polles—. En cuanto acaben los actos de la jornada, Kotys va a celebrar un banquete. Luego se acostará con ella. Va a ser su nueva esposa.

El rostro de Espartaco se contrajo de ira e intentó levantarse. El fuerte golpe de un garrote lo volvió a dejar prostrado en el suelo. Apenas fue consciente de que lo levantaban y lo llevaban al exterior, donde se había congregado una multitud. Tenían una expresión infeliz, pero nadie se atrevía a intervenir. «Deben de haber atacado las chozas de Seuthes y Medokos a la vez», pensó Espartaco con amargura.

Entonces quedó sumido en la oscuridad.

Cuando Ariadne se despertó, miró directamente el punto donde Espartaco se había sentado. Le embargó una sensación de decepción por su ausencia y de culpabilidad por sentirse de ese modo. Acabó percatándose de la dura realidad al cabo de un momento cuando contempló los rayos de sol que se filtraban por los resquicios del techo. Ya casi era pleno día. Había dormido más de la cuenta. Lanzó un juramento, se puso en pie de un salto y caminó con suavidad hacia la puerta. ¿Por qué no la había despertado la lucha? Solía tener el sueño ligero. «Tal vez no haya habido lucha. ¿Acaso los han traicionado?» La mera idea de pensarlo hizo que a Ariadne le entraran arcadas. «No, por favor.»

Se colocó la capa sobre los hombros y cogió el cesto que contenía la serpiente, abrió la puerta y salió al exterior. Normalmente el callejón estaba desierto, pero Ariadne oía el ruido en aumento de una multitud congregada en el punto de reunión central. Un sudor frío le corría por la espalda a medida que iba acercándose al sonido. Notaba los pies pesados como el plomo. Algo había ido mal. Espartaco había fracasado. Tenía esa corazonada.

Se armó de valor y salió del callejón. Parecía que todos los habitantes del pueblo estaban allí. Tampoco se les veía muy contentos. Los murmullos airados que brotaban de los curiosos dejaron claro que, fuera lo que fuera lo que estaba pasando en la plaza, no era del agrado de la mayoría. El temor de Ariadne fue en aumento cuando oyó que gritaban el nombre de Espartaco a intervalos regulares. También gritaban otros nombres, aunque no los reconoció. Ariadne empezó a abrirse camino por entre la muchedumbre. La gente enseguida la dejó pasar cuando vio quién era y no tardó en llegar a la parte delantera. Las rodillas a punto estuvieron de flaquearle al ver lo que vio. El cuerpo completo de guardaespaldas del rey formaba un cuadrado alrededor de tres marcos de madera a los que se había atado a un hombre, boca abajo. Polles esperaba detrás de ellos, látigo en mano. Kotys estaba a su lado, con una débil sonrisa en los labios. Detrás de ellos, había quizás unos sesenta guerreros arrodillados en el suelo, con una soga al cuello. Sus cuerpos ensangrentados y apaleados resultaban lo bastante elocuentes.

—¿Quiénes son? —le susurró Ariadne a una mujer que tenía al lado.

—Espartaco, el hijo de Sitalkes. Getas y Seuthes, sus amigos, y los hombres que le juraron lealtad.

«¿Dónde están los demás? —quiso gritar Ariadne—. ¿Dónde están Olynthus y Medokos?» Pero no tenía tiempo de entretenerse en el horror de tal implicación, que a Espartaco le habían traicionado dos de sus supuestos camaradas, porque Kotys dio un paso adelante, con una sonrisa complacida.

—Sacerdotisa. Nos honráis con vuestra presencia. Me alegro de que vayáis a presenciar esto.

Ariadne giró la cara indignada. Era la única manera que tenía de resistirse. «Dioniso, ayúdanos, por favor, rogó en silencio. Haré cualquier cosa. Cualquier cosa.»

Kotys le hizo una seña a Polles.

—Ante vosotros tenéis a tres guerreros que planeaban deponer al rey. Que sepáis que uno de ellos no está aquí. Fue asesinado cuando mis hombres fueron a detenerle.

Espartaco acababa de volver en sí. «Honro tu muerte, Medokos —pensó—. Por lo menos moriste bien.»

—Juntos, estos pedazos de mierda convencieron a más de sesenta guerreros —Polles señaló con desprecio a las figuras atadas que tenía detrás— para que se unieran a su causa desesperada. Gracias al Jinete, Kotys fue advertido del peligro. Debe agradecer la lealtad de un guerrero en quien Espartaco, el muy iluso, confió ciegamente.

Los guardaespaldas se troncharon de la risa.

Con malignidad, Espartaco alzó la cabeza del marco. Se dio cuenta de que Getas y Seuthes hacían lo mismo.

—Preséntate, Medokos —ordenó Polles con aire triunfal.

Espartaco no cabía en sí de incredulidad cuando Medokos se mostró ante la multitud regado en un coro de abucheos.

«O sea que Olynthus está muerto. Perdóname, hermano, por haberte juzgado erróneamente.»

—¿Cómo has podido? —bramó Getas—. ¡Eres un pedazo de mierda!

—¡Ojalá te pudras en el infierno! —exclamó Seuthes.

Espartaco contempló a Medokos con un profundo odio.

El que fuera su amigo se estremeció, pero fue a colocarse al lado de Kotys, quien le dio una palmada en el hombro.

—Tu lealtad no caerá en el olvido.

Ariadne empezó a lanzar maldiciones silenciosas sobre la cabeza de Medokos. «Que se vuelva ciego. Que la enfermedad le consuma la carne de los huesos. Que lo parta un rayo, o que un caballo lo arroje al suelo y lo mate.» Era consciente de que si había un momento para huir, era aquel, pero se veía incapaz de hacerlo. Como mínimo, Espartaco y sus compañeros se merecían que alguien fuera testigo de su terrible destino.

—Continúa, Polles —ordenó el rey.

—Primero hay que azotar a los traidores. Cuarenta latigazos para cada uno. —Señaló las herramientas que había en la mesa que tenía al lado con una sonrisa malévola—. Luego empezará la verdadera tortura. Cuando hayamos terminado, les cortaré el cuello y pasaremos a los siguientes pedazos de mierda. —Miró a Kotys.

—Por suerte para vosotros, miserables boñigas de cabra —bramó el rey—, la

tribu no puede permitirse el lujo de perder a tantos guerreros. Por consiguiente, he decidido que muera uno de cada seis de vosotros. Diez hombres, al azar. El resto me jurará lealtad eterna y ofrecerá un rehén como garantía de esta nueva lealtad.

El malestar de la multitud fue en aumento y fueron empujando hacia delante a los guardaespaldas, que se valieron de la culata de las jabalinas para controlar a las masas. La ira de Ariadne no conocía fronteras. Tuvo que reprimirse para evitar abalanzarse sobre el rey y acabar con él. «Dioniso, ayúdame, por favor.»

—Empieza por Espartaco —ordenó Kotys.

Ariadne se veía incapaz de mirar, pero tampoco fue capaz de taparse los oídos ante aquel horror. Se produjo un susurro sibilante cuando el látigo silbó en el aire. A continuación se oyó el crujido al entrar en contacto con la carne de Espartaco. Por último, y lo peor, fue su gemido ahogado. Al cabo de un par de segundos, Polles volvió a darle otro latigazo. Y otro. Y otro. Era insoportable. Para evitar gritar, Ariadne se mordía el interior del labio. No tardó demasiado en notar el sabor metálico de la sangre, pero en vez de dejar de morderse, se clavó los dientes incluso con más fuerza. En cierto modo, el dolor agonizante que le llenaba la cabeza le facilitaba el hecho de escuchar el calvario de Espartaco.

Para cuando Espartaco hubo contado veinte latigazos, notó que le fallaban las fuerzas. Estaba enfadado pero no sorprendido. Durante el tiempo pasado con las legiones, había visto dar latigazos a los soldados en infinidad de ocasiones. Al llegar a cuarenta latigazos, estaría semiinconsciente y tendría la carne de la espalda hecha jirones. Si a Polles se le ordenaba que siguiera, perdería el sentido por completo después de sesenta latigazos. A partir de ese momento, era fácil que muriera a consecuencia de las heridas. Aquella idea hizo brotar en los labios de Espartaco una sonrisa breve y amarga. Kotys no querría que muriera víctima de los latigazos. Lo dejaría en cincuenta. Entonces empezaría el verdadero calvario. Había visto la mesa llena de las herramientas del oficio: los alicates, sondas y hojas dentadas, el brasero ardiente al lado. Sin embargo, su experiencia seguía sin parecer real. Le parecía un desvarío absoluto. «Azotado y torturado hasta morir en mi propio pueblo. Menuda… ironía.»

Espartaco no oyó la orden de alto del centinela apostado en la entrada.

Kotys, Polles, Ariadne y quienes contemplaban aquel espectáculo tan sangriento tampoco lo advirtieron.

Hasta que una columna de hombres llenó el interior de las murallas la gente no empezó a percatarse. Empezaron a girar las cabezas. Los hombres se hacían preguntas entre sí. Algunos incluso se separaron para ir a hablar con los recién llegados. Ariadne estiró el cuello, pero la muchedumbre le impedía ver. Al final, hasta el rey se percató de que pasaba algo y ordenó a Polles que se detuviera.

El cabecilla obedeció con expresión decepcionada.

Espartaco, que inhaló a duras penas, cedió contra el marco de madera. No tenía ni idea de por qué Polles había parado. Sin embargo, agradeció la corta tregua. Le brindaría la oportunidad de recuperar un poco las fuerzas. Le permitiría soportar más dolor cuando volviera a llegar. Pilló a Ariadne mirándole y la agónica expresión de su rostro le remordió la conciencia. Intentó sonreír para tranquilizarla, pero no acertó más que a hacer una mueca. «Gran Jinete, protégela a ella por lo menos.»

—Dejad que se acerquen —gritó Kotys.

Se produjo un intervalo corto mientras sus guardaespaldas apartaban a la gente de malas maneras para formar un pasillo que condujera a la entrada. Espartaco entrecerró los ojos para tratar de alcanzar a ver quién, o qué, había interrumpido su castigo.

La primera persona a la que vio era un hombre achaparrado con la cabeza rapada que vestía una capa verde desteñida. Del cinturón que llevaba en la cintura colgaba un *gladius* envainado. El recién llegado también tenía aspecto de saber utilizarlo. Espartaco pensó que parecía un soldado. Igual que las ocho figuras armadas de un modo parecido que le seguían. El rostro duro y las extremidades marcadas por las cicatrices apuntaban a que eran legionarios veteranos. Los hombres con harapos que les seguían a duras penas y que estaban encadenados por el cuello eran otro asunto. Hasta el niño más pequeño sería capaz de darse cuenta de que eran esclavos. Eran de distintas nacionalidades, algunos eran tracios, pero otros parecían pónticos o incluso escitas. Dos hombres formaban la retaguardia acompañados de un trío de mulas.

«Bazofia de tratantes de esclavos», pensó Espartaco con virulencia. Los hombres como aquellos —buitres humanos— habían seguido la estela de todos los ejércitos en los que había servido. Solían comprar a prisioneros capturados por los legionarios pero no tenían reparos en llevarse a cualquiera que fuera lo bastante débil o imbécil para acabar en sus garras. Hombres, mujeres y niños, no le hacían ascos a nadie. En las últimas décadas, el apetito de Roma por los esclavos se había vuelto insaciable. No obstante, aquel individuo no parecía un tratante de esclavos al uso. Solo llevaba varones, lo cual significaba que sus posibles clientes eran propietarios de granjas o minas. Espartaco cerró los ojos e intentó descansar. Aquello no tenía nada que ver con él.

—Ya te has acercado lo suficiente —gritó Polles cuando el recién llegado se encontraba a unos doce pasos de Kotys—. Inclínate ante el rey.

El otro obedeció de inmediato.

—Me llamo Phortis. Soy comerciante —dijo en un mal tracio—. Vengo en son de paz.

—Más te vale —espetó Kotys con acritud—. Nueve de los vuestros no tendrían muchas opciones contra mis guardaespaldas.

—Sin duda, Majestad. —Phortis esbozó una sonrisa arrepentida y

apesadumbrada.

—¿Por qué estáis aquí?

—Mi señor de Italia me ha enviado en busca de esclavos, Majestad.

—Ya lo veo. ¿Esclavos para el campo y cosas así?

—No, Majestad. Quiero hombres capaces de luchar en la arena, como… —Phortis hizo una pausa y buscó la palabra adecuada antes de volver al latín—: gladiadores.

Espartaco aguzó el oído. Había visto a prisioneros de guerra romanos obligados a enfrentarse entre sí hasta la muerte para entretener a miles de legionarios que les alentaban. El salvajismo de tales combates quedaba mitigado por el hecho de que a los vencedores solían liberarlos. Espartaco dudaba de que se hiciera así en Italia. Cambió de postura en el soporte y se estremeció cuando nuevas oleadas de agonía irradiaron de la carne viva de la espalda. Volvió a cerrar los ojos y controló la respiración para aplacar el dolor.

—¿Gladia-dores? —preguntó Kotys, frunciendo el ceño.

—Sí, Majestad —repuso Phortis en tracio—. Luchadores habilidosos de distintos tipos que se enfrentan entre sí delante de una muchedumbre hasta que uno sale victorioso. Es un espectáculo de primera clase. Esta práctica es muy popular entre nuestra gente.

—¿Solo empleáis esclavos? ¿Cómo va a resultar eso entretenido? —preguntó Kotys con desprecio.

—No es tan sencillo, Majestad. Los prisioneros de guerra y los criminales también engrosan en gran medida la lista de candidatos adecuados. —Phortis inclinó la cabeza en dirección a los cautivos—. Tampoco tiene nada de malo emplear a esclavos, si se escogen bien. Los escitas son cabrones asalvajados y los hombres de las tribus pónticas luchan como ratas acorraladas. Pero los más valorados son los tracios. Es de todos sabido que vuestro pueblo es el más belicoso del mundo. En Italia decimos que los tracios son «peores que la nieve» y que, si se unieran todas las tribus, conquistaríais a todas las razas existentes. —Sonrió ante los gruñidos de apreciación que emitieron quienes escucharon sus palabras.

—Palabras melosas de boca de un romano —interrumpió Kotys, con una mueca —. ¿O sea que has venido a comprar esclavos?

—Sí, Majestad —reconoció Phortis con humildad—. Prisioneros que hayan tomado vuestros guerreros durante las incursiones en otras tribus y cosas así. —Desvió la mirada hacia Espartaco y sus compañeros para luego apartarla.

A Kotys no le pasó desapercibido el interés de Phortis.

—¿Los gladia-dores estos viven mucho?

Phortis volvió a mirar a Espartaco, calibrando sus posibilidades. Acto seguido, miró a Seuthes y a Getas y emitió un pequeño bufido desdeñoso.

—No, Majestad. Muy pocos sobreviven más de un año. Al resto los derrotan pronto; heridos y humillados en la arena, son ejecutados delante de una muchedumbre que pide su cabeza. Al acabar, arrastran sus cuerpos al exterior. Les cortan el cuello a todos los cuerpos para asegurarse de que ninguno se hace el muerto, antes de que los echen al vertedero.

Ariadne no fue capaz de evitarlo y dejo escapar un pequeño grito de horror.

—No te gusta la idea, ¿eh? —preguntó Kotys, revolviéndose contra ella como una serpiente a punto de atacar.

Ella guardó silencio, lo cual resultó lo bastante elocuente para él.

—Imagínate a Espartaco y sus amigos… —Kotys se recreó en las palabras— en una arena con miles de romanos que gritan porque quieren verlos muertos. A cientos de kilómetros de casa, estarían totalmente solos. Abandonados a su suerte. No se me ocurre una muerte peor.

«Ni a mí», pensó Ariadne mientras escuchaba los gritos desgarradores de las esposas de Seuthes y Getas. «Hijo de puta malvado.»

La adrenalina recorría las venas de Espartaco y abrió los ojos. «Luchar para entretener a una panda de romanos apestosos suena mejor que lo que Kotys me tiene preparado.» Consiguió lanzar una mirada a Seuthes y Getas y se animó. No había ni rastro de temor en sus rostros, solo una ira fría y calculadora.

—¿Cómo los ejecutan exactamente? —preguntó Kotys con lascivia.

—De distintos modos. Uno de los más habituales es que el perdedor se arrodille y levante la mandíbula para que el cuello resulte bien visible. Entonces el vencedor de la lucha lo acuchilla así. —Phortis imitó la acción de una espada entrando por el hueco situado en la base del cuello—. La hoja se desliza en la cavidad pectoral y corta media docena de vasos sanguíneos importantes. La muerte es instantánea.

«Una muerte rápida y honorable», pensó Espartaco.

La imagen descrita por Phortis combinada con la sangre que tenía en la boca hizo que Ariadne se mareara. Se balanceó de un lado a otro e hizo esfuerzos para mantener el equilibrio.

Kotys disfrutaba con la intensidad de su desasosiego.

—¿Qué me darías por estas criaturas? —le preguntó a Phortis.

«Dioniso, ayuda a Espartaco», suplicó Ariadne. Se oyeron unos cuantos gritos airados, pero nadie se atrevió siquiera a acercarse a los guardaespaldas del rey. Ariadne se sumió en el pozo profundo de la desesperación.

—No parecen gran cosa, Majestad —masculló Phortis, entrecerrando los ojos.

—Las apariencias engañan —repuso Kortys—. Espartaco, el primero, acaba de regresar de años de servicio en vuestras legiones, así que alguna destreza debe de tener. En sus años mozos, era uno de los mejores guerreros de la tribu. Los otros también son hombres duros, veteranos de muchas campañas.

—¿De verdad, Majestad? —preguntó Phortis con desinterés.

—¡No me jodas! —Kotys estaba rojo de ira—. Recuerda que tú y tus hombres estáis aquí gracias a mi benevolencia. Con un chasquido de los dedos mis guerreros os hacen otro ojo del culo en menos que canta un gallo. —Lanzó una mirada a los guardaespaldas más cercanos, que sonrieron y se llevaron la mano a las armas.

—Perdonadme, Majestad —se apresuró a decir Phortis—. No pretendía ofenderos.

Kotys relajó la expresión ligeramente.

—Espartaco es el tipo perfecto para lo que buscas. Igual que sus dos amigos.

—Sin duda, Majestad —convino Phortis. Lanzó una mirada maliciosa al rey—. ¿Y el resto?

—No están en venta. Solo estos tres.

Para sorpresa de Ariadne, un tímido rayo de esperanza iluminó ligeramente el pozo de su desesperación. ¿Podría sacarse algo bueno de aquella situación?

—¿Puedo saber por qué?

—Porque conspiraban para derrocarme.

Phortis no se sorprendió.

—¿Qué pedís por ellos, Majestad? ¿Mil monedas de plata?

—Tienes cojones, eso hay que reconocértelo. ¿Te piensas que voy a darte gratis a estos pedazos de mierda?

—Por supuesto que no, Majestad —repuso Phortis suavemente—. ¿Qué os parece quince mil?

—Doscientas cincuenta mil o nada. Sé tan bien como tú que los esclavos tracios valen el doble que los de cualquier otra raza.

Phortis ni siquiera parpadeó. Hizo un gesto hacia Espartaco y los demás.

—¿Puedo…?

—Adelante. Afortunadamente para ti, solo el primero ha recibido azotes. Le ha ido por poco, la verdad. Mi paladín se estaba animando justo cuando habéis llegado.

Espartaco alzó la cabeza del marco de madera y le dedicó una mirada maligna mientras se acercaba. El tratante no le hizo ni caso, sino que se dedicó a observarle la espalda.

—Su Majestad está en lo cierto. No hay daños duraderos. —Pasó a examinar a los otros dos, presionándoles los músculos y examinándoles la dentadura como si fueran caballos. Hizo un sonido aprobatorio al ver la frente rapada de Seuthes.

—O sea que tu enemigo no te puede agarrar del pelo cuando te tenga delante, ¿no? —Seuthes lo miró enfurecido, pero no respondió.

Phortis lanzó una mirada al rey.

—Es un precio justo, Majestad —reconoció.

Mientras Kotys sonreía con expresión triunfante, Phortis ladró una orden y uno de

sus hombres corrió hacia las mulas de atrás. Regresó cargado con dos bolsas pesadas.

—Aquí seguro que hay más que de sobra —afirmó Phortis.

Kotys le hizo una seña a Polles para que avanzara. Sin miramientos, el paladín derramó las bolsas de cuero en el suelo y con la ayuda de otro guerrero empezó a contar las monedas de plata que cayeron.

—Está todo aquí —farfulló al fin Polles.

—Bien —dijo Kotys—. Pues entonces trato hecho. Soltadlos. —Dirigió una mirada triunfante y malévola a Ariadne. No tenía ni idea de que a ella el corazón le palpitaba ante la expectativa. Por fin tenía un plan, fruto de su profunda desesperación. ¿O acaso por fin había intervenido Dioniso? Ariadne era incapaz de saberlo. Quizá su táctica no funcionara, pero le parecía mejor que quedarse de brazos cruzados.

«Por lo menos no moriré hoy.» Espartaco hizo acopio de las fuerzas que le quedaban. Cuando le cortaron la última de sus ataduras, fue capaz de aguantarse de pie, con las rodillas pegadas, en vez de caerse al suelo. «¿Qué será de Ariadne?» Desvió la mirada hacia donde ella estaba. Se animó. Por increíble que pareciera, ya no tenía una expresión consternada, sino resuelta. «Sobrevivirá de algún modo.»

—Venid aquí —gritó Phortis—. Ahora sois míos.

Espartaco y sus amigos fueron hacia él arrastrando los pies y permitieron que los hombres del tratante les ciñeran unas argollas de hierro en el cuello. Su indignidad quedó al completo con los grilletes que les pusieron en los tobillos. No tenían ninguna posibilidad de escapar. «Esto nos lleva a la arena. Por lo menos ahí tendré la posibilidad de sobrevivir luchando», se dijo Espartaco. Aquel destino era infinitamente mejor que el que le ofrecía Kotys. El corazón volvió a encogérsele de culpa. ¿Qué sería de Ariadne? La determinación no podía llevarla muy lejos.

—¿Tenéis a más hombres como estos, Majestad? —preguntó Phortis.

—Es una mala época del año para los prisioneros —espetó Kotys—. Es mejor venir en verano, cuando saqueamos otras tribus.

—Eso es lo que le dije a mi señor, Majestad —reconoció Phortis—, pero no quiso hacerme caso. A este paso, puedo darme por afortunado si evito la nieve en los puertos de montaña que conducen a Iliria. ¿Con vuestro permiso?

—Os podéis marchar —gruñó Kotys. Se giró entonces hacia Ariadne.

Espartaco apretó los puños y sintió la mayor impotencia de su vida.

Ariadne estaba totalmente aterrada, pero sabía que tenía que actuar entonces. Desplazó los coágulos de sangre del interior de la boca a un lado y empezó a hablar con su voz más áspera.

—Como sacerdotisa fiel de Dioniso que soy, convoco al Todopoderoso, al dios de la embriaguez y la manía, a que sea testigo de la maldición que lanzo sobre el rey de los medos.

El silencio se apoderó de los lugareños presentes. Polles y los demás guardaespaldas intercambiaron miradas nerviosas. Incluso Phortis y sus hombres dejaron de hacer lo que estaban haciendo. Kotys se puso blanco, pero no se atrevió a detenerla.

—Nadie quiere a un tirano ni a un asesino, Kotys, te condeno a sufrir una muerte temprana y violenta. Te condeno a sufrir una muerte lenta y dolorosa, con la hoja de un enemigo enterrada en lo más profundo de tus entrañas. —Ariadne hizo una pausa, deleitándose con su poder. ¡Dioniso había regresado a ella!—. Tus últimos momentos estarán llenos de agonía y, cuando tu mísera alma salga de tu cuerpo, las puertas del paraíso de los guerreros estarán cerradas para ti. En cambio, las ménades de Dioniso te llevarán abajo, al submundo. Ahí, para el resto de la eternidad, te arrancarán trozos de carne y se la entregarán al rey. —Encantada con la expresión conmocionada de Kotys, le escupió los cachos de sangre en la cara—. Por último, te marco como uno de los elegidos de Dioniso.

Los presentes dejaron escapar gritos reverentes y perfectamente audibles. La mayoría se quedó petrificada, como si hubieran visto una aparición divina. Al rey se le llenaron los ojos de un horror patente. Se quedó quieto y mudo, con un leve sonrojo en las mejillas, mientras Ariadne se acercaba a Espartaco.

—Soy la esposa de este hombre. Voy a seguirle en su cautiverio —anunció con voz alta y autoritaria.

—¿Su esposa? —bramó Polles, que se dispuso a impedirle el paso.

—Así es. Anoche intercambiamos nuestros votos —mintió Ariadne. Sujetó la tela de la capa hasta que le dolieron los puños. «¡Déjame pasar!»

—También consumamos el matrimonio —masculló Espartaco—. Después de tantos años en campaña, no podía esperar más.

A Ariadne se le encendieron las mejillas cuando los presentes soltaron una risotada.

Kotys miraba enfurecido, humillado de nuevo, y Ariadne se atrevió a sentir un atisbo de esperanza. Ningún rey querría a una mujer que había entregado su virginidad a otro hombre.

—Dioniso desea que acompañe a Espartaco al exilio —gritó.

—¡Dioniso! ¡Dioniso! ¡Dioniso! —El rugido estruendoso de los lugareños mostrando su acuerdo ahogó cualquier otro sonido.

Visiblemente enfurecido, Polles se hizo a un lado. Ariadne corrió a situarse junto a Espartaco.

Phortis se encogió de hombros. No tenía intención de discutir con la portavoz de un dios ni con cientos de tracios enfadados.

—Una boca más que alimentar no se notará tanto.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —preguntó Espartaco en voz baja.

—Mira la alternativa. —Con un discreto movimiento de cabeza, Ariadne señaló a Kotys.

—Lo entiendo.

—Viajaremos a Italia y veremos qué nos depara el destino —dijo con solemnidad, intentando no hacer caso de los nuevos temores que la atenazaban. Sin embargo, Ariadne estaba satisfecha en parte. «Puedo quedarme con él, por lo menos por ahora.»

Espartaco también se alegraba.

—Así no te quedarás sola.

3

Capua, Italia

—Vuélvemelo a enseñar, Paccius —ordenó Carbo, tendiéndole el *gladius*.

Reacio a aceptarlo, el portero —un samnita enorme con una buena mata de pelo negro y rizado— miró inquieto por encima del hombro, hacia las puertas abiertas del *tablinum*, la zona de recepción principal.

—Deberíamos parar, joven amo. Una cosa era jugar a luchar con una espada de madera cuando eras pequeño, pero ahora ya tienes dieciséis años, eres casi un hombre. No me está permitido utilizar una hoja de verdad a no ser que me lo ordene tu padre. Si me pilla enseñándote cómo utilizar una de sus armas…

—No se enterará —declaró Carbo enseguida—. Estará fuera todo el día. Mi madre tardará horas en volver y la única gente que ronda por aquí son los esclavos de la cocina. Les he dado una moneda a cada uno para que mantengan la boca cerrada. Deja de preocuparte. Nuestro secreto está a salvo.

—Si tú lo dices… —repuso Paccius no muy contento.

—Estoy seguro —espetó Carbo.

Paccius desconocía el motivo de la ausencia del padre de Carbo. Jovian se encontraba en una situación financiera desesperada. Carbo se había enterado de que su economía había alcanzado un punto crítico cuando Jovian no había podido costear los atrasos del préstamo correspondientes al trimestre anterior. Ahora corrían el riesgo de perder la granja, su casa de Capua y todas sus propiedades, esclavos incluidos. Carbo sabía del drama al que se enfrentaba la familia porque había escuchado a escondidas parte de la conversación llena de preocupación que sus padres habían mantenido la noche anterior. Jovian había puesto todas sus esperanzas en obtener el aplazamiento de sentencia hoy. Furioso ante su impotencia, Carbo volvió a blandir la espada, con la empuñadura por delante.

—¡Cógela!

Incapaz de seguir negándose, Paccius sujetó con fuerza la empuñadura de hueso.

—Sujétala así. Recuerda, hace falta mucha fuerza para clavársela a un hombre en el vientre. Así. —Empujó el brazo derecho hacia delante de forma calculada y con poderío y lo volvió a retirar hacia su costado. Repitió el movimiento varias veces—. ¿Queda claro?

—Sí, creo que sí.

—A ver cómo lo haces —dijo Paccius, devolviéndole el *gladius*.

Muy concentrado, Carbo mantuvo la espada junto al costado derecho. Copió el movimiento de Paccius con un gruñido, imaginando que clavaba la hoja de hierro en las entrañas de un guerrero póntico o un pirata cilicio. Junto con el ex líder mariano Sertorio de Iberia, aquellos eran los principales enemigos de Roma. Imaginó que

mejor aún sería clavarla en la carne del principal acreedor de su padre, fuera quien fuera.

—¿Te gusta así?

Paccius frunció los labios para mostrar su aprobación.

—Eso está mejor. Hazlo otra vez.

Carbo obedeció con avidez y embistió con la espada adelante y atrás en un frenesí de golpes.

—Baja el ritmo. Conserva la energía. Con clavarle la espada en el vientre a tu contrincante debería bastar para abatirle. Hay pocos hombres que se queden en pie después de que les hagan trizas la mitad de las entrañas. —Paccius hizo una mueca fingida de agonía, se agarró el abdomen y fingió caerse al suelo—. Ahí radica la belleza de esta arma —continuó—. Cuando se utiliza con un escudo tan fabuloso como el *scutum*, con una hilera de soldados que se mantienen juntos, es prácticamente invencible.

—Así es como derrotamos a tu pueblo.

Paccius hizo una mueca.

—Es uno de los motivos, sí.

Carbo se había pasado su niñez escuchando las historias de Paccius sobre la Guerra de los aliados, cuando los últimos samnitas, extremadamente independentistas, habían sido machacados por Roma. Sabía que esa derrota todavía dolía. Paccius había sido un guerrero de alto rango entre los suyos. Ahora no era más que un esclavo. Cuando habían vivido en la granja de la familia, a unos veinte kilómetros de Capua, él había sido el capataz. Después de trasladarse a la ciudad, había asumido la función de portero y guardia. Paccius también era la persona a la que Carbo recurría cuando tenía problemas, y se maldijo por mencionar aquella historia antigua y dolorosa.

—También quiero aprender a utilizar un escudo —declaró, cambiando de tema—. Ve a buscar uno.

Paccius empezó a quejarse de nuevo, pero se lo pensó dos veces. Mascullando para sus adentros, volvió a desaparecer por el *tablinum*.

Carbo sumergió una mano en la fuente que adornaba el centro del pequeño patio. Se echó agua en la cara varias veces para refrescarse. Se tocó sin darse cuenta la miríada de marcas de viruela que le cubrían las mejillas y frunció el ceño. Se le pasó parte del buen humor. «¿Por qué no puedo tener las cicatrices en el pecho o en la espalda?» Era fácil recordarse que tenía la suerte de estar vivo, al fin y al cabo, más de un tercio de las personas que contraían la viruela moría, mientras que otras se quedaban ciegas, pero era una mala pasada entrar en la edad adulta con un aspecto monstruoso. Tampoco servía de gran ayuda que la mayoría de quienes le habían considerado su amigo no quisieran saber nada de él ahora. ¿Y qué mujer le querría?

La madre de Carbo insistía en que no se preocupara, que ya llegarían a un acuerdo con alguna familia adecuada, pero no servía demasiado para aliviar el odio que sentía hacia su propia persona. Mientras algunos jóvenes de su condición ya se acostaban con chicas dispuestas —hijas de comerciantes—, a Carbo le costaba entrar a hurtadillas en un prostíbulo y elegir a una prostituta.

Aparte de la mano, su única forma de alivio sexual había sido acostarse con las esclavas de su padre. Dos o tres estaban pasables. Teniendo en cuenta su posición inferior, no podían negarse a las peticiones de Carbo cuando les ordenaba que se acostaran con él. Durante los meses en los que se recuperaba de la viruela, había utilizado este poder en varias ocasiones. El sexo le había supuesto un verdadero alivio, pero se había dado cuenta del asco poco disimulado que les producía su aspecto. Lo que Carbo quería realmente era que alguien le aceptara tal como era. Parpadeó. «Deja de pensar en ti mismo. Los problemas de papá son mucho más importantes.»

—¡Hete aquí! —exclamó, contento de poder dejar de pensar en su padre.

El samnita portaba un *scutum* que Jovian había utilizado durante el servicio militar años atrás. Carbo alargó el brazo con avidez.

Paccius no se lo dio.

—Calma —advirtió—. Saberlo todo de las armas y el equipo es tan importante como saber emplearlos.

«Él sí que sabe.» Carbo asintió a regañadientes.

—Muy bien.

Paccius dio un golpecito en el borde de metal que cubría ambos extremos del escudo.

—¿Para qué sirve esto?

—En la parte superior, para proteger contra las estocadas de espada y, en la inferior, evita el desgaste por el contacto con el suelo.

—Bien. ¿Y esto? —Paccius señaló el pesado tachón de hierro del centro.

—Es decorativo, pero también es un arma. —Carbo extendió el puño izquierdo hacia delante—. Si se presiona contra la cara del enemigo, es muy probable que se caiga hacia atrás o hacia el lado y deje el cuello desprotegido. —Continuó lanzando una estocada con el *gladius*—. Otro hombre abatido. —Miró a Paccius con orgullo.

—Me alegra saber que de vez en cuando prestas atención a lo que te digo. —Fue el único comentario del samnita—. Empecemos por lo básico: cómo sujetar el escudo correctamente. —Dio la vuelta al *scutum* y le mostró la cara interna.

Carbo exhaló un suspiro. Con impaciencia no iba a llegar a ningún sitio. Si quería beneficiarse de la experiencia de Paccius, tendría que hacerlo a su manera. Tomó el asa horizontal.

—¿Qué más?

Al final, Paccius sonrió.

—Sostenlo de forma que apenas pueda verte los ojos. Coloca la espada apuntando hacia delante desde la cadera derecha, lista para utilizar.

Carbo obedeció. Enseguida se le aceleró el pulso y los sonidos de la vida doméstica se atenuaron. A pesar de la tranquilidad del entorno, se imaginaba en un campo de batalla, con camaradas a ambos lados. Sin embargo, la imagen se desvaneció en un par de segundos. Carbo puso cara de enfadado. Era muy poco probable que aquello llegara a pasar. Desde que se habían trasladado a la ciudad hacía cuatro años, su padre había insistido en que la mejor carrera para él no era labrar la tierra, que era lo que habían hecho sus antepasados durante generaciones, ni alistarse en el ejército, el sueño de Carbo, sino la política. «La época de los agricultores ciudadanos ha pasado a mejor vida. El grano a precio rebajado de los latifundios y de Sicilia y Egipto tiene la culpa.» Jovian se lamentaba habitualmente de los cambios en la agricultura, que habían hecho que las granjas familiares hubieran quedado arrasadas por enormes fincas propiedad de la nobleza. «El hermano de tu madre, Alfenus Varus, por el contrario, se está forjando un nombre en Roma. Es un hombre nuevo, pero míralo, uno de los abogados más insignes de Roma. Además te tiene cariño. Con ayuda de los dioses, quizá te acoja bajo su ala.»

«Un abogado», pensó Carbo con amargura. No se le ocurría nada peor. Las prácticas con Paccius quizás acabaran siendo la única instrucción militar que recibiría jamás. Sin más dilación, decidió absorber cada palabra que saliera de boca del samnita.

Antes de que Paccius intentara seriamente enseñarle los entresijos del empleo de las armas, hizo dar a Carbo más de veinte vueltas alrededor del patio rectangular, cargado con el *gladius* y el *scutum*. Cuando acabó, el samnita se dispuso a enseñar a Carbo cómo moverse durante el combate, tanto a solas como en formación. Insistió en la importancia de mantener la fila y estar junto a los compañeros.

—Al contrario de lo que se podría pensar, ganar una batalla no consiste en heroicidades individuales, sino en la disciplina, simple y llanamente —farfulló—. Eso es lo que diferencia al soldado romano de la amplia mayoría de sus contrincantes, y es el principal motivo del éxito de las legiones a lo largo de los últimos doscientos años. —Hizo una mueca—. A mi pueblo no le habría ido mal un poco más de disciplina.

Carbo redobló sus esfuerzos y se imaginó orgulloso en medio de alguno de los ejércitos que derrotaran a otros grupos étnicos de Italia: los poderosos cartagineses y los orgullosos griegos. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, ese placer quedaba atenuado constantemente por el convencimiento de que todo aquello se quedaría en pura fantasía. Las deudas de su padre eran lo que importaba en esos momentos. No obstante, no dejaba de imaginarse como soldado. Las historias bélicas de Paccius le

habían emocionado desde su más tierna edad.

—Ahora mejor que lo dejemos —dijo Paccius, alzando la vista al cielo.

Carbo no se resistió. Le ardían los brazos y estaba empapado de sudor. Aunque todavía había luz, el sol había caído por detrás del tejado rojo de la casa. Su madre no tardaría en regresar y su padre le seguiría poco después.

—Muy bien. —Le dio las gracias con una sonrisa—. Mañana puedes seguir enseñándome.

—Te lo tomas en serio, ¿eh?

—Sí. Quiero ser soldado, me da igual lo que diga mi padre.

Paccius se lamió el labio, pensativo.

—¿Qué pasa? —preguntó Carbo con impaciencia.

—La mejor manera de mejorar tu forma física sería emplear un equipo de entrenamiento adecuado, no esto. —Paccius alzó el *gladius* y el *scutum* sin esfuerzo —. Los nuevos reclutas de las legiones emplean espadas de madera y escudos de mimbre que pesan el doble que los objetos reales. Obviamente, aquí no podríamos entrenar con eso. Pero fuera de Capua sería otro asunto.

—¿Te refieres a la llanura situada al norte de las murallas? —Se utilizaba de un modo similar al Campo de Marte de Roma. Ahí, los jóvenes de la ciudad, nobles y plebeyos por igual, practicaban todo tipo de actividades atléticas—. Ahí no podemos ir. Alguien nos vería. Mi padre acabaría enterándose.

—Estaba pensando en un descampado situado al sur, donde arrojan los residuos de la ciudad. Nadie nos molestará en un sitio así —declaró Paccius con una sonrisa maliciosa.

—Buena idea. Puedo decirle a papá que vas a enseñarme a lanzar la jabalina y el disco en la arena de entrenamiento situada al norte. De eso no se quejaría.

—Conozco a un comerciante que me vendería el material. —Paccius se giró para marcharse.

—Espera. —Carbo vaciló—. Gracias.

—De nada. Espera a mañana —le advirtió Paccius—. Quizá no pienses lo mismo tras una hora en el *palus*.

—De acuerdo —prometió Carbo—. Esto va más allá de tu obligación como esclavo.

—Sí, bueno… —El samnita tosió—. He estado cuidando de ti todos estos años. Parece de imbéciles dejarlo ahora.

Sorprendido por el inesperado nudo que se le formó en la garganta, Carbo asintió.

—Vale. ¿Mañana por la mañana, entonces?

—Mañana por la mañana —convino Paccius. Se marchó sin decir nada más.

Una ráfaga de viento atravesó el patio y Carbo se estremeció, consciente de repente del sudor que le empapaba todo el cuerpo. Había llegado el momento de

lavarse y cambiarse de ropa. Al pensar en la misión de su padre aquel día, suspiró. «Júpiter, el mayor y mejor, ayúdanos, por favor.»

Carbo abordó a Jovian en cuanto regresó. Su padre era un hombre bajito con el pelo negro ralo y un rostro agradable, que en los últimos días había acusado la preocupación. Carbo se olvidó de todo aquello en cuanto se lanzó a explicarle la idea. En un principio, se sintió aliviado al ver que su padre no planteaba ninguna objeción a la idea de que Paccius le instruyera en el uso de la jabalina y el disco. Sin embargo, a Carbo enseguida le embargó una sensación de culpa. No era de extrañar que le hubiera dejado hablar a su antojo. Jovian estaba muerto de agotamiento, o de preocupación.

Carbo estaba a punto de preguntar qué ocurría cuando intervino su madre.

—Así saldrás de casa. Apenas has salido en los últimos seis meses —le había dicho con una sonrisa alentadora.

Carbo le había dado las gracias farfullando, pero se le había pasado el buen humor. Se giró y pilló a Jovian diciendo, moviendo los labios, «Tres días» y «Marco Licinio Craso» a su madre. ¿Era aquel el plazo para pagar las deudas? ¿Era Craso, el hombre más rico de la República, el principal acreedor de su padre? Carbo no lo sabía, pero dada la expresión adusta de Jovian y las lágrimas que habían asomado a los ojos de su madre, no había muchas más conclusiones que extraer. Ni su padre ni su madre le proporcionaron más información y Carbo se pasó la noche inquieto preguntándose cómo ayudar. No se le ocurría nada. A sus dieciséis años, sin oficio ni beneficio, tenía poco que ofrecer. La frustración que Carbo sentía se exacerbó por el hecho de que la carrera que su padre había elegido para él, la abogacía, estaba muy bien pagada. Le faltaban años para ser abogado, pero ganaría mucho más dinero así que como soldado raso.

A la mañana siguiente, Jovian se marchó temprano y volvió a decir que estaría fuera todo el día. La madre de Carbo estaba en la cama porque no se sentía bien. En cuanto la hubo visitado, Carbo y Paccius se dirigieron al exterior de la ciudad. La modesta casa de la familia estaba situada en una zona próspera cerca del foro. Cohibido como siempre y más enfadado que nunca, Carbo miraba enfurecido a la gente que abarrotaba las calles estrechas. Anhelaba la paz del campo, donde había pasado su niñez. Poca gente aparte de Paccius advirtió su furia. Los tenderos que vendían vino, pan, carne y verduras frescas estaban más preocupados por pregonar las virtudes de sus productos a transeúntes más receptivos. Los trabajadores manuales, herreros, carpinteros, alfareros, bataneros y carreteros, trabajaban en sus talleres, demasiado ocupados para ponerse a observar quién pasaba.

Allí donde había espacio, los malabaristas y acróbatas estiraban los músculos y se preparaban para empezar el espectáculo. Algún que otro encantador de serpientes se sentaba con las piernas cruzadas, flauta en mano, señalando el cesto y describiendo la serpiente más venenosa imaginable. Era temprano, por lo que en los portales situados entre las tiendas de frente abierto que servían de entrada a los apartamentos que había encima no estaban las prostitutas que solían ofrecerse allí. Solo los leprosos, escabrosos y lisiados incordiaban a Carbo. Su presencia le hizo esbozar una sonrisa sardónica. Había otros más feos que él.

Paccius lo llevó a un establecimiento sórdido situado cerca de la puerta meridional. Carbo se emocionó todavía más al ver lo que se vendía. En vez de los alimentos, utensilios de hierro y artículos domésticos habituales, en aquel lugar vendían armas. Los soportes de madera del exterior exponían docenas de espadas, *gladii* en su mayoría; Carbo también vio la curva distintiva de por lo menos una *sica* tracia y, al lado, varias espadas largas galas. Había haces de jabalinas y lanzas apoyados en las paredes de la tienda y escudos de varias formas y tamaños apilados sin orden ni concierto por la tienda.

Sujetando el dinero que le había dado Carbo, Paccius entró para hablar con el dueño canoso. Salió al cabo de un momento con dos escudos grandes de mimbre. Llevaba un par de *gladii* de madera bajo un brazo.

—No podemos llevarlos a casa —afirmó Carbo—. Papá se dará cuenta de lo que pasa.

—Está todo arreglado. Por un precio simbólico, podemos dejar el material en la tienda y recogerlo cada mañana.

El ingenio de Paccius hizo asomar una sonrisa al rostro de Carbo. Sin embargo, al cabo de un momento volvió su ira. A no ser que su padre obtuviera otro préstamo, les quedaban tres días, no más. ¿Y qué pasaría al cabo de tres días? No quería ni imaginárselo.

Paccius encaminó a Carbo al exterior de la muralla meridional de Capua, más allá de un descampado lleno de pilas enormes de residuos domésticos y excrementos humanos. Había mulas y perros muertos e incluso algún que otro hombre por allí tirado, cuya carne putrefacta aumentaba el hedor acre que llenaba el ambiente. No era de extrañar que el lugar estuviera desierto. Ni siquiera los mendigos que iban a diario a rebuscar entre la basura apestosa se entretenían a no ser que fuera estrictamente necesario. A Carbo se le puso la carne de gallina. «Por los dioses», ¿podríamos nosotros acabar rebuscando entre las basuras?, se preguntó, contemplando las siluetas negras y saltarinas de las cornejas que picoteaban incansables las cuencas de los ojos y los orificios corporales. Sus primos, los buitres, sobrevolaban la zona perezosos en solitario o en parejas intentando encontrar los mejores bocados.

Paccius se paró junto al esqueleto de un árbol muerto cuyas ramas intentaban

apresar el aire como si fueran garras.

—Este será tu *palus*. Empezaremos aquí.

Carbo estaba lo bastante familiarizado con la preparación de los gladiadores como para comprender que aquel tronco retorcido y estrecho haría las veces de poste sobre el que lanzar sus ataques con la espada. Desplegó una amplia sonrisa e imaginó que no era un árbol, sino Marco Licinio Craso atado a una estaca.

—¿Qué quieres que haga?

Con el aplomo de un veterano, Paccius le enseñó a acercarse al árbol, escudo en mano.

—Trátalo con respeto, como si fuera un guerrero enemigo que quiere cortarte en pedazos. Muévete ligeramente, sobre el pulpejo de los pies. Coloca la cabeza baja de forma que solo queden visibles los ojos y mantén la espada cerca del costado. Cuando estés lo bastante cerca, apunta al vientre o al corazón. —Señaló una abertura ennegrecida en el centro del tronco, donde alguna enfermedad había diezmado el núcleo del árbol—. Échate hacia atrás, corta por la derecha y luego por la izquierda. Haz eso hasta que te diga que pares.

Imitando lo que había hecho Paccius, Carbo caminó con suavidad y confianza hacia el *palus*. En cuanto pudo, clavó el *gladius* en el agujero. El brazo le dio una sacudida por el impacto con la madera sana y echó la pesada hoja hacia atrás. Enseguida se puso manos a la obra, cortando a ambos lados del árbol muerto con saña. Salieron astillas volando y cayeron al suelo fragmentos de madera podrida, y Carbo redobló sus esfuerzos. Para cuando hubo contado veinte golpes, Craso ya hacía rato que había muerto, convertido en pedazos de carne mutilada. A Carbo también se le había empezado a cansar el brazo derecho. Lanzó una mirada inquisidora a Paccius.

—¿Te he dicho yo que pares?

—No.

—Pues entonces continúa —espetó el samnita.

Carbo obedeció hoscamente. Aquello no era lo que había esperado; no tenía nada que ver con empuñar un *gladius* de verdad, como había hecho el día anterior. Y su blanco no era más que un árbol, no el hombre que tenía la fortuna de su familia en la palma de la mano. Al cabo de poco, todas las fibras de músculo que tenía en el brazo le pedían descanso a gritos y el aire se le quedaba obstruido en el fondo de la garganta con cada respiración. El orgullo que le quedaba, por poco que fuera, le impedía mirar a Paccius.

—Ya basta.

Respirando de forma entrecortada y aliviado, dejó caer el *gladius*. Sin previo aviso, Paccius dio un salto hacia delante y presionó su escudo contra el de Carbo. Tropezó hacia atrás, alejándose de su arma. Con un gruñido, el samnita avanzó con la

espada preparada.

—¿O sea que esto es lo que harías en una batalla de verdad? ¿Soltar el *gladius* y quedarte completamente indefenso? Es el mejor ejemplo de estupidez que veo en mucho tiempo.

—Pero esto no es de verdad, estamos ensayando —replicó Carbo.

Con determinación, Paccius atacó a Carbo otra vez, y le plantó una serie de estocadas brutales en el escudo. Un golpe se desvió y le dio en un lado de la cabeza, lo cual le hizo ver las estrellas. Lo único que podía hacer era mantenerse firme. Al final, el samnita relajó el ataque.

—¿Entiendes ahora por qué nunca hay que soltar el arma? —le preguntó.

—Sí —masculló Carbo molesto.

Le alivió ver que Paccius no se ensañaba con él al respecto.

—Ve a recogerla. Ya volveremos luego al *palus*. Ha llegado el momento de que mejores tu forma física. —Vio la mirada inquisidora de Carbo y se echó a reír—. ¿Ves ese árbol? —preguntó, señalando a lo lejos.

Carbo entrecerró los ojos y distinguió un haya a unos setecientos metros.

—Sí.

—Quiero que vayas corriendo hasta allí y vuelvas. —Se produjo una leve pausa —. Cinco veces, cargado con el *gladius* y el escudo. Sin parar.

A Carbo le entraron ganas de decirle a Paccius que se metiera la espada de madera donde le cupiera. «Estoy aquí para aprender.» Asintió con firmeza.

—¡Pues venga! ¿A qué esperas?

Carbo empezó a darse cuenta de en dónde se había metido. Salió al trote rápido.

Transcurrieron varias horas, durante las que el samnita permitió a Carbo que descansara tres veces, pausas breves para dejarle recuperar el aliento, tomar un trago de agua y nada más. Después de correr casi tres kilómetros, Paccius le había puesto a atacar otra vez el *palus*, aunque más despacio. Flexiones de brazos, estiramientos y más carreras; después había trabajado más con la espada y el escudo. Cuando el samnita declaró por fin que ya habían hecho suficiente, Carbo estaba al borde del colapso. Sin embargo, no pensaba reconocerlo por nada del mundo.

—¿Qué tal lo he hecho? —preguntó con descaro.

Paccius lo miró con desdén.

—¿Quieres halagos el primer día? No te molestes. Te habrían matado nada más empezar la batalla.

Carbo lo miró enfurecido.

Paccius le dio una palmada en la espalda.

—No te desanimes. Diría lo mismo de cualquier novato. Para hacer justicia debo decir que has mostrado más pasión que muchos.

Carbo sonrió de oreja a oreja.

Aquello sí que era todo un halago. Entonces su sonrisa se desvaneció. «¿Mi padre habrá conseguido su propósito?»

—¿Qué te ocurre? —preguntó el samnita—. Llevas todo el día preocupado.

—No es nada —repuso Carbo con expresión sombría.

Paccius arqueó las cejas.

«No se lo puedo decir.» Carbo lanzó una mirada hacia el sol.

—Mejor que regresemos.

—Mejor que no levantemos las sospechas de tus padres —convino el samnita.

Carbo mostró que estaba de acuerdo con un gruñido, pero era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera enterarse de lo que pasaba con su padre. No soportaba no saber a qué atenerse.

Regresaron fatigosamente en silencio. Pronto llegaron al último tramo de la Vía Appia antes de que entrara en la ciudad. Como siempre, en el camino había un atasco por el tráfico que circulaba en ambos sentidos. Carros robustos cargados de heno o de tubérculos que avanzaban chirriando, tirados por parejas de bueyes impasibles. Los agricultores caminaban al lado, alentándoles entre murmullos y, a intervalos, con el látigo. Los comerciantes iban dando grandes zancadas delante de las carretas cargadas de productos: cerámica romana roja, ánforas que contenían vino o aceite de oliva y balas de tejido. Al lado estaban los guardaespaldas: grupos de hombres sin afeitar y de aspecto peligroso armados con lanzas, garrotes y alguna que otra espada. Su trabajo consistía en proteger la mercancía que iba traqueteando por el camino delante de ellos. Una columna de esclavos, unido cada uno de ellos al siguiente por una cadena al cuello, caminaba arrastrando los pies detrás de su dueño y sus sicarios armados. Los mensajeros oficiales a caballo se abrían camino sin miramientos por entre los rebaños de ovejas que iban al matadero. Un grupo de legionarios pasó por ahí, con los escudos golpeándoles suavemente contra la espalda. Berreaban como un coro escandaloso, que su *optio* decidió pasar por alto deliberadamente.

Una furia impotente embargó a Carbo. Aquel era el tipo de camaradería que anhelaba pero nunca tendría. Se le llenó la cabeza de ideas alocadas. Quizá debiera huir y alistarse en el ejército. Su conciencia lo frenó al instante. «No puedes abandonar a tu familia en unos momentos tan difíciles.» Carbo estaba desesperado por ayudar de algún modo, y el sueldo anual de un legionario no cubría ni por asomo las deudas de su padre. Frustrado, dio una patada a una piedra que encontró en la superficie pavimentada del camino. Rebotó y golpeó en el espolón de un caballo nervioso que tenía delante. Se encabritó presa del pánico y a punto estuvo de tirar al jinete, un hombre de rostro sonrojado de unos treinta años. El ambiente se llenó de juramentos y Carbo mostró un interés repentino por el paisaje que tenía a su derecha. «Lástima que no fuera Craso. Lástima que no se cayera del caballo y se partiera el

cuello.»

—Menos mal que no te han visto, ¿eh? —murmuró Paccius mientras el hombre controlaba de nuevo a su montura—. Yo diría que te habría enseñado el extremo más útil de su látigo. ¿Seguro que no quieres contarme qué te pasa?

Carbo negó con la cabeza. No soportaba la idea de pensar que Paccius tuviera un nuevo amo, de no volver a verlo. El samnita se encogió de hombros.

—Allá tú.

Pasaron bajo una arcada enorme que formaba la entrada meridional de Capua. Había otras entradas como aquella en los altos muros de piedra que delimitaban la ciudad. Las defensas no se habían utilizado desde la segunda guerra con Cartago, cuando los políticos locales habían cometido la estupidez de pasarse a la causa de Aníbal. El castigo que les había infligido Roma había sido severo: hasta el día de hoy, la ciudad estaba gobernada por un pretor y sus habitantes no habían recuperado los derechos civiles de los que disfrutaba el resto de la población de Italia. «¿Derechos civiles? —pensó Carbo con resentimiento—. ¿Tendré alguno en un futuro inmediato?»

Poco después llegaron a la casa familiar. Apenas entraron en el *atrium* le llamaron.

—¡Carbo!

«Cielos, debía de estar esperándonos. Júpiter, que sean buenas noticias.»

Jovian se encontraba en el umbral de su despacho, una estancia decorada con sencillez situada junto al patio. A Carbo no le gustaba especialmente aquel espacio. No había ni espadas ni recuerdos militares, nada más que soportes con bustos de famosos oradores romanos y griegos, personas muertas hacía tiempo cuyos nombres su padre le había repetido una y otra vez pero que él se negaba a memorizar. Carbo notó —a su pesar— sus miradas severas en cuanto entró en el despacho.

Jovian echaba una ojeada a un pergamino. Cuando Carbo se acercó, lo cerró de golpe con un suspiro.

—¿Dónde estabas?

—Entrenando con Paccius, padre.

Jovian le dedicó una mirada inexpresiva.

—Con el disco y la jabalina, ¿recuerdas?

—Ah, sí. Espero que lo hayas pasado bien. A partir de ahora no tendrás muchas diversiones.

A Carbo se le cayó el alma a los pies.

—¿Por qué no?

—Probablemente te hayas percatado de que últimamente estoy bastante intranquilo.

—Sí.

—¿Eres consciente de por qué nos mudamos a Capua hace cuatro años?

A Carbo se le llenó la cabeza de recuerdos felices del anterior domicilio familiar, una villa de tamaño considerable con terreno.

—La verdad es que no.

—No podía costear el mantenimiento de una propiedad tan grande. —Los ojos azules de Jovian se llenaron de vergüenza.

—¿Cómo es posible? —preguntó Carbo con incredulidad.

—Pues se reduce básicamente al precio del grano egipcio. ¡Es una ruina! Es imposible que un agricultor italiano compita con esos precios. Resulta más caro cultivar trigo aquí que importarlo desde cientos de kilómetros de distancia. —Jovian exhaló un suspiro—. Cada año me decía que la situación mejoraría, que las cosechas de Egipto fallarían, que los dioses responderían a mis plegarias. Pedí grandes préstamos para que la finca siguiera funcionando. ¿Y qué pasó? El precio del grano cayó todavía más. Durante los últimos doce meses no hemos tenido ingresos dignos de mención y no hay indicios de que la situación vaya a cambiar.

—¿Y bien…? —empezó a preguntar Carbo con incomodidad.

—Estamos arruinados, Carbo. Arruinados. Mi mayor acreedor es un político de Roma. Marco Licinio Craso. ¿Te suena?

—Sí. —«O sea que he oído bien.»

—Según su agente, con el que hago los tratos, a Craso se le ha acabado la paciencia. No me extraña, supongo. Hace más de tres meses que no le pago nada. —Jovian apretó la mandíbula—. Lo que no perdono es que Craso vaya a quedarse no solo con la villa y la finca, sino también con esta casa.

Carbo notó que iba quedándose aturdido.

—¿Me has oído?

La voz de su padre parecía llegarle a través de un largo túnel.

—Nos desahucian, Carbo.

«¡Puto Craso!»

Le costó controlar la rabia.

—¿Desahuciar?

—Esta casa ya no es nuestra —reconoció su padre con voz queda—. Iremos a Roma. Varus nos acogerá durante algún tiempo. —Le temblaban los labios—. Por lo menos eso espero cuando nos presentemos en su casa sin previo aviso.

Carbo sintió una punzada de culpabilidad.

—Lo siento —masculló.

—¿Por qué?

—No he hecho más que pensar en salir corriendo a entrenar con Paccius, tenía que haber intentado ayudarte.

—Por todos los dioses, no es culpa tuya, hijo —exclamó Jovian.

—¿Qué pasará con los esclavos?

—Ahora Craso es el dueño de todo, aparte de nuestros artículos personales. Los esclavos están incluidos en la casa. —El rostro de su padre se llenó de pesadumbre—. Sé que Paccius significa mucho para ti.

—¡No es posible que no puedas hacer nada! —exclamó Carbo enfurecido.

—He visitado a todos los prestamistas de la ciudad.

—No, me refiero a que ¿no puedes hablar con Craso directamente?

—Tengo más posibilidades de acercarme a las puertas del Hades y acariciar a Cerbero en la cabeza. —Advirtió la perplejidad de su hijo—. Craso es la personificación de la amabilidad y la alegría cuando presta dinero. Sin embargo, si decide ejecutar una deuda, se transforma en una encarnación del demonio.

—Cabrón —masculló Carbo—. Ya me gustaría a mí darle una buena lección.

—No permitiré que hables de ese modo. —Jovian habló con voz severa—. Somos ciudadanos cumplidores. Además, Craso no ha hecho nada malo. ¿Lo entiendes?

Carbo no respondió.

—¿Carbo?

—Sí, padre —repuso, reprimiendo su resentimiento.

—Pues venga —ordenó Jovian cansinamente—. Recoge tus cosas. Mañana tenemos que dejar la casa y el viaje hasta Roma es largo.

Carbo se marchó pisando con fuerza a su habitación y, una vez allí, golpeó la almohada con los puños hasta que le dolieron. No se lo podía creer. Su mundo acaba de dar un giro de 180 grados. A partir de entonces, él y su familia vivirían de la caridad de su tío. ¿Acaso había algo peor? Varus era amable a su manera, pero era pretencioso y tenía tendencias despóticas. Carbo ya se imaginaba su tono condescendiente y los años de lecciones aburridas e interminables que tendría que soportar para ser abogado. Sin pararse a pensar decidió huir. Tenía sus ahorrillos, una pequeña reserva de *denarii* en un recipiente de arcilla debajo de la cama. Con ese dinero podría buscarse una habitación en algún lugar de Capua y así podría ir tirando hasta que encontrara trabajo. No sabía muy bien qué tipo de trabajo, pero la idea le resultaba mucho más apetecible que dirigirse miserablemente a Roma. «Me merezco más que eso.»

Entre tanta incertidumbre, tenía una cosa clara en su interior.

Algún día conseguiría vengarse de Craso.

4

Varias semanas después…
La costa iliriana

El sol todavía ascendía por el cielo cuando la columna alcanzó el bullicioso puerto. La mayoría de las embarcaciones que resultaban visibles eran buques mercantes anchos o sencillos barcos de pesca, pero al final del muelle de piedra estaba la silueta inconfundible de un trirreme romano con la proa puntiaguda. No era de extrañar que ocupara el mejor amarre y la mitad de la zona de descarga. Sin embargo, la presencia del buque de guerra no provocaba recelo alguno. Los comerciantes y marinos que pululaban por la zona lo miraban con buenos ojos. Incluso el rumor de su existencia ayudaría a disuadir a los rapaces corsarios cilicios que infestaban las aguas locales. Sin la protección del trirreme, regularmente corrían el riesgo de perder los bienes, los esclavos e incluso la vida por culpa de los piratas.

Las gaviotas volaban en picado y se sumergían, sus ojos atentos fijos en la captura que los pescadores locales llevaban a la costa. Hacían caso omiso de la hilera de hombres que acababa de llegar. A su vez, Phortis, la figura al mando, poca atención prestó a las chillonas criaturas. Su único interés radicaba en encontrar un barco que transportara a su grupo a Italia. Phortis escudriñó a sus quince cautivos con ojo experto. Le habría encantado llevar a más hombres al otro lado del Adriático, pero toda una vida dedicada a la trata de esclavos le había enseñado a no ser avaricioso. Quince bastaban. Los hombres de las tribus tracias, escitas y pónticas eran material de gladiador excelente, pero los dioses sabían que eran escurridizos como anguilas. Poco fiables. Peligrosos. Por consiguiente, todos y cada uno de los esclavos nuevos llevaban grilletes en el cuello y también en las muñecas y tobillos. Los ocho guardias de Phortis eran todos ellos ex soldados. Si se lo ordenaba, le cortarían el cuello a un hombre o lo lanzarían por la borda sin pestañear.

Al recordar la última vez que había tenido que ordenar tal cosa a un guarda, hizo una mueca. Tales pérdidas resultaban desafortunadas, pero seguían produciéndose con regularidad. A lo largo de los años, había visto a infinidad de hombres que perdían la razón al darse cuenta de la horrorosa suerte que les esperaba. A veces era cuando cruzaban las montañas entre Tracia e Iliria, y otras cuando el brillante Adriático llenaba el horizonte por el oeste. Lo más habitual era cuando tenían que embarcar y zarpar hacia Italia. No en este viaje, sin embargo. Hasta el momento, los hombres a los que había comprado habían mantenido más o menos la calma y le habían dado pocos problemas durante el viaje. Solo quedaba la corta travesía por mar. Una vez realizada, no faltaba más que cruzar los Apeninos rápidamente y llegar al *ludus*, la escuela de gladiadores, en Capua.

Ahí les aguardaba Lentulus Batiatus, el *lanista*. Un entrenador que solo aceptaba

a los mejores. Phortis exhaló un suspiro. Batiatus era el único motivo por el que habían tenido que patearse la mitad de Asia Menor en busca de buen material para hacer de gladiador. La mayoría de los *lanistae* se contentaban comprando lo que estaba disponible en su mercado local en Italia. Batiatus no. Al pensar en el pesado monedero que le entregaría al regresar, Phortis se relajó. El trabajo duro se vería recompensando. Si bien Batiatus era un amo exigente, pagaba bien.

La mirada de Phortis volvió a posarse en los hombres a los que había comprado y secuestrado a lo largo de los dos últimos meses. Había un cuarteto de escitas; salvajes barbudos y tatuados a los que había mantenido separados desde el primer día. Eso no había impedido que intentaran conversar entre sí a la mínima en su lengua gutural. Por supuesto, Phortis ya estaba acostumbrado. Ya no conspiraban para asesinar y huir, por lo menos no entre ellos. La paliza especialmente brutal que había recibido el último al que había pillado susurrando hacía que llevaran callados unos cuantos días.

Phortis había comprado a los tres hombres de las tribus pónticas a un tratante de pelo lacio en la frontera iliriana con Tracia. Al parecer, se trataba de renegados que habían pertenecido al ejército de Mitrídates y que los tracios habían capturado luchando para Roma. Phortis no sabía si esa historia era verdad y tampoco le importaba. Las cicatrices que los guerreros tenían en el pecho y en el brazo, y su actitud combativa, eran lo bastante elocuentes. Eran luchadores y eso era lo que quería Batiatus.

Estudió a los ocho hombres restantes. Como de costumbre, la mayoría de sus cautivos eran tracios. El pueblo más belicoso con el que Roma se había topado jamás. Duros, inteligentes y tozudos. Como guerreros natos que eran, resultaban excepcionales tanto en las emboscadas como para los combates cuerpo a cuerpo. Siempre estaban preparados para luchar a muerte. Enemigos encarnizados. Era una suerte, pensó Phortis, que la mayoría de los tracios hubieran acabado siendo súbditos de Roma. Ahora suministraban buena parte del material para los combates de gladiadores.

Cuando el tracio más corpulento, un guerrero moreno, se fijó en que Phortis lo observaba, le lanzó una mirada asesina. Phortis fingió no darse cuenta. Darle una paliza en esos momentos de poco iba a servir. Era importante no machacar los ánimos de los esclavos. Si el imbécil aprendía a controlar su mal genio, sobreviviría a las primeras semanas de entrenamiento salvaje. Un hombre con un poco de cerebro podría durar doce meses en el *ludus*. Si el tracio tenía suerte y era listo, podía llegar incluso hasta los tres años, cuando tendría derecho al *rudis*, la espada de madera que simbolizaba la libertad. Y, si los dioses le sonreían, llegaría al súmum de cinco años como gladiador y se le concedería la manumisión. El hombre de pelo negro parecía lo bastante fuerte para conseguirlo, concluyó Phortis. Igual que el guerrero bajo y musculoso con los tatuajes en forma de remolinos en el pecho. ¿Y el resto? Escudriñó

el grupo con indolencia. Lo más probable era que no duraran tanto. Pocos lo conseguían.

Por último posó la mirada en el tracio de aspecto más corriente, un hombre cuadrado de pelo castaño corto y ojos color gris pizarra. Phortis pensó que le resultaba curioso saber cómo se llamaba. Normalmente no se molestaba en saber esos detalles. Sin embargo, todo había salido en el pueblo de los medos, donde también había comprado a otros dos hombres. Kotys, el jefe de la tribu, había acusado al trío de conspirar para derrocarlo. A Phortis le era indiferente. Al igual que con el resto de sus nuevas adquisiciones, la culpabilidad —o inocencia— de los tres hombres era irrelevante.

Phortis vio a Espartaco observando el pequeño corro de mujeres situado cerca. Hizo una mueca desdeñosa. Del mismo modo que con otros prisioneros, la mujer de Espartaco le había seguido en su vida de cautivo. No era raro. La alternativa, quedarse sin protección masculina, era peor. Ariadne, esbelta y distante, estaba más serena que sus compañeras, que lloraban y gemían durante las agresiones sexuales nocturnas de Phortis y sus guardas. Pero ninguna se rebelaba. Era el precio tácito que tenían que pagar por permitírseles acompañar a la columna. A Phortis le palpitaba la entrepierna al pensar en Ariadne. La suya no era una belleza al uso, pero irradiaba una personalidad indomable, exótica. Resultaba de lo más atractiva. Pero no la había tocado, ni tampoco sus hombres. A decir verdad, Phortis no se atrevía. ¿Cómo olvidar la maldición que le había echado a Kortys? Además, la loca llevaba una serpiente venenosa. ¿Quién iba a atreverse a intentar follarse a una tipeja así?

Sin embargo, Espartaco no tenía nada de especial. «A ver qué pasa cuando resulte herido, o mejor, lo maten en la arena —pensó Phortis—. Ya veremos lo valiente que es esta zorra entonces.»

Espartaco observaba a Phortis con mirada agria. Su regateo con el capitán de un buque mercante parecía llegar a buen puerto.

—Ya está. Ahora solo nos queda un lugar adonde ir: Italia.

El sentimiento de culpa que había sentido por la muerte de Olynthus y los otros diez condenados le dolía más que nunca. «Que Kotys se pudra en el infierno.»

—A no ser que el barco se hunda y nos ahoguemos todos. —Getas miró el mar deslumbrante con tristeza. Se extendía por el horizonte hasta el oeste—. El tiempo en esta época del año es muy impredecible. En cualquier momento puede desatarse una tormenta.

—Cierto. Y no podemos hacer nada al respecto aparte de pedir la protección de los dioses —repuso Espartaco—. Vete acostumbrando a la idea.

Absorto en su propia desgracia, Getas no captó su enojo.

—Nunca he subido a un barco apestoso —continuó.

—Prepárate para vomitar continuamente durante un día o dos. No hace falta que el mar esté movido para marearte —advirtió Seuthes—. Basta con estar dentro. No sabrás hacia qué lado va a moverse el puto barco de un momento a otro. Arriba, abajo, adelante, atrás, de lado a lado. Siempre cambia.

—Gracias —masculló Getas—. Estoy impaciente.

A Espartaco tampoco le hacía ninguna gracia marearse. Había ido en barco cuando servía en las legiones, pero nunca durante más de unas pocas horas, el tiempo que se tarda en cruzar a Asia Menor desde la costa sureste de Tracia. «Esta es la menor de mis preocupaciones.» Cuando vio que Ariadne se acercaba, esbozó una sonrisa forzada.

—Esposa.

—Esposo —respondió ella con gravedad.

Como estaban encadenados entre sí, Getas y Seuthes no habían podido dejar en la intimidad a Espartaco y Ariadne desde que salieron del pueblo. Sin embargo, habían tenido el detalle de retroceder un paso. Es lo que hicieron entonces y empezaron a hablar entre ellos en voz baja. Espartaco volvió a notar una punzada de agradecimiento hacia ellos.

—¿Preparado para el viaje? —preguntó ella.

—En cierto modo.

Ella frunció el ceño, pues sospechaba el motivo de sus reservas, pero no quiso preguntar.

—Es la irrevocabilidad de partir de Iliria. No por mí, ¿lo entiendes? Yo estoy resignado a mi suerte —gruñó Espartaco—. Quien me preocupa eres tú. Cuando esté muerto y enterrado, te quedarás sola. No solo estarás en una tierra extraña llena de cabrones romanos, sino que Phortis intentará follarte a cada paso. He visto cómo te mira. ¿No sería mejor que te lo replantearas? ¿Qué te quedaras aquí?

—Yo decidí acompañarte. ¿No recuerdas lo que me habría hecho Kotys? —Ariadne sintió náuseas solo de pensarlo—. ¡Marcharme contigo era mi mejor opción, con diferencia! ¿Adónde, si no, habría ido? ¿De vuelta a Cabila con esos viejos sacerdotes gruñones? ¿O con el cabrón de mi padre? Y por lo que a Phortis respecta, ¡bah! Si intenta algo, daré un buen susto con la serpiente a ese hijo de puta. No. Mi lugar está aquí, a tu lado. —Confiando en que su fanfarronería resultara convincente, Ariadne alargó la mano y le apretó el brazo—. Es lo que querría Dioniso —mintió.

Él le lanzó una mirada intensa.

—¿Lo has visto?

—No, no como tal. —Su suspiro estaba lleno de tristeza no del todo fingida—. Pero no me puedo creer que el dios quisiera que me quedara ahí, para que Kotys abusara de mí. ¿Qué sentido tendría eso? Por lo menos así puedo llevar su palabra de vuelta a Italia. Hace generaciones que se ha suprimido su culto allí. Seré una nueva

enviada para él.

Espartaco caviló durante unos instantes. Tampoco es que él pudiera impedírselo. A decir verdad, se alegraba de que fuera.

—Vale.

Ariadne elevó una plegaria silenciosa a Dioniso: «Perdóname. No pretendo usar tu nombre en vano. Seguro que lo mejor para mí es viajar con Espartaco, ¿no? Haré todo lo posible para cuidar de tus fieles y ganar nuevos adeptos.» Cobarde —le gritó la conciencia—. Lo único que quieres es salvar el pellejo.

Desde el desafortunado paso del Adriático, llevaban caminando casi una semana. Nada podía haber preparado a Espartaco para la fértil campiña italiana y unos campos que contenían todos los cultivos que un hombre podía imaginar. Aquel despliegue abrumador ni siquiera incluía los graneros de Sicilia y Egipto. No era de extrañar que los cabrones fueran capaces de formar ejércitos tan numerosos, reflexionó con amargura. Los romanos tenían garantizada la comida, a diferencia de su pueblo, que habitaba una tierra yerma en comparación. Sin embargo, a pesar de la fertilidad de Italia, había agradecido el estrecho sendero de montaña por el que habían cruzado los Apeninos porque le recordaba a Tracia. Había admirado un paisaje espectacular: barrancos pronunciados, saltos de agua y peñascos rocosos habitados únicamente por aves rapaces. No habían encontrado más que a algún que otro pastor.

Un par de horas antes, la columna por fin había emergido de las montañas y llegado a un camino pavimentado, la Vía Appia. Les había conducido hacia el sureste, hacia la ciudad de Capua, cuyas imponentes murallas dominaban el horizonte. Sin embargo, antes de allí, a unos quinientos metros quizás, había un único edificio rectangular y achaparrado. Quedaba iluminado en parte por los rayos del sol poniente, lo cual le otorgaba un aspecto siniestro y amenazador.

—Ya hemos llegado, caballeros —dijo Phortis con desprecio y señalando—. La primera visión de vuestro nuevo hogar.

Todos y cada uno de los cautivos alargaron el cuello para ver.

—Parece una puta fortaleza —dijo Getas en voz baja.

Phortis oyó sus palabras.

—¡Felicidades! No eres tan imbécil como pareces —respondió en tracio—. Es exactamente lo que es. Los muros tienen casi tres metros de grosor y solo hay una entrada, vigilada día y noche por seis de los mejores hombres de Batiatus. Con doscientos desgraciados como vosotros en el interior, ¿qué otra cosa cabía esperar? Espero que os guste, porque, una vez dentro, la única vez que los perros como vosotros saldrán será para ir a la arena. O —adoptó una expresión lasciva— cuando lleven vuestro cadáver al vertedero que hay aquí cerca. —Phortis lanzó una mirada feroz a los siete cautivos que no eran tracios y que lo miraban con rostro inexpresivo

—. ¡El viaje acaba pronto! —gritó en latín. Señaló—: *Ludus! Ludus!* —Sonrió cuando los hombres empezaron a murmurar entristecidos entre sí.

—¿Qué ha sido lo primero que ha dicho? —musitó Seuthes a Getas, que tenía nociones de latín. El otro le susurró al oído y Seuthes adoptó una expresión airada—. Que le den por saco de todos modos —gruñó—. Regodeándose de nosotros como si fuéramos un rebaño de ovejas camino del matadero.

—Es más o menos lo que somos —repuso Getas con tono sombrío—. Salvo que quienes se alimentarán de nosotros cuando estemos muertos serán las aves carroñeras y no la gente.

Phortis iba acechándoles por la fila, en busca de alguien con quien usar el látigo, y se quedaron callados.

Espartaco, que también había entendido, mantuvo la mirada fija en el camino. Por dentro, se recordaba que no debía hablar a menos de cincuenta pasos de Phortis. El hombre sabía más tracio de lo que parecía y tenía un oído muy fino. No se relajó hasta que el de Capua volvió a ocupar su puesto al frente de la columna. Sin embargo, en cuanto estuvo allí, se centró en el *ludus*. No apartaba la mirada de él mientras se acercaban. Parecía inexpugnable. Sin duda por dentro era igual. Poco a poco, el sonido de las voces y el tintineo familiar de arma contra arma le llegaron a través del aire. Espartaco apretó la mandíbula. Las batallas que libraría a partir de entonces tendrían una escala mucho menor de aquellas a las que estaba acostumbrado. Según Phortis, la mayoría sería cuerpo a cuerpo. Eso no significaba que fuera a abordarlas de un modo distinto. De hecho, pensó Espartaco con virulencia, las emprendería con el doble de dureza. Con el doble de velocidad. Con el doble de brutalidad. Con un único objetivo: ganar. A eso se reduciría su vida de ahora en adelante. Ganar.

Era eso o la muerte, que no le atraía.

Espartaco no se preocupaba excesivamente por él mismo, pero no estaba solo. Tenía que cuidar de Getas y Seuthes. Y la más importante de todos era Ariadne. Espartaco no sabía a ciencia cierta cómo se ocuparía de ella. Había oído decir que los mejores gladiadores llegaban a ganar mucho dinero y confiaba en que fuera cierto. Si se aseguraba de que Ariadne tenía dinero de sobra si lo mataban, o cuando muriera, tendría recursos necesarios para sobrevivir por sí sola.

«Concédeme eso por lo menos, oh, Gran Jinete.»

Carbo no paraba de dar vueltas para intentar ponerse cómodo. Era imposible. El sucio colchón de paja que tenía debajo se caía a pedazos. Además estaba lleno de chinches. Su manta tenía más agujeros que una red de pesca. Las ratas correteaban de un lado a otro buscando comida. Había vaciado el balde que tenía a los pies de la cama la noche anterior, pero seguía apestando a orines y excrementos. Como no tenía

dinero para comprar combustible para el pequeño brasero que había en un rincón, la habitación estaba congelada. ¿Habitación? Carbo frunció el ceño. Difícilmente podía considerarse eso.

Era el alojamiento más barato que había sido capaz de encontrar, situado en lo más alto de una *insula*, un bloque de pisos, de cinco plantas. Carecía de ventanas y apenas utilizaba la lámpara de aceite, así que la única luz provenía de las rendijas que había entre las tejas del techo. Carbo recorrió con la mirada los límites patéticos de su dominio. Tal vez pudiera denominarse buhardilla. Apenas medía diez pasos por seis, tenía un tejado inclinado que impedía estar de pie. La puerta no cerraba bien y las paredes eran tan finas que oía todos los sonidos que hacía su vecina, una vieja de ojos legañosos con una tos perruna.

La vieja bruja estaba en ese plan, llevaba toda la noche ahogándose y resollando hasta que Carbo pensó que iba a vomitar. Le entraban ganas de ir al lado y estrangularla. Sin embargo, hundió la cabeza en un proyecto de almohada y se tapó la oreja descubierta con la mano. No sirvió de gran cosa. «Por todos los dioses, por la cuenta que me trae, más me vale que me levante y me marche.» Carbo apenas había podido dormir por culpa de la tos. Confiaba en que ahora que la mujer se había levantado, quizás él podría descansar un poco. De todos modos, ¿por qué salir fuera? Hacía un frío infernal. Por supuesto, aquel no era el único motivo por el que Carbo estaba acurrucado, completamente vestido, bajo las mantas. No tenía dinero ni trabajo. Ningún sitio adonde ir. Ninguna perspectiva. Le embargó una furia de impotencia. Desde que había huido, su situación había ido de mal en peor.

Había mantenido la cabeza baja varios días y luego había regresado a la casa familiar. Las únicas personas que había visto aparte de un par de esclavos domésticos eran un hombre de aspecto diligente con toga y varios trabajadores. Su intención de hablar con el agente de Craso quedaba descartada, al igual que su petición de reunirse con Paccius. Convencido —e indignado— por el hecho de que sus padres se hubieran marchado, Carbo había empezado a buscar trabajo. No había tardado en percatarse de que todo su plan era un error garrafal. La mayoría de los comerciantes a los que había abordado echaban un vistazo a su túnica de buena calidad y manos suaves y se reían de él en la cara. Algunos le habían ofrecido trabajo, pero por un salario tan bajo que Carbo les había dicho que se metieran sus ofertas por donde les cupiera. Por desgracia, los ahorros no le habían durado. El coste de la vida era mucho más elevado de lo que él pensaba. Los pocos amigos que le quedaban le habían ayudado cuando podían dándole comida y dinero, pero incluso su buena voluntad había empezado a decaer.

Carbo apretó los dientes de rabia. ¿Qué había hecho él o su familia para enojar de tal modo a los dioses? Había visitado todos los templos importantes para pedir consejo. No había recibido ninguna respuesta. Nada. Ni siquiera el viejo adivino al

que Carbo había dado sus últimas monedas el día anterior le había servido de nada y le había dicho que pronto se casaría con la hija de un rico comerciante. «Menudo charlatán piojoso —murmuró Carbo—. Debería buscarlo y recuperar mi dinero.» La idea del matrimonio le hizo pensar en su madre. «Por todos los dioses, debe de estar preocupada por mí. Y papá también.» Sin embargo, su orgullo no le permitía escribirles una carta. «Me pondré en contacto con ellos cuando mejore la situación. Cuando gane dinero.»

Un nuevo ataque de tos se apoderó de la vieja de al lado y desistió de intentar dormir. Cualquier cosa era preferible a aquella tortura. Se levantó y se ciñó la capa en un hombro con el último artículo de valor que poseía, un broche de plata que le había dado su madre hacía un año, cuando había recibido la toga. Carbo la recorrió con los dedos y pidió ayuda a Júpiter y Fortuna en silencio. Se sintió sensiblemente mejor y se dirigió a las escaleras. Tal vez hoy cambiara su suerte. Quizá los dioses por fin le ayudaran. Si no, tal vez encontrara la manera de alistarse en el ejército. Por lo menos, eso sería preferible a volver avergonzado con su familia a Roma. El estómago le gruñó para recordarle que hacía tres días que apenas comía. Las ideas se agolpaban en su mente. A lo mejor podía robar una hogaza de pan de la panadería de al lado.

Todas las miradas se posaron en la columna en cuanto pasó bajo la arcada de piedra que conducía al gran patio con columnata del interior. Era inevitable. Phortis los había conducido hasta el centro de la zona de entrenamiento circular y los gladiadores se habían visto obligados a apartarse. A ninguno pareció molestarle la interrupción del entrenamiento. Más bien al contrario. Los luchadores se arremolinaron alrededor de los recién llegados. Les soltaron insultos y abucheos en varios idiomas que pronto se convirtieron en silbidos de admiración y comentarios procaces al ver aparecer a Ariadne y las demás mujeres. Espartaco, que se esforzó al máximo para no hacer caso de los insultos, se fijó en los tipos más vociferantes y memorizó su cara. Un tracio corpulento con una cola de caballo larga. Un galo delgaducho al que le faltaban los dientes de la parte superior. Un nubio con un pendiente de oro. «Les daré su merecido a estos cabrones.»

Ariadne, que se había colocado en el centro de las mujeres, mantenía la mirada fija en el suelo arenoso. Hasta que los hombres se enteraran de que era la compañera de Espartaco, cuanto más discreta, mejor.

—¡Callaos, gilipollas! —gritó Phortis. Alzó la vista hacia los arqueros del anfiteatro de la primera planta, que discurría alrededor del patio—. ¡Oye, tú! ¡Dile a Batiatus que he vuelto! ¡Rápido! —Cuando uno de los guardas salió corriendo, se giró hacia los quince cautivos—. ¡En fila! ¡En fila! De cara allí —ordenó—. Batiatus querrá ver a qué tipo de hombres le he traído.

Espartaco, Getas y Seuthes habían estado cerca de la cabeza de la columna, así

que se encontraron a la izquierda de la fila. Mientras esperaban a Batiatus, los gladiadores apiñados aprovecharon la oportunidad para abuchearlos y dedicarles comentarios burlones a diestro y siniestro.

—¡Eh, novato!

En vez de reaccionar, Espartaco escudriñó las docenas de rostros duros dispuestos delante de él: eran galos, tracios y germanos en su mayoría, pero también había un puñado de griegos, egipcios y nubios. Por lo que veía, había tres tipos básicos de gladiadores. Los tracios, como él, vestidos con poco más que un taparrabos y un cinturón de cuero ancho, con el típico casco con penacho para protegerse la cabeza. Los más afortunados llevaban grebas. Todos portaban versiones en madera de la *sica*. Mezclados con sus compatriotas había docenas de galos peludos y con el pecho descubierto con pantalones que se sujetaban con un cinturón. Armados con lanzas de madera o espadas largas, presentaban un aspecto tan fiero como había oído. También había hombres cuyo origen desconocía, con cascos de penacho triple y con unas sencillas planchas metálicas que les protegían el pecho.

—¡Novato! ¡Te estoy hablando!

Espartaco notó que Getas le daba un codazo.

—Es ese cabrón de la izquierda, con la cicatriz que le cruza la boca.

Espartaco dirigió la vista hacia el lado y vio a un corpulento galo rubio y de pelo largo. Tenía la cara destrozada por un corte de espada que habría matado a la mayoría de los hombres. La consecuencia era una fea cicatriz violeta que iba desde debajo del ojo derecho al lado izquierdo de la barbilla. Milagrosamente no le afectaba la nariz, pero le había partido los labios en dos. Alguien se los había cosido, aunque a Espartaco le pareció que no se habían esmerado demasiado. Cuando el bruto hablaba, la mitad de la cara se le movía con independencia de la otra.

—¿Estás hablando conmigo? —espetó Espartaco.

—Eso es —gruñó el galo. Se lamió los labios destrozados—. Luego nos vemos en los baños. Me la puedes chupar.

Se produjo un estallido de risas procaces y Phortis sonrió.

Espartaco esperó a que el ruido bajara un poco.

—¿Chupársela a un hijo de perra tan feo como tú? Qué más quisieras. —Se echó a reír—. Como nos acabamos de conocer voy a ser amable. La próxima vez que te atrevas a mirarme, te enviaré al puto Hades. ¿Entendido?

Dolido por las carcajadas que provocó la respuesta de Espartaco, el galo dio un paso adelante.

—Cabrón tracio de mierda —masculló.

Phortis se interpuso en su camino con el látigo en alto.

—¡Retrocede! —gritó. Cuando el galo hubo obedecido con expresión hosca, se giró hacia Espartaco—. A no ser que te lo pidan, ¡mantén la puta boca cerrada! —

Varias gotas de saliva fueron a parar a las mejillas de Espartaco, que tuvo la sensatez de no secárselas.

—Phortis, ya has vuelto. —La voz no era alta, pero su tono autoritario traspasó el ruido—. Bienvenido.

La expresión maléfica de Phortis se desvaneció en cuanto se dio la vuelta.

—Gracias, señor. —Hizo una reverencia ante el hombre bajito y corpulento que acababa de aparecer en el anfiteatro de encima.

—¿Algún problema con los nuevos «reclutas»? —Los ojos de Batiatus ya estaban repasando a los cautivos, valorándolos. Espartaco apartó la vista del *lanista* a propósito. Sus compañeros lo imitaron por inercia. No tenía ningún sentido llamar la atención de Batiatus en ese momento.

—Para nada, señor. Se trata de los típicos chistes. Ya sabe de qué va.

—Por supuesto. —Al llegar al final de la fila, Batiatus miró al capuano—. ¿El viaje ha sido provechoso?

—Eso creo, señor, sí. Ninguno de estos mamones me ha costado un riñón, pero todos ellos son hombres duros que parecen capaces de manejarse. Tengo la impresión de que estará de acuerdo con mis decisiones.

—Háblame de ellos.

Espartaco escudriñó de reojo a los gladiadores, que les observaban mientras Phortis empezaba a exaltar cada una de sus compras. ¿Dónde estaban los líderes, los hombres contra los que se enfrentaría más temprano que tarde? Cerca del hombre de la cicatriz que le había increpado antes, vio a otro galo, una figura inmensa con músculos prominentes y una mirada arrogante en su rostro ancho y bien parecido. «Este cabrón es uno de ellos. Espero que su envergadura no se corresponda con su habilidad.» Espartaco siguió repasándolos con la mirada. Al cabo de un momento, se detuvo en un germano con la nariz rota, de una talla parecida a la del galo altanero. No parecía tan extraordinario, pero los dos hombres que le flanqueaban transmitían la idea contraria. «Es el líder. Son sus guardaespaldas.» Espartaco no se fijó en ninguno más como el primer par que le había llamado la atención, pero sabía que habría un montón de luchadores que se considerarían superiores a él, un recién llegado de baja calaña.

Phortis terminó sus descripciones.

—Por supuesto, no lo sabremos hasta que tengan que luchar, pero todo apunta a que has hecho un buen trabajo —declaró Batiatus.

—Gracias, señor. —El capuano sonrió.

—Llévalos a que presten juramento y luego quítales las cadenas e instálalos. No tiene sentido perder más tiempo de entrenamiento del necesario, ¿no? —Asintiendo satisfecho, Batiatus desapareció de su vista.

—¿O sea que el hijo de puta vive en el *ludus*? —susurró Getas.

—Eso parece —repuso Espartaco, mirando el resto de la primera planta—. Da la impresión de que la armería y la enfermería también están ahí arriba. Nosotros los desgraciados nos instalamos aquí abajo. —Con un movimiento de la cabeza, señaló las hileras de celdas que discurrían bajo tres lados del pórtico.

—Escuchadme, ¡pedazos de mierda inútiles! —bramó Phortis—. Ha llegado el momento de que juréis lealtad a vuestra nueva *familia*… los gladiadores que veis a vuestro alrededor. —Repitió sus palabras en tracio y en griego—. ¿Entendido?

Uno de los escitas, un hombre con una espesa barba negra, dio un paso adelante.

—¿Y si… nos… negamos a prestar juramento?

Phortis chasqueó los dedos y uno de los arqueros del anfiteatro alzó el arco.

—Vuestro viaje llega a su fin. Aquí. Ahora. ¿Está claro?

El escita gruñó y retrocedió.

—¿Alguien más? ¿No? —Phortis soltó una risilla burlona—. Ya me lo parecía. Repetid conmigo, entonces, las palabras del *sacramentum gladiatorum*, el juramento más sagrado que cualquiera de vosotros, proyectos de hombre, tomaréis jamás.

El silencio se apoderó del *ludus*. Espartaco miró a su alrededor y se dio cuenta de que los luchadores allí reunidos respetaban lo que Phortis estaba a punto de decir. Todos ellos habían pasado por el mismo ritual. En el mundo brutal del *ludus* daba un propósito a sus vidas.

—¿Juráis soportar que os quemen y que os encadenen?

Se produjo un intervalo silencioso.

—Sí —masculllaron los quince hombres.

—¿Juráis aceptar que os azoten y flagelen?

—Sí.

—¿Os comprometéis con Batiatus, en cuerpo y alma, sin pedir nada a cambio? ¿Juráis encontrar la muerte a causa de una espada, lanza… —Phortis hizo una pausa —, o cualquier otro método que el *lanista* considere apropiado?

No hubo respuesta.

Ariadne se puso rígida. No tenía ni idea de lo fuerte que era el juramento de los gladiadores.

No vio que Espartaco apretaba los dientes. «¿Cuerpo y alma?»

—¡Respondedme! ¡Si no, los arqueros de ahí arriba empezarán a disparar! A la de tres —gritó Phortis—. Uno.

Espartaco lanzó una mirada a Getas y Seuthes.

—No tiene sentido morir por un puñado de palabras, ¿no? —susurró.

Los dos le dedicaron un asentimiento lleno de tensión.

—Dos —bramó Phortis.

—¡Sí! —gritaron los quince hombres.

—¡Más alto!

—¡sí!

—Vale. Bienvenidos a nuestra familia. —A Espartaco la sonrisa de Phortis le recordó el rugido de un lobo. Se introdujo la mano en la túnica y extrajo una cadena de la que colgaban varias llaves—. Ha llegado el momento de poneros en libertad, maricones. ¡Libertad! —Se rio de su propio chiste y empezó a abrir el aro de hierro que rodeaba el cuello de cada uno de los hombres. Cuando llegó a Espartaco, se miraron a los ojos.

«Algún día te mataré», pensó Espartaco. Sin embargo, dijo con voz queda:

—¿Dónde dormimos?

—Echad un vistazo. Algunas celdas están vacías. El primero que llega se la queda —gruñó el capuano.

—¿Cuándo nos dan de comer? —preguntó Getas.

—A primera hora de la mañana y cuando acaba el entrenamiento, dentro de media hora aproximadamente. Además es un buen menú. —Phortis vio su interés y se rio por lo bajo—. Gachas de cebada dos veces al día y agua a discreción.

—Yo… —protestó Seuthes.

—¿Sí? —El tono de Phortis era suave como la seda, pero tenía los ojos llenos de veneno.

Seuthes apartó la mirada.

—Descansad lo máximo posible. Mañana los entrenadores decidirán quién lucha para cada uno de ellos —advirtió Phortis. Frunció el ceño al ver que no le entendían —. Pedazo de imbéciles, mejor que vayáis aprendiendo un poco de latín o no saldréis adelante. Pero esto os lo voy a explicar. Hay tres tipos básicos de gladiadores: el galo, el samnita y… —se paró para escupir en el suelo— el tracio. —Dicho esto pasó al siguiente hombre.

—Mirad a ver si conseguís unas celdas contiguas —dijo Espartaco a sus compañeros. Frotándose la carne viva que tenía en el cuello hizo ademán de acercarse al grupo de mujeres.

No había dado más que unos cuantos pasos cuando le empujaron con violencia desde atrás. Tropezó y cayó sobre una rodilla. Sabía quién había sido sin siquiera mirar. Aquella lucha tenía que librarse en ese momento. Si la evitaba, su vida en el *ludus* sería el doble de dura. Sin embargo, no tenía armas, mientras que el otro probablemente sí. De forma instintiva, arañó la arena con los dedos y cogió la máxima cantidad posible de granos amarillos. Espartaco se puso en pie de un salto girando a la vez.

—¿Me has empujado? —rugió.

—Sí. —El galo con el labio destrozado se encogió de hombros. Señaló con el trozo de hierro afilado que tenía en la mano derecha—. Te estaba enseñando la dirección de los baños. —Miró a ambos lados y sus dos compañeros sonrieron

maliciosamente.

Espartaco se fijó en el arma de fabricación casera del líder, que probablemente había robado de la fragua. No le sorprendió que uno de sus contrincantes fuera armado. Es lo que haría cualquier luchador con un mínimo de inteligencia. Los que no lo hicieran, o fueran demasiado débiles, acabarían siendo seguidores o trozos de carne para hombres como el galo que tenía delante. Espartaco no tenía ni idea de qué posibilidades tenía contra tres de ellos, pero no pensaba amilanarse. No podía.

—Ah, ¿sí? —dijo con voz queda, dando un paso adelante—. Bueno, pues ahora mismo no siento que tenga necesidad de lavarme.

El tajo que el galo tenía por boca se retorció y se frotó la entrepierna.

—¿Quién ha hablado de lavarse?

Sus compinches se echaron a reír.

Agachándose, Espartaco dio otro paso. Tenía que acercarse al máximo.

—Pues a ti seguro que te hace falta. Apestas más que una puerca de parto.

Rugiendo de ira, el galo intentó clavarle el puñal rudimentario a Espartaco en el vientre.

Espartaco balanceó el brazo derecho y abrió los dedos para soltar la arena. En el mismo instante, hizo un regate lateral y se escabulló. Se oyó un grito cuando al galo se le llenaron los ojos de arenilla y Espartaco giró y le propinó un puñetazo en el costado. El galo tropezó y Espartaco le asestó más golpes que acabaron tirándolo al suelo. Notó movimiento detrás de él, se giró a medias, pero un puño chocó contra su sien. La visión de Espartaco se llenó de estrellas y mil pinchazos de dolor le agujerearon el cerebro. Le flaquearon las rodillas y necesitó un esfuerzo mayúsculo para no caer encima del galo. Alguien le cogió de los brazos desde atrás y se los intentó inmovilizar a los lados. Él echó la cabeza hacia atrás y dio a su agresor en el puente de la nariz. Espartaco notó el crujido del cartílago al romperse y oyó que el hombre gritaba y caía. Desesperado, miró hacia ambos lados. ¿Dónde estaba el tercer hijo de perra? Demasiado tarde vio un revoltijo de movimiento que iba a por él desde la izquierda. El brillo del metal en la mano de la figura indicó a Espartaco que corría un peligro mortal. Intentó apartarse, pero lo hizo demasiado despacio y demasiado tarde. Se armó de valor para la quemazón agonizante que sentiría cuando el puñal le entrara en la carne. Sin embargo, por obra de algún milagro, el golpe nunca aterrizó. En cambio, Seuthes apareció de un salto y derribó hacia atrás al tercer galo.

Incluso mientras Seuthes atacaba al hombre con una profusión de golpes en la cara y el diafragma, Espartaco buscaba al galo de la cicatriz y sus compinches. Sintió un gran alivio al ver que Getas prestaba escasa atención al segundo hombre, mientras su agresor inicial seguía maldiciendo e intentando quitarse la arena de los ojos. Rápidamente, Espartaco recogió la pieza de hierro afilada que estaba a sus pies. Miró de reojo a los arqueros y se dio cuenta de que, aunque habían advertido la pelea, no

pensaban intervenir. Todavía. Seguro que aquello pasaba todos los días, pensó.

—No les mates, pero arma un buen jaleo —susurró—. Voy a los baños.

Sin esperar la respuesta de Getas o Seuthes, Espartaco corrió detrás del galo. Lo agarró por el brazo derecho y se lo retorció detrás de la espalda. Acercó el puñal casero al cuello del otro.

—Camina —ordenó—. Camina o te clavaré esto tan adentro que te saldrá por el otro lado del puto cuello.

El galo hizo lo que le decía, caminando con piernas rígidas en la dirección que había señalado hacía unos instantes.

—¿Qué vas a hacer? —gruñó.

Espartaco presionó el metal contra la piel del galo hasta que le salió sangre.

—Cierra el pico. —Detrás de él oyó a sus compinches gritando insultos mientras daban patadas y soltaban escupitajos a los otros dos hombres de la tribu. Espartaco sonrió de satisfacción. La atención de los arqueros se centraba plenamente en esa trifulca. Justo lo que deseaba.

»Muévete. Más rápido —susurró.

Al ver que salía vapor de un par de ventanas con celosías, Espartaco se dirigió a la puerta cercana. Empujó al galo al interior y fuera del campo de visión de los guardas. La estancia cálida en la que entraron era cuadrada y embaldosada del suelo al techo. Las paredes estaban cubiertas de representaciones vistosas de peces, monstruos marinos y Neptuno. Un banco bajo discurría alrededor de la sala; estaba lleno de fardos de ropa, dejados allí por los gladiadores que estaban en los baños situados al otro lado de la puerta de enfrente. El aire estaba impregnado del olor denso y acre de los aceites aromáticos. El único ocupante de la sala estaba medio vestido y era un hombre bajo de piel oscura y pelo negro. Contempló con ojos desorbitados la entrada dramática de la pareja.

«Bien —pensó Espartaco—. Quiero un testigo que haga circular la noticia.»

—Aquí es a donde ibas a traerme, ¿no?

Tenso de miedo, el galo asintió.

—¿Para que te la chupara? —Escupió las palabras.

—Sí.

—Pues eso no va a pasar, ¿sabes? —Espartaco retorció el brazo del galo bajo el omóplato, lo cual le hizo gemir de dolor.

—¡No!

—Lástima que no tenga tiempo para hacerte sufrir. Tendrá que bastar con esto, pedazo de mierda. —Retiró el trozo de hierro y lo clavó con todas sus fuerzas en el cuello del galo. Se oyó un sonido ahogado y la sangre le salpicó a Espartaco por toda la mano. Retiró el hierro y le siguió una marea roja, que fue a parar al suelo.

El galo hizo un intento ahogado de hablar y dio uno o dos pasos tambaleantes

hacia delante antes de caer en los azulejos de cara. Un charco escarlata se empezó a formar rápidamente alrededor de su cuerpo convulso.

—¿Quién eres? —Con el arma sangrienta todavía entre las manos, Espartaco dejó clavado al hombre de piel oscura con la mirada.

—Me-me llamo Restio. Soy de Iberia.

—Ya veo. Pues yo soy Espartaco, de Tracia. Por si no te habías dado cuenta, acabo de llegar. Y esta es mi respuesta a cualquiera que quiera joderme. —Señaló al galo—. Asegúrate de contarles a todos los hombres del *ludus* lo que has visto. ¿Entendido?

—Sí.

—Aunque ni una palabra a Phortis ni a ninguno de los guardas. No me gustaría que acabaras igual que este idiota.

—Mis labios están se-sellados.

—Así nos entenderemos. —Espartaco limpió el hierro en la túnica del galo, se la metió en la cinturilla de la ropa interior y salió como si nada al exterior. Silbando una tonadilla sin melodía, alzó la vista hacia el anfiteatro. Los guardas de arriba no mostraban interés alguno por lo que pasaba. Tampoco vio a Phortis. «Bien. Probablemente signifique que me libraré de esta.» A continuación buscó a Getas y Seuthes. Hablaban en voz alta con Ariadne. Lo que en realidad hacían, por supuesto, era protegerla hasta su regreso. Ella se abalanzó hacia delante al verle, pero él le indicó que esperara.

—¿Dónde están los dos galos?

—Se han ido a rastras al agujero de mierda que tengan por hogar —repuso Seuthes con una sonrisa salvaje.

—Uno tenía el brazo roto y he añadido unas cuantas costillas rotas a la nariz machacada que le dejaste al otro —explicó Getas—. ¿Qué ha sido del feo?

—Se quedará en los baños hasta que alguien lo arrastre al exterior.

Ariadne adoptó una expresión horrorizada.

—¿Está…?

—Muerto, sí —repuso Espartaco con severidad—. Era la única manera. Si le hubiera dejado con vida, toda la gente de este puto sitio me consideraría… nos consideraría —y señaló a Getas y Seuthes— blancos fáciles. Así, ya sabemos que eso seguro que no pasa.

Ariadne asintió. Matar al galo obedecía a más de un objetivo. Espartaco no podría protegerla en todo momento. Era importante que todos los gladiadores supieran que con ella había que andarse con cuidado. El cadáver que yacía en los baños transmitiría un mensaje muy claro al respecto.

5

No tardaron en descubrir el cadáver del galo. Los siguientes en entrar en la zona de baños fueron un par de germanos. Salieron gritando a todo pulmón. Se oyeron unas fuertes pisadas en las escaleras mientras un grupo de guardas bajaba a ver qué ocurría. Una multitud de luchadores se congregaron para ver cómo arrastraban al exterior al galo inerte. Iba dejando un rastro de sangre a su paso. Espartaco observó el proceso desde la puerta de la celda que se había agenciado para él y para Ariadne. Le satisfizo ver que ninguno de los guardas pareció sorprenderse especialmente por lo que acababan de encontrar. Restio también hacía su trabajo. Ya estaba recibiendo un montón de miradas de los luchadores del patio. La mayoría se mostraron respetuosos, pero algunos estaban enfadados o se mostraban desafiantes. Espartaco no hizo caso de ninguno de ellos. Sin duda, ahora habría menos hombres que quisieran meterse con él. Se preguntó por la reacción de Phortis. A no ser que Restio le embaucara, no habría versiones de testigos para que el capuano fuera más allá. Lo único que tendría serían los rumores que circularían por el *ludus*. ¿Sería suficiente para que el capuano actuara? Espartaco no lo sabía a ciencia cierta, pero creía que no. Los asesinatos en los baños o retretes debían de ser habituales. Esas situaciones mantenían el orden natural en el *ludus*.

Y resultó ser así. Las miradas asesinas que Phortis empezó enseguida a lanzar a Espartaco dejaban claro que el capuano había oído hablar de su implicación, pero no hizo nada. Transcurrió media hora y el entrenamiento de los gladiadores tocó a su fin. Al cabo de un rato, sonó el gong que indicaba la cena. Espartaco se presentó con descaro en el patio con Ariadne, como si saliera a comer. Getas y Seuthes caminaban dos pasos por detrás. Se dirigieron al comedor, que consistía en una serie de bancos y mesas a ambos lados de las puertas de la cocina. Una hilera de hombres se internaba en los portales a través del ambiente lleno de vapor en el que Espartaco veía un puchero enorme sobre una mesa con cuencos y montones de cucharas de madera apiladas. Detrás había un esclavo, cucharón en mano, y Phortis, que lo observaba todo como una corneja atenta. También había cuatro guardas corpulentos, las medidas de seguridad en caso de problemas.

Se colocaron al final de la fila. Los luchadores de delante miraron inmediatamente a su alrededor. Uno o dos asintieron hacia Espartaco a modo de saludo, que él les devolvió. Nadie habló con él ni con sus acompañantes, lo cual ya le iba bien. La cuestión era dejar sentada su independencia el primer día y la primera noche en el *ludus*, el hecho de que no necesitaba la amistad de los demás. Es lo que les había dicho a Getas y a Seuthes. En silencio fueron acercándose a la cocina.

—¡Ahí está! El nuevo *latro*. —Phortis habló con tono burlón—. Id con cuidado o quizás acabéis con una puñalada en la espalda.

Al oír sus palabras, muchos gladiadores se lo quedaron mirando fijamente. Unos pocos se carcajearon. Ninguno dijo nada.

—No soy ningún bandolero —repuso Espartaco en voz alta.

—Ah, ¿no? —dijo Phortis con desprecio.

—No.

—¿O sea que no sabes nada de un cadáver en los baños?, ¿no? ¿El cabrón ese tan feo que ha muerto con un agujero en el cuello?

—No sé de qué hablas.

—Pues eso no es lo que he oído por ahí.

Espartaco levantó los hombros y los encogió de forma harto significativa.

—Créete lo que te dé la gana. A los hombres les gusta cotillear. Casi todo son gilipolleces. ¿Tienes alguna prueba?

—No necesito pruebas para administrar justicia, imbécil —bramó Phortis—. Digamos que cualquier hombre capaz de anular al bruto del galo debe de ser buen luchador. Espero grandes hazañas de tu parte en la arena.

«¡Maldito sea!» Espartaco no se había planteado la posibilidad de que el capuano no hiciera nada aunque se enterara.

Phortis no había acabado con él.

—¿Cómo ha acabado un *latro* de mierda como tú con una tía tan buena?, ¿eh?

Los hombres volvieron a girar la cabeza. Intercambiaron murmullos lascivos mientras admiraban la belleza exótica de Ariadne.

—Soy un guerrero de la tribu de los medos y Ariadne es mi esposa —declaró Espartaco con una sonrisa tranquila. Sin embargo, por dentro estaba furioso. Tenía ganas de abalanzarse sobre el capuano y partirle los dientes. Aunque mantuvo la calma. Podía matar a Phortis con toda tranquilidad, de eso no cabía la menor duda, pero los cuatro guardas lo matarían a él. Una forma estúpida de morir.

—Tu rey me contó una historia distinta. Me dijo que eras un hijo de puta embustero y tramposo que conspiraba para derrocarlo.

Espartaco notó cómo se le endurecían los músculos de la mandíbula.

—No me extraña —espetó. «Kotys siempre fue un pedazo de cobarde mierdoso.»

—¿Qué has dicho? No te he oído.

—Kotys dijo eso —vociferó Espartaco— porque era un líder débil. Mi mera existencia suponía una amenaza para su autoridad. Venderme como esclavo fue la solución perfecta.

—O sea que, si no estuvieras aquí, ¿habrías asumido el mando de los medos? —Phortis lanzó una mirada al esclavo que repartía con cuentagotas las gachas de cebada —. ¿Habéis oído eso? ¡Tenemos a un rey entre nosotros!

Varios gladiadores se echaron a reír. Uno, el galo inmenso y arrogante en el que Espartaco se había fijado con anterioridad, se salió de la fila y se colocó frente a

ellos. De pelo rubio, con bigote y vestido únicamente con unos pantalones estampados, era el paradigma del guerrero galo. Media docena de luchadores se movieron para colocarse junto a él. El galo hizo una reverencia extravagante.

—Venid a ocupar mi puesto, Majestad. Si es que podéis.

Phortis sonrió complacido.

«Por todos los dioses. Pelearme con él y sus compinches es lo último que… necesito… necesitamos ahora mismo.»

—Tú llegaste primero, amigo —repuso Espartaco mirando fijamente al hombretón—. Igual que todos los que tengo delante. Cuando me toque…

—¿Te asusta pelear?

—No. Pero no me voy a enfrentar a ti esta noche. No cuando Phortis intenta provocar —declaró Espartaco, rezando para que el galo fuera tan listo como fuerte.

—¡Venga, Crixus! Baila al son del titiritero —gritó una voz.

Se oyó un bramido de diversión entre el resto de los gladiadores y Phortis frunció el ceño.

A Crixus no se le escapó el comentario mordaz ni la expresión del capuano.

—En otro momento, entonces —gruñó. Lanzó una mirada obscena a Phortis, cogió un cuenco de la pila de la mesa y lo tendió—. Llénalo. ¡Hasta el borde!

El esclavo de la cocina obedeció rápidamente.

Crixus cogió un trozo de pan y se marchó enfadado y el siguiente de sus secuaces ocupó su lugar.

Getas exhaló un largo silbido de alivio.

—¡Demos gracias al Jinete! ¡Ese cabrón es grande como Hércules!

—Hasta Hércules tenía sus puntos flacos —dijo Espartaco—. Ese galo gilipollas tampoco goza de gran estima. La mayoría de los luchadores parecían contentos de reírse de él. Apuesto a que los seis que tenía al lado son sus únicos seguidores.

—De todos modos, son cuatro más que nosotros —advirtió Seuthes.

—Cierto. Tenemos que evitar pelearnos con ellos por el momento —sugirió Espartaco pensando en el grandullón germano con la nariz rota. ¿Cuántos hombres le eran leales? ¿Sería tan combativo como Crixus? ¿Los samnitas? Espartaco esperaba que no. No sería capaz de planear cada pelea igual que había hecho con el galo feo.

Mientras comían tenía muchas cosas en las que pensar.

Espartaco seguía ensimismado cuando él y los demás regresaron a las celdas. Buena parte de su estancia, que medía poco más de diez por diez pasos, la ocupaban dos colchones de paja colocados juntos. No había muebles. De hecho, los únicos objetos visibles eran las posesiones de Ariadne: un par de estatuas pequeñas de Dioniso y la cesta de mimbre que contenía la serpiente. Las paredes de cemento estaban llenas de pintadas lascivas o jactanciosas, obra de los anteriores ocupantes. En los rincones había zonas llenas de moho, lo cual otorgaba a la habitación un

desagradable olor a húmedo.

—Aquí es. Un hogar —dijo Ariadne alegremente—. Por lo menos lo será cuando lo arregle un poco.

Espartaco respondió con un gruñido. Miró distraído el cesto y el corazón a punto estuvo de parársele. La tapa no estaba bien puesta. Quitó la tapa con el pie y miró con cautela al interior.

—¡Por todos los dioses! No está. —Dio un paso hacia el centro de la estancia.

—Tranquilo —le dijo Ariadne—. No habrá ido lejos. A no ser… —Y dirigió la mirada al hueco que había bajo el extremo inferior de la puerta—. Dioniso, no permitas que haya salido fuera —susurró. «¡Necesito que me proteja!»

Espartaco no la estaba escuchando. Se sacó la túnica y la zarandeó delante de él con el puño izquierdo. Levantó el primer colchón con sumo cuidado y atisbó debajo. Nada. Tiró del saco lleno de paja hasta el otro extremo de la estancia y lo apoyó contra la pared. Volvió y alzó la esquina del segundo colchón.

—¡Ahí está! —exclamó Ariadne, señalando una forma ágil y enrollada—. Voy a cogerla.

Pero Espartaco se le adelantó. Apartó el colchón, lanzó su túnica encima de la serpiente y dio un salto para sujetarla por detrás de la cabeza.

—Te pillé —musitó.

—¿Qué haces? ¡Odias al animal! —Ariadne levantó el cesto para que él dejara caer la serpiente en el interior.

Espartaco esperó a que volviera a tapar bien el cesto.

—Cierto. Pero no hay nada como enfrentarse a los propios temores. Si crees que tienes al diablo detrás, gírate y enfréntate a él. —Se secó la frente y sonrió.

—Te podía haber mordido. Ya la cogeré yo la próxima vez —espetó Ariadne, molesta porque él había cometido la temeridad de tocar su posesión más sagrada. También le asustaba lo que podía haber pasado.

—¿La próxima vez? Si hubieras cerrado bien el cesto, ni siquiera estaríamos manteniendo esta conversación —replicó él.

—¡Déjame en paz! —espetó Ariadne, enrojecida de ira y bochorno.

Al ver del humor que estaba, Espartaco decidió no hacerle caso.

Las malas vibraciones entre ellos quedaron suspendidas en el ambiente como un mal olor y se retiraron en silencio. Espartaco apagó de un soplido la lámpara de aceite y se tumbó al lado de Ariadne. Estaban lo bastante cerca para tocarse, pero ninguno hizo nada. Ni tampoco hablaron. Al cabo de un rato, Espartaco se giró y le rozó la pierna sin querer. Ella se volvió contra él antes de que él tuviera tiempo de decir una sola palabra de disculpa.

—Este matrimonio es un fingimiento que nos conviene, ¿entendido? No te hagas ilusiones.

Ella vio que Espartaco fruncía los labios bajo la tenue luz.

—Te he tocado sin querer. Y nunca pensé que nuestro «matrimonio» fuera otra cosa.

Ariadne se sentía furiosa por el hecho de que él no le hubiera insistido más. «Me estoy comportando como una niña», pensó. Pero no era capaz de disculparse. El último hombre que la había tocado había sido su padre. «Lo condeno al infierno.» Una oleada de odio hacia todos los hombres le embargó el corazón. «Dices querer un esposo cuando en realidad no dejas que nadie se te acerque.» Estaba demasiado asustada para hacerlo. «Para ya. Hay hombres honestos en el mundo, hombres que no se comportan como mi padre. Espartaco es uno de ellos.» Si no lo fuera, reflexionó con una punzada de culpabilidad, ¿por qué quería que la tocara?

Espartaco observó la silueta del cuerpo de ella y advirtió que el pecho le subía y le bajaba con cada respiración. «¿Por qué es tan susceptible esta mujer? De todos modos, más atractiva no podía ser. A lo mejor acaba entrando en razón.» Con esa idea en mente, cerró los ojos y se quedó dormido al instante.

En cuanto Espartaco empezó a roncar suavemente, Ariadne se relajó. La luna apareció por detrás de las nubes que la habían ocultado y la celda se llenó de una tenue luz amarilla. Espartaco no se movió y Ariadne se sorprendió a sí misma al darse cuenta de que lo observaba a hurtadillas. Le embargó un placer no exento de culpabilidad ante lo que veía. Tenía unas pequeñas patas de gallo alrededor de los ojos en las que no había reparado antes y unos cuantos cabellos blancos que destacaban entre los demás. La cicatriz de la nariz y mejilla tenía pequeños puntitos a ambos lados que marcaban el lugar de los puntos de sutura. Tenía la cara, el cuello y los brazos de un color más oscuro que la piel que quedaba normalmente bajo la túnica. Espartaco transmitía fuerza por los cuatro costados, desde su mandíbula firme a sus músculos fibrosos. A Ariadne le pareció de lo más tranquilizador y cuando le pasó por la cabeza una imagen de Phortis fue capaz de apartarla con facilidad.

Para su sorpresa, el sueño no tardó en llegar.

Por segunda vez soñó que estaba en brazos de Espartaco.

Carbo apuró lo que le quedaba de vino y observó el fondo de la copa a la espera de obtener inspiración. No la encontró. Echó un vistazo alrededor de la taberna húmeda y atestada y frunció el ceño. Ahí tampoco la iba a encontrar. El lugar estaba lleno de maleantes: hombres esqueléticos, malnutridos y, según los cálculos de Carbo, delincuentes en potencia. Las únicas mujeres presentes eran un par de camareras desdentadas y despeinadas y tres prostitutas de aspecto enfermizo. La única atracción de la taberna era el vino, que era el más barato que Carbo había encontrado. No sabía tan mal, teniendo en cuenta de dónde era probable que viniera. Tras unas cuantas copas el sabor incluso le había empezado a gustar.

—¿Otra?

Carbo giró la cabeza y se encontró al tabernero encima de él. Miró las cuatro monedas de bronce que había en la barra junto a su mano izquierda. Eran todo lo que le quedaba de los dos *denarii* que Paccius le había dado. Se echó un pedo de lo más sonoro. Por lo menos había tenido la sensatez de pagar antes los atrasos del alquiler.

—¿Por qué no?

En un abrir y cerrar de ojos se encontró con la basta copa de arcilla llena y con una moneda menos.

Carbo le dio las gracias asintiendo con la cabeza antes de dar un buen trago. Se planteó las opciones de la jornada por enésima vez. ¿Qué se había torcido? Su plan de pasar por su anterior casa le había parecido bueno en un principio. Excelente, de hecho. Había querido ir a ver a Paccius, hablar con la única persona del mundo que todavía tenía tiempo para él. Había funcionado. El samnita había aparecido poco antes del mediodía para ir a hacer un recado. Carbo le había abordado en la calle siguiente y habían caminado juntos hasta el foro de Capua.

Como era de esperar, Paccius no había tenido noticias de sus padres, pero sí había podido contarle a Carbo lo que pasaba. Que su nuevo señor, el agente de Craso, no era demasiado malo, por el momento. Carbo se había alegrado por el samnita y el resto de los esclavos domésticos, que le caían bien. Sin embargo, se había sentido abochornado cuando Paccius le había obligado a coger las dos monedas de plata. «Las necesitas más que yo», le había dicho. Para su vergüenza infinita, había aceptado las monedas. Despedirse de Paccius había resultado incluso más doloroso que la primera vez, cuando había salido a hurtadillas antes de que sus padres se despertaran. «He aceptado dinero de uno de mis propios esclavos.» Su intento de alistarse en el ejército también había sido desastroso. El centurión al que había abordado le había pedido pruebas de que tenía diecisiete años. Carbo había balbucido que faltaba poco para su cumpleaños. El oficial le había dicho con tono amable que regresara con los papeles correspondientes cuando llegara el momento. Por supuesto no podría hacerlo, porque su padre tenía todos los documentos familiares. «El cabrón de Craso tiene la culpa de todo.» Apuró la copa y golpeó con ella la barra de madera con una fuerza inusitada.

Al oír el golpe, el tabernero se materializó de nuevo.

—¿Te la vuelvo a llenar?

—¿Por qué no? —gruñó Carbo—. No tengo nada más que hacer.

Al cabo de un instante, tenía otra copa llena de vino y solo dos monedas. Poco después, nada más que una y luego ninguna. Carbo volvía a estar en la miseria. Antes de que tuviera tiempo de regodearse con aquel detalle patético, una de las prostitutas se le acercó tímidamente e intentó sentársele en la rodilla. Carbo la apartó de malas maneras.

—Aunque quisiera, no tengo dinero para pagar.

—Tienes esto —le dijo ella susurrándole sensualmente y señalando el broche que llevaba en la capa con una uña sucia y quebrada—. Te lo haré cada noche durante una semana por él. Quizás incluso dos semanas, si eres hombre suficiente. —Se carcajeó de su propia broma.

—Esta pieza vale más que tu vida, zorra enferma —gruñó Carbo—. Déjame en paz.

La mujer adoptó una expresión agria.

—¿Quién te ha dicho que pensaba follarte? Esas cicatrices le quitan las ganas a cualquiera.

Carbo le levantó la mano y ella retrocedió, haciendo una mueca. Pero fue una victoria pírrica. En cuanto la prostituta hubo vuelto con sus amigas, empezó a burlarse de él y a señalarlo.

—Lástima que no seas un hombre, porque te daría una buena tunda —gruñó, haciendo un gesto obsceno. Ellas susurraron enfurecidas. Carbo se levantó tambaleante y se encaminó a la puerta. ¿Cuándo cambiaría su suerte?, se preguntó con amargura. Ganar dinero le parecía imposible. Abrió la puerta y salió a trompicones. La ráfaga de aire frío le hizo recuperar parte de la sensatez. «Me sentiré mejor después de un sueño reparador.» Intentando tener bien presente ese pensamiento, Carbo avanzó por el callejón estrecho y sin pavimentar. A pesar de que la oscuridad era casi absoluta, conocía el camino hacia la *insula* en lo alto de la que se encontraba su buhardilla. No estaba lejos.

Al cabo de un momento, la prostituta a la que Carbo había rechazado salió corriendo de la taberna. Iba acompañada de un hombre de aspecto dudoso. Los dos le seguían a hurtadillas.

Carbo no se enteró hasta que recibió un fuerte golpe en la nuca. La explosión de luz que apareció ante sus ojos fue acompañada de una avalancha de dolor y cayó como un saco de grano. Fue a parar de boca en el estiércol. Carbo era perfectamente consciente del hedor y del sabor asqueroso, pero estaba demasiado débil para hacer algo al respecto o acerca de los dedos que rebuscaban un monedero bajo su túnica. «¡Cabrones!»

—No pierdas el tiempo —dijo una voz femenina estridente—. No tiene dinero, solo el broche del que te he hablado.

—De todos modos, vale la pena probar —gruñó el hombre—. Nunca se sabe lo que se puede encontrar.

Carbo notó que le daban la vuelta y que una mano le palpaba el hombro izquierdo.

—No, no —musitó mientras le rasgaban la tela. Su castigo por hablar fue un golpe en la cara que volvió a dejarle la cabeza en la mezcla apestosa de barro y

deshechos humanos. Aturdido y mareado, a Carbo le abandonaron las fuerzas.

—¿Le corto el pescuezo?

—Como quieras —respondió la mujer—. Por si nos ha visto seguirle.

«Sé quiénes sois y os mataré a la mínima que pueda», quiso decir Carbo, pero su intento sonó como un murmullo ininteligible. Cuando le echaron la mandíbula hacia atrás, se puso tenso a la espera del filo de la hoja. «Qué forma más espantosa de morir.»

Se oyó un crujido procedente de arriba al abrirse una ventana. Al cabo de un instante, un torrente de orines y excrementos cayó sobre ellos tres. La mujer gritó.

—¡Qué Hades se lleve vuestra alma! —bramó el hombre—. ¿Quién ha sido el hijoputa?

—He sido yo, Ambrosius el veterano —vociferó un hombre—. Y ahora voy a bajar con tres de mis esclavos. Vamos todos armados con espadas y lanzas.

Carbo notó que el peso que sentía en el pecho aminoraba cuando el matón se incorporó.

—Ya está. No voy a morir por acabar con este imbécil.

—Déjalo —musitó la mujer—. Probablemente acabe muerto de todas formas.

Carbo oyó que sus pasos se iban alejando. Intentó moverse, pero las extremidades no le respondían. Oyó el crujido de una puerta al abrirse y luego el destello anaranjado de una lámpara de aceite que atravesaba la oscuridad.

Un rostro rubicundo y preocupado se cernió sobre él.

—¿Estás vivo?

—Creo que sí. La cabeza me duele una barbaridad.

—No me extraña —repuso Ambrosius frunciendo el ceño—. He oído el golpe desde el dormitorio. —Carbo intentó incorporarse, pero Ambrosius le obligó a quedarse como estaba—. Espera. —Le palpó con los dedos las sienes y el cogote—. No noto ninguna rotura. Probablemente vivas —dijo satisfecho—. Cógeme de la mano.

Carbo obedeció y notó que lo levantaba. El barro emitió un sonido húmedo y succionador cuando se separó del mismo y el olfato se le volvió a llenar del olor pestilente de todo lo que lo convertía en un cenagal viscoso. No le importaba.

—Me han quitado el broche. Era la única pieza de valor que tenía. —Hizo ademán de ir a perseguir a los ladrones—. Tengo que recuperarlo.

El fuerte brazo de Ambrosius le impidió moverse.

—Yo lo dejaría. Da las gracias a que no te han abierto otra sonrisa en el cogote.

Su esclavo asintió en silencio para mostrar que estaba de acuerdo.

La realidad volvió a caer como una losa sobre Carbo. Mejor estar cubierto de mierda y respirando que muerto.

—Muy bien. Gracias por tu ayuda.

—De nada. —Ambrosius arrugó la nariz y retrocedió un poco—. Cielos, apestas. ¿Tienes baño en casa?

El orgullo de Carbo repuntó.

—Sí, sí —mintió.

—Bien. Entenderás que no te acompañe… —dijo Ambrosius—. Con respecto a mi esclavo, pues… solo tengo el que… —Se mostró abochornado y se calló.

—No pasa nada. Has hecho más de lo que haría mucha gente, salir a la calle en plena noche. Volveré solo. —«¿A qué?», se planteó enfurecido.

—Toma. —Ambrosius le tendió la lámpara de aceite y su *gladius* oxidado—. Con esto tendrás más oportunidades de llegar.

—Pero…

—Insisto. Si quieres, devuélvemelos por la mañana. Mi puerta es la de al lado del carnicero. Como ya sabes, me llamo Ambrosius.

—Gracias —se limitó a decir Carbo, aceptando tanto la lámpara como la espada —. Regresaré mañana.

—¡Excelente! Mi mujer no tendrá motivos de queja si te invito a tomar una copa de vino.

Carbo dejó que Ambrosius y su esclavo regresaran al interior y se marchó caminando fatigosamente. El fin de su brevísimo contacto con una persona honesta avivó las llamas de su ira hasta límites insospechados. Ahora tenía que regresar a su buhardilla, donde a nadie le importaba si vivía o moría. Donde la vieja lo mantendría en vela toda la noche por culpa de la tos. Y ni siquiera podía lavarse antes de meterse en la cama. En la *insula* no había agua corriente, así que tendría que yacer con su propia mugre hasta que fuera de día, cuando era seguro salir y encontraría los baños públicos abiertos. «Los haría pedazos a los dos.»

Por supuesto no sucedió nada. Siguió caminando.

Entonces, bajo la luz parpadeante que emitía la lámpara de aceite se fijó en una cosa. Se paró y echó un vistazo al muro enyesado que tenía a la izquierda. Alguien había hecho una serie de dibujos toscos. Carbo se acercó más y distinguió un par de figuras pequeñas, casi infantiles, que luchaban y, a ambos lados, grupos de personajes. Leyó los nombres de los gladiadores y los alardes sobre ellos. «Hilarus el tracio, nunca derrotado, vencedor de quince luchas, y Attilius el samnita, el más fuerte de su tribu, a cuyas manos han muerto cuatro hombres.» La esperanza y un poco de emoción se avivaron en lo más profundo del corazón de Carbo. Aquel era un camino que le quedaba por seguir. Normalmente lo tomaba la bazofia de la sociedad, los criminales, los prisioneros de guerra o esclavos, pero de vez en cuando lo tomaba algún ciudadano. Podía convertirse en un *auctoratus*, un gladiador a sueldo. Si tenía éxito, la recompensa económica sería ciertamente generosa.

La idea hizo que Carbo frunciera los labios. A pesar de todo lo sucedido ese día,

aquello parecía una señal de los dioses.

Espartaco se despertó antes del amanecer por culpa del frío. La manta se le había caído por la noche. Se la subió hasta la mandíbula y aguzó el oído para distinguir los primeros sonidos matutinos procedentes del exterior. El cacareo estridente de un gallo desde el huerto del *ludus*, que había visto fuera de las gruesas murallas. El tintineo del extremo de una espada a lo largo de las barras de las ventanas de las celdas de los gladiadores. El tono nasal de Phortis sacándolos del sueño. El golpeteo de los pies de los hombres en los suelos de cemento desnudo. Los carraspeos. El sonido inconfundible de los escupitajos. Y desde más allá del *ludus*, donde se extendía el mercado de Capua, el murmullo de la vida normal: los gritos de los panaderos, carniceros y otros vendedores que rivalizaban entre sí. Desde la cercana Vía Appia llegaban los saludos a voz en grito de los viajeros, el crujido de las carretas mezclado con los mugidos de los bueyes y los rebuznos malhumorados de las mulas. Era muy normal, y muy parecido a Tracia. Espartaco lo odiaba. Le asqueaba. La libertad estaba tan cerca, pensó con amargura, y tan lejos. A un mundo de distancia. ¿Quién habría imaginado que tras años de servir a los romanos acabaría con la chusma? «Un puto gladiador.» Pensó en Kotys e hizo una mueca. «Por lo menos estoy vivo.»

Clac, clac, clac. En el momento justo, el arma de Phortis golpeteó los barrotes de la ventana de la celda. A continuación llegó el sonido metálico de una llave que abría la puerta.

—¡Deja de follarte a tu mujer, *latro*! Sal de ahí mientras las gachas están sabrosas y calentitas.

—Cabrón romano asqueroso. —A Espartaco le salió de dentro el comentario.

—¿Me has oído, *latro*?

—Te he oído. —Se incorporó.

—Bien. Hoy veremos en qué tipo de luchador te vas a convertir. —Phortis continuó.

Espartaco frunció el ceño.

—Sobre lo de anoche… —empezó a decir Ariadne.

Él se la quedó mirando y vio el deseo de reconciliación en sus ojos.

—No tenía que haber saltado —dijo—. Aunque había cogido al bicho, todavía estaba nervioso.

—Yo soy quien debería disculparse. Es mi serpiente y tengo la obligación de responsabilizarme de que permanezca en el cesto. —Hizo una pausa y adoptó una expresión de incomodidad—. Así que lo siento.

—Olvidémoslo y sigamos adelante.

—De acuerdo. —Sonrió porque se sentía mejor.

—Así estás mucho más guapa que con el ceño fruncido.

«¡Le gusto!» Encantada y abochornada al mismo tiempo, Ariadne se planteó qué decir.

—¿Para qué tipo de luchador te van a elegir? —espetó.

—Tracio, supongo —repuso Espartaco poniéndose en pie—. Pronto lo averiguaré. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Lo primero será limpiar bien esta habitación. Vete a saber cuándo fue la última vez —dijo Ariadne con desaprobación—. Luego quiero encontrar algo que sirva de altar para mis estatuas. Si tengo ocasión, tantearé a las mujeres que ya viven en el *ludus*. Que me expliquen cómo funciona aquí la vida.

—Ándate con cuidado. Evita los lavabos y los baños a no ser que estés acompañada de otras mujeres —advirtió.

—No te preocupes. —Señaló el cesto—. Pienso ir con esto a todas partes.

—Bien.

Ariadne asintió.

—Ten cuidado.

Su repentina calidez le hizo reír.

—Descuida. —Empujó la puerta y se marchó.

Desconcertada, Ariadne agradeció que no hubiera visto lo mucho que se estaba sonrojando.

Los recién llegados apenas habían acabado con las gachas cuando, acompañados de Phortis, fueron a buscarles los entrenadores que supervisaban a los distintos tipos de luchadores. Los tres hombres de mediana edad y facciones duras iban armados con un garrote, un látigo o ambos. Todos habían sido gladiadores que se habían ganado la libertad a las malas, ganándose el *rudis*.

Los obligaron a salir al patio y colocaron a los quince hombres uno al lado del otro mientras los demás reclusos los abucheaban. Espartaco, Getas y Seuthes estaban en el extremo, lejos de Phortis, que empezó enseguida. Acribilló a preguntas al primer hombre, uno de los guerreros pónticos, y le preguntó la edad, su oficio anterior y su experiencia en combate. Los entrenadores escuchaban con atención las respuestas titubeantes en un latín precario. Al cabo de poco, los hombres de la tribu recibieron la orden de situarse junto al hombre que los formaría como tracios. Al siguiente cautivo lo eligieron para luchar como galo y al de después como samnita. Poco a poco, Phortis fue recorriendo la fila. Los demás tracios se rieron cuando los eligieron para aparecer en la arena representando a su pueblo. Al oír aquello, las expectativas de Espartaco aumentaron. Algo de orgullo le supondría luchar tal como lo había hecho en la vida real.

—Ah, el *latro* —dijo Phortis arrastrando las palabras. Sonrió al ver que Espartaco tensaba la expresión—. Este también es tracio —explicó a los entrenadores—.

¿Edad?

—Treinta años.

—¿Oficio?

—He sido guerrero desde los dieciséis años. Fue entonces cuando maté a un hombre por primera vez —bramó Espartaco—. Se parecía un poco a ti.

—¡Ja! Eres un verdadero matón, ¿eh? —Phortis arqueó las cejas con expresión burlona—. ¿Tienes también experiencia militar?

—He luchado en todas las campañas desde que alcancé la edad adulta. En ocho de ellas, serví con los auxiliares romanos como soldado de caballería. He estado en más peleas y escaramuzas de las que soy capaz de recordar y por lo menos en seis batallas a gran escala.

—¿Has matado a muchos hombres? —preguntó uno de los entrenadores.

Espartaco se lo quedó mirando fijamente a los ojos.

—A partir de los veinte perdí la cuenta. Por lo menos la mitad eran romanos.

El entrenador emitió un gruñido evasivo.

—No te creo —le desafió Phortis.

—Es cierto. ¿A cuántos has matado tú? —replicó Espartaco. Se sintió satisfecho cuando Phortis le blandió un puño en la cara. Tampoco se le escapó la sonrisa que asomó a los labios de dos de los entrenadores. «Bien. He acabado por hartarte, folla-cabras desgraciado.»

—He matado a muchos, ¡maldito insolente! ¡Y también a hombres más duros que tú!

«¿En serio? Lo dudo.»

—Lo mejor que le irá es hacer de tracio. Me lo quedo —dijo un entrenador bajito con la barba bien recortada. Sus compañeros murmuraron para mostrar que estaban de acuerdo.

—Pues no, no me da la puta gana —espetó Phortis—. No luchará como tracio.

—¿Por qué no?

—Porque lo ha dicho Batiatus —replicó Phortis con una satisfacción llena de petulancia—. Este perro es demasiado arrogante. Le entrarán aires de grandeza. Lo mismo pasa con sus dos amigos.

—Entonces lo cojo yo. Y a los otros también —dijo el tercer entrenador, que tenía pinta de galo.

Phortis se encogió de hombros.

—Vale.

Como no hubo más protestas, el entrenador hizo un movimiento de cabeza hacia Espartaco, Getas y Seuthes.

—Venid aquí.

Espartaco no fue capaz de reprimirse.

—Pero…

En un abrir y cerrar de ojos, Phortis se había sacado el garrote corto del cinturón. Con una fuerza increíble, golpeó a Espartaco en la cabeza.

—¡Haz lo que te dicen!

Medio cegado por el dolor, Espartaco consiguió de todos modos dar un salto hacia delante. Sin embargo, Getas y Seuthes le impidieron que se abalanzara sobre Phortis. Lo sujetaron por los brazos como pudieron.

—Déjalo —susurró Getas—. Te matará.

Phortis les observaba expectante.

«Atacarle no hace más que darle al perro lo que quiere.» Espartaco respiró hondo y se relajó entre la sujeción de sus compañeros.

—De acuerdo, lucharé como galo.

—Escucha a tus amigos. Eso es bueno. —Sin embargo, Phortis no alcanzaba a ocultar su decepción—. Sigue haciéndolo y a lo mejor sobrevives. —Miró a los entrenadores—. Os dejo con ellos. Estoy seguro de que tenéis mucho que enseñar a estos hijos de puta.

Amarantus, el entrenador de Espartaco, era un galo de unos cuarenta abriles. Aunque era un guerrero libre, les contó que había decidido quedarse como entrenador tras obtener el *rudis*. Su primera orden fue que los cuatro hombres a los que había escogido se enfrentaran entre sí con escudos pesados y espadas de madera. Colocó a Espartaco contra uno de los escitas y a Getas y Seuthes el uno contra el otro.

—Luchad hasta que un hombre quede desarmado o reciba una herida «mortal» —gritó.

El contrincante de Espartaco era fuerte y fiero, pero su habilidad no tenía punto de comparación. En lo que el corazón tarda en dar cien latidos, Espartaco le había quitado la espada de la mano al escita y le había tocado el cuello con el extremo de su espada. Amarantus asintió satisfecho y les permitió descansar mientras los dos amigos se enzarzaban como posesos. Seuthes acabó dominando el combate, hizo tropezar a Getas y lo «liquidó» con una estocada en el pecho.

—Así sé lo buenos, o malos, que sois con las armas —declaró Amarantus—. Ahora veremos si estáis en forma o si no sois más que los odres hinchados que parecéis. —Hizo un gesto con el brazo para abarcar el perímetro del patio—. Veinte vueltas, a la carrera. El que se pare antes se lleva diez latigazos. Si se detiene una segunda vez le daré veinte. Una tercera vez, treinta. ¿Entendido?

Mientras Espartaco corría, observaba a los gladiadores que también estaban entrenando. El patio estaba repleto de hombres corriendo como ellos, o boxeando y luchando. Otros levantaban pesas. Unos cuantos más se enfrentaban entre sí con lanzas y espadas de madera o atacaban gruesos postes de madera clavados en el suelo. Un desgraciado recibía una sarta de latigazos de su enfurecido entrenador bajo

la mirada de sus compañeros.

Espartaco agradecía que el viaje de Tracia no le hubiera dejado demasiado agotado. Aunque la comida no había sido de la mejor calidad, había perdido poco peso y seguía estando en forma. Era perfectamente capaz de dar veinte vueltas, al igual que Getas y Seuthes. Resultó ser que el escita también estaba en forma. Amarantus esbozó una sonrisa de satisfacción cuando se reunieron con él con el rostro empapado de sudor.

Carbo había llegado a su *insula* sin más problemas. Había notado una efímera sensación de venganza dulce cuando el crujido de sus pasos en las planchas chirriantes había despertado a la vieja bruja. Se le había pasado rápidamente por culpa de la tos que había ido a continuación, pero Carbo estaba demasiado cansado y le dolía demasiado la cabeza como para maldecir a la vecina. Sin preocuparse de la capa de mugre semilíquida que le cubría el pelo, la espalda y las piernas, se había tumbado en el colchón y se había tapado con la andrajosa manta. Al cabo de unos instantes se había quedado dormido. Afortunadamente no había soñado nada.

Al despertarse por el frío de otro gris amanecer, Carbo se quedó tumbado con un dolor palpitante en la cabeza preguntándose si convertirse en gladiador era la decisión más sensata. Había barajado esa opción durante una eternidad, preocupado por no ser lo bastante duro para el mundo brutal del *ludus*. Pero a Carbo no se le ocurría ningún otro camino que seguir. Al final, el hedor que lo cubría por todas partes lo había puesto en marcha. En los baños públicos situados dos calles más allá, había conseguido gorronear el precio de la entrada a un anciano amable. Carbo nunca había disfrutado tanto lavándose ni se había sentido tan agradecido de haber crecido en un hogar provisto con el lujo del agua corriente. En cuanto estuvo limpio, el problema de la túnica y ropa interior —*licium*— sucias se convirtió en la prioridad. Vestido con la tela para secarse que le había proporcionado el empleado de los baños, Carbo había salido a la calle y había lavado la ropa en la fuente pública situada junto a la casa de baños. Se enfundó las prendas empapadas y miró con furia a los viandantes que se reían de él. A continuación, había ido a llamar a la puerta de Ambrosius para devolverle la lámpara y el *gladius* al mismo esclavo que había ayudado a salvarle la noche anterior. Había declinado la invitación a entrar y conocer al veterano y se había dirigido directamente al *ludus* de la ciudad, situado al otro lado de las murallas en dirección norte.

Al llegar a las puertas el coraje amenazó con desertarle. Carbo permaneció en silencio contemplando las gruesas bandas de metal que entrecruzaban los portones de madera y los muros elevados que se alzaban ante él. El *ludus* parecía y transmitía la sensación de ser una prisión. Oía gritos y el choque amortiguado de las armas procedentes del interior. Resultaba desalentador.

—¿Qué quieres?

Carbo se fijó en el guarda, un hombre moreno armado con una lanza y escudo. Un casco abollado le ocultaba buena parte del rostro, lo cual hacía que la pregunta resultara mucho más intimidatoria.

—Vengo a ofrecer mis servicios como *auctoratus*.

—¿Tú? ¿*Auctoratus*? —Las dos palabras transmitían un desprecio infinito.

Carbo no apartó la mirada.

—Sí.

—¿Sabes usar la lanza o la espada?

—La espada sí.

—¿Seguro? —dijo con desprecio el guarda.

—Sí, seguro, imbécil de mierda —espetó Carbo. Por muchos fracasos que hubiera tenido, su condición social era muy superior a la de aquel tipejo—. Exijo ver al *lanista*.

El guarda parpadeó ante su determinación.

—¿Y a mí qué más me da si quieres que te maten? —Dio un golpe en la puerta con los nudillos—. ¡Abrid!

Una de las puertas empezó a moverse con un fuerte crujido.

A Carbo se le retorció el estómago, pero se mantuvo firme. «No me abandones, Júpiter, el Mayor y Mejor.»

6

La puerta principal del *ludus* se abrió con un sonoro crujido. Aquello bastó para llamar la atención de la mayoría de los gladiadores. A los entrenadores, Amarantus entre ellos, tampoco les pasó desapercibido. Un guarda entró dando grandes zancadas seguido de una figura alta con una buena túnica que había visto días mejores. En cuanto los dos estuvieron dentro, la puerta se cerró con un fuerte ruido metálico.

—¿Alguien que busca luchadores? —se preguntó Getas.

—No —repuso Espartaco—. Es un muchacho. No debe de tener más de dieciocho años.

—Mira el porte que tiene. Debe de ser de buena familia.

—Lleva la ropa empapada —comentó Espartaco—. Qué raro.

El joven fue conducido a los aposentos de Batiatus, arriba. Los gladiadores allí congregados aventuraron distintas teorías sobre el motivo de su visita al *ludus*.

—¡Volvamos al trabajo! —gritó Amarantus—. Moveos, boñigas perezosas. No tenemos todo el día.

—¡Atención! —La voz de Phortis rasgó el aire como un látigo.

Espartaco alzó la vista y vio al capuano en el anfiteatro junto al hombre al que habían escoltado arriba. El joven tenía la tez amarillenta, con la cara enjuta y picada de viruela.

—Este joven caballero responde al nombre de Carbo —anunció Phortis—. Ha pedido a Batiatus si puede entrar en el *ludus* como *auctoratus*.

—¡Pero si parece que todavía chupa de la teta de su madre! —bramó un luchador.

—¡Si está esquelético! —exclamó otro—. Se partirá en dos si le dan un trompazo.

Se oyeron todo tipo de burlas desde el patio y Carbo se puso rojo de furia.

—¿Por qué está aquí? ¿Se ha tirado a la amante de su padre? —preguntó Crixus.

Un murmullo de interés sustituyó a las risas de los gladiadores. Era raro, aunque no inverosímil, que un ciudadano pasara a engrosar las filas del *ludus* como gladiador a sueldo. A algunos les motivaba la emoción, la cercanía de un peligro que quizá nunca llegaran a experimentar de otro modo. Sin embargo, la mayoría entraban bajo sospecha. A veces era porque habían infringido la ley de alguna manera, pero a menudo eran las deudas de juego lo que les hacía cruzar la puerta.

Phortis sonrió complacido por encima de ellos.

—No ha sido eso. O por lo menos es lo que él dice. No he querido preguntar más.

—¿Qué ha sido entonces? —preguntó Crixus—. ¿Has perdido todo el dinero en una carrera de cuadrigas?

Carbo estaba cada vez más furioso.

—No es asunto tuyo.

—Un tema espinoso, ¿no? —replicó Crixus, que le devolvió una mirada iracunda.

—Vete a tomar por saco —espetó Carbo.

—¡Ven aquí abajo y repítemelo! —gritó Crixus. Teniendo en cuenta que era Carbo quien había pedido entrar en el *ludus*, la enorme diferencia social que los separaba significaría muy poco y lo sabía.

Carbo maldijo en silencio.

«¿Por qué no me he quedado callado? Acabo de cabrear a un hombre del tamaño de Hércules. Aunque le ganara gracias a un milagro, querrá matarme.»

—Antes de que Batiatus lo acepte desea juzgar la destreza de Carbo con las armas —dijo Phortis en voz alta—. Necesito un voluntario que pelee contra él uno o dos asaltos. —Sonrió ante el interés animal que suscitaron sus palabras—. Con espadas de madera. Ya sé cómo sois. De lo contrario, Carbo se pasaría el primer mes en la enfermería. ¿Quién se ofrece?

Por lo menos la mitad de los hombres del patio dieron un paso adelante con la mano levantada. Espartaco los observaba ligeramente divertido. Darle una paliza a un noble, sobre todo si estaba mojado y abatido como aquel, era lo último que le apetecía. Sin embargo, para muchos resultaba de lo más apetecible, aunque fuera con un arma de entrenamiento con el extremo romo.

Phortis bajó la mirada en silencio para observar a los luchadores.

Crixus estaba muy ocupado murmurando a todos los galos que podían oírle.

—¡Retroceded! ¡Bajad la mano! ¡Esta pelea es mía! —Con mirada hosca, algunos de sus compatriotas obedecieron. Como no querían ganarse su antipatía, varios gladiadores hicieron lo mismo. Sin embargo, muchos no hicieron caso a Crixus.

—Parece ser que algunos tienen más ganas de pelear contigo que otros —declaró Phortis, lanzando una mirada sardónica a Carbo.

—Bueno —espetó Carbo—. Me da igual. —Y era verdad. Se le habían acabado todas las ideas excepto una: aprobar el examen de entrada.

—En ese caso —dijo Phortis con un tono suave como la seda—, no te importará que… —posó la mirada en Crixus antes de seguir. Señaló a Espartaco— un compañero recién llegado, que todavía no ha probado la arena, tenga el honor de darte la bienvenida al *ludus*.

Carbo miró al tracio. A pesar de los comentarios despectivos de Phortis, tenía un cuerpo robusto y se notaba que sabía manejarse. Se le revolvió el estómago.

—Venga, hagámoslo —dijo, intentando mostrar seguridad.

Espartaco notaba la ira de Crixus a veinte pasos de distancia. La ira le circulaba por las venas. Phortis lo había hecho a propósito, no para ver a Carbo derrotado, sino para poner al galo en su contra, como si no lo estuviera ya, después de lo ocurrido la noche anterior. Apretó la mandíbula. No había nada que hacer al respecto.

—¿Adónde voy?

—Sígueme —le indicó Amarantus.

Se encaminó al recuadro acordonado del centro del patio. Ya había hileras de tres y cuatro luchadores alrededor. Espartaco y sus compañeros le siguieron. Igual que el escita. Se abrieron paso entre la multitud hasta las cuerdas, que les llegaban a la altura de la cintura y delimitaban el perímetro de la zona.

—Entra —dijo Amarantus levantando la cuerda.

Cuando Espartaco entró en el recuadro, notó una punzada de emoción. Una pelea era una pelea.

—¿Quién apostará por Carbo? —gritó una voz—. El chico no parece nada del otro mundo, pero no habría entrado aquí si no supiera manejar una espada.

Espartaco miró a su alrededor y reconoció a Restio, que le había visto matar al galo. «O sea que también hace apuestas.»

—¿Cuál es la apuesta? —preguntó un germano.

—Veinte a uno.

—Bien vale una apuesta. —El germano esbozó una sonrisa salvaje—. Apúntame con cinco *denarii*.

Se oyó un clamor de voces que apostaban cantidades incluso mayores por el recién llegado. El negocio de Restio no quedó interrumpido hasta que Phortis y Carbo llegaron al cuadrilátero. El capuano llevaba dos espadas de entrenamiento bajo un brazo. Ordenó a Carbo que se quitara la túnica y las sandalias e hizo que la pareja se colocara a diez pasos de distancia.

Espartaco miró a Carbo con dureza, y sorprendentemente el joven no apartó la vista. Los espectadores veían el pecho y parte superior de los brazos bien musculosos del romano.

—¿Seguro que había que hacer una apuesta tan alta? —preguntó el germano.

—Comparado con Espartaco, parece un pollo desplumado —replicó Restio con aplomo—. Espera y verás.

Acto seguido, Phortis lanzó un arma a cada hombre: a Espartaco, un *gladius*, y a Carbo, una *sica*. Espartaco sujetó la hoja como si fuera una amante y deseó que le hubiera entregado la otra espada. Poco habituado al peso de la *sica* de madera, Carbo movía el arma adelante y atrás. «Maldita lástima que no diera más clases con Paccius.»

—¡Cascos y escudos! —bramó Phortis.

Se produjo una pausa antes de que aparecieran dos esclavos. Uno llevaba un *scutum* mientras que el otro portaba un escudo pequeño y cuadrado y un casco frigio característico. El primero se dirigió a Espartaco y el otro a Carbo. Les entregaron las protecciones y corrieron a cobijarse.

Phortis alzó la vista hacia el anfiteatro, donde esperaba Batiatus. Un silencio expectante se apoderó del patio.

—El combate durará hasta que un hombre quede desarmado o reconozca la

derrota —anunció el *lanista*—. ¡Empezad!

Phortis se quitó de en medio y Espartaco se movió hacia adelante al trote.

Para entonces, Ariadne se había enterado de lo que estaba pasando. Se subió a un banco y atisbó desde el ventanuco de la celda. «Que acabe rápido —rezó—. Que Espartaco no sufra ningún daño.»

Carbo se las ingenió para evitar el ataque frontal de Espartaco. Con un movimiento rápido, regateó a un lado. Al instante el ambiente se llenó de burlas. Espartaco giró en redondo y fue a por él a una velocidad vertiginosa. Lo alcanzó con seis zancadas. Chocó el escudo con el del otro y dirigió el *gladius* directamente a la cara de Carbo. El romano apartó la cabeza frenéticamente a un lado y el extremo de la espada de madera resbaló por el lateral del casco.

La velocísima reacción de Carbo pilló a todos por sorpresa, sobre todo a Espartaco. Incluso mientras Carbo se echaba hacia atrás, iba moviendo el lateral del escudo y clavó el extremo de su arma en el diafragma, que Espartaco llevaba al descubierto. El tracio se dobló de dolor. Tuvo la buena idea de acercar el escudo e ir hacia atrás arrastrando los pies, pero, aun así, Carbo se le echaba encima como un perro a una rata. Asestó un torbellino de golpes a Espartaco en la cabeza. «¡A lo mejor puedo ganar!»

—¡No! —susurró Ariadne horrorizada. Era fácil imaginar que el combate fuera real.

Unos cuantos hombres empezaron a animar a Carbo.

—¿Qué apuestas haríais ahora a favor del romano? —preguntó un samnita.

Restio recuperó rápidamente su gesto de corredor de apuestas.

—El novato está perdiendo el tiempo. Es de todos sabido que los tracios tienen el cráneo muy duro. Probablemente Espartaco ni se haya enterado de que Carbo le está golpeando. —Sonrió mientras los hombres que le rodeaban se partían de risa.

Espartaco no oía ninguna de esas conversaciones. Estaba concentrado en recobrar el aliento del que Carbo le había privado con el primer golpe. En cuanto el joven romano enlenteciera el ataque, lo atacaría como una serpiente. De forma rápida y letal. Acabaría con esa farsa de una vez por todas.

Al darse cuenta de que su ataque surtía poco efecto, Carbo balanceó el brazo derecho hacia abajo. Intentó repetir su éxito anterior y lanzó una estocada desesperada al abdomen de Espartaco. Sin embargo, en esta ocasión el tracio estaba preparado. Con un potente barrido lateral con el escudo, alzó el arma de Carbo y se la arrebató. En ese mismo instante, Espartaco le lanzó una estocada descomunal en la cabeza. Su *gladius* golpeó con un clang fuerte y metálico y Carbo se tambaleó, con la visión borrosa y con una abolladura enorme en el casco de bronce.

«Toma ya, cabrón», pensó Espartaco.

Muchos gladiadores gritaron entusiasmados. Ariadne también.

Carbo se ajustó el casco y movió los hombros. «¿Qué demonios debería hacer ahora?» Era imposible vencer a Espartaco. «De todos modos, puedo causarle buena impresión a Batiatus.»

—Se acabó —anunció Restio satisfecho—. ¿Por qué molestarse en ser diestro en el manejo de la espada cuando basta con la fuerza bruta?

Espartaco se acercó con aire despreocupado a su contrincante.

—¿Estás listo para rendirte?

Carbo levantó la espada y el escudo con determinación.

—No —repuso, con la voz amortiguada por el casco. «Júpiter, ayúdame.»

—No seas imbécil —gruñó Espartaco en voz baja.

—Vete a la mierda. —Carbo ni retrocedió ni soltó el arma, sino que se deslizó descalzo por la arena en dirección a Espartaco con tanta concentración como antes.

Sin embargo, no era consciente de lo peligroso que llegaba a ser el tracio. Abalanzándose sobre él, Espartaco neutralizó la estocada de Carbo con la misma facilidad con la que espantaría una mosca. Bajó el hombro derecho y presionó el escudo contra el hombro del otro, lo cual hizo que Carbo acabara despatarrado en el suelo. Espartaco se encorvó y presionó el extremo de su espada justo por debajo del borde inferior del casco de Carbo.

—¡Ríndete!

Carbo negó con la cabeza. «Batiatus tiene que darse cuenta de que no soy ningún cobarde.»

—¿Qué está haciendo? —susurró Retio—. ¿Acaso ese imbécil quiere morir?

Espartaco sospechaba el motivo por el que no quería rendirse. «Su orgullo no se lo permite. A veces la muerte es preferible al deshonor.»

—¡Ríndete! —repitió.

Carbo volvió a negarse moviendo la cabeza.

—¡Acaba con ese cabrón estúpido! —bramó Crixus.

—*Iugula! Iugula!* —gritaban muchos gladiadores—. ¡Mátalo!

Espartaco alzó la vista hacia el anfiteatro. Ya no había ni rastro de Batiatus. Phortis se limitó a encogerse de hombros. Le daba igual si Carbo vivía o moría.

El rugido de *iugula* se fue acrecentando hasta que resonó en las mismísimas murallas del *ludus*.

Espartaco miró alrededor del cuadrilátero y vio las ansias de sangre de los luchadores. Él mismo las sentía. La decisión dependía de él. Su fuerza y la proximidad del ataque significaban que, incluso con una espada de madera, Carbo corría un riesgo real de morir. Se endureció. «¿Acaso es culpa mía?» El imbécil había tenido dos posibilidades y las había rechazado. Si él no hacía lo que tocaba, los demás gladiadores le considerarían un debilucho. «Al fin y al cabo no es más que un puto romano.» Con un gruñido, Espartaco echó hacia atrás el brazo derecho.

De repente, Carbo se dio cuenta de que quizás había ido demasiado lejos. Apretó los dientes en una muestra de aceptación amarga.

—No —susurró Ariadne—. No puedes matar a un hombre desarmado.

—*Iugula! Iugula!*

Espartaco cerró el ojo izquierdo y apuntó al pequeño hueco que Carbo tenía en la base de la garganta. Si le clavaba la espada de madera ahí con la suficiente fuerza, mataría al romano. «Que así sea.»

—¡Para! —bramó Batiatus por entre el griterío.

Espartaco apenas le oyó. Acertó a contenerse. Confundido, alzó la vista hacia el *lanista* con ojos entrecerrados.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No piensa rendirse —replicó Espartaco—. Y Phortis no me ha puesto ninguna objeción.

Batiatus se revolvió contra el capuano.

—¡Idiota! Me alejo del anfiteatro un momento, ¿y pasa esto? ¿Por qué no has concluido la pelea? Carbo ha luchado lo bastante bien para ser *tiro*. Será inexperto, pero como cadáver no me sirve de nada, ¿verdad?

—No, señor —murmuró Phortis. Lanzó una mirada vengativa a Espartaco.

—Aléjate de él —ordenó Batiatus.

Espartaco obedeció.

Ariadne sintió una oleada de alivio. El romano viviría. Volvió a mirar a Espartaco y sintió admiración y un poco de miedo. «Cielos, mira que es duro, el cabrón.»

Poco a poco, el romano se incorporó. «Gracias, Júpiter.»

—No esperaba que lucharas tan bien, Carbo. Pero tu inexperiencia resulta obvia. Tienes mucho que aprender —dijo el *lanista*—. Lo primero es que si te plantas en una pelea que vas a morir, seguro que lo consigues. —Sonrió ante las carcajadas que provocó el comentario.

Carbo asintió cansado. Hizo un esfuerzo para quitarse el casco.

—Vuelve mañana. Recibirás tu cuota de alta y podrás empezar a entrenar enseguida. Para entonces mi abogado habrá redactado el contrato. —Batiatus se giró y se marchó.

—Se acabó el espectáculo. ¡A entrenar otra vez! —gritó Phortis. Lanzó otra mirada envenenada a Espartaco, pero el tracio no le hizo ni caso.

La voz de Carbo interrumpió su ensoñación.

—Ibas a matarme.

—Por supuesto que sí, imbécil. ¿Qué esperas que haga si no quieres rendirte? ¿Intentar convencerte?

Carbo se sonrojó.

—No. —«No hay compasión en este mundo.»

—Ha sido una estupidez que no te rindieras cuando te he derribado —dijo Espartaco con dureza, sintiendo un atisbo de remordimiento. «Es poco más que un niño.»

—Ahora lo entiendo. Intentaba… —Carbo vaciló.

—¿Quieres morir? No tienes necesidad de venir aquí. ¿Por qué no te tiras delante de una cuadriga en las carreras? ¿O desde un puente a un puto río?

—No es eso. Quería demostrarle a Batiatus que soy lo bastante valiente —masculló Carbo.

—¿Eh? —bramó Espartaco—. Pues ya lo has hecho. También has mostrado una gran habilidad.

Carbo parpadeó sorprendido.

—¿Habilidad? —repitió.

—Eso es lo que he dicho. ¿Por qué no buscarle una buena utilidad?

Carbo se encontró con la mirada fija de Espartaco y vio que no bromeaba. Levantó la mandíbula.

—De acuerdo. Eso haré.

—Bien. —El romano era humilde y valiente a partes iguales, pensó Espartaco. A pesar de que la animosidad de Crixus y Phortis hacia él había aumentado, se alegró de no haber matado a Carbo—. Mantén la boca cerrada. Escucha a tu entrenador. Ándate con cuidado con hombres como Crixus, el galo grandote. Fíjate en cómo luchan. Si eres capaz de hacer todo esto, a lo mejor dentro de seis meses sigues vivo. Eso es lo máximo a lo que podemos aspirar quienes estamos aquí.

—Gracias.

Espartaco se marchó airado a donde se encontraban Getas y Seuthes con Amarantus. Con el rabillo del ojo advirtió que otros gladiadores le dedicaban asentimientos de aprobación. «Excelente.» El hecho de haber estado dispuesto a matar a Carbo era lo que tocaba.

Ajeno a los entresijos del lugar, Carbo miró en derredor para ver si veía a Phortis. Tenía que preguntarle si se podía quedar ya. No tenía mucho sentido regresar a la buhardilla, porque el alquiler se le acababa de nuevo en una semana. Podría emplear parte de la cuota de alta para pagarla, pero sería un desperdicio. En el *ludus* el contrato incluía alojamiento y comida. Sin embargo, sería duro. Ya había advertido las miradas lascivas que le dedicaban unos pocos luchadores. Carbo se puso recto. «Que les den. Yo lo intentaré.»

Ariadne también se fijó en las miradas favorables que recibía Espartaco. Le sorprendió el orgullo repentino que sintió. Su esposo también se estaba forjando un nombre. Sin duda, aquella había sido su principal motivación al estar dispuesto a matar a Carbo, pensó. Conocía lo bastante a Espartaco como para saber que no era un asesino a sangre fría. Su nueva situación también haría que su vida fuera más segura

en el *ludus*. Entonces Ariadne vio a Phortis mirándola con expresión lasciva y sus temores regresaron.

Por lo menos, segura con respecto a los gladiadores.

A lo largo de los días siguientes, otros dos gladiadores buscaron pelea con Espartaco. Él fue a matar en ambos casos, dejó inconsciente a uno de ellos, un nubio, y al otro, un corpulento germano, le dio una buena tunda hasta que le suplicó clemencia. Después de eso, fue como si Espartaco hubiera superado una especie de prueba. Los luchadores empezaron a evitarle. Poco después, varios tracios le abordaron. Fueron a ofrecerle lealtad. Aquel ofrecimiento le resultó de lo más grato. Espartaco se había dado cuenta de que la supervivencia y el estatus en el *ludus* dependían de la pertenencia a un grupo. El resto de los hombres del *ludus*, un grupo dispar de nacionalidades, era el único que carecía de líder. Bajo el mando de Oenomaus, los germanos estaban bien organizados en un solo bloque. Los samnitas eran leales al carismático y peligroso Gavius. Incluso los belicosos galos tenían a Crixus, Castus y Gannicus. Tres facciones en vez de una, pero todos ellos eran mucho más fuertes que los diez puñados de tracios o más que se habían ido formando.

Por consiguiente, Espartaco aceptó de buen grado el vasallaje de los guerreros. El hecho de saber que lo consideraban su líder le producía una sensación cálida en el vientre, como en la época en que había reclutado bandas de guerra en Tracia. No era más que un comienzo, pero un comienzo al fin y al cabo. Sin duda, le hacía sentir mejor que limitarse a esperar que lo mataran en la arena. Aunque había corrido la voz de que Ariadne era sacerdotisa, lo cual hacía que los hombres la miraran con más veneración, no significaba que estuviera segura. El aumento del número de seguidores significaba que podía estar seguro de que cuidarían mejor de ella. También implicaba que Crixus, que claramente seguía buscando pelea, se mantendría a una distancia prudencial. Espartaco sabía que aquello era retrasar lo inevitable, pero cuando llegara el momento de enfrentarse al gigantesco galo, quería que fuese con sus condiciones. «A menudo, el general que escoge el campo de batalla gana la contienda», le había dicho su padre muchas veces. Para ello, Espartaco se volvió muy exigente en los entrenamientos y siguió corriendo alrededor del patio y levantando pesas mucho después de que Amarantus diera por concluida la jornada. Aunque Getas y Seuthes se quejaban con amargura, ellos también siguieron su rutina.

Una tarde, Espartaco se alegró de verdad de poner fin al ejercicio físico. Por culpa de las nubes oscuras y amenazadoras que llenaban el cielo, estaba oscureciendo antes de lo habitual. Un crudo viento otoñal azotaba el patio y se le colaba por la túnica con facilidad. El sudor que le cubría el cuerpo se enfriaba al tiempo que se formaba.

Espartaco no quería resfriarse por dar unas cuantas vueltas más.

—Concluyamos la jornada —dijo.

—Gracias al Jinete —dijo Getas, con el rostro enrojecido—. Pensaba que no ibas a decirlo nunca.

—¿A los baños? —preguntó Seuthes.

—¿Adónde si no? —Espartaco encabezaba la marcha.

Cuando se acercaron a las puertas de la zona de baños, vio a Carbo ocultándose en las sombras bajo el pasadizo. El joven romano vivía en el *ludus*, pero Espartaco no sabía dónde. Le bastó una mirada rápida para darse cuenta de que el joven no estaba bien. Tenía un ojo morado, un corte en el labio inferior y la túnica rasgada a la altura del hombro derecho. La carne que se veía debajo tenía una fuerte magulladura. «Pobre desgraciado.»

—Ven aquí.

Carbo miró alrededor sorprendido.

—¿Yo?

—Sí.

Carbo entró en el patio cojeando, con un dolor evidente.

—¿Qué pasa? —Se frotó los círculos oscuros que tenía bajo los ojos con una mano. No sacó la otra del interior de la túnica.

—¿No duermes suficiente? Es duro estar aquí, ¿eh?

—No me quejo —repuso Carbo secamente.

—Ya lo sé. Sin embargo, la cuestión es que hombres más corpulentos y duros que tú se meten contigo.

A Carbo le brillaban los ojos y sacó la mano que había ocultado dentro de la túnica. Sujetaba un trozo de hierro entre los dedos.

—Al próximo hijo de puta que se me acerque le clavo esto en el pecho.

—Te van a matar, muchacho. —Espartaco se le acercó más—. ¿Por qué no unes tu suerte a la mía?

La desconfianza convirtió las facciones de Carbo en una mueca.

—¿Por qué ibas a pedirme tal cosa?

—Porque necesitamos buenos luchadores. —«Deja que el muchacho disfrute de su orgullo.» Espartaco sonrió irónicamente y se levantó la túnica para enseñarle la marca que le había dejado la espada de Carbo—. Y no cabe duda de que tú lo eres.

Carbo sintió que sus preocupaciones se aligeraban un poco. Al fin y al cabo aquel hombre duro le mostraba cierto respeto.

—Será un placer unirme a ti.

—Bien. Entra en los baños, lávate. Por ahora puedes dormir con Getas y Seuthes. —Notó la suspicacia de Carbo—. Ninguno de los dos te tocará. No son de esos.

Carbo dejó escapar un fuerte suspiro de alivio. Había estado durmiendo,

dormitando, más bien, en la celda de Restio. Aunque el íbero no había intentado agredirle sexualmente, como habían hecho otros, Carbo no se fiaba de él. Tampoco acababa de confiar en Espartaco, pero era la mejor oferta que había recibido hasta el momento.

—Gracias.

Una sonrisa tenue y reservada se dibujó en los labios de Espartaco cuando entraron en los baños. «Otro que entra en el redil.»

—Por todos los dioses, ¡sal de encima de mí! —musitaba Espartaco.

Se despertó con brusquedad y se incorporó de repente. Se quitó de encima la gruesa túnica de lana y la tiró al suelo. No vio nada. Profirió un juramento y se acercó de un salto al otro extremo de la celda, donde comprobó el cesto de mimbre. Estaba bien cerrado. Espartaco soltó otro juramento salvaje.

—¿Qué estás haciendo?

No respondió.

Ariadne abrió primero un ojo y luego el otro. «Cielos, pero qué guapo está desnudo.»

—¿Qué pasa?

—Nada. Duérmete otra vez —masculló él mientras regresaba a su colchón.

La tensión que destilaba su voz la asustó.

—¿Espartaco? —Él se resistía a mirarla—. ¿Ha sido un sueño?

Hizo un leve asentimiento de cabeza.

—¿Una pesadilla? —preguntó ella por intuición.

—Supongo. Probablemente no sea nada.

—Cuéntame. A lo mejor le encuentro una explicación.

Silencio.

Ariadne esperó.

Al final, girando la cabeza, Espartaco la miró a los ojos.

—Estás preocupado.

—Sí, ha sido horrible.

Ariadne arqueó las cejas en una especie de pregunta silenciosa.

—No vas a parar hasta que te enteres, ¿verdad? —preguntó—. Estoy empezando a conocerte.

—Ah, ¿sí? —La sonrisa de Ariadne se desvaneció en cuanto echó un vistazo al cesto—. Has soñado con una serpiente.

Él le dedicó una mirada de sorpresa.

—Sí.

—¿Qué hacía?

Espartaco se rodeó el cuello y la mandíbula inferior con las manos.

—El puto bicho estaba enrollado aquí. ¡Me miraba a los ojos!

—¿Y has pensado que era mi serpiente?

—¿Has olvidado lo que pasó la otra noche? —preguntó molesto—. Ojalá se hubiera escapado también esta vez. —Hizo un gesto obsceno hacia el cesto.

—Odias al animal —dijo Ariadne con tranquilidad—. ¿Por qué demonios iba a rodearte el cuello?

—Porque entonces mi sueño no habría significado nada. Ahora… siento todo esto como un mal augurio. Un mensaje de los dioses. Y no es que lo celebre… —Espartaco hizo la señal que servía para ahuyentar al demonio.

—¿Qué más recuerdas? —Ariadne mantuvo un tono de voz tranquilo, pero en el interior el corazón le latía a toda velocidad. «Esto no pinta bien.»

—¿Eh? —Volvió a enfocar sus ojos grises—. Estaba en un lugar desolado, con apenas unas rocas alrededor. Podía ser la cima de una montaña.

—¿Por qué lo dices?

—No veía más que el cielo a mi alrededor y el aire estaba enrarecido, como ocurre en las alturas.

—¿Yo estaba contigo? ¿O Getas y Seuthes?

Frunció el ceño, concentrado.

—No, estaba solo.

—¿Algo más?

Se produjo una pequeña pausa.

—Llevaba una espada.

—¿De qué tipo?

Los dedos de la mano derecha de Espartaco se cerraron y abrieron después.

—Era una *sica*.

—¿Estás seguro? —preguntó Ariadne.

Espartaco asintió.

«La única posibilidad es que los dioses me hayan enviado esta visión.» Ariadne se levantó del colchón sin mediar palabra. Se puso la túnica. Se acercó al lugar donde estaban sus estatuillas de Dioniso y se arrodilló. Empezó a mover los labios para hacer una súplica en silencio. «Me he puesto como siempre a tus órdenes, Oh, Grande. Te pido una explicación del sueño de mi esposo.» No recibió una respuesta inmediata, lo cual no le sorprendió ni preocupó. Empezó a respirar hondo a fin de prepararse para entrar en estado de trance, lo cual a menudo le ayudaba a desentrañar los misterios.

Espartaco la observaba con una mezcla de veneración y suspicacia. Había colocado su única lámpara de aceite entre dos tallas diminutas. Ambas representaban a Dioniso. Una lo mostraba como un joven imberbe medio vestido rodeado de ménades alborozadas, sus seguidoras, que alzaban las manos hacia él a modo de

ofrenda. La segunda estatuilla estaba formada por dos figuras, la primera una deidad madura con barba, vestida con una túnica larga y con una capa de piel de cervatillo sobre los hombros. La hiedra le recorría todo el cuerpo. La mano derecha de Dioniso sujetaba la de la otra figura, un anciano majestuoso con un cetro en la mano izquierda. «Hades.»

Espartaco se estremeció. Habría preferido que en sus aposentos no hubiera una representación del dios del Hades. Toleraba a las ménades ofreciendo a Dioniso carne cruda de animal para comer, pero ver a Hades siempre le inquietaba. Sin embargo, tenía que respetar los métodos de Ariadne. Sus costumbres. Formaba parte de su esencia. Como siempre, Espartaco le rezó no a Dioniso, sino a su deidad preferida, el Jinete. Acabó con su plegaria y la observó en respetuoso silencio.

El tiempo iba transcurriendo.

Espartaco sabía que no debía interrumpir a Ariadne. Se quedó ensimismado preguntándose por el posible significado del sueño. Notó con cierta lejanía que Phortis abría la puerta con llave y lanzaba sus típicas pullas. Al final, advirtió la mirada de Ariadne posada en él, aunque no sabía desde cuándo.

—¿Has comprendido algo que explique lo que he visto?

Ella negó con la cabeza apesadumbrada. «Tampoco se me ocurre nada positivo que decir.»

—Entiendo. —A Espartaco volvió a afectarle el horror que había sentido mientras la serpiente se le enrollaba alrededor del cuello. Un instante antes, el estómago le gruñía, pero ahora lo notaba como un charco de ácido ardiente. «O sea que acabaré mis días aquí, como juguete para los romanos.» Con un suspiro, se enfundó la ropa interior y la túnica y, encima, una capa de punto grueso marrón—. ¿Vienes? —preguntó sin mirarla.

—Espartaco.

Miró a Ariadne arrastrando la vista hacia arriba.

—Intenta no preocuparte. Quizá se revele más adelante. —«Gran Dioniso, no me falles. Te lo suplico.»

—O quizá no —replicó él con amargura—. Pueden matarme en cualquier momento.

Ella retrocedió como si la hubieran pinchado. «No permitas que el sueño sea sobre eso. No puede ser que su vida esté a punto de acabarse, ¿no?»

—Lo siento —dijo Espartaco, que sintió remordimientos al instante. No había necesidad de recordarle los peligros a los que se enfrentaba.

—Yo también. —Espartaco hizo ademán de acercarse a ella, pero, como siempre, Ariadne se lo impidió levantando la mano—. Déjame. Tengo que volver a intentar comunicarme con el dios.

—¿Tan temprano? —protestó Espartaco—. ¿No resulta demasiado agotador?

—Eso ya lo decido yo. —La respuesta sonó mucho más severa de lo que Ariadne habría querido, pero necesitaba mantener el control. «Tengo que descubrir algo positivo para animarle.»

Espartaco inclinó la cabeza y ocultó su preocupación. «Que se apañe ella. No soy su dueño. Piensa en las horas que tienes por delante», se dijo. Convenciéndose de que cuando llegara el atardecer ya habría olvidado la pesadilla, Espartaco se encaminó a la puerta. Al igual que los demás días desde su captura, aquel no era sino otro más que soportar.

No obstante, Ariadne mantuvo una expresión preocupada hasta mucho después de que él cerrara la puerta tras de sí.

Al final de la jornada Espartaco todavía no había olvidado a la serpiente, pero había conseguido no obsesionarse con el tema. En buena medida Amarantus había sido el culpable, porque les había dejado molido a él y a los otros tres. El galo había dejado de tratarlos como principiantes y se había dedicado a mejorar si cabía su buena forma física. Para cuando el sol se ocultó por el horizonte, Amarantus dio por concluido el ejercicio. Les había empezado a hablar de trucos de gladiadores, consejos desconocidos en su mayoría para un soldado. «Cuando estéis a punto de luchar, id enseguida al soporte de las armas. Las mejores hojas son las primeras en desaparecer. Una vez en la arena, manteneos de espaldas al sol para que no os ciegue. Haced caso omiso de los insultos que os dedique la muchedumbre, pero reaccionad a las alabanzas y ánimos. Intentad obtener el apoyo de los espectadores. Realizad movimientos llamativos durante el combate si podéis. Herir levemente al contrincante sienta de maravilla.»

A Espartaco le dolía oír todo aquello, pero escuchaba con atención. Amarantus no había llegado precisamente a donde estaba por ser imbécil.

Sin embargo, a Getas le sentó mucho peor.

—¿Por qué tengo que intentar entretener a esos hijos de puta? —preguntó—. Vendrán a verme luchar y morir, nada más.

Amarantus esbozó una sonrisa hastiada.

—Recordad que vuestra supervivencia no solo depende de la buena voluntad del *editor* —advirtió—. Los hombres que organizan estas luchas también intentan satisfacer al público. Si los contrariáis y luego tenéis la mala suerte de perder, no os extrañe que pidan vuestra muerte. *Iugula!* —Imitando el gesto que significaba la muerte para el gladiador vencido, se clavó un pulgar rígido en el cuello. Espartaco parpadeó e imaginó el dolor que le produciría una serpiente al morderle allí—. Mientras que si les caéis bien, harán lo contrario. —Amarantus se levantó el extremo de la túnica y la ondeó hacia el anfiteatro, como si quisiera llamar la atención de Batiatus—. *Mitte!* ¡Dejadlo marchar!

—Cabrones romanos —masculló Getas, fulminándolo con la mirada.

—Haced lo que queráis, allá vosotros —dijo Amarantus encogiéndose de hombros.

—Así es ahora la vida. Si quieres sobrevivir, haz caso —susurró Espartaco—. Piensa en lo estúpido que sería morir por negarse a seguir un consejo. Sería como no planificar la táctica antes de librar una batalla.

Getas le dedicó un asentimiento airado y tenso.

La clase de Amarantus terminó poco después y los despidió. Otros entrenadores hacían lo mismo. Por todo el patio, los hombres se quitaban los cascos empapados de sudor, bebían de los odres de agua y hacían estiramientos para relajar los músculos cansados. El ambiente se llenó de bromas frívolas, alardes e historias inventadas. Un vendedor de comida ambulante al que habían permitido la entrada fue abriéndose paso entre los gladiadores, anunciando salchichas picantes, trozos de carne asada y panecillos de pan recién hecho. Ya había cola para los baños. Era el momento más tranquilo del día, cuando Phortis no estaba o estaba encerrado con Batiatus, hablando de negocios. Hasta los guardas estaban más relajados, hablando en grupos de dos o tres en el anfiteatro.

Durante este rato otro grupo de tracios se acercó a Espartaco. Él y sus compañeros se prepararon inmediatamente para una pelea. Sin embargo, en vez de pelear los guerreros dijeron que querían aliarse con él. Satisfecho, Espartaco aceptó. Ahora podía contar con casi treinta hombres. No eran tantos luchadores como los que seguían a Oenomaus, pero se acercaba al número de otras facciones del *ludus*. Espartaco lanzó una mirada al patio y vio a otros gladiadores que lo fulminaban, claramente descontentos por el hecho de que fuera reforzando su posición. A Crixus en concreto se le veía de lo más contrariado. «No puedo bajar la guardia ni lo más mínimo», pensó Espartaco. A pesar de que contara con más seguidores, no sería tan difícil acabar con él.

Molesto por el hecho de que el buen humor no le durara, Espartaco se encaminó a su celda. La expresión cautelosa de Ariadne le asaltó en cuanto entró.

—He pasado todo el día intentándolo. No he visto nada —reconoció ella con voz queda—. Lo siento.

Espartaco intentó quitarse de la cabeza las imágenes de la serpiente alrededor de su cuello y asintió.

—Gracias por intentarlo. —«No me dejes, Gran Jinete.»

Una tarde, después de concluido el entrenamiento, Carbo se dirigió a la celda que compartía con Getas y Seuthes. Los ejercicios de la jornada habían sido especialmente duros y lo único que le apetecía era echarse un rato. Los dos tracios estaban muy ocupados hablando de Espartaco, pero a Carbo no le incomodaba entrar

en la celda. Todos los luchadores del *ludus* sabían a qué facción pertenecía y lo dejaban en paz. Pelearse con él significaba meterse con todos los partidarios de Espartaco. Se sentía inmensamente agradecido por la seguridad que le aportaba, sin la cual seguramente lo habrían violado varias veces. Se secó el sudor de la frente y se desplomó en el relleno de paja que formaba su camastro. En otro tiempo, Carbo habría desdeñado una cama tan áspera, pero ahora le parecía el súmmum del lujo. Cerró los ojos y enseguida se durmió.

Al cabo de un rato le despertó un sonido. Se incorporó de golpe e hizo ademán de coger el trozo de hierro que le servía de arma para defenderse. Sin embargo, en vez de un personaje amenazador, encontró a una joven esclava con un balde en la puerta. Esta se llevó la mano libre a la boca.

—Lo-lo siento. He venido a llevarme los orinales. Pensaba que no había nadie. —Agachó la cabeza e hizo ademán de marcharse.

—Espera.

Ella lo miró con timidez. A Carbo le sorprendió que no reaccionara ante su rostro marcado. Observó sus facciones con gran interés.

—¿Eres griega?

Ella asintió.

Las mujeres griegas solían llevar el pelo recogido. Aquella chica no. Llevaba una larga melena negra suelta hasta los hombros, enmarcándole la cara y ocultándola del mundo. Era deslumbrante y poseía un rostro redondo de facciones delicadas. Sus temerosos ojos pardos le observaban desde debajo de unas cejas ligeramente arqueadas. La nariz no era tan recta como suelen tenerla los griegos y le pareció adivinar una peca en su mejilla izquierda. A Carbo le palpitó la entrepierna cuando bajó la mirada todavía más y se fijó en sus pechos generosos bajo el tejido basto del vestido.

—No te había visto antes. ¿Hace mucho que estás aquí?

—No. Solo hace dos días.

—Ah, por eso no te había visto.

La joven alzó la vista hacia él.

—Sé quién eres.

—Ah, ¿sí?

—Eres Carbo, el *auctoratus*. Uno de los hombres de Espartaco.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros con indiferencia.

—Todo el mundo te conoce.

Carbo se sintió orgulloso. Le parecía sumamente atractiva.

—¿Cómo te llamas?

—Chloris.

—Hablas bien latín —dijo él con cierta torpeza.

—Sí. Tenía un tutor privado… —vaciló antes de añadir—: antes.

—¿Antes de que te hicieran esclava?

—Sí. Mi padre era un rico comerciante de Atenas. Después de la muerte de mi madre, empezó a llevarme en sus viajes para comprar artículos. —Sonrió con arrepentimiento y pesar—. Pero se podría haber ahorrado el último.

—¿Piratas?

Chloris hizo una mueca.

—Sí, a papá lo mataron en el ataque inicial y a mí me hicieron prisionera. Me vendieron en Delfos a un tratante de esclavos romano, que me llevó a Capua, donde Phortis me compró.

Carbo meneó la cabeza ante la naturaleza azarosa de la vida.

—En otra vida quizá nos hubiéramos conocido en sociedad, cuando visitabas Italia.

—¡Chloris!

Se sobresaltó al oír la llamada.

—Mejor me marcho.

—¿Quién te llama?

—Amatokos. Es uno de los tracios.

—Ya sé quién es. —«Uno de los mejores guerreros de Espartaco»—. ¿Es tu…?

—Sí. Necesito que alguien me proteja aquí.

Carbo frunció el ceño cuando ella se marchó de la celda. Se le habían pasado las ganas de descansar.

7

La pesadilla pasó a formar parte de la vida de Espartaco y se repetía cada semana más o menos. Aunque se esforzaba al máximo por no obsesionarse con ella, era incapaz de apartarla de su mente por completo. Se frustraba al pensar en los posibles significados, pero no volvió a preguntar a Ariadne al respecto. Había llegado a la conclusión de que probablemente se refiriera a su muerte en la arena. Frustrado por su impotencia para cambiar ese destino, hizo todo lo posible por desterrar sus preocupaciones. Ariadne sabía que Espartaco seguía teniendo el sueño, pues la despertaba cada vez con sus movimientos bruscos. La situación se había complicado por el hecho de que él se había tomado su caricia tranquilizadora de una noche por lo que no era y había intentado seducirla. Ariadne se había apartado de él con tanta brusquedad como si le hubiera echado un jarro de agua hirviendo encima. La disculpa inmediata de Espartaco no había producido más que una maldición discreta. Había tardado varios días en deshacer su frígida desaprobación. Él no había vuelto a intentarlo. Sus recuerdos de las violaciones de su época con las legiones eran demasiado oscuros, demasiado asalvajados. Si Ariadne no accedía a mantener relaciones sexuales con él, pues nada. Sin embargo, el yugo de su libido insatisfecha resultaba menos perturbador que el sueño en el que aparecía la serpiente. No obstante, no tenía la menor intención de hacer algo al respecto. Si Ariadne le encontraba alguna explicación, ya se lo diría. Irritado al pensar que ambas vías parecían ser un callejón sin salida, Espartaco continuó con su vida habitual. Se entrenaba con dureza. Estrechaba el vínculo con sus seguidores. Existía.

La tónica de su realidad a lo largo de los siguientes meses se mantuvo sin cambios. Pesadillas. Entrenamiento. Reclutar hombres para su causa. Peleas. Presionado por Phortis, Amarantus empezó a presentarlo en combates únicos en la arena local. Ganó sus primeras peleas con facilidad y el galo respondió presentándolo contra oponentes más expertos, que solían proceder de los *ludi* de Roma. Espartaco también los venció y con cada victoria fue aprendiendo a ganarse la aprobación del público en cuanto entraba en el círculo de arena, el mundo del gladiador. Gracias a ello también aumentó el número de sus seguidores en el *ludus*. Los esfuerzos de Ariadne también ayudaron a aumentar su prestigio. Empezó a aceptar ofrendas de Dioniso y a hacer peticiones al dios en nombre de un buen número de reclusos de la escuela.

Los éxitos de Espartaco implicaron que acabaran obligándole a luchar en un combate a muerte. Su contrincante era un germano fornido que pertenecía a otro *lanista*. La lucha había sido encarnizada, pero Espartaco había vencido. Su recuerdo más destacado del episodio no era haber clavado la espada en el cuello de su oponente, sino el rugido sanguinario del público que había ido a continuación. Si bien

conocía de primera mano el subidón de adrenalina que producía matar a un hombre y a una parte primitiva de él le regocijaba esa sensación, a Espartaco le desagradaba la forma en que personas diversas eran capaces de pagar para verle cometer ese acto y disfrutar del espectáculo de forma indirecta. «Que estos hijos de puta bajen a la arena y lo hagan ellos mismos —pensaba con virulencia—. Apuesto a que unos cuantos serían capaces de clavarle la espada a otro.»

No obstante, al comienzo del nuevo año, la opinión de Espartaco sobre el asunto cambiaría, como mínimo sobre un integrante concreto del público.

Por el contrario, la vida de Carbo había mejorado. Había ganado sus dos primeras luchas y, gracias a ello, pequeñas cantidades de dinero que ahorraba en secreto. Aquellos avances le animaban sobremanera. Si los dioses lo mantenían a salvo de las heridas o la muerte, ahorraría hasta que tuviera una cantidad de dinero decente que enviar a su padre. A veces soñaba con vengarse de Craso. Era mera fantasía, pero de todos modos la disfrutaba. La atracción que sentía por Chloris le resultaba más turbadora. No podía evitar desnudarla con la mirada a la menor oportunidad y guardarle rencor a Amatokos, su fornido amante. De todos modos, era habitual que las esclavas del *ludus* se emparejaran con un gladiador. Sin un guardián, eran víctimas de cualquier luchador sediento de sexo. Como era de esperar, a Batiatus le importaban bien poco tales violaciones. Si las mujeres se quedaban embarazadas, al cabo de nueve meses tendría un niño que se criaría como gladiador o una niña que vendería en el mercado de esclavos cuando tuviera edad suficiente. Ser consciente de ello no aliviaba la frustración de Carbo. Había intentado hablar con Chloris, pero Amatokos la tenía bien vigilada y en una ocasión había tenido la fortuna de librarse de una paliza del tracio.

Carbo no estaba del todo seguro, pero había algo en la forma en que Chloris le devolvía las miradas que le indicaba que no perdiera la esperanza. Sin embargo, mientras Amatokos rondaba cerca, no pasaba gran cosa. El guerrero era duro, rápido y había ganado más de una docena de combates en la arena, incluyendo uno a vida o muerte. Lo único que Carbo podía hacer al respecto era aplicarse al máximo en los entrenamientos y rezar a los dioses. A pesar de sus frustraciones, la vida marcial le resultaba gratificante, más, según su convencimiento, de lo que le habría resultado prepararse para ser abogado. Si no podía ser soldado entonces sería gladiador. Y de los realmente buenos.

Una noche, ya tarde, un mensajero fue a ver a Batiatus. Albinus, uno de los políticos de mayor rango de Capua, iba a recibir la visita nada más y nada menos que de Marco Licinio Craso, supuestamente el hombre más rico de Roma. Al parecer,

Craso había mostrado interés por visitar el *ludus* de Batiatus. Deseoso de impresionar, Albinus había ofrecido una gran cantidad de dinero al *lanista* para organizar un combate especial en la escuela durante la visita de Craso. Se rumoreaba que sería un combate a muerte. Como es natural, ambos gladiadores procederían de la misma escuela. A la mañana siguiente todos los rincones del patio se llenaron de corrillos de luchadores ansiosos que murmuraban. La misma pregunta estaba en boca de todos: ¿quiénes serían los dos hombres?

Batiatus, Phortis y los entrenadores más antiguos se pasearon por el patio mientras los gladiadores desayunaban. La mayoría de los hombres picoteaban malhumorados las gachas mientras lanzaban miradas furtivas al grupo. Espartaco se propuso dejar su cuenco bien limpio mientras mantenía una conversación en voz alta con Getas, Seuthes y Carbo. Entre las miradas ocasionales que lanzaba por encima del hombro, Espartaco miró al joven romano de reojo. Bajo su protección, Carbo había recuperado las ganas de vivir. Se estaba convirtiendo en un luchador habilidoso. Además parecía leal. «Qué curioso que un romano me siga.»

—¿De verdad crees que Craso va a venir aquí? —preguntó Carbo.

—Eso parece —repuso Espartaco.

Carbo lanzó un juramento.

—Me encantaría tener la ocasión de estar a solas con él.

—¿Qué más te da ese tío? ¿Lo conoces?

—No. —Rápidamente Carbo le contó la historia.

—No me extraña que tengas ganas de darle una buena paliza. —Espartaco pensó en Kotys. «Lo que yo te haría, hijo de puta…»

Carbo exhaló un suspiro.

—Pero nunca tendré la oportunidad de vengarme.

—Pues no —masculló Espartaco. «Ni yo tampoco»—. Vete acostumbrando.

Al captar el tono seco de la voz del tracio, Carbo se quedó callado. «De todos modos me gustaría darle una buena paliza a Craso.»

Phortis empezó a decir nombres. Espartaco se dio cuenta de que no llamaba a ningún novato. Aquel combate tenía que impresionar y por consiguiente era preferible recurrir a gladiadores expertos. El capuano no tardó en escoger a cinco hombres: dos germanos, un par de tracios y un galo. Espartaco también vio que los luchadores de mayor éxito, tipos como Oenomaus y Crixus, no entraban en la selección. Batiatus quería dar un buen espectáculo, pero no tenía intención de perder a uno de sus mejores gladiadores. Espartaco se preguntó si él entraba ya en esa categoría. Su trayectoria no podía compararse ni por asomo con la de alguien como Crixus, con más de treinta victorias en su haber.

Los elegidos se situaron con cara entristecida cerca de Batiatus y Phortis.

—¿Son suficientes, señor?

Batiatus se frotó el mentón.

—No, quiero uno más.

Espartaco se puso tenso. Notaba que Phortis lo perforaba con la mirada.

—¡Espartaco!

Miró a Getas a los ojos y luego a Seuthes. Los dos abrieron y cerraron la boca, como peces fuera del agua. Carbo, además, parecía afligido.

—¡Espartaco! ¡Ven aquí!

Se acercó dando grandes zancadas a donde estaban los otros cinco luchadores. No miró a ninguno.

Batiatus se acercó con Phortis a su derecha y los entrenadores a unos pasos por detrás.

—Habladme de cada uno de ellos.

Los entrenadores informaron al *lanista*. Phortis soltaba un comentario de vez en cuando. El resto de los luchadores les observaban desde los bancos, entre los que Crixus ocupaba una posición destacada.

—Este no luchará bien. Carece de la seguridad suficiente —sentenció Batiatus, rechazando al galo.

Aliviado, el hombre regresó corriendo a la seguridad de sus compañeros.

También dejaron marchar a otros dos, de forma que solo quedaron el fornido germano, un tracio de pelo negro y Espartaco, el último candidato. La tensión aumentó de forma considerable y los tres intercambiaron miradas de desconfianza. A Espartaco se le atenazaron los músculos de la mandíbula. El germano era una opción difícil. Espartaco le había visto entrenar y había oído hablar de una pelea en la que había derrotado a un galo mucho más experto de otro *ludus*.

Batiatus iba de un lado a otro sopesando al trío.

—Seguid dándome información —ordenó.

Los entrenadores obedecieron.

Espartaco tenía la vista perdida delante de él. «¿Acaso mi sueño refleja esta situación? —se preguntó—. Respira. Sigue respirando.»

—Un germano y dos tracios —caviló Batiatus—. ¿Por qué será que no me sorprende?

Phortis se rio por lo bajo.

—¿Porque son unos cabrones peleones, señor?

—Probablemente —repuso Batiatus con una sonrisa. Observó al guerrero de pelo negro—. ¿Debería elegirte?

—No, señor —masculló el tracio en latín con un acento muy marcado—. Yo… nuevo recluta. No soy tan bueno… luchador.

—Eso no es lo que me han dicho —replicó Batiatus girándose hacia uno de los entrenadores, que le dedicó un asentimiento vigoroso—. Según parece, eres uno de

los mejores *tirones* que he tenido en años. Además, me he enterado de que tu tribu está enfrentada a los medos, su pueblo. —Movió la cabeza en dirección a Espartaco —. Creo que serías un candidato excelente para este combate. —El tracio no dijo nada y Batiatus sonrió con satisfacción—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Siguió sin haber respuesta y Batiatus lanzó una mirada a Espartaco.

—¿Y tú? ¿Deberías participar?

—No —respondió Espartaco con firmeza.

—¿Por qué no?

—Porque sería un desperdicio absoluto para mi talento, señor.

Batiatus arqueó las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Si mato rápidamente al otro hombre, lo cual es muy probable, habréis perdido a alguno de estos dos excelentes gladiadores. Sin embargo, si se diese la remota posibilidad de que me mataran, nunca tendréis la oportunidad de ver qué tipo de luchador puedo llegar a ser.

—Palabras orgullosas. Palabras seguras —declaró Batiatus—. Pero ¿cómo esperas que me crea que eres capaz de derrotar a alguno de estos dos hombres? Los dos son luchadores valientes y hábiles.

—Lo que creáis es asunto vuestro —repuso Espartaco con expresión acerada—. Pero en mis luchas anteriores para el *ludus*, apenas he encontrado resistencia. — Detrás de Batiatus, pilló a Phortis burlándose de él. Espartaco lo miró con un odio absoluto. «Con la intervención de los dioses, te pillaré algún día, cabrón.»

Batiatus oyó que el capuano se reía burlonamente.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—¡El perro miente, señor! Es un buen gladiador, pero no tiene ni punto de comparación con Crixus, por ejemplo.

—¿Cómo es que estás tan seguro?

—Por su forma de luchar —exclamó Phortis—. Ha ganado todos sus combates, pero no como un campeón.

—Es fácil contenerse. Me he limitado a hacer lo justo para sobrevivir — reconoció Espartaco con sinceridad. Dedicó una mirada desdeñosa al capuano. «¿Por qué iba a emplearme a fondo para un mamón desgraciado como tú?»

A Phortis se le hincharon las venas del cuello.

—Eres un cabrón…

—Basta —dijo Batiatus alzando una mano—. Quizá mienta o quizá no. ¿Por qué iba a extrañar que un hombre en su situación rindiera el mínimo? Probablemente sea la actitud de muchos.

Phortis se sumió en un silencio rabioso, lo cual provocó una débil punzada de satisfacción en Espartaco. El sentimiento se desvaneció cuando Batiatus lo miró a él,

luego al germano y a continuación al tracio moreno y vuelta a empezar. Espartaco no bajó la mirada. A pesar del carácter caprichoso de los dioses, se enfrentaría a su suerte como un hombre. Al mismo tiempo, le costaba no sentir que aquello era lo que auguraba el sueño en el que aparecía la serpiente.

Batiatus se colocó delante del germano, quien, por raro que parezca, no lo miró a la cara. Aquello le bastó al *lanista*.

—¡Lárgate! —bramó—. Cobarde. —Mientras el germano obedecía, Batiatus volvió a centrarse en el tracio moreno—. Tú me valdrás —anunció—. De hecho, creo que serás un adversario digno para Espartaco.

El hombre asintió tembloroso.

Espartaco esperaba que lo desestimara. «El hecho de que la serpiente me rodeara el cuello no implica que no pueda matarla —se dijo—. Sí, necesitaré la ayuda del Jinete, pero no sería imposible.»

—¡Venga! ¡Prepárate! —gruñó Phortis al tracio moreno—. La pelea empieza al mediodía.

Mientras el guerrero se escabullía, la mirada fría de Batiatus regresó a Espartaco.

—Si sobrevives a este combate, más te vale que me impresiones de ahora en adelante. ¡Aquí los holgazanes no tienen cabida! Si no me quedo satisfecho, organizaré una pelea con Crixus. A muerte. Me importa un bledo el dinero que me hayas hecho ganar hasta ahora. ¿Entendido?

—Sí. —No sabía por qué, pero estaba convencido de que la risa burlona que oía era de Crixus.

—¡Pedazo de mierda insolente! Sí, «señor» —gruñó Phortis.

Espartaco apretó los dientes.

—Sí, señor.

—Vale. Ahora lárgate antes de volver a poner a prueba la buena voluntad de Batiatus.

«¿Su buena voluntad?», pensó Espartaco con amargura. De todos modos, mantuvo la boca cerrada. Si se mostraba insolente acabaría llevándose una paliza y era lo último que le faltaba. Tendría que estar en plena forma para derrotar al guerrero moreno.

Poco antes de que Albinus llegara con su prestigioso invitado, los luchadores se vieron obligados a regresar a sus celdas. Aunque a Carbo no le sorprendió —¿para qué dar acceso a la nobleza a casi doscientos hombres peligrosos?— la orden le enfureció. Desde su celda le resultaba imposible causarle algún daño a Craso. A los gladiadores también les sentó mal la orden, pero Phortis ya se esperaba su reacción. Desplegó a todos los guardas armados con arcos y les ordenó que fueran a sus aposentos. Quienes opusieron resistencia se llevaron unos cuantos latigazos. El

capuano se llevó una avalancha de insultos en cuanto cerró celda tras celda. Desde las ventanas le lanzaron de todo: monedas, tazas y lámparas de aceite. Los insultos y el lanzamiento de proyectiles no sirvieron de nada. En un cuarto de hora el patio quedó vacío.

La zona de asientos semicircular que llenaba un extremo del patio parecía inmensa. Tenía capacidad para quinientas personas. Ser los únicos ocupantes reforzaría la desmesura del gesto de Albinus para con su invitado, pensó Carbo. Batiatus sabía cómo organizar un espectáculo a lo grande. Sin embargo, la arena de Capua era todavía más impresionante. El enorme edificio circular estaba construido con grandes losas de piedra, decorado con estatuas de los dioses, aparte de alzarse por encima de las viviendas circundantes. Carbo no sabía cuántos ciudadanos se apiñaban para presenciar los combates de gladiadores, pero debían de rondar varios miles. Durante las frecuentes visitas que había realizado al lugar, Carbo nunca había imaginado que un día acabaría luchando en el círculo de arena del interior. Pero el día se acercaba a toda velocidad. Su período de instrucción ya casi había terminado. Carbo anhelaba que llegara el momento. Su época de *tiro* novato tocaba a su fin.

Poco después aparecieron Espartaco y el tracio moreno. Carbo los observó con detenimiento. Nervioso. Espartaco solo llevaba una greba, mientras que el otro llevaba dos, pero eso tenía poca trascendencia, puesto que la cota de malla y el *scutum* ofrecían mucha más protección que el casco, *manica* y pequeño escudo cuadrado. La pareja intercambió miradas cautelosas mientras los entrenadores respetivos les susurraban al oído. Phortis se quedó en segundo plano, observando. No había ni rastro de Batiatus. No iba a aparecer hasta que llegaran las visitas importantes.

A Carbo se le revolvió el estómago de la tensión. Desde que Espartaco lo había acogido bajo su ala, había pasado mucho tiempo viéndolo entrenar. Era bueno. Muy bueno. Pero el otro tracio también. Carbo se sintió culpable de que su preocupación se debiera solo en parte a la admiración que sentía por Espartaco. Si el guerrero de pelo negro resultaba victorioso, Carbo tenía muchas posibilidades de perder la protección de la que había disfrutado los meses anteriores. Si ocurría eso, su vida resultaría tan peligrosa como si estuviera en la arena. Carbo no tenía ningunas ganas de regresar a la vida que había soportado durante la época oscura de sus inicios en el *ludus*. Espartaco tenía que ganar.

Batiatus apareció en cuanto llegaron Albinus y su grupo. Vestía su mejor toga y llevaba aceite en el pelo. El recibimiento empalagoso y prolijo en halagos que les dedicó repugnó a Espartaco. Observó con detenimiento a Albinus, un hombre robusto y pagado de sí mismo con aire pretencioso, y su invitado, Craso, que era tan ancho de hombros como gordo su anfitrión. El rostro bien parecido de Craso poseía una

expresión ligeramente altanera. Tomó asiento en el centro de la primera fila, el lugar de mayor prestigio, con escasa elegancia, quejándose de lo dura que estaba la piedra. Batiatus se disculpó y le susurró una orden a Phortis, que regresó al cabo de un momento con un cojín mullido, lo cual pareció apaciguar un poco a Craso. Se sentó con una mueca en los labios. Albinus ocupó un asiento a su lado con expresión preocupada. Batiatus se sentó con ellos, mientras que el resto del grupo —oficiales de bajo rango y guardaespaldas— fue a sentarse en la hilera de asientos de la parte superior.

A Carbo le resultaba imposible apartar la mirada de Craso. «Se le ve tan arrogante como imaginaba. Gilipollas.»

Espartaco también lo observaba. «Da la impresión de que el hijo de puta lleva una semana sin cagar.» Apartó la mirada antes de que el político se percatara. «No pierdas la concentración. Mantén la calma.» Espartaco recordó que la expresión gélida de Ariadne se había desvanecido en cuanto se enteró de que lo habían elegido para ese combate. Recordó lo que le había dicho. Se aferraba a ello. «Esto no es lo que sale en tu sueño. No puede ser.»

Como no era un *munus* organizado, no se daba la pompa habitual del espectáculo público. Ningún grupo de trompetistas recorrió la arena tocando a pleno pulmón. Ninguna plataforma portada por esclavos con estatuas pintadas de los dioses que se honraban ese día. Ninguna procesión de los premios en juego para los vencedores: hojas de palma y bolsas de cuero llenas de dinero portadas en bandejas de plata. Cuando Espartaco y su contrincante recorrieron, armados hasta los dientes, la distancia que los separaba de Batiatus y los demás para situarse ante ellos sonó una trompeta solitaria.

En opinión de Carbo, aquello hacía que el combate fuera más ordinario, pero mucho más escalofriante.

Entonces fue cuando Batiatus demostró su valía. Se deshizo en elogios acerca del tracio moreno. Se explayó en sus victorias hasta el momento. Cuando recibió una señal de Phortis, el tracio alzó los brazos y giró en círculo para que Albinus y Craso admiraran su físico musculoso. El *lanista* hizo lo mismo con Espartaco.

Los gladiadores silbaban y aclamaban a ambos hombres a voz en grito. El ruido fue convirtiéndose en un crescendo ensordecedor que llenó el *ludus*.

A Ariadne, que observaba desde la celda, le costaba respirar. Tenía que reconocer que admiraba el cuerpo de Espartaco, pero aquella era la última situación en la que le habría apetecido verlo exhibido. «¿Lo preferirías entonces en tu cama?» Apartó ese pensamiento inquietante de su mente.

Una vez terminados los preliminares, Phortis salió a la arena. Actuaría de *summa rudis*, el árbitro de la contienda. Ordenó a los dos luchadores que se colocaran a quince pasos de distancia antes de mirar a Batiatus. El *lanista* asintió y Phortis señaló

al trompetista. Sonó una serie corta de notas y el capuano se quitó de en medio.

Espartaco no embistió a toda mecha como había hecho en el combate contra Carbo, sino que se deslizó hacia el guerrero descalzo y en silencio por la arena. Su contrincante hizo lo mismo moviéndose como si fuera un bailarín. Espartaco no estaba en absoluto preparado para la velocidad y habilidad del guerrero. Cuando estaba a menos de media docena de pasos de distancia, echó a correr. Abalanzándose hacia delante como un lobo encima de un ciervo, intentó clavarle la *sica* a Espartaco directamente en la cara. Espartaco no tuvo tiempo de alzar el *scutum*. Echó la cabeza a un lado a la desesperada. La hoja del guerrero le pasó silbando por el lado y no le dio en la mejilla izquierda por muy poco.

Espartaco profirió un rugido de ira, pero su contrincante ya se había escabullido y había aprovechado el impulso para apartarse con destreza. El movimiento hizo que el guerrero se le colocara detrás. Espartaco se giró para repeler el siguiente ataque, otra cuchillada maliciosa en la cara, que consiguió desviar con el *scutum*. Su estocada de contragolpe, una embestida que habría atravesado al guerrero, no encontró más que aire. Se separaron el uno del otro entre jadeos.

Craso se inclinó para susurrar al oído de Albinus. Cuando hubo terminado, el político corpulento dedicó un asentimiento de satisfacción a Batiatus.

—Un comienzo impresionante.

—Gracias, señor —dijo con excesivo entusiasmo.

Abajo en la arena y ajenos a su público, Espartaco y el guerrero se movían en círculo el uno frente al otro.

De repente Espartaco lanzó un ataque furibundo a su oponente. Empleando una técnica de dos a uno de empujar hacia delante el tachón del escudo seguido de una estocada brutal con el *gladius*, hizo que el guerrero retrocediera por la arena. Su contrincante no tenía más opción que retirarse. Nadie era capaz de soportar un ataque tan arrollador. La táctica de Espartaco funcionó. Acto seguido, el guerrero resbaló, se tambaleó hacia atrás y cayó de culo.

Espartaco gritó triunfante. Echó el *gladius* hacia atrás y se preparó para atravesar al guerrero indefenso. No pensó en Batiatus ni en Craso ni en si querían que matara al otro tan rápido. Se había puesto en situación de batalla y lo único que importaba era aniquilar al enemigo lo antes posible.

Pero la pelea no había terminado.

Desesperado, el guerrero alzó el brazo izquierdo. Balanceando el escudo como si fuera un disco, golpeó a Espartaco en la rodilla derecha con el borde de metal.

El impacto hizo que Espartaco se tambaleara. Rugiendo de dolor, dejó caer el extremo de la espada, lo cual dio una oportunidad a su contrincante. El guerrero se apartó rodando y se puso en pie para contratacar rápidamente, una serie de cuchilladas dirigidas implacablemente al rostro de Espartaco. Lo único que podía

hacer era levantar el *scutum* y desviar los golpes del otro. Y entonces el guerrero cambió de táctica. Girando con la elegancia de una ménade exaltada, volvió a situarse detrás de Espartaco. Con una habilidad consumada, dibujó rápidamente un arco descendente con la *sica* en la parte posterior del brazo con el que Espartaco sostenía el escudo. La sangre salpicó por todas partes. El aullido que Espartaco profirió como respuesta fue una combinación de sorpresa, dolor y rabia.

Albinus y Craso exclamaron admirados.

—*Iugula! Iugula!* —gritaron muchos de los gladiadores.

Ariadne cerró los ojos, pero el grito sanguinario seguía resonándole en los oídos. Se armó de valor y volvió a mirar hacia la arena. «Dioniso, no le abandones.»

«Por todos los dioses, no puede acabar así», pensó Carbo, elevando plegarias desesperadas.

Una sonrisa feroz retorció las facciones del guerrero moreno cuando volvió a cercarle. Espartaco le gruñó para hacerle saber que todavía le quedaban fuerzas. Su contrincante inició un nuevo ataque, lanzando estocadas con la *sica* igual que un niño que intenta pinchar un cangrejo con un palo. No le costó demasiado parar las réplicas de Espartaco con el escudo.

«Qué listo el cabrón —pensó Espartaco—. Intenta calibrar la fuerza que me queda en el brazo herido.» Lo retorció para ver y se dio cuenta de que era una herida larga y superficial. No daba la impresión de que le hubiera cortado ningún músculo o tendón, pero de todos modos le costaba soportar el peso del *scutum*.

Justo cuando Espartaco alzó la vista, la hoja del guerrero le entró con un silbido. Se apartó rápidamente, pero aun así se llevó un corte feo en la mejilla derecha. Dejó escapar un quejido involuntario de dolor. «¡Jinete, ayúdame! Me falta poco para perder.»

Quedaba claro que el guerrero opinaba lo mismo. Una tenue sonrisa asomó a sus labios. Lo único que tenía que hacer era mantenerse fuera de su alcance y seguir erosionándole.

Espartaco maldijo en silencio. Su contrincante era astuto. Por culpa de la herida del brazo, no le costaría demasiado agotarlo. Pero todavía no estaba acabado. Su vida no pendía de un hilo. No, teniendo a Ariadne a su cargo.

Profiriendo un grito de guerra desgarrador, Espartaco se abalanzó hacia delante. Con un esfuerzo mayúsculo, mantuvo el *scutum* en alto. Lanzó estocadas continuas con el *gladius* al guerrero, que se defendía a la desesperada con su pequeño escudo. Era un plan arriesgado, pero a Espartaco no tardarían en fallarle las fuerzas.

Cuando su espada chocó contra el escudo del guerrero por séptima u octava vez, la hoja atravesó el revestimiento de cuero. Astilló la madera de debajo y salió por el otro lado. El guerrero se quedó boquiabierto y le sorprendió que no le hubiera alcanzado. Retrocedió un paso y Espartaco vio una oportunidad de oro. Extrajo el

arma y volvió a clavarla en el escudo del otro. Una y otra vez. Al cabo de unos segundos se partió y el guerrero se vio obligado a descartarlo. Siguió retrocediendo con aspecto asustado.

Espartaco tuvo que parar un momento para recobrar el aliento. Sentía oleadas de dolor en el brazo que se extendían por el hombro y más allá. Ya no era capaz de sostener el *scutum* en alto para protegerse el cuello. Sin embargo, no podía detener el ataque. Apretando la mandíbula, embistió al guerrero como un animal salvaje. Las estocadas que lanzaba con el *gladius* eran tan encarnizadas que su oponente no tuvo oportunidad de atacarle en el cuello. Precisó de toda su habilidad para esquivar la hoja larga de hierro de Espartaco.

Por suerte, la buena suerte del guerrero se acabó antes de que a Espartaco le fallaran las fuerzas. Su espada entró por el costado del luchador de pelo negro, por los músculos tensos de la zona y salió ensangrentada por el otro lado. Se oyó un sonido húmedo y susurrante cuando Espartaco extrajo el *gladius*, y el guerrero gritó por el intenso dolor que le produjo. Con la herida sangrante, se tambaleó con la *sica* colgando entre sus dedos flojos. Cuando Espartaco le siguió, opuso poca resistencia. Dos reveses fortísimos y el guerrero soltó el arma. Espartaco avanzó con dificultad y apartó al otro de la espada curvada, su única posibilidad de salvación.

Así el guerrero quedó desarmado y con la *manica* de su mano derecha como única defensa. De los dos, él era quien estaba herido de mayor gravedad y por consiguiente estaba desesperado por recuperar la *sica*. Sin embargo, Espartaco respondió a todo intento con una furia desbocada y el guerrero iba debilitándose a pasos agigantados. Espartaco no esperó. Juguetear con un contrincante quizá fuera del gusto de algunos, pero no era su estilo. La pelea se había prolongado lo suficiente. Necesitaba que le curaran la herida del brazo. Había llegado el momento de acabar.

Presionando el tachón del escudo contra el pecho del otro, Espartaco le clavó la espada en el muslo izquierdo. Cuando deslizó la hoja hacia fuera, el guerrero gimoteó y se desplomó en la arena. No hizo ningún intento de levantarse.

Un fuerte rugido que demostraba la aprobación de los gladiadores emergió de la mayoría de las celdas.

Ariadne cerró los ojos y se apoyó aliviada en los barrotes de la ventana.

«Gracias a todos los dioses», pensó Carbo.

Bajando la mirada hacia su contrincante, indefenso y ensangrentado, Espartaco sintió frío en lo más profundo de su ser. El guerrero era uno de los suyos y estaba a punto de matarlo, por orden de quienes odiaba. Romanos. «En este momento, así tiene que ser», se dijo enfurecido. Lanzó una mirada a Batiatus, que se giró con expresión inquisitiva hacia Albinus y Craso.

—¿Seguís deseando que sea un combate a muerte?

—¿Acaso he dicho lo contrario? —replicó Craso con sarcasmo.

Batiatus se sonrojó.

—No.

—Entonces el perdedor debe morir.

—Será lo que diga mi venerado invitado —dijo Albinus en tono grandilocuente —. Además por eso pagué una fortuna —añadió en voz baja.

—Por supuesto, señor. —Batiatus enseguida recobró la compostura—. Será un honor preguntar a Craso si desea hacer el gesto.

Craso movió la lengua por encima de los labios como si fuera una serpiente.

—Muy bien. —Mirando a Espartaco, clavó el pulgar de la mano derecha en su propio cuello—. *Iugula!* —ordenó.

Los gladiadores encarcelados enseguida repitieron el grito. Martilleaban con los pies el suelo de las celdas. Golpeaban los barrotes de las ventanas con cucharas. El estruendo era ensordecedor. A Espartaco no le sorprendió que los reclusos del *ludus* se alegraran de su victoria. Su ansia de sangre se había exacerbado por la intensidad del combate y ahora el guerrero moreno tenía que llevarse su merecido. Igual que le habría pasado a él si la situación hubiera sido a la inversa.

—Levántate —ordenó.

El luchador de pelo negro consiguió incorporarse entre gemidos. Toqueteó el nudo, se desató el barboquejo y se quitó el casco. Cayó al suelo inadvertido. Con otro esfuerzo logró ponerse de rodillas. Espartaco inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Has luchado bien. El combate ha estado muy igualado. Pero el Jinete ha decidido ayudarme a mí y no a ti.

—Es cierto —repuso el guerrero, gimiendo de dolor. Levantó la cabeza para que el cuello quedara bien visible—. Que sea rápido.

—Descuida —prometió Espartaco. Alzó la vista al cielo—. Te ofrezco la vida de este hombre, Gran Jinete.

Sin más dilación, apuntó y clavó el *gladius* en el hueco de la base del cuello del guerrero. El hombre abrió unos ojos como platos por el asombro cuando el hierro afilado se le deslizó por la piel y por los tejidos blandos de debajo. Al cabo de un instante estaba muerto. Como se la había clavado con una fuerza inmensa, la hoja había cortado las arterias principales que pasan por la base del corazón. Con un movimiento fluido, Espartaco extrajo el *gladius*. Un grueso y airoso arco de sangre salió disparado mientras el cadáver del guerrero caía sin fuerzas a un lado. No paró de brotar durante un corto espacio de tiempo y formó una gran mancha roja alrededor del cuerpo inmóvil.

Craso empezó a aplaudir lentamente como muestra de apreciación. Batiatus, Phortis y el resto de los espectadores le siguieron. Igual que los gladiadores, que bramaron y gritaron de placer desde las ventanas de las celdas.

Impertérrito por una vez ante tal ovación, Espartaco bajó la mirada hacia el

cuerpo y la arena escarlata. «Podría haber sido yo perfectamente —pensó—. Y entonces los cabrones romanos le estarían aplaudiendo a él, mientras yo yacería muerto ante ellos. Que les den por saco a todos.»

Alzó la vista al notar el peso de una mirada.

—¡Ven aquí! —indicó Craso.

El tono empleado hizo que a Espartaco se le pusieran blancos los nudillos en la empuñadura del *gladius*.

—¿Yo?

—No voy a estar hablando con él, ¿no? —Craso señaló al guerrero muerto. Lanzó una mirada a Albinus y Batiatus, que se rieron tontamente.

«Cabrón arrogante.» Espartaco dio un paso adelante.

«Venga —pensó Carbo—. ¡Mata a ese hijo de puta!»

—¡Arqueros! —bramó Phortis.

Espartaco se quedó inmóvil. Sin siquiera volver la cabeza, veía cuatro arcos que le apuntaban desde el anfiteatro. Por lo menos habría otros seis o más fuera de su rango de visión. Si Phortis pronunciaba la palabra, lo convertirían en un blanco perfecto. El capuano quería que siguiera caminando, pero Espartaco no se movía. Había cometido un pequeño acto de rebelión, pero se había acabado.

—¡Suelta la espada! —ordenó Phortis.

—¿Qué, esto? —Espartaco alzó el arma. Le satisfacía ver a Batiatus estremeciéndose ligeramente. Ni el capuano ni Craso reaccionaron. Le sorprendía la calma del político.

—Suéltala —gruñó Phortis—. A no ser que quieras morir ahogado por una docena de flechas con lengüeta.

Espartaco abrió la mano y dejó caer el *gladius* ensangrentado a la arena.

—¿Contento?

Phortis estrechó las narinas. Miró a Batiatus, que meneó la cabeza de forma significativa. El capuano se tragó la rabia.

—¡Acércate!

Espartaco obedeció.

—¡Ya basta! —gritó Phortis cuando estuvo a diez pasos de distancia.

«¡Qué los dioses los maldigan a todos! Me tratan como a un animal.» Espartaco no logró evitar fulminar con la mirada a Phortis, que sonreía complacido.

—Luchas bien —dijo Craso—, para ser un salvaje.

—¿Salvaje? —replicó Espartaco.

—Sí.

—En el lugar de donde procedo no obligamos a los hombres a matarse entre sí para entretener a… —Hizo especial hincapié en las últimas palabras— visitantes importantes.

Batiatus se levantó de un salto.

—¿Cómo te atreves? —Movió el brazo con furia para convocar a sus hombres—. ¡Guardas! ¡Quiero que atéis a este hombre al *palus* y le deis cincuenta latigazos!

—Quieto —dijo Craso.

Asombrado, Batiatus lanzó una mirada a su invitado.

—¿Señor?

—Ya has oído lo que he dicho. Al fin y al cabo el esclavo no va tan desencaminado.

Con expresión confundida Batiatus volvió a sentarse.

—Aunque los tracios no organicen luchas de gladiadores, son bárbaros de todos modos. Incluso otros bandidos les consideran bandidos —declaró Craso con petulancia—. Me han contado que cada cinco años la nobleza geta elige a uno de los suyos para que haga de mensajero de los dioses. Lo lanzan al aire para que caiga encima de las lanzas de sus compañeros. —Mientras Batiatus y Albinus chasqueaban la lengua horrorizados, Craso sonreía—. Y a los tribalios les parece normal que los hijos sacrifiquen a sus padres para los dioses. No parecen actos de gente civilizada, ¿no?

Espartaco frunció el ceño.

—¿Me equivoco?

—No —reconoció Espartaco a regañadientes.

—¿Te sorprende cuánto sé sobre los de tu raza?

Espartaco asintió.

—Eres un hombre orgulloso —observó Craso.

Espartaco no respondió.

—¿Te da rabia ser un esclavo? ¿Un gladiador?

—Sí. —Lo dijo antes de poder contenerse—. Por supuesto que sí. —Espartaco fulminó a Phortis con la mirada. El capuano frunció el labio a modo de respuesta—. No debería estar aquí.

—Eso lo dicen todos —intervino Batiatus.

Albinus y Phortis se echaron a reír.

«Hijos de puta», pensó Espartaco.

Craso sonrió educadamente ante el comentario, pero continuó centrado en Espartaco.

—¿Cómo ocurrió?

Espartaco parpadeó de sorpresa ante la pregunta.

—Regresé a mi pueblo después de luchar en las legiones…

—¿Luchaste para Roma?

—Sí. Durante ocho años. Al llegar a casa me enteré de que el legítimo heredero al trono había sido asesinado por el hombre que ahora se hace llamar rey de los medos.

Igual que mi padre. Inmediatamente hice planes para derrocar al usurpador, pero me traicionaron.

—¿Quién?

—Un amigo.

—No me extraña que sientas amargura. ¿Y qué habrías hecho si hubieras conseguido tu propósito?

Espartaco vaciló y miró fijamente a Craso mientras se planteaba si debería callarse. Pero estaba demasiado enfadado para parar.

—Después de matar a Kotys y a sus secuaces, habría hecho planes para volver a liderar a mi tribu contra Roma.

Craso arqueó una ceja.

—¿Y con qué objetivo?

—Expulsar a las legiones de nuestras tierras. Para siempre.

—Para siempre.

—Sí.

—Debes de saber poco sobre Roma y su historia —declaró Craso con expresión divertida—. Aunque lo hubieras conseguido, nuestros ejércitos habrían regresado para vengarse. Lo hacen siempre.

—¿Habéis llevado a los legionarios a la guerra? —preguntó Espartaco.

Por primera vez, la confianza de Craso en sí mismo pareció flaquear.

—No en el extranjero.

—¿Adónde entonces?

—Contra mi propio pueblo, en una guerra civil.

«No me extraña —pensó Carbo con virulencia—, no tienes compasión.»

—¡Y yo que pensaba que era el salvaje! —planteó Espartaco.

—Esto es demasiado —protestó Batiatus.

—¡Cállate! Estoy hablando con este… —Craso vaciló— gladiador. —Y añadió con un susurro—: Al menos no le parece imprescindible lamerme el culo.

Batiatus se sonrojó y apartó la mirada. Detrás de él, Albinus, indignado, carraspeó de forma exagerada.

Alentado por aquella pequeña victoria, Espartaco se aprestó a continuar:

—Habría unificado las tribus. ¿Qué habría hecho Roma al respecto? —Le agradaba ver el rastro de temor en los ojos de Albinus y Batiatus. Phortis estaba furioso, pero no osaba hablar mientras Craso, su superior, tenía la palabra. Un hombre que no mostraba ningún tipo de aprecio por las palabras de Espartaco. «No es soldado de carrera, entonces, pero no le falta valor. Me pregunto si sería capaz de liderar un ejército, como yo.»

—Es muy arriesgado por tu parte que reveles esto. Con una única palabra mía, serías hombre muerto —dijo Craso, haciendo caso omiso de la inquietud de Batiatus.

Espartaco se maldijo en silencio por haber permitido que su ira aflorara tan rápidamente. Bajó la mirada hacia la arena. «Gran Jinete, pido tu ayuda una vez más.»

—Sin embargo, no daré la orden. —Craso inclinó la cabeza hacia el *lanista*, que sonrió agradecido—. ¿Por qué? Porque es más probable que los cielos se desplomen que que lideres un ejército contra Roma. ¡Mírate! ¡Reducido a pelear para entretener al prójimo! —Sonrió con malicia—. Eres poco más que un animal de feria, condenado a realizar el mismo baile primitivo siempre que lo exijamos.

Espartaco bajó la mirada todavía más, como con servilismo. Sin embargo, por dentro bullía de ira.

—Eso es todo lo que soy, sí —dijo. «O eso es lo que te crees. Dame media oportunidad y te demostraré lo contrario.»

Craso se giró, satisfecho.

—Después de tanto derramamiento de sangre, necesito un poco de vino. —Batiatus enseguida intervino para prometer buenas cosechas en el lujo humilde de sus aposentos—. Bien —añadió Craso en voz baja—, si tienes a otros luchadores de calidad parecida podemos hacer negocios. Querría a este tracio, pero necesitaré por lo menos veinte más para mi próximo *munus*.

Espartaco aguzó el oído, pero Phortis se dio cuenta.

—Lárgate. Ve a que te miren esa herida.

Lo último que oyó fue a Batiatus, que decía:

—¿Todos son combates a muerte?

—Por supuesto. Tengo que impresionar al público —vociferó Craso.

Desde la celda, Carbo carraspeó y escupió en dirección a Craso. «Gran Júpiter, pónmelo algún día cara a cara, por favor.»

Espartaco se dirigió a la enfermería arrastrando los pies. Su cabeza era un hervidero. El desprecio de Craso había puesto de manifiesto más que nunca la insignificancia de su existencia. Si pronto le iban a obligar a luchar otra vez a muerte, ¿qué sentido tenía forjarse una posición de respeto e ir sumando seguidores entre los gladiadores del *ludus*? No era más que el juguete de un niño. Un entretenimiento para los romanos.

Le embargó una furia irrefrenable. Espartaco reconoció y apreció aquella emoción volcánica. Así era como se había sentido cabalgando hacia la guerra con los medos contra Roma, hacía muchísimo tiempo. Como se había sentido al conspirar para derrocar a Kotys. Esta vez solo tenía a unos treinta hombres que le seguirían, pero ya no importaba.

Vio la serpiente rodeándole el cuello, pero apartó la imagen de su mente.

Había que hacer algo.

Tenía que liberarse como fuera.

8

En cuanto abrieron con llave las puertas de las celdas, Ariadne corrió al encuentro de Espartaco. Como sombras fieles, Getas y Seuthes le siguieron. Estaban tan preocupados como ella. Ariadne encontró a su esposo en la enfermería, situada al lado del depósito de cadáveres. Intentó no pensar demasiado en el significado de tal proximidad. «Ha ganado. Está vivo. De todos modos, ¿cuánto le durará la suerte? —se preguntó al cabo de un instante—. ¿Qué pasa si su sueño significa que su muerte es inminente?»

Ariadne consiguió esbozar una sonrisa al entrar en la sala encalada, amueblada con varios camastros y una mesa de operaciones llena de manchas de sangre resecas. En una pared había estanterías repletas de una aterradora variedad de sondas, ganchos, depresores y bisturíes. Había frascos azul oscuro de medicinas colocados con esmero en hileras al lado de los instrumentos metálicos.

El médico, un griego encorvado de edad indeterminada, se cernía sobre Espartaco, por lo que no se le veía desde la puerta.

—No te muevas —ordenó, vertiendo el contenido de un frasquito encima del corte—. *Acetum* —dijo con satisfacción mientras Espartaco susurraba de dolor—. Pica como doce avispas.

—Yo diría que como veinte —repuso Espartaco con sarcasmo.

—Pero es excelente para evitar la gangrena y la septicemia —dijo el médico—. Así que vale la pena aguantar el dolor.

—El dolor no es nada —espetó Espartaco—. ¿La herida es grave?

Ariadne se contuvo para no gritar. Se notaba el pulso acelerado en la base de la garganta. «Dioniso, no le abandones», suplicó.

—Déjame ver.

El médico se dispuso a examinar el tajo tras coger una sonda de la bandeja que tenía al lado. Pinchó y presionó y Ariadne vio que Espartaco cerraba con fuerza el puño de la mano que tenía libre. Le dolía el alma verlo así, pero no dijo nada. Estaba demasiado preocupada.

—No es profunda —dictaminó el médico al cabo de un momento—. La hoja ha atravesado la piel y el tejido subcutáneo, pero el músculo de debajo no ha resultado dañado. Tienes suerte. Te cerraré la herida con una hilera de grapas metálicas. Debería cicatrizar en dos semanas. Dentro de un mes podrás volver a luchar.

—Fabuloso —dijo Espartaco lacónicamente—. Batiatus se alegrará.

El cirujano se acercó al estante más próximo y entonces advirtió la presencia de Ariadne.

—Oh, tienes visita.

Ariadne se acercó corriendo. De cerca, la sangre del corte superficial de la mejilla

presentaba un aspecto horrible. Sin darse cuenta ni siquiera, le tocó la cara.

—¿Estás bien?

Él sonrió.

—Pronto lo estaré, sí.

Se miraron de hito en hito y entonces Espartaco le tomó la mano entre la suya.

Ariadne se mordió el labio, pero no se movió. Notó una calidez extraña y placentera en el vientre. Se recuperaría. «Gracias, Dioniso.»

El médico se acercó con un cuenco lleno de grapas metálicas y la magia se desvaneció, como una pluma arrastrada por el viento.

—Luego habrá tiempo de sobra para esto. Lo que necesita ahora es que la herida se cierre antes de que se le infecte. Déjanos tranquilos.

Espartaco hizo una mueca.

—Ya has oído al hombre. Nos vemos dentro de un rato en nuestra celda.

—Sí. —Reacia a perder de vista a Espartaco, Ariadne retrocedió. Permaneció junto a la puerta hasta que el médico le hizo un gesto impaciente para que se marchara. Sintiéndose más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo, Ariadne se encaminó a los baños. Era un buen momento del día para lavarse.

Los gladiadores solían lavarse al caer la tarde, cuando concluía su jornada de trabajo. Getas y Seuthes comprobarían que la zona estaba vacía y entonces podría relajarse. Y pensar en Espartaco, se dijo con una punzada de placer culpable.

Sonrió a los dos tracios cuando desaparecieron en el interior. Por una vez, la vida le sonreía.

—Vas a lavarte para luego celebrar la victoria con un polvo, ¿no?

Ariadne se giró horrorizada y se encontró con Phortis a tres pasos de ella, con media docena de guardas a la espalda. Varios de ellos llevaban trozos de cuerda. El capuano chasqueó los dedos.

—Ya sabéis qué hacer. —Sonriendo ampliamente, los hombres entraron sin contemplaciones en los baños.

Ariadne maldijo demasiado tarde su decisión de no llevar la serpiente. No había pensado ausentarse de la celda más que unos minutos.

—¿Qué-qué estás haciendo? —Recorrió el patio con la mirada, buscando desesperadamente a Carbo o a cualquiera de los tracios que se habían aliado con Espartaco. No vio a ninguno de ellos.

Phortis actuó con rapidez, porque sabía lo que ella estaba haciendo. Se le acercó y le puso la cara delante de las narices. El aliento le apestaba y Ariadne retrocedió.

—Pues nada. Solo quería que pasáramos un ratito juntos sin ese pedazo de mierda que tienes por esposo.

Ariadne intentó apartarse, pero Phortis la inmovilizó contra la pared. Una mano fue directa a su entrepierna. Profiriendo un suspiro lascivo, le tomó el pubis en la

mano ahuecada.

—Divino —le susurró al oído—. Divino.

Ariadne le dio un buen mordisco en el cuello.

Con un grito de dolor salvaje, Phortis se soltó. Ariadne tuvo una breve visión de la sangre que rezumaba de las marcas de los dientes antes de que le propinara un bofetón en la mejilla con todas sus fuerzas. Medio aturdida, notó que las rodillas le fallaban, pero entonces Phortis la rodeó por los hombros y la llevó en volandas al otro lado de la puerta, que cerró de un puntapié.

Con unos ojos que apenas podía enfocar, Ariadne vio a Getas y a Seuthes tumbados y atados el uno junto al otro. Los dos tenían la cara llena de cortes y magulladuras por culpa de la agresión que acababan de sufrir y que los había dejado indefensos. Los guardas lascivos se cernían sobre ellos. «Estaba todo planeado», pensó ella con pesadez. Con estas, Phortis la tiró al suelo. La cabeza le chocó contra el mosaico y otra oleada de dolor le inundó la cabeza. Apenas estaba consciente cuando el capuano le arrancó la ropa y se bajó la ropa interior. Sin embargo, los viejos y terribles recuerdos de su padre volvieron a renacer cuando él se arrodilló y vio su erección palpitante.

—¡No! —masculló Ariadne—. No, por favor.

—Eso significa que sí que quieres, so puta —rugió Phortis—. ¡Sois todas iguales!

—¡No! —repitió, subiendo el tono al máximo. «¡Dioniso, ayúdame!»

—¡Déjala en paz, cabrón! —gritó Getas.

Uno de los guardas le dio una patada en el vientre y Phortis propinó otra bofetada a Ariadne.

Cayó al suelo, incapaz de impedirle que le separara las piernas. Phortis se movió para encorvarse sobre ella, que notó la rigidez de su miembro en la entrepierna.

—Llevo esperando este momento desde que te puse los ojos encima. —Dicho esto, se inclinó para besarla en los labios.

Ariadne cerró los ojos mientras el capuano le introducía la lengua a la fuerza en la boca. Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para intentar morderle el apéndice de carne, pero no tenía fuerza en la mandíbula. Al cabo de un momento, la magnitud de su calvario se multiplicó por mil cuando Phortis empujó con la pelvis e intentó penetrarla.

A Ariadne le embargó una avalancha de náuseas y repugnancia, como tantas veces durante su infancia. De repente, sintió la necesidad irrefrenable de vomitar. Le entraron arcadas; Phortis retrocedió y entonces ella se vomitó encima. Unas cuantas salpicaduras de vómito le saltaron a Phortis en la cara.

«Ojalá te ahogaras en ellas, hijo de puta.»

Phortis utilizó la manga de la túnica para quitarse buena parte de los trozos antes de mirarla con lascivia.

—¡Zorra asquerosa! ¡No has hecho más que abrirme el apetito todavía más! —Con un profundo gruñido, la penetró y empezó a embestirla adelante y atrás.

Ariadne soltaba gritos ahogados de conmoción y dolor. Cuando volvió a mirar hacia arriba no le sorprendió ver el rostro de su padre en vez del de Phortis. La misma lujuria le contraía las facciones. El mismo brillo en los ojos fríos e inertes. Oía los mismos ruidos animales de placer saliéndole por la boca.

—Te odio —dijo con voz susurrante—. Siempre te he odiado y siempre te odiaré.

—¿Cómo?

Ariadne parpadeó, Phortis había reaparecido.

—Invoco una maldición sobre tu miserable cabeza —dijo con voz queda—. Que las ménades de Dioniso te acechen a cada paso. En cuanto tropieces, se abalanzarán encima de ti y te harán jirones. No quedará nada de ti salvo una calavera sonriente y un revoltijo de huesos roídos. —Ariadne advirtió el temor que asomaba a los ojos de Phortis, notó que se estremecía en su interior y sin saber muy bien cómo logró arrancar una risa histérica del fondo de los pulmones—. ¿Y tú te consideras un hombre? ¡No eres más que un cerdo con la picha floja!

Entonces quien retrocedió fue Phortis. Sin embargo, el respiro de Ariadne no duró más que escasos segundos. Él echó el brazo derecho hacia atrás para golpearla otra vez. Ariadne cerró los ojos y se preparó para soportar el dolor subsiguiente.

—¡Phortis!

Ariadne notó que el capuano se ponía tenso. El golpe nunca llegó.

—Phortis, ¿dónde coño te has metido? Craso está a punto de marcharse. Tendremos mucho de que hablar. —Batiatus sonaba enfadado.

Phortis agarró a Ariadne por la mandíbula y la obligó a mirarle.

—Estás de suerte, zorra. La próxima vez no serás tan afortunada. ¡Y no te creas que no habrá una próxima vez! Te vigilaré, de la mañana a la noche. Espartaco y sus patéticos compinches no pueden protegerte a todas horas. Con una mordaza en la boca no podrás escupir veneno. Si mueres ahogada en tu propio vómito mientras te follo, nadie se alegrará más que yo.

—¡Phortis! —gritó Batiatus.

—¡Ya voy, señor! —Arreglándose la ropa, el capuano se puso en pie. Fulminó con la mirada a los guardas—. Desatad a esos dos. Seguidme al exterior cuando oigáis que me voy con Batiatus. —Con una última mirada malévola a Ariadne, se marchó.

Embargada por el dolor, la vergüenza y el terror, Ariadne quedó sumida en la inconsciencia que había amenazado con superarla.

Cuando Ariadne despertó, notaba la cabeza como si se la hubiesen golpeado con un par de martillos enormes. Notaba una ligera palpitación en la parte posterior de los

párpados. Abrió los ojos y la embargó una oleada de náuseas. Tuvo arcadas y de inmediato alguien —¿el médico?— la hizo girarse sobre el costado y le colocó el borde frío de un recipiente en los labios.

—Sácalo. Sácalo todo.

Al cabo de un instante, quedó claro que en el estómago de Ariadne quedaba bien poco por salir. Se llevaron el cuenco y volvieron a colocarla boca arriba.

—Espartaco —masculló.

—Estoy aquí —dijo él con suavidad.

Hizo girar los ojos y lo encontró a un paso de distancia, justo detrás del médico.

—Gracias a los dioses —susurró ella.

La sonrisa de Espartaco se suponía que debía ser tranquilizadora, pero tenía la preocupación grabada en el rostro cuando se dirigió al griego.

—¿Está bien?

—No he notado ninguna rotura en el cráneo, pero es demasiado pronto para determinar si ha habido daños duraderos —murmuró el médico—. Necesita guardar cama durante por lo menos un día y una noche.

«¿Daños duraderos?», pensó Ariadne sorprendida. Notaba un borde borroso en la visión y el dolor de cabeza era insoportable, pero sentía que iba recuperando fuerzas.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Demasiado. ¡Phortis es un animal! —repuso el médico con virulencia. Le pasó un frasco de cristal a Espartaco—. Debe tomar un sorbo de esto cada hora. Hazme llamar si empeora. Más tarde vendré a visitarla. —Desapareció de su vista.

—Por todos los dioses. —Ariadne reconoció al fin el interior de su celda—. ¿Me has traído aquí?

—Sí. Después de que Getas viniera a buscarme gritando como un loco. Me ha contado lo ocurrido. —Espartaco estaba abrumado por la vergüenza y bajó la cabeza —. Lo siento. Te he fallado. Tenía que haber estado allí.

—Te estaban curando el brazo —le reprendió—. ¿Cómo ibas a saber que Phortis me agrediría entonces? Getas y Seuthes tampoco tienen la culpa. —La embargó el pánico—. No les has hecho nada, ¿verdad?

La furia desbocada de Espartaco le contrajo las facciones agradables y le hizo adoptar una expresión bestial. Algo primitivo. Resultaba realmente aterrador.

—Todavía no —dijo chirriando los dientes—. Pero pagarán por ello, no te quepa la menor duda.

—No. —Sobreponiéndose a su debilidad, Ariadne le tomó del brazo—. No hagas nada. Han obedecido tus órdenes, comprobar que no hubiera peligro en los baños antes de que yo entrara. Phortis ha enviado a seis hombres a atarlos mientras me agredía.

—¿Y qué? —espetó—. Deberían haberte protegido de todos modos.

—Getas y Seuthes no son dioses, son hombres. Igual que tú. Además son tus seguidores más leales. Y tus amigos. —Al ver que se estremecía, Ariadne suavizó la voz—. Saber que te han fallado les hará tener el doble de determinación para no volver a cometer el mismo error.

Él asintió lentamente.

—Han jurado morir antes de permitir que te vuelva a pasar una cosa así.

—Entonces perdónalos —le instó ella.

—Tengo que perdonarme a mí mismo por lo ocurrido. —Espartaco exhaló un fuerte suspiro—. O sea que supongo que puedo darles una segunda oportunidad a esos imbéciles. —Bajó las cejas—. Y por lo que respecta al cabrón de Phortis, morirá llamando a su madre a gritos. Pronto.

—Bien. Yo también quiero verle sufrir, pero…

—Lo sé. —La tristeza sustituyó a la ira—. No puede haber una venganza rápida. Seguro que se lo espera. Igual que esperará la siguiente oportunidad para… —Espartaco apretó la mandíbula—. ¿Te ha llegado a…? —preguntó sin mirarla—. Getas y Seuthes no podían ver, pero han oído…

A Ariadne se le hizo un nudo en la garganta, pero lo deshizo. Espartaco se merecía saber la verdad.

—Sí, poco rato.

—¡Será cabrón el hijo de puta podrido y follacabras! —Las venas del cuello de Espartaco se le hincharon peligrosamente—. ¡Le cortaré la polla y se la haré tragar!

—Estoy viva. Me recuperaré —murmuró, olvidando su propio dolor durante unos instantes—. Tampoco es que sea la primera vez.

Espartaco se quedó pasmado.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Ariadne se resistía a mirarle.

—Mi padre. Durante toda mi niñez. No se acabó hasta que fui a formarme a Cabila.

—Lo siento —dijo, acariciándole la mano—. No lo sabía.

—Nadie lo sabe. Eres la primera persona a la que se lo digo. —Alcanzó a mirarlo fugazmente antes de que la vergüenza le hiciera apartar la vista.

—¿Qué clase de monstruo era? —Espartaco alzó el puño derecho y lo apretó hasta que la piel se le puso blanca—. ¡Si ese cabrón estuviera aquí, se lo haría pagar! —Volvió a mirar a Ariadne. Percibió parte del sufrimiento que destilaban sus ojos—. No hablemos de él, ni de Phortis.

—No —susurró—. Tómame de la mano, por favor.

—Por supuesto. —Le apretó los dedos.

Más tranquila, cerró los ojos.

Espartaco la observó mientras se sumía en un sueño profundo. A solas de nuevo

con sus pensamientos, fantaseó con que mataba a Phortis y al padre de Ariadne. A pesar de su arrollador deseo de venganza, sabía que asesinar al capuano resultaría mucho más difícil de lo que habría sido antes. A partir de ahora, procuraría por todos los medios no estar desprotegido. Sin embargo, a Espartaco le preocupaba más que Phortis volviera a intentar violar a Ariadne. Hizo un juramento silencioso al Jinete. No podía pasar. No pasaría.

Incluso mientras juraba, Espartaco notaba que las dudas le corroían. Aunque ahora muchos hombres le eran leales, no era omnipotente. Por mucho que intentara asegurarse de que Ariadne estaba protegida, Espartaco no podía garantizar que al cabo de una semana, un mes o un año, el capuano no encontrara otra oportunidad para atacar. Y no se reprimiría. Getas le había contado que había amenazado a Ariadne.

«No soy solo yo quien es un pedazo de carne para ser contemplado mientras peleo y muero», se dijo con amargura. Ariadne también, para abusar de ella. Para violarla. Para desecharla.

La rabia volvió a consumir a Espartaco. Le entraron ganas de saltar y golpear la pared, pero Ariadne seguía sujetándole los dedos. La miró con ternura. «No puedo permitir que corra esa suerte —se prometió—. No lo permitiré.» Aparte de matarla o de suicidarse juntos, que eran opciones que Espartaco descartaba, solo quedaba otra vía. La que se le había ocurrido justo después de la lucha ante Craso.

«Huiré de este pozo de mierda —decidió—. ¡Y me llevaré a Ariadne y a todo gladiador que quiera seguirme! Los tracios que me han jurado su lealtad seguro que me acompañan y, con la bendición del Jinete, también vendrán otros. Phortis será el primero en morir antes de que nos marchemos. Batiatus también, si puedo. Es una pena que Craso no vaya a estar aquí. A ese cabrón también me lo cargaría.»

Al final una sonrisa fue asomando a los labios de Espartaco.

Estaba bien tener por fin un plan.

En ese mismo instante, Espartaco tuvo una visión fugaz de la serpiente enrollada en su cuello. De repente, sintió mucho frío. ¿Acabaría muerto durante la huida? La frustración que había intentado combatir ante el hecho de que Ariadne no encontrara una explicación para el sueño volvió a hacer mella en él. La flaqueza de su determinación fue momentánea. Sacó pecho. La muerte era un destino mejor y más atractivo que esperar a que Phortis actuara. Llegado el caso, lo convertiría en la muerte de un guerrero. Ariadne también lucharía.

Tendrían un final digno de todo tracio, fuera hombre o mujer.

Ariadne no se despertó por completo hasta la mañana siguiente. Espartaco sintió un gran alivio al ver que parecía estar mucho mejor. Hasta al médico le satisfizo la mejora y accedió a que se sentase fuera bajo el cálido sol en vez de obligarla a

guardar cama.

—No pienso esconderme —aseguró Ariadne—. Quiero que el animal de Phortis vea que no va a hundirme… ni a poseer mi cuerpo.

—Si estás segura —dijo Espartaco, impresionado por su valor y determinación.

—Lo estoy.

La ayudó a salir por la puerta con cuidado. Getas y Seuthes ya les esperaban. Igual que Carbo. Acompañaron a Ariadne hasta un taburete y los tracios se colocaron a uno y otro lado de ella, alerta como un par de perros guardianes. Carbo le sonrió e intentó no pensar en cómo se sentiría si le hubiera pasado lo mismo a Chloris.

Espartaco dedicó una mirada inquisitiva a sus amigos.

—Estamos dispuestos a morir antes de permitir que le pongan la mano encima —prometió Getas.

—También nos oirás gritar tu nombre —masculló Seuthes.

—Nadie te hará daño —prometió Carbo—. Lo juro.

—Bien —dijo Espartaco satisfecho—. ¿Y el otro asunto que tratamos? —Ahora que estaba a punto de actuar para poner en práctica su decisión, quería una garantía definitiva.

Carbo no se había planteado huir del *ludus*, ¿por qué iba a hacerlo si la cosa iba bien? Pero, si Espartaco iba a liderarlos, tendría que seguirle. Para bien o para mal, ahora era un tracio más. Si no le era leal, nunca más sería capaz de ir con la cabeza bien alta. Carbo odiaba reconocerlo, pero también había otro motivo. Si Espartaco se marchaba, volvería a ser una presa fácil para los luchadores depredadores que quedaban en el *ludus*.

—Todos estamos contigo, igual que los demás. Somos treinta y dos.

—A muerte —añadió Getas.

A Espartaco le brillaron los ojos peligrosamente. «Eso es lo que quiero escuchar.» Todavía no estaba cien por cien seguro de Carbo, pero no le parecía que el joven romano fuera un chivato.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Ariadne.

Espartaco se agachó a su lado y los demás se alejaron para que pudieran hablar en privado. En un susurro, le explicó lo que había decidido la noche anterior.

—Hoy voy a abordar a los demás líderes. —Le satisfizo el gesto de aprobación vehemente que ella hizo con la cabeza.

—Tenemos que hacer algo —convino ella—. Le pediré a Dioniso que te proteja.

—Gracias. —Al levantarse, Espartaco volvió a ver la serpiente que se le enrollaba en el cuello. «Tengo que hacer esto, cueste lo que cueste.»

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Le sorprendió que se hubiera percatado.

«Mentiroso.»

—¿A quién preguntarás primero?

—Oenomaus —repuso Espartaco enseguida—. Es quien tiene más seguidores.

—Si une su suerte a la tuya, otros le imitarán —dijo ella, tanteando la situación.

—Es lo que espero, sí.

—¿Cómo le convencerás?

—Ya buscaré la manera.

Ariadne percibió la leve incertidumbre de su voz. Lo miró fijamente largo y tendido.

—¿Has vuelto a soñar con la serpiente?

Él asintió a regañadientes. «Ve demasiado.»

Durante un brevísimo instante, Ariadne se planteó decirle una mentira y contarle que Dioniso le había enviado una explicación a su visión. No, decidió. Quizás enfureciera al dios. Quizás empeorara la situación todavía más.

—¿Y crees que podría significar tu muerte?

—Nuestras muertes —respondió con voz queda.

Ariadne se lo quedó mirando. El ruido de la actividad del patio fue apagándose mientras el mundo se volvía más denso a su alrededor. Incluso Getas y Seuthes, que estaban a escasos pasos de distancia, parecían menos reales.

—Si la cosa sale mal, no puedo dejarte atrás para ese puto secuaz. Yo, o uno de nosotros, te pondré fin antes.

Ella le sujetó la mano.

—No querría que fuese de otro modo. Permaneceremos juntos… en la vida o en la muerte.

Él sonrió sombríamente.

—Que así sea.

Ariadne observó a Espartaco cuando se marchó en solitario. Asintió para dar la bienvenida a Getas, Seuthes y Carbo cuando volvieron a ocupar su posición, pero, por dentro, las dudas la asediaban. Tras lo ocurrido el día anterior, era demasiado fácil suponer el peor resultado posible para su sueño. «Dioniso, ayúdame —suplicó —. Siempre he sido tu fiel servidora. No nos abandones ahora, ni a mí ni a mi esposo.»

Espartaco se dirigió directamente a Oenomaus, que estaba sentado a una mesa comiendo con sus hombres. La certeza que había tenido la noche anterior seguía ahí, pero no tenía ni idea de si el germano, o cualquier otro, ya puestos, estaría de acuerdo con él. Nunca había hablado con Oenomaus y su plan era de locos. «Gran Jinete, apóyame. Te pido que guíes mi camino.» Espartaco estaba a doce pasos de Oenomaus cuando un hombre robusto de pelo largo y barba poblada se interpuso en su camino. Unos cuantos más hicieron lo mismo con la mano dentro de la túnica para palpar las

armas que escondían.

—Párate aquí mismo —farfulló el primer hombre en un precario latín—. ¿Qué quieres?

Espartaco levantó las manos en son de paz.

—Nada del otro mundo. Solo quiero hablar con Oenomaus.

—Lárgate. Él no quiere hablar contigo.

Espartaco atisbó más allá del corpachón del hombre.

—¡Oenomaus!

El germano giró la cabeza.

—¿Quién me llama?

—Yo —respondió Espartaco. Lanzó una mirada al barbudo que le impedía el paso—. Este amigo tuyo tan educado dice que no quieres hablar conmigo.

—¿Educado, él? —Las comisuras de los labios de Oenomaus se alzaron un ápice —. De todos modos, tiene razón. ¿Por qué iba a molestarme en hablar con alguien como tú?

—Lo que quiero decirte podría interesarte.

—¿Eres el que luchó ante Craso?

—Sí.

—Muchos hombres habrían sucumbido a las heridas que sufriste. Te merecías ganar.

—Gracias.

Oenomaus indicó el banco del otro lado en su misma mesa.

—Siéntate.

Los hombres que estaban delante se apartaron rápidamente.

Espartaco siguió su camino y dejó atrás al enfurecido germano. Miró a su alrededor al sentarse para cerciorarse de que ninguno de los guardas mostraba interés. Se sintió aliviado al ver que ni siquiera miraban en su dirección. A Phortis tampoco se le veía por ningún sitio. Razón de más para actuar con rapidez.

—¿Qué quieres? —preguntó Oenomaus sin rodeos.

«Es directo. Eso está bien.» Espartaco lanzó una mirada a los luchadores de ambos lados.

—Lo que tengo que decirte es privado.

—Estos son mis hombres de confianza —masculló Oenomaus—. Di lo que tengas que decir o lárgate.

—Como quieras. —Espartaco se le acercó más—. Voy a escaparme del *ludus* con mis seguidores. Me preguntaba si te unes a nosotros.

Todos los rostros que le rodeaban reflejaron una tremenda sorpresa. Oenomaus fue el primero en recuperarse.

—¿Cómo dices?

Espartaco echó un vistazo rápido a su alrededor. Seguía sin haber ni rastro de Phortis. Repitió lo que acababa de decir con toda tranquilidad.

—No me conoces ni sabes de qué soy capaz. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no me daré la vuelta y le contaré a Batiatus lo que planeas? —inquirió el germano.

—No lo sé —repuso Espartaco encogiéndose de hombros con despreocupación —. Pero, por mi experiencia, un hombre que lidera a otros cincuenta hombres no suele ser un canalla.

Oenomaus se mostró satisfecho.

—Tienes razón en eso. Continúa.

Espartaco aprovechó la oportunidad.

—Somos doscientos en el *ludus*. Batiatus tiene… ¿cuántos? ¿Treinta o treinta y cinco guardas? —Golpeó una mano contra la otra, en silencio, para que nadie le oyera—. Si fuéramos un número suficiente, es imposible que pudieran impedirnos que nos apropiáramos del arsenal.

Oenomaus lanzó una mirada al anfiteatro de la parte superior.

—Los guardas van bien armados. Morirían muchos hombres antes de que les pusiéramos las manos encima a las armas.

—Es probable —reconoció Espartaco—. ¿Acaso no es mejor eso que morir en la arena ante el rugido de una muchedumbre de romanos?

—Algunos dirían que no, sobre todo si han sobrevivido un año o dos entre estos muros. —Oenomaus tenía una mirada astuta—. Si sus mujeres estuvieran amenazadas por Phortis, por supuesto que lo verían distinto.

—No es el único motivo por el que quiero escapar.

—Ah, ¿no?

—Cuando ayer maté a ese guerrero vi la reacción de Batiatus y de Craso. Para ellos no era más que un número de circo. Craso llegó a decirlo.

—¿Te crees que no lo sé? Luchamos. A veces resultamos heridos. A veces morimos. De vez en cuando recibimos el dinero de un premio. Los mejores tenemos mujer. No difiere mucho de ser guerrero en una banda de guerra.

«¿Es que no tienes amor propio?», quiso gritar Espartaco. Tuvo la sensatez de no hacerlo. Aquello seguro que habría puesto al germano en su contra. Bajó la voz. Con energía.

—Si huimos, no solo recuperaremos nuestra independencia y el derecho de decidir nuestra propia suerte sino nuestro orgullo. ¡Nuestro orgullo!

Oenomaus se pasó un dedo por los labios mientras cavilaba.

Espartaco aguardó. No quería presionarle demasiado.

—Es arriesgado, muy arriesgado —declaró Oenomaus al cabo de un momento—. ¿Quién más está contigo?

Había demasiado en juego como para mentir, pensó Espartaco.

—Eres el primero a quien he acudido.

—Entonces, ¿nadie más te ha dicho que sí?

—Cuento con treinta y un hombres que me seguirán hasta la muerte.

—Sin duda es lo que se encontrarán si no sois más —repuso Oenomaus con acritud.

—Entonces, ¿no te apuntas?

—Si consigues convencer a alguien más, ya hablaremos. —Oenomaus hizo un gesto de despedida.

Espartaco elevó los ojos al cielo. «¿Eso es todo?», gritó en silencio.

El bruto barbudo que había intentado impedirle hablar con Oenomaus ya estaba a su espalda.

—Hora de marcharse.

Enfurecido, Espartaco se puso en pie. No tenía sentido montar una escenita. Aquello quemaría los puentes que pudiera haber tendido.

Oenomaus se giró para deliberar con uno de sus secuaces.

—Vamos —gruñó el germano barbudo. Le puso una mano en el brazo a Espartaco.

—No me toques —le susurró Espartaco entre dientes. Le satisfizo que obedeciera su orden.

Había dado doce pasos quizá cuando un recuerdo le cosquilleó la mente. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Giró en redondo y asustó al barbudo.

—Un momento. Tengo que volver a hablar con Oenomaus.

—Ni por asomo. Ya has tenido tu oportunidad. —Unos puños como garrotes se dispusieron a agarrar a Espartaco por la túnica.

Espartaco le esquivó echándose hacia atrás y entonces se abalanzó hacia delante para darle un puñetazo al otro en el plexo solar. Empleó toda su fuerza. El barbudo abrió la boca y formó una gran «O» de sorpresa cuando el aire le salió de los pulmones y clavó las rodillas en el suelo como un buey aturdido.

Enseguida se armó un alboroto considerable. Los bancos cayeron al suelo. Una docena de germanos se pusieron en pie de un salto. Las armas brillaban al ser extraídas y Espartaco se dio cuenta de que tenía escasos segundos para hablar antes de que se las clavaran.

—¡Oenomaus! Lamento haber derribado a tu hombre, pero no me ha hecho caso. Hay algo más.

Para su sorpresa y alivio, Oenomaus alzó una mano. Sus seguidores encolerizados se contuvieron. Él arqueó una ceja.

—Más vale que sea bueno.

—Lo es —prometió Espartaco—. Ayer cuando Craso subía, le oí decir que

necesitaba a veinte luchadores habilidosos para un *munus*. Parecía interesado en comprarlos aquí.

—Eso no tiene nada de especial —espetó Oenomaus.

Sus hombres dieron un paso hacia Espartaco y, esta vez, no se lo impidió.

—Todos lucharán en un combate a muerte. —Volvió a captar la atención de todos. Lo que Espartaco no dijo, pues no hacía falta, era que por lo menos la mitad de los hombres serían germanos.

—¡Mientes!

Espartaco miró directamente a Oenomaus.

—Te juro por la tumba de mi madre, y por Dioniso y el Gran Jinete, que no.

Oenomaus frunció el ceño.

Espartaco elevó otra plegaria para pedir la ayuda de los dioses.

—¿Quién encabezaría esta aventura?

Otra pregunta cargada de significado, pensó Espartaco. Gracias al Jinete que ya había pensado una respuesta con antelación.

—Ningún hombre. Cada uno de nosotros cuidará de sus seguidores. Lo mismo en el caso de Gavius y los líderes galos, si es que quieren participar.

Oenomaus gruñó.

—¿Adónde iríamos?

—Todavía no lo sé. Pero uno de mis hombres es el nuevo *auctoratus*. Conoce la zona y puede darnos algunas ideas. —«Ya está. He hecho lo que he podido.»

Se produjo un largo silencio.

Entonces Oenomaus adoptó una expresión lasciva. Era todo dientes, como un lobo.

—Cuenta con nosotros. —Hizo un guiño a quienes le rodeaban y, como una manada que hubiera avistado una presa más fácil que abatir, mostraron su acuerdo con un gruñido.

A Espartaco le dio un vuelco el corazón. Hizo un breve asentimiento, como si no hubiera esperado otra cosa.

—Bien.

—¿Puedes convencer a los demás para que también se sumen a nosotros?

Dedicó una sonrisa segura al germano.

—Déjamelos a mí.

—Mantenme informado.

—Descuida. Ni una palabra a nadie. —Espartaco notó movimiento con el rabillo del ojo. Le bastó una mirada rápida para saber que se trataba de Phortis. «¡Mierda!» Pronunció el nombre del capuano moviendo los labios.

Oenomaus le guiñó el ojo para demostrarle que había entendido.

Espartaco le dio un puntapié al germano barbudo.

—Dile a este idiota que mire por dónde anda.

—¡Vete a tomar por culo! —gritó Oenomaus.

Espartaco retrocedió lentamente como si temiera ser atacado. Los germanos le lanzaron una retahíla de insultos al pasar. Cuando Espartaco volvió a mirar, Phortis sonreía complacido ante la supuesta enemistad entre él y Oenomaus. «Ha mordido el anzuelo. Bien.»

Alentado por el éxito inicial, Espartaco se pasó el resto del día tanteando a otros líderes del *ludus*. Cuando Gavius, el luchador bajo y robusto que lideraba a más de cuarenta samnitas, oyó hablar de la participación de Oenomaus, le prometió su apoyo rápidamente. Igual que la mayoría de los tracios. Espartaco no tuvo tanta suerte con Castus y Gannicus, líderes respectivamente de dos grupos distintos de galos. Daba la impresión de que ninguno de los dos lo delataría, pero la pareja no era capaz de dejar a un lado las sospechas de las demás facciones y mucho menos del uno del otro. No hizo ningún esfuerzo por hablar con el resto de los luchadores. Eran de demasiadas nacionalidades distintas. Espartaco tampoco se molestó en intentar ganarse a Crixus. La mirada furibunda del hombretón le seguía por el patio y le hacía intuir lo que probablemente le respondería.

Preocupado por sus fracasos, pidió consejo a Getas y Seuthes. Carbo se mantuvo al margen, aunque se sentía honrado de ser incluido en el grupo.

—Tal vez deberíamos olvidarnos de los galos —dijo Getas, frunciendo el ceño—. La mayoría de las veces se comportan como unos cabrones problemáticos.

Seuthes se rio por lo bajo.

—No se equivoca en eso.

—Sí, pero son unos luchadores aguerridos y sanguinarios —añadió Espartaco—. En cuanto estemos fuera, estaremos completamente solos, sin amigos. Todo el mundo se volverá contra nosotros. Pensadlo. —«Si conseguimos salir de aquí, ¿adónde iremos?» Sintió un atisbo de esperanza. «Podría volver a Tracia. Buscar a Kotys.»

—Es verdad —dijo Getas sombríamente.

—Cincuenta galos aumentaría de forma considerable nuestra capacidad —reconoció Seuthes—. Pero si no has logrado convencer a Castus ni a Gannicus y Crixus está descartado, ¿qué más podemos hacer?

Espartaco frunció el ceño.

—Tiene que existir la manera de sortear este obstáculo.

—¿Te seguirían si les vencieras en un combate a dos? —preguntó Carbo de repente.

—¿Cómo? —Seuthes se volvió contra él—. ¿Pretendes que Espartaco se enfrente a tres luchadores campeones, uno detrás del otro? ¿Por qué no lo haces tú, imbécil?

Carbo se sonrojó y cerró el pico.

—Creo que no vas desencaminado.

Espartaco ignoró las expresiones de asombro de Geta y Seuthes y la cara de sorpresa de Carbo.

—Por supuesto, no quiero luchar contra ellos tres. Aunque les venciera, probablemente acabaría pasando un mes en la enfermería. Ni Castus ni Gannicus se apuntarían necesariamente si el otro sí lo hace.

—Por supuesto que no. Se odian entre ellos —dijo Getas.

—Pero si derrotara a Crixus y se uniera a nosotros, quizá los otros cambiaran de opinión.

—¿Te has vuelto loco? —susurró Seuthes—. Todavía no tienes bien el brazo y ese hombre es una bestia.

—Déjalo correr —aconsejó Getas—. Podemos hacerlo sin los galos.

—Ah, ¿sí? —Espartaco inclinó la cabeza ante los guardas que patrullaban—. Piensa en las bajas que esos hijos de puta podrían causar en los primeros instantes. Ya hemos visto cómo abortan los ataques con una ráfaga de flechas. Aquí podría pasar lo mismo.

Se hizo un silencio desalentador y Carbo deseó haber mantenido la boca cerrada. Todos habían visto a los guardas entrenando en el patio. La mayoría eran capaces de emplumar a un objetivo con media docena de flechas en sesenta segundos.

Si había algún momento propicio para luchar contra Crixus, era entonces, pensó Espartaco. Hasta el momento, había evitado la confrontación porque habría sido un sinsentido. Ahora había mucho que ganar. Si prácticamente todos los hombres del *ludus* participaban, tenían muchas más posibilidades de éxito. Su instinto le decía que debía hacerlo y si lo reconocía era también porque quería que lo considerasen como el hombre que había unificado a los gladiadores. Independientemente de lo que ocurriera cuando huyeran, aquello no lo olvidarían.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Crixus quizá me rompa unas cuentas costillas —bromeó.

Getas abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar.

—¿Cuándo?

—Por la mañana —repuso Espartaco—. Después de haber dormido bien por la noche.

—Pero… —dijo Carbo, preocupado.

—Déjalo —advirtió Seuthes—. He visto esa expresión en sus ojos muchas otras veces.

—Pones en peligro tu vida.

—Y es una decisión personal —contratacó Espartaco.

Carbo bajó la mirada. «¿Y si fracasa? —pensó angustiado—. ¿Y si Craso lo mata? No tendré quien me proteja.» Le embargó una sensación de culpabilidad por

ser tan egoísta que no lograba evitar.

9

Al día siguiente, Espartaco ni se molestó en desayunar. El hecho de tener el estómago vacío quizá le otorgara una ventaja frente a Crixus. Incluso un pequeño detalle como ese podía decantar la balanza entre el éxito y el fracaso. Antes de salir de su celda había calentado y lubricado los músculos con aceite. Se sentó con Getas, Seuthes, Carbo y otros seis tracios a observar al galo y sus secuaces mientras engullían las gachas. «Come hasta que revientes, cerdo.»

A Espartaco le había sorprendido ligeramente que Ariadne no pusiera objeciones a su decisión. No sabía si se debía o no al calvario sufrido a manos de Phortis. Fuera cual fuera el motivo, había sido un alivio. Teniendo en cuenta que no dejaba de pensar en la huida, le había satisfecho no tener otro asunto más en el que pensar. Ya era lo bastante nefasto que por la noche se le hubiera repetido el sueño de la serpiente. Inquieto, Espartaco apartó de su mente una imagen de él estrangulado por Crixus, no la serpiente.

—Deseadme suerte —dijo. La expresión conmocionada de todos ellos dejó claro a Espartaco que pensaban que podían fallar. Redobló su determinación—. Vamos —instó, encabezando la marcha.

Hubo prisas para seguirle. Todos sabían qué tenían que hacer. Ya habían acordado que tenían que asegurarse de que los hombres de Crixus no intervinieran. Al notar el subidón de adrenalina y las palmas sudorosas que acompañaban la entrada en batalla, Espartaco asintió con determinación hacia Getas y Seuthes, que tenían que vigilar a Ariadne. Acto seguido, se acercó pavoneándose a donde estaba sentado Crixus.

Sus seguidores se levantaron de un salto, pero Crixus no se movió del asiento. Fulminó con la mirada a Espartaco.

—¿Qué coño quieres?

«Guíame, Gran Jinete.»

—Tengo una propuesta que hacerte.

Crixus arrugó el labio.

—¿Qué te hace pensar que me interesaría?

—Porque solo tienes que aceptar si te gano en un único combate, sin armas.

Crixus desplegó una sonrisa de oreja a oreja.

—Escupe.

Alzando los brazos en son de paz, Espartaco se le acercó más.

—Muchos de nosotros estamos planificando huir del *ludus* —dijo en voz baja—. Quiero que vengas con nosotros.

El rostro de Crixus reflejó una mezcla de emociones. Incredulidad, susto, celos, ira.

—¿Y qué, contigo como líder?

—No. Cada luchador sigue al hombre al que es leal.

—¿Quién más participa?

—Oenomaus, Gavius y casi todos los tracios. Alrededor de unos ciento veinte hombres.

—¿Castus? ¿Gannicus?

Espartaco negó con la cabeza.

—Es comprensible, la verdad —dijo Crixus con desprecio—. ¿Quién iba a querer juntarse con una panda de salvajes?

Sus hombres se rieron divertidos de forma burlona.

—Eso es lo que pensaba que dirías —respondió Espartaco con ecuanimidad—. ¿Cambiaría tu respuesta si te gano en una pelea?

—Si eso pasa, te sigo a una cloaca. —A Crixus le salió la risa de lo más profundo del vientre.

—Eso no te lo voy a pedir. Luchamos hasta que uno de los dos se rinda, ¿vale?

—Me parece bien. Hace siglos que espero este momento —gruñó Crixus, que se puso de pie. Agitó los brazos—. ¡Salid de en medio, joder!

Mientras los galos cercanos se levantaban como podían para obedecer, Espartaco corrió de un tirón hasta Crixus. Había recorrido la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos. Antes de que Crixus pudiera reaccionar, Espartaco le golpeó el vientre con la cabeza. Se produjo un zumbido audible cuando el aire escapó de los pulmones de Crixus. Cayeron a la arena en una maraña de extremidades, con Espartaco encima. Se levantó con desesperación. Con o sin aire, Crixus era muy peligroso. Ya estaba intentando rodearlo en un círculo con sus enormes brazos. Si lo lograba, la pelea habría terminado.

Apartando los antebrazos de Crixus, Espartaco empezó a alejarse dando vueltas. Antes de levantarse tuvo tiempo de plantarle un puño en la entrepierna al galo. El fuerte gemido le indicó que había dado en el clavo. Se agachó preguntándose si sería capaz de darle una patada en la cabeza, pero Crixus ya se había incorporado. Su hermoso rostro estaba contraído por una verdadera furia.

—¡Cabrón, hijo puta de tracio! ¡La pelea no había empezado!

—Aquí no hay *summa rudis*. Ni reglas tampoco —se mofó Espartaco. Quería enojar realmente a Crixus. Un hombre enfadado tenía más posibilidades de cometer errores.

Getas y Seuthes soltaron varios alaridos para animar.

—Con que esas tenemos, ¿eh? Te arrancaré los putos ojos —gritó Crixus—. Entonces sí que te rendirás enseguida.

Sus hombres rugieron entusiasmados.

—¿Tú crees? ¡Ven a probar!

Furioso, Crixus se abalanzó hacia delante como un jabalí que arrasaba y se

quedaron abrazados como dos amantes. De repente Espartaco agradeció las llaves de lucha libre que le había enseñado un mercenario griego con el que había servido en Bitinia. Crixus era mucho más fuerte que él. La habilidad de Espartaco y el aceite resbaladizo con el que se había untado la piel fueron lo único que le salvó de la derrota en los momentos que siguieron. Forcejearon adelante y atrás, con los brazos inmovilizados y con una mueca salvaje en el rostro. Empeñado en vengarse, Crixus dirigió una rodilla a la entrepierna de Espartaco, pero él se la bloqueó levantando rápidamente el muslo.

—¿Todavía te duelen los huevos? —se burló Espartaco.

—¡No tanto como te dolerán a ti cuando te los pille! —Con un gran empujón, Crixus tiró a Espartaco a un lado.

El tracio perdió el equilibrio, tropezó y cayó. Crixus se abalanzó sobre él como una bestia enfurecida al tiempo que le daba puñetazos que provocaban un intenso dolor a Espartaco en todo el cuerpo. Intentó hacer caso omiso del dolor y plantó rápidamente una pierna en el vientre musculoso de Crixus. Agarrando al galo por los hombros de la túnica, Espartaco lo tiró al suelo.

Por increíble que parezca, Crixus se levantó más rápido que Espartaco. Él seguía de rodillas cuando el galo se le echó encima y le golpeó en la cara con uno de sus enormes puños. Espartaco notó cómo se le partía la nariz como una ciruela demasiado madura, oyó el crujido del tejido que se rompía en el interior. Caído en la arena por la fuerza del golpe, aulló de dolor. Crixus se dedicó a propinar unas cuantas patadas más a Espartaco y se le volvió a subir encima. Acercó los dedos como garras al rostro de Espartaco.

—¡Voy a arrancarte los putos ojos de la cara!

Espartaco estaba medio cegado por la sangre y sentía un dolor intensísimo. También era consciente de que si Crixus le introducía los pulgares en las cuencas de los ojos, la pelea habría acabado. Él mismo había usado esa táctica en otras ocasiones y resultaba de una efectividad brutal. Espartaco se preguntó si Crixus pararía en cuanto le hubiera arrancado los ojos. Probablemente no. La idea de pasar el resto de su vida como un ciego lisiado o de morir en ese preciso instante le resultaba sumamente desesperante.

Levantó los brazos por dentro de los de Crixus y los golpeó hacia los lados con toda la fuerza de su cuerpo. Crixus, que no se lo esperaba, cayó encima de él. Espartaco hincó los dientes en la primera parte de carne que encontró. Resultó ser la nariz. Espartaco mordió con todas sus fuerzas, acosándolo como un perro a una rata. Era ligeramente consciente de que Crixus gritaba y le propinaba puñetazos más débiles en el abdomen desprotegido, pero no lo soltó. «¡Chúpate esa, cabrón!»

De algún modo la sensatez penetró en la neblina roja que enturbiaba la conciencia de Espartaco. «Si le arranco de un mordisco la mitad de la nariz, el capullo no se

unirá nunca a nosotros.» Desenganchó las fauces y Crixus se echó hacia atrás dejando encima de Espartaco sangre por doquier. Espartaco se echó hacia el costado y se liberó de la sujeción del otro. No hubo resistencia. Se puso en pie como pudo y se secó la sangre de los ojos. A tres pasos de distancia Crixus se levantaba, sujetándose la nariz destrozada con una mano.

—¡Te mataré! —gruñó.

Aquella era su mejor oportunidad. A pesar de sus bravuconadas, Crixus lo estaba pasando muy mal. Espartaco giraba y bailaba, apuntando con el puño al vientre del galo. Crixus lo bloqueaba y lanzó un par de golpes inmensos con la mano que tenía libre. Espartaco encajó uno y gruñó de dolor. Le siguió otro rápidamente que le golpeó el brazo herido. El dolor era abrumador y a Espartaco se le nubló la vista durante un instante. «¡Vamos!» Meneando la cabeza, se quedó donde estaba. Había que soportar el castigo. Al cabo de un momento consiguió agacharse bajo los puños oscilantes de Crixus y rodeó al galo con ambos brazos. Apoyó todo el peso del otro en la cadera derecha y, haciendo caso omiso del intenso dolor que le irradiaba la herida, Espartaco lo lanzó en volandas a la arena.

Crixus aterrizó de cara y le tocó a Espartaco saltarle encima. Sentado en la espalda del galo, rodeó con el brazo derecho el cuello del otro. Sujetándole la mano derecha con la izquierda, lo inmovilizó para estrangularlo. A medida que apretaba con más fuerza, su brazo formó una V alrededor de la tráquea del galo que se la bloqueaba por completo. Un horrible sonido escapó de los labios de Crixus mientras agitaba los brazos para intentar coger a Espartaco. Sus intentos resultaron en vano y no transcurrieron más de doce segundos hasta que empezó a perder fuerzas. La carne de la nuca se le puso rojo oscuro.

Espartaco imaginaba cómo debía de tener la cara.

De todos modos, el galo seguía sin rendirse.

«Imbécil, imbécil cabrón», pensó Espartaco. Miró rápidamente al otro lado. Los galos que miraban tenían una expresión horrorizada mientras que sus hombres se mostraban triunfantes. «¡Matar a este pedazo de buey no ayudará a la causa!» Por todos los dioses, no se había planteado esa opción. «Pero no puedo dejar que viva. Intentará matarme a las primeras de cambio.» Espartaco apretó todavía más con habilidad. «Pues entonces, escoge tu propia muerte. Tendré que convencer a Castus y a Gannicus de alguna otra forma.»

Entonces la mano izquierda de Crixus se alzó débilmente en el aire. Estiró el índice hacia arriba, pidiendo clemencia. Espartaco apenas daba crédito a sus ojos, no se fiaba de Crixus ni en esas circunstancias.

—¿Te rindes? —bramó.

Levantó el dedo un poquito más, antes de que el brazo entero se desplomara encima de la arena.

—¡Suéltalo! —gritó un galo.

—¡Lo has matado! —gritó otro.

Con sumo cuidado, Espartaco aflojó el brazo alrededor del cuello de Crixus. El galo se desplomó y no se movió. «¡Gran Jinete, mantenlo con vida!» Se bajó de encima de él y le dio la vuelta a su contrincante. El aspecto de Crixus lo dejó boquiabierto. El galo tenía la cara de un asombroso color púrpura. Un chorro de sangre continuo le caía de la horrible herida que tenía en la nariz, llena de arena. Tenía los ojos vidriosos y los blancos se le habían puesto escarlata. La lengua hinchada le sobresalía por entre unos labios gruesos como salchichas y tenía un círculo rojizo alrededor del cuello, la marca de donde Espartaco le había sujetado.

—¡Traed un poco de agua! —gritó Espartaco. Dio un par de cachetes a Crixus en las mejillas.

No hubo respuesta inicial, pero al cabo de un instante el galo tosió ligeramente.

A Espartaco le entraron ganas de gritar de entusiasmo.

Alguien, a Espartaco le sorprendió ligeramente que fuera Restio, el corredor de apuestas, porque no lo había visto en un principio, le tendió un odre con agua y se lo vació a Crixus en la cabeza.

El galo volvió a enfocar la mirada. Tosió de nuevo y se frotó el cuello.

—Un dolor horrendo, diría yo —dijo Espartaco, que por primera vez se dio cuenta de que la herida que tenía en el brazo derecho le sangraba—. Tenías que haberte rendido antes. Eres terco como una mula.

—Nunca he perdido una pelea —reconoció Crixus asombrado. Había adoptado un tono de voz distinto, más áspero.

—Siempre hay una primera vez —repuso Espartaco, que seguía calibrando cuál sería la reacción del galo—. No sé muy bien cómo lo he hecho.

—Siendo el cabrón más sucio de Italia —replicó Crixus, que se tocó la nariz con mucho tiento.

—Ha sido la pelea más difícil de mi vida —reconoció Espartaco. No estaba seguro de si era cierto, pero aquello no era lo importante. Lo que sí lo era, era que Crixus cumpliera con su palabra—. Eres como Hércules personificado.

—Hércules no perdió. —Crixus soltó un gruñido de irritación.

A Espartaco el corazón le latía un poco más rápido y se acercó más a él.

—La propuesta que te he hecho —dijo en voz baja.

Restio le dio un codazo al galo que tenía al lado.

—¿De qué está hablando?

No le hicieron caso.

—Soy un hombre de palabra. He perdido la pelea, así que los míos y yo nos apuntamos —masculló Crixus.

—Bien. —«No me fío ni un pelo», pensó Espartaco. «Pero al menos el cabrón

acepta la idea.» Notó un silencio especial y recorrió el patio con la mirada. No le extrañó ver que todas las miradas estaban puestas en ellos, incluso las de los guardas. Phortis estaba a apenas veinte pasos de distancia—. Nos están observando. Haz lo mismo que yo —susurró—. ¡Así aprenderás a no insultar a mi pueblo! —gritó—. ¡Cuidado con lo que dices a partir de ahora! ¿Entendido?

—Entendido —masculló Crixus enfurecido. Resultaba totalmente convincente y Espartaco hizo una señal con la cabeza a sus hombres—. Vamos.

Le satisfizo ver que Phortis, con aspecto enfurecido, daba media vuelta y retomaba su conversación con uno de los entrenadores. Con un poco de suerte, el capuano vería la pelea como poco más que una refriega entre dos de los mejores gladiadores.

Ahora lo único que tenía que hacer era convencer a los demás galos de participar en su trama.

Ensimismado, Espartaco no se fijó en que Restio se escabullía de entre la muchedumbre.

En vez de ir al médico para que le examinara la herida, Espartaco se encaminó a los baños. Había visto a Castus y a Gannicus dirigiéndose allí con un puñado de sus hombres.

—Carbo, acompáñame —ordenó cuando llegaron a la puerta—. El resto quedaos aquí.

A Carbo le emocionó que le eligiera, pero se le revolvió el estómago de la tensión.

«Esto podría ponerse muy feo.»

—En cuanto estemos fuera, ¿cuál es el mejor sitio al que dirigirnos? —Espartaco ya había centrado su atención en los hombres que había en el vestuario. Se apartaron de su camino y él sonrió, consciente de que, con buena parte de la cara cubierta de sangre, debía de presentar un aspecto extravagante. No había ni rastro de los líderes galos, lo cual significaba que ya habían entrado en la zona de baños embaldosada.

«¡Yo puedo resultarle útil! Conozco la región.»

—¿Qué buscas?

—Algún lugar seguro. De difícil acceso. Fácil de defender. Una montaña o quizás un bosque. «Cuando estemos allí, ya decidiremos qué hacer.»

—Vesubio.

Espartaco lo miró sin comprender.

—El pico plano que resulta visible desde aquí en dirección sur. La parte inferior de las laderas está cultivada, pero no hay mucha gente que vaya a la cima. Se supone que es uno de los lugares de descanso de Vulcano.

Un recuerdo parecía querer asomar a la mente de Espartaco, pero como estaba

impaciente, no se dio cuenta.

—Suena perfecto. ¿Y el campo de los alrededores?

—Está lleno de latifundios en su mayor parte. —Vio el interés de Espartaco—. Sería un terreno fácil.

—Bien. —Espartaco le hizo una seña para que se acercara—. Hay que convencer a Castus y a Gannicus de que unirse a nuestra causa es buena idea. Tienes la misión de venderles el Vesubio. ¿Te ves capaz?

—Sí —respondió Carbo convencido. No era el momento de mostrarse indeciso.

Espartaco le dio un golpecito en el brazo.

—Sígueme.

Sin hacer caso de las miradas curiosas del resto de los presentes, la pareja entró en el *frigidarium*. La sala fría estaba vacía, por lo que pasaron al *caldarium*, que estaba abarrotado. El ambiente bochornoso estaba lleno de cotilleos y bromas procaces. Los hombres se hallaban recostados en los azulejos o en el agua caliente, deleitándose con el calor. Era uno de los pocos placeres de la vida de los gladiadores. Castus, un hombre bajito con el pelo rojo vivo, estaba en uno de los extremos de la piscina con varios de sus seguidores, mientras que Gannicus, con la cara redonda y jovial, ocupaba el extremo opuesto con una manada de los suyos. Se ignoraban mutuamente con toda la intención.

Espartaco se plantó en medio de la piscina para que los dos líderes lo vieran.

Todas las conversaciones se apagaron.

Espartaco tenía una mirada lasciva. La sangre le había corrido de la nariz hasta la boca y le manchaba los dientes de rojo. «Es como una especie de demonio delirante», pensó Carbo con una punzada de temor.

—¿Me veis mala cara? —La mirada de Espartaco pasó de Castus a Gannicus y viceversa—. ¡Ja! Echadle un vistazo a Crixus la próxima vez que veáis a ese capullo.

—¿En nombre del Hades, por qué te has peleado con él? —preguntó Castus.

—Para que el imbécil entrara en razón.

—¿En razón? ¿Crixus? —Gannicus se dio un golpecito en la sien—. No es muy probable. —Se echó a reír, pero no había comicidad en sus ojos.

—Mi táctica ha funcionado.

En el silencio subsiguiente, Carbo vio que los dos líderes se inclinaban hacia delante interesados. Lanzó una mirada a Espartaco, y se dio cuenta de que se había callado a propósito.

—Crixus ha aceptado venir conmigo y Oenomaus —dijo al final.

—Y quieres que nosotros también participemos —dijo Gannicus con voz queda —. Por eso estás aquí.

—Sí.

—¿Qué harás si nos negamos? —preguntó Castus.

—Mataros a los dos.

Carbo lanzó una mirada a Espartaco. «¿A qué juega? Hay por lo menos veinte galos delante.»

A Castus se le pusieron blancas las narinas.

—¿Te atreves a amenazarnos delante de nuestros hombres?

—Te podríamos matar aquí mismo —amenazó Gannicus. Parpadeó y varios galos avanzaron hacia ellos.

Espartaco ni siquiera se volvió y a Carbo le maravilló su frialdad. Reprimía un deseo incontenible de orinar.

—Sería fácil que nos matarais. Lo sabía cuando he entrado por la puerta —reconoció Espartaco—. Pero he venido solo con Carbo porque sé que no os vais a querer perder nuestra oportunidad. —Hizo una pausa—. ¿Sabíais que Craso va a comprarle veinte gladiadores a Batiatus? ¿Para que luchen en combates a muerte?

—¿Qué? —exclamó Castus. A pesar de ser menudo, era uno de los mejores luchadores del *ludus*. A Gannicus tampoco le hizo ninguna gracia. Su expresión era la misma que la de muchos de los hombres que rodeaban la piscina.

—Preguntad a cualquiera de los guardas.

—Suponiendo que es verdad —dijo Castus—. ¿Por qué íbamos a querer seguir tu propuesta? No tenemos armas y todos los hombres de Batiatus tienen arcos. Sería una carnicería.

—¡No! ¡No lo será! —respondió Espartaco con desprecio—. ¿Qué pueden hacer cuarenta guardas si casi doscientos gladiadores se les echan encima? ¡A tomar todos por culo! ¡Les venceremos!

Castus y Gannicus intercambiaron una mirada. Carbo se dio cuenta de que ninguno de los dos quería dar el primer paso. Sin embargo, los murmullos ansiosos que corrían en boca de sus hombres se merecían una respuesta. Notó que Espartaco le daba un codazo.

—Ahora tenéis vuestra oportunidad —declaró Espartaco en voz alta—. Escuchad al nuevo *auctoratus*. Es de la zona.

Carbo carraspeó.

—Hay una montaña enorme cerca de aquí. Se llama Vesubio. Tiene la cima plana y es difícil ascender por ella. Sería un buen lugar donde esconderse. La tierra de alrededor está formada por grandes fincas agrícolas, lo cual nos proveerá de alimentos y equipamiento.

—¡Y mujeres! —exclamó un galo.

Carbo se quedó boquiabierto. No se había planteado esa opción y no sabía qué responder.

Espartaco sí. No lo había incluido en su estrategia, pero era imprescindible que Castus y Gannicus le dieran su apoyo.

—Habrá montones de mujeres por ahí. Rellenitas. Delgadas. Esclavas del campo, domésticas. ¡Más de las que os podéis follar!

Sus palabras recibieron un grito estridente de aprobación.

—Hombre, visto así… —dijo Gannicus con una mirada lasciva—, es difícil de rechazar.

Sus hombres empezaron a lanzar vítores.

«¡Sí!» Espartaco desvió la mirada hacia Castus, que se encogió de hombros.

—Estoy convencido de que los míos no querrían perdérselo. ¿Verdad que no, chicos?

El estruendo de una veintena de hombres gritando al unísono retumbó en las paredes.

Espartaco alzó las manos y, para sorpresa de Carbo, el ruido disminuyó de inmediato.

—Si Batiatus o Phortis se enteran de esto, estaremos bien jodidos.

—Mis chicos saben tener la boca cerrada —dijo Gannicus.

—Los míos también. —A Carbo los ojos de Castus le recordaban a los de una serpiente—. El que no sepa acabará con el cuello cortado.

—Excelente. Ya hablaremos luego, antes de que nos encierren para la noche.

—¿Cuándo damos el paso? —preguntó Castus.

En la estancia se hizo un silencio sepulcral.

—No tiene ningún sentido prorrogarlo —respondió Espartaco—. Mañana o pasado.

—Vas rápido —dijo Castus.

—Es peligroso retrasarlo. Siempre hay algún soplón en el grupo.

—Entiendo —farfulló Castus—. Yo voto por mañana.

—Yo también —añadió Gannicus con entusiasmo.

—No voy a llevaros la contraria. Pues entonces que sea en cuanto entregan las armas para entrenar —respondió Espartaco con una sonrisa tensa. «¡Gracias, Gran Jinete!»

Carbo esperó a hablar hasta que estuvieron seguros en el exterior.

—¡Les has prometido violaciones indiscriminadas!

—Por supuesto que sí.

—¡Eso es una barbaridad!

Espartaco se paró de golpe.

—Si no quieres, no vengas, chico.

A Carbo le latía el corazón con fuerza. No quería que lo dejara atrás.

—No, cuenta conmigo —murmuró.

—De acuerdo. La próxima vez que quiera consejo sobre tácticas, ya te preguntaré.

Carbo se sonrojó y no dijo nada.

—Si te sirve de consuelo, a mí tampoco me agrada la idea. Pero va a pasar de todos modos, independientemente de lo que diga. Yo no lo alentaré, pero así es la guerra. Lo único que he hecho es utilizar la idea para ponerlos a mi favor. Si no lo hubiera hecho, es probable que Castus y Gannicus se hubieran negado a acompañarme. —Espartaco le dio una palmada en el hombro—. Acompañarnos.

—Lo entiendo —dijo Carbo, que se sintió mejor.

Espartaco sonrió.

—Bien.

Las horas que siguieron se le hicieron muy largas a Espartaco. No le apetecía entrenar ni correr por el patio, sino que ardía en deseos de estar al otro lado de las murallas que le rodeaban. Respirar con libertad. Ver el Vesubio con sus propios ojos. Incluso se imaginó regresando a Tracia. Sin embargo, tenía que conformarse con imaginárselo todo e intentar no obsesionarse con el sueño de la serpiente.

Espartaco esperó hasta que la sesión de entrenamiento de la jornada acabó antes de hablar con los escitas que habían viajado con él desde Iliria. Si bien no podía decirse que fueran amigos, Espartaco no quería que el cuarteto quedara totalmente al margen de lo que iba a pasar al día siguiente. Los abordó a la hora de cenar. Para su sorpresa, los guerreros tatuados lo saludaron con gestos afables. Espartaco no sabía si habían aprendido suficiente latín para entenderle, pero sus gruñidos entusiastas de aprobación enseguida le demostraron que sí.

Después de la cena Espartaco apenas pudo intercambiar algunas palabras con Oenomaus y Crixus antes de que Phortis empezara a ordenar a los gladiadores que regresaran a sus celdas mucho más temprano de lo normal. Se pusieron a protestar y maldecir. El motivo que dio el capuano, y que gritó repetidamente, fue que habían encontrado tres cadáveres en los lavabos. Estaba claro que algunos hombres habían dado a Castus y Gannicus motivos de preocupación.

Lo único que Espartaco logró fue lanzar una mirada cargada de significado en dirección a Oenomaus, Gavius y Crixus. En cierto modo le tranquilizaron las sonrisas fieras que le devolvieron, pero no había habido tiempo de hablar sobre quién haría qué cuando empezara todo. «Tendrán que limitarse a cumplir mis órdenes», pensó, rezando para que los otros cinco líderes obedecieran. Si uno o más se mostraba en desacuerdo, podría resultar desastroso.

Ariadne corrió a su lado en cuanto entró.

—¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas. Casi todos me seguirán. Deberíamos ser unos ciento ochenta. —Le dedicó una sonrisa—. Más que suficiente.

—¿Y el resto?

—No los hemos implicado. Hay demasiado en juego. No tienen líderes claros, hablan distintos idiomas. Hay muchas posibilidades de malentendidos.

—Tienes razón. ¿Cuándo va a ser?

—Por la mañana, en cuanto repartan las armas para entrenar. No tiene sentido esperar.

—Es cierto. Hay que aprovechar el momento —declaró Ariadne, aunque por dentro estaba aterrada. «Oh, Gran Dioniso, protégenos a todos. Permítenos escapar sanos y salvos.»

—Cuando empiece, te quedarás aquí hasta que te diga que salgas —ordenó Espartaco—. ¿Está claro?

—Yo…

—¡No, Ariadne! Sería demasiado peligroso.

Al ver la severidad de su mirada, Ariadne asintió dócilmente.

—Muy bien.

—Mañana por la noche estaremos sentados alrededor de una hoguera, disfrutando de nuestra primera noche de libertad —dijo Espartaco con seguridad, negándose a imaginar otra situación.

A Ariadne le entraron náuseas. «¿Y si sale todo mal?»

—¿No estás contenta? —«¿Has visto algo?», es lo que quiso preguntar.

—Estoy ansiosa por que llegue el momento —alcanzó a responder. «Los dioses quieren que así sea.»

Espartaco no preguntó por qué estaba desasosegada. «Si voy a morir mañana, no quiero saberlo.»

A la mañana siguiente, el cacareo diario del gallo fue muy bien recibido. «La espera casi ha terminado.» Espartaco se dio la vuelta y se encontró con la mirada de Ariadne.

—¿Preparada?

—Sí. —Escudriñó su rostro para ver si encontraba alguna pista—. ¿Se te ha aparecido algo?

—No, nada —respondió ella a la ligera. «Las preocupaciones me han tenido dando vueltas toda la noche. No obstante, en este día tan especial tengo que mostrarte mi rostro más seguro»—. ¿Y tú?

—No recuerdo ningún sueño, gracias al Jinete. —Hizo una mueca con los labios —. He pasado despierto buena parte de la noche. Me he dormido justo antes de que el dichoso gallo empezara a cantar. De todos modos, me he alegrado de oírlo. Me estaba costando mucho hacer pasar el tiempo.

—A mí me ha pasado lo mismo. —«Hasta que no estemos fuera del *ludus* no me creeré que los dioses nos acompañan.»

—Si me matan…

—No digas eso. —Enseguida se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es una tontería no plantearse la posibilidad de que muera. Si Getas y Seuthes no mueren, cuidarán de ti. Si eso falla, coge el dinero de mi monedero y vete a la costa este. Coge un barco hasta Iliria y regresa a Tracia.

—¿A Kotys y el recibimiento que me brindará? —replicó Ariadne con más dureza de la intencionada—. No, gracias. Me entregaré a la serpiente.

—Eres una verdadera tracia —dijo él con respeto—. Me enorgullece tenerte por esposa.

Ariadne se puso roja como un tomate.

«Clac, clac, clac.» La espada de Phortis repiqueteaba en los barrotes de las celdas del extremo opuesto del patio.

—¡Despertaos, hijos de puta! Hace un día espléndido.

Espartaco se levantó de la cama de un salto. Se enfundó la túnica y esperó pacientemente a que el capuano llegara a los barrotes de su ventana.

—¡Saca la polla del coño de tu mujer, *latro*! Es hora de levantarse.

Ariadne se estremeció. El hombre era vil, con menos sangre fría que su serpiente pero, a su manera, igual de venenoso.

Espartaco no dio a Phortis la satisfacción de una respuesta.

—¿Ya me has preparado el desayuno? —gritó.

Un coro de risas se alzó de entre los luchadores que oyeron el comentario.

—¡Date por satisfecho si queda algo de comida! —espetó Phortis. Abrió la puerta con llave y siguió adelante.

—Que los dioses te protejan —susurró Ariadne.

—Gracias. —Espartaco desplegó una amplia sonrisa, que enmascaraba el nerviosismo que le atenazaba el estómago. «No me abandones, Gran Jinete.» Abrió la puerta de par en par y salió al patio.

Docenas de gladiadores salían de las celdas a su alrededor. Era una fría mañana de primavera. En la zona de cielo enmarcada por los muros altos del *ludus* no se veía ni una nube. Espartaco lo admiró. Notaba una sensación positiva en su interior.

—¿Tienes hambre?

Espartaco se giró y vio a Restio apoyado en la pared. El rostro del íbero tenía un color gris poco saludable y unas ojeras muy marcadas.

—Tienes muy mal aspecto. ¿No has dormido?

—Nada de nada —murmuró Restio—. ¿Y tú?

—Bastante —mintió Espartaco. Restio era uno de los pocos hombres a quienes no se había informado del intento de fuga. «¿Qué más te da cómo haya dormido?» Notó que un recuerdo quería aflorarle en la memoria, pero Carbo, Getas y Seuthes se reunieron con él y lo dejó de lado—. Vamos —dijo a Restio—. Con unas pocas

gachas en el estómago te sentirás mejor.

Al salir al patio propiamente dicho, Espartaco notó una punzada de desasosiego. El anfiteatro estaba lleno de guardas. Miró de soslayo a Restio, que parecía despreocupado. No le sorprendió que Carbo no se hubiera percatado, pero Getas y Seuthes tenían el ceño fruncido.

—Prácticamente todos los tíos mierdosos con los que cuenta Batiatus están ahí arriba —le susurró Getas al oído—. Y hay muchos más hombres en la puerta de lo normal.

Espartaco gruñó. «Alguien ha alertado a Batiatus o a Phortis.»

Se pusieron en fila para las gachas. Oenomaus estaba en el extremo de la fila con sus secuaces de mayor confianza. Uno de ellos enseguida entabló conversación con Restio sobre dinero. Espartaco se acercó más a Oenomaus y se sintió aliviado al ver que el íbero ya no podía oír lo que decía.

—¿Has visto la compañía extra que tenemos? —gruñó el germano.

—Sí.

—¿Qué opinas?

—No sé. Ahora mismo ya no podemos hacer nada. Comamos y a ver qué pasa.

Con una mirada evasiva, Oenomaus les dio la espalda.

Espartaco frunció el ceño. ¿Los germanos estaban todavía de su lado? Los hombres de Oenomaus se agolparon a su alrededor y evitaron que la conversación continuara.

—¿Has visto a Crixus?

—Está ahí —dijo Getas, señalando con la cabeza hacia los bancos más lejanos.

Espartaco estaba a punto de dejar la fila cuando algo le hizo mirar a su alrededor. Phortis le observaba con una agresividad sin disimulos. «Aquí pasa algo.» En vez de acercarse a Crixus, siguió adelante arrastrando los pies con el resto.

—¡Mirad, es el *latro*! ¿Vienes a por unas gachas? —exclamó Phortis.

Espartaco cogió un cuenco en silencio y lo tendió.

Phortis se inclinó y se lo cogió antes de que el esclavo de la cocina tuviera tiempo de levantar el cucharón de la olla.

—Yo lo cojo —dijo. Carraspeó y lanzó un escupitajo de flema al recipiente—. Llénaselo —ordenó. Al cabo de un momento, le tendió el cuenco humeante a Espartaco—. Con mis mejores deseos.

A Espartaco la sangre le palpitaba en los oídos y todos los sonidos quedaron amortiguados. Estaba tan indignado que todo su mundo se convirtió en un túnel estrecho que se extendía ante él. Al final estaba Phortis sonriendo con desprecio, moviendo los labios para pronunciar más insultos. Espartaco notó que la boca se le retorcía en una mueca de desdén. «Qué fácil sería tirarle el cuenco a la cara, saltar encima de la mesa y machacar a ese hijo de puta hasta hacerlo papilla.»

Se obligó a parpadear y volvió a la realidad de golpe.

—Gracias. —Sin mirar al capuano, Espartaco cogió el cuenco. No vio que los dos guardas del anfiteatro situados detrás de él bajaban los arcos ni la fugaz mirada de decepción en el rostro de Restio.

—Puto cobarde —gruñó Phortis.

«Eso ya lo veremos.» Por fuera, a Espartaco el insulto ni siquiera le afectó. Se marchó y se sentó al lado de los cuatro escitas, que le dedicaron sonrisas entusiastas. Carbo, Getas y Seuthes se dejaron caer a su lado. Su mesa estaba lejos de la de Crixus u Oenomaus, pero no se atrevió a acercarse a ellos. Con el rabillo del ojo vio que Phortis seguía fulminándole con la mirada. Espartaco hundió la cuchara en la capa superior de las gachas y tomó una cucharada. Se tragó el líquido sin ni siquiera probarlo.

—¿Por qué ha hecho eso? —Aunque parezca raro, Restio se había juntado con ellos otra vez.

—Al cabrón le gusta provocarme. —«Pero ¿a ti qué más te da?»

—¿Por qué?

—Ya ha intentado violar a Ariadna en una ocasión —dijo Espartaco—. Si los guardas me dejan inconsciente de una paliza, no podré impedírselo cuando vuelva a intentarlo. —«Lo más probable es que frustre el intento de huida antes incluso de que empiece. Si los tracios ya no quisieran participar en el plan, ¿los otros líderes arriesgarían la vida de sus hombres? Lo dudo.»

—Puto cabrón —dijo Restio mostrándose comprensivo.

Espartaco comió más gachas de la parte superior del cuenco. Cuando por fin Phortis estuvo distraído, vació el resto a sus pies, en la arena. Espartaco tenía los nervios a flor de piel y había perdido el apetito por completo. Hizo caso omiso de los intentos de Restio por entablar conversación y se sentó en silencio hasta que dejaron de servir el desayuno.

«Ha llegado la hora de que aparezcan los entrenadores y abran el cuarto que contiene las armas de entrenamiento.» El tiempo transcurrió con lentitud y no pasó nada. Cargado con la olla de gachas vacía, el esclavo se esfumó a las profundidades de la cocina. A Phortis no se le veía por ningún sitio. «No es más que un pequeño retraso.» De todos modos, Espartaco veía su desasosiego reflejado en el rostro de muchos gladiadores.

Hacía rato que no había lanzado una mirada a los guardas. Sentado bajo el pasadizo, solo veía a los que estaban en el extremo del anfiteatro. Miró hacia arriba y se le paró el corazón. ¿Por qué tenían flechas colocadas en los arcos? Quedaba claro que no se les había ocurrido a ellos solos. Notó que la bilis se le acumulaba en la garganta. «No hay duda de que nos han traicionado.»

De repente todo empezó a suceder muy rápido.

Batiatus apareció en el anfiteatro con Phortis al lado. Ambos rostros tenían una expresión dura. Fría.

Espartaco apretó los puños. No pensaba echarse atrás entonces. «Aunque los germanos y los galos no se sumen.» Se puso tenso, preparado para dar un salto y bramarles a los tracios que fueran corriendo a las escaleras.

Notó un atisbo de movimiento con el rabillo del ojo. Miró a su izquierda y le sorprendió ver a uno de los escitas lanzándose sobre la mesa hacia él. No había tiempo para moverse. El guerrero barbudo se abalanzó sobre él y los dos cayeron hacia atrás, a la arena. En ese mismo instante Espartaco notó que el escita recibía un golpe en la espalda. El hombre gruñó de dolor y se quedó flácido. «¿Está muerto?» Sonaron unas voces airadas y Espartaco oyó ruido de pelea por encima.

De repente le quitaron el cuerpo de encima. Getas y otro de los escitas ocuparon su campo de visión. El guerrero le ofreció la mano.

—¡Rápido! ¡Nos vamos ahora! ¡Rápido!

Espartaco se puso en pie como pudo.

—¿Qué demonios ha pasado? —exclamó.

El guerrero que le había saltado encima yacía a sus pies. Una barra de hierro afilada le sobresalía de la mitad de la espalda. Restio yacía a su lado, con un arma similar clavada en el pecho. La boca se la abrió lentamente y de ella brotó un fino hilo de burbujas sangrientas. Tenía una expresión de ligera sorpresa en el rostro.

—Íbero quiere… matarte —farfulló el segundo escita—. Mi amigo impedir. Se llevó la barra… era para ti. Cuando los otros vean… atacar a los guardas. ¡Tenemos que irnos!

—¿Eh? —«¿Por qué querría matarme Restio?» Pero Espartaco no podía negar lo que le decían los ojos. Se arrodilló al lado de Restio—. ¿Nos has delatado? —El íbero no respondió. A Espartaco le consumía la ira y movía la base de la barra de hierro a un lado y a otro.

Un grito animal escapó de la garganta de Restio.

—¿Se lo has contado a Batiatus?

Asintió levemente.

—En nombre de todos los dioses, ¿por qué?

—Nadie me pidió que me apuntara —susurró Restio—. Pero Batiatus me prometió la libertad. Iba a convertirme en uno de los corredores de apuestas oficiales de la arena.

—¿Por eso estabas dispuesto a matarme? —preguntó Espartaco con dureza.

Restio ensombreció el semblante.

—¡Tenemos que movernos! —Seuthes sonó muy alarmado.

—¡Espartaco! —gritó Carbo. Toda duda que hubiera tenido acerca de sumarse al intento de huida se había esfumado. Los guardas abatían sin contemplaciones a

hombres a los que conocía y le caían bien. «¡Cabrones!»

—No hay nada peor que el hombre que traiciona a un compañero —gruñó Espartaco, pensando en Medokos—. Y solo existe un castigo posible para tal bazofia. —Colocó ambas manos en la barra de hierro y la hundió hasta el fondo.

Restio abrió unos ojos como platos de la conmoción y se le quedó la boca abierta. Un último aliento entrecortado escapó de sus pulmones y cedió bajo su propio peso en la arena, muerto.

Espartaco dio un salto, rezando para que no fuera demasiado tarde. Getas, Seuthes y los tres escitas se habían apiñado a su alrededor para protegerle, pero el patio estaba sumido en un caos absoluto. Los gladiadores corrían de aquí para allá, gritándose entre sí, y sin rumbo. Una lluvia de flechas caía vertiginosamente desde arriba y abatía hombres al azar. Desde las celdas se oían los gritos de las mujeres que observaban. «¡Ariadne!»

—Chloris —dijo Carbo, alarmado.

—Amatokos cuidará de ella —bramó Espartaco—. Mira los dos tramos de escaleras.

Le alegró ver a Gavius y a los tres líderes galos al pie de una de ellas, empujando a sus guerreros hacia el primer piso y el arsenal, lo cual era esencial. Sin embargo, la otra estaba vacía. «No me extraña. Mis compatriotas no van a actuar a no ser que alguien los lidere.» Espartaco lanzó una mirada a la puerta principal y se quedó horrorizado. Ya había una gran pila de cuerpos atravesados por flechas amontonados. Los ocho guardas ahí emplazados se estaban luciendo. Rodeado de seis hombres, Oenomaus estaba de pie en el espacio abierto, gritando palabras de aliento al resto de sus seguidores. Muchos de los guardas del anfiteatro también apuntaban a esa zona crítica, así que había pocos preparados para obedecer. «Esto es una puta matanza. Tenemos que entrar en el arsenal como sea o no hay nada que hacer.»

—¡Seguidme! —bramó a los hombres que le rodeaban.

Luego Espartaco repitió el grito en tracio y salió disparado de la protección que le ofrecía el pasadizo. Cruzó el patio a toda prisa en dirección a la segunda escalera y notó que había luchadores que le seguían. Sonaron gritos ahogados cuando algunos fueron abatidos por las flechas de los guardas.

—¡Ahí está! —chilló Phortis—. ¡Abatidle!

Apretando los dientes, Espartaco aceleró el paso. Se puso a cubierto y se sintió aliviado durante una fracción de segundo. Le alentaron los rostros resueltos y duros que le rodeaban. Aparte de Carbo, Getas, Seuthes y los tres escitas, había unos treinta tracios.

—Tenemos que subir rápido y sin contemplaciones. Somos suficientes para arremeter contra los guardas. En cuanto algunos estemos armados, tendremos más posibilidades. Quiero que sepáis que no pediré a ningún hombre que haga lo que yo

mismo no haría. Yo iré en cabeza —gritó Espartaco. «Protégeme, Gran Jinete»—. ¿Quién me sigue? —Se enorgulleció sobremanera cuando todos los presentes profirieron un rugido de aprobación.

—Tú no irás primero —declaró Getas.

—Eres demasiado importante —añadió Carbo enfervorizado.

—Él… razón —añadió uno de los escitas—. Si matarte… nosotros… fatal.

Para asombro de Espartaco, el resto de los guerreros mostraron que estaban de acuerdo a grito pelado.

Lo empujaron a un lado y el escita y sus camaradas subieron las escaleras en masa. Les seguían Carbo, Getas, Seuthes y una marea de tracios.

Espartaco tenía otra posibilidad de calibrar la situación a grandes rasgos. Lo que vio le llenó de temor. Oenomaus estaba junto a la puerta pero a solas. Una piña de sus germanos resultaba visible bajo el pasadizo; de vez en cuando uno o dos intentaban abalanzarse hacia él, pero no daban más de doce pasos antes de que les interceptaran. Daba la impresión de que Crixus y Gavius habían cargado contra la otra escalera, pero Castus y Gannicus permanecían al pie. Los ojos desorbitados y la expresión de desespero indicaron a Espartaco que no habían tenido demasiado éxito en el anfiteatro de encima. «Tengo que hablar con ellos. Debemos poder hacer algo más.» Agachándose al máximo, Espartaco corrió hacia donde estaba la pareja.

—¡Están masacrando a mis hombres ahí arriba! —bramó Castus.

—Lo mismo les pasará a los tuyos —añadió Gannicus—. Los cabrones de los guardas tienen aljabas de flechas de reserva detrás. Sabían exactamente qué iba a pasar.

—Ha sido Restio.

—¿El íbero? —exclamó Castus.

—Sí. Está muerto. Olvídale —instó Espartaco—. Necesitamos otro plan.

—¡Y que lo digas, joder!

—Sin escudos ni espadas nuestros hombres poco pueden hacer, aparte de morir en el sitio —dijo Gannicus—. ¿Qué plan tienes ahora?

Espartaco recorrió el patio con la mirada. La arena estaba llena de hombres heridos y moribundos. Algunos hombres pedían ayuda a gritos, pero no la recibían. Otros maldecían o lloraban llamando a su madre. La mayoría yacían inmóviles. Caían pocas flechas, pero las que caían daban en el blanco. Un nubio fue abatido mientras proclamaba a gritos su inocencia con una flecha en el vientre. Otros dos germanos intentaron reunirse con Oenomaus, que había conseguido un escudo y una espada y atacaba ahora heroicamente a los guardas de la puerta. Seguía solo, sus hombres resultaban abatidos mucho antes de que se acercaran.

«Estamos acabados.» La esperanza de Espartaco se había esfumado cuando vio al esclavo que había servido el desayuno atisbando desde la profundidad de la cocina

con expresión horrorizada. Entonces cayó en la cuenta como si le hubieran dado con un mazo.

—¡Ahí hay armas!

Castus lo miró con ojos desorbitados.

—¿Dónde?

—¡En la cocina! Cuchillos. Espetones para la carne.

—¡Por Belenus, tienes razón! —exclamó Gannicus.

«Ha llegado el momento de asumir el mando.»

—El intento de asaltar el arsenal es inútil. Dejémoslo de inmediato —dijo Espartaco secamente.

—Alguien tendrá que bloquear el pie de las dos escaleras —intervino Castus—. En cuanto se dé cuenta de lo que está pasando, Batiatus enviará a los guardas para impedírnoslo.

—Cierto. Me llevaré a un grupo a la cocina para arramblar con lo que podamos. El resto puede utilizar las mesas para bloquear las escaleras. En cierto modo la madera también les protegerá.

—Eso haremos —gruñó Gannicus.

—En cuanto los míos estén armados, atacaremos la puerta. —Espartaco frunció los labios en forma de sonrisa—. Cuando la abramos ya lo oiréis.

Castus sonrió, un poco más animado.

—¡Hasta entonces!

—¡Hasta entonces! —respondió Espartaco a sus hombres. Para entonces, la base de las escaleras estaba abarrotada de luchadores heridos. Se abrió camino y empezó a subir, pero resbalaba por los peldaños llenos de sangre. Al llegar a la primera planta, Espartaco no vio más que una masa de tracios que gritaban y empujaban a los guardas de un lado a otro. Había cuerpos por todas partes, emplumados de flechas o con unas horripilantes heridas de espada—. ¡Retiraos! —gritó en tracio y en latín—. ¡Retiraos!

Carbo giró la cabeza y Espartaco hizo un gesto apremiante.

—¡Vamos, tengo otro plan!

Para su alivio Carbo le oyó. Le entendió y empezó a decírselo a sus compañeros.

En cuestión de minutos Carbo y los demás se batieron en retirada. Les siguieron unos gritos triunfantes mientras los guardas sacaban el máximo partido de su ventaja. Espartaco tropezó escaleras abajo a la cabeza de los luchadores y le satisfizo encontrar a seis galos armados con mesas al pie de las mismas. Cuando los últimos hombres —dos de los escitas— bajaron en tropel de las escaleras, Espartaco sonrió. Siguiendo sus órdenes, pusieron cuatro de las mesas en posición vertical contra la abertura y la bloquearon por completo.

—¡Retenedlos ahí! —bramó Espartaco—. El resto, seguidme hasta la cocina.

Sin dar más explicaciones, cruzó el patio. Aunque ya no caían flechas desde arriba, el recorrido resultaba letal. Por culpa de la gran cantidad de muertos y heridos, apenas había espacio para pisar la arena. Sin embargo, mirando rápidamente por encima de ambos hombros, Espartaco se dio cuenta de que tenía mucho apoyo. Carbo, Getas y Seuthes estaban justo detrás de él. «Los guardas no pueden abatirlos a todos.»

—¡Buscad cualquier cosa que sirva de arma! —gritó Espartaco mientras entraban en tropel en la cocina con ojos desorbitados y el corazón a cien por hora.

Con un grito de terror ahogado, el chico de las gachas se refugió en un rincón. Al igual que animales salvajes que descienden sobre su presa, los gladiadores se apoderaron de todo lo que pudieron: cuchillos de carnicero con la hoja bien grande, cuchillos para filetear y gruesos espetones de hierro. Unos cuantos incluso cogieron las pesadas manos de mortero que servían para moler la cebada.

—¡A la puerta! —Espartaco giró sobre sus talones y salió al exterior—. ¡Rápido!

Atisbó a Oenomaus bajo el pasadizo cercano. No le sorprendió que se hubiera echado atrás. «Sigue vivo de milagro.» El rostro del germano se iluminó al ver a Espartaco y sus hombres cargando hacia delante. Profirió un grito de batalla y salió corriendo para unirse a ellos. Le siguió un grupo de compatriotas.

Espartaco se centró en los guardas que protegían la puerta. Estaban petrificados. «Por fin han girado las tornas.»

—¡Preparaos para el Hades, mamones! El barquero os espera —gritó.

Dos de ellos intentaron huir enseguida. Encabezados por Carbo, Getas y Seuthes, media docena de hombres que iban detrás de Espartaco se separaron y fueron a por ellos como perros rabiosos. La pareja desapareció, gritando, bajo un alud de golpes. El resto de los guardas que había junto a la entrada eran más duros de pelar que quienes habían huido. Cuatro de ellos se acercaron arrastrando los pies, sosteniendo los escudos juntos mientras sus compañeros se quedaban en la retaguardia, disparando flechas que formaban arcos bajos por encima de ellos. Espartaco sintió, más que vio, varias flechas que pasaban silbando por su lado y que se clavaban en luchadores que estaban detrás de él. El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho, pero no flaqueó. A diez pasos de los guardas, alzó la tajadera al máximo. En la otra mano llevaba una sartén grande y pesada.

—¡Por Tracia! —gritó a pleno pulmón—. ¡Por Tracia!

No podía haber escogido palabras mejores.

Un rugido amenazador y primitivo —el *titanismos*— llenó el aire que rodeaba a Espartaco cuando los guerreros respondieron al grito de guerra. Con el rostro contraído por la furia, se estrellaron en masa contra el muro de escudos de los guardas. A un par de luchadores les clavaron una espada en el vientre, pero el impacto hizo que sus enemigos retrocedieran varios pasos y dos guardas tropezaron y

cayeron. Quedaron atrapados en la arena y fueron descuartizados como pedazos de res.

Espartaco estaba enfrente de uno de los que no había perdido el equilibrio, un tipo con ojillos de cerdo al que conocía y detestaba. Preso del pánico, el hombre cometió el error garrafal de blandir el *gladius* hacia la cabeza de Espartaco.

Cuando Espartaco paró el golpe con la sartén de metal saltaron chispas.

—Chúpate esa —susurró, moviendo la tajadera de un lado a otro de la cara del guarda.

La hoja afilada como una cuchilla abrió la carne con facilidad. Alimentada por la rabia de Espartaco, le partió los dientes, le cortó la lengua y le desgarró la otra mejilla. Un manto de sangre cubrió la tajadera, que llenó el aire de finas gotas rojas. Profiriendo un chillido de dolor indescriptible, el guarda mutilado cayó al suelo. «Está acabado.»

Espartaco soltó la sartén y cogió la espada del hombre. Saltó por encima del deshecho que gritaba y se abalanzó sobre uno de los guardas provisto de un arco. El arquero aterrorizado intentaba desesperadamente colocar una flecha en la cuerda de arco. Fue lo último que hizo. Con un golpe demoledor de la tajada, Espartaco le quitó el arma sin miramientos. Fue más allá y acuchilló al hombre en el pecho con tanta fuerza que el *gladius* lo dejó clavado en las maderas de la puerta.

Jadeando, Espartaco miró a ambos lados. No veía a ningún guarda con vida, sino a una masa de gladiadores sonrientes y ensangrentados. Getas estaba a dos pasos de distancia. Se preguntó dónde estaba Seuthes. No había tiempo para mirar.

—¡Abrid la puerta! Salid a la calle, fuera del alcance de las flechas. Esperadnos ahí —bramó Espartaco—. ¡Castus! ¡Gannicus! ¡Gavius! ¡Oenomaus! La entrada está controlada. —A través del alboroto, oyó la respuesta a su llamada. «Bien. Por fin algunos saldrán. Ya se verá si yo, o Ariadne, lo conseguimos»—. Getas, ven conmigo. —Espartaco cogió a uno de los escitas del brazo—. Tengo que ir a buscar a mi mujer. ¿Vienes? —Agradeció que el hombre asintiera de inmediato.

—Mi amigo también viene. Nosotros proteger —farfulló el escita.

Un fuerte gruñido de aprobación del segundo hombre lo puso de manifiesto.

Espartaco se giró y arrancó el *gladius* del cuerpo inerte del guardia, que se deslizó puerta abajo dejando un rastro ancho y rojo en la madera.

—¡Seguidme! —Abriéndose paso entre la muchedumbre, corrió hacia su celda a toda velocidad. Nunca había sentido tal apremio por correr. En cuanto los hombres que sujetaban las mesas al pie de las escaleras abandonaran sus puestos, los guardas entrarían en tropel en el patio. Si él, Getas y los escitas no rescataban a Ariadne muy rápido, los matarían a todos.

Sin embargo, lo que hizo que se le parara el corazón no fue la avalancha de guardas, sino ver a Phortis, espada en mano, dirigiéndose hacia su celda. «Va a

matarla.»

—¡No! —gritó Espartaco. Pero estaba demasiado lejos. Demasiado lejos para hacer otra cosa que no fuera mirar.

Phortis llegó a la puerta. Sujetó la manilla con la mano izquierda y la abrió.

—¿Dónde está tu hombre, pedazo de puta?

Se produjo una breve pausa y entonces algo delgado y negro fue lanzado desde el interior de la celda, a la cara conmocionada de Phortis. Un grito quebrado escapó de la boca del capuano, que se tambaleó hacia atrás, sujetándose el cuello. La espada se le cayó al suelo sin que se diera cuenta.

«¡La serpiente! ¡Le ha tirado la dichosa serpiente!» Espartaco estaba exultante cuando alcanzó a Phortis, que se había caído de rodillas. La cara ya se le había puesto violeta y la lengua hinchada le sobresalía por entre los labios negros y engrosados. Espartaco carraspeó y escupió al capuano. «Bien merecido.»

—Vigila la puerta —ordenó a Getas. Esquivó cuidadosamente la serpiente, que había adoptado una posición elevada y amenazadora, y entró en la celda de un salto —. ¿Ariadne?

—¡Espartaco! —Se lanzó a sus brazos sollozando.

—Todo va bien. Estoy aquí. Phortis se está muriendo.

—¿Qué ha ocurrido? Todo ha salido mal.

—Ahora no —masculló—. Tenemos que salir de aquí.

—Por supuesto. —Rápidamente cogió un hatillo y un cesto de mimbre de encima de la cama—. Estoy lista.

«Cielos, qué valiente es.» La tomó de la mano y la guio al exterior. Se sintió aliviado al ver que, aunque los guardas habían salido al patio, avanzaban muy despacio. Sujetando las mesas, Crixus y sus últimos hombres tenían montada una feroz acción de retaguardia, lo cual permitía la huida de más gladiadores. «Ganar tiempo sigue siendo primordial.»

—Un momento.

—¡Ariadne!

Ariadne se soltó y empezó a hablarle a la serpiente con voz suave y calmada. Cuando estuvo a escasos pasos de ella, le puso una tela encima y la cogió rápidamente por detrás de la cabeza. La introdujo en el cesto y dedicó una mirada de satisfacción a Espartaco.

—No puedo dejarla atrás. Me ha salvado la vida.

—¡Vamos!

Junto con Getas y los escitas, echaron a correr y dejaron atrás el cadáver de Phortis, siguiendo el pasadizo que conducía hasta la puerta en vez de cruzar el patio. Espartaco estaba a punto de gritarle a Crixus que se retirara cuando el galo se giró y lo vio.

—¿Dónde está Gavius? —preguntó Espartaco.

—Muerto. El resto de sus hombres se ha desperdigado.

Espartaco ocultó su decepción.

—Pues entonces es hora de marcharse. —Rápidamente condujo a Ariadne a la calle, que estaba llena de gladiadores. Entre ellos se encontraban Castus y Gannicus. Vio el rostro de Carbo y también los de Amatokos y Chloris. «Bastante menos de cien. Qué pocos»—. ¡Todos los hombres que vayan armados, al frente! Cuando Crixus y sus muchachos salgan, quiero una carga falsa contra los guardas. Demostradles que esto va en serio. Les recordará que Batiatus no ejerce ningún poder fuera del *ludus*. ¿Está claro?

Lanzaron un rugido de aprobación. Bien armados o no tanto, el ansia de sangre de los gladiadores era mucha. Espartaco se sentía igual, pero se tranquilizó.

Esperaron a ambos lados del portón mientras los galos se retiraban de forma ordenada hacia ellos.

—¡Crixus! Di a tus hombres que se separen por el medio a medida que salís —gritó Espartaco—. Haremos que los cabrones se batan en retirada.

Crixus bramó algo en galo.

Con rostros ansiosos, los gladiadores que rodeaban a Espartaco avanzaron un paso.

—¡Aguantad! —Levantó el gladius—. ¡Aguantad!

Hicieron lo que les decía.

Crixus y sus hombres fueron saliendo del *ludus* arrastrando los pies de espaldas.

Los guardas hicieron caso del instinto y enlentecieron su avance.

Los galos se separaron y abrieron un pasillo central.

—¡Enseñémosles que vamos a arrancarles el corazón! —bramó Espartaco—. ¡Ya! —Embistió hacia delante, seguido de la masa palpitante de gladiadores.

Los guardas les echaron un vistazo y se pararon en seco. Entonces, como si fueran uno, empezaron a retirarse de vuelta al *ludus*.

Espartaco ardía en deseos de seguirles. Pero aminoró el paso y se paró.

—¡Alto! —exclamó—. Ya están bastante asustados. ¡Volvamos a la calle! —Mirando al frente, Espartaco empezó a dar marcha atrás. Vio a Batiatus en el anfiteatro insultando a sus hombres. «Grita todo lo que quieras, mamón. No son tan tontos como para morir sin razón.» En parejas y tríos desesperados, los luchadores que se habían quedado atrás observaban la retirada de los gladiadores. «Han tenido su oportunidad», pensó Espartaco con dureza.

»Cerrad los portones. Esos perros no se atreverán a abrirlos hasta dentro de un rato.

Los otros cuatro líderes le aguardaban. Intercambiaron una mirada breve y cautelosa.

—¿Por dónde? —preguntó Oenomaus.

—¿Carbo? —llamó Espartaco.

—El Vesubio está por allí. —Carbo señaló con seguridad calle abajo—. Si rodeamos las murallas llegaremos a la carretera principal situada al sur de la ciudad.

—Bien —dijo Espartaco.

Oenomaus ya estaba dando órdenes a sus hombres. Los tres galos hacían lo mismo.

Espartaco lanzó una mirada a Ariadne, que asintió para demostrar que estaba preparada. Unos veinte hombres esperaban sus órdenes. La mayoría eran tracios, pero también estaba Carbo. También vio a por lo menos un griego y a un par de nubios. A otra mujer aparte de Chloris. Y, por supuesto, a los dos escitas restantes. «Ni siquiera sé cómo se llaman.»

Echó un vistazo rápido a su alrededor.

—¿Dónde está Seuthes?

Getas ensombreció el semblante.

—No ha sobrevivido.

—¿Qué ha pasado?

—Uno de los guardas del portón se ha hecho el muerto. Ha acuchillado a Seuthes desde abajo. —Getas se tocó la entrepierna con los dedos—. Seuthes no tenía ninguna posibilidad. Se ha desangrado delante de mí. —Contrajo el rostro por el dolor.

La mirada de Espartaco regresó al portón. «Descansa en paz, hermano.»

—Ha llegado el momento de moverse —dijo en voz alta.

Echó a andar dando grandes zancadas. Ariadne corría a su lado. Detrás de ellos iban Getas, Carbo y sus hombres. Los demás les seguían como una marea.

Desde el huerto el gallo volvió a cacarear.

Espartaco olvidó su pesar durante unos instantes. Por lo menos no tendría que volver a oír a la dichosa ave.

10

Marco Licinio Craso salió por las grandes puertas de bronce que enmarcaban la entrada a la Curia, el edificio donde se reunía el Senado y donde acababa de pasar la mañana escuchando los debates. Había grupos y más grupos de senadores vestidos con la toga que también se marchaban. Al ver a Craso, la gran mayoría tenía la deferencia de apartarse para dejarle pasar. Muchos sonreían; la mayoría le murmuraban también un saludo respetuoso. Manteniendo una expresión cordial, Craso devolvía todos los saludos, independientemente del rango social del político en cuestión. «Una palabra amable de reconocimiento hoy puede convertirse en un amigo para mañana.» Como de costumbre, sus esfuerzos dieron buenos frutos. En el tiempo que Craso tardó en llegar a la escalinata de la Curia, recibió la promesa de dos votos a su favor en el inminente proyecto de ley sobre la propiedad de esclavos, le ofrecieron la primera opción de compra de una mina de plata recién descubierta en Iberia y recibió una petición servil de aplazamiento de alguien que debía saldarle una deuda la semana próxima. Como vio cerca a Pompeyo Magno acompañado tan solo de su camarilla de seguidores más cercanos, Craso se permitió regodearse por dentro. «Has vuelto a Roma en una visita relámpago para disfrutar de la adulación del Senado por tus supuestas victorias en Iberia, pero sigues siendo un mocoso arrogante. Observa y aprende, Pompeyo. Así se consigue el éxito político.»

A Craso le había fastidiado Pompeyo desde el momento en que su estrella había iniciado un ascenso meteórico hacia la prominencia. El motivo inicial era sencillo. Craso había tenido un ascenso mucho más accidentado a la cima. Entre sus antepasados se contaban censores, cónsules y un *pontifex maximus*, el sacerdote de mayor rango en Roma, pero eso no había evitado que la fortuna de la familia de Craso cayera en picado durante el mandato del primer Mario, y luego Cina. Durante varios años los partidarios de Sila habían pasado muchas penurias. «Tú no fuiste de los que perdieron al padre o al hermano en las proscripciones —pensó Craso, observando a Pompeyo con acritud—. Tú no fuiste de los que huyó de Italia con un puñado de seguidores y esclavos, para vivir en una cueva durante ocho meses, como bestias huidizas. No, tú conseguiste no llamar la atención de los cabrones marianos. Sin embargo, por mucho que reclutaras tres legiones cuando Sila regresó, y tus victorias en África desde entonces, tus fuerzas no fueron las que ganaron la batalla de la Puerta Colina, que, con un golpe maestro, restituyó a Sila en el poder. ¡Fui yo!»

Craso dedicó una sonrisa falsa y experta a Pompeyo, que respondió de modo similar. Al igual que el fastidio de la lluvia otoñal, ambos tenían que aceptar la presencia del otro en primera plana. Eso no significaba que tuvieran que caerse bien, pero era importante guardar las formas. Parecer amigos, aunque lo cierto fuera todo lo contrario. «Así funciona la política —pensó Craso—. Es una forma de vida que a

mí me sale de forma innata, Pompeyo Magno, mientras que tú no eres más que un provinciano advenedizo.» Lanzó una mirada negativa al puñado de veteranos del ejército que aguardaban la salida de Pompeyo. Al verle, le ovacionaron de forma ruidosa. A Craso le dolió verlo. Había pocos ex soldados que hubieran estado bajo su mando que le esperaran para prodigarle sus alabanzas, pero a Pompeyo le pasaba continuamente.

—¡Mira a ese mamón! A pesar de sus cacareadas credenciales militares, Pompeyo ha hecho una chapuza para poner a Sertorio en su sitio en Iberia. Ya lleva tres putos años —le dijo una voz aguda al oído.

Asombrado, Craso miró a su alrededor. Al reconocer a Saenius, su mayordomo, se relajó. No mucha gente le conocía tan bien como Saenius. Tras veinte años de servicio fiel, Craso confiaba ciegamente en el delgado y afeminado latino.

—Sí, ha sido una campaña excesivamente larga —repuso con acritud.

—Ahora parece que termina porque Perperna asesinó hace poco a Sertorio y asumió el mando de las fuerzas marianas. Es de todos sabido que Perperna es incapaz de organizar una partida de caza, y mucho menos un ejército. Si no hubiera sido por ese golpe de suerte, el tonto de Pompeyo se habría pasado el resto de su vida en Iberia —susurró Saenius—. Tú habrías acabado mucho antes.

—Es lo que me gustaría pensar —dijo Craso con modestia, antes de añadir—: Tendrían que haberme dado el mando desde un buen comienzo.

—Por supuesto que sí.

El discreto mayordomo no mencionó el motivo por el que el Senado había prescindido de su amo, pero Craso le dio vueltas al tema en su interior. «No disponía del ejército permanente que Pompeyo tenía entonces. El Senado no pudo negarle a ese gilipollas la petición de enviarle a Iberia.» Craso sería incapaz de reconocerlo, ni siquiera a Saenius, pero cuando se presentara la siguiente oportunidad de ascenso militar importante, tenía que aprovecharla. Ir a por todas.

A los romanos les gustaban los políticos melosos, que eran amigos de todo el mundo. Honraban a quienes tenían abiertas las puertas de su casa, daban banquetes y donaban una décima parte de lo que tenían a Hércules. Craso sabía que cumplía bien todos esos requisitos, pero todavía no había recibido, a diferencia de Pompeyo, el mayor galardón que Roma concedía a uno de sus ciudadanos.

Un triunfo.

Y la adoración pública que, al igual que la primavera tras el verano, le seguía de forma inevitable.

Craso no podía evitar sentir celos al ver a los veteranos saludando orgullosos a Pompeyo, que respondía con asentimientos magnánimos. Ordenó a Saenius que le siguiera y se preparó para internarse airadamente en el Foro.

Fue entonces cuando un hombre con un caballo sudoroso apareció repiqueteando

por los adoquines. La gente profirió gritos de indignación mientras se dispersaba para evitar ser pisoteada. La mirada de Craso se centró en el recién llegado con ojos de lince. «En nombre del Hades, ¿qué pasa aquí?» Tirando de las riendas, el jinete se detuvo en el Graecostasis, la zona de espera reservada para los dignatarios que deseaban dirigirse al Senado. Bajó de la montura, salió disparado hacia delante en dirección a la Curia.

—¿Dónde están los cónsules? —gritó—. ¿Siguen en el interior?

La multitud de senadores se apartó del hombre, que iba sin afeitar y vestía una túnica empapada de sudor. Abrieron un pasillo ante el mensajero, que, soltando una maldición, subió la escalinata a toda prisa. Parecía exhausto, pensó Craso. Y asustado. Debía de traer noticias urgentes. Craso se interpuso en su camino y le obligó a pararse en seco.

—Siguen dentro, creo —dijo con voz queda.

El hombre tardó unos segundos en asimilar sus palabras y le observó con sus ojos azul desvaído.

—Gracias, señor —dijo e hizo ademán de seguir adelante.

Se giró con agilidad y Craso se colocó a su altura.

—¿De dónde eres?

—De Capua.

—¿Y traes noticias importantes de allí?

—Sí, señor —fue la respuesta seca.

—¿De qué se trata?

Los ojos azul desvaído volvieron a mirarle.

—Supongo que da igual que os enteréis antes. Un grupo de gladiadores ha escapado del *ludus* de Capua.

Craso intensificó su interés.

—¿El *ludus*? Lo conozco bien. ¿Han huido muchos?

—Unos setenta, solo.

—Entonces no es grave —aseveró Craso de forma abrupta—. No es un asunto por el que molestar a los cónsules de Roma, ¿no?

El hombre le dedicó una mirada nerviosa, pero luego apretó la mandíbula.

—Yo diría lo contrario, señor. Ese mismo día, nosotros, los ciudadanos de Capua, enviamos una fuerza de más de doscientos hombres tras esos cabrones. Vos diréis que se trata de un asunto fácil de zanjar. Pero nuestros hombres fueron prácticamente aniquilados. Menos de una cuarta parte de ellos sobrevivieron.

Craso disimuló la sorpresa.

—Es insólito —dijo a la ligera.

Creyéndose justificado, el mensajero hizo ademán de marcharse.

Un atisbo de reconocimiento cosquilleó la memoria de Craso.

—Espera. ¿Por casualidad sabes el nombre de alguno de los renegados?

El hombre se giró. Hizo la señal de la cruz.

—Al parecer, el líder se llama Espartaco.

—¿Espartaco? —repitió Craso con verdadero asombro.

—Sí, señor. Es de Tracia.

—¿Qué más da cómo se llama el hijo de puta? —gruñó un senador que les había oído—. Entra ahí y díselo a los cónsules. Enseguida organizarán suficientes tropas para ir allí y cargarse a un buen puñado.

—Seguro —susurró Craso con voz melosa—. Capua no tiene de qué preocuparse. Roma se vengará de quienes le causan problemas.

Con un asentimiento de agradecimiento, el hombre se marchó a toda prisa.

«El gladiador al que vi luchar tiene más agallas de las que me pensaba. Lástima que no ordenara su muerte cuando tuve ocasión.» Craso apartó el asunto de su mente. Unos pocos cientos de legionarios al mando de uno de los otros pretores solventarían el problema. Él tenía asuntos más importantes que tratar.

De pie en el extremo mismo del barranco, Espartaco miró por el borde. Entrecerró los ojos para contemplar el brillo del abismo y avistó varias águilas y buitres suspendidos en el aire a más o menos la misma altura de vértigo. Por encima había un cielo azul turquesa lleno de la calidez del sol primaveral. Debajo, la vista era impresionante. Una alfombra tupida de encinas, cornicabra, hayas y fresales se extendía por las laderas del Vesubio desde la fortaleza de Espartaco en la cima. Exhaló un largo suspiro. «Aquí no viven más que las aves rapaces, los animales salvajes y nosotros. Ahora sí que soy un *latro*, Phortis.»

La mirada de Espartaco siguió la pendiente que iba allanándose mucho más abajo. Allí el terreno cambiaba. Un entramado de fincas, que parecían un mosaico hecho a lo loco, se extendía por la llanura de la Campania hasta donde alcanzaba la vista. Había infinidad de viñedos. Entre ellos había vastos campos de trigo verde. Más allá, a treinta y cinco kilómetros de distancia, se encontraban Capua y el *ludus*. Al oeste y sudoeste se encontraban las ciudades de Neápolis y Pompeya, y el mar. La Vía Annia, una carretera secundaria que enlazaba Roma con el sur, estaba situada al este del Vesubio, al igual que la localidad de Nuceria. Más allá se encontraban los montes Picentinos, una cordillera de gran altura que podía servir de refugio en caso necesario.

Los recuerdos de lo sucedido hacía tres días llenaron la mente de Espartaco. No le había sorprendido ni a él ni a los demás gladiadores que inmediatamente enviaran a un gran número de hombres desde Capua para machacarlos. Arrogantes y convencidos del éxito, había sido fácil tender una emboscada a las diez veintenas de veteranos y ciudadanos. Los gladiadores habían ido a por ellos como espectros

salvajes. Solo una parte de la milicia improvisada había conseguido huir para contar lo sucedido. A pesar de ello, Espartaco estaba cada vez de peor humor. El asunto no acabaría ahí. «Roma no funciona así. Nunca.» La noticia ya habría llegado al Senado de Roma. Los planes de represalia ya estarían urdidos.

Echó una mirada al enorme cráter que formaba lo alto de la montaña. Las paredes circundantes estaban cubiertas de vides silvestres y el espacio verde estaba lleno de vegetación: enebros retorcidos se elevaban por encima de los arbustos de matacabras, plantas de mirto y salvia. Varias charcas grandes recogían el agua de lluvia para beber. El campamento de los gladiadores ocupaba una zona de tamaño considerable. Incluía una docena de tiendas, robadas el día anterior, y el mismo número de cobertizos de madera improvisados. Espartaco frunció el ceño. «Setenta y tres nos escapamos del *ludus*. Teniendo en cuenta que hay cuatro mujeres, sumamos sesenta y nueve luchadores. Más de un tercio de los hombres de Batiatus. Apenas una banda de guerreros de tamaño decente.» Tuvo una corazonada de inmediato. «El Senado no nos mirará bajo ese prisma. No solo nos hemos armado con armas de gladiador de la caravana de carretas que se dirigía a Nola, sino que hemos machacado a una fuerza militar superior.» Quizá fuera el momento propicio para partir hacia Tracia. Ariadne había mencionado la posibilidad, pero hasta el momento Espartaco se había resistido. No se lo había reconocido a Ariadne, pero le gustaba contar con un grupo de seguidores. Le gustaba ser líder. Si se marchaba a Tracia, solo le seguirían unos cuantos hombres leales.

Un hombre de los que estaban junto a uno de los cobertizos le saludó con la mano y Espartaco le devolvió el gesto. «Por lo menos van llegando nuevos reclutas.» Hasta el momento solo habían sido un puñado de esclavos agrícolas. Esa cantidad tenía que crecer, y rápido. De lo contrario, todas las tropas que enviaran contra ellos los machacarían como un hombre a una mosca. Espartaco apretó los puños. Aunque su número aumentase, ¿qué diferencia supondría? Se tardaban semanas, no, meses, en convertir a los hombres acostumbrados a empuñar un arado en soldados capaces de plantar cara a los legionarios romanos. Tendrían suerte si se les concedía aunque fuera una fracción de ese tiempo. Al ver a Crixus luchando con uno de sus camaradas se frustró todavía más.

Toda apariencia de unidad entre los gladiadores se había disipado en cuanto llegaron al Vesubio. Al igual que el aceite que se separa del vinagre, los distintos grupos se habían vuelto a formar al mando de sus líderes originales. También acamparon aparte: tres grupos de galos, los germanos con Oenomaus y los tracios y otras nacionalidades con Espartaco. La separación física había aumentado sus diferencias todavía más. Desde el primer momento, Espartaco había tenido dificultades para conseguir suficientes centinelas. Como es de imaginar, sus hombres no estaban demasiado contentos haciendo guardia mientras los demás se relajaban en

el cráter. Pero por lo menos obedecían sus órdenes, se dijo.

Embriagados por su reciente libertad, Crixus, Castus y Gannicus se habían reído en su cara cuando se había encarado a ellos acerca de este tema la noche anterior.

—¡Ahora somos libres! ¡Relájate y disfruta! ¿No? —había dicho Gannicus.

Castus se había limitado a encogerse de hombros y señalar a sus hombres, que estaban engullendo el vino que les habían arrebatado a los muertos después de la emboscada.

—¿Qué necesidad tenemos de centinelas? —había bramado Crixus—. ¡Mira lo que les hicimos a esos hijos de puta de Capua! Nadie se nos va a acercar. A no ser que quieran suicidarse, claro está. —Dedicó una amplia sonrisa a sus seguidores, que soltaron una carcajada para mostrar su aprobación.

Espartaco había tenido que hacer acopio de todo su autocontrol para no volver a abalanzarse sobre Crixus y darle una paliza. Pero no había hecho nada. Si bien los líderes galos eran exasperantes, poco disciplinados y propensos a la embriaguez, ellos y sus hombres representaban una parte considerable —y vital— de sus fuerzas. Había veinticinco galos, incluida una mujer. Espartaco no podía darles la espalda por completo. Con la reciente incorporación de unos cuantos esclavos agrícolas huidos, disponía de veintinueve hombres y dos mujeres, incluyéndose a él y a Ariadne. Sin embargo, si se producía una verdadera lucha, solo podía confiar en los diecisiete de sus seguidores que eran gladiadores. Oenomaus tenía unos cuantos seguidores más que el total de galos: veintiséis hombres y dos mujeres, pero la unidad de los germanos le proporcionaba la agrupación más poderosa con diferencia.

Por suerte, Oenomaus también era un poco más sensato que los demás. Había oído las quejas de Espartaco sobre los centinelas e inmediatamente había convenido que sus hombres debían compartir la tarea. Sin embargo, su buena voluntad no había ido más allá. Cuando Espartaco le había mencionado el entrenamiento con armas, Oenomaus había fruncido el ceño.

—Ya nos entrenamos bastante en el puto *ludus*.

El argumento que Espartaco le había dado acerca de enfrentarse a legionarios había caído en saco roto.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lo tengamos delante —había dicho el germano.

«Cuando lo tengamos delante.» Un pensamiento ominoso embargó a Espartaco y volvió a dirigir la mirada hacia la llanura de la Campania. Las carreteras que veía eran tan pequeñas como los lazos de un vestido de muñeca, pero aun así distinguía la silueta diminuta de los carros y los bueyes. Por el momento. Tan seguro como que el trigo maduraba al final del verano, algún día vería la columna inconfundible de un ejército romano, marchando hacia el Vesubio. Aunque solo estuviera formado por mil hombres, presentaría el mismo aspecto que los que Espartaco se había acostumbrado

a ver durante la conquista de Tracia. Exploradores y escaramuzadores al frente. La caballería y luego el cuerpo principal de infantería. Los agrimensores del campamento y su equipamiento, seguidos del comandante y sus guardaespaldas. Más caballería. Los oficiales de alto rango con su escolta. La retaguardia. Y tras ellos, los zarrapastrosos que seguían la estela de cualquier ejército desde el albor de los tiempos. Prostitutas, comerciantes de todo tipo, adivinos, picapleitos, artistas y tratantes de esclavos. Tal vez incluso el hombre que ocuparía ahora el lugar de Phortis, enviado por Batiatus para recuperar a los pobres desgraciados que tuvieran la mala fortuna de ser capturados con vida.

«Yo no estaré entre ellos. Ni tampoco Ariadne», pensó Espartaco con determinación. La muerte era mucho más atractiva que regresar al cautiverio, sobre todo si se llegaba a ella descuartizando al máximo de legionarios. Si bien ese objetivo le atraía, era imposible negar que fuera inútil. «¿Por qué no marcharse sin más?»

—¿Esta es la montaña con la que soñabas?

La voz de Ariadne al oído le sobresaltó.

—¡Con qué sigilo te me has acercado! —masculló, un poco avergonzado. Observó el entorno con más atención. Dada la sucesión de acontecimientos desde la huida, no se había parado a pensar en su sueño.

»Puede ser. Desde luego es lo bastante remota.

—Y tienes una *sica*. —Dio un golpecito al arma envainada que colgaba del tahalí.

—Cierto. —Se había puesto muy contento al encontrar una espada tracia en la remesa que se habían hallado en la carretera procedente de Capua.

—Estás a mucha altura.

—Sí, pero no estoy solo. —Señaló el campamento de abajo.

—No todo lo que aparece en un sueño tiene que ser exacto.

A Espartaco se le encogió el estómago y escudriñó el rostro de ella para ver si le ofrecía alguna pista. Pasaba buena parte del tiempo rezándole a Dioniso. Tal vez por fin sus plegarias habían recibido respuesta.

—¿Has llegado a entender lo que vi? —Volvió a ver la tristeza reflejada en los ojos de Ariadne y, de nuevo, notó que la serpiente le rodeaba el cuello. «¿Representa a los soldados que envía Roma? ¿O la suerte que me aguarda si intento regresar a Tracia?» Alzó la vista a los cielos contrariado. «¿Qué fin has planeado para nosotros, Gran Jinete?»

—Quizá no signifique lo que piensas.

—Es difícil pensar lo contrario. —Dándose una palmada en el vientre plano, Espartaco cambió de tema—. Tengo intención de llenármelo con carne. Cualquier carne me va bien. Buey, cerdo, cordero, incluso cabra. También necesitamos provisiones, sobre todo mantas y cuero para hacer sandalias. Reuniré a los hombres y buscaré una granja fácil de saquear. Me llevaré a todos menos a Getas, que se quedará

aquí contigo.

Ariadne tuvo la sensatez de no preguntar si podía acompañarle. Como sacerdotisa, su valor para los gladiadores resultaba incalculable. Además, no quería ver las matanzas y violaciones que formarían parte de la expedición.

Espartaco se deslizó al lado de Carbo mientras seguían el sendero dejado por los cazadores a través del bosque. Atheas y Taxacis, los dos escitas, le seguían en silencio, sin mover apenas los gruesos arbustos al pasar. Atheas era el de la barba negra poblada, mientras que Taxacis tenía la nariz rota como una salchicha machacada. Desde la huida del *ludus*, la pareja se había convertido en su sombra. Incluso dormían en el exterior de su tienda, como fieles perros de caza. Espartaco no sabía por qué los habilidosos guerreros habían decidido convertirse en sus guardaespaldas, pero descansaba más tranquilo gracias a ellos. Getas no podía hacerlo todo solo. El hecho de tener que lidiar primero con los temibles escitas haría que cualquier gladiador contrariado se lo pensara dos veces antes de intentar matarlo.

Miró a Carbo de reojo. Con todo lo que había pasado desde su huida, no había tenido tiempo de hablar con el joven romano. Ahora tenía la oportunidad de sopesar la lealtad de Carbo una vez más. En el interior del *ludus* no la había puesto realmente a prueba, pero la situación estaba a punto de cambiar.

—Con un poco de suerte, esta excursioncita nos proveerá de unas cuantas ovejas o incluso ganado. Nada como la carne fresca asada en una hoguera, ¿eh?

—La barriga ya me está gruñendo —reconoció Carbo. Ensombreció el semblante —. ¿Habrá muertos?

—Espero que no. Solo nos enfrentaremos a los esclavos agrícolas y al cabrón de su amo.

—No me refería a los nuestros.

Espartaco le lanzó una mirada severa.

—Supongo que habrá unas cuantas bajas, sí. No te extrañe que algunos de los gladiadores huidos se venguen de algunas personas que los trataron como animales.

—Creía que íbamos a buscar comida.

—Así es —repuso Espartaco inocentemente—. Y si resulta que matamos a uno o dos romanos, será un extra.

—¡Eso no está bien! —Las palabras habían escapado de los labios de Carbo antes de que se diera cuenta.

—Ah, ¿no? —Espartaco le clavó un dedo a Carbo en el pecho—. Tus putas legiones han causado un prejuicio mucho mayor a mi pueblo. He visto infinidad de asentamientos saqueados y destruidos. He perdido la cuenta de los viejos y enfermos que fueron asesinados porque no servían de esclavos. ¿Has visto alguna vez destripar a un bebé? ¿O a una mujer a la que han violado tantas veces que ha perdido la

cabeza?

Carbo se sonrojó y tuvo la sensatez de no responder. «Probablemente tenga razón.»

—Si no quieres participar, puedes largarte.

Los pies de Carbo continuaron en el sendero.

Se produjo una pausa larga.

—¿Y bien? —preguntó Espartaco.

—Me quedo.

—¿Y cuando llegue el momento de luchar? —inquirió Espartaco en un tono crispado—. Los siguientes que vendrán a por nosotros serán legionarios. ¿Echarás a correr antes de matar a tus compatriotas?

—No. —«¿Adónde iría? ¿A Roma a convertirme en abogado? Prefiero ser un *latro*.»

—¿Cómo puedo estar seguro? —Los ojos grises de Espartaco se tornaron amenazadores—. No me hace falta ningún hombre en el que no pueda confiar.

—Tú me protegiste en el *ludus*. Fuiste el único, así que te soy leal —dijo Carbo apasionadamente—. Aunque implique luchar contra los míos.

La ira de Espartaco se redujo ligeramente.

—Te estaré observando —advirtió.

Carbo asintió con una determinación sombría. «No se diferencia de la arena. Mata o te matarán. Es mi única opción.»

Al cabo de una hora, Espartaco se sentía realmente como un *latro*. La finca que habían encontrado les había parecido perfecta. Era uno de los típicos latifundios de la zona. Extensos campos llenos de cultivos y de ganado rodeaban un patio, edificaciones agrícolas y una villa enorme. Los gladiadores se habían dirigido hacia esta última antes de dedicarse a las ovejas y al ganado. Era poco probable que alguien acudiera en ayuda del propietario, pero valía la pena ser cauto. También habían reunido a todos los esclavos a los que habían encontrado. Espartaco no lo entendía, pero algunos esclavos sentían que debían ser leales a sus amos. No quería que nadie fuera por ahí a dar la noticia hasta que se marcharan.

La matanza había empezado poco después de llegar a las edificaciones. Al oír la conmoción, el propietario había aparecido por la puerta principal. Era un hombre bajo y robusto de unos cuarenta años con el pelo muy corto, parecía un veterano del ejército. Al ver a los gladiadores, que gritaban, y a sus esclavos gimiendo aterrorizados, había entrado rápidamente en la villa. Al cabo de unos minutos, había aparecido a la cabeza de un grupo de criados armados. Blandiendo un viejo pero útil *gladius*, el romano había atacado directamente a Crixus. Gritando regocijados, los galos habían rodeado a los atacantes como una manada de lobos hambrientos.

Ahora el hombre, lleno de heridas de arma blanca y con la cabeza casi cortada, yacía en un gran charco de sangre. Habiendo recibido un trato similar, los cadáveres de sus esclavos domésticos yacían a su alrededor. Su esposa y dos hijas adolescentes ya estaban boca arriba gritando con todas sus fuerzas. Encima de cada una de ellas había un gladiador con el culo al aire, embistiendo entre sus piernas abiertas. Riendo y bromeando entre ellos, otros doce aguardaban su turno. Espartaco, que estaba sentado al borde de una fuente junto a la entrada del patio, desviaba la mirada. Esperaba que sus hombres más disciplinados, los escitas y dos de los tracios, regresaran e informaran de lo que habían encontrado en cuanto a armas, grano y otras provisiones.

—¿No puedes detener esto? —Carbo señaló hacia la masa de luchadores que aullaban—. Es asqueroso.

—Lo es —convino Espartaco con aire cansino—. Pero también es inevitable. Además, si intentara evitar lo que está pasando, esos hombres me matarían sin parpadear. Así que les dejo.

—¡Son unos bestias! —espetó Carbo.

—No. Son guerreros que llevan meses, o incluso años, sin estar con una mujer. ¿Acaso tus queridos legionarios se comportan de otro modo cuando saquean una ciudad? Lo dudo ampliamente.

—Los legionarios nunca se comportarían de un modo tan asqueroso. —En cuanto pronunció esas palabras, Carbo se dio cuenta de que eran mentira.

—Créetelo si quieres.

Carbo se sonrojó y se quedó callado.

—¿Por qué no haces algo útil? Entra en la casa y busca armas.

Carbo desapareció con expresión aliviada.

Espartaco oyó otra tanda de gritos agudos. Procedía de los aposentos de los esclavos. «Ahí es donde están los demás guerreros. Imbéciles», pensó. Carbo tenía razón. «Necesitamos más reclutas, no más enemigos. ¿Quién querrá venir con nosotros si nuestros hombres han violado a sus mujeres?» Se dirigió hacia los aullidos llamando a Atheas y Taxacis.

Había que implantar cierta disciplina.

Transcurrieron dos semanas sin que hubiera ni rastro de los soldados romanos. Sin embargo, con cada día que pasaba, Espartaco estaba cada vez más tenso. Era inevitable que el Senado enviara una fuerza a machacarlos. Lo único que no se sabía era cuándo ocurriría. El tiempo iba pasando y, al hacerlo, el resto de los gladiadores no hacían nada para prepararse. Junto con sus líderes, observaban y se burlaban de la instrucción contumaz a la que Espartaco sometía a sus hombres y a un grupo de esclavos que se les habían unido. La mayoría de sus seguidores estaban ahora mejor

armados que sus otrora camaradas. Tenían a Carbo para agradecérselo. Él era quien había encontrado un gran alijo de armas —espadas, jabalinas, lanzas y puñales— en la villa. Las armas eran un añadido importante a la causa de los tracios, pero seguían faltándoles escudos y cascos. Afectaría poco al resultado, aunque irritaba a Espartaco. Sus hombres merecían más.

Espartaco también se dedicó en cuerpo y alma a instruir a Carbo. Era un placer tener un discípulo tan ávido de aprender. El joven romano parecía haber aprendido una lección en el latifundio y no había vuelto a mencionar lo ocurrido. «Ya está bien —pensó Espartaco—, porque las violaciones se producirán de todos modos. Por feas que sean, forma parte integrante de la guerra.» La actitud entusiasta de Carbo también ayudaba a Espartaco a olvidarse de sus preocupaciones. Durante este tiempo, tampoco preguntó a Ariadne sobre su sueño. De poco servía. Había llegado a la conclusión de que la serpiente simbolizaba Roma y sus legiones y que su sino era morir en el campo de batalla contra ellos. Espartaco le daba vueltas todos los días mientras se sentaba en el borde del cráter, contemplando el paisaje que se extendía más abajo. No era la peor suerte que un hombre podía correr. Era mejor que morir en la arena mientras miles de romanos pedían su cabeza. Su decisión de quedarse había sido un acierto. Devolvía la lealtad de sus seguidores liderándolos en vez de abandonarlos. Sus hombres también habían sido el motivo por el que había sido preferible no dirigirse a Tracia. «No puedo abandonarlos. Pero ¿qué hago con Ariadne?» Le preocupaba no tener respuesta para ello.

Espartaco estaba en ese mismo lugar un día por la mañana cuando con el rabillo del ojo vio que Atheas se acercaba lentamente. No giró la cabeza.

—¿Qué ocurre?

—Visitante… importante.

Espartaco desvió la mirada del panorama que tenía más abajo.

—Pues entonces suéltalo ya.

—Un esclavo agrícola ha venido… a unirse a nosotros.

—¿Y?

—Ha visto soldados… marchando hacia… montaña.

Espartaco se giró.

—¿A qué distancia de aquí?

—A un día, dice.

«Qué cerca.»

—¡Tráemelo de inmediato!

Atheas se marchó corriendo y regresó poco después con una figura fornida detrás. Espartaco observó con curiosidad al recién llegado desarmado, vestido con una túnica basta que apenas era más que un harapo. Era joven, de ancha espalda, y tenía la piel

tostada por haber pasado toda una vida trabajando en el exterior. Su rostro redondo y agradable quedaba empañado por una fea cicatriz púrpura que le cruzaba la mejilla izquierda.

—Para —ordenó Atheas cuando estuvieron a diez pasos de Espartaco.

Mirando a Espartaco con una curiosidad sin disimulos, el esclavo obedeció.

—¿Cómo te llamas?

—Aventianus, amo.

—En este campamento no hay amos, Aventianus. Aquí somos todos iguales. Hombres libres.

—Me dijeron que tratabas así a todo el mundo, pero pensé que era un rumor. Hasta ahora.

—No es ningún rumor. Creo que traes noticias, ¿no?

—Sí. Ayer una gran columna de soldados…

—¿Cuántos? —interrumpió Espartaco.

—Unos tres mil.

Espartaco soltó un improperio moviendo solo los labios. «¿En qué estaba pensando? ¿En que bastaba con ochenta contra tantos hombres? Total, como si son cien mil.»

—Continúa.

—Llegaron al límite de la tierra de mi señor a media tarde. El comandante, un pretor, pidió permiso para acampar durante la noche; mi señor estuvo encantado de ofrecerles cobijo. Invitó a los oficiales de alto rango a cenar con él. Durante la velada, se reveló que el Senado había ordenado el envío de las tropas. Tienen por misión llegar al Vesubio… y sofocar vuestra revuelta.

Espartaco levantó una mano y volvió a interrumpir a Aventianus.

—Hay hombres que necesitan oír esto. —Lanzó una mirada a Atheas—. Ve a buscar a los demás líderes. Diles que es urgente.

A Espartaco le sorprendió que el sentimiento dominante fuera el de alivio. «La espera ha terminado.»

Al poco rato, Atheas regresó con Oenomaus y los tres galos. La expresión de los cuatro hombres era de preocupación y enfado.

«La noticia ya se ha difundido.»

—En nombre de Toutatis, ¿qué ocurre? —inquirió Crixus.

—Cuéntales lo que me has contado a mí —ordenó Espartaco.

Mientras Aventianus hacía lo dicho, Crixus empezó a insultar con fuerza en voz baja. Oenomaus, con rostro impasible, escuchaba en silencio. Castus y Gannicus intercambiaban miradas amargas.

—¡Tres mil putos legionarios! —espetó Oenomaus—. ¿Algo de caballería?

—No.

—De todos modos aquí arriba no serviría de nada —manifestó Crixus.

—¿Se sabe el nombre del comandante? —preguntó Espartaco.

—Cayo Claudio Glabro —repuso Aventianus—. Es un pretor.

—Nunca he oído hablar de ese cabrón —gruñó Castus.

«Su nombre es irrelevante.» Espartaco se pasó un dedo por los labios mientras pensaba.

—¿Tiene experiencia militar?

—No. Pero parecía seguro.

—Por supuesto, menudo mamón —gruñó Castus—. Tiene casi cuarenta hombres por cada uno de los nuestros.

Aventianus se aclaró la garganta.

—No son legionarios normales.

Los galos estaban tan enfadados que no asimilaban las palabras de Aventianus, pero Espartaco sí.

—Repite eso —ordenó Espartaco.

—Glabro dijo que el Senado se negó a clasificar esto como una revuelta y lo consideró una urgencia. No concedió un reclutamiento de tropa en el Campus Martius. Glabro se quejó, pero fue desautorizado, por lo que tuvo que reclutar a sus soldados durante la marcha al sur de Roma. Hay algunos veteranos, pero la mayoría son ciudadanos campesinos o de los pueblos sin mucha experiencia militar.

—¡Buenas noticias! —exclamó Espartaco. «De todos modos, ¿supondrá alguna diferencia?»

Castus emitió un ruido despectivo.

—Me imagino que habrá suficientes hombres para hacer el trabajo.

—Por lo menos podemos acabar cubiertos de gloria. —Crixus imitó una furibunda estocada con la espada y luego otra—. De forma que los dioses tendrán que darse cuenta.

Castus y Gannicus lo fulminaban en silencio con la mirada.

—Lo siento —dijo Aventianus.

—No tienes nada de que disculparte —repuso Oenomaus enseguida—. Has venido aquí a advertirnos, arriesgando tu vida motu proprio. Nosotros somos quienes estamos en deuda contigo.

—Intenté que otros esclavos de la granja también vinieran, pero nadie ha querido. Dijeron que había demasiados soldados. —Aventianus bajó la cabeza.

—Eres un hombre valiente. —Espartaco se le acercó y le agarró por el hombro—. ¿Cuánto has tardado en llegar hasta aquí?

—He corrido durante unas tres horas.

—O sea que llegarán aquí por la tarde —calculó Espartaco.

Aventianus asintió.

—Es con lo que contaba Glabro.

—Está bien saberlo. —Espartaco señaló hacia el norte—. Márchate ahora y llegarás a la finca de tu amo al caer la noche. Quizá no hayan advertido tu ausencia.

—No —protestó Aventianus—. ¡He venido aquí para unirme a vosotros!

—Nos van a matar a todos —advirtió Espartaco en voz baja.

—¡Me da igual! —Aventianus se señaló la cicatriz irregular que tenía en la cara —. ¿Ves esto? Me lo hicieron con un atizador ardiendo. Mi castigo por un delito menor hace dos años. Morir aquí con vosotros, como hombre libre, me resulta mucho más atractivo que volver a eso.

Espartaco lanzó una mirada significativa a los tres galos. «¿Por qué no podéis ser como él, gilipollas?»

—En ese caso, nos enorgullece contarte entre nosotros.

—Gracias.

—Debes de estar cansado y hambriento —dijo Espartaco. Lanzó otra mirada a Atheas—. Lleva a Aventianus a la zona donde se cocina. Encárgate de que coma y beba. Después necesitará un arma y algún lugar donde dormir.

Mientras la pareja desaparecía, se dirigió a los demás. La noticia había hecho resurgir su determinación de vengarse.

—¿Qué opináis?

—Creo que estamos jodidos —espetó Castus.

Espartaco se tragó su ira. «Si tú y tus hombres os hubierais molestado en entrenar, no seríais tan jodidamente pesimistas.»

—¿Oenomaus?

—Es difícil no estar de acuerdo con Castus. Sin embargo, a no ser que queramos acabar solos, deberíamos guardárnoslo para nosotros. Yo no pienso huir ni rendirme. Estoy aquí para luchar.

Crixus se enfureció.

—¡Yo también!

—¡Y yo! —se apresuró a añadir Gannicus.

—Me alegro —repuso Oenomaus—. Lo primero que hay que hacer es preparar un plan de acción. Decidir cuál es la mejor manera de causar el máximo de bajas entre esos hijos de puta antes de que nos invadan.

Castus desplegó una sonrisa cruel.

—Suena bien.

—A mí también me lo parece —convino Espartaco. «Bien hecho, Oenomaus»—. He estado pensando. Teniendo en cuenta que solo hay un sendero decente que sube hasta la cima, es obvio por dónde llegarán. Me he fijado en una buena posición en el punto más empinado. Si apilamos piedras grandes y rocas, será fácil hacer que rueden hacia los atacantes.

—El sendero es muy estrecho —añadió Crixus—. Según mis cálculos, tres hombres con escudos puestos a lo ancho podrían retener a los que vayan llegando.

—¿Escudos? —preguntó Espartaco.

—Lo sé, lo sé. Carecemos de ellos. Pero en cuanto matemos a unos cuantos de esos cerdos, la situación cambiará. —Crixus los fulminó con la mirada, retándoles a cuestionar su idea.

—Estaba pensando lo mismo —reconoció Espartaco. No dijo qué más tenía en mente. «¿A cuántos hombres perderemos durante el enfrentamiento?»—. Los dos nubios tienen hondas. Pueden lanzar piedras a los romanos en cuanto estén al alcance; el resto podemos recoger rocas pequeñas para arrojar. Los escudos protegerán a esos cabrones, pero heriremos a muchos. No podrán hacer nada al respecto. —«No te engañes. Será como intentar detener una columna de hormigas. Es fácil pisotear a unos pocos cientos, pero imposible detenerlas a todas.»

Sin embargo, sus palabras surtieron el efecto deseado. A Castus en concreto se le veía mucho más feliz.

—Pondré a mis hombres a buscar rocas. Cuantas más tengamos, mejor —dijo, marchándose.

Gannicus se marchó con Crixus y se pusieron a discutir quién se situaría en primera línea.

Oenomaus esperó hasta que los galos ya no pudieran oírle.

—¿Y si no atacan?

Espartaco se había planteado a medias esa opción, pero la había descartado. Al fin y al cabo, a los romanos les encantaba la confrontación… la batalla abierta. «Aunque no siempre.»

—¿Crees que harían tal cosa?

—A no ser que Glabro quiera perder a montones de soldados antes incluso de que alcancen nuestras líneas, es la opción más sensata. Yo colocaría a un par de cientos de hombres a vigilar el sendero y me sentaría a esperar.

—Para que nos muramos de hambre aquí arriba, ¿dices? —gruñó Espartaco.

—Sí. Es lento pero eficaz y con un coste mucho menor en vidas humanas.

—Si cargamos hacia abajo para atacarlos, perdemos nuestra única ventaja. La de la altura.

Se observaron el uno al otro sin mediar palabra. Las buenas vibraciones de hacía unos instantes se habían desvanecido. Su causa parecía desesperada una vez más.

Espartaco apretó la mandíbula. «No es el momento de rendirse. Yo decidí estar aquí.»

—Hagamos los preparativos tal como hemos hablado. No tiene sentido preocuparse por cosas que no podemos evitar.

—De acuerdo.

—Hablaré con Ariadne. Tal vez su dios nos dé alguna pauta que seguir.
Oenomaus sonrió.
—Eso estaría muy bien.
«Si no llega pronto, será demasiado tarde.»

11

Era media tarde cuando avistaron a Glabro y sus soldados. Al oír el grito del centinela, todos los que estaban en el campamento dejaron lo que tenían entre manos y subieron al borde del cráter. A media distancia se veía una fila negra larga y serpenteante en la carretera procedente de Capua. Estaba demasiado lejos para distinguir las siluetas individuales de hombres o bestias, pero después de las noticias de Aventianus, la columna solo podía ser una cosa. El instrumento de su condena. Durante un buen rato, nadie de los que observaban habló o miró a otro. Todas las miradas estaban fijas en la tropa que se acercaba. El silencio amenazador solo quedaba interrumpido por el débil silbido del viento.

Al final, Espartaco se movió. No solo era inútil observar a los romanos, sino que era peligroso. Notaba que la moral de los gladiadores disminuía con cada momento que pasaba.

—¡De vuelta al trabajo! Todavía queda mucho por hacer —gritó—. Quiero cientos de rocas grandes preparadas para hacer rodar hacia el enemigo. Miles de piedras que arrojar y para que utilicen los honderos. Todas las espadas y puñales necesitan un buen filo que sea capaz de rasuraros los pelos del brazo. ¡Esos hijos de puta van a arrepentirse de haber venido hasta aquí!

Todos los hombres hicieron lo indicado, pero pocos sonreían. Menos incluso reían.

Espartaco lanzó una mirada inquisidora a Ariadne. El pequeño y escéptico movimiento de cabeza que recibió le sentó como un puñetazo en el plexo solar. «¿Eso es todo, Gran Jinete?» Negó con la cabeza y apartó sus preocupaciones.

—Atheas, Taxacis, seguid el sendero montaña abajo. Acercaos el máximo posible a los romanos sin ser vistos. Quiero conocer todos sus movimientos. Saber cómo disponen el campamento. La cantidad de centinelas. Regresad antes del atardecer.

Sonriendo con fiereza ante su nueva misión, los escitas se marcharon al trote.

Espartaco fue a rezarle al Gran Jinete.

Y a afilar la *sica*.

Debido a los árboles que cubrían las laderas superiores del Vesubio, la columna romana se perdió de vista en cuanto llegó al pie de la montaña a última hora de esa misma tarde. Más que nada, su desaparición aumentó la tensión. Los ánimos se iban caldeando y los hombres saltaban irritados a la mínima. A cierta distancia del campamento, un gladiador germano que recogía piedras huyó en cuanto sus compañeros le dieron la espalda. Se oyeron gritos airados cuando lo avistaron, pero Oenomaus ordenó que no persiguieran al fugitivo.

—¿Quién quiere a un hombre como ese a su lado cuando empiece la lucha? —

bramó.

El sol estaba bajo en el cielo cuando Atheas y Taxacis reaparecieron. Espartaco hablaba con Oenomaus y los tres galos, pero su conversación cesó en cuanto se acercaron los guerreros.

—¿Y bien? —preguntó Espartaco.

—Han levantado un… campamento. Del estilo típico —empezó a decir Atheas.

Espartaco vio la confusión de los demás. Habiendo nacido esclavos, nunca habrían visto las fortificaciones temporales que los romanos erigían cada noche en marcha.

—Será rectangular, con una entrada a cada lado —explicó—. Todo él estará rodeado de un terraplén de la altura de un hombre, coronado con estacas. Por fuera habrán excavado una zanja protectora de hasta la cintura de profundidad.

Atheas asintió.

—Hemos contado… una estaca delante de… cada muro. De cien pasos.

—¿Eso es todo? Cabrones arrogantes —dijo Crixus con desprecio.

—¿Alguna actividad en el camino a la cumbre? —preguntó Espartaco, con el estómago encogido.

—Sí. Trescientos legionarios… apostados de lado a lado. Y varios grupos pequeños han subido… un buen trecho de montaña. Se han escondido… a ambos lados del sendero. Sin tiendas.

—Entonces son centinelas —dijo Gannicus crispado.

Espartaco maldijo con furia. «Oenomaus tenía razón.»

—¡Esos hombres están ahí para evitar que huyamos esta noche! Los hijos de puta atacarán por la mañana, ¿no? —supuso Crixus. Miró a cada hombre. Algo en la expresión de Espartaco y Oenomaus le hizo endurecer el semblante—. Ninguno de vosotros lo piensa.

—Tiene más sentido sitiarnos —reconoció Espartaco—. Pueden esperar ahí abajo con relativa comodidad hasta que nos quedemos sin comida.

—¡Pedazos de mierda entogados, son unos hijos de perra folla-cabras! —bramó Crixus encolerizado. Dio zapatazos arriba y abajo, lanzando más improperios subidos de tono. Cuando se tranquilizó un poco, clavó la mirada en los demás—. Como he dicho, optemos por una muerte heroica. Bajaremos ahí por la mañana y atacaremos sus líneas. Acabemos de un modo que sea recordado para siempre por los esclavos.

Con el ceño fruncido, Castus y Gannicus se quedaron mirando el suelo.

—Podemos hacerlo mejor —dijo Oenomaus.

—¿Cómo? —preguntó Crixus.

Oenomaus no tenía ninguna respuesta inmediata.

Espartaco se estrujó el cerebro. No tenían armadura ni escudos. Les superaban en número de forma bárbara. Las provisiones se les acabarían en tres días como mucho.

Tal vez su única opción fuera un ataque suicida. Alzó la vista al cielo enfurecido. «Muy bien. Me someto a tu voluntad, Gran Jinete.»

—Gannicus, ¿estás conmigo? —preguntó Crixus.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Bien. ¿Y tú, Castus?

—Maldita sea, ¿por qué no? —fue la respuesta gruñida.

—Contad conmigo también —dijo Oenomaus con dureza.

—¿Espartaco?

No respondió. «Qué forma tan inútil de morir.»

—¿Espartaco? —La impaciencia se mezclaba con la ira en el tono de Crixus.

Bajó la mirada de los cielos y se fijó en las viñas que cubrían las laderas empinadas del cráter. De repente, la semilla de una idea empezó a brotar en su interior.

—¿Vas a contestar a la puta pregunta?

—Ahora mismo no. —Espartaco se marchó y dejó a los demás boquiabiertos detrás de él.

—Ha perdido la chaveta —declaró Crixus—. Sabía que pasaría.

—¿Qué coño está haciendo? —preguntó Castus—. ¡No es momento de dar paseos!

A Espartaco le satisfizo oír el gruñido de Oenomaus:

—Volverá.

Al regresar junto a los demás líderes al cabo de un rato, Espartaco extendió las manos.

—Lo hemos tenido delante de nosotros durante todo este tiempo.

—Es un trozo de vid silvestre —dijo Gannicus con voz incrédula.

El desdén de Crixus resultaba obvio.

—¿Qué vamos a hacer con ella? ¿Estrangular a los soldados romanos?

Castus se echó a reír.

—¿Puedes explicarnos qué pasa? —preguntó Oenomaus, desconcertado—. Este sitio está lleno de vides. ¿Y qué?

—Está tan claro como el agua de un manantial.

Crixus frunció el labio.

—Ahórranos la espera.

—Estos sarmientos son excelentes para tejer cestas, ¿verdad?

—Sí —repuso Oenomaus, reprimiendo claramente su irritación.

—En vez de cestas, podemos tejer cuerdas. Cuerdas lo bastante fuertes para soportar el peso de un hombre. En cuanto oscurezca, podemos descender por una de las caras del barranco hacia las laderas inferiores. No creo que los romanos esperen

ser atacados desde algún otro punto que no sea el sendero. —La sonrisa confiada de Espartaco contradecía a su estómago revuelto. «Seguimos teniéndolo todo en contra, pero esto supone un panorama mucho mejor que suicidarse por la mañana.»

—¡Qué idea tan fantástica! —Oenomaus le dio una palmada en el brazo.

—Nos dará la oportunidad de luchar —reconoció Gannicus.

Espartaco lanzó una mirada a Castus. La expresión de amargura había disminuido.

—Pensaba que te habías vuelto loco, pero no —reconoció—. Es un buen plan.

—Podría funcionar —dijo Crixus meneando la cabeza no demasiado convencido —. Y también es posible que acabemos todos con el cuello partido.

—Vale la pena intentarlo —dijo Oenomaus.

Para satisfacción de Espartaco, Castus y Gannicus mostraron que estaban de acuerdo con un gruñido.

Crixus frunció el ceño.

—Muy bien.

«Gracias, Gran Jinete. Será más fácil con él a favor.» Espartaco hizo cálculos rápidos.

—Por lo menos hay unos cien pasos desde la parte inferior de los barrancos hasta el suelo. Necesitaremos un mínimo de dos cuerdas. Más si podemos tejerlas a tiempo.

—¿Y luego? —preguntó Oenomaus.

A Espartaco le alegró ver que esta vez los cuatro aguardaban su respuesta. Ofreció más agradecimiento a los cielos en silencio.

—Esperad a que sea casi medianoche. Rezad para que haya nubes que nos oculten. Nos ennegreceremos el rostro y las extremidades con ceniza de las hogueras. Descenderemos hasta su campamento. Mataremos a los centinelas en sus piquetes. Atacaremos las tiendas en silencio.

—¡Los cabrones no sabrán de dónde les caen los golpes! —exclamó Gannicus.

—Eso mismo. Mataremos al máximo de hombres posible antes de que se corra la voz de alarma —dijo Espartaco.

Oenomaus frunció el ceño.

—¿Qué pasará a continuación?

—¿Quién sabe? ¡A lo mejor huimos! —No vocalizó la otra opción, más probable. Sin embargo, ninguno se veía desanimado, lo cual satisfizo a Espartaco—. Ahora es imprescindible que realicemos una ofrenda a Dioniso. Estas viñas son suyas.

Nadie le discutió la idea.

Para cuando cayó la noche, los gladiadores tenían tres cuerdas, de 120 pasos de largo cada una. Todos los hombres y las mujeres presentes habían trabajado para terminar las cuerdas. Algunos habían arrancado sarmientos de las paredes del cráter

mientras otros los habían recortado hasta dejar el tallo central. Trenzados en grupos de tres y sujetos por cuatro partes, probaron las cuerdas haciendo que un par de los hombres más pesados tiraran de cada extremo con todas sus fuerzas. Para deleite de Espartaco, ninguna se rompió. Ordenó a los luchadores que se prepararan, pero tenían que esperar hasta que diera la orden antes de empezar a moverse.

Mientras los demás líderes bebían vino con sus seguidores, Espartaco se sentó junto a la hoguera con Ariadne. No hablaron mucho, pero había un nuevo ambiente de intimidad entre ellos. «Esta quizá sea la última vez que la veo», pensó entristecido. Delante de él, al otro lado del fuego, a Ariadna le bullía la mente. «Estas viñas pertenecen a Dioniso. ¿Se las hizo ver a Espartaco? Parece demasiada coincidencia para ser otra cosa.»

A pesar de la manta que tenía sobre los hombros, Espartaco empezó a tener frío. Alzó la vista. La esquirla de luna del cielo había quedado cubierta por un manto de nubes. Hacía poco viento.

—Ha llegado el momento de actuar.

—He pedido a Dioniso que extienda un manto de sueño por encima de su campamento.

—Gracias. —Se frotó un último trozo de ceniza en los brazos y se levantó—. Al amanecer habrá terminado. Entonces nos veremos. —Rechazó una punzada de incertidumbre. «Gran Jinete, que así sea.»

—Sí. —Ariadne no deseaba confiar más en su voz. «Regresa a mi vera sano y salvo.»

Sin mediar palabra, Espartaco se internó en la oscuridad.

—Ahí está el piquete —susurró Espartaco, señalando un montón de siluetas situadas a no más del alcance de tiro de una jabalina.

Estaba enormemente satisfecho de lo que habían logrado hasta el momento. Habían bajado por el barranco sin apenas problemas. Un hombre se había roto el tobillo y lo habían dejado atrás, pero los demás se habían movido en silencio como espectros ansiosos, bajando por la oscuridad hasta su posición actual. Unos cien pasos más allá los centinelas romanos preparaban el terraplén meridional del campamento de Glabro. Espartaco estaba tumbado boca abajo encima de la maleza, los escitas a su derecha y Getas y otro tracio a su izquierda. El resto, incluidas las nuevas incorporaciones, aguardaban a cierta distancia por detrás. Teniendo en cuenta lo pocos que eran, Espartaco había decidido no molestarse en atacar los demás flancos. Su mayor esperanza radicaba en un ataque salvaje y frontal empleando todas sus fuerzas. A los demás líderes la idea también les había parecido bien.

—Vamos allá —masculló Atheas, alzando el puñal.

Taxacis soltó un gruñido para demostrar que estaba de acuerdo.

—Que sea rápido. Y silencioso —advirtió Espartaco—. El menor sonido podría fastidiarlo todo.

—¿Lo has olvidado? —susurró Getas—. Llevo haciendo esto desde que tuve edad suficiente para empuñar un cuchillo. Igual que los escitas.

—Lo sé. —Espartaco intentó relajarse. Sin embargo, no podía evitar que se le encogiera la garganta mientras los cuatro avanzaban y desaparecían en la oscuridad absoluta de la noche. Esperó, contando los latidos e intentando calcular cuánto tardarían en alcanzar a los centinelas romanos. Ya casi había contado hasta quinientos cuando el frufrú de un movimiento le llegó a los oídos. Espartaco se quedó paralizado. El sonido de una lucha encarnecida acabó rápidamente en un par de gritos cortos y ahogados. «Lo han hecho. ¿Les ha oído alguien?» La frente de Espartaco quedó bañada en un sudor frío, pero el silencio subsiguiente permaneció intacto.

Sus hombres regresaron al poco rato, sonriendo de oreja a oreja. Enseguida se unieron a ellos los tres líderes galos y Oenomaus.

—Es hora de moverse —dijo Espartaco.

—Volvamos a dar las gracias a Dioniso —susurró Oenomaus—. Que continúe protegiéndonos. Lo que tenemos por delante podría costarnos la vida.

«Ochenta de nosotros estamos a punto de atacar un campamento compuesto por tres mil legionarios. Es una locura absoluta.»

—No me gustaría estar en ningún otro sitio —susurró Espartaco—. Ni por todo el oro de Craso. Sea cual sea el resultado, enseñaremos a esos cabrones que no somos unos *latrones* cualquiera.

En vez de discutir, Crixus emitió un gruñido bajo con la garganta. La dentadura de Castus brillaba en la oscuridad, lo cual mostró que estaba de acuerdo.

—Les enseñaré que somos algo más que carne para sus juegos —añadió Gannicus.

Dicho esto, regresaron arrastrando los pies a buscar a los gladiadores.

Espartaco hizo que los hombres le siguieran en una fila larga mientras caminaban con suavidad hacia el campamento romano. Ninguno de los demás se opuso. Sentía la satisfacción sombría de que estaban dispuestos a entregarle el liderazgo. Se paró junto a los centinelas muertos y permitió que algunos de los luchadores que iban peor armados arrebataran las armas a los cadáveres. Luego continuó con cuidado, satisfecho de que quienes le seguían apenas hicieran ruido. Alcanzaron el foso sin que nadie les diera el alto y a Espartaco el corazón empezó a palpitarle en el pecho con tal fuerza que se preguntó si resultaba audible. «Respira.»

Vio los terraplenes. Sin duda habría centinelas haciendo guardia. Espartaco no sabía cuántos, pero no habría menos de dos por lado. Los más cercanos tendrían que ser neutralizados igual que habían hecho con los piquetes. Trepó por el otro lado del

foso y se agachó.

—Quedaos donde estáis —susurró a los hombres que tenía detrás. A medida que se difundió la orden, los gladiadores detuvieron el avance.

No estaban lejos de las fortificaciones de tierra, que eran poco más que un montículo largo que discurría de izquierda a derecha delante de ellos. Espartaco escudriñó la parte superior de la muralla y al final distinguió la silueta de dos cascos a su izquierda. Aguzó el oído, pero no oyó más que el murmullo de sus voces.

—¿Los veis?

—Sí —susurró Atheas.

—Quiero que los silenciéis igual que a los piquetes. ¿Crees que podréis?

—Por supuesto.

—Imitad el sonido de un búho cuando acabéis. —Mientras los guerreros se marchaban sigilosamente, Espartaco respiró hondo y exhaló el aire poco a poco. La tensión era tan grande como los últimos momentos de todas las batallas que había librado. «Cálmate, mantén la calma.» Se centró en la respiración y cerró los ojos.

Cuando oyó el sonido sobrecogedor, Espartaco sintió un gran alivio. Los romanos quizá pensaran que el grito de un búho era una señal de mal agüero, pero él no. Un obstáculo menos.

Se acercaron furtivamente a la entrada —poco más que un hueco entre dos partes superpuestas del terraplén— sin dificultad. Espartaco se dirigió inmediatamente a los otros líderes.

—Los hombres deberían salir en fila al espacio abierto situado detrás del terraplén cuando entren. Deben guardar silencio absoluto. Esperad mi señal. Cuantas más tiendas ataquemos a la vez, mejor, ¿entendido?

—Vale —repuso Oenomaus—. Yo tomaré el flanco izquierdo.

—Vosotros tres a la derecha —dijo Espartaco—. Y yo tomaré el centro.

Los galos asintieron.

—Intentad que vuestros hombres no se dispersen. Si atacamos en grupo, parecerá que somos una fuerza mucho mayor. —Esperó, pero nadie se lo discutió. «Excelente»—. Aguardad mi señal: una espada en alto y un grito de búho.

Espartaco se quedó observando mientras los cuatro se esfumaban para informar a sus hombres. De repente le asaltó una duda. «¿Qué estamos haciendo? Esto es una puta locura.» Pero entonces los dedos apretaron la empuñadura de su *sica*. «Mucho mejor morir así que ser arrollados por miles de legionarios por la mañana.» Empezó a caminar hacia las tiendas.

Las filas regulares que empezó a ver le resultaban extrañamente familiares. Durante su servicio en las legiones, Espartaco había dormido en muchos campamentos como aquel. Se había sentado alrededor de la hoguera, cantando y bebiendo vino con hombres como los que estaban a punto de atacar. «Todo eso

pertenece al pasado. Estoy aquí para matar. Estamos aquí para matar.» Espartaco masculló instrucciones a los tracios que le seguían. En silencio, se colocaron a uno y otro lado de él. Detrás, vio las siluetas tenues de hombres, galos y germanos, que trotaban a izquierda y a derecha.

Y entonces estuvieron preparados.

Espartaco alzó la *sica* y miró a ambos lados. Al ver las espadas alzadas de sus compañeros, hizo bocina con la mano e imitó la llamada del búho que había ensayado de niño. Las figuras lejanas empezaron a moverse y Espartaco hizo un gesto a los hombres que tenía detrás, a los que ordenó que actuaran en parejas, permaneciendo en la misma hilera de tiendas. Se fijó en que Aventianus estaba cerca, sujetando un garrote con fuerza. Carbo estaba a su lado con expresión tensa. Al ver la mirada de Espartaco, el joven asintió con determinación. «Le saldrá bien.»

Se acercaron cada vez más. Todavía no había saltado la alarma, ningún ruido aparte de la tos de algún legionario dormido o un gruñido en sueños. A diez pasos de la tienda más cercana, Espartaco ya no soportaba más la espera. Aceleró el paso y fue al trote. Getas le pisaba los talones. En cuanto estuvo lo bastante cerca, Espartaco atacó con el arma y atravesó los paneles de cuero con facilidad. La trayectoria de la hoja acabó en seco cuando se hundió hasta el fondo en carne humana. Al cabo de un segundo, el silencio quedó roto por un grito terrible. Getas atacó a varios pasos de distancia con un éxito similar.

—¡Rápido! —susurró Espartaco, echando el brazo atrás y balanceándolo en una dirección distinta. Se oyó un golpe carnoso cuando la *sica* penetró en otro hombre. Otro bramido de dolor. «¡Chúpate esa, cabrón romano!»

Ariadne estaba sentada a solas junto a la hoguera contemplando las ascuas encendidas y dándole vueltas a la situación. ¿Acaso el sueño de Espartaco anunciaba su muerte a manos de los soldados romanos? ¿Se produciría esa noche? No le sorprendió no encontrar nada que le inspirara en las llamas rojo anaranjado, pero se quedó insatisfecha. La lluvia ocasional de chispas que se alzaba perezosamente hacia el cielo nocturno tampoco le ofrecía nada. Dioniso nunca antes le había revelado algo por medio del fuego. Tampoco iba a empezar ahora, pensó ella. Ariadne intentó no amargarse, pero no lo consiguió. Solo recordaba una ocasión en la que había necesitado orientación tanto como ahora: en Tracia, cuando Kotys la estuvo amenazando.

«No pierdas la fe.» El dios había aparecido al final y le había traído a Espartaco a su vida. Rememoró la imagen que tenía de él. Le resultaba fácil, ¿acaso no lo miraba en secreto siempre que tenía oportunidad? Sobre todo cuando se desvestía. Ariadne se alegraba de que no hubiera nadie presente para dar testimonio del rubor repentino que le enrojeció las mejillas. De todos modos, hacía tiempo que había dejado de negarse a

reconocer lo atractivo que era Espartaco. Cielos, ¡era humana! Era apuesto y tenía un físico portentoso. Le costaba enfadarse, era de risa fácil y mortífero con una espada o con solo las manos. Era un líder nato. Lo más importante de todo era que se había preocupado de ella sin tener nada que ganar a cambio. No había protestado la vez que ella lo había rechazado. Además, no había vuelto a intentarlo.

«Ahora quiero que lo intente.» Asombrada por su osadía, Ariadne se levantó rápidamente de donde estaba sentada. Volvió a sentarse mientras el corazón le palpitaba con fuerza en el pecho. «¿Por todos los infiernos, por qué no? Con la bendición de Dioniso, borrará los otros recuerdos que tengo de sexo. Para que ocurra algo entre nosotros, Espartaco tiene que sobrevivir esta noche. Y si su sueño…»

—¡Basta! —exclamó Ariadne. Vio que las demás mujeres giraban la cabeza de las hogueras y rápidamente se serenó. «Sobrevivirá», pensó con vehemencia. Pero sin una señal de los dioses en el sentido contrario, era perfectamente posible que la serpiente que Espartaco había visto predijera un destino terrible para él.

Ariadne decidió hacer todo lo posible para que Dioniso la orientase. La deidad ya había demostrado su buena voluntad al instar a Espartaco a utilizar los sarmientos. ¿Tal vez podía convencerse de enviar más ayuda? Con determinación renovada, Ariadne fue a buscar sus dos estatuas de Dioniso. Espartaco, su esposo, estaba luchando a vida o muerte en la llanura de más abajo. Lo mínimo que podía hacer era pasarse el resto de la noche de rodillas en busca de inspiración divina.

Espartaco no había asestado más de cuatro golpes fuertes con la espada cuando se percató del efecto que había tenido lo que Getas y él habían hecho. Los supervivientes del interior, algunos de los cuales estaban heridos, gritaban y los insultaban mientras intentaban librarse de la tienda que se había desplomado. «Aunque los hijos de puta salgan, no querrán pelear. ¡Están absolutamente aterrados!»

—No podemos matarlos a todos. No hay necesidad —le susurró a Getas—. Díselo a los demás: atacad y seguid adelante, atacad y seguid adelante.

Moverse entre los gladiadores empezaba a ser increíblemente difícil. Lo único que se veía en la oscuridad era la silueta de las tiendas y las sombras de en medio que eran sus hombres. Los gritos y chillidos que ahora llenaban el ambiente aumentaban la confusión. Espartaco optó ya por no actuar en silencio.

—Soy yo, Espartaco —bramó—. Dad una docena de machetazos a cada tienda y seguid adelante. ¡La rapidez es primordial! —Espartaco se giró—. ¿Getas?

—Estoy aquí.

—¿Te acuerdas del grito de guerra de los medos?

—¡Por supuesto!

—¡Dalo ahora! ¡Hagámoslo por Seuthes! —Echando la cabeza hacia atrás,

Espartaco dejó que un rugido primitivo le brotara de la garganta. Getas se hizo eco del mismo. Se trataba del mismo sonido ululante que todos los guerreros tracios utilizaban cuando iban a la guerra. Los griegos lo habían llamado *titanismos*, y helaba la sangre de las venas de un cobarde. «Tres mil hijos de puta se están despertando con él —pensó Espartaco con determinación—. No se me ocurre un modo mejor de morir que así.» Hizo trizas una nueva tienda con una ráfaga de golpes. Un, dos, tres, cuatro. Cada golpe daba en un blanco, hacía que una nueva víctima gritara con todas sus fuerzas. Espartaco notaba además a Getas a su lado, cuya espada destellaba arriba y abajo imitando la de él.

Pasaron a la siguiente estructura cuya silueta se recortaba. Y a la siguiente.

Hasta que Espartaco no llegó a la quinta tienda no vio al primer legionario. El hombre se desplazaba a trompicones en medio de la noche. Solo llevaba la ropa interior e iba desarmado.

—¿Qué pasa? —gritó en latín.

—¡Ha llegado el Hades, eso es lo que pasa! —Espartaco balanceó la espada con un golpe cercenador que cortó la cabeza del romano por el cuello.

Un chorro de sangre oscura salió disparado del muñón al que le había quedado reducido el cuello. La pierna derecha del hombre llegó a dar otro paso hacia delante y entonces, como una marioneta cuyos hilos han cortado, el cuerpo decapitado se desplomó en el suelo.

—¿Gaius? —dijo una voz. Otra figura salió de la tienda. Este hombre iba armado.

Antes de que Espartaco reaccionara, Getas le clavó la espada hasta el fondo en el pecho. El soldado murió antes de que Getas le empujara otra vez al interior de la tienda. A Espartaco le llegó la inspiración y cortó los vientos. La parte delantera de la tienda se desplomó y dejó atrapados a quienes estaban en su interior. Situados encima del montículo de piel que tiraba de ellos, siguieron cortando con la espada a diestro y siniestro. Los gritos de confusión de los romanos enseguida se convirtieron en gemidos de dolor y agonía.

—¡Basta! —ordenó Espartaco. Vio a Atheas y a Taxacis cerca—. ¡Adelante! ¡Adelante!

Como maníacos, se internaron más en el campamento romano, cortando tiendas y destrozando a todo legionario que se interpusiera en su camino. «Esto no puede seguir así —acabó pensando Espartaco—. Lo único que hace falta es que un oficial experimentado reúna a veinte o treinta hombres. Se plantarán ante nosotros y nuestro ataque acabará de inmediato.»

Fue como si los dioses le hubieran oído.

Espartaco oyó el grito característico.

—¡A mí! ¡A mí! —La bilis se le acumuló al fondo de la garganta—. ¿Dónde está?

—¡Ahí! —Getas señaló a su izquierda.

Espartaco distinguió un corro de figuras a unos veinte pasos entre la penumbra. «¿Cinco, seis hombres?» En medio había una silueta que gesticulaba y que llevaba un casco con el penacho transversal.

—¡Es un puto centurión! —Salió disparado como un perro de caza tras una liebre.

—¡Solo estamos tú y yo! —gritó Getas.

—¡Y qué! Si no silenciamos a ese cabrón, será nuestro fin. —A Espartaco no le sorprendió que Getas no aflojara el paso. «Si tengo que morir, me alegro de que sea él quien esté a mi lado.»

—Gran Jinete, protégenos con tu espada y escudo —pidió Getas solemnemente.

No lo sabían, pero Carbo iba atacando detrás de ellos. «No puedo permitir que maten a Espartaco. No después de todo lo que ha hecho por mí.»

Tenían muchísimos factores en contra, pensó Espartaco. Dos soldados más se habían unido al centurión. Ahora eran siete o incluso ocho. La mayoría también tenían escudos. Espartaco visualizó a sus hombres, los gladiadores que le habían mostrado su confianza huyendo del *ludus*. Imaginó a Ariadne en el campamento allá en lo alto. Si él y Getas fracasaban, sus hombres serían masacrados. Sus mujeres sufrirían un destino degradante. Le embargó una furia fría y calculadora. «Triunfaré aquí o moriré en el intento.»

—¡Vamos, chicos! —bramó a sus compañeros inventados—. ¿Preparados para enviar a estos romanos mierdosos al Hades? —Soltó alaridos y gritos a su propia llamada y, comprendiendo lo que hacía, Getas le imitó.

Espartaco creyó oír una tercera voz haciendo lo mismo, pero no estaba seguro. En la locura del momento, le daba igual. Lo único que quería era pegarle un buen tajo al centurión en el cuello y dejar que se desangrara. Acallarlo para siempre.

Se acercaron al grupo de legionarios. «¿Por qué demonios no forman un muro de escudos?», se preguntó Espartaco. Si lo hacían, estarían jodidos. Le embargó una esperanza ciega. «A lo mejor les ha entrado el pánico.»

—¡Por Tracia! —bramó—. ¡Por Tracia!

Alcanzó al primer soldado, que le embistió con el *gladius*. Espartaco esquivó la torpe estocada, le apartó el *scutum* al hombre con una mano y lo ensartó por el cuello. Un sonido horrible y burbujeante escapó de los labios del otro cuando las vías respiratorias se le fueron llenando de sangre. Espartaco sacó su hoja y le arrancó el escudo de las manos al soldado moribundo. Dejó que cayera hacia delante y se agachó para coger la empuñadura horizontal. Lo alzó para protegerse el cuerpo y avanzó hacia el siguiente legionario, que ya había desperdiciado la oportunidad de abatirle.

—¡Matad a ese cabrón! —gritó el centurión—. ¡Matadlo de una puta vez!

Un segundo soldado se unió al primero, pero Espartaco no vaciló. Oyó a Getas lanzando un grito de guerra detrás de él. ¿Y una tercera voz? Espartaco seguía sin

tener tiempo de planteárselo. Se abalanzó hacia el par de legionarios como un toro embravecido y ellos retrocedieron. Se animó. Colocando el hombro detrás del *scutum*, le dio un porrazo al primer hombre y le hizo perder el equilibrio. Espartaco no se molestó en rematarlo. Se limitó a pisotear al soldado que gritaba y se abalanzó sobre el centurión.

—¡Malditos *latrones*! —El centurión alzó el escudo y dio un paso adelante—. ¡Atacándonos a hurtadillas como los animales que sois!

Espartaco no se dignó en contestar. Golpeó el escudo contra el del otro, pero no iba a ser un encontronazo fácil como había pasado con el legionario. La espada del centurión aparecía tanteando por el lateral del escudo como la lengua de una serpiente. Espartaco levantó el *scutum* el máximo posible y fue golpeando la hoja a un lado y a otro para quitarla de en medio. Continuó con una estocada brutal a la cara del otro, pero el centurión se apartó a un lado y el hierro afilado dejó una raya marcada en la protección lateral del casco.

—¡Tendrás que esforzarte un poco más! —Quiso cortarle los pies a Espartaco.

Espartaco tuvo que retroceder para evitar perder varios dedos.

—¡Bazofia! —Gruñendo de gusto, el centurión avanzó. La hoja apenas rozó la parte superior del escudo de Espartaco.

Espartaco se agachó para que el rostro no le quedara hecho trizas. Al levantarse, se preparó contra el ataque que seguiría.

El centurión se estampó contra él, pero Espartaco se mantuvo firme. Con los rostros a dos palmos de distancia, se miraron el uno al otro con un odio profundo. Alzaron las espadas al unísono. «Ya está —pensó Espartaco—, le mataré, pero él me hará lo mismo.» Todo acontecía muy rápido. Tenía que lanzar la estocada primero y esperar que el golpe del centurión no le alcanzara o por lo menos que solo le hiriera.

—¡Por Tracia! —Getas apareció abriéndose paso por el lado, embistiendo con el arma a lo loco.

Espartaco no pudo hacer más que observar horrorizado cómo el centurión movía el brazo suavemente y atravesaba a Getas con la hoja. Se la hundió en el vientre hasta la empuñadura, un golpe mortífero como pocos. Getas jadeó de dolor y dejó caer la espada.

Unas lágrimas calientes de dolor y rabia cegaron a Espartaco, pero las reprimió con virulencia. Antes de que el centurión reaccionara, o extrajera el *gladius* del vientre reventado de Getas, Espartaco había dado la vuelta para hacerle un buen tajo en la rodilla izquierda. Con un dolor agónico, el centurión cayó al suelo como una barra de plomo. Espartaco le saltó encima, soltando saliva por la boca.

—¿Animal? ¿Quién es el puto animal? —Pasó la *sica* por la base del cuello del centurión, riendo cuando las yugulares cortadas bombearon gotas de sangre oscura. No se detuvo ahí. Con una serie de hachazos poderosos, Espartaco decapitó al oficial.

Se deshizo del escudo y le quitó el casco con el penacho transversal y cogió la cabeza por el pelo. El rostro del centurión todavía tenía una expresión de asombro.

Cuando se enderezó, Espartaco vio cómo cambiaba el comportamiento de los tres legionarios que tenía delante. Su temor se transformó en un terror absoluto y luego en pánico.

—Fijaos en esto, ¡cabrones desgraciados! —gritó en latín. Les lanzó la cabeza todavía sangrante hacia ellos—. ¡Vosotros seréis los próximos!

Se giraron y echaron a correr a la vez.

Espartaco miró a uno y otro lado con ojos desorbitados. Había cadáveres de legionarios por todas partes. Se fijó en Carbo, que estaba de pie cerca, con la espada preparada. «La tercera voz.» Más allá, unas llamas de un brillante color rojo anaranjado iluminaban el cielo nocturno. Los hombres corrían de aquí para allá, acompañados por gritos y el choque de armas.

—Alguien ha incendiado una tienda. Buena idea. Mejor luz para matar —masculló.

Oyó un gemido cerca y Espartaco tuvo que prestarle atención.

Getas yacía a varios pasos de él, sujetándose con ambas manos una herida horrible en la parte superior del vientre. Espartaco se arrodilló. Incluso con poca luz, veía que la sangre brotaba con profusión por entre los dedos de Getas.

—¿Cómo puedes ser tan tonto? —le reprendió.

—Iba a matarte. —Getas tosió debilitado y el chorro de sangre que le salía de la herida se convirtió en un torrente—. Mejor yo que tú.

A Espartaco se le encogió el corazón de pena.

—Oh, hermano mío —susurró—. No tenías que haberlo hecho.

—Sí, sí que debía. Tú eres el líder. Yo no soy más que un guerrero.

—El mejor guerrero salido de Tracia.

Los labios de Getas esbozaron una leve sonrisa.

—No digas tonterías.

—No son tonterías —protestó Espartaco—. El Gran Jinete en persona te dará la bienvenida en el paraíso.

—El Gran… —Getas se calló. Se le desorbitaron los ojos e inspiró de forma irregular.

Espartaco lo sujetó por el hombro.

—Te está esperando. Descansa en paz, amigo mío.

A Getas se le quedó la boca floja, lo cual permitió que saliera su último aliento. Su cuerpo cayó hacia atrás, tan flácido como un juguete desechado.

«Acepta a este hombre valiente en tu presencia, Gran Jinete. Si alguna vez ha habido un guerrero digno de servirte, sin duda es Getas.» Espartaco alargó la mano y le cerró los párpados. Se levantó desconsolado. En cuanto se dio cuenta de lo que

estaba pasando, su dolor se sublimó en una alegría funesta y desasosegante. Veía a legionarios corriendo por todas partes. ¡Corriendo!

—¡Los mamones se han dispersado!

—Sí —afirmó Carbo estremecido—. Ha pasado poco después de que mataras al centurión. Todos los hombres que lo han visto, han dado media vuelta y han huido. Iban gritando que había unos locos y demonios sueltos. Que no había esperanza.

—Locos y demonios, ¿eh? —Espartaco se echó a reír—. Bueno, no me gustaría decepcionarles. Reunamos a los hombres y aterroricémosles un poco más. ¡Echemos a todos esos cabrones del campamento!

«¿No se arredra ante nada?», se preguntó Carbo mientras seguía a Espartaco.

Parecía que no.

Pronto resultó obvio que el éxito de los gladiadores había sido total. Aplastados como una muchedumbre rebelde atacada por la caballería disciplinada, los legionarios habían huido al amparo de la noche. Lo habían dejado todo tras de sí: ropa, armas, comida y pertrechos. Las mulas que habían cargado su pesado equipo desde Roma seguían atadas en fila junto a una entrada. Para colmo, encontraron los estandartes dorados de las distintas unidades e incluso las fasces de los *lictores* en una tienda al lado de los aposentos de Glabro. La magnífica armadura que hallaron dentro puso de manifiesto que él también había huido a toda prisa. Ver abandonados los bienes más preciados de los romanos hizo que Espartaco se diera cuenta realmente de la hazaña que habían conseguido. Mientras los gladiadores victoriosos se dedicaban a saquear, él se quedó solo en el lujoso pabellón de Glabro maravillado. «Si no señala mi muerte, por el amor del Jinete, ¿qué significa mi sueño?»

—¡Espartaco! ¿Dónde está Espartaco?

Se encontró a Carbo en el exterior haciendo frente a un germano de barba negra. Era el mismo hombre que le había negado una audiencia con Oenomaus.

—Estoy aquí. ¿Qué ocurre?

El germano dejó a Carbo atrás.

—Tienes que venir.

Espartaco tuvo un presentimiento.

—¿Por qué?

—Es Oenomaus. —El rostro salpicado de sangre del germano hizo una mueca indescifrable—. Está herido.

—¿Es grave?

—Se está muriendo. Ha pedido que vengas.

—Llévame hasta él. —Espartaco miró a Carbo—. Ven tú también.

Sin más preámbulos, corrieron por una de las largas avenidas rectas que dividía el campamento por la mitad. El germano los condujo a un grupo de figuras silenciosas

que formaban una especie de círculo junto al contorno irregular de una tienda caída. Había como mínimo doce cadáveres de legionarios por esa zona. Maldiciendo, el hombre barbudo se abrió camino entre la multitud. Espartaco y Carbo le siguieron.

Oenomaus yacía boca arriba dentro del corro. Estaba pálido y tenía los ojos cerrados. Alguien le había puesto una capa encima, pero la enorme mancha roja de la tela a la altura del pecho era lo bastante reveladora. «Nadie puede perder tanta sangre y sobrevivir», pensó Carbo.

Espartaco miró al germano de barba negra, que le hizo un gesto para que se acercara. Se arrodilló y tomó la mano de Oenomaus. La tenía fría. «¿Ya está muerto?»

—Soy yo, Espartaco.

Oenomaus no respondió.

—Espartaco está aquí —anunció el barbudo en voz alta.

Oenomaus parpadeó unos instantes y luego abrió los ojos. Enfocó con dificultad a Espartaco, que se le acercó más.

—¿Querías verme?

—Tu plan… ha funcionado.

Espartaco apretó la mano de Oenomaus.

—Cierto, gracias a ti y a tus valientes hombres.

Los labios de Oenomaus parecieron querer moverse hacia arriba.

Espartaco sabía que la vida del germano se escapaba rápidamente.

»¿Qué querías decirme?

Oenomaus abrió la boca, pero en vez de palabras le salió un torrente de sangre. Le cubrió la mano a Espartaco y goteó hasta el suelo mientras Oenomaus se relajaba por última vez. Espartaco miró su puño enrojecido antes de cerrarlo y alzarlo en el aire.

—¡Oenomaus ha derramado su sangre por nosotros! Era un buen hombre y un líder fuerte. ¡Honremos su muerte!

Los gladiadores germanos profirieron un gran rugido. Carbo también participó, sintiéndose curiosamente más cómodo entre aquellos bárbaros melenudos que con los de su estatus en Capua.

Espartaco se sentía totalmente extenuado. «Getas ha muerto. Oenomaus, mi único aliado entre los demás líderes, está muerto. Es un precio muy alto que pagar por una victoria.» Una mano carnosa se le puso delante de la cara y Espartaco se la quedó mirando, sorprendido. Entonces aceptó el agarre y permitió que el hombre de barba oscura lo levantara.

—Me llamo Alaric.

—Esta noche habéis perdido a un gran hombre.

Alaric asintió.

—El hilo de su tejido ha llegado a su fin. Le he visto matar por lo menos a seis

romanos antes de recibir esta herida mortal.

Espartaco no se anduvo por las ramas.

—¿Quién será ahora vuestro líder?

Frunciendo el ceño, Alaric se volvió hacia los hombres allí reunidos y bramó unas cuantas frases en su idioma gutural.

Espartaco apretó la mandíbula. «Probablemente sea Alaric. Dentro de poco ninguno de los demás líderes me hará caso.»

Se produjo un rugido de aceptación por parte de los germanos. Alaric sonrió.

Espartaco se preparó para lo inevitable.

—Estamos todos de acuerdo. Debes ser nuestro líder.

Espartaco parpadeó.

—¿Yo?

—Eso es. Somos luchadores, no estrategas ni generales. A ninguno de nosotros se le habría ocurrido utilizar los sarmientos, ni siquiera a Oenomaus. Ha sido una idea genial.

Espartaco recorrió las caras adustas de los hombres. Vio la misma certeza en todos.

—Muy bien. Será un honor ser vuestro líder. —«¡Gracias, Gran Jinete! Ahora tengo la mayor facción. Es más probable que Crixus y los demás me sigan también.»

En ese momento, la pérdida de Getas y Oenomaus le pareció un poco menos dura de sobrellevar.

Los gladiadores sufrieron pocas pérdidas, teniendo en cuenta la situación: habían muerto ocho hombres y una docena habían resultado heridos. De esos, cuatro nunca podrían volver a luchar. Los muertos fueron enterrados donde habían caído. Era un lugar tan bueno como cualquier otro, pensó Espartaco sombrío, mientras se encontraba junto a la tumba de Getas. Habría sido mejor reposar en suelo tracio, pero eso era imposible. «Descansa en paz, hermano mío.»

Una vez presentados sus respetos, se dedicó a asuntos más prácticos. Tenían que coger todas las armas y comida que hubiera en el campamento. Crixus y sus hombres habían encontrado las reservas de vino y ya habían empezado a bebérselo. Espartaco ni siquiera intentó hablar con él. Necesitó toda su capacidad de persuasión para conseguir que Castus y Gannicus impidieran a sus seguidores que hicieran lo mismo. Trasladar las provisiones a oscuras ya era lo bastante difícil sin que estuvieran todos como una cuba. Esperar al amanecer significaba arriesgarse a que los legionarios volvieran, aunque a Espartaco le parecía poco probable. De todos modos, apostó a varios hombres de vigilantes. Después de aquella victoria arrolladora, sería estúpido dejar que las tornas cambiaran.

Los gladiadores que no estaban borrachos se organizaron. Con unas reservas de

antorchas que encontraron para iluminar la escena, cachearon de forma sistemática todos los cadáveres romanos. Como era de esperar, muchos legionarios seguían con vida: heridos, inconscientes o sencillamente haciéndose el muerto con la esperanza de huir más tarde. Por orden de Espartaco, había que ejecutar a todos los hombres. Se produjo una ovación generalizada al oír este anuncio.

—Es un trato mejor del que nos dispensarían estos cabrones —espetó, captando la punzada de angustia en los ojos de Carbo—. Lo único que nos darían sería una cruz. A las mujeres igual. ¿Alguna vez habéis visto morir en una de ellas?

—Sí. Cuando era pequeño mi padre me llevó a presenciar la crucifixión de un criminal local.

Si se concentraba, Carbo todavía era capaz de oír los alaridos penetrantes del hombre mientras le clavaban los tobillos al poste de madera. Al cabo de poco tiempo, los ruidos se habían convertido en un borboteante gimoteo animal. Solo subió de volumen cuando intentó evitar la presión de los brazos atados irguiéndose sobre los pies inmovilizados y destrozados. El criminal había durado hasta la tarde siguiente, pero tardaron semanas en retirar su cuerpo. Pasar junto a aquella cosa apestosa y ennegrecida, ver todas las etapas de la descomposición antes de que acabara convertido en un esqueleto sonriente había sido casi peor que ver la crucifixión, pensó Carbo. Casi.

—Fue horripilante.

—Exacto. Es mucho mejor que te claven una espada entre las costillas y acabes en un abrir y cerrar de ojos.

—Supongo —reconoció Carbo. Había matado al menos a dos legionarios aquella noche. No tenía ganas de matar a más a sangre fría. Se sorprendió de lo que pensó a continuación: «Lo haría si fuera necesario.»

«Debe de ser difícil para él —caviló Espartaco—. Pero ha luchado bien durante el ataque. Es prueba suficiente de su lealtad.»

Ariadne intentó lanzar sus huesos una y otra vez, pero no veía nada relevante en las combinaciones que presentaban. Por consiguiente, se sintió aliviada cuando la meditación la llevó mucho más allá de los niveles alcanzados en semanas anteriores. Aunque estaba habituada a largos períodos durante los que Dioniso no le daba indicación alguna de sus intenciones, nunca le había resultado tan frustrante. El sueño de Espartaco sobre la serpiente revestía gran importancia. Sin embargo, ¿era un buen o un mal presagio? Al igual que Espartaco, Ariadne ardía en deseos de saberlo. La preocupación al respecto la consumía, no obstante sabía que no era nada comparado con el desasosiego que debía de sentir Espartaco. Lo ocultaba bien, pero ella lo percibía de todos modos. Por lo que a ella respectaba, la situación había llegado a un punto en que sería mejor saberlo, aunque las indicaciones fueran malas. Un enemigo

con nombre era un enemigo contra el que se podía luchar. Sin nombre, era como una enfermedad que iba corroyendo desde el interior.

De todos modos, fue horrible cuando tuvo una visión de Espartaco con la serpiente alrededor del cuello. «No me extraña que tuviera miedo.» Ariadne notaba que el corazón le latía más rápido. Esperó. La serpiente se desenrolló y se alzó frente a la cara de Espartaco, que estaba aterrado. Ariadne se preparó para lo peor. El dibujo característico de su piel era el mismo que el de su serpiente de veneno mortífero. Si mordía a Espartaco, moriría igual de rápido que Phortis.

Ariadne apenas daba crédito a sus ojos cuando Espartaco alzó el brazo izquierdo. La serpiente no atacó, sino que se le desenrolló suavemente del cuello y se deslizó hacia su brazo, como hacía la de Ariadne. Espartaco alzó el brazo derecho y, con un estremecimiento, Ariadne le vio la *sica* en la mano. Armado así con espada y serpiente, se giró hacia el este, la dirección hacia la que se encontraba Tracia. Hablaba con voz solemne, pero no era capaz de distinguir las palabras. Después de eso, desapareció.

«Esto solo puede significar una cosa. Ha sido elegido por Dioniso. Un poder grande y terrible le rodea.»

Sin embargo, la visión de Ariadne no había terminado. La cima de la montaña que había ocupado no era otra que la del Vesubio. Y el cráter estaba lleno de tiendas. Cientos de ellas.

«¿Pertenecen a sus seguidores?»

Ariadne esperó un buen rato, pero no apareció nada más. Ofreció una última plegaria sentida por la seguridad de Espartaco y entonces se tapó con la manta y se tumbó. Si el dios deseaba enviarle más pistas, podía hacerlo mientras soñaba. Sin embargo, no se durmió con la facilidad que habría deseado. La cabeza le bullía sin parar. ¿Qué estaba pasando en el campamento romano? ¿Había funcionado el plan de Espartaco o habrían masacrado a todos los gladiadores? Ariadne le dio vueltas a las distintas posibilidades hasta que se quedó exhausta. El hecho de que Dioniso lo hubiera elegido no significaba que no pudiera acabar con una espada perdida clavada en el pecho, lo cual concluiría el sueño incluso antes de empezar. «No permitas que eso ocurra.» Cuando por fin la asaltó el sueño, los primeros retazos de color rojo rosáceo teñían el horizonte por el este.

12

Una hora después de la salida del sol, Espartaco apareció trotando por el sendero que conducía al cráter. No había habido ni rastro de los romanos en la llanura y le complació dejar a los gladiadores recogiendo armas y pertrechos para cargar en las mulas. Ya le seguirían más tarde. Crixus había sugerido que se apropiaran del campamento romano, pero Espartaco lo había desaconsejado.

—Somos demasiado pocos para defender el dichoso campamento. Mejor que nos quedemos en la cumbre. Es más fácil de controlar y los centinelas pueden avistar a cualquiera que se acerque a kilómetros a la redonda.

Con ojos de sueño y flaqueando donde estaba, Crixus había soltado un gruñido, pero no había protestado más. Castus y Gannicus parecían lo bastante satisfechos con la decisión, por lo que Espartaco no esperó más. Dar la noticia a Ariadne era lo más importante que tenía en mente en esos momentos.

La encontró dormida junto a la hoguera que habían compartido. Al ver los huesos, reprimió el «hola» que estaba a punto de pronunciar. «Es posible que se haya pasado despierta la mitad de la noche, rezando.» Se acercó con cautela donde yacía y se puso en cuclillas. Unos mechones de pelo negro le cruzaban la mejilla. Se la veía muy sosegada. «Y también hermosa.» Espartaco se enorgulleció de que fuera su esposa. Era fuerte y fiera. Además de valerosa. Ariadne no quería acostarse con él, pero por el momento podía soportar la frustración sexual porque era muy buen partido.

Cambió de postura y arrastró un poco de gravilla con el talón.

Ariadne parpadeó y abrió los ojos. Una breve expresión de perplejidad cruzó su rostro, pero enseguida se levantó de un salto. Lo abrazó.

—¡Estás vivo! ¡Oh, gracias a los dioses!

—Sí, aquí estoy. —La apretó contra él, con cierta torpeza, porque nunca habían estado tan juntos—. Estoy lleno de sangre.

—Me da igual. —Enterró el rostro en el hueco de su cuello—. Estás aquí. No estás muerto.

Espartaco se alegró doblemente de que Getas le hubiera salvado la vida.

Permanecieron así durante un buen rato antes de que Ariadne se apartara.

—Cuéntamelo todo —ordenó.

Espartaco respiró hondo y empezó. Ariadne no le quitó los ojos de encima mientras hablaba.

—Getas murió para que yo viviera —concluyó—. Fue un gran regalo y debo honrarle por ello.

—Era un buen guerrero —dijo Ariadne entristecida. Por dentro se alegraba. «Gracias, Dioniso, por llevarte a Getas en vez de a él.»

—Oenomaus también ha muerto.

Ariadne se llevó la mano a la boca.

—¡No!

—Sí. Pero no murió en vano. Los germanos me han convertido en su líder. —Le dedicó una sonrisa fiera—. Ahora cuento con más hombres que cualquiera de los galos. Estoy en una posición de fuerza.

Ariadne se llenó de júbilo. Ciertos elementos que habían aparecido en su visión empezaban a tener más sentido.

—El dios me visitó anoche —dijo.

Él le clavó la mirada.

—¿Qué viste?

—Te vi ahí, en lo alto de la montaña. Tenías una serpiente enrollada en el cuello. En la mano derecha sostenías una *sica*.

—Continúa. —«Aceptaré lo que tenga que decir. Cualquier cosa que me envíen los dioses.»

—La serpiente se te alzaba delante de la cara, pero no te mordía —reveló, sonriendo—. Sino que se te enrollaba en el brazo izquierdo. Te girabas hacia el este y alzabas la espada. Gritabas, como si honraras a alguien. Y luego desaparecías.

—Qué…

Le selló los labios con un dedo.

—Todavía no he terminado. Cuando volvías a mirar el cráter, estaba lleno de tiendas. —Hizo un gesto para incorporar lo que había a su alrededor—. Ahí había cientos de hombres. Eran tus seguidores.

—¿Qué me estás contando?

—Estoy diciendo que Dioniso te ha elegido. Era la serpiente que tenías en el cuello. Estás rodeado de un poder grande y temible. Los hombres lo verán. Acudirán a ofrecerte su lealtad.

—¿Estás segura de todo eso? —preguntó con voz queda.

—Sí. —La voz de Ariadne destilaba seguridad—. Tanto como que soy sacerdotisa de Dioniso.

—Pensé que quizás eso me pasaría en Tracia, si conseguía derrocar a Kotys —declaró Espartaco pensativo—. Pero mi trayectoria no fue por ese camino, sino que estoy en Italia, en el corazón del peor enemigo de nuestro pueblo. Así son las cosas. La voluntad de Dioniso es que lidere a los hombres contra los romanos. ¿Cómo voy a discutir con un dios?

—Yo estaré a tu lado.

Espartaco sonrió y ella notó mariposas en el estómago.

—Bien, ahí es donde me gustaría tenerte.

—Es el lugar que corresponde a una esposa. —Antes de impedírselo a sí misma, Ariadne se obligó a mover los pies. Se acercó a Espartaco, se inclinó y le dio un beso

en los labios.

Él respondió con un entusiasmo feroz.

Por primera vez en su vida, Ariadne notó una avalancha de deseo sexual. No lo reprimió.

Al cabo de un buen rato, Espartaco se apartó.

Ariadne notó que el pánico se le concentraba en el bajo vientre. «No le gusto.»

—¿Qué ocurre?

—Nada. Por mucho que me encantaría quedarme aquí, hay mucho por hacer. —Sonrió—. Podemos retomar el asunto más tarde justo donde lo hemos dejado.

Más tranquila, le dio un último beso tímido.

—Bien. —A Ariadne se le revolvía el estómago solo de pensar en acostarse con él, pero no hizo caso de esa sensación—. ¿Qué planes tienes?

—Subir todo el equipamiento que hemos cogido aquí arriba. Armar a todos los hombres de la forma adecuada. Luego explicaré a los demás líderes que nuestra victoria de anoche fue una excepción. Los romanos no volverán a cometer ese error. Si no queremos que el siguiente ejército que envíen contra nosotros nos machaque, los gladiadores tienen que empezar a entrenar, como soldados. Los tracios harán lo que yo les diga, igual que los germanos, pero también necesito a los galos.

—Ahora te harán caso.

—Más les vale. Luchar como una unidad disciplinada es nuestra única esperanza —repuso Espartaco con determinación—. ¿Puedes encargarte de las mujeres? Nos iría bien hacer un inventario de la comida y el vino.

—Por supuesto.

—Muchas gracias. —A pesar de la preocupación por su futuro, Espartaco se marchó con paso alegre—. «Cielos, qué ganas tengo de que llegue la noche.»

Consciente de que lo único que muchos gladiadores querían hacer era beberse el vino de los romanos, del que quedaban cantidades ingentes, Espartaco colocó a Atheas, Taxacis y a media docena de tracios para hacer guardia ante la mayoría de las ánforas. Tomando el pelo a los luchadores acerca de cuánto serían capaces de beber por la noche, hizo todo un espectáculo para ayudar a cargar una reata de mulas con fardos llenos de armas y luego ascender lentamente hasta el cráter con ella. Al regresar, Espartaco volvió a hacer lo mismo. Su táctica funcionó. Aunque los hombres seguían quejándose, siguieron sus órdenes. Aquello ya bastaba. «De todos modos, cierta dosis de queja resulta saludable. Significa que van dejando atrás la mentalidad de esclavo.» Había tomado la decisión de no decir nada acerca de entrenar hasta el día siguiente. La cuestión podía llegar a ser mucho más polémica que negarles vino a los luchadores y sería más fácil proponerla cuando todo el mundo estuviera con resaca.

Tardaron todo el día en transportar la parafernalia militar y las provisiones hasta el campamento. El respiro entre la marcha de una columna de mulas y la llegada de la siguiente ofrecía suficiente margen para contar y apilar el cargamento recién llegado. Espartaco armó a Carbo con un estilo y un pergamino, lo cual aceptó encantado, y le hizo llevar el registro. Los montones de *pila* —jabalinas—, *gladii* y escudos acabaron siendo más altos que un hombre y más del doble de su altura de largo y ancho. Tenían armas suficientes para miles de hombres. Esta constatación volvió a ensombrecer el buen humor de Espartaco. «Seguimos siendo menos de cien hombres.»

El pesimismo le duró poco. «Sí y mira lo que hemos conseguido.»

Espartaco hizo que subieran las ánforas al final expresamente. Se produjo una gran escandalera cuando las mulas y su preciada carga llegaron al borde del cráter. Sin esperar a que la columna alcanzara las tiendas, los luchadores más ávidos corrieron a descargar uno de los grandes recipientes de arcilla. Todos miraron mientras lo abrían y lo cargaban al hombro de uno de los hombres. Lo sostuvo mientras sus compañeros hacían turnos para colocarse con la boca abierta bajo el chorro de líquido rojo rubí que caía. Los aplausos y las risas llenaron el aire nocturno mientras los luchadores empapados alzaban los brazos con aire triunfante.

—¡Aquí está, chicos! —gritó Espartaco—. ¡Más vino del que sois capaces de beber!

—¿Quieres hacer una apuesta? —bramó un galo de ancho pecho—. Si por mí es, al amanecer no quedará ni una gota.

Su comentario se recibió con silbidos y risotadas.

Espartaco sonrió.

—Es todo vuestro. Después de lo de anoche, os lo habéis ganado.

Los gladiadores bramaron encantados ante el comentario.

Espartaco esperó a que los hombres llevaran ya un rato bebiendo para abordar a Castus y a Gannicus. Unidos quizá por su hazaña, los dos hombres estaban sentados junto a una hoguera en la que asaban trozos de jabalí. No había ni rastro de Crixus y sus hombres.

—Mira, el olor le atrae —bromeó Gannicus.

—Huele tan bien que despierta a los muertos —dijo Espartaco.

—Sí. Hay pocas cosas más apetecibles que el aroma del jabalí asado. —Castus señaló amablemente una roca que había a su lado—. Toma asiento, ¿un poco de vino?

Espartaco aceptó la copa de plata asintiendo agradecido.

—Bonito vaso.

—Son de la mesa de Glabro —se regodeó Castus, alzando la propia—. No le importó que me las llevara.

Espartaco se rio por lo bajo.

—Por el buen trabajo de anoche. Por Getas, Oenomaus y los demás caídos. —

Alzó la copa en alto.

Los dos galos brindaron con él y todos apuraron la copa. Charlaron despreocupadamente sobre lo que había ocurrido durante el ataque. Aunque debían de saberlo, ninguno de los galos mencionó el hecho de que ahora Espartaco fuera el líder de los germanos. No le sorprendió. Sin duda estaban resentidos. Intentó calibrar cuándo sería el mejor momento para mencionar a los hombres la necesidad de instrucción. Si se precipitaba, quizá se ofendieran pensando que era su único objetivo al ir a hablar con ellos. Quería dejarlo hasta que el vino les embotara los sentidos, pero no tan tarde que se pusieran pendencieros o demasiado borrachos para entender su propuesta.

Una voz conocida y burlona se interpuso en su conversación.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una reunión de líderes a la que no se me ha invitado?

—No es nada de eso. —Espartaco se fijó en que Crixus tenía las mejillas sonrojadas. Debía de habérsele pasado un poco la borrachera al subir la montaña, pero no del todo.

«Maldita sea. ¿Por qué ha tenido que aparecer? Dio una palmada al suelo que tenía al lado.»

—Siéntate con nosotros.

—Eso mismo voy a hacer. —Crixus se dejó caer con una mueca desdeñosa—. ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Apuntándoos el mérito de la victoria en la batalla de anoche?

—No, eso te lo dejamos a ti —respondió Castus con severidad.

Crixus estaba que trinaba mientras Gannicus se desternillaba de la risa.

—¡Mira que eres gracioso!

—Eso dicen algunos. —Castus hablaba a trompicones, pero tenía los ojos tan planos y fríos como los de una serpiente.

—Un hombre sabe cuándo no es bien recibido. Beberé en otro sitio —gruñó Crixus. Hizo ademán de levantarse.

—Espera —dijo Espartaco. «Ya puestos, mejor que los aborde a todos ahora. Tal vez su antagonismo les impida unirse en mi contra»—. Tengo algo que decir.

—¿Por qué será que no me sorprende? —pinchó Crixus.

El rostro de Castus adoptó la habitual expresión suspicaz.

—¡Pues venga, suéltalo ya! —exclamó Gannicus.

«Por lo menos uno de ellos suena amable», pensó Espartaco.

—Lo que conseguimos anoche fue excepcional.

—¡Puta razón que tienes! —exclamó Crixus en tono beligerante, como si hubiese sido idea suya desde un buen principio.

Mencionó la interpretación que Ariadne había hecho de su sueño y el trío de galos

vociferaron que estaban de acuerdo.

—Pero no podemos fiarnos de eso. La suerte que tuvimos contra Glabro no volverá a repetirse con tanta facilidad.

Las miradas de los tres hombres se posaron en él como halcones que se cernían sobre un ratón.

—¿Por qué no? —inquirió Castus.

—Porque muchos legionarios huyeron. Informarán de nuestro ataque sorpresa. El siguiente comandante al que nos enfrentemos tendrá tantos centinelas de guardia que tropezarán entre sí.

—¿Y estás convencido de que enviarán otra fuerza? —Gannicus captó las reacciones incrédulas de sus compañeros y suspiró—. Vale. No es más que una ilusión.

—Eso mismo —declaró Espartaco con dureza—. Y también habrá más de tres mil cabrones de esos. Contad con ello.

—Este vino está agrio —espetó Castus, vertiendo el contenido de su copa en el suelo. Se sirvió otra ración generosa de la jarra y lo volvió a probar. Hizo una mueca.

Espartaco enarcó una ceja.

—Ahora no sabe tan dulce, ¿no?

Castus soltó un gruñido irritado.

Gannicus se inclinó hacia delante.

—¿En qué estás pensando?

—Si queremos tener alguna posibilidad de sobrevivir… —Espartaco dejó las palabras suspendidas unos momentos— tendremos que aprender a luchar como los romanos. Como infantería disciplinada.

—Oh, ya estás otra vez con lo mismo, ¿no? —se burló Crixus—. Quieres que los hombres hagan instrucción.

«Será imbécil. ¿No se da cuenta?»

Espartaco empezó a sulfurarse, pero se obligó a guardar la calma.

—Eso mismo. Todos los días, con escudo y espada, hasta que sepan estar en fila como los legionarios y responder a las órdenes en vez de atacar como posesos. —«Como galos», es lo que le habría gustado añadir.

Los ojos de Crixus brillaban a la luz de la hoguera.

—Ya te digo ahora mismo que los míos no lo harán.

—Mis chicos tampoco estarán muy entusiasmados —añadió Castus, a quien parecía saberle mal estar de acuerdo con Crixus.

Espartaco giró la cabeza.

—No sé… —dijo Gannicus.

—Por el Jinete, ¿no os dais cuenta de lo que pasará si no lo hacemos? ¡En un campo de batalla abierto las legiones son invencibles! Sin una preparación adecuada,

nos aplastarán como cucarachas pisoteadas. —Los fulminó con la mirada.

—¿Qué más da? Nos aniquilarán tarde o temprano —masculló Crixus—. Ya puestos, podemos vivir como señores hasta ese día.

—¿Quién ha dicho que nos van a aniquilar? —desafió Espartaco—. Tenemos mucha más movilidad que los romanos. Emboscada y a otro sitio, eso es lo que tengo en mente. Permanecer en las montañas siempre que nos sea posible. Si hacemos eso, se necesitará mucho más que un ejército de mera infantería para encontrarnos siquiera. —No le satisfacía la imagen de fugitivos que evocaba, pero su posición era mucho mejor de lo que había sido hacía muy poco tiempo. Por ahora se conformaba con ello. Espartaco los miró de uno en uno, a la espera.

Crixus frunció el labio.

«Serías capaz de cortarte la nariz para estropearte la cara. Lástima que no lo hiciera yo por ti.»

—¿Castus?

Castus parpadeó incómodo, pero no respondió.

Gannicus carraspeó y luego habló.

—La idea de entrenarse no tiene nada de malo, supongo. Un poco de rutina evitará que los chicos holgazaneen. Se mantendrán en forma.

—Bien. —Alentado, Espartaco se giró hacia Castus.

—¡No le hagas caso, Castus! —advirtió Crixus—. Este cabrón está obsesionado por el poder. ¿No te das cuenta?

—No tiene nada que ver con eso —espetó Espartaco.

—Ah ¿no? —le retó Castus.

—¿Te gustaría liderarnos a todos? —preguntó Castus.

—Espartaco.

Reconoció la voz de Aventianus y giró la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Tienes que ver una cosa. —Aventianus señaló el punto en el que el camino procedente de abajo llegaba al borde del cráter.

Espartaco se levantó. Iluminadas por los rayos del sol poniente, distinguió las siluetas de hombres que iban apareciendo. Había docenas más que ya pululaban por el extremo del campamento.

—¿Quién demonios son?

—Esclavos —se limitó a decir Aventianus—. Cabreros, pastores y trabajadores del campo en su mayoría. Se han enterado de lo que le hiciste a Glabro y sus hombres y han venido a unirse a tu causa.

«Lo que le hice.» Espartaco no cabía en sí de orgullo.

—¿Cuántos son?

—Los centinelas han perdido la cuenta.

—¡Excelente! —Espartaco se giró hacia los galos—. Tenemos la comida y las armas para equipar a un ejército. Lo único que necesitan esos hombres es instrucción y eso se lo podemos dar. ¿Verdad?

—Suena bien —declaró Gannicus.

Castus vaciló durante unos segundos y luego asintió.

—Que así sea.

—¿Te apuntas, Crixus? —preguntó Espartaco en tono amable.

—Supongo que sí —dijo a regañadientes—. Alguien tendrá que ocuparse de esos imbéciles o echarán a correr en cuanto vean a un legionario.

—Tú serás excelente para ponerlos en forma.

Crixus sonrió por primera vez.

—Vale.

—Podemos empezar mañana. Yo comenzaré la instrucción de los gladiadores. —Entonces sus expresiones eran más inquisidoras que rebeldes. «Gracias, Gran Jinete»—. Pasé años luchando con los romanos, así que tengo claro cómo les enseñan.

Nadie se opuso y Espartaco volvió a dar gracias en silencio. Por el momento, los demás aceptarían su liderazgo.

—Gracias por el vino. —Apuró la copa y la dejó al lado de Castus—. Nos veremos por la mañana.

—¿Adónde vas? —preguntó Castus—. Tenemos toda la noche por delante para beber.

—Para vosotros, quizá. Yo voy a hablar con los recién llegados. —«Y Ariadne me está esperando.» Haciendo caso omiso de sus protestas, Espartaco se marchó. Se alegró de que ninguno de los galos le siguiera. Si les importaba más emborracharse que dar una buena impresión a los esclavos que habían huido de sus amos para ir hasta allí, peor para ellos.

Los cuatro centinelas se alegraron de verle. Aunque habían estado intentando evitar que los esclavos se desperdigaran, era misión imposible. Era como intentar contener la marea, pensó Espartaco, mientras contemplaba a la chusma mal vestida y nerviosa que tenía delante. Por encima, calculó que eran unos cien y con cada segundo que pasaba aparecían más hombres por el borde del cráter y también alguna que otra mujer.

—¡Bienvenidos! —saludó en latín.

Enseguida se convirtió en el centro de atención.

—¿Quién eres? —La pregunta procedía de un hombre fornido con quemaduras por todo el brazo curadas desde hacía tiempo.

«Un herrero. Justo lo que necesitamos.»

—Soy Espartaco. —El hombre mostró incredulidad.

—Ya. Pero…

—¿Qué?

—Pensaba…

—¿Qué mediría dos metros y medio y escupiría fuego por la boca? ¿Es eso?

Se produjo una risotada y el herrero se sonrojó visiblemente aunque tuviera la piel tostada por el sol.

Espartaco se le acercó y le clavó la mirada al hombre.

—Soy Espartaco el tracio, quien luchó como gladiador en el *ludus* de Capua. Anoche, lideré a ochenta hombres a un campamento en el que dormían más de tres mil legionarios. Matamos a cientos de esos hijos de puta e hicimos que los demás se marcharan corriendo y llamando a sus madres a gritos. Si crees que miento, quizá quieras enfrentarte a mí. Cuerpo a cuerpo o con armas. Tú eliges.

El herrero miró a Espartaco a los ojos y vio la muerte. Su confianza se desvaneció como la neblina matutina.

—No pretendía ofenderte.

—No me he ofendido —repuso Espartaco con amabilidad—. ¿Por qué estás aquí?

—He venido a unirme a ti. Si me aceptas —añadió el herrero rápidamente.

—¿Eres herrero?

—Sí. Ha sido mi oficio desde joven.

—¿Quieres luchar contra los romanos? ¿Matarlos?

—¡Sí!

—¿Y el resto de vosotros? —preguntó Espartaco—. ¿Por eso habéis venido? ¿Para convertiros en luchadores?

El rugido que le respondió envolvió el cráter en un manto de sonido.

Espartaco esperó a que se apaciguara.

—Bien. Os daré de comer y tiendas en las que dormir. Os armaré e instruiré. Y os lideraré contra los romanos. —Desenvainó la *sica* y lanzó una estocada al aire—. ¿Eso es lo que queréis?

—¡sí! —bramaron.

Espartaco sonrió. Las palabras de Ariadne se estaban cumpliendo.

«De la menor de las semillas puede crecer un roble bien fuerte.»

Servía para empezar.

Ariadne había estado ajetreada todo el día, pero eso no había impedido que la cabeza le bullera. Mientras contaba sacos de trigo, trozos de cerdo desecado, recipientes de sal, especias y otros alimentos, lo único que se le pasaba por la cabeza era el beso que había compartido con Espartaco. Y lo que inexorablemente ocurriría cuando se acostaran por la noche. El pensar en «eso» la llenaba de expectativas y de

terror. «Puedo decir que no.» Ariadne descartó la idea de inmediato. No había pasado por todo lo que había pasado con Espartaco, le había ayudado, había ido aumentando sus sentimientos hacia él para renunciar en el último momento. En lo más profundo de su ser, Ariadne sabía que si no mantenía relaciones sexuales con Espartaco pronto, no lo haría con nadie. Al menos por voluntad propia.

Una vez tomada la decisión, Ariadne seguía sintiéndose nerviosa. Era una mujer adulta, ¿no? Sin querer, descargó parte de su irritación en Chloris y las otras mujeres, reaccionando de forma exagerada cuando se equivocaban al contar algo o no pasaban lo bastante rápido a la siguiente tarea. Ya le tenían recelo —una sacerdotisa de Dioniso— y, por tanto, en vez de replicarle, correteaban por ahí intentando evitar su mirada y cometer más errores.

«Me estoy comportando como una abusadora.» Esta constatación hizo que Ariadne suavizara el tono. En vez de criticar a las mujeres cuando terminaban cada tarea, empezó a alabarlas. El ambiente se aligeró y el ritmo de trabajo aumentó. Para cuando el sol había caído por el borde del cráter, prácticamente toda la comida estaba revisada y registrada.

—Parece que has estado muy ocupada.

Ariadne se sobresaltó al oír la voz de Espartaco. De repente, consciente de las marcas de sudor en el vestido y del pelo enmarañado, se giró.

—No hemos parado en todo el día.

—Yo tampoco. Pero eso no me ha impedido pensar en ti.

Se sonrojó.

—A mí me ha pasado lo mismo.

Hizo un gesto para señalar por encima de su hombro.

—Han venido cientos de esclavos, deseosos de unirse a nosotros.

—¿Cómo en mi sueño?

Espartaco asintió dedicándole una mirada de satisfacción.

—Bendito sea Dioniso. ¡Es una noticia excelente!

—Desde luego. Y no me preguntes cómo, pero he conseguido que los galos acepten instruir a los hombres. Empezaremos por la mañana.

Ariadne se puso en marcha.

—Los recién llegados necesitarán comida y bebida.

Desconcertado, Espartaco la observó mientras ordenaba a las otras mujeres que se prepararan para la llegada de hombres hambrientos.

Ariadne reapareció a su lado.

—Por ahora bastará.

—Supongo que se contentarán con todo el vino que hay disponible.

—Ayudará —convino ella—. Pero, se me olvidaba, ¿tienes hambre?

—No de comida. ¿Y tú?

—N-no —dijo Ariadne, consciente de que la voz se le había puesto grave.

—¿Regresamos a la tienda?

A modo de respuesta, tomó a Espartaco de la mano y se alejaron de allí.

Ariadne se tumbó de costado, mirando fijamente la silueta dormida de Espartaco. Bajo la luz gris previa al amanecer, costaba discernir los rasgos en detalle. Moviéndose con sumo cuidado, cambió de postura bajo la manta hasta que estuvo pegada a su lado. Ahí estaba, en la cama con un hombre con el que había decidido copular. Se sentía bien, igual que la noche anterior. A Ariadne le había sorprendido. Había deseado, ansiado incluso, mantener relaciones sexuales con Espartaco, convencida de que les uniría todavía más, que cimentaría el vínculo entre ellos. Pero no se había imaginado que disfrutaría con ello.

Espartaco había sido cuidadoso y seguro a la vez, y muy atento. Había parado varias veces, al notarla tensa. La había mirado para ver cómo estaba y, en cada ocasión, Ariadne había asentido con fuerza para indicarle que continuara. Su lujuria había ido aumentando poco a poco, si bien no tanto como la de él, por lo menos para elevarla por primera vez por encima del dolor que la había socavado durante tanto tiempo. En su globalidad, la experiencia le había resultado reparadora, lo cual no era poco. Una leve sonrisa cohibida había asomado a sus labios. Al final, se había sentido bastante licenciosa.

—Me estás mirando. Desnudando con la mirada, vamos.

Ariadne salió sobresaltada de su ensoñación.

—Tal vez sí —repuso—. Una mujer puede admirar a su hombre, ¿no?

—Por supuesto. Siempre y cuando a mí se me permita hacer lo mismo contigo —murmuró, alargando el brazo para cogerla.

Ella se retorció entre sus brazos.

—No espero menos de ti. —Sorprendiéndose de nuevo por su osadía, Ariadne desplazó la mano derecha hasta la cintura de él… y más abajo.

—Necesito levantarme —protestó él sin mucho convencimiento.

—Yo te necesito más —replicó Ariadne—. He esperado mucho tiempo momentos como este. A los hombres que tienen que hacer la instrucción no les viene de media hora.

Espartaco sonrió y la atrajo hacia sí.

—Cierto.

Dos días después, en Roma…

Cuando Saenius hubo acompañado al último cliente obsequioso de su sencillo

pero elegante patio, Craso chasqueó los dedos al esclavo situado detrás de su silla.

—Llévate este meado de mula —ordenó, señalando el vino de la mesa resistente que tenía ante él—. Tráeme un buen reserva. Acuérdate de aguarlo.

—Sí, amo. —El esclavo estaba habituado a la rutina de Craso. Quienes acudían en busca de sus favores recibían muchos refrigerios, pero no de los caros. Una vez concluidos los quehaceres de la mañana, a su amo le gustaba relajarse con una copa de vino de buena calidad.

—Y también pan y queso.

—Sí, amo. —El esclavo se guardó de ocultar su media sonrisa. Habría llevado todo eso de cualquier modo. En muchos sentidos, Craso era tan predecible como la marea. A fin de que los esclavos supieran sus gustos, los instruía él mismo.

Saenius volvió caminando con suavidad por el *tablinum*, pasando junto a las máscaras de los antepasados de Craso y el *lararium*, el santuario de los dioses de la casa. Encontró a Craso pasando una mano por el canal de ladrillo que conducía agua a los limoneros y parras que llenaban el patio.

—El último temblaba de miedo —comentó.

—Lo único que he hecho es recordarle que su deuda vence dentro de un mes —dijo Craso con suavidad.

—Ya vale. —Saenius le dedicó una sonrisa sarcástica—. Sabe que eres un toro con los cuernos envueltos en paja.

Craso asintió satisfecho. Nunca se cansaba de oír la expresión popular que usaban para describirle. Todos los romanos que se preciasen sabían que solo se envolvía de este modo los cuernos de los toros peligrosos. Había que evitar a tal animal en la medida de lo posible. Era una buena, por no decir excelente, fama, caviló.

El esclavo doméstico regresó con una bandeja de bronce en la que llevaba una jarra, dos copas azules y un plato con pan y queso. La depositó con cuidado, antes de servirle el vino a su amo.

—¿Te apetece acompañarme, Saenius? —preguntó Craso.

—Sí, gracias.

Tal como era habitual en ellos, amo y criado bebieron juntos en amistoso silencio. Por encima de ellos, el sol caía a plomo desde el cielo totalmente despejado. A pesar de la sombra que le ofrecían las plantas y los árboles, la temperatura del patio ascendía con firmeza. Craso notó las primeras gotas de sudor que le resbalaban por la frente.

—Gracias a los dioses que hoy no hay sesión en el Senado. Hoy no quiero salir, ni siquiera en litera.

Saenius murmuró que estaba de acuerdo. Caminar por Roma al mediodía en pleno verano era igual que pasarse demasiado tiempo sentado en un *caldarium*: hacía calor, se sudaba y era incómodo.

Craso cerró los ojos, deleitándose con la ligera brisa que le acariciaba el rostro. Al cabo de un instante arrugó la nariz. El calor en aumento había exacerbado el tufo constante a deshechos humanos. Si bien él, como es natural, disponía de la comodidad un sistema de saneamiento, la mayoría de los residentes de Roma carecían de ellos. Los aseos públicos tampoco eran lo bastante abundantes.

Por consiguiente, el entramado de callejuelas que conectaban la ciudad albergaba una ingente cantidad de estercoleros humeantes, cuyo olor cargado de amoníaco llenaba ahora las fosas nasales de Craso. Frunció el ceño. Podía ordenar que quemaran un poco de *olibanum*, pero no haría más que enmascarar el olor y le dejaría un sabor desagradable y empalagoso en la garganta.

—Quizás haya llegado el momento de tomarse un respiro —caviló—. Un mes en la costa no estaría nada mal.

—Vuestra villa está siempre preparada —dijo Saenius, claramente contento ante la idea de salir de la capital—. Y la brisa marina hace que el calor se soporte mejor.

Craso estaba a punto de convenir con él cuando notó un olor totalmente distinto: humo. Giró la cabeza en la dirección de dónde provenía.

—¿Lo hueles?

Saenius se inclinó hacia delante y olisqueó.

—Ah, sí. —Disimuló bien su decepción, pensó Craso divertido.

—Se está quemando algo —dijo.

—Sin duda hace el tiempo propicio para ello —repuso Saenius—. Hace semanas que no cae ni una gota de lluvia en la ciudad y siempre hay algún idiota que deja un brasero sin vigilar.

Craso tiró lo último que le quedaba de vino y se levantó.

—La costa puede esperar. Vamos a echar un vistazo.

Saenius sabía que no le convenía discutir.

—Reuniré a los esclavos. —Llamó a quienes formaban el séquito de Craso y desapareció en las profundidades de la casa.

Craso respiró hondo y se llenó los pulmones con el fuerte olor penetrante de la madera ardiente. Resultaba de lo más eficaz para disimular el olor a mierda, pensó irónicamente.

Enseguida se puso a la expectativa. El fuerte olor significaba que en algún lugar no muy lejano había dinero que ganar.

No costó encontrar el origen del fuego. La casa grande pero sencilla de Craso estaba situada en las laderas inferiores del Palatino. Le bastaba caminar hasta el siguiente cruce para disfrutar de una vista parcial del centro de Roma. Aquello le indicó que el incendio estaba en la colina Aventina. La veintena de esclavos que seguía a Craso, una mezcla de guardaespaldas, obreros y arquitectos, también vio la

gran humareda enseguida. Por encima del barullo de la vida corriente también se oían unos gritos débiles. Los hombres empezaron a debatir sobre el alcance del fuego, qué lo había iniciado y cuánta gente podía llegar a morir antes de que lo extinguieran.

Craso ignoró su parloteo. Todo se aclararía en cuanto llegaran allí. Bajó la calle dando grandes zancadas e indicó a sus esclavos que le siguieran.

—Da mala suerte vivir en el Aventino —dijo con voz queda, repitiendo el viejo dicho.

Los guardaespaldas enseguida se situaron delante de él. Armados con porras y navajas, bramaban y utilizaban los puños para abrirse camino por las calles estrechas y abarrotadas.

—¡Dejad paso a Marco Licinio Craso, pretor y el hombre más generoso de Roma! —gritaban—. Descendiente de una de las familias más antiguas de la República, hijo y nieto de cónsul, que regularmente dona una décima parte de todo lo que tiene a Hércules.

Craso sonreía con benevolencia.

—¿Y qué coño importa? ¡Craso es tan asquerosamente rico que podría permitirse el lujo de entregar cinco veces más y ni siquiera notaría la diferencia! —gritó de repente una voz de entre la multitud.

Los guardaespaldas se giraron enfadados para buscar al culpable.

—Déjalo. No hay tiempo que perder —ordenó Craso. «Además, es verdad.» Allá donde iba era objeto de comentarios similares. Igual que las lascivas pintadas de temática política y sexual que decoraban los muros de las casas por toda la ciudad, se trataba de una molestia que tenía que soportar igual que un perro sufre a las pulgas. Se sacó un pesado monedero del interior de la túnica y se lo tendió a Saenius.

»Dáselo a la muchedumbre —dijo en voz alta.

Una oleada de entusiasmo embargó a quienes lo oyeron. Numerosos rostros hambrientos y sucios se giraron hacia ellos.

—¿Todo? —exclamó Saenius, representando el ritual que habían interpretado infinidad de veces.

—¿Por qué no? Los virtuosos ciudadanos de Roma no se merecen menos —repuso Craso antes de añadir en voz baja—: lo recuperaré multiplicado por mil allá donde vamos.

Saenius esbozó una sonrisa lobuna como respuesta. Se llenó el puño con monedas y se separó de sus acompañantes lo suficiente para llenar el aire con una lluvia de *asses* de bronce, *sestertii* de plata y *denarii*. Craso volvió la vista hacia la muchedumbre, que había enloquecido. «Excelente.» Para añadirle más emoción a la situación, había incluido algún que otro *aureus* de oro en el monedero. Uno de esos no era más que una gota de agua en el océano para él, pero para los residentes empobrecidos de Roma, esa moneda poco habitual suponía comida para semanas, por

no decir meses.

Tardaron quizás un cuarto de hora en llegar al Aventino. Los edificios de varias plantas apretados entre sí creaban un mundo oscuro y claustrofóbico que impedía distinguir la ubicación exacta del incendio. Sin embargo, el problema se solucionó rápidamente. Hordas de personas histéricas y con ojos desorbitados huían del barrio. Lo único que Craso tuvo que hacer fue ordenar a sus guardaespaldas que fueran en el sentido contrario de la muchedumbre. Porra en mano, tres de ellos formaron una cuña y empujaron hacia delante. A partir de ahí, cualquiera que se interpusiera en su camino recibía un porrazo en la cabeza. Como por arte de magia, el centro de la calle se abrió. Obligado a desviarse, el populacho pasaba en masa a ambos lados de Craso.

Algunos ciudadanos cargaban sus pertenencias, envueltas en sábanas, a la espalda. Otros no tenían más que la ropa que llevaban puesta. Los niños que habían sido separados de sus padres gritaban. Los maridos soltaban juramentos bajo el peso de lo que sus esposas les habían hecho cargar. Irritados por el alboroto, los bebés añadían sus gimoteos al caos generalizado. Craso no prestó ninguna atención a las masas presas del pánico y sí se centró en cambio en los rostros de los tenderos enmarcados en las entradas de los establecimientos que flanqueaban ambos lados de la calle. Sus preciadas existencias, ya fueran carne, cerámica, objetos de metal o ánforas de vino, significaban que cada uno de ellos corría el peligro de perder mucho más que el ciudadano medio si el fuego se propagaba. También significaba que a los comerciantes no les entraba el pánico innecesariamente. Las expresiones de los hombres que veía ahí no denotaban una gran preocupación. Todavía.

—Seguid adelante —ordenó Craso a sus guardaespaldas—. El incendio todavía está lejos.

Lo encontraron a una docena de calles colina arriba.

Allí un humo denso y parduzco llenaba el ambiente que les rodeaba y la temperatura había ascendido de forma considerable. En la zona ya casi no quedaba nadie y las únicas personas visibles se escabullían en la dirección contraria. A Craso no le extrañó. Aparte de los dueños de los edificios afectados, en Roma no había nadie que extinguiera incendios. Los bajos de la mayoría de las estructuras estaban hechos de ladrillo, pero por encima muchos se elevaban tres, cuatro o incluso cinco plantas de *insulae* de madera con apartamentos diminutos y miserables. Ahí es donde vivía la mayoría de la población. «Existía» sería una descripción más precisa, pensó Craso, agradecido por su estatus en la vida. Construidas con escasa consideración hacia la seguridad y el buen diseño arquitectónico, las *insulae* eran un verdadero peligro y tenían muchas probabilidades de derrumbarse o incendiarse. Los incendios eran el más habitual de los dos desastres. Y en cuanto se declaraba un incendio en un edificio, era prácticamente imposible de extinguir. Debido a que todo se construía ya fuera directamente adjunto o tocando las estructuras circundantes, lo habitual era que

las llamas se propagaran con una rapidez letal. Cualquiera que permaneciera en las proximidades corría el peligro de morir quemado. Durante los meses de verano eran habituales los incendios en los que barrios enteros eran destruidos y morían cientos de personas.

Atisbó a dos siluetas angustiadas que iban por delante: un hombre de mediana edad que llevaba un mugriento delantal de tendero y una mujer atractiva de una edad similar. Craso sonrió. Debían de ser el dueño y su esposa. A aquellos cuyo sustento corría peligro siempre les costaba marcharse y esperaban al último momento.

Ahora ya se oía el crepitar de las llamas. Alzando la vista hacia los remolinos de humo, Craso vio unas lenguas de un brillante amarillo anaranjado que lamían ávidas la tercera planta de un bloque de apartamentos con la fachada de madera.

—Se ha iniciado en una *cenacula*. Ahora ya está descontrolado.

—¿Acaso ocurre algo distinto en alguna otra ocasión? —preguntó Saenius.

—Muy pocas veces —reconoció Craso lacónicamente. Apartó a un lado a los guardaespaldas—. ¡Hola, amigo!

El hombre al que había espiado no oyó su saludo. Haciendo caso omiso de las advertencias de su esposa, entró rápidamente en la tienda de frente abierto que formaba la base de la estructura. Salió enseguida, cargando un gran recipiente de cerámica. Lo colocó al lado de una docena más y se dispuso a entrar otra vez corriendo.

—Arriesgas mucho, amigo —dijo Craso en voz alta—. Muchos hombres han sido enterrados vivos cuando se ha derrumbado un edificio.

El tendero lo miró con expresión aturdida.

—No me queda otra —dijo con voz monótona—. Destiné los ahorros de mi vida a construir este bloque de apartamentos. Estoy arruinado, lo sé, pero sin ninguna reserva moriremos de hambre. —Se giró, distraído por los sollozos de su esposa.

—No tiene por qué pasar —declaró Craso—. Lo creas o no, hoy los dioses te sonríen.

—¿Estás loco? —exclamó el hombre—. En todo caso, se estarán burlando.

—Te compro el edificio y todo lo que contiene, amigo.

—¿Cómo?

—Ya me has oído.

El tendero hizo una mueca cuando cayó en la cuenta de la amarga realidad.

—Debes de ser Marco Licinio Craso —dijo con voz quebrada.

—Eso es. —Miró a Saenius—. Mi fama me precede.

—Como siempre.

—No quiero tu dinero —gruñó el tendero—. Merodeas por aquí con tus secuaces para ver cómo toda mi vida queda reducida a cenizas. —Hizo ademán de entrar en la tienda justo cuando un crujido ensordecedor hizo trizas el aire. Maldiciendo, se quedó

parado junto a la entrada.

Craso observó con cierta satisfacción cómo se derrumbaba el techo de la tienda y lo enterraba todo en un amasijo de vigas en llamas.

—Tendrás que conformarte con estas pocas piezas —dijo con suavidad, señalando la patética pila de vajilla—. Me parece que no se venderá por mucho.

El tendero apretó los puños de rabia y dio un paso impulsivo hacia Craso, cuyos guardaespaldas se sonreían maliciosamente los unos a los otros.

—¡No! —gritó la mujer—. ¡No puedo perderte a ti también!

El hombre dejó caer los hombros con gesto derrotado.

—¿Cuánto? —Su voz apenas resultaba audible por encima del crepitar y chasqueo de la madera que ardía.

—Iba a ser generoso —dijo Craso con frialdad—, pero tu actitud agresiva me ha hecho cambiar de opinión. Quinientos *denarii* por el lote.

—Construirlo me costó veinte veces más —dijo el tendero con incredulidad—. Y las existencias son…

—Es mi primera y última oferta —espetó Craso—. Lo tomas o lo dejas.

El hombre se quedó contemplando a su mujer, que se encogió de hombros levemente con expresión impotente.

—No esperaré mucho —advirtió Craso. Se giró como para marcharse.

—¡Acepto! Acepto… —La voz del hombre fue apagándose y un sollozo ahogado escapó de sus labios.

—Sabia decisión. Firmarás el traspaso de propiedad antes de que anochezca y se te pagará mañana. Ahora, si me disculpas, hay trabajo por hacer. —Y Craso se dirigió a sus hombres—: ¡Manos a la obra! Más vale que os mováis rápido o el fuego quizá se propague a los edificios de ambos lados.

—No sería tan malo, ¿no? —preguntó Saenius.

El dedo que blandía Craso contradecía la sonrisa que demostraba que estaba de acuerdo.

—Mejor que salgáis de en medio —aconsejó Saenius, empujando al tendero y a su esposa calle arriba—. En cuanto la estructura empiece a caer, puede resultar muy peligroso.

Craso les siguió a paso tranquilo.

—¿Queda alguien en el interior?

—Creo que no, señor —repuso el tendero.

—Bien. —Craso hizo el gesto de cortar con el brazo. Era la orden que habían estado esperando sus esclavos. Moviéndose con la facilidad que otorga una larga experiencia, empezaron a hacer trizas la primera planta del edificio en llamas con unos ganchos largos de hierro diseñados especialmente para ello. La estructura era endeble y no tardaron en aparecer boquetes en la madera. Los hombres de Craso

redoblaron sus esfuerzos y acabaron arrancando la fachada de la primera planta y sacando los escombros a la calle. Las vigas del edificio empezaron a emitir unos fuertes crujidos.

Entonces empezaron los gritos.

—¡Socorro! ¡Por favor!

Craso alzó la vista hacia la nube de humo. No vio nada durante unos instantes, pero al final advirtió el rostro pálido y aterrorizado que miraba desde la abertura de una ventana en la planta superior.

—¡Por todos los dioses! —gimió la esposa del tendero—. Creo que es la hija de Octavia. Solo tiene ocho años. Su madre trabaja en otra zona de la ciudad y suele dejarla sola. La pobrecilla debía de estar dormida.

Saenius no se esforzó demasiado en mostrarse compasivo.

A Craso le importaba bien poco, pero valía la pena guardar las apariencias.

—¡Comprobad la escalera! —ordenó.

Saenius corrió a las escaleras de madera que subían por el lateral del edificio. En cada planta una puerta daba acceso a las *cenaculae* del interior. Regresó, negando con la cabeza con una pena fingida.

—Está ardiendo.

—¿Qué podemos hacer? —gritó la mujer, hecha un mar de lágrimas.

Había hecho un gesto simbólico. Cualquier otra cosa resultaría sumamente peligrosa. Craso no estaba dispuesto a arriesgar la vida de sus hombres por una rata de alcantarilla de ocho años. Se encogió de hombros.

—Reza para que traspase con facilidad al otro lado.

La mujer empezó a chillar y su esposo la abrazó.

—Calla. No podemos hacer nada.

Craso no quería escuchar los chillidos ni de la niña condenada ni de la mujer consternada así que caminó calle arriba. Escudriñó las tiendas de ambos lados con ojo experto. Se llevó una agradable sorpresa. No se trataba de los típicos comercios cochambrosos que vendían restos de carne, herramientas de mala calidad o prendas de vestir mal tejidas, sino que había un platero, un prestamista y un médico griego. Se trataba de un barrio con un futuro próspero, caviló. Sería rentable reconstruirlo.

Ensanchó la sonrisa. A pesar del calor, había sido un buen día.

A Craso no le duró mucho el buen humor. Al llegar a casa, cansado y apestando a humo, le apetecía darse un baño fresquito y cambiarse de ropa. Por consiguiente, le molestó sobremanera encontrarse con un mensajero del Senado esperándole en el patio que le abordó de inmediato.

Craso fulminó al hombre con la mirada por encima de su larga nariz.

—En nombre de Júpiter, ¿qué quieres?

—Se ha convocado una reunión urgente del Senado para esta tarde, señor.

—¿Por qué puto motivo?

El mensajero se retorcía bajo su mirada.

—Cayo Claudio Glabro ha regresado.

Craso seguía pensando en su nueva adquisición en el Aventino y en darse un baño.

—¿Quién?

—El pretor que fue enviado a Capua.

—Ah, sí. Tenía por misión encontrar y matar a los gladiadores huidos. Tenía tres mil hombres, si no recuerdo mal. Era un asunto sencillo. Marchar hasta allí, zanjar el asunto y regresar a Roma. —Craso captó la expresión asustada de su interlocutor. Tenía las cejas bien arqueadas—. Queda claro que eso no es lo que has venido a contarme.

—No, señor. Los gladiadores atacaron el campamento de Glabro por la noche. Mataron a los centinelas y asaltaron a los legionarios mientras dormían… —El mensajero vaciló.

—Continúa —ordenó Craso con incredulidad.

—Según Glabro, reinaron el caos y la confusión más absolutos. A sus hombres les entró el pánico y huyeron.

—¿Tres mil hombres huyeron de setenta y pico gladiadores de mierda?

—Sí-sí, señor.

—¿Mataron a muchos soldados de Glabro?

—A cuatrocientos o quinientos, señor. El resto huyó indemne.

—¿Huyeron? ¡No puede decirse que los derrotaran en una batalla! Putos cobardes —bramó Craso—. ¿Y de este fiasco es de lo que Glabro ha venido a hablarnos?

—Sí, señor —susurró el mensajero. Estaba aterrorizado. No era raro que quienes daban malas noticias fueran castigados o incluso que los mataran.

Craso se mordió el labio concentrado. «Espartaco es más que un luchador habilidoso. Queda claro que es un hombre de gran talento. Un estratega.» Su orgullo romano se impuso de inmediato. «¿Qué más da si es capaz de reunir a unos cuantos hombres para atacar por la noche como un cobarde?», dijo para sus adentros.

—Esta humillación no puede tolerarse. ¡No se tolerará! Enviaremos un ejército del doble de tamaño. —Ni siquiera esa perspectiva aplacaba la ira de Craso y caminó a un lado y a otro, cavilando cómo enfrentarse a tal situación.

El mensajero esperó, temblando, a que dictara sentencia.

Al cabo de un momento, Craso volvió a prestarle atención.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía? Lárgate. Dile a quienquiera que te haya enviado que asistiré al debate del Senado.

—Sí, señor, gra-gracias, señor —tartamudeó el mensajero, retirándose.

Craso se encaminó al complejo de baños, situado junto al patio. Pensaría sobre el tema mientras se relajaba en la frescura del *frigidarium*.

Sin embargo, una cosa estaba clara.

Glabro tendría que pagar por su error.

Más tarde, Ariadne recordaría aquellos días y semanas que siguieron como una época feliz. La primavera cedió paso al verano y se permitió olvidar su atormentada niñez, a Kotys, su viaje a Italia y el *ludus*. Incluso expulsó a Phortis de su mente. No se planteaba el futuro ni la idea de regresar a Tracia. ¿Qué sentido tenía? Nunca había sido tan feliz. Y era todo gracias a un hombre: Espartaco. Tenía ganas de estar con él a todas horas. Quería saberlo todo de él y él parecía sentir lo mismo por ella. Realmente los dioses debían de haberlos unido, pensó Ariadne. Ahí estaba ella, libre como el viento, viviendo en lo alto del Vesubio con su hombre y con su cada vez mayor grupo de seguidores.

En el plazo de un mes había quedado claro que no habría represalias inmediatas por la humillación infligida a Glabro y sus soldados. Para empezar, no había tropas en la zona. Para continuar, tal como había dicho Espartaco, el Senado tardaría en elegir a un nuevo comandante y el mejor plan de ataque. Igual que reclutar a un nuevo ejército de legionarios. A no ser que hubiera una gran necesidad, Roma no mantenía legiones en su territorio. En tercer lugar, no podrían realizar un ataque sorpresa a los gladiadores. La posición elevada del campamento les proporcionaba unas vistas estupendas en todas direcciones y en todas las fincas a ochenta kilómetros a la redonda había esclavos que se reventarían los pulmones para informar a Espartaco del acercamiento de una columna romana.

Espartaco se aplicó con dureza. Aquel período de tregua tenía que aprovecharse de forma inteligente. Era el momento de instruir a los gladiadores sin compasión, preparándolos para ser soldados de infantería. De convertir a los cientos de nuevos reclutas, que en muchos casos nunca habían empuñado un arma, en soldados. Para organizar partidas de caza y bandas capaces de desplazarse lejos del Vesubio en busca de cereales recién segados y reservas de hierro y bronce. Liderados a menudo por Crixus o Castus, que aprovechaban para evitar la instrucción, los merodeadores transmitían la idea de que cualquier hombre acostumbrado a trabajar en el campo o a ocuparse del ganado sería bien recibido en el Vesubio. No querían esclavos domésticos. Necesitaban a hombres acostumbrados a la dura vida al aire libre. Hombres capaces de luchar.

Para Ariadne era una época de alegría pura, absoluta. Aunque la amenaza de represalias siempre estaba presente, resultaba bastante fácil olvidar a Roma y sus legiones en los días cálidos. Para regocijarse con el hecho de que por primera vez en su vida Ariadne estaba enamorada.

No era de extrañar que pasara las horas del día ocupada en trabajos duros. Organizar a las mujeres, que ya ascendían a más de doscientas, le salía de forma natural. Igual que comportarse como oficial de intendencia del campamento. También le encantaba ser el talismán de los rebeldes. Desde el comienzo, Ariadne se había asegurado de que Espartaco hablara a menudo de su sueño y de cómo ella lo había interpretado. Los gladiadores y esclavos se deleitaban con él. No solo habían encontrado la libertad al escapar de sus amos y un líder carismático, sino una portavoz de su deidad más venerada, la que Roma había conseguido prohibir hacía más de un siglo. A sus ojos, Ariadne era una sacerdotisa de Dioniso, y Espartaco, su elegido. Los contemplaban a los dos impresionados y las noticias de la pareja se propagaban por todas partes.

Espartaco también ocupaba buena parte del tiempo entrenando a los gladiadores y a los nuevos reclutas, o consultando a Pulcro, el herrero que lo había desafiado. Pulcro era ahora uno de sus hombres de confianza y el armero de facto de los rebeldes. Junto con otros varios herreros, su misión consistía en fundir las cadenas de los esclavos y convertirlas en puntas de flecha y espadas. Resecar estacas afiladas hasta que las puntas endurecidas al fuego fueran capaces de atravesar a un hombre con facilidad. Aplanar a martillazos chapas de bronce hasta convertirlas en cascos útiles. Un grupo heterogéneo de esclavos trabajaba con Pulcro para hacer escudos.

Periódicamente, Espartaco lideraba a un grupo de ataque para recabar información, pero la mayor parte del tiempo permanecía en el campamento. Cada día al atardecer, tostado por el sol y sudoroso, se dirigía con paso desenfadado a su tienda. Su sonrisa animaba el corazón de Ariadne. Igual que las palabras que le susurraba al oído cuando se sentaban el uno junto al otro a contemplar la llanura de la Campania y la forma en que hacía que se sintiera cuando se retiraban a sus camas. Quedarse dormida en sus brazos bajo una bóveda de estrellas resplandecientes parecía ser lo único que había deseado en la vida.

No era de extrañar que Ariadne esperara ansiosa la llegada de la noche con una avidez desaforada. Se aferraba a las horas como si fueran las últimas que fuera a pasar. El amanecer se convirtió en su enemigo, porque su llegada significaba el fin del tiempo que pasaba con Espartaco. Hasta el atardecer siguiente.

Deseaba que el verano, la fantasía, durara para siempre.

Pero por supuesto no fue así.

13

Una mañana, poco después de cosechar el grano, Ariadne se despertó helada hasta los huesos. Durante los meses calurosos, se había acostumbrado a dormir al aire libre con apenas sábanas. Habría que cambiar esa costumbre, pensó, tiritando. Las briznas de hierba que la rodeaban estaban cubiertas de una fina capa de rocío y había una humedad en el ambiente que no había aparecido la madrugada anterior. La embargó una tristeza inexplicable. En cierto modo, el descenso de la temperatura se asemejaba al enfriamiento de un cuerpo tras la muerte. Casi notaba la dulce descomposición.

—El otoño está a la vuelta de la esquina —dijo Espartaco desde su montón de mantas.

—Cierto. —Le dedicó una brillante sonrisa fingida.

Él enseguida se dio cuenta.

—¿Qué ocurre?

—No sé. Algo ha cambiado. Noto el aire distinto.

Espartaco endureció el semblante.

—Deben de ser los romanos, entonces. Tenían que venir tarde o temprano.

—¿Estás seguro? —Ariadne notaba la fría verdad en el vientre, pero no quería ser quien lo dijera.

Espartaco se encogió de hombros.

—Si no es hoy, será mañana o pasado mañana. Tal vez tengamos una semana de gracia. Da igual.

—¿Por qué? —«¡Yo quería que lo nuestro no acabara nunca!»

—Al final tendremos que enfrentarnos a nuestro destino, Ariadne —dijo con suavidad, incorporándose—. Lo sabes tan bien como yo.

—Si la espera es demasiado larga los hombres perderán las fuerzas.

—Más que eso. Empezarán a negarse a entrenar. Se convertirán en unos verdaderos *latrones*. Quizá se vuelvan en mi contra.

Ariadne le dedicó una mirada horrorizada.

—¡No se atreverían!

—Eso lo dices tú. Crixus está contento porque ha estado recorriendo la zona como un pirata cilicio en el Adriático, atacando cuando le parece. Castus, lo mismo, y hay un par de germanos que han empezado a mirarme mal cuando les ordeno que hagan algo. Quienes eran esclavos están aprendiendo a amar su libertad, lo cual está bien, pero… —Espartaco entrechocó los puños— ha llegado el momento de liderarlos en la batalla. Eso calmará la situación. Les bajará un poco los humos.

—¡Podrían matarte! —Ariadne no fue capaz de contenerse.

—Así es, amor mío.

Era la primera vez que había empleado esas palabras y a Ariadne le dio un vuelco el corazón.

—Pero no pienso rehuir esta lucha. Yo no soy de esos. No olvides que Dioniso me ha honrado con su bendición.

—Lo sé —dijo ella, intentando que su orgullo resultara más evidente que su preocupación.

Se le acercó y la besó.

—Tampoco pienso echar a perder mi vida como un imbécil. Los hombres han estado entrenando duro, pero todavía no están preparados para enfrentarse a miles de legionarios. Y aunque ellos quizá lo piensen, ninguno es seguidor de Crixus ni de Castus. No vamos a enfrentarnos a esos cabrones en una batalla abierta.

El dolor que Ariadne notaba en el vientre se mitigó.

—¿Qué vas a hacer?

—Tenderles una emboscada. Atacar la columna por el bosque si podemos. Hacer que rompan filas. Sembrar el pánico, igual que en el campamento de Glabro. Es la forma de abordar la lucha contra ellos.

—La lucha —repitió ella lentamente.

—Sí —confirmó Espartaco—. Eso es lo que es. Salvo que estamos en Italia, no en Tracia.

El temor de Ariadne resurgió. «¿Es esto lo que querías decir, Dioniso?» Al ver la pasión que ardía en sus ojos, Ariadne respiró hondo y exhaló.

—Es tu camino.

—Por el momento, lo es. —Se dio un golpe en el pecho—. Lo noto aquí dentro.

—Entonces también es el mío. —«Pase lo que pase.»

—Eso me alegra el corazón. —La apretó con fuerza—. Tengo que marcharme. Hay que mandar a varios hombres a buscar a ese nuevo ejército romano.

Cuando los exploradores regresaron, dijeron no haber visto nada más que el tráfico habitual por los caminos locales. Habían visto a comerciantes con sus mulas, granjeros con carretas repletas y pequeños grupos de viajeros. Habían avistado a un mensajero; igual que a un adivino itinerante y un grupo de leprosos. Incluso habían visto a un hombre rico en su litera, acompañado por una comitiva de guardaespaldas y esclavos.

Pero a ningún soldado.

Impasible, Espartaco llamó a Carbo, Aventianus y a otros dos esclavos. Los cuatro intercambiaron miradas de curiosidad mientras se reunían delante de él. No se conocían demasiado bien entre ellos.

—¿Os preguntáis por qué estáis aquí? —preguntó Espartaco.

Todos murmuraron con un asentimiento. Carbo no había visto mucho a Espartaco

en los meses anteriores. Tampoco pasaba nada. Se sentía un privilegiado por el mero hecho de haber sido instruido por él. En realidad, se había dedicado a entrenar incluso más. Subía y bajaba corriendo las laderas de la montaña dos veces al día. Cargando peso y haciendo peleas de entrenamiento con quienquiera que quisiera enfrentarse a él. Todavía no estaba preparado para pelear con Amatokos, pero tenía la impresión de que Chloris le lanzaba miradas de aprobación. Por lo menos era lo que esperaba. Sin embargo, el esfuerzo de Carbo le había compensado también de otras maneras, porque Espartaco había asentido para mostrarle su aprobación el día anterior cuando había golpeado a un germano del doble de su tamaño dos veces en el culo. Ese pequeño gesto había animado a Carbo sobremanera. Aceptaría cualquier misión que se le ofreciera. Cuánto había cambiado su vida, caviló. Ahora vivía y luchaba acompañado de esclavos. Realmente era un marginado, pero le daba igual. Carbo se enorgullecía de aquello en lo que se había convertido. De la transformación que él mismo se había buscado.

—Ariadne, la sacerdotisa que reveló que gozo del favor de Dioniso —añadió Espartaco para ser más efectista—, ha tenido una sensación extraña esta mañana al despertar. He aprendido a prestar atención cuando me dice estas cosas. Como sabéis, los exploradores no han encontrado nada de nada en los campos circundantes, pero ya hace meses que no les vemos el pelo a los romanos. El hecho de que no haya ni rastro de esos perros no significa que no pase nada. Quiero que vayáis por separado a los pueblos cercanos a ver qué información sois capaces de extraer. Un hombre puede descubrir muchas cosas por el mero hecho de pasearse por el mercado un día o dos. —Advirtió la mirada inquisidora de Carbo—. Todos vosotros sois hablantes nativos del idioma. Encajaréis mucho mejor que yo, con mi acento tracio, o Atheas o Taxacis, que ni siquiera son capaces de pedir una copa de vino en latín. Nadie se fijará en vosotros especialmente.

—¿Y si alguien pregunta qué nos ha llevado allí? —preguntó Aventianus.

Espartaco se agachó y cogió cuatro monederos pequeños que tenía a los pies. Le lanzó uno a cada hombre.

—Tú eres un obrero a sueldo que ha acabado el trabajo de la temporada de verano y regresa a casa con su mujer o su familia. Aquí tienes la paga.

Aventianus sonrió. Era una historia totalmente plausible.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carbo. «Por favor, no me pidas que vaya a Capua.»

Fue casi como si Espartaco notase su renuencia.

—Tú irás a Neápolis, en la costa. El resto podéis decidir adonde queréis ir: al norte hacia Nola y Capua, por la Vía Appia, y Nuceria, hacia el sur. Si circulan rumores, allí los descubriréis. —Alzó un dedo a modo de advertencia—. Me da igual que os gastéis el dinero antes de regresar, pero ¡id con cuidado! No os emborrachéis

demasiado. El vino suelta la lengua. Si os descubren, acabaréis vuestros días clavados en una cruz.

Los hombres asintieron con determinación.

—Una cosa más. Dejad las espadas atrás. Llevad solo una navaja y un bastón. —Se rio ante el ceño fruncido de Carbo—. Ya sé que os habéis acostumbrado a ir armados, pero no hay nada que llame más la atención que un campesino con un *gladiu*. —Espartaco hizo un gesto de rechazo con la mano—. Regresad lo antes posible. Que Dioniso y el Gran Jinete os acompañen.

Carbo fue a buscar su esterilla para dormir y un recipiente para el agua. Si salía de inmediato, llegaría a Neápolis antes del anochecer. «Cómo he cambiado.» En otros tiempos, se habría sentido insultado si le hubieran llamado «campesino» y le hubieran deseado la bendición de unos dioses extraños. Ahora le molestaba más no poder llevar un arma.

Carbo sabía a cuál de las dos personas prefería.

Anochecía cuando Carbo llegó cerca de Neápolis. Había corrido parte de los quince kilómetros desde el Vesubio para asegurarse de llegar a tiempo. Pero le había ido por los pelos. Los tres guardas ya habían cerrado uno de los impresionantes portones y se movían hacia el segundo. Echó a correr.

—¡Un momento!

Los centinelas giraron la cabeza. Eran los típicos vigilantes de ciudad: dos eran de mediana edad con una barriga prominente y el otro era un mozalbete con las mejillas más suaves que las nalgas de un recién nacido.

—¿Quién anda ahí? —gritó uno. La *phalera* de plata solitaria de la túnica indicó a Carbo que había sido legionario. «Es el líder.» Solo los hombres valientes recibían tal condecoración—. Cuando se tiene tanta prisa, un hombre solo puede ir detrás de una de estas dos cosas: vino o una puta.

—O ambos —añadió el segundo hombre adulto con una sonrisa lasciva con la que enseñó todos los dientes.

—Tenéis toda la razón, amigos. Ambos —mintió Carbo, que agradeció haber llegado—. He estado trabajando en un latifundio durante las últimas seis semanas, viviendo con poco más que *acetum* y pan seco. Ni una mujer a la vista. Por lo menos ninguna a la que fuera seguro acercarse.

—El vílico te tenía bien vigilado, ¿eh? Es lo que suele pasar. ¡Debes de estar empalmado como Príapo! —El veterano le guiñó el ojo—. A mí me pasaba lo mismo a tu edad. Aquí mi amigo Neleus desearía ser también así, pero es tan tímido que ni siquiera se acerca a las putas que hay junto al mercado. ¡Y mira que serían capaces de tirarse a un cadáver a cambio de una moneda! —Rio con placer mientras el joven bajaba la cabeza abochornado.

«Cielos —pensó Carbo encantado—. Ni siquiera me han mirado las cicatrices. Y me han creído de buenas a primeras.» Se sintió orgulloso. «Ya soy un hombre.»

—Pasa, amigo. —Con un gesto elocuente, el veterano indicó a Carbo que podía entrar—. A quienquiera que elijas, échale uno por mí.

—Descuida. —Carbo sonrió—. ¿Hay alguna posada en la que pueda encontrar un rincón para dormir?

—Varias. El Toro es donde tienes menos probabilidades de que te acribillen las pulgas y las chinches. Y también es menos probable que te roben. Está junto a una calle que sale de esta entrada. El tercer callejón a la derecha. No pagues más de un *as* por una cama en el establo.

—Gracias.

Así fue como pasó por debajo del gran arco de piedra y entró en la ciudad. Carbo nunca había estado en Neápolis. Observó con curiosidad los bonitos edificios mientras quedaban difuminados por la creciente oscuridad. La mayoría eran de nueva construcción. Tras siglos de lealtad a Roma, Neápolis había sido elevada a la categoría de *municipium* hacía casi dos décadas, pero su fortuna había sufrido un duro revés durante la brutal guerra civil acaecida hacía apenas unos años. Carbo recordaba que de pequeño su padre le contaba a su madre entre susurros el saqueo sufrido por la ciudad. Bajo Sila «el carnicero» un ejército había quemado su gran flota, que estaba anclada, y matado a varios cientos de civiles. Al final, le habían prendido fuego a Neápolis. El crimen de los residentes había sido oponerse a Sila. «¿Y a Espartaco le llaman *latro*?»

Carbo se aprestó a encontrar el Toro. La estrecha vía pública se vaciaba ante sus ojos; no tenía ningunas ganas de permanecer en el exterior más de lo necesario. No había alumbrado público. En el exterior de algunas casas grandes colgaba un farol, pero no iluminaban demasiado. Las sombras se hacían cada vez más largas. En cuanto se acercó a una callejuela, una silueta se movió en la penumbra de su interior. Carbo sujetó con más fuerza la empuñadura del puñal. Si Neápolis se parecía a Capua, entonces solo un imbécil se aventuraría a salir de noche. Un imbécil o un matón.

Se sintió aliviado cuando encontró la posada poco después. El murmullo de las conversaciones en tono elevado, los gritos y los cánticos desentonados le indicaron que había llegado. El hedor del estiércol, orines malolientes y el sudor humano le llenaron las fosas nasales al acercarse al local de frente abierto. Una escalera de madera se elevaba por el lateral del edificio hacia los apartamentos de las plantas superiores. Unas lámparas de aceite decoraban las paredes llenas de pintadas, por dentro y por fuera. Su brillo amarillo anaranjado iluminaba un revoltijo de mesas y bancos toscos que invadían el callejón desde el interior sombrío de la posada. Habían esparcido paja por todas partes; a juzgar por lo empapada que estaba, parecía haber

absorbido más vino del recomendable. O sangre.

El local estaba abarrotado. «No soy el único con la garganta seca.» No le sorprendió. Hacía poco que se había acabado la cosecha y aunque la Vinalia Rustica había terminado, las temperaturas seguían siendo agradables. Los hombres hacían bien en tomarse unas cuantas copas de vino con sus amigos por la noche. Carbo observó a la clientela, una selección de comerciantes, viajeros y lugareños. También había multitud de prostitutas, sentadas en las faldas de los hombres, enseñando los pechos a cualquiera que mostrara el mínimo interés o buscando clientes por las mesas. También había infinidad de maleantes: hombres evasivos y mal vestidos solos o en pareja cuya mirada recorría constantemente a la clientela como lobos hambrientos enfrente de un rebaño de ovejas. «¿Amigos? No tengo ninguno. Al menos, no aquí.»

Se abrió camino hasta la barra. Carbo habló con el propietario, un hombre de ojos saltones con una densa barba incipiente en la larga mandíbula. Tal como había prometido el guarda del portón, con una moneda de bronce le bastó para asegurarse un rincón en uno de los establos. Dejó la esterilla para dormir y regresó para comprar una jarra de vino y un poco de pan con queso. Con las manos llenas, Carbo se encaminó a una mesa vacía situada junto a la pared. El mejor lugar, y el más seguro, desde el que observar el panorama era estando de espaldas al fresco enladrillado. Al sentarse, el estómago le gruñó con fuerza, lo cual le recordó que no había comido desde el mediodía. Carbo se olvidó del resto de los clientes y atacó la comida sin miramientos.

No tardó demasiado en dejar el plato limpio y engullir dos copas de vino aguado. Carbo se sentía mucho mejor y eructó. Volvió a llenarse la copa y lanzó una mirada despreocupada a la sala. Un par de mesas más allá cuatro comerciantes jugaban a los dados armando cierto escándalo. Haciendo caso omiso de las peticiones de quienes les rodeaban para que se callasen, un hombre con manchas de vino por toda la túnica berreaba una tonadilla desentonada sobre el viaje de Odiseo. Un par de ancianos discutían por las fichas de un tablero de «Ladrones». A su lado, un comerciante de rostro colorado manoseaba con avaricia la entrepierna de una prostituta. Tres veteranos que miraban se reían burlonamente y lanzaban sugerencias procaces acerca de lo que la pareja podía acabar haciendo.

Carbo pensó en Chloris y le palpitó la entrepierna. Palpó el pequeño monedero, que llevaba colgado de una correa alrededor del cuello, y se planteó llevarse arriba a una de las putas. Era habitual que esas mujeres utilizaran una habitación encima de la taberna. Las observó una por una y cambió de opinión. «Son baratas y repugnantes. Pillaré alguna enfermedad.» Un establecimiento de más clase sería mucho mejor. Ahí por lo menos se lavarían entre un cliente y el otro. «No desvaríes. No estás aquí para eso.» Carbo decidió acabarse la jarra de vino e irse a la cama. Los mercados

empezaban a funcionar al amanecer y quería estar allí desde el comienzo.

—¿Vienes de lejos?

A su derecha había un hombre sentado con la espalda apoyada en la pared, igual que Carbo. Tenía el pelo castaño, cortado al estilo militar, ojos de colores distintos y unos pómulos marcados y anchos. Aparentaba ser unos diez años mayor que Carbo.

—¿Hablas conmigo?

—Sí. Te he visto entrar. Da la impresión de que has estado viajando. Debes de haber llegado justo antes de que cerraran los portones. —Su acento ponía de manifiesto que era un hombre educado, lo cual desentonaba con la clientela.

«Está siendo amable.»

—Has acertado. Unos minutos más y me habría tenido que quedar fuera a pasar la noche. Qué contento estoy de que no haya sido así.

El otro señaló la jarra.

—¡Para empezar te habrías quedado sin esta especie de pis!

Carbo se rio por lo bajo.

—Sí.

—¿Estás tentado de probar también a alguna de las putas?

—Las de aquí no. Seguro que están sifilíticas.

—Probablemente. Me llamo Navio. —Se acercó y entrechocó su copa con la de Carbo. El movimiento le dejó a la vista la cintura, en la que llevaba un cinturón dorado. Navio vio que Carbo se fijaba en él—. Sí, soy soldado. —Agrió la expresión —. O lo era.

—Yo me llamo Carbo. —El otro esperó, pero no recibió más información.

—Debes de ser hijo de un granjero, ¿no? ¿Has venido en busca de los antros de lujuria y perdición de la ciudad?

Carbo lanzó una mirada recelosa a Navio.

Navio sonrió.

—Venga ya. Llevas una túnica de confección casera y una navaja barata, pero no tienes acento de agricultor. Eres de buena familia, como yo.

Carbo se asustó. «Por todos los dioses, no había pensado en mi forma de hablar.» Escudriñó el rostro bronceado de Navio, pero no advirtió nada sospechoso. «Cualquier historia servirá.»

—¿Tan obvio es?

—Sí. —Navio tomó un sorbo de vino.

Con la intención de encajar mejor en su nuevo rol, Carbo adoptó un tono huraño.

—He estado trabajando en la granja todo el verano sin descanso. Mi padre ni me lo ha agradecido, por supuesto. He decidido tomarme unos días libres. Me lo tengo bien merecido.

—¿Eso es lo único de lo que tienes que quejarte? ¿Sabes lo afortunado que eres?

—preguntó Navio con acritud.

—Tengo muchas más preocupaciones —repuso Carbo abruptamente, pensando en su misión—. Como tú, seguro.

—Lo siento —dijo Navio con expresión avergonzada—. Últimamente las cosas no me han ido demasiado bien.

—¿Te han licenciado?

Navio hizo una mueca llena de amargura.

—Fue un poco más definitivo que eso. —Al notar el interés de Carbo pareció cerrarse en banda—. De todos modos, no es asunto tuyo.

—No —dijo Carbo con rigidez. «Deben de haberlo echado del ejército»—. Como quieras.

—Disculpa mis modales. Toma un poco de vino. —Navio llenó la copa de Carbo hasta arriba antes de alzar la suya—. ¡Por un nuevo amigo y la buena compañía!

Carbo cedió y repitió el brindis.

—El casero me ha hablado de una casa de putas una calle más allá —le confió Navio con un guiño—. Me ha dicho que las mujeres de allí son verdaderas Venus comparadas con las de aquí. Y además limpias. ¿Te apetece probarlas?

De repente Carbo se imaginó a una mujer distinta a Chloris, con facciones griegas. Una belleza de pechos generosos y piel cremosa, tumbada boca arriba, instándole a tirársela. «¿Qué hay de malo en eso?»

—Suena bien.

—¡Bebamos por ello!

Los dos apuraron sus copas. Carbo sirvió más vino para ambos y entablaron una conversación más neutral, bromeando entre sí sobre los clientes de la posada. Cuál de los cuatro comerciantes ganaría la siguiente partida de dados. Si alguien acabaría silenciando al cantante maullador. Qué prostituta cazaría antes a un cliente. Si la discusión entre dos hombres acabaría en pelea. Pasaron el tiempo de un modo admirable.

Después de dos jarras de vino más, Carbo contemplaba el mundo con mucha más benevolencia. Tenía una sensación cálida y borrosa en la cabeza. Las putas incluso le parecían apetecibles. Navio lo pilló comiéndose con los ojos a la más joven y se echó a reír.

—¡Ha llegado el momento de encontrar ese burdel! ¡Vamos!

Se abrieron paso haciendo eses por entre las mesas. Carbo aprovechó la oportunidad para pellizcarle las nalgas a una prostituta y desplegó una amplia sonrisa cuando ella chilló fingiendo estar horrorizada. Se giró de inmediato y se levantó la falda para enseñarle el triángulo oscuro de vello que tenía en el pubis.

—¿Quieres un poco de esto? Dos *sestertii* y es tuyo durante una hora.

—¿Una hora? ¡Le bastan dos o tres embestidas para acabar! —exclamó Navio. Ya

casi estaba en el callejón—. Venga, Carbo. Vámonos.

A regañadientes, Carbo apartó la mirada de la entrepierna de la prostituta y se dirigió a la entrada.

Satisfecho, Navio se marchó dando grandes zancadas.

—Un momento, necesito mear. —Pero Navio no le oyó murmurar. Para cuando Carbo salió, el soldado ya se le había adelantado veinte pasos—. Que le den, no me aguanto. —Carbo se acercó como pudo a la pared más cercana y se levantó la túnica. Tras cierta dificultad con el *licium*, orinó. Con un suspiro de alivio, observó el chorro de orina salpicando desde los ladrillos.

Cuando se dio la vuelta, el callejón que conducía a la calle principal estaba vacío. Maldiciendo entre dientes, Carbo corrió detrás de Navio. Estaba a punto de llamarle, de decirle a su amigo que esperara, cuando oyó un golpe seco, como el que emite un cuerpo al caer al suelo. A Carbo se le secaron las palabras en la boca. «Así es como me atacaron cuando salí de la taberna en Capua.» Se tocó el puñal y le tranquilizó notar el hueso frío del mango. Se quedó parado unos segundos para que la vista se le acostumbrara a la oscuridad estigia y se deslizó por el suelo polvoriento de la forma más silenciosa posible.

Unos veinte pasos más adelante, en contraste con la tenue luz de la farola que había en la pared de una casa, distinguió la silueta de un hombre agachado sobre una forma inerte. «¡Navio!» La rabia más ardiente borró el embotamiento que Carbo tenía en la cabeza. Ni siquiera se planteó regresar a la posada para estar seguro, sino que sacó el cuchillo, sujetándolo con el puño con la hoja apuntando hacia el suelo. Era el método que le había enseñado Espartaco. «Así, ningún cabrón te quitará el arma de la mano y tú sigues pudiendo clavarla donde quieras.»

El agresor de Navio le dio la vuelta y empezó a palparle la ropa.

—¿Dónde está el puto monedero?

Navio gimió y a Carbo le dio un vuelco el corazón. «No está muerto.» Entrecerrando los ojos, calculó que la distancia que los separaba era de unos quince pasos. No parecía que el maleante fuera acompañado, pero Carbo no estaba todavía lo bastante cerca.

Sonaron monedas y el ladrón emitió un sonido de satisfacción.

—¿Algo más? —masculló, inclinándose de nuevo encima de Navio.

Dando las gracias a los dioses por la avaricia del maleante, Carbo corrió hacia delante.

Diez pasos. Ocho. Seis. Cuatro.

El ladrón le desabrochó el cinturón dorado y se lo quitó de la cintura.

—Por esto me darán un buen dinero. —Cogió un garrote y entonces se incorporó.

Se oyó un clic cuando Carbo rozó una piedra con las sandalias.

El ladrón se giró a medias sorprendido.

—Qué…

Fue lo último que dijo. Carbo le clavó el puñal en un lado del cuello. Lo clavó con tanta fuerza que lo hundió hasta el mango. Carbo lo sacó con tal virulencia que salió un chorro de sangre que le salpicó en la cara. Indiferente, apuñaló al ladrón una, dos, tres veces en el pecho. La hoja le rozó las costillas y penetró en la cavidad pectoral, por lo que destrozó órganos vitales. Carbo lo retorció para asegurarse cada una de las veces. Cuando el ladrón se le cayó encima, inmóvil, y el garrote se le resbaló de los dedos inertes, Carbo se dio cuenta de que estaba muerto o casi. «Es lo que te mereces, cabrón.» Con un gruñido de satisfacción, empujó al ladrón a un lado.

Se agachó en la oscuridad, con el cuchillo preparado, por si había alguien más.

El único sonido era la respiración fatigosa de Navio.

Carbo se puso de rodillas.

—¡Navio! ¿Me oyes?

No hubo respuesta. «¿Con qué fuerza le habrá golpeado el hijo de puta?» Carbo estiró la mano y le palpó la cara y el cuero cabelludo para ver si notaba las heridas. Encontró una mata de pelo pegajosa, levantó la mano y se la miró en la penumbra. El fluido que tenía en los dedos era oscuro. «Sangre.» Carbo volvió al punto y apretó con suavidad tal como había visto hacer al médico del *ludus*.

—¡Hades, cómo duele, coño! —masculló Navio—. ¿Intentas matarme?

Carbo exhaló un largo suspiro de alivio.

—Perdona.

—Como si esa rata de alcantarilla no me hubiera dado lo bastante fuerte —se quejó Navio.

—¿Puedes incorporarte?

—Creo que sí. Ayúdame.

Carbo rodeó a Navio por los hombros y lo levantó.

—¿Por qué demonios no me has esperado? Solo iba a mear.

—Pensaba que ibas a gastarte el dinero en esa puta con cara de mula.

—Pues no.

—La próxima vez no la cagaré de esta manera. —Navio le clavó la mirada—. Te debo una. Gracias.

—De nada —repuso Carbo, en tono conciliador.

—Bueno, ¿dónde está ese burdel? No puede estar muy lejos. —Navio giró la cabeza para mirar y gimió.

—Creo que no es muy buena idea —advirtió Carbo—. Si tú apenas puedes levantarte, ¿cómo se te va a levantar la polla?

Navio se rio por lo bajo con voz gutural.

—Me parece que tienes razón.

—Volvamos a la posada.

—El cinturón. ¿Dónde está?

Carbo palpó alrededor hasta que tocó con los dedos el metal dorado y el cuero.

—Aquí. Ya te lo llevo yo.

Navio se levantó con ayuda de Carbo. Le propinó una débil patada al ladrón.

—Has despachado a este pedazo de mierda enseguida. ¿Has recibido formación en el manejo de las armas?

Carbo pensó con rapidez.

—Teníamos un esclavo, un samnita que había luchado en la guerra de los aliados. Me enseñó mucho.

—En la guerra de los aliados, ¿eh? —La débil sonrisa de Navio tenía un deje amargo.

—¿Qué? —Carbo avanzó sujetando a Navio.

—Nada.

Carbo no insistió y ayudó a Navio a regresar a la posada. Poca gente les prestó atención cuando volvieron a entrar, lo cual Carbo agradeció. Aunque a nadie le importaría que hubiera matado a un ladrón, no quería dar explicaciones a los vigilantes de la ciudad.

—Voy a llevarte a la cama —le dijo a Navio en un susurro—. Tienes que dormir para recuperarte de la herida.

—Ni hablar. Te debo una copa. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Pero tienes sangre en la cabeza…

—A tomar por culo. He tenido heridas peores. Quiero vino, mucho vino.

La voz de Navio dejaba clara su determinación.

—De acuerdo.

Carbo se dirigió con él a la mesa donde habían estado sentados. Pidieron otra jarra. Cuando llegó, Navio sirvió sendas copas con el brazo tembloroso.

—¡Por la amistad! —dijo, alzando la copa. Carbo repitió el brindis con una sonrisa y engulleron la primera copa de un trago. Navio volvió a hacer los honores y vertió un poco en el mantel—. ¡Qué el hijo de puta que ha intentado robarme tenga un cálido recibimiento en el Hades! —Carbo asintió y se bebió la segunda copa. Eso le templaría los nervios. «El ladrón me habría matado en un abrir y cerrar de ojos. No hay que lamentar su pérdida.»

Sin vacilar, Navio volvió a llenar las copas.

—¡Por el valor y la lealtad!

—Brindo por eso —dijo Carbo con fervor.

—No me extraña —dijo Navio con expresión astuta—. Eres un buen hombre.

Carbo se sintió cohibido y bajó la mirada.

—La mayoría de los hombres no habrían arriesgado el pellejo como acabas de hacer tú.

—Puede ser. —Carbo empezó a sentirse orgulloso.

—Te lo aseguro. —Navio se inclinó sobre la mesa, transpirando vapores etílicos por todos los poros—. Apuesto a que eres capaz de guardar un secreto.

—Si es necesario —repuso Carbo con tiento.

—Acabo de regresar de Iberia.

—Y… —dijo Carbo sin comprender.

—Era soldado allí.

—¿Luchaste contra Sertorio y sus hombres?

—No exactamente, no. —Navio vaciló.

El vino recorría las venas de Carbo y le otorgaba seguridad.

—Suéltalo, hombre.

Navio exhaló un fuerte suspiro. Miró despreocupadamente a uno y otro lado y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—En realidad fue lo contrario. Yo fui uno de los oficiales de Sertorio.

Carbo no se esperaba aquello. Estuvo a punto de soltar la copa.

—¿Cómo?

—No es tan extraño —se defendió Navio—. Soy de Neápolis y era natural que mi padre apoyara a Mario contra Sila. Tras la muerte de Mario, Sertorio, su mano derecha, huyó a Iberia. Mi padre también fue y se llevó a toda la familia. Mi madre murió poco después de nuestra llegada y crecí en un mundo en el que todo giraba en torno a luchar contra lo que Roma se había convertido. Lo único que conocía de la vida era la guerra. —Navio carraspeó y escupió—. Nos fue bien durante mucho tiempo.

Como todo el mundo, Carbo sabía a grandes rasgos lo que había ocurrido en Iberia a lo largo de los siete años anteriores. Que Sertorio había derrotado a muchas de las fieras tribus de la península y que había demostrado ser un maestro en la guerra de guerrillas, puesto que había vencido a todos aquellos a los que Roma había enviado para que lucharan contra él. Había tenido la osadía de ponerse en contacto con otro enemigo de Roma, Mitrídates del Ponto. A cambio de dinero y barcos, Sertorio había enviado a oficiales militares para instruir al ejército de Mitrídates. Sin embargo, al final las cosas se habían torcido. Cerca del año anterior más o menos, Carbo sabía que la situación se había echado a perder para Sertorio, ya que Pompeyo Magno y sus generales por fin habían vuelto las tornas contra él.

—¿La situación ha empeorado? —preguntó vagamente.

Navio frunció el ceño.

—¿No te has enterado?

—Nuestra finca está en el quinto pino —mintió Carbo.

—Sí, se me había olvidado. Bueno, pues Sertorio ha muerto.

—¿Muerto en la batalla?

—Ojalá —repuso Navio con amargura—. No, Perperna lo apuñaló y lo mató hace tres meses. Ese cabrón traidor.

—¿Perperna?

—¿Te acuerdas de la rebelión fallida de Emilio Lépido hace cuatro años?

—Sí, intentó tomar Roma, pero el procónsul Cátulo lo derrotó en el puente Milvio. Huyó a Cerdeña, ¿no?

—Eso es. Cuando Lépido murió poco después, sus principales seguidores, entre ellos Perperna, fueron en barco a Iberia con lo que le quedaba del ejército. Sertorio los recibió con los brazos abiertos. Incluso montó un Senado en la oposición con ellos.

—Recuerdo que mi padre se preguntaba por qué el Senado de Roma no ofreció el perdón a Sertorio tras la muerte de Sila —dijo Carbo—. No había motivos de peso para continuar con la guerra en Iberia y Sertorio era un general con mucho talento. ¿Por qué no volvieron a aceptarlo en el redil?

—No era más que por culpa de su dichosa arrogancia y orgullo —exclamó Navio. Hizo una mueca de dolor.

—Tranquilo.

—Ya me tranquilizaré cuando me muera. —La ira palpitaba en la voz de Navio —. Sertorio era mejor hombre que cualquiera de los seguidores de Mario. Siempre hacía frente a los extremistas del partido y no participó en ninguna de las masacres autorizadas por Mario. Tenían que haberle dado la oportunidad de recuperar su honor. Sin embargo, murió desangrado en un banquete de algún lugar de mierda en Iberia.

—¿Perperna asumió el mando de las fuerzas de Sertorio?

—Sí.

—¿Y te quedaste con él?

Navio estaba enfurecido.

—Fui un perfecto idiota, ¿verdad? Mi padre dijo que debíamos esperar a que Perperna derrotara a Pompeyo antes de atacarle. Seguí su consejo. —Tragó saliva de forma audible—. Lo lamentaré hasta el día de mi muerte.

—¿Qué ocurrió?

—Fue sencillo. Perperna no le llegaba a la suela del zapato a Sertorio como líder, así que Pompeyo nos hizo picadillo. Acabó con nosotros en menos de dos meses. Mi padre y mi hermano pequeño murieron en la última batalla. Yo conseguí escapar, pero la mayoría de los supervivientes fueron tomados prisioneros. Supongo que debo estar agradecido por una cosa. Pompeyo ofreció el perdón a todo hombre que jurara lealtad a Roma. Salvo a Perperna. Lo ejecutó.

—Parece que recibió su merecido —dijo Carbo sintiéndolo—. ¿O sea que aceptaste la oferta de Pompeyo y volviste a casa?

—¿Eh? —replicó Navio indignado—. ¿Aceptar el perdón después de cómo el

Senado trató a Sertorio? Antes prefiero que me aten en una bolsa con un perro, un gallo, un mono y una víbora y me arrojen al Tíber.

—¿Por qué no intentaste seguir luchando en Iberia?

—Pompeyo ofreció unas condiciones tan generosas a las tribus ibéricas que no tenían ningunas ganas de seguir luchando. Sertorio era un buen orador y podría haberles hecho cambiar de opinión, pero yo no soy más que un soldado raso. No sabía qué hacer, así que regresé a Neápolis, mi hogar. —Navio escupió la última palabra—. Donde todo el mundo se apresura a besarles el culo a hombres como Pompeyo y Craso.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a librar una guerra contra el Senado. Contra Roma. Quiero vengar la muerte de Sertorio. Y la de mi familia.

—¿Y piensas hacerlo solo?

Navio soltó una carcajada quebrada.

—¿Me has tomado por loco?

—Loco no. —«¿Enloquecido por el dolor y la culpabilidad, quizá?»—. Tu causa está perdida, lo sabes, ¿no? Nadie puede atacar a la República en una batalla abierta y ganar.

—¿Y qué? Prefiero mantener mi orgullo a arrodillarme ante tipos como el puto Pompeyo. Se suponía que era el mejor general de la República, pero Sertorio lo derrotó, ¡no una sino dos veces! —Navio sujetó a Carbo por el hombro—. Ya está. Seguro que cuando has entrado en la posada no te esperabas oír una historia como esta. Y si quieres recibir un buen pellizco de dinero, lo único que tienes que hacer es delatarme a las autoridades por la mañana. Creo que la recompensa actual por los oficiales rebeldes que no se han rendido es de doscientos *denarii*. No está mal, ¿eh?

—No pienso hacer una cosa así.

—¿Por qué no?

—¡No necesito el dinero! —bromeó Carbo—. No, es mucho más que eso.

—¿Tú también odias a Roma? —preguntó Navio alegremente—. ¿Todavía quedan seguidores de Mario?

—Tampoco es eso. —Carbo escudriñó el rostro de Navio para calibrar su honestidad. «Ha depositado su confianza, y su vida, en mis manos. Y podría irnos bien.» Respiró hondo—. Pero sigo a un hombre que sí la odia.

—Me estás tomando el pelo.

—No. —Carbo miró a Navio a los ojos—. Te doy mi palabra.

—Debe de serle leal a Mario.

—No es seguidor de Mario.

—No te entiendo.

—Júrame que no se lo dirás a nadie.

—Por mi vida.

—Es gladiador —dijo Carbo.

—¿Gladiador?

—Sí, es de Tracia. Hace unos seis meses lideró la evasión del *ludus* de Capua. Al comienzo solo éramos setenta y tres, pero miles de esclavos se han unido a nosotros desde entonces. Espartaco los está preparando para luchar.

—¡Estás tan loco como yo! —Al notar el orgullo en los ojos de Carbo, la expresión de Navio cambió—. No, hablas en serio.

—Más que nunca.

—¿Cómo demonios has acabado al servicio de un gladiador fugitivo?

—Es una larga historia —dijo Carbo—. Entré en el *ludus* como *auctoratus*. El interior es otro mundo. No hay diferencia entre un hombre que es ciudadano y un esclavo. Joven e inexperto como era, la vida era dura para mí. Espartaco me ofreció protección, así que me convertí en su hombre. Escapé con él.

—Bonita historia, pero los gladiadores no son lo mismo que los soldados instruidos. Os aniquilarán en la primera batalla.

Con discreción, Carbo le contó a Navio la historia del ataque al campamento de Glabro.

—¿Ochenta de los vuestros vencieron a tres mil legionarios? Es una hazaña prodigiosa. —Navio silbó para mostrar su respeto. Acto seguido frunció el ceño—. No es la primera vez, ahora que lo pienso. Los esclavos que se rebelaron en Sicilia obtuvieron unas cuantas victorias antes de ser derrotados.

Carbo volvió a tentar a la suerte.

—¿Por qué no te unes a nosotros? Espartaco es el único de los nuestros con experiencia en la instrucción del ejército romano. Pero hay demasiados esclavos para instruirlos como es necesario.

—¿Me estás ofreciendo un trabajo?

—No puedo hacer tal cosa. Pero te llevaré ante Espartaco. Se lo puedes pedir tú mismo.

—¿Has venido a reclutar hombres?

—No. —Carbo explicó su misión—. Obviamente, no debía contárselo a nadie.

Navio frunció los labios.

—En ese caso, ¿no nos crucificará a los dos?

—No creo.

—¿No crees? —Navio rio suavemente—. Hummm. ¿Tengo que arriesgar mi vida para preguntar a un esclavo fugitivo si puedo luchar para él?

A Carbo le palpitaba el corazón en el pecho. Si Navio se negaba, era probable que tuviera que matarle. De lo contrario, quizá su historia estuviera en boca de todos al día siguiente.

—¿Y por qué no? —exclamó Navio—. Suena más atractivo que librar una guerra yo solo.

Carbo sintió un gran alivio.

—Bien. Bebamos por ello —declaró. Su alivio no duró más que unos cuantos segundos. Por entre la neblina etílica que lo rodeaba, tuvo un pensamiento cristalino. «Cielos, ¿y si he cometido el mayor error de mi vida?» A pesar de su bravuconería, había muchas posibilidades de que Espartaco los matara a los dos. Engulló otro buen sorbo.

En vez de actuar con sensatez y retirarse a la cama, Carbo y Navio siguieron bebiendo. Durante ese rato cimentaron su amistad y se juraron lealtad eterna bebiendo copa tras copa de vino. Para cuando cayeron rendidos en sus camastros del establo, las primeras luces del día teñían el cielo por el oeste. Los despertó demasiado temprano el extremo afilado de la horca del mozo de cuadra. En cuanto se despertaron, los echó al patio del establo. Con los ojos enrojecidos y la cabeza como un bombo, la pareja se miró con ojos de sueño.

—Me encuentro fatal —gimió Carbo.

—Esto solo tiene una solución —anunció Navio. Se quitó la túnica y se encaminó al abrevadero de las mulas, que un esclavo acababa de llenar. Cogió un balde y lo arrastró por el agua antes de vaciárselo encima de la cabeza—. Cielos, ¡pero qué fría está! —Repitió el procedimiento varias veces antes de lanzarle el cubo a Carbo—. Ahora te toca a ti.

Tiritando ante la expectativa, Carbo se sometió al mismo proceso.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Navio, sacudiéndose el agua de la piel.

—Un poco.

—La venganza de Dioniso, así es como la llamaba mi padre.

—Mejor que vaya al mercado a ver qué descubro. —Intentando no hacer caso del martilleo que notaba en la cabeza, Carbo se secó con una mata de paja y se enfundó la túnica.

A Navio se le iluminó el semblante.

—Allí podemos comprar pan y queso. No hay nada como un poco de comida para apaciguar al estómago, ¿eh?

—Puede ser. —Bajo la fría luz del día, el plan de Carbo de llevar a Navio al campamento de Espartaco le parecía bastante menos atractivo. Pero ahora no podía echarse atrás. Le había dado su palabra a Navio. Varias veces.

El mercado de Neápolis estaba situado en el foro principal, una gran zona abierta en el centro neurálgico de la ciudad. La multitud de puestos, tiendas y corrales portátiles estaba rodeada por todas partes por templos, edificios gubernamentales y las mansiones de los ricos. A pesar de que era temprano, ya estaba abarrotado. Se

vendían todos los alimentos imaginables.

Había puestos que crujían bajo el peso de calabazas, cebollas, zanahorias, achicoria y pepinos. Encima de unas mesas bajas había unos manojos enormes de salvia, cilantro, hinojo y perejil colocados con esmero. Enjambres de avispas revoloteaban alrededor de las peras, manzanas y ciruelas maduras. Incluso se vendían melocotones. Los insectos se sentían atraídos por ellos tanto como hacia los tarros de miel cerrados que estaban cerca. Las rodajas de queso, cubiertas con una tela para mantenerlas frescas, estaban apiladas una encima de la otra. Los panaderos vendían hogazas de pan plano recién salido del horno. Los niños pequeños miraban con glotonería los pastelitos que estaban a la venta. Los carniceros estaban junto a los enormes tajos de madera, tajaderas en mano, ensalzando las virtudes de la carne recién sacrificada. Las vacas, los corderos y los cerdos bramaban infelices desde los rediles cercanos.

Atraídos por el olor, Carbo y Navio se acercaron a un puesto en el que una mujer rechoncha freía salchichas. Compraron dos cada uno. Carbo se quedó rezagado y se puso a hablar con la mujer mientras comía. El mero hecho de mencionar que los hombres de Espartaco habían saqueado una finca vecina provocó una retahíla de insultos, pero no mencionaron para nada a los soldados.

Sucedió lo mismo por todo el mercado. Mientras compraba varios panes y fruta, Carbo fue charlando despreocupadamente con los vendedores, mencionando a Espartaco a propios y extraños. No era de extrañar que ninguno tuviera una palabra amable que dedicar a su líder, pero, para satisfacción de Carbo, nadie mencionó la existencia de una fuerza punitiva enviada desde Roma.

Al cabo de una hora estaba lo bastante satisfecho como para marcharse. Había tomado varios vasos de zumo de fruta y notaba la cabeza mucho mejor. A Navio también se le veía más despejado.

—¿Sigues estando dispuesto a venir conmigo? —preguntó Carbo.

—Por supuesto —respondió Navio con una sonrisa torcida—. Como he dicho, no soy más que un soldado raso. Yo solo no llegaría a ninguna parte. Así que si tu líder me conduce contra Roma, le seguiré hasta el Hades.

Carbo sonrió con seguridad fingida. No le cabía la menor duda de que a Espartaco le desagradaría lo que había hecho, antes del final del día estarían colgados de una cruz. «Esperemos que vea en Navio lo mismo que vi yo.»

14

Craso se volvió ligeramente para que los senadores de las gradas de enfrente no vieran cómo se acomodaba la toga. Comprobó que la prenda caía formando el ángulo correcto sobre el brazo izquierdo doblado. Cuando le tocara el turno de hablar, debía hacer un buen papel. Llevar bien la toga era un requisito indispensable en el Senado, puesto que los senadores debían ser la viva personificación de la *virtus* romana. En cuanto estuvo listo, ocupó su asiento junto al resto de los seiscientos senadores de la Curia, el sagrado edificio oblongo que acogía al gobierno de la República desde hacía medio milenio. Con unos sesenta pasos de ancho y ochenta de largo, la Curia era una sencilla construcción de hormigón recubierta de ladrillo y estuco. En la parte superior de los muros varias ventanas de cristal —un lujo poco habitual— dejaban pasar la luz a raudales. El friso triangular de la entrada contenía unas finas tallas pintadas de Júpiter, Juno y Minerva —la tríada capitolina— flanqueados en un lado por Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, y en el otro por Marte, el dios de la guerra.

El único mobiliario en el interior del edificio eran las tres gradas de mármol que recorrían cada lado de la Curia y los dos asientos de madera de palisandro situados sobre una tarima baja en un extremo de la sala. Allí se sentaban —escoltados por *lictores*— los dos cónsules, los hombres elegidos una vez al año para gobernar la República. Craso observó de soslayo a Marco Terencio Varrón y a Cayo Casio Longino. A pesar de la grandiosidad de sus cargos, no podía evitar contemplarlos con desdén. Ambos eran hombres complacientes y manipulables que habían sido propuestos por otros políticos más poderosos: Varrón por Pompeyo Magno y Longino por Marco Tulio Cicerón. Craso frunció los labios. «Podría ser yo quien ocupara su lugar, pero hay que reconocer que este par son una perfecta representación de los tiempos que corren.»

En comparación con su época de apogeo en siglos anteriores, la República era como un animal debilitado. La antigua ley que estipulaba que solo podía ejercerse el cargo de cónsul una vez cada diez años había sido descartada por líderes como Mario, Cinna y Sila, y era probable que volviera a implantarse en un futuro próximo. Los deseos expresados por Sila al abandonar el poder habían sido ignorados por completo. «De todos modos, su plan no habría funcionado —pensó Craso—, sobre todo cuando hay tantos senadores corruptos y advenedizos como Pompeyo que se niegan a disolver sus ejércitos para intimidar al Senado. Roma necesita a hombres como yo, lo bastante fuertes como para plantar cara a matones y estafadores.»

El martilleo de las *fasces* sobre el mosaico del suelo interrumpió el sinfín de conversaciones murmuradas y atrajo la atención de Craso. «Ahora hablarán de Espartaco y su banda de asesinos y de los pretores a los que pretenden mandar para aniquilarlos. Seguro que también aprovechan la ocasión para borrar la humillación de

Glabro de las actas.» Como era de esperar, el imbécil de Glabro había muerto hacía tiempo, cuando se le ordenó morir bajo la espada a modo de castigo por su estrepitoso fracaso. Además, el Estado había embargado sus propiedades y exiliado a su familia, y los oficiales a sus órdenes habían sido degradados. Pero eso no significaba que el asunto hubiera quedado zanjado, ni mucho menos.

—¡Silencio! —rugió el *lictor* de mayor rango, una figura imponente con una docena de *phalerae* decorándole el pecho—. Todos en pie para saludar al cónsul Marco Terencio Varrón.

Los seiscientos senadores se levantaron de inmediato.

Varrón, un hombre de baja estatura con una barba cuadrada pasada de moda, saludó primero a su homólogo con una breve inclinación de cabeza antes de repasar con la mirada las gradas llenas de senadores.

—Honorables amigos, todos sabéis por qué nos hemos reunido aquí hoy. No es mi deseo rememorar los vergonzosos acontecimientos del Vesubio hace unos meses. Ya hablamos de esto en su momento y los responsables han sido castigados.

Un enfurecido rumor de conformidad se elevó hasta el techo abovedado.

—Hemos asignado a dos de nuestros senadores más ilustres la tarea de borrar de la faz de la Tierra al renegado Espartaco y a sus secuaces. Publio Varinio tomará el mando de la misión acompañado por Lucio Cosinio y el legado Lucio Furio.

Varrón hizo una pausa lo bastante larga como para que los senadores pudieran inclinar la cabeza en gesto de aprobación ante los tres hombres uniformados que aguardaban de pie junto a las sillas de los cónsules.

—Hemos realizado varios sacrificios y los augurios nos son favorables. El ejército partirá mañana. Varinio llevará a seis mil legionarios…

—¿Veteranos? —inquirió Craso.

Varrón abrió unos ojos como platos y una oleada de murmullos escandalizados recorrió las gradas.

«Al infierno con los buenos modales —pensó Craso impaciente—. Todo el mundo sabe cuál es la respuesta, pero es necesario hacer la pregunta para que conste en acta.»

—¿Son legionarios veteranos, cónsul? —repitió.

—N-no, pero no sé qué tiene que ver eso con nada —replicó Varrón irritado—. El más novato de los legionarios vale por diez gladiadores fugitivos.

—¡Eso! —exclamó una voz.

—¡Esa chusma se cagará de miedo cuando vea llegar a nuestros soldados! —gritó otro.

Varrón parecía satisfecho.

—Así es.

—Según estos cálculos, eso significa que Espartaco atacó el campamento de

Glabro con unos, veamos, treinta mil hombres —intervino Craso en voz alta.

Se hizo un silencio incómodo.

—No obstante, se nos dijo que Espartaco no usó seis legiones para atacar a Glabro, sino a un miserable centenar de adeptos.

—Vamos, Craso —interrumpió Varrón tratando de recuperar el control—. Glabro fue atacado de un modo cobarde, en plena noche. Eso no volverá a suceder, te lo aseguro —declaró al tiempo que miraba a Varinio, que asintió con vehemencia—. Esta vez enviaremos a seis mil hombres. ¿Cómo pueden resistirse unos esclavos a una fuerza superior a una legión? ¡Vamos a aplastarles!

Los senadores lanzaron varios vítores en respuesta a sus palabras y Varrón relajó la expresión de su rostro.

Craso aguardó paciente a que cesara el alboroto.

—Probablemente lo que dices sea cierto. Además, quisiera dejar claro ante todos que no dudo de la calidad de los soldados que irán al Vesubio ni de la habilidad de Varinio y sus compañeros.

—Entonces, en nombre de Júpiter, ¿qué pretendes decir? —preguntó Varrón.

—Lo único que digo es que Espartaco no es ningún esclavo descerebrado inepto para luchar. No debemos subestimarle, yo le he visto en acción.

Un silencio estupefacto se apoderó de la sala.

—¿Dónde? —preguntó Varrón.

—En el *ludus* de Capua. Pagué por ver una lucha a muerte y Espartaco fue uno de los dos hombres seleccionados por el *lanista*. Evidentemente, venció. Después del combate hablé con él y, pese a ser un salvaje, es inteligente.

—Te agradezco el consejo, pero Publio Varinio no es ningún recluta imberbe —arguyó Varrón—. Está más que capacitado para batir a un gladiador rebelde. Se trata de un cometido muy sencillo para él y estoy seguro que dentro de un mes habrá vuelto tras haber cumplido la misión con éxito.

Varinio hizo un guiño a sus compañeros, que sonrieron como niños, y Lucio Cosinio, un hombre de anchas espaldas, sacó pecho.

—Si se presenta la ocasión, yo mismo lucharé contra Espartaco y lo mataré.

El comentario fue recibido con una risotada y vítores de aprobación.

—Espero con impaciencia tu regreso —concluyó Craso al tiempo que retomaba su asiento—, pero no digáis que no os avisé.

Cosinio soltó una risita.

«Imbécil engreído —pensó Craso—. Ruega por que tus hombres acaben con Espartaco primero, porque no tienes ni la más mínima posibilidad contra él.»

Carbo se alegró de no cruzarse con ninguna patrulla de rebeldes antes de alcanzar el Vesubio y empezar a atravesar los campos de trigo cortado que cubrían las laderas

más bajas. Cuando finalmente se encontraron con una sección de diez hombres, estos le reconocieron y el jefe de la patrulla aceptó su palabra de que Navio era otro esclavo que deseaba unirse a Espartaco. Carbo y Navio prosiguieron su ascenso hasta el cráter.

—¿Entiendes ahora por qué te he pedido que te quitaras el cinturón?

—De lo contrario habrían sabido que soy un soldado.

—Exacto. Y ahora serías pasto de los buitres —dijo Carbo señalando a un par de aves que les sobrevolaban en círculos.

—Tienes razón, sería estúpido morir antes de poder exponer mis argumentos —reconoció Navio al tiempo que observaba la cima que se erigía por encima de ellos—. Es un buen lugar para acampar, de difícil aproximación y fácil defensa.

—Pero no podemos quedarnos aquí. El próximo comandante romano que venga estará al tanto del truco que empleamos con Glabro. Simplemente nos dejará morir de hambre.

—¿Adónde tiene previsto ir Espartaco después?

—Al sur, diría yo. Lejos de Roma.

—Tiene sentido. ¿Ha mencionado Sicilia?

—¿Por qué lo dices? ¿Por las rebeliones de esclavos que hubo allí? —Carbo no había pensado en Sicilia, pero tampoco era soldado como Navio.

—Sí. Yo diría que dos grandes rebeliones en un plazo de treinta años la convierten en un terreno abonado para el reclutamiento, ¿no crees?

Carbo se ruborizó.

—¿De dónde sacaríamos los barcos para transportar a miles de hombres?

—Los piratas cilicios surcan esas aguas. Seguro que habría algún capitán dispuesto a negociar.

—Un pirata vendería a su propia madre como prostituta si le ofrecieran un buen precio por ella.

—No estamos en situación de elegir. No habrá demasiados barcos dispuestos a trasladar a un ejército de esclavos.

Irritado e impresionado a la vez por Navio, Carbo no respondió. Se aproximaban al cráter y los nervios comenzaban a apoderarse de él. «¡No lo pienses más! Navio es una gran baza para cualquier líder.»

Encontraron a Espartaco instruyendo a un grupo numeroso de esclavos que luchaban por parejas con *scuta* y espadas. Él los supervisaba, alentaba y reprendía por igual.

Apostados bajo la sombra de un árbol cercano, Atheas y Taxacis ojearon a Navio con evidente recelo. Al percatarse de ello, Carbo temió lo peor y se paró en seco.

Navio lo miró preocupado.

Carbo hizo acopio de valor.

—¡Espartaco!

El líder se volvió hacia él y posó la mirada en Navio antes de dirigirse a Carbo.

—Has vuelto. —Se aproximó a ellos con paso tranquilo, no sin antes detenerse a corregir el modo en que agarraba el escudo un esclavo de tez oscura. Los escitas lo seguían como dos sombras—. ¿Qué noticias me traes?

—Ni rastro de tropas romanas en Neápolis.

—Supongo que era de esperar. No creen que sea necesario atacar desde más de una dirección —dijo Espartaco. Se percató de que Carbo se sorprendía de sus palabras—. No eres el primero en regresar. Aventianus llegó anoche. Al parecer, pronto partirá de Roma un gran ejército con dos pretores, un legado y seis mil legionarios. El pretor al mando es Publio Varinio y estará aquí en menos de una semana.

—Mierda. —«¿De qué nos servirá Navio ahora?»

—Pues sí. —Espartaco sonrió, pero tenía los ojos gélidos como dos esquirlas de sílex—. ¿Has recogido a este por el camino? —preguntó señalando con la cabeza a Navio.

—He pensado que podía sernos útil.

—Claro que sí. No nos sobran espadas, incluso si las blanden hombres más habituados a manejar una azada o una pala —comentó Espartaco mientras estudiaba a Navio con detenimiento, clavando la vista en su peinado. La inquietud de Carbo se multiplicó por mil—. ¿Has empuñado un *gladius* alguna vez? —preguntó Espartaco.

—Muchas veces —respondió Navio impasible.

—¿De verdad? —Espartaco lanzó una mirada rápida a los escitas.

Sin mediar palabra, Atheas y Taxacis se colocaron a ambos lados de su líder.

Espartaco clavó la vista en Carbo.

—¿Te importaría explicarme de qué va esto?

A Carbo no se le ocurrió otra cosa que decir la verdad.

—Es un soldado romano.

Antes de que tuviera tiempo de añadir que Navio deseaba unirse a ellos, Atheas y Taxacis dieron un salto hacia delante a la vez y desenvainaron las espadas. En un abrir y cerrar de ojos, Navio tenía dos hojas pinchándole el cuello. Con cuidado de no mover ni un músculo, miró a Carbo.

—¡Cuéntale mi historia!

Los escitas miraron a Espartaco.

—¿Lo matamos? —preguntó Atheas esperanzado.

—Dentro de un rato —respondió Espartaco con la expresión más feroz que Carbo le había visto jamás—. Y tú, Carbo, te reunirás en el Hades con este gilipollas si no consigues convencerme de lo contrario. Como comprenderás, no me hace ninguna

gracia que un soldado romano entre en el campamento, y menos de la mano de uno de mis hombres.

—No es lo que parece —balbució Carbo desesperado—. Navio no es amigo del Senado. Lleva años luchando contra Roma, era uno de los hombres de Sertorio.

—¿Sertorio?

—¿Sabes quién era Mario?

—Claro.

—Sertorio era uno de los suyos.

Las fosas nasales de Espartaco se tornaron blancas de la rabia.

—Vas a tener que esforzarte un poco más, Carbo. Recuerdo muy bien la estela de destrucción que dejó Mario tras de sí cuando atravesó Tracia de camino al Ponto.

—Sertorio no era así —protestó Carbo, pero al ver que la expresión de Espartaco no cambiaba, se apresuró a continuar—: Tras la muerte de Mario, Italia se puso en contra de sus seguidores, así que Sertorio huyó a Iberia, al igual que Navio y su familia. Allí formó un ejército con las tribus íberas. Llegó a dominar una gran parte del territorio y batió a las numerosas legiones que el Senado envió contra él. Aguantó así casi una década, pero hace unos meses fue asesinado por un traidor. A partir de ese momento, el general Pompeyo Magno no tuvo grandes problemas para liquidar a sus seguidores. Navio sobrevivió a la batalla final y regresó a Neápolis, su ciudad natal.

—¿Y por qué no te dejaste caer sobre la espada? —gruñó Espartaco—. ¿No es eso lo que hacen los romanos cuando son derrotados?

—Así es —respondió Navio antes de añadir con tono feroz—: pero eso pondría fin a la lucha. ¡Y yo quiero vengarme de Roma! Todavía no he cobrado en sangre las muertes de mi padre, mi hermano y Sertorio.

—Por muy cierto que sea lo que dices, solo eres un hombre más, una espada más. ¿Por qué debo arriesgarme a aceptarte? —Espartaco hizo el gesto de cortarle el cuello con el dedo—. Mis hombres podrían matarte ahora, lanzar tu cuerpo al barranco y yo tendría una cosa menos de la que preocuparme.

—¡Porque Navio puede ayudarte con la instrucción! —gritó Carbo, muy consciente de que si Navio era condenado a muerte, él compartiría su suerte. Sabía que Atheas y Taxacis le matarían sin pestañear. «Júpiter, protégeme por favor»—. Navio es un oficial y soldado veterano con muchos años de experiencia en el entrenamiento de legionarios.

Espartaco caminó alrededor de Navio como una serpiente a punto de atacar.

—¿Es eso cierto?

—Sí, casi todos nuestros soldados eran miembros de las tribus íberas. Eran guerreros muy valientes, que no tenían ni la más mínima idea de lo que significa la disciplina o luchar como una unidad. Las órdenes de Sertorio eran que todo nuevo

recluta debía aprender a luchar al estilo de los romanos, y yo enseñé a cientos de hombres.

Espartaco adoptó una expresión calculadora y Carbo contuvo el aliento.

—¿Qué harías con ellos? —preguntó señalando al grupo de esclavos detrás de él.

—¿Cuánta instrucción han recibido? —inquirió Navio con sequedad.

—Depende. Algunos bastante, porque llevan varias semanas aquí, pero llegan nuevos hombres cada día. La mayoría ha recibido una o dos semanas de instrucción con el *gladius* y el escudo, pero otros tan solo un par de días.

—¿Cuántos hombres son?

—Poco más de tres mil en total, de los cuales un centenar son gladiadores o luchadores con experiencia.

Con gesto resuelto, Navio apartó de su cuello la espada de Atheas y la de Taxacis después.

Los escitas miraron a Espartaco, pero este no intervino.

—¿Quieres saber lo que yo haría? —preguntó Navio.

Espartaco asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Distribuiría la tropa en cohortes romanas, media docena de unidades de unos quinientos hombres, divididas en seis centurias. Necesitarás oficiales, al menos dos por centuria.

—Continúa —instó Espartaco con voz pausada.

Una vez metido en materia, Navio se explayó sobre la manera en que enseñaría a los esclavos a luchar juntos manteniendo los escudos unidos y usando las espadas como armas ofensivas; a responder a órdenes básicas transmitidas con la trompeta o el silbato; a avanzar tan solo cuando se les diera la orden y a retirarse de una manera ordenada. Al cabo de un rato, hizo una pausa.

—Si hubiera más tiempo, les obligaría a correr montaña arriba y abajo cargando con todo el equipo y les haría entrenar en el *palus*. Si ganamos, puedo enseñarles los fundamentos básicos.

Espartaco sonrió.

—¿Si ganamos?

Navio se sonrojó.

—Quería decir, si ganáis.

—Humm. —Espartaco miró a Carbo con frialdad—. Pensaba que me eras leal.

—¡Lo soy!

—Pero has desobedecido mis órdenes.

—Yo…

—Has revelado tu identidad y tu misión en Neápolis a otra persona —interrumpió Espartaco—. Y, por si eso fuera poco, has osado traer a un soldado romano a mi campamento.

—Porque pensé que podía ayudarnos —replicó Carbo, enfadado ante la injusticia de la situación—, pero está claro que no puede, ni yo tampoco. —Lanzó una mirada furiosa a Taxacis y Atheas—. ¿Por qué no nos matáis ya? Hacedlo de una puñetera vez y se acabó.

Los escitas alzaron las armas y miraron expectantes a Espartaco. Carbo tenía el corazón en un puño mientras se preparaba para lo peor. Navio sacó barbilla.

—Así que ¿tú respondes por este romano… Navio? —preguntó Espartaco.

—Sí —repuso Carbo al tiempo que clavaba la vista en Navio. «No me traiciones.»

—¿Con tu vida?

—Sí.

—Bien. En tal caso, Navio puede empezar a instruir a los hombres conmigo. Tú también puedes ayudar. Atheas y Taxacis os vigilarán. A la menor señal de traición, tienen mi permiso para mataros a los dos del modo que ellos prefieran. —Los escitas sonrieron con malevolencia y Carbo sintió que le volvían las náuseas—. ¿Queda claro?

Ambos asintieron con la cabeza.

—Si demostráis vuestra lealtad, os recompensaré bien.

Carbo se notaba la lengua pesada y la boca seca.

—Gracias —dijo con voz ronca.

—No se arrepentirá, señor —corroboró Navio.

—Me alegra oírlo. —Espartaco se acercó y le dio una palmada en la mejilla—. No hay necesidad de que me llames «señor». ¡No estamos en la maldita legión!

—¿Cómo debo llamarte?

—Espartaco, como todo mundo —respondió mientras se alejaba y les hacía un gesto con la mano para que le siguieran—. Vamos, ¡no podemos perder ni un minuto!

—No me he equivocado contigo, ¿verdad? —preguntó Carbo a Navio en un susurro.

—No —respondió solemne—. Te juro por todo los dioses que no soy un espía, que odio a Roma con todo mi ser y que haré todo lo posible por ayudar a Espartaco. ¿Te basta con eso?

—Sí, gracias.

—Soy yo quien debe darte las gracias. No solo me has salvado la vida, sino que me has dado un nuevo motivo por el que vivir —replicó Navio dándole un puñetazo amistoso en el pecho—. Vamos, Espartaco nos espera.

En cuanto se pusieron en marcha, los escitas siguieron sus pasos.

Carbo pensó que tampoco le molestaba tanto como se había imaginado.

Seis días después…

Alertado con un susurro, Espartaco trepó la encina de rama en rama hasta encontrar a medio camino al centinela, un joven pastor que acababa de unirse a la causa.

—¿Firmus? Te llamas así, ¿no?

—Sí, señor —respondió Firmus orgulloso de que recordara su nombre.

Espartaco estaba harto de decir que no le llamaran «señor», pero se había dado por vencido.

—¿Qué has visto?

—Una columna romana, señor.

Espartaco miró a través del hueco que había entre las gruesas hojas de color verde oscuro del árbol, situado en el linde de una enorme explanada cubierta de matorrales, a unos seis kilómetros del campamento. La atravesaba la carretera que conducía de la Vía Appia a los latifundios colindantes. Era un lugar perfecto para una emboscada. Si es que valía la pena intentarlo, pensó Espartaco cuando divisó la polvareda levantada por la columna a casi un kilómetro de distancia, aunque quizá les superaran en número.

En cuanto habían recibido la noticia la tarde anterior de que el enemigo se aproximaba, Espartaco se había reunido con los tres líderes galos. En tan solo cinco días, la instrucción de Navio había marcado una diferencia notable en la resolución de los nuevos reclutas, pero eso no significaba que la mayoría no fuera a salir corriendo en cuanto se enfrentaran a un muro de *scuta* romanos. Espartaco había propuesto a los otros líderes que realizaran un ataque sorpresa con los reclutas mejor entrenados, incluidos los gladiadores, unos mil trescientos hombres en total. Como era de esperar, Crixus se opuso al plan, porque prefería una ofensiva a gran escala, pero por fortuna el resto de los líderes apoyó a Espartaco. Al parecer, su idea de usar cuerdas hechas con sarmientos y el éxito obtenido en el ataque contra el campamento de Glabro ayudaron a inclinar la balanza.

Según los últimos esclavos que se habían unido a ellos, el comandante romano había dividido el ejército en tres unidades, pero si se equivocaban y en realidad se dirigía hacia ellos el ejército al completo de Varinio con sus seis mil legionarios, Espartaco y sus hombres podían volverse por donde habían venido escabulléndose entre los matorrales y abandonar el Vesubio esa misma noche en dirección a las montañas del este. Espartaco sabía que, si luchaban en terreno conocido, podían ser un incordio para los romanos durante meses, incluso años. Esa había sido su intención en Tracia. De pronto Espartaco sintió un gran orgullo por lo que había conseguido hasta el momento. A pesar de las reticencias de Crixus y Castus sobre la instrucción, ahora los gladiadores estaban mejor entrenados que cuando atacaron a Glabro.

«Ojalá la información de los esclavos sea cierta —suplicó Espartaco en silencio

—. Si es así, solo nos enfrentaremos a unos dos mil soldados bajo el mando del legado Lucio Furio.»

Espartaco y sus hombres llevaban en sus puestos desde antes del amanecer. La espera había sido larga y era un alivio saber que pronto pasaría algo, fuera lo que fuera. Espartaco observó las primeras tropas que aparecieron a la vista, eran de infantería. Los legionarios marchaban en filas de seis con los escudos a la espalda y con un hatillo sobre el hombro con el resto del equipo. Todos llevaban dos *pila*, uno en cada mano, que durante la marcha hacían las veces de bastones.

—No llevan caballos. Por todos los dioses, ¿por qué? —Espartaco vio la expresión confusa de Firmus—. Glabro tampoco tenía caballos y ese es el peor error que puede cometer un comandante. Pocos soldados son capaces de resistir el ataque de la caballería, sobre todo si son hombres como los nuestros, con apenas experiencia militar. La presencia de jinetes incrementaría de forma considerable las posibilidades de ganar de los romanos, pero son tan arrogantes que ni se han molestado en traerlos.

—No somos más que esclavos, señor —declaró Firmus encogiéndose de hombros.

—¿Qué?

—Solo somos esclavos. ¿Para qué necesitan la caballería?

—Tienes razón, chico. —Espartaco rio ante su explicación tan sencilla—. Seguro que eso es lo que piensan. —«¡Y cuanto más tiempo lo piensen, mejor!» Espartaco volvió a fijarse en los soldados. Seguía sin haber rastro de los caballos. Vislumbró el final de la polvareda y tuvo la impresión de que la legión que avanzaba hacia ellos constaba de menos de cinco mil hombres, muchos menos. «Gracias, Gran Jinete»—. Debes esperar lo máximo posible antes de bajar y, hagas lo que hagas, asegúrate de que no te vean regresar a la línea de ataque.

—Sí, señor.

Espartaco descendió hasta la carretera, que no era más que un camino de tierra ancho que atravesaba la arboleda y el matorral. Echó la vista atrás hacia los romanos y corrió a paso ligero al Vesubio, que apenas se distinguía por encima de las copas de los árboles. A unos mil pasos más adelante Espartaco distinguió varios rostros impacientes entre las matas de espino y enebro.

—¡Agachaos, idiotas! —gruñó—. ¡Esto no es un puto juego!

Las cabezas desaparecieron de inmediato.

Espartaco se detuvo junto al retorcido tronco de un arrayán, que estaba cubierto de florecillas blancas en forma de estrella. Sonrió irónico. Las flores de ese árbol tenían poderes curativos, al igual que sus hojas perennes de color verde oscuro. Quizá pudiera usarlas después para los heridos. «Si sobrevivimos.» A la izquierda del camino había apostado a sus hombres y a los de Gannicus —la mitad de los efectivos — y a la derecha al resto. Todos estaban organizados por centurias. Después de que

Navio hubiera iniciado la instrucción, parecía lo más lógico. Los líderes galos protestaron al principio, pero les atrajo la idea de nombrar oficiales a algunos de sus seguidores. Todos los gladiadores que sabían luchar estaban allí, entremezclados con los nuevos reclutas, una media docena por centuria. También habían podado los matorrales para que pudieran lanzarse al ataque grupos de cuatro hombres cada vez y habían rellenado los huecos con las ramas cortadas, que podían apartarse en un segundo.

—¡Gannicus, Castus, Crixus!

Los galos acudieron de inmediato. Los tres llevaban cotas de malla y lucían cascos de bronce con penachos de crines blancas o rojas. Todos sostenían *scuta* y *gladii* romanos. Espartaco esbozó una amplia sonrisa al verlos: si no fuera por el pelo largo y los bigotes, habrían podido pasar por legionarios.

—¿Ya vienen? —preguntó Crixus.

—Sí.

—¿Cuántos son? —inquirió Gannicus preocupado.

—No son seis mil, ni siquiera cinco mil, de eso estoy seguro. Quizá sean la mitad, o menos. Tampoco he visto a ningún jinete.

Gannicus apretó los puños.

—¿Vamos a atacarles?

—¿Qué? —preguntó Crixus lanzándole una mirada hostil—. ¡Claro que vamos atacar!

Castus no dijo nada.

—Se lo preguntaba a Espartaco, no a ti, Crixus —replicó Gannicus.

—Menudo perrito faldero… —se mofó Crixus.

—¿Qué has dicho? —preguntó Gannicus rojo de la rabia llevándose la mano a la espada.

Crixus enarcó las cejas.

—¿Quieres pelea? ¡Adelante!

—Dejad de discutir —intervino Espartaco con firmeza—. Ahora tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

Como niños reprendidos por su padre, los galos callaron, pero no dejaron de lanzarse miradas de reprobación.

—Lucharemos si yo lo digo, pero no tomaré esa decisión hasta el último momento. Si veo que podemos fracasar, no usaré esto. —Espartaco mostró un silbato de hueso de los centuriones que le colgaba del cuello. A petición de Navio, habían registrado el campamento de Glabro en busca de varios silbatos. Ahora todos los galos tenían uno—. Todos sabéis cómo suena. Salvo que oigáis un silbido largo, debéis ordenad a vuestros hombres que permanezcan agazapados y ocultos hasta que los romanos se hayan marchado. ¡Es imprescindible que lo comprendan bien! Si

alguno de esos malditos romanos nos ve, estamos jodidos. ¿Entendido?

Todos asintieron, pero a Castus no se le veía muy convencido.

—Si oís el silbato, debéis tocar el vuestro y arrojar los *pila* de inmediato.

—¿Cuándo tocarás el silbato? —preguntó Gannicus.

Espartaco señaló una curva en la carretera, a unos trescientos pasos en dirección al Vesubio.

—En cuanto la vanguardia haya doblado esa curva —dijo mirando a Crixus—. Tú eres quien está más cerca de la curva, ¿te parece bien encargarte de que ninguno se escape?

Crixus esbozó una sonrisa feroz.

«Bien. El idiota se piensa que tiene la tarea más importante.»

Espartaco no podía estar más equivocado.

—Asegúrate de tocar el silbato rápido. De lo contrario, quizá no pueda contener a mis hombres —comentó Crixus con desdén.

Espartaco apretó los dientes rabioso.

—Si salen de su escondite demasiado pronto, fracasará toda la emboscada.

—Pues será culpa tuya por no haber tocado el silbato antes —replicó Crixus con ojos maliciosos.

Espartaco sintió una rabia inmensa. Crixus había sido muy astuto eligiendo ese momento para discutir. Espartaco decidió seguirle el juego.

—¿Qué pasa? —preguntó arrancándose el silbato del cuello y arrojándoselo al galo—. ¿Es esto lo que quieres? Si es así, será mejor que empecemos a cambiar ya las posiciones.

El resto de los líderes protestaron enseguida consternados.

—Es demasiado tarde —dijo Gannicus—. Los romanos están al caer. Déjalo, Crixus. ¿Qué más da quién toque el dichoso silbato? Espartaco sabrá elegir el momento adecuado, ¿verdad, Castus?

Espartaco contuvo el aliento.

—Sí —gruñó Castus.

Crixus apretó la mandíbula enfadado.

—Hazlo tú, entonces —rugió a Espartaco—. A mí me da igual.

Espartaco asintió con una breve inclinación de cabeza.

—Lanzad una única descarga de jabalinas. Apuntad bajo y cerca.

La mayoría de sus hombres jamás había arrojado un *pilum*, pero Espartaco había insistido en que todos se armaran con algunos de los cientos de proyectiles que habían quedado abandonados en el campamento de Glabro. Incluso si los arrojaban unos novatos, sembrarían la confusión y causarían numerosas bajas, al igual que las hondas de los nubios.

—Cuando oigáis el segundo pitido, atacad.

Castus seguía sin estar satisfecho.

—¿Qué pasará si se agrupan y resisten el ataque en formación? No podremos penetrar un muro de escudos romanos.

—Tienes razón —convino Espartaco encogiéndose de hombros—. En tal caso, nos batiremos en retirada y desapareceremos entre los matorrales, pero solo debéis retiraros si oís tres pitidos cortos y repetidos de mi silbato. De lo contrario, debéis continuar con el ataque.

—Me sigue pareciendo una locura —protestó Castus.

—¿Por qué te parece una locura? —preguntó Crixus.

—Nos superan en número. Casi todos nuestros hombres son esclavos con poco entrenamiento y, aun así, pretendemos atacar a miles de legionarios a plena luz del día.

«Gran Jinete, no permitas que se retire ahora.»

—Es fantástico, ¿no crees? —replicó Espartaco con una gran sonrisa que rezumaba seguridad—. Es mucho mejor que luchar en cualquier mierda de circo romano para la diversión del populacho.

Castus le sostuvo la mirada un instante antes de sonreír.

—Tienes razón.

—Vamos a dar a esos hijos de puta una lección que jamás olvidarán —prometió Crixus, con optimismo renovado.

Espartaco se percató de la inseguridad en los ojos de Gannicus. «Crixus es demasiado testarudo para percatarse de la situación y he logrado convencer a Castus, pero Gannicus sabe que nuestra suerte pende de un hilo. Por todo los dioses, cómo desearía que Getas y Seuthes estuvieran aquí con doscientos guerreros de nuestra tribu.» Pero no era el caso.

—Recordad que Ariadne ha confirmado esta mañana los buenos augurios.

Gannicus parecía aliviado.

—Es cierto, y ella sabe mucho.

—¡Así es! —Espartaco dedicó un agradecimiento silencioso a Dioniso. Desde que Ariadne había interpretado su sueño, todos la tenían en gran estima.

Espartaco sujetó a Gannicus por el hombro.

—¿Estás listo para repetir lo que hicimos con Glabro?

—¡Sí!

—Entonces, a vuestros puestos. Recordad, esperad a que suene el silbato.

Espartaco aguardó a que todos desaparecieran antes de echar un último vistazo a la carretera. Nada. Desenvainó la *sica* y fue detrás del arrayán, donde Carbo esperaba nervioso y Navio reía de la emoción. Atheas y Taxacis también estaban cerca. «Ya no será necesario que los vigilen —pensó Espartaco—. Si Navio es un traidor, eso significa que no sé juzgar el carácter de las personas, y Carbo tampoco.»

—¿Preparados?

—Sí —respondió Carbo—. ¿Ya vienen?

—Pronto estarán aquí.

Carbo sacó pecho.

—Estoy listo.

—Que Marte nos proteja con su escudo y su lanza —dijo Navio impaciente.

—Y el Gran Jinete también —añadió Espartaco. «Acompáñame, Gran Jinete, como has hecho hasta ahora.»

Espartaco fue recorriendo todas las filas de hombres a paso ligero, parándose para murmurar palabras de aliento al oído de los hombres y darles palmadas en la espalda. A todos dijo que eran unos soldados valientes y que sus actos serían recordados durante cien años. También les mintió sin reparos al decirles que los legionarios eran unos cobardes que huirían al ver a unos esclavos blandiendo una espada. El comentario fue recibido con una carcajada casi unánime, pero era una risa nerviosa. Espartaco sabía que olvidarían sus palabras en cuanto comenzara la batalla. Entonces todo dependería, como siempre, de la resolución de cada hombre y de la de sus compañeros, así como del impacto de la descarga de las jabalinas; del grado de sorpresa y miedo que el ataque generara en los romanos y del número de legionarios que mataran en los primeros momentos. Si todos esos factores actuaban a su favor, quizá tuvieran alguna posibilidad.

Espartaco sujetó la *sica* con fuerza. «Si todo se vuelve en nuestra contra…»

Había estado las suficientes veces en el lado de los vencedores para saber lo que sucedía con el enemigo: lo machacaban. Un soldado asustado era la más fácil de las presas: cuando le invadía el miedo, perdía el juicio y la disciplina, y lo primero que hacía era soltar el escudo y, acto seguido, la espada. Los soldados que tropezaban o caían eran ignorados o bien aplastados contra el suelo y pocos eran capaces de defenderse. Solo corrían. Los legionarios estaban entrenados para dar caza a hombres así. Lo habitual era que por cada baja romana cayeran diez enemigos y, si sus esclavos huían, la cifra podía ser superior.

«No le des más vueltas. Esto es por lo que he rezado durante muchos años. La posibilidad de liderar a un ejército contra Roma una vez más. Una oportunidad de vengar la derrota de mi tribu y la muerte de Maron.»

Al oír el sonido de unos pies corriendo, Espartaco se enderezó.

Firmus apareció entre la maleza.

—¡Ya vienen!

—¿A qué distancia se encuentran?

—He caminado a su ritmo mientras cruzaba los matorrales. A no más de quinientos metros, señor.

Espartaco aguzó el oído y distinguió el estruendo de los clavos de miles de sandalias tachonadas que golpeaban el suelo al unísono.

—¿Has avistado algún jinete?

—No, señor.

—¿Cuántos crees que son? —rugió Espartaco.

Firmus se sobrecogió.

—No estoy seguro, señor. Más de los que podía contar.

Espartaco se mordió la lengua para no soltar un gruñido furioso. «No es más que un pastor, al igual que el resto de los ojeadores. No están acostumbrados a calcular los efectivos del enemigo.»

—Buen trabajo. Cruza la carretera y di a Castus y Crixus que preparen las jabalinas, ¡pero no deben arrojarlas hasta que suene el silbato!

Firmus asintió y se esfumó. El hueco en la maleza quedó cubierto de inmediato con ramas.

—¡Preparad las jabalinas! —ordenó Espartaco—. Transmitid la orden.

La orden fue murmurada de fila en fila.

—¿Vamos a luchar? —preguntó Carbo, agradecido de que sus retortijones de estómago no resultaran audibles.

—Todavía no lo sé —reconoció Espartaco con un guiño—. Depende de cuántos sean.

—Ya veo —respondió Carbo con una sonrisa tratando de sonar tranquilo.

—Es normal que estés nervioso —dijo Espartaco en voz queda—. Esta es tu primera batalla. Casi todos los hombres están temblando como pajaritos o rezando como locos a todos los dioses bajo el sol. Muchos vomitan o se mean encima. Pero tú no, tú te mantienes firme, listo para la lucha.

Agradecido, Carbo se tranquilizó.

—Buen chico. Sé que lo vas a hacer bien. —Espartaco se giró para observar el camino a través de las ramas.

—Sabe elegir muy bien sus palabras —susurró Navio al oído de Carbo.

Carbo se volvió hacia él, pero en la mirada de Navio no había ni un atisbo de malicia.

—Es una de las características de un gran líder.

—Le seguiría hasta el fin del mundo —corroboró Carbo con pasión.

—¡Silencio! —susurró Espartaco.

Agazapados, se mantuvieron a la espera.

Pronto lo único que pudo oírse fueron los pesados pasos de los legionarios al acercarse.

Pese a las palabras de Espartaco, Carbo tenía el estómago hecho un nudo. «Es fácil que nos acaben aplastando sin más.» Notó la saliva que se acumulaba alrededor

de la lengua e hizo un esfuerzo por no vomitar. Un graznido desgarrador le distrajo y miró hacia arriba. Un mirlo les contemplaba desde el árbol con la cabeza ladeada mientras ojeaba sospechoso las filas de hombres que se ocultaban entre los arbustos. Graznó otra vez. Y otra vez.

«Debemos de estar en su territorio. Este maldito pájaro nos va a delatar.»

Espartaco levantó el brazo y agitó la mano. Para gran alivio de Carbo, el mirlo levantó el vuelo y se marchó graznando furioso. Si algún legionario se había percatado del pájaro, pensaría que era su presencia la que le había molestado. Carbo se secó las palmas de las manos, primero una y luego la otra, en el borde de la túnica, y sujetó de nuevo la jabalina con la mano derecha. Todavía no estaba familiarizado con su peso, pero había entrenado todos los días y ahora casi siempre daba en el blanco. Trató de no pensar que esta vez la jabalina se hundiría en el cuerpo de un romano.

«Este es el camino que he elegido. La legión no me quiso.»

«Ahora estoy con Espartaco.»

15

El tiempo no pasaba. A Carbo le latía el corazón con fuerza como a un animal atrapado. «¿Dónde están?» Vislumbró un movimiento con el rabillo del ojo y miró a la derecha. A través de las ramas vio las túnicas rojas y la cota de malla plateada de filas y filas de legionarios que pasaban por su lado. Carbo volvió a sentir unas náuseas tremendas. Se mordió el labio inferior hasta notar el sabor de la sangre. Para su gran alivio, el dolor alejó las náuseas. Volvió a centrarse en el enemigo. «El enemigo, porque eso es lo que son.» Pasaron diez filas, quince y veinte. Treinta. Cincuenta. Seguían pasando sin mirar a los lados. Tan cerca estaban que podía distinguir sus voces. Algunos entonaban canciones irreverentes, otros se quejaban de la distancia que habían recorrido, y muchos más maldecían a Espartaco y a sus cobardes esclavos, a los que iban a machacar. Se oyeron vítores ante la perspectiva.

La espera era insoportable. Carbo miró a Espartaco, que sujetaba el silbato entre los labios, y a Navio, cuyo rostro también delataba tensión. Hasta Atheas y Taxacis estaban inclinados hacia delante como galgos impacientes que aguardan a que el cazador suelte la correa. Detrás de ellos, los esclavos estaban todavía más nerviosos. Carbo tenía ganas de gritar a Espartaco: «¿Vas a dar la maldita señal o qué?»

Ajeno a la ansiedad de sus hombres, Espartaco todavía no había decidido lo que iba a hacer. Si tomaba la decisión incorrecta, serían masacrados. No dispondría de la información que tanto anhelaba —cuánto romanos eran— hasta que todos hubieran pasado y entonces ya sería demasiado tarde. Apareció otra fila de legionarios. Ninguno aparentaba más de veintiún o veintidós años. «Por muchos que sean, no parecen veteranos.» Al caer en la cuenta de ello, sus dudas se disiparon. Espartaco respiró hondo y pitó con todas sus fuerzas.

¡Piiiiiiiiip!

El estridente pitido llegó hasta el cielo. Era imposible que alguien que estuviera en las inmediaciones no lo hubiera oído.

¡Piiiiiiiiip! ¡Piiiiiiiiip! ¡Piiiiiiiiip!, sonaron los silbatos de los galos.

El instinto se apoderó de Carbo y lanzó el *pilum*. Junto a él, notó que Navio y los dos escitas hacían lo propio con los suyos. Cientos de jabalinas se unieron a las suyas de ambos lados y, por un instante, los arbustos quedaron cubiertos por una extraña capa de madera y metal. A continuación, los proyectiles desaparecieron de su vista y cayeron como una afilada lluvia mortal sobre los desprevenidos legionarios.

¡Piiiiiiiiip!

Espartaco comenzó a apartar las ramas y Carbo y Navio corrieron a ayudarle.

Los alaridos de confusión llegaron hasta sus oídos en una sonora cacofonía.

—¡Moveos! ¡Moveos! —gritó Espartaco—. ¡Tenemos que actuar rápido!

En un abrir y cerrar de ojos se abrieron paso entre los arbustos. Carbo contempló

pasmado el caos causado por las jabalinas. La pulida formación de la columna romana se había desmoronado. En lugar de filas exactas solo veía en derredor una enorme masa de hombres que gritaban confusos. Los legionarios yacían por doquier, muchos muertos, pero la mayoría heridos. Estos últimos chillaban agonizantes mientras agarraban la jabalina que les había atravesado el cuerpo. Carbo no vio a ningún oficial.

Espartaco golpeó el escudo con la *sica*. Una, dos y tres veces.

—¡AL ATAQUE! —bramó y desapareció como un velocista olímpico de los de antaño.

Aullando como dos locos, Atheas y Taxacis salieron en pos de él.

«No puedo permitir que Navio llegue antes que yo», pensó Carbo. Sus pies comenzaron a moverse con vida propia. «Júpiter, el Mayor y Mejor, protégeme.» Ya había desenvainado el *gladius* y lo agarraba con fuerza cerca del costado derecho. Con solo los ojos visibles por encima del borde metálico del escudo, Carbo se lanzó al ataque. Otros hombres le emularon. Los legionarios se hallaban a unos diez o quince pasos y lo que más le llamó la atención fue su expresión de sorpresa. «¡No tienen ni idea de lo que está sucediendo!»

Admirado, observó a Espartaco.

—¡Por Tracia! —gritó este golpeando con su escudo el de un soldado que aparentaba menos edad que Carbo.

El impacto le hizo retroceder varios pasos y caer al suelo. Espartaco se abalanzó sobre él como un rayo. La *sica* resplandeció a la luz del sol y un chorro de sangre salpicó el aire. Las piernas del joven legionario se estiraron espasmódicas hasta relajarse.

—¡Cuidado! —advirtió Navio con un grito.

Carbo apartó la vista de Espartaco para mirar al frente demasiado tarde. Apenas tuvo tiempo de distinguir a unos tres pasos de él el rostro furioso de un legionario sin afeitar que le apuntaba con el *gladius* a los ojos. Carbo se agachó detrás del escudo y la hoja de la espada silbó por encima de su cabeza. El escudo del legionario retumbó contra el suyo y Carbo se tambaleó. Desesperado, dio un paso atrás y logró resistir el siguiente embate. El legionario rodeó el escudo de Carbo y le rozó con la espada la cota de malla. Carbo levantó la cabeza, consciente de que si no conseguía responder al ataque, pronto se acabaría el juego. Justo en ese momento la espada de Navio atravesó por un lado la armadura del legionario. El hombre se desplomó en el suelo y Navio le arrancó la espada con un gruñido. De pronto, Carbo sintió que su pánico se transformaba en rabia y se acercó a él para clavarle el *gladius* por la boca abierta, que seguía profiriendo gritos. El brazo de Carbo se vio frenado cuando la empuñadura de la espada chocó contra los pocos dientes que le quedaban al soldado.

Carbo liberó la espada con un bufido y apenas tuvo tiempo de fijarse en el

lacerado estómago rojo y en los ojos vidriosos de su víctima cuando Navio le propinó un golpe en el casco.

—¡Muévete! ¡Quédate cerca de Espartaco!

Lo que sucedió a continuación fue una sucesión de imágenes borrosas que Carbo rememoraría más tarde. Entonces recordaría haberse abierto paso con Navio entre los hombres para luchar junto a Espartaco, a cuyo lado ya se encontraban Atheas y Taxacis. Recordaría el fragor de las armas y los alaridos de los hombres, que eran tan desgarradores que no le permitían oír sus propios pensamientos. Recordaría que tuvo que caminar sobre los cuerpos en el suelo, algunos todavía retorciéndose y gritando. Recordaría que había formado una pared de escudos con varios hombres para avanzar hacia delante y que vio el miedo reflejado en el rostro de los legionarios. Recordaría el impacto sordo de los escudos y la voz profunda de Espartaco instándoles a continuar. Recordaría los gritos ululantes de Atheas y Taxacis, como los gritos de los demonios del Hades. Recordaría los ataques constantes con el *gladius* y cómo iban cayendo los legionarios, uno tras otro, con la espada clavada en la cara, el pecho, el estómago o la ingle mientras él reía como un poseso al tiempo que avanzaba segando más vidas. Recordaría que la sangre de los hombres a los que había matado no solo cubría la hoja de la espada, sino también todo su brazo derecho, insensible al hecho de que los hombres contra quienes luchaba eran sus compatriotas.

—¡Allí! ¡Allí! —gritó Espartaco.

Carbo miró en la dirección señalada y vio el penacho escarlata del casco de un centurión que iba apareciendo y desapareciendo entre las cabezas de los legionarios más cercanos. Detrás del oficial, un hombre con un casco forrado de piel de león portaba un estandarte dorado. Desesperado, el centurión bramaba órdenes para que todos sus hombres se arremolinaran en torno al portaestandarte y lo protegieran. Espartaco señaló la mano plateada rodeada por una corona de laurel.

—¡Si lo tomamos serán nuestros!

Espartaco se lanzó al ataque sin comprobar si alguien le seguía. No tenía ni idea de cómo iba la batalla en las otras secciones, pero la suya estaba resistiendo bien. Solo necesitaban un último empujón para conseguir tornar el combate a su favor. Ya había visto con anterioridad el efecto que tiene sobre los legionarios que les arrebaten su estandarte: el valor se diluía en sus venas tan rápido como les fluía la sangre al cortarles el cuello; les flaqueaban las piernas y huían como cobardes. Pero apoderarse del estandarte no era tarea fácil. Los legionarios eran capaces de cometer actos de valentía suicida por protegerlo. No obstante, en vista del estado de la lucha, Espartaco tenía claro que ese era el próximo paso. Solo esperaba que los galos también estuvieran venciendo.

Como si le hubiera leído el pensamiento, un legionario se abalanzó sobre Espartaco empuñando un *gladius* partido. El tracio no tuvo problemas para frenar con

el escudo el ataque con el arma rota y sacó la *sica* por el lateral para embestir al soldado en la ingle, bajo la cota de malla. La espada se deslizó en su carne como un cuchillo caliente en el queso. Espartaco ni se molestó en asestarle una segundo estocada. Sabía que había cortado una arteria principal.

El escudo de Atheas resonaba a su izquierda. Sus dientes manchados relucían dentro de la boca abierta y sonriente.

—¿Nosotros coger estandarte?

—¡Sí!

Avanzando juntos, se deshicieron primero de un par de legionarios y después de un soldado solitario. Lo único que se interponía ya entre ellos y el portaestandarte era el centurión, un hombre bajo con nariz aguileña. El arnés de piel que cubría su cota de malla estaba repleto de *phalerae* y lucía una argolla dorada en la parte superior del brazo derecho.

—¡Lucharé contra vosotros de uno en uno! —gritó el centurión.

Espartaco percibió la mirada de Atheas sobre él y notó que el escita empezaba a retirarse. Le invadió una rabia profunda.

—¿Qué te has creído que es esto? ¿El puto *ludus*? No eres más que otro jodido romano. Conmigo, Atheas.

Se dividieron a derecha e izquierda, arrastrando los pies con cuidado sobre el suelo recubierto de sangre derramada.

El centurión era un hombre valiente. No se echó atrás. No podía avanzar sin poner en peligro al portaestandarte, así que levantó el escudo y se preparó para el combate con expresión seria.

—¡Venga, cabrones! —espetó—. ¡He matado a hombres mejores que vosotros!

Espartaco no estaba de humor para enzarzarse en una guerra dialéctica.

—¿Listo?

El escita inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Ahora! —gritó Espartaco. «Tratará de matarme a mí primero. Sabe que soy el cabecilla.»

En efecto, el centurión dirigió su ataque contra Espartaco empleando el clásico golpe derecha-izquierda con el escudo seguido de una fuerte embestida con el *gladius*, pero Espartaco estaba preparado para la táctica e iba parando con el escudo sus arremetidas y esquivando la hoja letal de la espada, dejando que la propia inercia del centurión le llevara hacia la izquierda, donde le esperaba Atheas. Sin equilibrio, el romano no tuvo tiempo de reaccionar y defenderse bien. La espada de Atheas cortó de cuajo la pieza de la mejilla del casco y le reventó un ojo antes de aplastarle el cráneo. Atheas arrancó el arma del centurión, que cayó como cae una piedra en un pozo, y pequeños trozos de materia gris salieron volando de su cabeza.

Espartaco se abalanzó sobre el portaestandarte, que solo disponía de un pequeño

escudo circular para defenderse. A pesar de que sabía que estaba mirando a la muerte a los ojos, no salió corriendo. Comenzó a echarse atrás poco a poco, llamando a gritos a sus compañeros, y Espartaco vio con el rabillo del ojo a varios legionarios que se giraban en su dirección. El tracio sintió la adrenalina en las venas. Si no se apoderaba ahora del estandarte, no lo conseguiría nunca. Y sería hombre muerto. Con expresión salvaje, fintó con el escudo y, acto seguido, levantó la espada, giró el brazo de repente y golpeó en dirección opuesta a la habitual: de izquierda a derecha. El soldado le vio venir y no pudo evitar levantar el estandarte. Si no lo hubiera hecho, habría perdido la cabeza. El resultado fue que la *sica* cortó de cuajo el asta del estandarte e hizo un profundo corte en el cuello de su portador.

El soldado profirió un grito agudo y penetrante, pero Espartaco no le prestó atención. Miró extasiado la mano plateada que colgaba del palo y que, inclinándose hacia un lado, cayó con estrépito al suelo. Al instante oyó gritos de consternación a su alrededor. Agarró la parte del estandarte con la mano y se la entregó a Atheas.

—Protégelo como me protegerías a mí.

Taxacis, Carbo y Navio llegaron un instante después.

—¡Formad un círculo alrededor del estandarte! —ordenó Espartaco.

Rápidamente, los cuatro rodearon a Atheas y se prepararon para defenderlo a toda costa.

Al menos diez legionarios se aproximaron. Carbo se dispuso a defender su vida con todas sus fuerzas.

Entonces sonó un rugido desgarrador que helaba la sangre.

Carbo contuvo el aliento. Castus había irrumpido en escena con cuatro galos que emitían gritos de guerra a pleno pulmón. Los cinco hombres estaban cubiertos de sangre escarlata de la cabeza a los pies. Tenían los cascos, caras, brazos y cotas de malla bañados en sangre. Era imposible discernir si era sangre romana o la suya propia, pero el efecto era el mismo. Su aspecto era espeluznante, parecían diablos salidos del mismísimo infierno. Los legionarios se detuvieron en seco. Riendo, Castus y sus hombres se abalanzaron sobre ellos, que encogieron los rostros de pavor. Sin dudarlo, dieron media vuelta y huyeron corriendo.

—¡Tras ellos! —rugió Espartaco—. ¡No dejéis que se paren a pensar!

Aullando como una jauría de lobos, Carbo y los otros le siguieron.

Al cabo de una hora todo había acabado. Espartaco divisó las figuras de centenares de legionarios que huían hacia el norte. Apenas había sitio para moverse en la carretera, cubierta como estaba de cuerpos mutilados en charcos rojos, faltos de extremidades y con *pila* clavados en las barrigas. Los equipos que habían abandonado los romanos cubrían el suelo hasta donde alcanzaba la vista.

—Lo hemos conseguido. —Con esas tres palabras Carbo transmitió su asombro e

incredulidad.

—Así es —corroboró Espartaco satisfecho—. A veces solo se necesita un pequeño elemento para sembrar el pánico, pero cuando surge, es como una plaga: imparable.

—El momento clave fue cuando les arrebataste el estandarte.

—Y el ataque maníaco de Castus. Es una lástima que no matásemos a más legionarios, pero era de esperar. —Espartaco señaló con el pulgar a unos esclavos que caminaban exultantes entre los romanos heridos, matando a los que encontraban vivos y entregándose al saqueo de los equipos—. Si tenemos en cuenta que todavía no son soldados y, dadas las circunstancias, lo hemos hecho bien.

«¿Bien? —pensó Carbo—, ¡ha sido increíble!»

—¿Cuántos crees que han escapado?

—Es difícil saberlo. La mitad, quizá más, pero tampoco importa. ¡Lo que importa es que hemos ganado! —Los dientes blancos de Espartaco relucieron en medio de la cara ensangrentada—. Hemos ganado, Carbo, y eso es lo que recordarán los hombres y eso es lo que oirán los esclavos en un radio de ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Recuerda lo que te digo: doblaremos nuestros efectivos a lo largo de la próxima semana.

El entusiasmo de Espartaco resultaba contagioso y Carbo se sintió eufórico.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Seguir entrenando a los hombres —respondió Espartaco e hizo una pausa antes de mirar fijamente a Carbo con sus ojos grises como el acero—. No he olvidado el día en que trajiste a Navio al campamento. Hace tiempo hubiera ejecutado a un hombre por semejante transgresión.

Carbo notó que le brotaba el sudor del entrecejo.

El rostro de Espartaco se suavizó levemente.

—Pero me alegro de no haberlo hecho. Hoy lo he observado mientras luchaba. Navio no es ningún amigo de Roma y, además, es un excelente instructor militar.

—Yo…

Espartaco lo interrumpió alzando la mano.

—Estoy convencido de que los hombres han luchado mejor hoy gracias a lo que Navio les ha enseñado. Tienes mi agradecimiento, y el suyo también.

Carbo sonrió como un tonto.

—Pero no podemos caer en la autocomplacencia. Lo de hoy ha sido una victoria menor. Debemos localizar al resto de los seis mil legionarios. Quiero saber lo que traman.

—¿Vamos a enfrentarnos a ellos?

—¿En una batalla a campo abierto? No, si puedo evitarlo. Intentaremos sorprenderles como hicimos aquí. —«Como habría hecho en Tracia, de haber tenido

la oportunidad.»

A Carbo le entusiasmó la idea de tender una nueva emboscada a sus compatriotas. «¿Por qué no me siento como un traidor?», se preguntó. Su corazón le dio la respuesta: Espartaco creía en él, confiaba en él.

Aparte de Paccius, nadie había confiado ni creído en él antes.

Durante el camino de regreso al campamento Carbo estuvo conversando con Egbeo, un enorme gladiador tracio y uno de los más fieles seguidores de Espartaco, que le explicó que en la batalla contra las tropas de Furius había muerto Amatokos, el amante de Chloris.

—Al parecer, había matado a más de media docena de legionarios cuando se le quebró la espada —relató Egbeo con amargura—. Y eso fue todo, el pobre diablo no tuvo ninguna posibilidad después de eso.

Una oscura alegría se apoderó de Carbo al oír la noticia, pero fingió tristeza.

—Seguro que va directo al Elíseo.

—¿Al paraíso de los guerreros? Sí, no lo dudo. Estoy seguro de que el Jinete en persona le dará la bienvenida.

Carbo murmuró su asentimiento, pero ya tenía la mente puesta en Chloris. Si no actuaba con rapidez, otro podía adelantarse, pero no quería parecer desconsiderado. El cuerpo de Amatokos todavía no yacía bajo tierra, por lo que decidió esperar. Era probable que el funeral se celebrara esa misma noche y no era previsible que alguien reclamara a Chloris antes del día siguiente.

No obstante, Carbo no pudo hablar con ella a la mañana siguiente. Aunque ya se habían hecho con las armas y armaduras de muchos romanos muertos, todavía había partes de sus equipos desperdigadas por el campo de batalla. Espartaco ordenó a todos los hombres que no estuvieron heridos que ayudaran haciendo guardia, por si aparecía Varinio, o recogiendo *gladii*, escudos y *pila*. Carbo ayudó al resto de la tropa a cargar las mulas que habían robado del campamento de Glabro, y que habían resultado ser muy útiles. Se alegró cuando el trabajo tocó a su fin, sobre todo por las moscas que se arremolinaban formando negras nubes zumbantes y por el hedor de muerte que invadía sus fosas nasales, una potente mezcla putrefacta de sangre, mierda, vómito y orina.

De regreso al cráter, lo primero que hizo Carbo fue desnudarse y lavar la suciedad incrustada en su cuerpo. A continuación, se puso su única túnica limpia y se encaminó a la tienda que Chloris había compartido con Amatokos. Al aproximarse, oyó varias voces hablando alto y se le aceleró el pulso.

Distinguió la voz de Chloris.

—¡Déjame en paz!

—Pensé que querrías un poco de compañía.

Carbo no sabía a quién pertenecía esa voz grave.

—Pues no. Lárgate y déjame en paz.

La actitud del hombre cambió de repente.

—Sigue así, preciosa. Me gusta cuando las cosas se ponen difíciles.

Chloris gritó y Carbo salió a la carrera. «Gracias a los dioses que llevo la espada.» Carbo llegó al instante y vio a Chloris con la espalda contra la tienda y las manos levantadas para apartar de sí a un hombre delgado que vestía una cota de malla.

—¿No vas a resistirte? Me gusta más cuando hay resistencia.

—¡Eh, tú, gilipollas! —gritó Carbo desenvainando la espada casi sin pensar—. Yo lucharé contigo.

El hombre se volvió hacia él con lentitud. Tenía la cara estrecha, como la de una comadreja. Carbo le reconoció. Era uno de los pocos samnitas que había escapado del *ludus*. Al ver a Carbo frunció el labio y se llevó la mano a la espada.

—Ah, ¿sí?

—¡Aléjate de ella! —ordenó Carbo—. No le interesa un saco de mierda como tú.

—No se ha quejado demasiado —respondió el hombre burlón.

—¡Eres un pedazo de mierda! Te excita violar a mujeres, ¿no?

Furioso, Carbo se acercó y apuntó con el *gladius* a la barriga del samnita. Asustado, el hombre se apartó a un lado.

—¡Estás loco! ¿Vas a matarme por una puta?

—¡No es ninguna puta! —espetó Carbo pinchándole con la espada una y otra vez sin darle la oportunidad de desenvainar la suya.

—De acuerdo, de acuerdo, ya lo he captado. No discutiré con uno de los amigos de Espartaco —concedió el samnita al tiempo que alzaba las manos y le lanzaba una mirada feroz antes de retirarse.

Carbo escupió tras él y no se calmó hasta que hubo desaparecido. Cuando dio media vuelta, vio a Chloris mirándole con sus ojos oscuros llenos de lágrimas.

—Siento no haber llegado antes.

Chloris dio un paso adelante.

—Has llegado justo a tiempo. Gracias.

—No ha sido nada.

—Desde luego que sí. Me iba a violar.

—Si siente alguna estima por sus pelotas, ese imbécil no volverá por aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Chloris sonriente.

Carbo se sonrojó, consciente de que al echar al samnita había hecho una declaración muy pública. Curiosamente, sentía más miedo en esos momentos que antes de la emboscada. Chloris se aproximó a él, mirándole con esos profundos ojos negros. «¡Maldita sea, di algo!»

—¿Te gustaría…? —titubeó.

—¿Ser tu mujer? Sí, me gustaría —respondió mientras se le acercaba y apoyaba la cabeza en su pecho.

—Bien.

Carbo la abrazó con torpeza, pues todavía sostenía la espada en la mano derecha. Le acarició la espalda con los dedos y ella se apretó contra él. Estuvieron así unos instantes. Carbo no sabía qué debía hacer a continuación. Actuaba con timidez, como si fuera virgen. Cuando Chloris levantó la cara para besarlo, sintió un enorme alivio y una sensación electrizante le recorrió todo el cuerpo hasta los talones. Jamás había imaginado que besar pudiera ser tan placentero. Abrió la boca y notó la lengua de ella rozando la suya. Respondió con torpeza, muy consciente de que jamás había besado así. Chloris no pareció darse cuenta y, poco a poco, Carbo fue cogiendo confianza. Le apretó un pecho y este se amoldó de forma deliciosa a su mano; buscó el pezón y lo pellizcó con ternura. Chloris emitió un gemido de placer y Carbo volvió a pellizcarlo. Empezó a dejar caer la mano izquierda más abajo, hacia el muslo, y ella se apartó ligeramente.

—Sígueme —dijo mientras lo tomaba de la mano y lo conducía al interior de la tienda.

Dentro, con la solapa de piel de la tienda cerrada, Carbo no acertó a pronunciar palabra cuando Chloris se agachó para tomar el borde del vestido, se lo sacó por la cabeza con ambas manos y lo dejó caer en el suelo. Estaba desnuda ante sus ojos, salvo por un trozo de tela raída que le cubría las caderas.

A Carbo se le fueron los ojos a sus tersos pechos y pezones marrones. Empezó a recorrer su cuerpo con la mirada hasta que de pronto se detuvo horrorizado. Una maraña de cicatrices se extendía desde su espalda hasta las axilas y la delicada piel del tórax y la barriga.

—¡Por todos los dioses!

Como si se lo hubiera ordenado, Chloris dio media vuelta y le mostró todas sus heridas. Tenía la espalda destrozada. Carbo clavó la mirada en la peor de las cicatrices, un largo verdugón púrpura que parecía una quemadura.

—¿Quién te ha hecho esto?

—El capitán pirata que me raptó en Grecia —susurró.

—Menudo salvaje. ¿Por qué lo hizo?

—Le daba placer. Solo se le ponía dura si me pegaba. Entonces me… —Chloris guardó silencio.

Carbo sintió náuseas. «El samnita era igual que el pirata, pero yo también estoy aquí por sexo.»

Chloris recogió el vestido del suelo y se cubrió.

—Seguramente piensas que soy repugnante. Todo el mundo lo piensa.

—¡No! —protestó Carbo—. Eres muy hermosa, como una estatua viviente de

Diana o Juno.

—¿De verdad?

—Sí —respondió Carbo con pasión.

Chloris dejó caer de nuevo el vestido al suelo y alargó la mano para acariciarle el brazo. Carbo sintió una descarga eléctrica por toda la piel. Ella soltó una risa gutural ante su reacción.

—Además de valiente, eres romántico. Me gustas.

—Ah, ¿sí?

—Claro. Me gustas desde el primer momento que te vi en el *ludus*, pero yo estaba con Amatokos, así que…

—Es una lástima que haya muerto —mintió Carbo.

—Ha sido designio de los dioses, pero ahora has entrado tú en mi vida.

Estaba tan cerca que Carbo notaba su aliento en los labios. Ninguna joven había querido antes estar tan cerca de él por voluntad propia y tembló nervioso, preso del deseo.

—¿Así que me encuentras atractiva?

Carbo notaba la lengua espesa e inútil, como un trozo de madera en la boca seca.

—Sí.

—¿Estás seguro?

Carbo la miró a los ojos.

—Por todos los dioses, ¡sí!

—Entonces, bésame.

Carbo obedeció. Nada le importaba el hecho de que Chloris deseara que la protegiera de otros hombres o que hubiera podido aproximarse antes a otros y que la hubieran rechazado por las cicatrices. Él parecía gustarle, eso es lo único que importaba. No sería él quien protestara y se arriesgara a romper la magia del momento. Había soñado con esto toda la vida. Cuando la mano de ella buscó su entrepierna, perdió en cuestión de segundos toda capacidad para pensar.

Lucio Cosinio suspiró de placer mientras se echaba hacia atrás con los ojos cerrados, disfrutando del agua templada. Después del calor y el polvo de la marcha desde Roma, se sentía en la gloria. Al divisar la gran piscina exterior mientras sus hombres buscaban un lugar para acampar, no pudo resistir la tentación. Como era de esperar, el propietario había estado encantado de abrir sus puertas a uno de los oficiales enviados por el Senado para liberar al pueblo de la amenaza de Espartaco. «Me lo merezco», pensó Cosinio. Chamuscado por el sol, le dolía la espalda y tenía el interior de los muslos enrojecido por la silla de montar. Si bien era cierto que había montado a caballo y no había caminado como sus dos mil legionarios, Pompeya se encontraba a más de ciento cincuenta kilómetros de la capital, lo cual representaba

mucho más ejercicio del que estaba acostumbrado. Salir de caza de vez en cuando con los amigos era muy distinto de estar sentado sobre el lomo de un caballo del amanecer al atardecer durante cinco días seguidos. Ese era su primer año como pretor, pero llevaba mucho tiempo viviendo en Roma y siempre se trasladaba en litera de un lugar a otro. «Como corresponde a mi rango.»

Consciente de la necesidad de mostrar su voluntad de liderar las tropas hasta el campo de batalla, Cosinio aprovechó la ocasión y se unió a su amigo Publio Varinio como asesor en la misión de localizar y destrozar a esa chusma que había aterrorizado de algún modo a las tropas de Cayo Claudio Glabro. Cosinio frunció el labio superior. Había oído el relato de Glabro de su propia boca, pero le seguía resultando difícil de creer. Era ridículo. ¡Tres mil legionarios vencidos por un grupo reducido de gladiadores y esclavos fugitivos! La semana anterior se había producido otra derrota sorpresa, pero Cosinio restó importancia al asunto. Lucio Furio, el legado al mando de un tercio de las tropas de Varinio, también era un idiota. El hecho de que le tendieran una emboscada cerca del Vesubio y perdiera a centenares de soldados solo podía significar que era un incompetente redomado. Tras escuchar su explicación y haber absorbido el remanente de sus tropas, Varinio lo había enviado de regreso a Roma como castigo. «¡Qué se pudra! Los cinco mil legionarios restantes son más que suficientes para lidiar con unos pocos centenares de esclavos. Así Varinio y yo nos repartiremos toda la gloria.»

Cosinio abrió los ojos. Excelente. La esclava, una atractiva joven que lucía una larga melena negra y una reveladora túnica, seguía allí. Antes le había ordenado que le quitara la capa y la armadura polvorienta, y eso le había excitado. Levantó el brazo.

—Más.

La joven se acercó al borde de la piscina con una pequeña ánfora y rellenó con cuidado la copa que le tendía.

Cosinio bebió el vino de un trago. El propietario de la casa —¿cómo se llamaba?— le había dicho que era su mejor cosecha y, por todos los dioses, no había mentido. Sabía a ambrosía, al vino de los dioses. Cosinio volvió a tenderle la copa.

—Más. —Se giró en el agua y obtuvo una excelente vista de los pechos de la esclava cuando se inclinó a servirle. Fue una visión muy gratificante. Dejándose llevar por un impulso, la agarró de la muñeca—. ¿Te gustaría bañarte conmigo?

—Sí, señor.

La voz de la esclava no reveló emoción alguna ante la perspectiva, pero a Cosinio le dio igual. Había sido un día largo y estaba caliente. Era una esclava y a su amo no le importaría que se la follara. Y aunque le importara, ese gordo idiota no se atrevería a decirle nada. En cuanto a los soldados que montaban guardia a unos veinte pasos de distancia, no osarían mirar en su dirección cuando se dieran cuenta de lo que sucedía.

Al fin y al cabo él, Lucio Cosinio, era uno de los ocho pretores de Roma. Solo los cónsules le superaban en rango. Por lo tanto, era libre de hacer lo que le viniera en gana. Depositó la copa en el borde de la piscina y se alejó unos pasos para gozar mejor de la vista.

—Desnúdate, poco a poco.

La chica dejó el ánfora en el suelo y se incorporó con expresión resignada. Ajeno a ello, Cosinio la contempló con admiración. Nunca le habían gustado las típicas mujeres romanas de tez pálida. La luz del atardecer dotaba a la piel de la joven de un delicioso tono aceitunado. Podía distinguir sus pezones a través del fino tejido del vestido y notó una presión en la entrepierna. Por fin iba a ver recompensado el infierno que habían supuesto los últimos cinco días a caballo, antes incluso de aplastar a Espartaco y a su pandilla de marginados.

La joven se levantó poco a poco el vestido y se detuvo justo debajo del pubis. Cosinio contuvo el aliento mientras seguía sacándoselo hasta revelar una prenda interior de lino. «Maravilloso.» No le gustaba cuando las mujeres iban desnudas bajo la túnica. Tener que esperar un poco más acrecentaba su deseo.

La esclava reveló a continuación un vientre plano, cuya delicada piel era ligeramente más pálida que la de los brazos y las piernas. Los huesos de la cadera sobresalían a ambos lados, incitándole a agarrarlos por detrás. Cosinio se pasó la lengua por los labios al vislumbrar la parte inferior de los pechos bajo el tejido.

—Espera. Quédate así.

La esclava obedeció en silencio.

Cosinio contempló embelesado su belleza unos instantes más.

—Quítatelo.

La joven se quitó el vestido por la cabeza, lo dejó caer en el suelo y clavó la mirada en la distancia.

—Mírame.

La chica lo miró con desgana. Cosinio observó sorprendido que tenía los ojos de un azul intenso, lo cual acrecentó aún más su deseo.

—Ahora, la ropa interior.

La joven empezó a tirar de la prenda hacia abajo con sus finos dedos.

Cosinio estaba cada vez más excitado.

Ella volvió a clavar la vista a lo lejos, en el paisaje que se extendía a sus espaldas, y se detuvo en seco.

Él frunció el ceño.

—¿Qué haces? ¡Continúa!

Una expresión de miedo cruzó su rostro.

Cosinio comenzó a impacientarse.

—Por el amor de Júpiter, no voy a pegarte. Quítate la ropa y métete en el agua.

En lugar de obedecer, la esclava abrió la boca y profirió un grito.

Por fin Cosinio fue consciente de que el pavor y los gritos de la esclava no se debían a él. Cuando giró la cabeza hacia los magníficos campos que rodeaban la piscina, vio una imagen surrealista: una veintena de hombres armados corría hacia él por el prado, y varios más aparecieron por detrás de los árboles en el otro extremo del jardín, con sus líderes a unos veinte pasos por detrás. Muchos de los intrusos llevaban escudos y cascos de bronce con penacho, pero era obvio que no eran legionarios. Ningún soldado romano llevaría bigote o el pelo largo y ningún soldado romano lucharía a pecho descubierto o lanzaría semejantes gritos de guerra. A Cosinio se le heló la sangre. «Los hombres de Espartaco.»

Sin dejar de gritar, la esclava dio media vuelta y salió corriendo hacia la casa.

Desaparecida su erección, Cosinio salió lo más rápido que pudo de la piscina y apenas acertó a agarrar la capa roja del banco en el que había dejado la ropa antes de correr a ponerse a salvo. Dejó atrás todo lo demás, desde la brillante coraza hasta el *gladius* con empuñadura de marfil, el magnífico casco con penacho, la refinada túnica y el *subarmalis* acolchado. Y estaba claro que no tendría tiempo de ponerse ni abrocharse las botas, que iban descubiertas por delante.

Cosinio vio su consternación reflejada en los rostros de los diez soldados que le habían acompañado para protegerle durante el baño. El oficial al mando, un *optio* de barbilla estrecha, se quedó boquiabierto al ver a su superior correr hacia él con el pene y los huevos al aire, botando arriba y abajo. A Cosinio le dio igual.

—¡Forma a los hombres! —chilló—. Preparaos para repeler un ataque por la retaguardia mientras yo doy la alarma.

La orden era una sentencia de muerte y el *optio* lo sabía. El soldado pestañeó ante sus palabras y se recompuso.

—¡Sí, señor! —Clavó la mirada en los diez legionarios, algunos de los cuales habían empezado a dar unos pasos hacia atrás—. ¡Ya habéis oído al pretor! ¡A formar! ¡Doble fila!

Cosinio postergó su huida el tiempo suficiente para comprobar que los legionarios obedecían la orden. Suspiró aliviado y corrió a los establos, donde tenía el caballo. Con suerte, esos salvajes no habrían pensado en atacar la casa desde más de un flanco. Todo lo que necesitaba era unos minutos de gracia para montar y marcharse. El campamento tan solo se hallaba a quinientos pasos de distancia. Cosinio rogó con toda su alma que Espartaco no lo hubiera asaltado al mismo tiempo que la casa.

El corto trayecto hasta el campamento fue el más largo de su vida. Al mirar desesperado por encima del hombro, vio que le perseguían. Docenas de hombres armados habían asaltado el camino y varios más surgían de los terrenos de la casa. Muy consciente de que llevaba una capa como todo vestido, Cosinio azuzó con los talones su ya cansada montura para que fuera más deprisa. No tardó en ver a un lado

del camino a centenares de legionarios que formaban un semicírculo alrededor de un terraplén de tierra rectangular, la defensa del campamento temporal. Jamás se había alegrado tanto de la rutina militar. La mitad de los hombres a su mando —mil soldados— hacía guardia mientras el resto montaba las defensas para la noche. Serían más que suficientes para derrotar a los esclavos.

—¡Alarma! —chilló con voz ronca—. ¡Alarma!

Nadie le oyó. Cosinio maldijo a los muertos de sus legionarios y decidió no malgastar más aliento. Estaban demasiado lejos. Además, seguro que esos cabrones perezosos estaban chismorreando en lugar de estar atentos a posibles peligros. El hecho de que se hallaran en zona segura, a tan solo unos kilómetros de Pompeya, era irrelevante, pensó. En cuanto hubieran derrotado a los esclavos, mandaría azotar al oficial al mando hasta que solo le quedara un aliento de vida o quizá lo mandara torturar.

—¡Enemigo a la vista! ¡Haced sonar la alarma! —gritó de nuevo.

Por fin se volvieron algunas cabezas y Cosinio observó que sus rostros se contraían al reconocerle, primero de sorpresa y luego de hilaridad. Los soldados rompieron a reír y los oficiales hacían esfuerzos por contener la risa. Cosinio se sonrojó hasta las orejas. Podía imaginarse la imagen que daba: un pretor en pelotas montando a caballo con la capa roja volando al viento, pero no tuvo más remedio que seguir cabalgando hasta sus hombres.

—¿Estáis sordos o qué? —rugió al acercarse—. ¡Dad la alarma!

El centurión que tenía más cerca dejó de reír de inmediato.

—¿La alarma, señor?

—¡Sí, idiota! Han asaltado la casa. Mis guardias han muerto y los hombres de Espartaco están en camino. ¡Prepara a las tropas para luchar!

A diferencia de los soldados, el centurión era un veterano.

—¡Ya habéis oído al pretor! —gritó al trompeta—. ¡Haz sonar el toque de alarma! ¡YA MISMO! ¡El resto, a formar! Veinte hombres a lo ancho, cuatro filas. ¡Rápido! —Se volvió hacia Cosinio—. Pase dentro, señor. Su equipaje ya está allí. Contendremos a esos cabrones hasta que regrese usted.

Cosinio asintió con una leve inclinación de cabeza y siguió cabalgando. En cuanto la trompeta emitió una serie de notas breves y seguidas, le satisfizo ver que todos los legionarios a la vista eran llamados a formar por los oficiales. Ahora nadie se reía de su desnudez. «Pronto estaré vestido y ya me oirán entonces esos cabrones. —Se permitió esbozar una pequeña sonrisa—. Además, les pediré que me traigan esta noche a la esclava a la tienda. Puestos a elegir, es mejor follar con comodidad.»

Quince minutos más tarde, toda idea de sexo se había esfumado de su mente. Cosinio se vistió rápido con un uniforme de repuesto, se calzó las sandalias, se acomodó su segunda mejor espada sobre el hombro derecho y se colocó el casco. Una

vez estuvo vestido, el terror que había sentido en la piscina desapareció y dio paso a una sensación de rabia profunda. ¿Cómo se atrevían?, se preguntó enfurecido. «Mierda de esclavos, me las pagarán.» Cosinio se dirigió a la entrada del campamento acompañado por un par de suboficiales que le habían esperado junto a la tienda con expresión confusa. Gracias al muro de defensa, que ya superaba la altura de un hombre, el terreno de enfrente quedaba oculto a la vista, pero oyó el nada familiar sonido del fragor de la batalla, que aumentaba de intensidad a medida que se acercaba. Distinguió el eco de las espadas chocando entre sí, el toque incesante de las trompetas y órdenes incomprensibles que eran vociferadas por doquier. Entre toda esa cacofonía reconoció el alboroto inconfundible de hombres gritando.

A Cosinio no le gustó nada cómo sonaba aquello.

—¿Qué sucede?

—No estoy seguro, señor —murmuró el más joven de los dos suboficiales, un chico arrogante que había accedido al cargo por la fortuna de su padre. A pesar de proceder de entornos similares, Cosinio lo detestaba.

—En nombre de Hades, ¿cómo es posible que no lo sepas? ¡Es tu maldito trabajo informarme de lo que sucede en la batalla!

—Disculpe, señor —dijo el segundo suboficial—. La última vez que hemos echado un vistazo hemos visto que nuestros chicos estaban aguantando bien.

—¿Aguantando bien? —repitió Cosinio indignado.

—Sí, señor. Seguro que en cuanto salga usted repeleremos el ataque enseguida.

—¡Por supuesto!

Cosinio desenvainó la espada y se encaminó a la entrada del campamento, un estrecho pasaje de diez pasos de longitud especialmente diseñado entre dos extremos superpuestos del terraplén de tierra. De pronto, un legionario con la mirada enloquecida entró como una exhalación y empujó a Cosinio. El pretor le lanzó una mirada furiosa. El soldado no llevaba ni escudo ni espada.

—¿Qué significa esto? —espetó Cosinio.

Más calmado, el legionario advirtió la armadura ornamentada de Cosinio y los uniformes de los dos suboficiales.

—Yo… nosotros… los tenemos encima, señor. Cientos de ellos… cientos.

—Así que ¿has huido? —acusó Cosinio.

El legionario movió los ojos de un lado a otro como una rata acorralada.

—Yo…

Cosinio hizo una mueca y, acto seguido, atravesó con la espada la ingle del soldado por debajo de la cota de malla. El legionario se desplomó hacia atrás con un alarido y los dos suboficiales contemplaron al pretor con el horror dibujado en sus caras.

—¡Esto es lo mínimo que se merece este pedazo de mierda! Ahora, seguidme.

Cosinio salió al exterior decidido a poner fin a toda esa farsa de una vez por todas. Sus subordinados le siguieron como dos cachorros castrados.

El pretor jamás hubiera podido imaginar la escena de caos absoluto que se desplegó ante sus ojos. En lugar de filas ordenadas de legionarios repeliendo el ataque bajo las órdenes tranquilas de sus oficiales, divisó a varios grupúsculos aislados de soldados luchando desesperados contra numerosos esclavos que los rodeaban y proferían gritos feroces. En el tiempo que tardó en recorrer con la vista el campo de batalla, Cosinio vio al menos a seis soldados muertos a hachazos. De forma lenta pero irremediable, sus tropas estaban siendo acorraladas o aniquiladas. Varios asaltantes se habían abierto paso entre los huecos de las filas romanas y avanzaban hacia el campamento sin que hubiera nadie para detenerles.

El suelo estaba sembrado de soldados heridos, agonizantes, tullidos y ciegos. Los legionarios se batían en retirada de tres en tres o de cuatro en cuatro, o simplemente abandonaban la lucha. Aquí y allá algún centurión valiente intentaba recuperar el control en vano. Cosinio no divisó a ninguno de los soldados que construían antes el terraplén. Echó un vistazo a la zanja defensiva y descubrió que estaba llena de herramientas abandonadas. Además, había varias pilas de escudos y pirámides de jabalinas junto a la trinchera. De pronto comprendió lo que había sucedido. «Esos cabrones han abandonado las armas y se han dado a la fuga.» Cosinio sintió la boca tan seca como el lecho de un riachuelo en plena sequía. No era posible que a él le sucediera algo así. No podía creer que la mitad de sus hombres hubiera huido. Era imposible que unos esclavos derrotaran a unos legionarios. «El mundo se ha vuelto loco.»

—¿Señor?

Cosinio no se había dado cuenta de que alguien le tiraba del brazo.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

Miró desconcertado al suboficial de mayor rango.

—¿Eh?

El joven señaló la masacre con el brazo tembloroso.

—¿Qué hacemos, señor?

A Cosinio le vino a la mente la imagen de Glabro dejándose caer sobre la espada. No deseaba sufrir un final tan vergonzoso y manchar con semejante oprobio el buen nombre de su familia. Era mucho mejor morir luchando, enfrentándose al enemigo espada en mano. Sintió una pequeña punzada de arrepentimiento. Ahora jamás podría follarse a la guapa esclava.

—Vamos a atacar —declaró Cosinio con calma.

—¿Atacar, señor?

—Ya me habéis oído. ¡Los senadores y los nobles no huyen de los esclavos!

Cosinio se agachó a coger un escudo abandonado y manchado de sangre por

detrás. «La sangre de su dueño», pensó.

—Buscad unos escudos, los dos. Vamos a enseñarles a estos cabrones cómo mueren los romanos.

—¡Sí, señor! —El primer suboficial agarró un escudo.

Avergonzado, su compañero hizo lo mismo y prepararon los *gladii*.

—Colocaos junto a mí, uno a cada lado —ordenó Cosinio—. Manteneos cerca.

Los suboficiales obedecieron. Un grupo de esclavos cercano advirtió la patética pared de escudos y no dudó en lanzarse a la carga gritando y agitando las armas para mostrarles el tipo de muerte que les aguardaba.

—¡Preparados para el ataque enemigo! —ordenó Cosinio.

«Craso tenía razón —pensó con ironía—. Espartaco debía ser tomado en serio.»

16

El sol se estaba poniendo cuando Espartaco empezó la ronda del campamento, que ya ocupaba una extensión de terreno muy superior a la marcada por los terraplenes de tierra que habían erigido los soldados de Glabro.

Todos los hombres le saludaban a su paso y Espartaco siempre les correspondía con una sonrisa o se detenía para darles unas palabras de aliento antes de continuar el recorrido, pero por dentro le inquietaba el aspecto demacrado que presentaba la mayoría.

Tras la derrota y muerte de Cosinio, una oleada de nuevos reclutas se había unido a ellos —hombres, mujeres y niños— y el campamento en la cima del Vesubio se había quedado pequeño. Dada la inminente llegada del frío, Espartaco había decidido que todos debían trasladarse al pie de la montaña, a los restos del campamento de Glabro. El cambio de ubicación le había permitido proteger a sus diez mil seguidores de los elementos, pero no les había proporcionado comida.

Además, en el nuevo campamento estaban más expuestos a un posible ataque de Varinio, que había reagrupado a sus efectivos y estaba acampado a unos tres kilómetros de distancia. A pesar de la fuerza creciente de sus tropas, Espartaco no deseaba luchar en campo abierto contra los romanos. Calculaba que unos dos mil de sus hombres habían recibido el entrenamiento apropiado, pero el resto no estaba preparado para el combate cuerpo a cuerpo ni disponía del material adecuado. Las cadenas de los esclavos proporcionaban a Pulcro y el resto de los herreros una cantidad de hierro limitada para forjar espadas y lanzas y, si se enfrentaban a legionarios armados, las estacas con las puntas endurecidas al fuego no les servirían de mucho.

Espartaco se encaminó a su tienda con aire absorto. Ariadne estaba junto al fuego removiendo el contenido de una olla ennegrecida por las llamas. A Espartaco le salía vaho por la boca a causa del frío. Se frotó las manos y las acercó al fuego.

—Huele bien. ¿Qué es?

Ariadne levantó la vista.

—Las sobras del cocido de anoche, a las que he añadido un poco más de agua.

Espartaco se encogió de hombros.

—Los hombres están asaltando todas las granjas y cazando todo lo que pueden, pero los romanos están por todas partes. No es fácil cazar cuando tienes que estar pendiente de si aparece una patrulla enemiga. Al menos tenemos algo que comer, hay muchos que pasan hambre.

Ariadne exhaló un suspiro.

—Perdóname. Ya tienes bastantes cosas de las que preocuparte para que yo encima me queje.

—No pasa nada —replicó Espartaco mientras le rodeaba la cintura con el brazo —, pero debemos irnos de aquí pronto.

Ariadne ladeó la cabeza y lo miró.

—¿Por qué ahora?

—Por mucho que hayamos derrotado dos veces a Varinio y sus hombres y saqueado sus campamentos, han aprendido de sus errores. La fortificación alrededor del nuevo campamento es la más alta que jamás he visto y en el foso defensivo cabe un puto barco. Es más fácil asaltar el Hades que ese campamento —protestó con el ceño fruncido—. Además, se acerca el invierno y cada vez será más difícil encontrar comida. Si queremos evitar que la gente se muera de hambre hay que buscar un lugar más seguro.

—Tampoco debe de ser tan complicado, ¿no? —inquirió Ariadne lanzándole una mirada intuitiva, pues llevaba pensando lo mismo desde que huyeron del *ludus*—. Deja que lo adivine, a Crixus no le gustará la idea.

—Claro que no. Él quiere luchar contra Varinio. Dice que solo los cobardes huyen del enemigo, y Castus comparte su opinión.

—¡Pero no estaríamos huyendo! Solo nos trasladaríamos a un lugar más seguro.

—Ya se lo he dicho —replicó Espartaco—. No es que no vayamos a enfrentarnos de nuevo a los romanos, pero ese imbécil no quiere ni oír hablar del asunto. Dice que se marchará y se llevará a sus hombres consigo. Quizá Castus le acompañe.

Los líderes galos eran conscientes de que muchos de los nuevos reclutas se unían a sus facciones y que caían bien a centenares de esclavos. Si Crixus y Castus se marchaban, las fuerzas de Espartaco se verían muy mermadas. Ariadne lo observó intranquila.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a disfrutar de este cocido y después me llevaré a mi esposa a la cama, a ver si me caliento y me quito el frío que me cala los huesos —respondió pellizcándole la cadera de manera cariñosa.

A Ariadne le atraía la idea, pero frunció el ceño.

—Hablo en serio.

Espartaco dejó de sonreír.

—Lo sé. He convocado un consejo de guerra para mañana por la mañana.

—¿Y?

—Con la bendición del Gran Jinete, lograré convencerlos de que se queden con nosotros —agregó apretando la mandíbula—. Si tienen dos dedos de frente, ya se habrán imaginado de lo que quiero hablar.

Ariadne se deshizo de su abrazo.

—Come algo —ordenó con tono serio mientras buscaba la capa—. Volveré dentro de un rato.

Espartaco enarcó las cejas.

—¿Adónde vas?

—A pedir el apoyo de Dioniso. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

La perspectiva de mantener relaciones sexuales desapareció por completo de la mente de Espartaco, que contempló pensativo a Ariadne mientras desaparecía en la oscuridad. «Tiene razón.»

Reticente a irse a dormir antes de obtener noticias de Ariadne, Espartaco se quedó junto a la hoguera envuelto en un par de mantas para protegerse del frío. Se sirvió un cuenco de cocido y se puso a comer. La comida se terminó demasiado rápido, pero los lamentos de su barriga eran la menor de sus preocupaciones. Crixus. Al final siempre se topaba con el arrogante galo, tan amigo de las discusiones. «Podría enfrentarme de nuevo a él en un combate.» Espartaco descartó la idea de inmediato. Tras su encuentro anterior, el galo insistiría en usar armas y, si le vencía, seguramente tendría que matarlo, lo cual resultaría contraproducente. Y en tal caso, no había garantía alguna de que Castus se quedara. «¿Y si lucho también contra él? No, no puedo batirme con todos. Tiene que haber una manera de convencerles de que no se marchen.»

Pasaron más de dos horas. Había caído la noche y la luna había iniciado su ascenso desde el horizonte lejano. Cada vez hacía más frío y en el campamento reinaba el silencio. Aparte de los centinelas, el resto se había retirado a sus refugios o tiendas. Gracias a los equipos confiscados tras las victorias sobre Furio y Cosinio, casi todos tenían tiendas de piel. Espartaco encogió los hombros y acercó los pies a la hoguera. «Quizás hiele esta noche.»

—Sigues despierto —constató Ariadne al emerger de la oscuridad.

—Claro.

Espartaco escudriñó su rostro en busca de una pista, pero su expresión no delataba nada.

—¿Queda cocido?

—Sí, te he dejado la mitad.

Ella chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—Tú necesitas la comida mucho más que yo.

—He comido mucho —mintió Espartaco a sabiendas de que ella siempre le servía la ración más generosa. La observó en silencio mientras rascaba el contenido del puchero y se sentaba a comer.

—¿No vas a preguntarme si he visto algo?

—¿Has visto algo?

—Sí.

Como siempre, se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Qué has visto?

Ariadne respondió con una pregunta.

—¿Cuáles son tus planes a largo plazo?

—No tengo ningún plan —respondió Espartaco con sinceridad—. En mi mundo es mejor no hacer planes a largo plazo. Un guerrero nunca sabe cuándo su vida tocará a su fin.

—Pero algo debes de haber pensado.

Espartaco reflexionó sobre sus palabras.

—Me gustaría crear un ejército, un ejército de verdad, y ganar a los romanos en una batalla en campo abierto.

—¿Con qué propósito? Esa idea por sí sola no basta —arguyó Ariadne—. Esos capullos nunca se rinden.

—Lo sé. Ni siquiera cuando Aníbal les derrotó en la batalla de Cannas se dieron por vencidos. Tardaron casi veinte años en vencerle, pero al final lo consiguieron. Y Aníbal tenía un ejército de verdad, pero ¿qué tengo yo? ¡Unos millares de esclavos!

Ariadne jamás le había oído hablar así.

—No te rindas.

—No te equivoques —replicó Espartaco con los ojos brillantes a la luz de la hoguera—. ¡Jamás me rendiré! Nunca volveré a ser un esclavo, pero soy consciente de la realidad. No en vano la República de Roma es la potencia que es. Son un pueblo orgulloso, guerrero y valiente, pero sobre todo obstinado. Casi todas las razas aceptan la derrota, incluidos los tracios —añadió con amargura—, pero los romanos no. Prefieren ser borrados de la faz de la Tierra a rendirse. Y este hecho tan simple es lo que no capta alguien como Crixus. Varinio no es más que uno de los muchos comandantes a los que puede recurrir el Senado y su ejército representa tan solo una pequeña facción de los soldados con los que cuenta Roma. Cada vez que los derrotamos, es inevitable que manden más soldados contra nosotros. Por eso es importante no luchar contra Varinio como un animal salvaje defendiendo su territorio, sino que el combate debe producirse en el lugar y el momento que nosotros elijamos. Esta es otra verdad que Crixus no comprende.

—Hay otra opción —intervino Ariadne con voz queda.

Espartaco le clavó la mirada.

—¿Qué? ¿Abandonar Italia?

—Sí, tampoco sería tan difícil. Un pequeño grupo viajando rápido podría esquivar las tropas romanas. Carbo dice que los Alpes no se encuentran a más de quinientos kilómetros de aquí.

—El invierno está al caer. Las montañas no son un buen lugar para refugiarse cuando nieva.

—Aníbal las cruzó en esa época del año —arguyó Ariadne.

—Pero él venía a Italia a luchar contra los romanos, no huía de estos malditos cabrones.

—No estarías huyendo —protestó Ariadne.

—Ah, ¿no? Imagínate que regresamos a Tracia y derroto a Kotys. ¿Crees que podría olvidar lo que estamos haciendo aquí?

Ariadne se notó las mejillas encendidas.

—¿Es eso lo que has visto?

—No.

—Bien, porque ya puedo imaginarme a la gente cuchicheando en mi pueblo. «Espartaco reunió a todo un ejército de esclavos y, justo cuando más le necesitaban, los abandonó a su suerte» —gruñó—. Porque eso sería lo que haría si me marchara, ¿qué crees que le sucedería a la gente del campamento?

—Seguramente se dividirían en pequeños grupos y serían capturados por los romanos.

—Así es. Los más afortunados volverían a ser esclavos, pero el resto moriría de hambre o acabaría siendo pasto de los lobos —dijo Espartaco mirándola fijamente—. No puedo abandonarlos, no puedo.

A Ariadne no le sorprendió su respuesta.

—Mi conciencia tampoco me lo permitiría. —«¡Mentirosa! Si sucediera la otra cosa que has visto, tratarías de marcharte de inmediato, pero no puedes decírselo.»

—Soy un guerrero que no teme luchar, no un maldito cobarde sin agallas que se esconde cuando la cosa se pone difícil y abandona a los más débiles para que se las compongan solos.

—Lo sé —respondió ella con suavidad—. ¿Y si te llevases a todo el ejército a los Alpes?

Espartaco se quedó pensando.

—Eso es otra cosa, pero hay más posibilidades de que se me aparezca esta noche el Gran Jinete que de convencer a los galos de que nos acompañen. Muchos han nacido siendo esclavos, como casi todos los germanos. Odian a Roma y lo que representa, pero Italia es su mundo, una tierra rica que brinda un botín fácil a hombres como nosotros. ¿Por qué querrían abandonarla? —Espartaco la observó caviloso—. ¿Es eso lo que has visto? ¿Al ejército cruzando los Alpes?

—Es una de las cosas que he visto, sí.

—¿Has visto más cosas?

Ariadne asintió.

—Cuéntamelas.

—Pensarás que me lo estoy inventando para obligarte a abandonar Italia.

—No, tus visiones son sagradas. Te las manda Dioniso.

Ella estudió su rostro durante un instante.

—De acuerdo. Voy a darte un hijo.

—¿Un hijo? —Espartaco esbozó una gran sonrisa—. ¡Eso es fantástico!

—Puede que no suceda —interpuso Ariadne con rapidez—. No hay nada certero sobre las visiones.

—Lo sé, lo sé, pero ¡un hijo! —Se inclinó hacia ella y le apretó la rodilla con cariño—. Serás una buena madre.

—Y tú un padre fuerte. —«¿Le hará esto cambiar de opinión?»

—Si lo que has visto es cierto, todavía hay más motivos para quedarse con los hombres —declaró Espartaco—. Imagínate que nos fuéramos ahora a Tracia y nuestro hijo se criara en un entorno seguro. ¿Qué opinión tendría de mí cuando descubriera lo que había hecho? Pensaría que soy un cobarde y con razón.

A Ariadne le sorprendió lo poco que le decepcionaron sus palabras. Se sentía ligeramente avergonzada por plantearse la mera posibilidad de marcharse, pero dominaba en ella el sentimiento de orgullo. Se sentía orgullosa de Espartaco. Era obvio que su elevada posición alimentaba su ego, pero no era este el principal motivo por el que deseaba quedarse, sino el bienestar de sus hombres. De todos modos, una pequeña parte de su ser seguía ansiando escapar.

—Nuestro hijo no pensaría eso si derrotaras a los romanos y abandonaras Italia con todo tu ejército.

—¡Qué buena idea! —exclamó Espartaco con una sonrisa—. Ahora lo único que debo hacer es convencer a Crixus y Castus, pero todo en su debido orden. Para que puedas darme un hijo, primero tenemos que hacerlo —dijo tomando la mano de Ariadne y ayudándola a levantarse—. Vamos a la cama, ¿vale?

Esta vez Ariadne no se resistió.

Carbo fue en busca de Espartaco al amanecer. Casi no había visto a su líder durante las semanas anteriores, aunque él también había estado muy ocupado. Cuando no estaba ayudando a Navio a entrenar a los hombres, estaba en la tienda disfrutando de la compañía de Chloris o en una misión en busca de comida. En su expedición más reciente, de la que él y sus compañeros habían regresado a última hora del día anterior, habían estado espiando la ciudad de Nola, a unos doce kilómetros al noreste del Vesubio. Como estaba lejos, les había pasado desapercibida antes, pero eran evidentes la riqueza de sus tierras y la ausencia de tropas romanas. Nola les ofrecía almacenes llenos de grano, vino, carne seca y otros alimentos, listos para llevar. Era un botín que no podían desperdiciar y Carbo ansiaba explicárselo a Espartaco.

Lo divisó caminando con paso resuelto hacia el antiguo cuartel general de Glabro, que había sido transformado en el centro de reunión de los líderes. Inconfundible

desde lejos con su brillante cota de malla y la *sica* colgando de un dorado cinturón militar romano, también lucía un impresionante casco frigio. Hasta las sandalias de piel estaban relucientes. Presentaba un aspecto magnífico, pensó Carbo con admiración.

—¿Qué quieres? —gruñó Espartaco.

Desconcertado, Carbo comenzó a explicarle lo de Nola.

—Cuéntamelo mientras andamos —ordenó Espartaco—. No puedo detenerme a escuchar.

Carbo tuvo que aligerar el paso para mantener su ritmo mientras avanzaban por la avenida principal del campamento.

Espartaco guardó silencio hasta que llegaron al cuartel general.

—Es una buena idea.

Carbo vislumbró las figuras de Crixus, Castus y Gannicus esperando. «No se les ve muy contentos.»

—¿Organizarás un asalto?

Espartaco clavó la vista en él y Carbo advirtió por primera vez las líneas de agotamiento que se dibujaban bajo sus ojos grises.

—Ya veremos. Dependerá de lo que pase ahora aquí.

—De acuerdo. —Carbo esperó a que le despachara.

Espartaco lo contempló un instante antes de soltar una risita.

—¿Por qué no te quedas conmigo? También es tu futuro el que va a decidirse aquí.

Carbo no entendía nada.

—Pronto descubrirás a lo que me refiero. Recuerda que debes mantener la boca cerrada y los oídos bien abiertos.

Carbo asintió.

Espartaco se acercó a los otros líderes, que también lucían sus mejores galas.

Carbo lo siguió unos pasos más atrás. «Debe de ser una reunión importante.»

—¿Qué demonios hace él aquí? —Crixus señaló a Carbo con uno de sus gruesos dedos—. Nadie te ha dado vela en este entierro.

Crixus jamás se había dirigido antes a Carbo, pero le había dedicado múltiples miradas furibundas que dejaban muy claro sus sentimientos hacia él. A Carbo le costó mantener una expresión neutral. «Bastardo arrogante.»

—Carbo acaba de darme buenas noticias sobre una ciudad llamada Nola que se encuentra al noreste —respondió Espartaco tranquilo—. La ha descubierto en una de las misiones en busca de comida. Es un botín demasiado bueno como para dejarlo pasar. Allí hay comida para alimentarnos durante semanas.

Gannicus sonrió al oír la noticia, pero Castus soltó un gruñido neutral y Crixus lo miró con desprecio.

—Menuda noticia.

—Es importante encontrar nuevas fuentes de alimento —observó Espartaco con voz queda.

—No hemos venido hoy a hablar de eso —espetó Crixus al tiempo que lanzaba otra mirada furiosa a Carbo—. Largo de aquí.

A Carbo le hubiera gustado enfrentarse a Crixus, pero se hubiera jugado la vida. Resentido, dio media vuelta para marcharse.

—Él se queda —replicó Espartaco con sequedad.

Encantado, Carbo se paró en seco.

—¿Por qué? —preguntó Crixus con tono amenazador.

—Tú has traído a algunos de tus hombres —respondió Espartaco señalando a una media docena de gladiadores que aguardaban cerca.

—Son de confianza —interpuso Crixus—, mientras que tu perrito faldero es un romano soplapollas.

Carbo enrojeció de rabia, pero Espartaco habló antes de que pudiera reaccionar.

—Desde que abandonamos el *ludus* Carbo ha demostrado su lealtad en multitud de ocasiones. Además, no olvides que fue él quien trajo a Navio. No me negarás que su instrucción ha mejorado de manera considerable nuestra capacidad de lucha.

—No hay ningún problema con Carbo —intervino Gannicus apaciguador—. ¿Verdad, Castus?

—Supongo que no —masculló Castus reticente.

—Haced lo que queráis —espetó Crixus con gesto huraño—. Eso tampoco va a cambiar mi decisión.

—¿Qué decisión? —preguntó Espartaco. «Como si no la supiera ya.»

—¡Atacar de nuevo el campamento de Varinio! Tender tantas emboscadas como podamos y acabar con ese hijo de puta lo antes posible.

—Castus, ¿tú irás con él?

—Me lo estoy pensando, sí.

«Cómo han cambiado las cosas. Hace unos meses no le hubieras dado ni agua.» Espartaco miró a Gannicus, que se acariciaba el bigote con aire pensativo.

—¿Y tú?

—No estoy seguro —respondió Gannicus incómodo.

«Justo lo que pensaba. Uno contra mí, otro seguramente contra mí y un indeciso.»

—¿Y tú sigues pensando en huir? —preguntó Crixus burlón.

«Si se hubiera comportado así en el *ludus*, jamás le habría pedido a este capullo que se uniera a nosotros —pensó Espartaco, obligándose a mantener la calma—. Crixus ha demostrado su valía en el campo de batalla y ahora los hombres están dispuestos a seguirle a donde sea, pero en la guerra no basta con ser valiente y, por lo que he podido ver, Crixus no tiene ni idea de estrategia.»

—Yo también quiero derrotar a Varinio —dijo Espartaco en voz alta—, pero no ahora.

—Tú quieres esperar y trasladarte a otro campamento.

—Sí.

—¿Y eso no es huir? —gritó Crixus.

Acto seguido el galo comenzó a soltar un discurso sobre cómo él y sus hombres arrasarían los alrededores y acabarían con Varinio y sus tropas cobardes, para lo cual no necesitaban a Espartaco ni a sus sibilinos amigos romanos. Castus pronto se unió al discurso, alentado por las voces de aprobación de los gladiadores galos, que los observaban de cerca. Gannicus los contempló con sus pequeños y brillantes ojos de buitre viejo.

Carbo empezó a sentir un gran abatimiento. A pesar de haber sido consciente de la rivalidad existente entre los líderes, no había pensado que fuera tan feroz. Para su gran sorpresa y decepción, Espartaco no dijo nada. Se limitó a escuchar.

Al final Crixus puso fin a su discurso.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato? —preguntó burlón a Espartaco.

Castus soltó una risita.

«Ya está —pensó Carbo—, aquí se acaba todo. Van a marcharse y el ejército quedará dividido. Así Varinio no tendrá problemas en aplastarnos.»

Curiosamente, Espartaco sonrió.

—Deja que te haga una pregunta, Crixus.

El galo frunció desdeñoso el labio superior.

—¿Qué?

—¿Cuántos legionarios crees que le quedan a Varinio?

—¿Cómo? ¿Qué más da?

—¿Cuántos? —insistió Espartaco.

—No lo sé —respondió Crixus encogiéndose de hombros—. ¿Tres mil? ¿Tres mil quinientos?

—Ayer se unió a nosotros un esclavo de un oficial de Varinio —comenzó a explicar Espartaco y advirtió complacido que Gannicus y Castus se pusieron rígidos. Hasta a Crixus le cambió la cara. «No lo sabías, ¿verdad?»—. Dispone de casi cuatro mil quinientos legionarios.

—Mil soldados más no suponen ninguna diferencia, ni mil quinientos tampoco —fanfarroneó Crixus—. Seguro que huirán tan rápido como el resto.

«Ha llegado el momento de tender la trampa.»

—Si te vas ahora, ¿cuántos hombres te seguirán?

—Unos mil ochocientos, más o menos —respondió orgulloso Crixus.

—¿Y a ti, Castus?

—Más o menos lo mismo.

—Ya sé que tú tienes unos dos mil hombres, Gannicus —dijo Espartaco y se volvió de nuevo hacia Crixus—. ¿Y cuántos están preparados para luchar contra los legionarios a campo abierto?

Crixus le lanzó una mirada rabiosa.

—Vamos, seguro que lo sabes. Todo buen general conoce la capacidad de sus tropas —insistió Espartaco.

—Menos de la mitad —masculló Crixus.

—A duras penas —comentó Espartaco con sequedad—. Y, si no me equivoco, lo mismo puede decirse de tus hombres, Castus.

Indignado, Castus no respondió.

Carbo volvió a animarse. «¡Espartaco es un genio!»

Espartaco miró primero a Crixus y después a Castus, pero no a Gannicus. «Fingiré que está de mi lado aunque no lo esté.»

—¿Así que pretendes enfrentarte a Varinio y a toda su legión con menos de dos mil hombres preparados para la lucha?

—¿Y qué pasa si es así? —replicó Crixus sonrojándose.

—Nada —respondió Espartaco con tono ligero. Carbo agachó la cabeza para ocultar una sonrisa. En el mejor de los casos, Espartaco había logrado que Crixus quedara como un fanfarrón, por no decir un idiota—. ¿Has pensado que Varinio podría atacar el campamento? —prosiguió Espartaco.

Crixus soltó una risotada confiada.

—Con todo lo que les hemos hecho ya, están demasiado cagados de miedo para intentarlo.

—Puede ser —reconoció Espartaco—, pero es posible que Varinio cambie de opinión cuando se entere de que más de seis mil hombres han abandonado el campamento conmigo y con Gannicus. —«Gran Jinete, ayúdame ahora. Te ruego que me escuches.»

—¿Gannicus? —bramó Crixus indignado—. Tú estás con nosotros, ¿no?

Gannicus se acarició el bigote antes de responder.

—No estoy muy seguro de que sea una buena idea dividir ahora al ejército —contestó con sequedad.

«Ha llegado el momento de la estocada final», pensó Espartaco exaltado.

—Imagínate a cuatro mil quinientos legionarios atacando el campamento. Primero usarán catapultas y balistas para ablandaros un poco antes del combate. ¿Crees que tus hombres podrán aguantar?

Crixus torció el gesto exasperado. Miró a Castus, que no parecía nada contento, y volvió a posar la vista en Espartaco.

—¡Yo no pienso huir!

—Nadie dice nada de huir. Yo tengo muy claro que sois muy valientes y, salvo

que sean sordos, tontos o ciegos, también lo tienen claro todos los hombres de este campamento.

Gannicus y Castus sonrieron ante sus palabras. Crixus seguía enojado, pero no interrumpió.

«Gracias Gran Jinete.»

—No olvidéis que yo también quiero derrotar a Varinio. Nuestros hombres son valientes, pero son esclavos, no soldados. Hasta el más novato de los legionarios les da mil vueltas. Hasta ahora hemos vencido gracias al factor sorpresa, pero Varinio no es tonto y no volverá a caer en la misma trampa. Esto no significa que no podamos derrotarle, pero necesitamos más tiempo para entrenar a los hombres, y más armas o más hierro para los herreros. Y más comida. Ya sabéis que quedan pocas provisiones —advirtió Espartaco—. Si no deseamos que Varinio acabe con nosotros y no queremos morir de hambre, debemos actuar.

Gannicus fue el primero en hablar.

—¿Qué propones?

—Demos el esquinazo a Varinio y dirijámonos al sur, donde hace más calor. Allí encontraremos un lugar seguro y comida suficiente.

—Necesitamos vino y mujeres.

—Los tendremos —aceptó Espartaco, consciente de que era una realidad que debía aceptar—. Durante el invierno entrenaremos y nos prepararemos para la batalla. En primavera, localizaremos a Varinio y sus hombres y los mataremos —dijo Espartaco y lanzó una mirada fugaz a Gannicus.

—¡Cuenta conmigo!

Castus no dijo nada, pero miró a Crixus, que se mordisqueaba una uña.

—¿Me das tu palabra de que mataremos a Varinio? —preguntó Crixus.

—Sí.

—De acuerdo. Me quedaré hasta entonces —aceptó Crixus a regañadientes.

—¿Castus? —inquirió Espartaco.

—Yo también, pero más vale que haya muchas mujeres.

«¿Solo piensas con la polla?», se preguntó Espartaco.

—Seguro que las habrá —confirmó en voz alta.

Los líderes se agarraron de los brazos para sellar el acuerdo. Observándoles, Carbo sonrió de oreja a oreja.

Espartaco se permitió esbozar una breve sonrisa. La cosa había ido mejor de lo que esperaba. El ejército permanecería unido por el momento.

Pero, tarde o temprano, acabaría dividiéndose. Era inevitable.

Al caer la noche, Carbo y Chloris se retiraron a su tienda como de costumbre. La atracción física que sentían el uno por el otro no se había atenuado. Carbo ignoraba si

Chloris fingía su deseo, pero él no lo fingía en absoluto. Nunca se cansaba de su cuerpo y, después, pasaban horas charlando. Estar tumbados bajo una gruesa capa de mantas con los cuerpos entrelazados era un bálsamo para Carbo. Chloris le había ayudado a perder el miedo a conversar. Desde que pasó la viruela, había perdido la confianza en sí mismo y no se atrevía nunca a hablar con chicas, mientras que ahora era imposible hacerle callar. Deseaba contarle todo a Chloris, lo que había sucedido con su familia y la implicación de Craso, así como que llevaba meses sin ver a Paccius o a sus padres. Al mencionar a sus padres, advirtió una expresión de dolor en los ojos oscuros de Chloris y se sintió culpable.

—Lo siento. Al menos yo tengo alguna posibilidad de volver a verlos algún día, mientras que tu padre y tu madre…

—Están muertos, sí, y nada puede hacerse al respecto.

—Pero seguro que deseas regresar a Grecia para encontrar a tu hermano pequeño.

Chloris ignoró la pregunta.

—Me gusta escucharte hablar. Tienes una voz agradable —dijo al tiempo que repasaba con un dedo los rasgos de su cara.

Muy consciente de las marcas que perforaban sus mejillas, Carbo apartó la cara.

—Eres muy guapo —susurró ella mientras le giraba la cara para que la mirara de nuevo.

Carbo seguía sin atreverse a mirarla a los ojos.

—La primera vez que te vi desnudo en el *ludus* pensé: «es guapo y con buen cuerpo». —Chloris bajó la mano hasta su miembro y soltó una risita—. Pero esta es la mejor parte.

El tacto de sus dedos le excitó, pero Carbo seguía sin estar convencido del todo.

—¿Y qué hay de mis cicatrices?

—Te imprimen carácter —respondió Chloris mientras le cubría las mejillas de besos—. Son parte de ti, y tú eres un hombre bueno.

Chloris le estaba ocultando algo, pensó Carbo, pero cuando se deslizó encima de él, perdió toda capacidad de pensar.

Pasaron tres semanas y Espartaco guardó el enfrentamiento con los galos en un pequeño recoveco de su mente, aunque el recuerdo le asaltaba de vez en cuando, como el hedor de las cloacas. De todos modos, las cosas estaban yendo bien en general. Ya habían logrado engañar a Varinio una vez, la noche en que abandonaron el campamento de Glabro. Espartaco había insistido en planificar la maniobra con gran meticulosidad y mandó a varias patrullas de reconocimiento a última hora de la tarde para comprobar que no había legionarios espiando el campamento. Más tarde, bajo el manto de la oscuridad, los centinelas de la entrada fueron sustituidos por unos cadáveres vestidos con cota de malla y armados con espadas dobladas o inutilizadas

y, a la luz de docenas de hogueras, desmontaron y empaquetaron hasta la última tienda, que cargaron junto con todo el equipo pesado —como los yunques de Pulcro — sobre cientos de mulas. Una hora antes de la medianoche, todos los hombres, mujeres y niños del campamento huyeron hacia el este, hacia los impresionantes montes Picentinos.

Todos menos Carbo, que permaneció en el campamento armado con una trompeta confiscada a los romanos. El joven se había ofrecido como voluntario para la peligrosa misión. Había insistido tanto que, viendo la determinación en sus ojos, Espartaco se la encomendó. Su labor consistía en permanecer despierto durante toda la noche atento a cualquier movimiento enemigo y, de madrugada, debía tocar diana —como mofa de la manera en que se despertaban los soldados romanos— y esperar a ver qué sucedía.

Espartaco sonrió ante el recuerdo del relato de Carbo. Había sido una inyección de moral para todos saber que, cuando Varinio se percató de que el campamento rebelde estaba más tranquilo de lo habitual a las dos horas de haber sonado la trompeta, no se atrevió a enviar una patrulla para investigar, sino que mandó a una unidad de caballería que acababa de incorporarse a la legión a lo alto de una colina cercana para que observaran el campamento desde la altura. Desconcertado ante la desaparición de los esclavos, Varinio condujo sus tropas al noroeste. Por lo tanto, en lugar de tener que escabullirse del campamento sin ser visto, Carbo pudo seguir con toda tranquilidad a las huestes de esclavos hasta darles alcance. Satisfecho con el resultado, Espartaco convocó una reunión general para esa misma noche.

—¡Esos capullos nos tienen ahora mucho respeto! —gritó ante los miles de esclavos que se habían congregado para oírle hablar—. ¡Están tan asustados que ni siquiera se atreven a seguirnos!

En medio de los vítores de respuesta, no le sorprendió que Crixus le plantara cara de nuevo.

—Si esos pedazos de mierda nos tienen tanto miedo, ¿por qué demonios no vamos tras ellos? —gruñó.

—Que Varinio nos tema es positivo —replicó Espartaco contundente—, pero eso no significa que podamos vencerle en una batalla a campo abierto. Además de tener legionarios, cuenta con cuatrocientos jinetes y nosotros no tenemos ninguno. ¡Ninguno! Imaginaos lo que nos pasaría si nos atacaran por la retaguardia en el fragor de la batalla. ¿Habéis visto alguna vez lo que sucede cuando la caballería carga sobre un enemigo desprevenido?

Crixus miró a Espartaco con el ceño fruncido. Todos los presentes sabían que solo él había presenciado algo así, por lo que Espartaco logró su propósito de acallar al galo con el comentario.

—¡Lo hacen trizas! Es como una ráfaga de aire que se lleva por delante un

montón de hojas y las esparce a los cuatro vientos. Perderíamos la batalla de inmediato.

Nadie contradijo a Espartaco y se quedó contento. Era consciente de que la táctica que acababa de usar no le funcionaría siempre, pero al menos su terrible predicción le ayudaría a mantener a las tropas a salvo durante un tiempo, pues él sabía que la caballería de Varinio nada tenía que hacer en las empinadas laderas de la montaña.

Varinio se había refugiado en la ciudad de Cumae, a unos treinta kilómetros del Vesubio, lo cual había permitido a los rebeldes llegar sin percance hasta los montes Picentinos, donde montaron un campamento temporal para pasar varias noches. Entretanto, Carbo guio a quinientos hombres de Gannicus a la ciudad de Nola, de donde regresaron triunfantes. Al llegar al campamento fueron aclamados por todos. Llevaban cereales suficientes para alimentarse durante dos semanas y ropa de abrigo y calzado. Otro asalto a la ciudad de Nuceria reportó un botín similar y Carbo se sintió eufórico ante el éxito conseguido. Era sorprendente, pensó, que cada vez le inquietara menos el camino que había elegido. Sin embargo, la idea de convertirse en abogado se le antojaba más ridícula que nunca. La vida con Espartaco era peligrosa, pero ahora Carbo tenía autoridad y el respeto de sus compañeros, además de otra cosa no menos importante: Chloris.

Con provisiones suficientes para un mes aproximadamente, el ejército se dirigió al sur, guiado por esclavos que antes habían trabajado en la zona como pastores. Avanzaron por terrenos elevados, porque era mejor enfrentarse a las inclemencias del duro clima otoñal que a las tropas romanas. Aparte de los habitantes de un pequeño asentamiento de granjeros en Abella, a los que habían sorprendido trabajando en el campo, la única compañía que tuvieron durante el camino fue la de los animales salvajes de las montañas boscosas. Las águilas y los buitres contemplaban la columna de esclavos con altivo desdén desde el cielo; pequeños pájaros piaban enojados a los invasores desde la seguridad de los árboles y los lobos aullaban al caer la noche, todo lo cual reforzaba la sensación de aislamiento y libertad. Los ciervos y los jabalíes permanecían ocultos, solo sus huellas daban fe de su existencia. También habitaban la zona osos y linces, pero solo eran avistados de vez en cuando por las patrullas de reconocimiento.

Espartaco se sintió afortunado al divisar un lince. Era un magnífico ejemplar macho que no se movió al ser descubierto, sino que miró fijamente al tracio unos instantes con sus amarillos ojos almendrados. Si no hubiera sido porque el viento mecía el fino penacho de pelaje de las orejas, Espartaco habría jurado que se trataba de una estatua esculpida por un genio o un dios. Al cabo de un rato, desapareció entre la maleza.

«Así debemos ser nosotros para los romanos —pensó Espartaco—. No deben saber de nuestra existencia hasta que decidamos revelarnos.»

Dos días antes habían cruzado el río Silarus por un pequeño vado, en vez de usar el puente de la Vía Annia, la principal ruta del sur hacia Regio. Dado que la Vía Annia se hallaba cerca de una carretera adoquinada con mucho tráfico, Espartaco ordenó a los dos escitas que se adelantaran a vigilarla de día y de noche. Cuando llegó el resto del ejército, ya llevaban casi una semana allí y no habían visto ni rastro del enemigo. Espartaco convocó una reunión con los otros líderes y por vez primera tomaron una decisión unánime: viajarían por la Vía Annia. Avanzando a paso más rápido que antes, atravesaron la larga y estrecha llanura de Campus Atina, un valle fértil a la vera del río Tanager. Durante la marcha, liberaron, capturaron o mataron a las personas que se cruzaron en su camino, así como a los ocupantes de los grandes latifundios que flanqueaban ambos lados de la ruta. Los habitantes de Forum Annii, la población a la que se dirigían, no podían estar al tanto de su presencia.

«Hasta que entremos en sus casas, vaciemos las despensas, liberemos a los esclavos y les matemos.»

Espartaco pensaba que había dejado todo eso atrás para siempre cuando abandonó el ejército romano, pero no pudo ser. El destino impidió que así fuera cuando Kotys decidió jugársela y Phortis le llevó a Italia, al *ludus* de Capua. Después un dios le mandó el sueño de la serpiente. ¿Qué podía hacer si semejante oportunidad llamaba a su puerta? De todos modos, no era una situación fácil.

Espartaco miró a su alrededor y vio a cientos, si no miles, de figuras espectrales. Todos los que podían llevar un arma la llevaban, incluso había algunas mujeres armadas. Espartaco podía percibir el hambre de los esclavos, podía palparla. Las miradas perdidas, las manos aferrándose a las armas y el murmullo constante le recordaron emboscadas similares en las que había participado en Tracia hacía mucho tiempo, en otra vida. Los hombres parecían lobos hambrientos a punto de abalanzarse sobre un inocente rebaño de ovejas, pero sus presas no serían animales, sino seres humanos.

Espartaco contempló con aire sombrío la vacía Vía Annia que se extendía ante su vista, cubierta por finas volutas de neblina matinal. El camino atravesaba unos campos recién labrados hasta desembocar en el conglomerado de tejados rojos de Forum Annii, a unos cuatrocientos metros de distancia. Observó las columnas de humo de las hogueras que habían permanecido encendidas durante la noche. Escuchó el canto petulante de los gallos rivalizando entre sí y los feroces ladridos de unos perros que sabían que jamás se verían obligados a materializar las amenazas contra sus compañeros de raza. No había nadie en los campos ni en las calles. No se oía ni una voz. Todo estaba increíblemente tranquilo en Forum Annii. Era un pueblo apacible, incluso hermoso. Muy parecido al pueblo de Tracia que antaño había considerado su hogar.

Apretó la mandíbula. «Pronto cambiará todo.»

Al amanecer Espartaco se había reunido con el resto de los líderes para convencerles de la necesidad de limitar las violaciones y los asesinatos durante el asalto, pero sus palabras habían caído en oídos sordos.

—Mis hombres llevan tres malditas semanas de marcha —protestó Crixus—. Han aguantado el frío, la humedad y las condiciones pésimas. Solo han comido gachas y pan calentado al fuego. Y ahora que llegamos a un lugar indefenso sin un solo legionario en setenta kilómetros a la redonda, mis chicos quieren carne y vino; quieren camas y mujeres para follar. Y todo eso lo tienen allí abajo, en Forum Annii, y no seré yo quien les niegue el placer de disfrutarlo. Nadie se lo va a negar —insistió con una sonrisa desafiante.

Castus había dado saltos de alegría ante la perspectiva de un saqueo descontrolado, y hasta Gannicus parecía ilusionado.

«He tenido que morderme la lengua o el ejército se hubiera escindido en ese mismo instante —pensó Espartaco y cerró los ojos—. Que los dioses se apiaden de la población de Forum Annii y le concedan una muerte fácil.»

Sabía que sus ruegos eran en vano.

El infierno estaba a punto de desatarse sobre Forum Annii.

17

Carbo se despertó nervioso mucho antes del amanecer. El asalto sobre Nola había sido un éxito sin precedentes que les había reportado una gran cantidad de ropa y comida; la incursión de Nuceria había arrojado un resultado similar y no cabía duda alguna de que lo mismo sucedería en Forum Annii. Antes de revisar las armas, bebió agua y engulló un poco de pan del día anterior untado con miel. A esas alturas, comprobar que la hoja de la espada estuviera afilada, que las puntas de los *pila* estuvieran fijas y que la cinta de la barbilla que sujetaba el casco de bronce estuviera en posición se había convertido en un acto reflejo. Navio estaba haciendo lo mismo delante de la tienda contigua.

Carbo sintió la primera punzada de inquietud cuando oyó por azar a un grupo de antiguos esclavos de una granja que se jactaban sobre quién mataría a más ciudadanos en Forum Annii. Cuando les amonestó por sus palabras, se le rieron en la cara. Al contárselo a Navio, este respondió con un simple encogimiento de hombros.

—Eso es lo que ocurre cuando se asalta una ciudad. Siempre ha pasado y siempre pasará, lo cual no significa que debas participar en ello, pero tampoco puedes evitarlo. Son cosas que suceden en la guerra.

«La guerra», repitió para sí Carbo con inquietud, por extraño que sonara, en eso parecía haberse convertido la rebelión de Espartaco. «Es inevitable que se derrame sangre inocente.» Carbo se alegró de que Chloris se quedara en el campamento.

Hubiera preferido entrar en la ciudad junto con Espartaco, pero no iba a ser así. Durante la marcha al sur, Navio y él habían sido asignados a unas nuevas cohortes: Navio al mando de una de ellas, como era natural, y Carbo como segundo oficial de la cohorte de Egbeo, un hombre que acataba las órdenes de Espartaco y no autorizaría una matanza indiscriminada.

En su inocencia, Carbo había dado por supuesto que todos seguirían esa orden, pero la fanfarronería de los esclavos le había dejado claro que no sería así. Mientras acudía a ocupar su puesto, oyó otras amenazas similares. Le resultaba difícil aceptar que algunos esclavos sintieran un odio tan profundo por sus antiguos amos, o por los romanos en general. ¿Era eso lo que sentía Paccius? Seguro que no. ¿Y el resto de los esclavos de la casa de sus padres a los que había conocido desde niño? Carbo se negaba a creer que albergaran tal aversión hacia su padre, que, pese a sus defectos, no era un amo cruel. Chloris, por su parte, parecía haber aceptado su suerte con serenidad.

A pesar de todo, si era sincero consigo mismo, no era difícil comprender por qué algunos esclavos estaban tan resentidos. Pensó en los esclavos que habían pertenecido a algunos de sus antiguos amigos en Capua. La vida para ellos había sido distinta que la de sus esclavos: las palizas eran una constante diaria, las violaciones

eran habituales y, si se consideraba que un esclavo había robado o cometido un delito grave, era torturado. Carbo también había visto a más de un hombre con la letra «F» de *fugitivus* grabada a fuego en la frente, el castigo reservado para los que eran capturados tras intentar huir, y aunque las ejecuciones no eran muy frecuentes, también se producían.

«Si mi vida hubiera estado sujeta a semejantes reglas, ¿cómo me sentiría si de pronto se volvieran las tornas?»

Carbo notó un nudo incómodo en el estómago. Solo había una respuesta a la pregunta, pero se negaba a admitirla. Para algunos, la vida de esclavo había sido un infierno y querían aprovechar cualquier oportunidad que se les brindara para vengarse. A Carbo se le helaba la sangre cuando pensaba en lo que iba a suceder en Forum Annii. Aunque no quisiera participar en el asalto, debía hacerlo. Para bien o para mal, era un hombre de Espartaco, tanto si luchaban contra una legión como si estaban a punto de saquear una ciudad.

—¡En marcha! —ordenó Espartaco en voz baja—. No os separéis. Debemos mantener un frente unido mientras avanzamos.

Carbo se pasó la lengua por los labios secos.

—Ya lo habéis oído —dijo entre dientes a los hombres de su lado—. En marcha, a paso lento.

Iniciaron la marcha y miles de hombres fueron surgiendo de detrás de los árboles, armados con lanzas, espadas y estacas afiladas. Espartaco también distinguió guadañas y algún azadón, y hasta un martillo de herrero. ¿Era Pulcro? No estaba seguro. Las volutas de neblina ocultaban el rostro de los esclavos, que caminaban en formación siguiendo las órdenes de sus líderes. «Por ahora se mantiene la disciplina, que siga así.»

Pero sus esperanzas resultaron en vano.

Cuando apenas habían avanzado un centenar de pasos, un puñado de galos de Crixus abandonó sus posiciones y levantó las armas, preparados para cargar contra Forum Annii como una manada de lobos hambrientos.

«Malditos sean», pensó Espartaco y levantó la mano para frenar a sus hombres.

—Tranquilos, tranquilos. Dejad que esos necios se adelanten.

No obstante, Crixus ya trotaba en pos de sus hombres riendo como un loco.

Lo que sucedió a continuación fue como si se retirara de repente la presa de broza que hubiera bloqueado un río durante todo el invierno. Casi todo el ejército se lanzó a correr como un enjambre furioso por los campos arados vociferando gritos y alaridos en una cacofonía ensordecedora que helaba la sangre. Solo los hombres de Espartaco, Navio y Egbeo mantuvieron sus posiciones.

El factor sorpresa carecía de importancia en este caso, pero Espartaco frunció el ceño ante la falta de disciplina de los hombres. De todos modos, como no quería

perderse la acción y se imaginaba que podía haber mucho dinero en algunas casas y hasta cartas de Roma en los despachos de los políticos locales, decidió no esperar más.

—¡Tras ellos! —bramó—. ¡No queremos ser los últimos en llegar a la fiesta!

Esa era toda la autorización que precisaba el resto de los esclavos, que se lanzó a la carga con un gran rugido inarticulado.

Al cabo de un cuarto de hora, Carbo cejó en su empeño de controlar a las tropas, era como tratar de llamar al orden a una jauría de perros después de atrapar a una liebre. No le harían caso hasta que la presa hubiera muerto. Perdió la cuenta del número de veces que chilló a sus hombres para que no amputaran la extremidad de algún anciano ni arrancaran la ropa de las mujeres que empujaban al suelo. Las pocas veces que le oyeron, levantaron la mirada sorprendidos y Carbo estaba seguro de que volverían a la carga en cuanto les diera la espalda.

Forum Annii se había transformado en una imagen viviente del Hades. Las calles estaban llenas de hombres que reían enloquecidos con la espada ensangrentada, de cuerpos mutilados y de mujeres y niños chillando. También vio a los amos de algunas casas que, pese a ir armados, eran aniquilados sin miramientos. Varias viviendas eran pasto de las llamas y el tejado de una de ellas se derrumbó. El aire era asfixiante, destilaba un fuerte olor a quemado y un penetrante hedor a sangre y mierda. Carbo no sabía qué hacer. Llevado por un impulso, golpeó y dejó sin sentido a uno de sus hombres para impedir que asesinara a una niña de apenas diez años, pero sus amigos se volvieron hacia él blandiendo las armas con gesto amenazador. Viendo que su vida corría peligro, Carbo soltó el escudo y se llevó a la niña. No era ese el mejor momento para tratar de imponer su autoridad. Si al menos podía salvar la vida de una niña, ya sería algo.

En cuanto se hubieron alejado una cincuentena de pasos, la atención de los esclavos se desvió hacia otro lado y Carbo se dirigió a su acompañante, una niña delicada que lucía una túnica refinada.

—¿Dónde hay un lugar seguro para esconderse? —preguntó.

Ella le clavó la mirada, los ojos negros de terror.

Carbo suavizó su expresión.

—No voy a matarte.

—¡M-m-adre! —sollozó.

Carbo se giró y vio a unos veinte pasos a una mujer echada en el suelo. Varios hombres la mantenían inmovilizada pisándole las manos y los brazos en cruz mientras un gladiador sudoroso la violaba, alentado por más de una docena de esclavos que bebían de un ánfora rota mientras aguardaban su turno. «¡Por todos los dioses!»

—No mires —ordenó Carbo—. Nadie te va a hacer daño, te lo juro.

La niña rompió a llorar y Carbo se agachó para estar a su altura.

—Intenta tranquilizarte —dijo con suavidad—. ¿Dónde puedo esconderte? ¿Dónde puedes estar segura? ¿Hay un templo cerca?

La niña señaló un extremo de la calle.

—¿De qué Dios es?

—Júpiter.

«No servirá. Júpiter es el símbolo de Roma por antonomasia. Ningún esclavo lo respetará.»

Carbo tuvo un momento de inspiración.

—¿Y Dioniso? ¿Conoces a algún esclavo que lo venere?

Ella lo miró sorprendida antes de asentir.

—Padre deja que los esclavos veneren a Baco. Dice que les da esperanzas, un motivo para vivir.

—Es un hombre sabio. Vamos, rápido. Llévame hasta allí.

La niña dejó atrás el degradante final de su madre y caminó calle arriba con paso tambaleante. Carbo la siguió con la espada desenvainada y amenazaba a quienquiera que se acercase con cortarle los huevos y dárselos a los cerdos de una pocilga colindante. Con tanto botín fácil donde escoger, los que se aproximaron se contentaron con proferir cuatro obscenidades sobre la niña y les dejaron pasar sin mayor problema. La niña avanzó sin titubear. Por el camino vieron dos caballos linchados, ropa por el suelo, vasijas de barro rotas y un sinfín de cuerpos sin vida. Por fin llegaron a una casa en el linde de la ciudad. Carbo revisó la zona y sintió un gran alivio al ver que no había ningún esclavo ni gladiador a la vista; lo más probable era que hubieran pasado de largo en dirección al centro.

—¿Es esta tu casa?

—Sí.

Como muchas viviendas romanas, era un edificio rectangular con paredes altas sin aberturas, salvo por algún ventanuco de cristal. La única entrada visible eran dos grandes puertas de madera en una pared lateral que daba a la calle. Una estaba abierta, lo cual era inusual. Oyeron voces y risas procedentes del interior.

«¡Por todos los dioses! Eso cabrones siguen aquí.» Carbo se detuvo y se llevó el dedo a los labios.

—¿Atacaron la casa y tu madre huyó contigo? —preguntó en un susurro.

La niña asintió llorosa.

—¿Y tu padre?

—S-se quedó con mi hermano para que mi madre y yo pudiéramos escapar —murmuró sin mirarlo.

«Seguro que están muertos y ella se lo imagina. Si entramos, correremos la

misma suerte.» A Carbo le hervía la sangre por dentro. «Ten fe en Dioniso. Ariadne es su servidora y Espartaco ha sido bendecido por él. Nadie nos hará daño en su presencia.»

—¿Dónde está el altar?

—En el patio trasero. Da al campo.

—¿Se puede llegar hasta allí sin entrar en la casa?

—Sí, hay una pequeña verja en el muro del jardín. Nunca está cerrada. Así es como entraron —explicó con el rostro contraído por el dolor.

—No lo pienses más. Llévame hasta allí.

La niña se enjugó las lágrimas y caminó rápido hasta el final de la calle. Carbo la siguió y echó un vistazo a la casa. Solo vio el vestíbulo, pero el jolgorio que se oía significaba que al menos había dos esclavos dentro. «Ya veremos cómo te las apañas llegado el momento, pero lo primero es poner a la niña a salvo.»

Rodearon la casa, dejaron la calzada atrás y pisaron la tierra recién arada del campo. Carbo divisó la hilera de árboles tras la que se había escondido el ejército hacía poco y vislumbró unas cuantas figuras moviéndose, unos rezagados sin duda. Aunque estaban lo bastante lejos como para no ver a la niña, Carbo se sintió aliviado cuando vio la verja. También estaba entreabierta. La niña se volvió hacia él con expresión aterrorizada.

—No te muevas, entraré yo primero.

Carbo respiró hondo y fue de puntillas hasta la puerta. Echó un vistazo a su alrededor; no había nadie a la vista. Vio un gran huerto romano al estilo tradicional, con la mitad del terreno ocupado por viñas, limoneros, higueras y manzanos; el resto estaba dedicado a hortalizas y hierbas aromáticas. Una pared de ladrillo rojo rodeaba el huerto por tres cantos. El muro posterior de la casa era el cuarto lado, donde una puertecilla daba acceso al jardín, pero por fortuna estaba cerrada.

Carbo vio una construcción que parecía una caseta para las herramientas y un pozo, pero ningún altar.

—¿Dónde está?

—No se ve desde aquí, está en la pared —respondió la niña dando unos golpecitos a la pared de ladrillo.

Carbo comprendió a lo que se refería y se dispuso a entrar. La zona dedicada a Dioniso saltaba a la vista: dos filas de columnas sobresalían una docena de pasos del muro. Los pilares estaban cubiertos por un techo bajo de madera. Aunque no pudiera compararse ni con el más pequeño de los templos romanos, no cabía duda de que se trataba de un lugar de culto. El suelo, mal pavimentado con varias losas, estaba cubierto por múltiples ofrendas, desde docenas de pequeñas lámparas de aceite hasta figurillas de Dioniso y sus ménades, pasando por jarras de vino, montoncitos de aceitunas y espigas de trigo. También había varias monedas de bronce y hasta algún

denarius de plata.

Al aproximarse al altar vio las imágenes que veneraban aquellos que habían dejado las ofrendas. La zona del muro que estaba protegida por la techumbre había sido enyesada y encima se habían pintado tres grandes paneles rodeados de hiedra, uno de los emblemas de Dioniso. El panel izquierdo mostraba una bucólica escena de la vendimia con unos jornaleros recolectando la uva y metiéndola en cestos, mientras otros llevaban la fruta morada a una figura que yacía en segundo plano sobre un diván y era abanicada con ramas de parra. El joven Dioniso estaba desnudo y sostenía el típico cántaro empleado en los rituales. De forma instintiva, Carbo inclinó la cabeza. «Tú que eres grande, Dioniso, solicito tu protección para ambos.»

En el panel central Dioniso estaba representado con barba y como un hombre de mayor edad. Lucía una túnica griega y la piel de un fauno encima de los hombros. A su alrededor había varias mujeres, algunas lisonjeándole, otras bailando extasiadas y otras copulando con hombres en el suelo. Pero al llegar al tercer y último panel, a Carbo no le gustó lo que vio: Dioniso aparecía de nuevo como un hombre joven vestido en paños menores que descendía al infierno para estrechar la mano de Hades. «¿Es eso lo que has hecho hoy? ¿Un pacto con Hades? Porque eso es lo que parece.»

Carbo apretó la mandíbula. Fueran cuales fueran las intenciones de Dioniso, al menos la niña estaría segura allí. Dio media vuelta y la encontró mirándole fijamente.

—Pensaba que solo los esclavos y las mujeres veneraban a Baco, o los extranjeros.

—La esposa de mi líder es sacerdotisa de Dioniso y he aprendido a respetarle y venerarle.

—Tú eres romano —dijo en tono acusador—. ¿Qué haces con estos esclavos asesinos?

—No es asunto tuyo —espetó mientras señalaba una puerta—. Esa puerta de ahí, ¿puede cerrarse desde aquí?

—No, solo desde la cocina.

«¡Maldición!» Pero si se quedaba con la niña, no podría rescatar a otros niños.

—Quédate bajo el techo del altar. Nadie se molestará en salir al jardín y, si alguien sale, no te verán —mintió.

—¿Vas a dejarme sola? —La niña rompió a llorar de nuevo.

—Tengo que irme —murmuró Carbo incómodo. En un esfuerzo por tranquilizarla añadió—: Voy a echar un vistazo a la casa y verificar que aquí estás segura. —«¿Segura?»

Sus palabras no surtieron el efecto deseado, pero Carbo ya no sabía qué más decir o hacer. Espada en mano, se dirigió a la pequeña puerta de madera. Puso la oreja y escuchó. Las voces eran audibles, pero difusas. Carbo esperó a contar cincuenta latidos de su corazón antes de entrar. El nivel de ruido no varió. «Bueno. Al menos no

hay nadie en la cocina.» Volvió a poner la oreja. Nada. Con un nudo en el estómago, abrió la puerta y miró dentro. La cocina había sido saqueada a fondo. Había vasijas rotas por todas partes y habían arrancado las puertas de los armarios. Había varias bolsas de harina rasgadas y ristras de cebollas y ramilletes de hierbas aromáticas por el suelo. Un espeso charco amarillo de aceite rodeaba un ánfora hecha añicos. No parecía haber nadie cerca. Carbo se aventuró unos pasos más hasta que vio un charco de inconfundible color bermellón y se puso rígido. Avanzó de puntillas y encontró a un anciano echado en el suelo de la cocina. El esclavo —o eso parecía— estaba casi decapitado, con la cabeza inclinada en un ángulo extraño y antinatural. Carbo jamás había visto un charco de sangre tan grande. «Debe de haberse desangrado.»

De pronto oyó el alarido de una mujer y se quedó clavado en el sitio. Le siguió otro grito desesperado, también femenino, y varias risotadas masculinas.

—¿Por qué no nos las follamos en el patio? —rugió una voz.

—Buena idea —dijo la segunda voz.

—Yo iré primero —añadió una tercera voz con tono autoritario—. No pienso follármelas después de vosotros. Seguro que pillaría algo y se me caería la polla.

Sonaron unas risitas nerviosas, pero nadie le contradijo.

«¡Es Crixus! ¿Qué hace aquí?» Carbo se volvió de nuevo hacia la puerta con paso sigiloso. Cuando casi había llegado, la primera mujer volvió a chillar.

—¡No! ¡Por favor! ¡No!

«¿Chloris? Por todos los dioses, ¿cómo es posible? ¿Por qué?» El horror lo paralizó. Chloris volvió a suplicar y Carbo no tuvo duda alguna de que era ella. «Por todos los dioses, ¿qué hago? Si salgo ahí fuera, Crixus me matará.» Pero si no hacía nada, le atormentaría la vergüenza para siempre.

Apretó los dientes y dio media vuelta otra vez. No era posible rodear al anciano sin pisar su sangre. Carbo dudó un instante y decidió mojar los dedos de su mano izquierda en el líquido pegajoso y untarse la cara con él. Si pretendía encararse a Crixus sin sucumbir en el intento, debía aparentar que había matado a media ciudad con sus propias manos.

Aferrándose con fuerza a la espada, entró en el patio, que, al igual que el jardín, estaba lleno de árboles frutales, pero también había una fuente, unos arbustos y unas estatuas griegas de los dioses. Le recordó al patio de su casa. A través de las plantas, a una veintena de pasos, vislumbró a Crixus y a otros dos hombres con el cabello largo. A sus pies pudo ver el tronco inferior de dos mujeres desnudas. Chloris y otra joven. El musculoso trío estaba vestido con cotas de malla y sostenía sendas espadas ensangrentadas. Todos eran galos. «Crixus solo se rodea de los de su raza.» Carbo notó que le abandonaba el valor. Así debió de sentirse Yolao, el sobrino de Hércules, cuando le ordenaron que se enfrentara a la Hidra. «¿Qué puedo hacer? Amenazarles no servirá de nada.» Mientras se devanaba los sesos en busca de una solución, se

precipitaron los acontecimientos.

—¡Tenemos compañía! —alertó uno de los amigos de Crixus y adoptó la posición de combate.

Los otros dos dieron media vuelta airados.

—No os preocupéis, soy uno de los vuestros —dijo Carbo esforzándose por adoptar un andar resuelto.

—¿Pretendes distraerme en plena faena? —gritó Crixus con el ceño fruncido, pero adoptó de inmediato un tono burlón—. Pero mira quién es, el pequeño lameculos romano de Espartaco. Al menos veo que has matado a alguien. ¿Qué haces husmeando por aquí?

—Buscando cosas de valor, como todos —mintió Carbo.

—Pues aquí no vas a encontrar ni una mierda. Los ahorros de la familia son nuestros, estaban bajo una losa en el atrio —dijo mientras señalaba con la cabeza a las dos mujeres—. Y estas dos zorritas se habían escondido en el armario de uno de los dormitorios. Son un regalo de los dioses, ¡qué nos han reservado lo mejor para el final! —exclamó frotándose la entrepierna.

Sus hombres rieron a carcajadas.

Carbo dio un paso adelante como si deseara comprobar su belleza. «¿Realmente es Chloris?» Horrorizado, se le encogió el corazón. Era ella. Su delicado rostro y el hoyuelo de la mejilla izquierda —ambos bañados en lágrimas— eran inconfundibles, al igual que sus cicatrices. Cuando vio la cara ensangrentada de Carbo, Chloris gritó.

—No le gustas —rio Crixus con maldad—, pero como me pillas de buen humor, dejaré que te la trajines cuando nosotros hayamos acabado. ¿Qué te parece?

—Bien, gracias —respondió Carbo, que de pronto fingió un grito de sorpresa—. ¡Por todos los dioses! —exclamó dando un puntapié a la sandalia de Chloris—. ¿Eres tú, Chloris?

Como no respondió, Carbo le propinó una patada más fuerte.

—¡Responde!

—S-sí —contestó, pero sus ojos aterrados no parecieron reconocerle.

—¡Es ella! —confirmó con una amplia sonrisa—. ¡Qué coincidencia!

Crixus frunció el ceño.

—Esa puta no hacía más que decir que era de los nuestros, pero pensaba que mentía.

Carbo replicó antes de que el miedo le obligara a tragarse las palabras para siempre.

—No mentía. Chloris es mía, me pertenece —dijo Carbo y vio con el rabillo del ojo que esta le alargaba una mano suplicante—. La muy tonta debe de habernos seguido hasta la ciudad. Deja que me la lleve. Te buscaré a otra mujer que la reemplace o dos, ¡y más guapas!

Crixus agarró la empuñadura del *gladius* con fuerza y blandió el arma amenazante ante la cara de Carbo, que se vio obligado a dar un paso atrás.

—¡Serás sinvergüenza! ¿Crees que voy a dejar que te lleves este coñito? ¡Me importa una mierda si es tuya o no!

Carbo se sonrojó.

—Yo…

—¡Largo de aquí! —Crixus miró a Chloris—. Así que eres suya, ¿eh? Recuérdame que te corte el cuello cuando hayamos terminado.

—¡No! —gritó Carbo haciendo ademán de desenvainar.

Crixus le pinchó la barbilla con la punta de la espada.

—Estás agotando mi paciencia, romano. ¿Quieres morir ahora?

«Si yo muero, Chloris también morirá.»

—No.

—Veo que tienes cerebro. Voy a contar hasta tres. Si sigues aquí cuando haya acabado, dejaré que mis amigos te trinchen. Uno…

Carbo lanzó a Chloris una mirada de aliento —o eso esperaba— antes de dar media vuelta y salir corriendo. A sus espaldas oyó las risas burlonas de los galos. Pensaba que Chloris gritaría su nombre y le suplicaría que se quedara, pero no fue así.

Eso le dolió todavía más.

Carbo saltó por encima del cadáver de la cocina, abrió la puerta de golpe y salió apresurado al jardín. De pronto vislumbró a la niña, que surgía del altar con la boca abierta, a punto de formular una pregunta.

—Vuelve ahí dentro —susurró—. Esos malditos bastardos no tienen por qué salir aquí fuera.

—¿Adónde vas? —gimió.

—En busca de ayuda —respondió mientras corría hacia la verja tratando de no pensar que estaba dejando sola a una niña indefensa.

Espartaco. Tenía que encontrar a Espartaco.

Si no le encontraba rápido, Chloris moriría.

Los momentos siguientes fueron los más largos de la vida de Carbo. Jamás había sentido tanto apremio ni tanta frustración con cada paso que daba.

En las calles no se veía más que muerte y destrucción y a los responsables de ello. No vio a Espartaco por ningún lado y hasta le costó reconocer a muchos de los hombres armados con los que se topó en su camino. Por fortuna a ellos no les sucedió lo mismo y nadie le agredió, incluso le contestaron cuando preguntó por su líder. Carbo desconocía el motivo, pero tenía la sensación de que la violencia había amainado y, con ella, la sed de sangre. Ahora los esclavos y gladiadores estaban

centrados en buscar vino, comida y mujeres, no necesariamente en este orden.

Muchos hombres estaban sentados en enormes ánforas tumbadas y se agachaban para tragar el vino que caía al suelo a borbotones mientras se pasaban trozos de carne que arrancaban con los dientes y cortaban con cuchillos todavía ensangrentados lonchas de grandes quesos redondos. Carbo vio algunas bolsas de piel con monedas abiertas a los pies de algunos soldados. Nada de todo ello le sorprendía, lo que le desconcertaba y enervaba eran los gritos desgarradores de las mujeres, que cortaban el aire como un terrible coro de horror y dolor. Allá donde miraba había mujeres siendo violadas, la inmensa mayoría por hombres, pero a veces era mucho peor. ¿Cómo era posible que obtuvieran placer por penetrar a una mujer con una lanza o una espada? Carbo no lo entendía. No tardó en vomitar los restos de su exiguo desayuno. Aturdido por tanta violencia, deambuló de casa en casa y recorrió todos los templos, tiendas y establos en busca de Espartaco.

Cuando por fin lo encontró, fue por pura casualidad. Mientras iba en su busca, divisó a uno de los escitas, que lo observaba con el ceño fruncido desde el portal de una casa.

—¿Has visto a Espartaco?

—Ahí dentro —respondió con un gruñido—. ¿Por qué?

Carbo se abrió paso impulsado por la desesperación, que era muy superior al miedo que le tenía a Atheas.

—¿Dónde está…?

—Trabajando en… en el patio.

Carbo pasó corriendo por delante del *tablinum*, donde divisó varias máscaras mortuorias de los antepasados de los propietarios, antes de acceder al espacioso patio central. Espartaco estaba repantigado en un banco de piedra, rodeado de pilas de pergaminos enrollados. Taxacis estaba sentado junto a él en el suelo bebiendo vino de una refinada copa de cristal. Ambos levantaron la vista sorprendidos cuando Carbo irrumpió en el patio. Taxacis torció el gesto.

—Por el Gran Jinete, ¿qué te ha pasado? —preguntó Espartaco.

Carbo se frotó distraído la sangre seca de la cara.

—No es mía.

—Me alegra saberlo —respondió Espartaco contemplándole con ojos inquisitivos, como los de un pájaro—. Pareces asustado, ¿qué sucede?

Carbo le relató todo de manera atropellada, casi sin respirar.

Espartaco se levantó de inmediato al tiempo que maldecía en silencio su mala fortuna. Si deseaba evitar problemas con Crixus, podía —debía— negarse a hacer nada. No obstante, si tenía en cuenta la lealtad incondicional que le profesaba Carbo, eso habría sido una gran traición. Crixus estaba actuando mal, no había más que hablar. De todos modos, ¿qué daño podía hacer su intervención? «Pronto lo

sabremos.»

—Démonos prisa o será demasiado tarde.

Carbo notó una enorme bola de plomo en el estómago. «Es probable que ya sea demasiado tarde.»

—¡Taxacis, Atheas! —gritó Espartaco. Se dirigió a Carbo—: ¿Hacia dónde?

Aturdido, Carbo se volvió hacia la puerta con los tres hombres pisándole los talones.

«Dioniso, haz que todavía estén vivas, por favor. Chloris y su compañera, y la niña también.»

No tardaron en llegar a la casa. Carbo hizo ademán de entrar primero, pero Espartaco no se lo permitió.

—Nosotros iremos delante.

Resentido, Carbo se apartó.

—¿Dónde están?

—En el patio.

—¿Y son tres?

—Al menos yo no he visto a más.

Espartaco desenvainó la *sica* con un sonido vibrante, la larga hoja curvada estaba cubierta de unas inequívocas manchas oscuras. «No sé lo que habrán hecho los demás, pero al menos yo hoy no he matado a ninguna mujer.» Miró de soslayo a los escitas, que estaban pasando el dedo por las hojas de sus espadas.

—No quiero que se derrame ni una gota de sangre salvo que sea necesario.

Ambos sonrieron con malicia.

—Vamos.

Espartaco se adentró en el *atrium* con lentitud. Los escitas le siguieron con paso felino. Carbo iba el último. Al cruzar el umbral, observó por primera vez la imagen de un perro negro que gruñía en el mosaico del suelo. Parecía de verdad. Una cadena alrededor del cuello era lo único que le impedía saltar sobre Carbo. A sus pies una frase rezaba: *Cave Canem*. «Cuidado con el perro —pensó preocupado—. No lo he oído en el patio, ¿por qué será?»

La respuesta se encontraba a una docena de pasos más allá, donde yacía el cuerpo de un perro en medio del pasillo. A pesar de tener la boca torcida en un gruñido, los ojos tenían ese brillo cristalino que solo la muerte produce. Tenía el cuerpo lleno de cortes profundos y varias tiras violetas de intestino se habían escabullido del vientre, en un charco de sangre como salchichas en salsa de vino tinto.

—No era rival para Crixus —susurró Espartaco—. Casi nada lo es.

El miedo se apoderó de nuevo de Carbo. No oía nada. ¿Habían llegado demasiado tarde?

El leve gemido que llegó a sus oídos al cabo de un momento —el gemido de una mujer— le alegró el corazón. El sonido iba acompañado del sonoro gruñido de un hombre. «Haz que Chloris siga viva.»

Espartaco hizo un gesto rápido y en el acto tuvo a un escita a cada lado. Sudando a raudales, Carbo se colocó detrás. Al recibir la señal, entraron corriendo en el *tablinum* y rodearon el *impluvium*, la piscina donde se recolectaba el agua de lluvia del tejado, y llegaron a las puertas del patio.

Temiendo lo peor, Carbo miró por encima del hombro de Espartaco. Solo había un galo de pie, que distraído se limpiaba las uñas con la punta de la daga y observaba a Crixus y al otro hombre beneficiándose a ambas mujeres. Carbo se secó las lágrimas de rabia de los ojos. No era momento para mostrarse débil.

Espartaco se volvió hacia cada uno de ellos y dijo «perfecto» moviendo solo los labios. A continuación, levantó la mano izquierda y dio la orden de avanzar. Los escitas y él saltaron hacia adelante como dos flechas. Carbo aceleró el paso para no perderles.

Recorrieron en silencio los veinte pasos que les separaban del primer hombre, que, para cuando se dio cuenta de lo que ocurría, ya tenía la espada de Atheas pinchándole el cuello. El galo soltó la daga, que cayó con un sordo sonido metálico en el parterre de flores. Espartaco se llevó el dedo a los labios y, asustado, el soldado asintió. Crixus y su compañero seguían embistiendo con ahínco a sus víctimas, totalmente ajenos a lo que sucedía. Como era de esperar, las mujeres tenían los ojos cerrados. Chloris se mordía un puño.

A Carbo le hervía la sangre. Ya no solo quería rescatar a Chloris, sino matar a los galos. «Por eso Espartaco me ha obligado a ir el último —pensó—. Sabía cómo iba a reaccionar.»

—¡Crixus! —gritó Espartaco.

El galo giró su enorme cabeza y torció el gesto sorprendido. Soltando una maldición, se apresuró a sacar el miembro de la compañera de Chloris y se puso en pie. Su amigo hizo lo propio. Ambos vestían una cota de malla, pero estaban desnudos de cintura para abajo. Carbo observó furioso que ambos tenían el pene ensangrentado.

—¡Malditos animales! —espetó.

Trató de pasar por delante de Espartaco, pero el férreo brazo del tracio le bloqueó el paso.

—Ya me suponía que irías con el cuento a tu amo. ¡Eres un cobarde de mierda! —rugió el galo clavando la mirada en Espartaco. A diferencia de sus compañeros, su rostro no delataba ningún temor. No obstante, Crixus tuvo el sentido común de no alargar la mano para intentar coger el arma—. ¿Y a ti qué se te ha perdido por aquí?

—Carbo me ha pedido que viniera —respondió Espartaco—. Una de estas

mujeres le pertenece.

—Dudo que la quiera ya —replicó Crixus burlón—. Ahora lleva mi semilla dentro y la de Lugurix también. Y Segomaros le estaba dando un buen repaso cuando habéis llegado.

Segomaros sonrió y Carbo intentó en vano apartar el brazo de Espartaco.

—Sea como sea, esto se acaba aquí. La chica se viene con nosotros, y la otra también —replicó Espartaco.

—Yo soy uno de los líderes de esta maldita rebelión —bramó Crixus con las venas del cuello hinchadas—, así que puedo hacer lo que me venga en gana.

—En este caso, no. Desde que murió Amatokos, Chloris es la mujer de Carbo. Y tú lo sabes.

Crixus dio un paso hacia Espartaco.

—¿Qué vas a hacer si intento detenerte? ¿Matarme?

—Si no hay más remedio, sí —respondió Espartaco con voz calmada.

Aunque Espartaco tenía la *sica* enfundada, Carbo sabía que si Crixus hacía amago de coger la espada, sería hombre muerto. Y a sus compañeros les aguardaba una suerte similar en manos de los escitas.

Los galos también lo sabían.

Crixus lanzó una mirada llena de odio a Espartaco antes de responder.

—Como quieras. Tampoco deseo estropear mi espada con estas zorras —declaró antes de dirigirse a sus hombres—: Después de tanto trajín, me ha entrado mucha sed. Vamos a buscar un poco de vino, a ver si nos han dejado algo.

Crixus soltó una risita mientras recogía el *licium*.

Entretanto, Chloris se incorporó haciendo un gran esfuerzo. Carbo trató de apartar de nuevo el brazo de Espartaco para ayudarla.

—Espera —susurró el tracio—. Deja que se marchen.

Carbo obedeció a regañadientes y grabó en su mente las caras de los acompañantes de Crixus.

«Que los dioses me ayuden. Un día de estos os mataré a los dos, y a Crixus también.»

Nadie hubiera podido prever lo que pasó a continuación.

Chloris se puso en pie vacilante.

A Carbo le dolía el alma de verla así, pero hasta con cortes en la cara y sangre en los muslos, seguía siendo hermosa.

La joven dio un paso adelante, rozó con los dedos las plantas del parterre y, de pronto, tenía una daga en la mano. Segomaros era el que estaba más cerca, pero estaba ocupado metiendo una pierna en el calzón y no vio que Chloris se abalanzaba sobre él. Cuando notó que la hoja atravesaba la cota de malla y su espalda, era demasiado tarde. Soltó un grito desgarrador y se tambaleó por la propia fuerza del

golpe. Gruñendo como un perro, Chloris lo apuñaló varias veces atravesando la armadura con facilidad. Segomaros cayó de rodillas con un sonoro gemido.

—La muy puta me ha matado, Crixus —exclamó incrédulo antes de desplomarse boca abajo.

Tras uno o dos estertores, Segomaros se quedó inmóvil.

Chloris se desmayó sobre él.

—¡La muy zorra! —rugió Crixus alzando la espada—. ¡Te voy a matar!

—¡Taxacis, a mi lado! —Espartaco dio un salto adelante *sica* en mano.

El escita se colocó a su lado, al igual que Carbo. Juntos se interponían entre Crixus y Chloris, mientras que Atheas amenazaba a Lugurix.

—¡Apartaos de una jodida vez! —gritó Crixus.

—Márchate —ordenó Espartaco—. No te vamos a entregar a la chica.

El rostro de Crixus se volvió púrpura de la rabia.

—¿La vida de una sucia esclava vale más para ti que la de uno de mis guerreros?

—En este caso, sí.

—¿Acaso sabe luchar ella como lo hacía Segomaros?

—No.

—¿Para qué puñetas te sirve entonces? ¡Exijo su vida! Es lo que se merece por apuñalar a un hombre por la espalda.

—Un hombre que acababa de violarla —arguyó Espartaco con sequedad.

—De todos modos, quiero que muera.

—Y Carbo quiere que viva.

—¿Y a quién le importa lo que él quiera? ¡No es más que un maldito romano! Lo que importa es lo que yo quiero —gritó Crixus.

—Carbo es uno de mis hombres, y me es fiel, lo cual es más de lo que puede decirse de ti.

—¿Es así cómo funcionan las cosas ahora? —Los ojos rasgados de Crixus eran como dos orificios de orina en la nieve.

—Sí —respondió Espartaco con tono gélido.

Crixus carraspeó y le escupió a los pies.

—Aquí no nos quieren, Lugurix —masculló—. Vámonos.

El silencio reinó en el lugar mientras Crixus y Lugurix se dirigían a las puertas del *tablinum*.

—¡Esto no quedará así, Espartaco! Jamás olvidaré a quién preferiste sobre mí —vociferó el galo—. Será mejor que esa zorra vaya con cuidado a partir de ahora, y tu mancebo también.

En cuanto Crixus desapareció, Carbo se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Soltó la espada, corrió hacia Chloris y le dio la vuelta con cuidado.

—¿Chloris? Estás a salvo. ¿Me oyes? Soy yo, Carbo.

Chloris gimió y parpadeó.

—Has vuelto. Gracias.

—Claro.

—Tengo mucho sueño, quiero dormir —susurró y cerró los ojos.

—Te buscaré una cama —aseguró Carbo echando un vistazo a las habitaciones que rodeaban el patio. Entonces se acordó de Espartaco—. No sabes cuánto te lo agradezco. Le has salvado la vida —dijo ruborizado.

—Me alegra haber llegado a tiempo. ¿Entiendes por qué no podía dejar que mataras a Crixus?

—Porque lidera a demasiados hombres. Todavía le necesitas.

—Así es. Por el momento, le necesito, de la misma manera que necesito a Castus y Gannicus y a sus hombres —añadió con una sonrisa amarga—. De todos modos, esos dos son un poco más fáciles de mantener a raya.

—Es cierto.

«Maldito sea Crixus. Ojalá dé con sus huesos en el Hades y más allá», pensó Carbo.

—Por suerte ese gigantesco bastardo también me necesita y ya le va bien quedarse por ahora. —Espartaco miró a su alrededor—. ¿Crees que puedes arreglártelas solo? Atheas se quedará contigo para ayudarte. —«Y protegerte», fue lo que quería decir pero no dijo—. Te enviaré a Ariadne en cuanto la vea.

—Sí. Gracias.

La jugada de Espartaco había sido peligrosa y Carbo era consciente de ello. Se sentía muy agradecido de que el tracio hubiera sido capaz de llegar tan lejos por él. Atheas comprobó que la casa fuera segura y Carbo fue en busca de la niña para que le mostrara el mejor dormitorio y los baños. Esperaba que Ariadne no tardara en llegar. Chloris necesitaba toda la ayuda posible.

El estado de ánimo de Espartaco al alejarse de la casa era sombrío. A pesar de todas sus amenazas, Crixus no había amenazado con marcharse. Todavía.

«Pero el gilipollas lo hará, me apuesto lo que sea.»

Debía conseguir granjearse el favor de Castus y Gannicus para que permanecieran a su lado cuando se produjera la escisión, pensó Espartaco preocupado.

Carbo cubrió los cuerpos del padre y el hermano de la niña para ocultarlos de su vista y constató aliviado que las tareas que le había encomendado la distraían de lo sucedido. La niña sacó agua del pozo, rasgó telas para hacer vendas y acompañó a la segunda mujer a un dormitorio.

Carbo llevó en brazos a Chloris a otra habitación. Ella le sonrió ausente, pero en cuanto la depositó sobre la cama, rompió a llorar.

—Me duele. Me duele mucho.

Carbo miró abajo y contuvo una maldición. Bajo la cintura del vestido vio más manchas rojas. Chloris seguía perdiendo sangre. Sintiéndose impotente, se sentó en el borde de la cama y le apartó suavemente el cabello que le cubría la cara.

—Aguanta. Ariadne está al caer y te dará algo para el dolor. «Ella sabrá qué hacer.»

Chloris trató de sonreír, pero en lugar de ello le salió una mueca de dolor.

«Esculapio, ayúdala, por favor», rogó Carbo en silencio. Normalmente no rezaba al dios de la salud, pero se trataba de una situación excepcional.

Intentó que Chloris bebiera un poco de vino, pero no quiso. Hasta le costó persuadirla de que tragara un sorbo de agua. La mayor parte del tiempo ella no parecía percatarse de su presencia, por lo que agradeció que abriera los ojos cuando dejó de acariciarle la cabeza.

—Eso me gusta. Continúa, por favor.

—Claro —respondió Carbo acongojado. Siguió acariciándola—. ¿Qué hacías aquí, Chloris?

El rostro de ella reflejó una expresión avergonzada.

Carbo esperó.

—Buscaba dinero. Las dos buscábamos dinero.

—¿Por qué? Si necesitabas dinero, yo te lo hubiera dado.

Silencio.

De pronto la verdad golpeó a Carbo como un mazo.

—Querías dinero para huir, ¿verdad? ¿Chloris?

Ella asintió sin abrir los ojos.

—Me lo podrías haber dicho —murmuró—. Yo te lo hubiera dado.

—¿En serio? Quería regresar a Grecia.

—Yo no te lo hubiera impedido.

—Lo siento. Me equivoqué al juzgarte. —Frunció los labios de dolor—. Cuéntame alguna historia, por favor. Me ayudará a olvidarme del dolor.

Carbo se tragó la pena y la conmoción que le había provocado la noticia y empezó a contarle las anécdotas más divertidas de su vida para animarla. Le explicó la vez que cayó en una pila de excrementos en la granja de la familia y cuando trató de robar miel de un panal y las abejas le persiguieron durante medio kilómetro hasta el río. Para evitar que le picaran, tuvo que soltar el botín robado y saltar al agua. También le explicó la ocasión en que Paccius lo pilló espiando a las esclavas mientras se vestían por la mañana.

Chloris sonrió.

—Los chicos siempre serán chicos. No debes avergonzarte por ello, sobre todo cuando me has salvado la vida.

—Yo no te he salvado, ha sido Espartaco —replicó con amargura.

—¿Qué pretendías hacer? ¿Luchar contra tres guerreros? Te hubieran cortado en pedacitos. ¿Qué me hubiera pasado a mí entonces?

Carbo no respondió. Sentía todo tipo de emociones al mirarla. Llevado por un impulso, se inclinó sobre ella y le dio un beso suave en la pálida frente. Chloris le dedicó otra pequeña sonrisa y él siguió acariciándole el cabello mientras estudiaba su rostro, ese rostro que tanto atesoraba. A pesar de que iba a abandonarle, seguía importándole.

Cuando llegó Ariadne, lo encontró en la misma posición. Tras ser sacado de su ensimismamiento, Carbo se levantó.

—Has venido.

—Claro. En cuanto Espartaco me lo ha dicho. —Ariadne observó la gran mancha roja del vestido de Chloris y contuvo el aliento—. Por todos los dioses. La han violado, ¿no?

—Sí. Han sido Crixus y dos de sus hombres —susurró.

—Malditos perros sarnosos. ¿Cuánto tiempo hace?

—No… no lo sé.

—¿Ha perdido mucha sangre? —preguntó Ariadne mientras le tomaba el pulso en la muñeca izquierda. Movió los labios en silencio mientras contaba las débiles pulsaciones.

Consciente de la importancia de la pregunta, Carbo pensó en la escena del patio.

—No, no creo.

Con el ceño fruncido, Ariadne empezó a subirle el vestido empapado.

Carbo apartó la vista, pero miró enseguida cuando oyó a Ariadne suspirar.

—¿Qué sucede?

—Esto. —Señaló Ariadne.

Carbo se obligó a mirar. Entre los muslos de Chloris había un coágulo de sangre gelatinoso de color negro rojizo, tan grande como dos puños juntos. La cama también estaba empapada de sangre. Sintió miedo.

—¿Qué significa esto?

—Ha perdido demasiada sangre —murmuró Ariadne con profunda tristeza—. No puedo hacer nada por ella.

—¿Se va a morir?

—Ya se encuentra a las puertas de la muerte —respondió Ariadne con voz queda mientras le volvía a tapar las piernas con el vestido.

Carbo contempló el rostro de Chloris, más pálido que antes.

—No —susurró colocando un dedo bajo una de sus fosas nasales. Pasó bastante tiempo hasta que notó un ligero movimiento de aire. Con un nudo en el estómago, supo que Ariadne tenía razón. ¿Quién podía perder tanta sangre y sobrevivir? Una

enorme amargura invadió su corazón. ¿Cómo pueden ser tan crueles los dioses?

—Es muy duro, lo sé.

Carbo se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo le queda?

Ariadne acercó los labios al oído de Carbo.

—Seguramente se irá antes de ponerse el sol. Lo siento.

Carbo le dio las gracias y Ariadne respondió con una leve inclinación de cabeza antes de marcharse. En cuanto se quedó a solas con Chloris, se apoderó de él una honda desesperación. Durante los pocos meses que habían estado juntos, Chloris se había vuelto muy importante para él, pero toda esa felicidad se había esfumado de un plumazo. En ese momento le vino a la mente una imagen de Crixus y sus amigos riendo, pero se la sacó de la cabeza. «Que les jodan. El tiempo que me queda con Chloris es demasiado precioso.»

Volvió a acariciarle el cabello. Y, sin saber qué más hacer, le habló del tiempo que habían pasado juntos, de la magia que había sentido estando con ella y de que jamás la olvidaría. Después le habló de Atenas y repasó todos los pequeños detalles que ella le había relatado: el barrio rico flanqueado de árboles a salto de piedra del magnífico Partenón donde se había criado; el sonido de las plegarias de los sacerdotes al amanecer; Chloris jugando con Alexander, su hermano pequeño; los viajes que solía hacer al centro para comprar provisiones con los esclavos de la cocina o visitar a familiares con su madre; la visión de los cuerpos lubricados de los atletas en un gimnasio cercano mientras hacían combates de lucha libre, corrían y lanzaban el disco.

Carbo le habló con dulzura hasta que se le secó la garganta y no pudo continuar. Guardó silencio y observó la expresión relajada de su rostro. Cayó en la cuenta de que no la había oído respirar en mucho tiempo. «Ha muerto», pensó. Le aliviaba pensar que al menos había muerto en paz. Le dio un último beso en los labios antes de cubrirla con una sábana limpia.

En ese preciso instante notó que una rabia inmensa se apoderaba de todo su ser. Su único deseo era asesinar a Crixus y Lugurix. Sabía que era una misión hercúlea. Quizá lograra matar a Lugurix, pero el enorme líder galo era harina de otro costal. Carbo era consciente de que no tenía ninguna posibilidad contra él, pero le daba igual. La muerte era preferible al dolor que le consumía por dentro. No iba a ser fácil. Mientras pocas personas llorarían la muerte de Lugurix, si por una inesperada intervención de los dioses lograba matar a Crixus, pondría la rebelión en peligro. ¿Podía hacerle eso a Espartaco?

Carbo no estaba seguro.

Espartaco hubiera preferido dormir en el campamento, pero dada la situación

candente en Forum Annii, decidió pasar la noche en la ciudad. En teoría, su presencia evitaría que se produjeran mayores atrocidades, aunque en la práctica sabía que no podía estar en todas partes a la vez. Al menos su presencia en el foro central, donde se habían reunido miles de esclavos para celebrar el día, templaría los ánimos, lo cual solo podía tener un efecto positivo en vista del caos generalizado.

Ardían hogueras por todas partes alimentadas por el suministro infinito de los muebles de las casas colindantes. Docenas de ovejas y vacas habían sido sacadas a rastras de sus establos y sacrificadas allí mismo, los pedazos de carne clavados en palos y asados al fuego. Varios músicos —¿acaso hombres que habían sido liberados durante el asalto?— tocaban tambores y liras. La música hizo que Espartaco pensara en Tracia. Grupos de gladiadores y esclavos bailaban tambaleantes de un lado a otro, mientras tragaban el vino a borbotones y cantaban a todo volumen. La diversidad de canciones entonadas provocaba una cacofonía discordante que, sin embargo, no lograba camuflar los gemidos de lujuria y dolor procedentes de todas las direcciones y emitidos al amparo de la oscuridad. Espartaco tomó un sorbo de vino. Aunque le hubiera encantado ahogar esos terribles sonidos trasegando vino hasta perder el sentido, no podía. «Debo permanecer alerta. Las violaciones forman parte de la guerra, y esto es una guerra. Aunque quisiera, no podría impedirlo.»

—Por fin te encuentro —exclamó una voz.

—Gannicus. —Espartaco sonrió al galo de cara redonda que se acercaba a él. En una mano llevaba una pequeña ánfora y, en la otra, un trozo de carne a medio comer —. ¿Te lo estás pasando bien?

—¡Sí, por Belenus! Esto es mucho mejor que tener el trasero congelado en una tienda perdida en medio de la nada —respondió Gannicus antes de soltar un eructo—. ¿Y tú?

—Siempre es agradable estar sentado al calor de una hoguera bebiendo vino —contestó Espartaco evasivo.

Gannicus no se dio cuenta y se desplomó junto a él con un gran suspiro.

—Los hombres necesitaban algo así. Si les hubiéramos obligado a seguir marchando por las montañas sin comida, habrían empezado a desertar.

—Tienes razón —reconoció Espartaco a su pesar.

Gannicus le dio un codazo amistoso.

—Pero ahora muchos más querrán unirse a nosotros.

—Lo que significa que tendremos que seguir moviéndonos para conseguir más provisiones.

—¿Adónde? ¿Otra vez hacia el sur?

—Sí, dicen que la costa del mar Jónico es muy fértil. Seguro que hay muchas ciudades para asaltar. Si esa zona fue lo bastante buena para Aníbal, también lo será para nosotros.

—Suena muy bien. —Gannicus arrancó un pedazo de carne con los dientes y comenzó a masticar feliz.

—Ya me imaginaba que estaríais juntos —resonó la voz de Castus, que emergió de la oscuridad abrochándose el cinturón.

«Cabrón repugnante. Sé lo que estabas haciendo.»

—¡Bienvenido! —exclamó Espartaco.

Sin mediar palabra, Gannicus le ofreció un ánfora. Castus se la acercó a la boca y comenzó a verter el líquido color rubí en su garganta. Casi todo le resbalaba por la cara y el cuello, pero no paró hasta tragar una buena cantidad.

—Por todos los dioses, ¡qué rico está! —declaró limpiándose las gotas del bigote —. Esta noche tengo una sed insaciable.

—Pues búscate tu propio vino —gruñó Gannicus recuperando el ánfora—. No creas que voy a dejarte acabar el mío.

Castus le devolvió el ánfora con expresión ceñuda.

—Toma. —Espartaco le entregó la suya y el galo la aceptó con una sonrisa.

—¿Dónde creéis que estará Varinio ahora? —inquirió Gannicus de repente.

Castus hizo una mueca de asco.

—¿Qué más da? Cerca no está.

—Nos está buscando. De eso estoy seguro —replicó Espartaco.

Para gran satisfacción de Espartaco, los galos se quedaron en silencio pensando en sus palabras. «Tienen que entender que los romanos jamás se olvidarán de nosotros.»

—¿Estáis celebrando una reunión secreta sin mí? —preguntó Crixus, que venía de una callejón cercano.

Castus y Gannicus soltaron una risotada.

—Acércate y bebe con nosotros.

Crixus se aproximó con el semblante furibundo y lanzó varias miradas rabiosas a Espartaco.

—Si no supiera que no es cierto, pensaría que preferís reuniros sin mí.

A Espartaco le entraron ganas de romper un ánfora en la enorme cabeza del galo, sin embargo, se contuvo.

—Pero ¿qué dices? —exclamó Castus—. Si eres tú el que nos evita.

—Sí, pero ya sabéis por qué.

—Tengamos la fiesta en paz —dijo Gannicus, aunque Crixus no estaba dispuesto a callarse.

—No solo nos dice lo que tenemos que hacer, sino que se mete donde no le llaman. ¿No es cierto, tracio?

Espartaco estaba a punto de montar en cólera. El tono de Crixus era más beligerante que nunca. «Este capullo no ha olvidado lo de antes. No es momento para

estar sentado.» Espartaco se puso de pie lentamente e hizo ademán de alisarse la túnica.

—Me parece que todos estamos de acuerdo en la estrategia y el destino del ejército, ¿no?

Gannicus asintió, Castus torció el gesto y Crixus escupió con desprecio. «Como era de esperar.»

—Dices que me meto donde no me llaman, ¿te importa explicarte mejor?

—¡Ya sabes muy bien a lo que me refiero!

—Pero ellos no.

Crixus soltó un bufido exasperado.

—Mientras dos amigos y yo registrábamos una casa, hemos encontrado a un par de zorras que estaban muy bien, las dos esclavas. Justo cuando empezábamos a divertirnos, ha llegado esa pequeña rata de cloaca, ¿cómo se llama?

—Sabes muy bien cómo se llama —respondió Espartaco con tono gélido.

—Carbo. Carbo ha irrumpido en la casa y nos ha dicho que una de esas fulanas era suya. Le he mandado a la mierda y ha salido corriendo a buscar a su amo. Entonces se han presentado allí Espartaco y sus dos perros guardianes, los escitas, que nos han pillado en pleno trajín, con los calzones bajados, y nos han obligado a interrumpir la faena. —Castus se rio y Crixus lo miró con ojos asesinos—. Acto seguido, la puta de Carbo se ha hecho de alguna manera con la daga de Segomaros y lo ha matado de una puñalada. Yo he exigido vengar su muerte y Espartaco se ha negado. ¡Pero yo soy uno de los líderes de este maldito ejército!

Castus y Gannicus estaban muy serios.

—¿Es cierto lo que cuenta? —preguntó Castus.

—En parte sí —respondió Espartaco con tranquilidad—, salvo que Carbo no estaba mintiendo. Una de las mujeres era suya. Chloris, se llamaba. Antes era la amante de Amatokos y, desde que murió, estaba con Carbo. Por lo tanto, cuando Carbo me ha pedido ayuda, se ha convertido en asunto mío.

Espartaco los miró fijamente a todos y solo Crixus le sostuvo la mirada desafiante. «Capullo.»

Gannicus frunció el ceño.

—¿Dices que «se llamaba» Chloris?

—Sí. Ha muerto. Después de lo que le han hecho, la pobre ha muerto desangrada.

Crixus se rio y Espartaco sintió que le hervía la sangre.

Gannicus parpadeó.

—Bueno, pues ahí se acaba todo, ¿no? La zorra que ha matado a tu hombre ha muerto. Deja de darle más vueltas y tómate un trago —declaró conciliador ofreciéndole el ánfora.

El galo la tiró al suelo de un manotazo.

—¿Y qué más da que esa puta perteneciera a Carbo? Yo tenía todo el derecho del mundo a follármela. Carbo no es nadie, no es más que un pedacito de mierda en la suela de mi sandalia.

—Carbo es uno de mis hombres y me es leal.

—Y eso es mucho más de lo que puedes decir de mí —masculló Crixus.

—Así es —confirmó Espartaco.

—¡Qué te jodan! —rugió Crixus desenvainando la espada.

Espartaco dejó el ánfora en el suelo y sacó la *sica*. Al final iban a acabar luchando. El galo se lo había buscado.

Los otros dos se apartaron.

—¡No hace falta que os peleéis! —protestó Gannicus.

—¡Vete al cuerno! —increpó Crixus embistiendo a Espartaco con la espada.

Espartaco detuvo el embate y el galo se dio la vuelta con la inercia propia del golpe. El tracio intentó alcanzarle el brazo de la espada por detrás, pero lo único que cortó la *sica* fue el aire.

—¿Creías que podías herirme con un movimiento tan sencillo?

Crixus retrocedió unos pasos y volvió a atacar moviendo el *gladius* adelante y atrás, como la lengua metálica de una serpiente. Tras un largo intercambio de golpes, Espartaco comenzó a temer que la gruesa hoja de hierro de la espada del galo hiciera añicos su *sica*. Si eso sucedía, sería hombre muerto. Espartaco se echó hacia atrás y obligó a Crixus a seguirle.

—¿Tienes miedo?

—¿De ti? —se mofó Espartaco.

La estratagema funcionó. Crixus lanzó un rugido rabioso y corrió hacia Espartaco blandiendo el *gladius* como si fuera la típica espada larga de los galos. Si Espartaco hubiera tenido un escudo para frenar el impacto, se habría arriesgado a detenerlo y a clavarle la *sica* en la axila por encima del escudo, pero sin protección, corría el peligro de perder la cabeza. Retrocedió un poco más y Crixus se rio.

—¿Listo para morir?

Como toda respuesta, Espartaco cogió el ánfora del suelo y se la arrojó a la cara. Cuando el galo se agachó para esquivarla, corrió hacia él y lo atacó lateralmente con la *sica*. Espartaco sonrió satisfecho cuando hirió a su adversario en la parte superior del brazo izquierdo.

—¡Cabrón! —Crixus miró la herida con desprecio—. ¿Crees que esto va a detenerme?

—Es un principio… —respondió Espartaco con frialdad.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te parece esto?

Moviéndose con sorprendente agilidad para un hombre de su tamaño, Crixus corrió a toda velocidad hacia él. Espartaco trató de detenerle con la *sica*, pero el galo

la apartó de un golpe y chocó contra Espartaco con la intención de darle con la cabeza. De no ser por la rapidez de sus reflejos, Espartaco habría acabado con la nariz partida en dos como una ciruela madura, pero Crixus logró golpearle el pómulo con la frente, empujarle hacia atrás y propinarle un puñetazo en la sien. A Espartaco le retumbaron los oídos. El galo sonrió triunfante y levantó el *gladius*. «Gran Jinete, ayúdame», rogó Espartaco. El siguiente ataque no sería con el puño, sino con la espada.

El tracio tuvo un momento de inspiración. Acumuló toda la saliva que tenía en la boca y escupió a Crixus en la cara con todas sus fuerzas.

—¡Jódete! —gritó.

Desconcertado, el galo torció el gesto colérico, pero Espartaco lo atacó con la *sica*, lo cual le obligó a defenderse en lugar de atacar. Tras recuperar el control, Espartaco inició una ofensiva salvaje. Había llegado el momento de matar a ese cabrón. «La hoja de la *sica* no se romperá. El Gran Jinete no lo permitirá.»

—¡A la de una, a la de dos y a la de tres! —gritó Gannicus.

Él y Castus vertieron el contenido de dos ánforas sobre Espartaco y Crixus a la vez.

Farfullando indignados, ambos hombres se separaron.

—En nombre de Hades, ¿a qué viene esto? —bramó Crixus.

Los dos galos avanzaron con las espadas desenvainadas.

—Esto se ha alargado demasiado —respondió Gannicus—. Vais a acabar matándoos.

—¡Querrás decir que yo acabaré matándole! —gruñó Crixus.

Espartaco soltó una risa burlona.

—Ni en sueños.

—¡Dejaos ya de tonterías! —gritó Castus—. Si empezáis otra vez, os clavaremos la espada en la espalda.

Espartaco se tranquilizó y trató de pensar con frialdad. «Esto es obra del Gran Jinete.» ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque sois demasiado valiosos para perderos —respondió Gannicus —. El ejército os necesita vivos, no a uno de vosotros muerto y al otro tan maltrecho que no pueda luchar. Y eso es lo que seguramente pasaría si os dejáramos continuar.

Crixus lo miró con los ojos entrecerrados.

«Gannicus tiene razón —pensó Espartaco—. Solo los dioses saben cuál de los dos hubiera muerto.»

—¡Bebed un poco y olvidaos de todo esto! —Castus sacó otra ánfora y se la lanzó a Crixus.

El enorme galo la cogió con una mano, la miró un momento y Espartaco se preparó para agacharse, pero en lugar de arrojarla, Crixus se rio después de lanzar

una mirada hostil a Espartaco.

—Podemos retomar la pelea en otro momento, ¿no? —Dio varios tragos y le tendió el ánfora.

Castus y Gannicus se miraron aliviados.

«¡Estos galos están locos!» Sin bajar la guardia, Espartaco aceptó el vino y bebió.

—¡Brindo por que encontremos a Varinio y le borremos de la faz de la Tierra! —exclamó.

Hasta Crixus se unió a los vítores que siguieron al brindis. No obstante, todos los que habían sido testigos del enfrentamiento sabían que el asunto no iba a quedar así.

Simplemente se había pospuesto.

18

Durante los días siguientes, Carbo evitó todo contacto humano. Cumplió con su deber como segundo oficial de la cohorte, agrupó a los hombres y se aseguró de que estuvieran listos para abandonar las ruinas humeantes de Forum Annii. Siguió las órdenes de Egbeo, mantuvo las filas de esclavos durante la marcha y les supervisó mientras montaban el campamento cada noche. También siguió con su instrucción. Pero todo lo hacía de forma automática, por obligación. Por dentro, no había límites a su rabia y dolor. Navio fue la única persona con la que habló, una sola vez, el día en que murió Chloris.

Navio le apretó el hombro comprensivo.

—Es muy duro.

Consciente de que su amigo había perdido a muchos seres queridos, Carbo se tragó la rabia y la guardó en un lugar profundo de su ser para poder seguir funcionando. Solo la visión de Crixus o Lugurix hacía aflorar a la superficie las emociones volcánicas que guardaba en su interior. Por fortuna, Navio siempre había estado presente para contenerle.

—Acabarás muerto.

—¿Y qué? —susurró Carbo.

Mientras consiguiera vengarse, no le importaba morir. Pensaba en la muerte a cada instante. Todas las noches soñaba lo mismo. No obstante, había una pequeña parte de su ser que todavía conservaba el juicio, por eso había dejado que Navio le contuviera, aunque tuviera que apretar los dientes de pura frustración y rabia. Agradecía que la gran envergadura del ejército le impidiera ver a los galos con asiduidad. De todos modos, saber que estaban vivos y sin castigo le carcomía el alma.

Una noche, unas tres semanas después del asalto de Forum Annii, le sorprendió ver a Espartaco acercarse a su tienda. El recuerdo de Crixus volvió a su mente y Carbo agachó la cabeza con la esperanza de que el tracio anduviera buscando a otra persona.

—Carbo.

El joven levantó la cabeza con reticencia.

—Espartaco.

—¿Puedo sentarme?

—Claro —respondió Carbo sintiéndose culpable. Señaló la roca donde se sentaba Navio, que en esos momentos estaba supervisando a sus hombres—. Te ofrecería vino, pero no tengo. ¿Un poco de pan?

—Ya he cenado, gracias. —Espartaco miró fijamente a Carbo con sus ojos grises —. Hace tiempo que no te veo.

—No. He estado ocupado. —Carbo maldijo la mala elección de sus palabras en

cuanto salieron de su boca.

Espartaco sonrió.

—Sé lo que se siente.

Carbo se sonrojó hasta las orejas y bajó la mirada.

—Tengo noticias para ti.

Carbo levantó la vista un poco.

—Ah, ¿sí?

—Lugurix ha tenido un terrible accidente.

El corazón de Carbo se llenó de una oscura alegría.

—¿De verdad?

—Sí. Esta mañana ha resbalado en un tramo estrecho del camino. Ha caído unos doscientos pasos por el barranco y ha aterrizado en un saliente encima del río. No ha muerto al caer, pero parece que se ha roto la espalda, porque gritaba como un hombre al que han disparado una flecha. Era imposible rescatarle, así que hemos tenido que dejarle allí. Si no ha muerto ya, estará muerto por la mañana. Es una muerte muy desagradable —comentó con tono ligero.

A Carbo le latía el corazón con fuerza de rabia y felicidad.

—¿Se ha caído?

Espartaco le guiñó un ojo.

—Bueno, tuvo un poco de ayuda de Atheas, pero nadie lo ha visto, así que Crixus no sospecha nada.

Carbo lo miró sin entender nada.

—Sé lo que Chloris significaba para ti y también quería que supieras que no había olvidado a Lugurix ni lo que hizo. Siempre tuve la intención de castigarlo, pero debía esperar el momento adecuado.

A Carbo se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Y Crixus?

—Como ya te dije, es demasiado importante para la rebelión. Al menos, por ahora. ¿Puedes vivir con eso?

Carbo tragó saliva. Le alegraba sobremanera que Lugurix hubiera sufrido una muerte lenta, pero le amargaba lo que Espartaco le acababa de pedir.

—¿Me estás pidiendo que no mate a Crixus?

—Así es —respondió Espartaco serio. Aun a sabiendas de que Carbo tenía muy pocas posibilidades de lograr su objetivo, las personas desesperadas o que tienen pocos deseos de vivir a veces tenían éxito donde otros fracasan.

Carbo ignoraba que su líder fuera tan perceptivo y le agradecía que le mostrara tanto respeto. Se quedó pensando unos instantes, consciente de que no podía hacerle esperar mucho tiempo, pero no podía aceptar el trato si no le pareciera correcto.

—Antes has dicho «por ahora» al hablar de Crixus. ¿Qué querías decir con eso?

«El cachorro los tiene bien puestos», pensó Espartaco con ironía. Jamás hubiera permitido que nadie le hablara así, pero Carbo había llevado a Navio al campamento y su instrucción había sido mano de santo para el ejército. Por ello decidió no ser muy duro con el chico.

—Si llega el día en que Crixus decide marcharse, podrás hacer lo que quieras.

«Cuando» llegue el día, añadió Espartaco para sus adentros.

—Muy bien —aceptó Carbo satisfecho—. Te juro que no haré nada hasta entonces.

—Bien. —Espartaco se levantó.

—Gracias por matar a Lugurix —balbució Carbo levantándose al mismo tiempo.

—Es a Atheas a quien debes agradecérselo.

—Ya sabes lo que quiero decir —replicó Carbo—. Significa mucho para mí.

—Lo sé. —Espartaco le dio una palmada en el brazo—. El dolor se hace más soportable con el paso del tiempo. Ya lo verás.

Carbo siguió con la vista a Espartaco mientras se marchaba. Sentía una gran admiración por su líder. «Sabe qué decir en cada momento.» A partir de ese instante, la idea de no atacar a Crixus le pareció menos grave y se sintió mejor. Volvió a sentarse junto a la hoguera y empezó a silbar una melodía alegre que a Paccius y a él siempre les había gustado.

Espartaco contemplaba el brillante azul turquesa del mar Jónico sentado en la ladera de la montaña, en un claro del bosque. Ariadne estaba a su lado. Más abajo, en una llanura junto al mar, se extendía el campamento. Era enorme. Ocupaba la misma extensión que seis u ocho legiones. Además, seguía un diseño ordenado, pensó Espartaco orgulloso. Las tiendas estaban dispuestas en hileras bastante rectas y estaba rodeado por un alto terraplén y un dique profundo. Los centinelas patrullaban el perímetro y, en el exterior, miles de hombres recibían su instrucción de manos de los oficiales: marchaban arriba y abajo en formación, formaban paredes de escudos y luchaban entre sí. Los honderos estaban colocados en filas y disparaban piedras a dianas de paja situadas a cientos de pasos de distancia. Escuadrones de jinetes montados sobre peludos caballos de montaña cabalgaban y giraban todos a una, las lanzas relucientes al sol.

—Esto sí que es un ejército —declaró satisfecho—. Un ejército muy grande.

—Sí, y todo gracias a ti —replicó Ariadne.

Espartaco la atrajo hacia sí.

—Tú también has tenido algo que ver. Los hombres hacen cola para escuchar a la sacerdotisa de Dioniso, anhelan oír de su boca las palabras del dios.

Ella le sonrió agradecida.

—Quizá, pero los treinta mil hombres que se han unido a la causa desde el asalto

a Forum Annii no han venido para escucharme a mí, sino para seguirte a ti, a Espartaco, el gladiador. Al hombre que se atreve a desafiar a Roma, al hombre que da esperanzas a los esclavos.

—La esperanza puede ser peligrosa —comentó Espartaco con sequedad.

«Está claro que algo le preocupa —pensó Ariadne—. Ahora está preparado para hablar.»

—¿Por qué lo dices?

—Por fuera, las cosas no podrían ir mejor. Hemos cuadriplicado los efectivos, esquivado a Varinio y encontrado un lugar remoto donde pasar el invierno. Esta tierra es fértil, el talón de la bota de Italia, y contiene muchas granjas y ciudades que podemos asaltar. En Metapontum conseguimos cereales para dos meses, Heraclea también resultó ser muy rica y podemos atacar Thurium cuando nos plazca. Hemos capturado y domado cientos de caballos salvajes y Pulcro tiene a un sinfín de herreros que fabrican armas desde el amanecer hasta el anochecer. Y siguen llegando más esclavos. Hasta Crixus está calmado —comentó con una amarga sonrisa.

—Desde la pelea de Forum Annii va muy a la suya, ¿verdad?

—Lo más probable es que ese pedazo de mierda esté reclutando a gente. Así, cuando llegue el momento, dispondrá de un gran número de seguidores, pero al menos no anda buscando pelea en todo momento. De todos modos, vivimos en una burbuja.

Ariadne dejó de gozar de la calidez del sol.

—Quieres decir que Roma no nos ha olvidado, ¿verdad?

—Así es —replicó en tono grave—. Ahora estamos en el paraíso, pero todo se acabará en cuanto la nieve se funda en las montañas del norte. En la primavera, con el deshielo, las legiones saldrán en nuestra busca. —Sonrió irónico—. Aníbal sobrevivió en estas tierras más de una década y seguramente es el mejor general que ha existido nunca. Burló a los romanos de forma constante, pero esos bastardos obstinados jamás se dieron por vencidos, ni siquiera tras la batalla de Cannas. Simplemente reclutaron a más hombres y siguieron luchando. Necesitaron casi toda una generación para conseguirlo, pero al final derrotaron a Aníbal —dijo Espartaco y soltó un suspiro—. Y él contaba con soldados profesionales, pero yo tengo esclavos.

—Ya no son esclavos —replicó Ariadne con brusquedad—. Son hombres libres, todos lo son.

—Es cierto —reconoció Espartaco—. Aunque no son legionarios.

—Llevan meses entrenando como cualquier recluta de la legión.

—Tienes razón, pero la mayoría no ha nacido con esa actitud guerrera que tienen los romanos desde la cuna. Ni tampoco son veteranos de guerra. Cuando Roma envíe a sus mejores hombres, como sin duda hará, ¿crees que mis soldados lucharán o saldrán corriendo?

Ariadne señaló a la multitud de figuras en la llanura.

—¡Esos hombres te adoran! ¡Te seguirían hasta el fin del mundo!

El orgullo se hizo visible en los ojos de Espartaco.

—Es cierto. No estoy siendo justo con ellos, pero el resultado será el mismo. Por mucho que venzamos a los romanos una y otra vez, jamás les derrotaremos. No se puede matar a todas las hormigas de un hormiguero, es imposible —concluyó con gesto sombrío.

A Ariadne se le aceleró el pulso. No habían vuelto a hablar del tema de abandonar Italia desde la última conversación hacía unos meses, si bien la idea seguía rondándole la cabeza. Y a él también, pensó. Pero no quería ser ella quien lo mencionara primero. Espartaco no sabía que estaba embarazada y no quería que pensara que trataba de influir en él.

Espartaco inclinó la cabeza y la miró.

—¿Qué estás pensando?

—Me estaba preguntando lo que pensabas tú —respondió evasiva.

—No tengo miedo de morir en la batalla —respondió pensativo—, pero, si hubiera otro camino, un camino que no evitara el enfrentamiento con el enemigo, lo tendría muy en cuenta.

Ariadne esperó. «Guíale, por favor, Dioniso.»

—Aunque los romanos no dejarán que nos escapemos tan fácilmente. —Rio con amargura—. Apostarán a todas sus tropas en el camino de aquí a los Alpes.

Ariadne sintió náuseas solo de pensar en ello.

—No obstante, si nuestro ejército fuera capaz de superar esta dura prueba, entonces… —Espartaco vaciló antes de continuar—, fuera de Italia podríamos ser libres de verdad.

Ariadne quería saltar de alegría.

—Crixus no me seguiría, nunca ha sido esa su intención, pero creo que Castus y Gannicus sí. Creo que saben que soy mejor general que su compatriota.

—Después de ver cómo has organizado el ejército, hay que ser tonto para pensar lo contrario.

Él le lanzó una mirada inquisitiva.

—No has dicho nada sobre mi propuesta, pero fuiste tú quien lo sugirió hace tiempo. ¿Sigues creyendo que es una buena idea?

Ariadne sonrió.

—Sí. Roma es una presa demasiado grande para poder abatirla. Además, creo que tu destino es regresar a Tracia. Por eso señalas al este en tu sueño.

«O al menos eso quiero creer yo.» Ariadne acalló las protestas de su conciencia.

Espartaco parecía satisfecho.

«Debo decírselo ahora.» Ariadne le apretó la mano.

—Tengo que decirte una cosa.

Espartaco enarcó una ceja.

—Ya llevo dos faltas. —Chasqueó la lengua ante la mirada confusa de Espartaco —. Estoy embarazada.

A Espartaco se le iluminó la cara.

—¿Embarazada?

Ariadne sonrió y le dio un beso.

—Eso he dicho.

—¡Qué gran noticia! ¡Alabado sea el Gran Jinete!

—Creo que debes alabarte a ti mismo, que cada mañana sin excepción me obligas a quedarme en el lecho contigo —replicó Ariadne en tono seco, pero el brillo de sus ojos la delató. Le estaba tomando el pelo.

—Un hombre tiene sus necesidades —replicó Espartaco con una amplia sonrisa —. ¿Será un niño como dijiste?

Ariadne se acarició la barriga.

—Sí, así creo. Tu primer hijo debería ser un varón, ¿no?

—Me gustaría que así fuera. —Espartaco hizo un rápido cálculo mental—. Nacerá para la vendimia.

—Eso he calculado yo.

—Es buena época. Hace calor y tendrá tiempo de crecer y estar fuerte para el invierno. Y también nos da tiempo hasta tomar rumbo al norte.

—¿Cuándo hablarás con el resto de los líderes? —preguntó Ariadne. «Cuanto antes, mejor.»

—Ahora mismo —respondió Espartaco poniéndose en pie—. La primavera está al caer y quiero estar preparado para movernos cuando llegue.

Ariadne advirtió movimiento con el rabillo del ojo. Miró hacia abajo y vio a un jinete que cabalgaba al galope hacia el campamento desde el oeste. La forma en que azuzaba a su montura con el látigo hablaba por sí misma. «Los dioses siempre tienen que interponer algún obstáculo en el camino.» Ariadne intentó no preocuparse.

—Creo que la conversación tendrá que esperar hasta más tarde.

Espartaco siguió su mirada y apretó la mandíbula al ver al jinete.

—Quizá, pero de todos modos tendremos que hablar.

—¿De qué crees que se trata? —preguntó Ariadne con voz queda sospechando la respuesta.

—Varinio —masculló Espartaco—. Nos ha encontrado.

—El capullo de Varinio ha tenido unos meses para lamerse las heridas y reclutar a más hombres —espetó Espartaco.

El mensajero, empapado de sudor y con semblante cansado, observaba desde un

lado de la tienda a Espartaco hablar con Castus, Gannicus y Crixus.

—Tenía claro que saldría en nuestra busca. No puede volver al Senado habiendo fracasado por completo, le hubieran colgado de los huevos.

—Por ahora solo ha acumulado derrotas —se mofó Gannicus.

—Y pronto sufrirá otra —intervino Crixus.

—Según el mensajero, Varinio tiene más de seis mil hombres —advirtió Castus —. Ha estado muy ocupado reclutando en Cumae.

—¿Eso es todo? ¡No es más que una gota en el océano en comparación con nuestros efectivos! —se burló Crixus.

—No debemos subestimarles —replicó Espartaco—. Es más de una legión.

—¿Acaso la vida fácil te ha hecho perder las ganas de luchar? —preguntó Crixus con afán provocador.

Espartaco le lanzó una mirada dura.

—¿A ti qué te parece?

—Yo… —comenzó a decir Crixus.

Espartaco lo interrumpió.

—Ya te dije que lucharíamos contra Varinio y soy un hombre de palabra, pero son muchos legionarios. Por mucho que superemos en número a esos hijos de puta en una relación de uno a seis o uno a siete, he visto a muchas tropas romanas luchar contra ejércitos más grandes y salir victoriosas.

Castus lo miró ansioso. Gannicus se frotó la nariz y no dijo nada.

—¡Eso no nos pasará a nosotros! —replicó Crixus furioso.

—¡Tienes razón! —Espartaco miró al mensajero—. ¿A cuántos días de Thurium dices que se encuentran?

—A unos dos días de marcha, señor.

—Dos días…

—¿Se te ha ocurrido algo? —inquirió Gannicus al advertir su expresión pensativa.

—Podríamos tender una pequeña trampa a Varinio, algo que no se espere de unos esclavos.

—Suena interesante —comentó Castus en tono más alegre.

—Escúpelo ya —instó Crixus de mala gana.

—Carbo ha trabado amistad con uno de los centinelas que vigila la muralla de Thurium —reveló Espartaco—. De vez en cuando le lleva carne de ciervo y jabalí que ha cazado. Si le pide que abra las puertas por la noche para darle más, el tonto lo hará.

Castus enarcó las cejas.

—¿Pretendes apoderarte de la ciudad?

—¿Por qué no? La defienden tan solo unos pocos centenares de ciudadanos, la

mayoría hombres ancianos o en baja forma. Si vamos esta noche, la ciudad será nuestra al amanecer.

—¿Con qué finalidad? —inquirió Crixus.

—Acércate un poco más y os lo explico —respondió Espartaco con una sonrisa maliciosa.

Publio Varinio sintió un escalofrío. Se recolocó la capa alrededor de los hombros huesudos y se acercó más al brasero situado en el centro de la tienda. La leña estaba húmeda y chisporroteaba sin cesar, pero apenas daba calor. Varinio se secó las lágrimas provocadas por el humo y soltó una maldición. Desde que abandonó la comodidad de Cumae, no hacía más que pasar frío. No importaba lo que hiciera o cómo se vistiera, no lograba quitarse el frío de encima. Tampoco era de sorprender si tenía en cuenta que cada día era una maldita repetición del anterior. Se despertaba en una tienda helada. Comía un desayuno frío. Recogían el campamento. Enviaba a las patrullas de reconocimiento. Seguía su estela cabalgando bajo la lluvia invernal en un terreno fangoso e inhóspito cubierto de granizo. No encontraban nada. Volvían a montar el campamento. Cenaba gachas con carne medio cruda y medio quemada. Dormía el sueño de los exhaustos, o de los muertos. Se levantaba al día siguiente y todo volvía a empezar. «Maldito Espartaco», pensó mientras le sobrevenía otro ataque de tos.

Varinio y sus hombres llevaban semanas persiguiendo rumores y chismorreos, pero, para su gran frustración, todas las pistas habían sido infructuosas. Aunque Espartaco estaba en boca de todos, no había ni rastro del gladiador fugitivo en la región de la Campania. Y las cosas no habían cambiado en Lucania. Localizar a Espartaco era más difícil que llegar al centro de un laberinto sin la ayuda de una madeja, pensó con amargura. Al menos al día siguiente llegarían a Thurium. Allí requisaría una casa y dormiría bajo un techo de verdad con mantas secas y calientes. Varinio soñaba con el día en que no tuviera que dormir más en una tienda.

Miró de reojo el pergamino encima de la mesa que había llevado un mensajero durante el día. Seguro que en esos momentos su autor, Marco Licinio Craso, dormía plácidamente en su lecho caliente. «Si ese capullo arrogante me viera ahora, se moriría de la risa.» A Varinio le daba mala espina recibir una carta personal de uno de los hombres que guiaba el rumbo de la República. Si hubiera tenido éxito en su cometido, se habría apresurado a abrirla, pero desde que partió de la capital, la misión parecía haber estado abocada al fracaso. A Varinio no le gustaba pensar demasiado en ello, pero seguro que Craso estaba al corriente de sus infortunios. Los informes vagos e imprecisos que había mandado a Roma no engañaban ni a un tonto, y mucho menos a uno de los políticos más ricos y astutos del país. Lo que más atormentaba a Varinio era el hecho de no poder achacar sus desgracias a la mala suerte. En retrospectiva, se

daba cuenta de que dividir las tropas había sido una decisión equivocada.

Después de los sorprendentes éxitos cosechados por Espartaco contra Lucio Furio primero y Lucio Cosinio después, los esclavos habían osado atacar dos de los campamentos de Varinio. Además de causar numerosas bajas, los asaltos habían dejado por los suelos fangosos de la Campania la moral de los legionarios. La enfermedad también había debilitado a las tropas. Dada la situación, era un milagro que no hubieran desertado más soldados, pensó Varinio.

Cuando supo que los esclavos habían abandonado el antiguo campamento de Glabro, no se le pasó por la cabeza asaltarlo ni perseguir a Espartaco tierra adentro. Si bien la retirada a Cumae podía interpretarse como un acto de cobardía, la única opción sensata había sido replegarse para reagruparse y reclutar a más soldados. Si hubiera hecho cualquier otra cosa, habría tenido un amotinamiento entre manos.

Era obvio que Craso y el Senado no opinarían lo mismo. Un comandante romano nunca se retiraba más allá del alcance del enemigo, sobre todo si el enemigo no era más que un grupo de gladiadores y esclavos fugitivos.

Varinio renegó en silencio y agarró la carta. Rompió el lacre con la uña del pulgar y desenrolló el pergamino.

A Publio Varinio, pretor de la República de Roma: saludos. Espero que esta carta te encuentre bien de salud y con buenos augurios de los dioses.

Varinio hizo una mueca. «Empieza con sarcasmo», pensó. Recorrió con la vista la pulida escritura de la carta, obra de un escribano profesional.

Hace casi cuatro meses que tus oficiales y tú partisteis de Roma en una gloriosa misión encomendada por el Senado.

«Así me gusta, restriégamelo todavía más por las narices», pensó Varinio.

No obstante, las últimas noticias que han llegado a la capital son cuando menos inquietantes. Ya nos sobrecogieron en su momento la emboscada sufrida por Lucio Furio y la trágica muerte de Lucio Cosinio junto a muchos de sus hombres. También se dice que los esclavos atacaron posteriormente algunos de tus campamentos. Salvo por las revueltas sufridas durante la guerra civil, hacía generaciones que Italia no se enfrentaba a semejantes agravios. La situación no puede continuar así. No dudo que tuvieras buenos motivos para replegarte en Cumae, pero no todos en Roma ven con buenos ojos tu decisión. Con acciones de esta clase jamás conseguirás exterminar a los que han osado desafiar a la República de manera tan flagrante. Por lo

tanto, no pueden repetirse. Por mucho que me duela hacerlo, me veo en la obligación de recordarte la suerte que corrió tu predecesor, Cayo Claudio Glabro. De todos modos, estoy convencido de que tu futuro será más brillante.

La mera idea de dejarse caer sobre la espada le provocó un sudor frío. Varinio se obligó a seguir leyendo.

No cejes en tu empeño. Ruego a Diana, guía de los cazadores, que te ayude a dar caza a Espartaco. ¡Y que el escudo de Marte os proteja a ti y a tus hombres! El éxito pronto será tuyo y la paz volverá a reinar en la Campania. Espero con impaciencia tu regreso victorioso a Roma.

Recibe un saludo fraternal,
Marco Licinio Craso

Por si no era consciente de ello antes, la misiva lo dejaba muy claro: si no tenía éxito o no moría en el intento, el Senado le ordenaría que se suicidara. Ese era el mensaje que le transmitía Craso con tan dulces palabras. «¿Qué he hecho yo para merecer semejante destino? ¿Cómo es posible que un cometido tan fácil se haya transformado en una tarea tan ardua?» Arrugó el pergamino y lo arrojó al brasero. Observó con cierta satisfacción cómo se ennegrecía y comenzaba a arder.

Pero el mensaje estaba grabado en su mente.

Una tos discreta le sacó de su triste ensimismamiento.

—¿Señor?

Varinio dio media vuelta.

—¡Ah, Galba! —Fingió alegrarse de ver a su centurión más veterano, un hombre con calvicie incipiente, piernas arqueadas y cara de pocos amigos—. ¿Qué sucede?

—Traigo buenas noticias, señor.

Varinio prestó atención.

—¿De verdad? Pasa, pasa. Ahí fuera sopla un vendaval de mil demonios.

Galba entró y cerró la solapa de la tienda tras de sí.

—Tal y como me ordenó, esta mañana he enviado a un jinete a Thurium y acaba de regresar.

Decepcionado, Varinio frunció el ceño. Ya sabía que él y sus hombres serían bienvenidos en la ciudad. ¿Qué sentido tenía recordárselo ahora, cuando tenía tanto frío y se sentía tan desgraciado?

—¿Eso es todo?

—No lo entiende, señor. El mensajero no pudo entrar en la ciudad porque Espartaco y sus hombres la han asediado.

Varinio no daba crédito a sus oídos.

—Por las pelotas de Vulcano, ¿es eso cierto?

—Eso dice el mensajero, señor, y es un hombre de fiar. Lleva más de cinco años en el ejército.

—¿Thurium sigue siendo nuestra?

—Al parecer, sí. Hay muchos centinelas defendiendo la muralla.

—¡Ja! Una banda de ratas de cloaca no puede apoderarse de una ciudad. ¿Qué se han pensado esos imbéciles? —exclamó Varinio recuperando la confianza—. ¿Cuántos son?

—Es difícil de decir, señor. El mensajero tampoco podía entretenerse demasiado, pero más que una legión. Calcula que unos seis o siete mil hombres, quizá más.

—Espartaco no ha perdido el tiempo —musitó Varinio con los ojos entrecerrados —. Pero no son más que esclavos, ¿no?

—No tienen nada que hacer contra nuestros hombres, señor —aseguró Galba.

—¿Disponen de catapultas o de otras armas de asedio?

—No, señor.

—Claro que no —dijo para sí Varinio—. ¿Qué tipo de terreno hay alrededor de la ciudad?

—Son casi todo llanuras, señor. Como ya sabe, el mar se encuentra a unos kilómetros hacia el este. En el norte hay una gran zona boscosa, es probable que Espartaco viniera de allí. La carretera principal se halla al oeste y atraviesa varios campos de cultivo, que se extienden hacia el sur.

—¿Significa eso que solo pueden retirarse por donde han venido?

—Así es, señor.

—¡Magnífico! —exclamó Varinio golpeándose la mano izquierda con el puño derecho—. Si salimos al amanecer, ¿cuándo podemos estar allí?

—Según el mensajero, son unos veinticinco kilómetros, señor.

—Así que llegaremos a primera hora de la tarde, eso nos da tiempo más que suficiente para librar una batalla. Yo lideraré las tropas en el ataque frontal para liberar la ciudad y la caballería les cortará la retirada. Vamos a acabar con esos cabrones.

—No saben lo que les viene encima —convino Galba con una sonrisa malvada.

—Ordena que toquen diana una hora antes del amanecer. Quiero a todos los hombres listos en cuanto salga el sol. Solo necesitan llevar armas y comida para un día —ordenó Varinio.

—¿Y las catapultas y las balistas, señor?

—No las necesitaremos.

—¿Y el equipaje y las provisiones?

—Ordena a una cohorte que nos siga con todo el equipaje y las provisiones. Otra

cosa, Galba. Haz correr la voz de que el ataque de mañana será pan comido.

—Muy bien, señor. —Galba saludó al pretor con una amplia sonrisa y giró sobre sus talones.

Hacía semanas que Varinio no estaba tan contento. Se sirvió una copa generosa de vino, que curiosamente sabía mejor ahora que antes. «Ese cabrón de Craso tendrá que tragarse sus palabras. Seguro que ahora hará todos los esfuerzos posibles por granjearse mi amistad.» Varinio empezó a redactar mentalmente el texto exacto de la carta que dirigiría al Senado para informar de su victoria. “Espartaco ha muerto.” «Ese sería un buen principio.»

El pretor durmió como un bebé y comenzó el día con buen pie. En cuanto el sol empezó a teñir el cielo de rosa, su adivino —un anciano de dientes salidos originario de Latium— cortó el pescuezo a una gallina y examinó sus entrañas. Para gran satisfacción de Varinio, los augurios fueron excelentes. Al final del día brindaría a Roma una victoria aplastante: los esclavos serían aniquilados, Espartaco acabaría muerto o preso y los ciudadanos de Thurium colmarían de presentes a los legionarios. Y algo mejor todavía: Varinio tendría asegurado el futuro de su carrera política, su *cursus honorum*.

Como estaba eufórico, el trayecto de veinticinco kilómetros hasta Thurium se le antojó mucho más corto. Además, las tropas tenían la moral alta. En los últimos meses se había acostumbrado a sus caras largas y maldiciones susurradas cada vez que le veían. El número de deserciones y de soldados que fingían alguna enfermedad se había disparado. Ese día, por primera vez en mucho tiempo, Varinio les oyó cantar en lugar de quejarse. Los legionarios marchaban ligeros, y no solo porque hubieran dejado atrás el pesado hatillo. Marchaban con entusiasmo, era como si tuvieran ganas de luchar. Después debía acordarse de dar las gracias al veterano Galba, que desde el inicio de la campaña había realizado una gran labor.

Tan impaciente estaba por llegar a Thurium, que abandonó el protocolo y cabalgó a la cabeza de las tropas en vez de en el lugar habitual reservado a los oficiales, en la retaguardia, a cierta distancia. Únicamente la unidad de caballería, unos cuatrocientos soldados germanos, cabalgaban por delante de Varinio y los oficiales superiores. Los jinetes se habían adelantado desde el principio para reconocer el terreno y alertar sobre la posible presencia de tropas enemigas. «Esclavos estúpidos. No tienen ni idea de lo que les viene encima.»

Los fértiles campos de cultivo que bordeaban Thurium por el oeste eran idénticos al resto de las tierras de labranza del sur de Italia: grandes viñedos y trigales limitados por árboles y arbustos. Los trigales habían quedado vacíos después de la cosecha. Varias bandadas de grajos protestaron cuando los soldados pasaron junto a las ramas desnudas de los árboles que anidaban. A cado lado del camino se extendían

innumerables filas de vides sin hojas, tristemente enjutas tras el glorioso follaje de otoño. Varinio, enólogo entusiasta, había probado varios vinos locales y siempre había deseado comprar una finca en la zona, pero los precios desorbitados le habían hecho desistir. «Sin embargo, después de hoy, eso ya no será un problema», pensó triunfante.

Una docena de germanos apareció ante ellos y se le hizo un nudo en el estómago. Fingió no verlos y siguió charlando animadamente con Toranius, uno de los cuestores, hasta que llegó un punto en que no pudo ignorar el galope de los caballos.

—Ah, parece que traen noticias —dijo Varinio con desenfado.

Cuando vieron su capa escarlata y el casco decorado con crin de caballo, los jinetes se detuvieron ante él. El jefe de los germanos saludó de forma somera al romano.

—Pretor, hemos divisado el ejército de esclavos —explicó en un latín con un fuerte acento germano.

—¡No es un ejército! ¡No son más que chusma!

—Desde luego, señor —admitió el germano con una leve inclinación de cabeza.

—¿Dónde están?

—Esparcidos alrededor de las murallas. No hemos visto tropas en la retaguardia.

—¿Os han visto?

—Había unos cuantos centinelas, pero hemos acabado con ellos —dijo haciendo un gesto revelador con el dedo como si se cortara el cuello—. El resto no nos ha visto.

Varinio ya saboreaba las mieles del éxito, más dulces de lo que jamás había imaginado. Se acabó marchar por el barro en el duro frío invernal. La batalla sería breve y contundente con una sola conclusión.

—Muy bien. Ya sabéis qué hacer.

—Debemos bordear la ciudad y dirigirnos al norte, donde esperaremos junto a los árboles a los esclavos que se batan en retirada. Debemos caer sobre ellos como martillos de Hades —replicó el germano.

—¡Sin cuartel! Quiero que tus hombres los maten hasta que les duela el brazo derecho y no puedan sostener más la espada —ordenó Varinio.

—Sí, señor. —El germano sonrió entusiasmado.

El jinete tradujo las órdenes de Varinio y cabalgó hacia Thurium seguido de sus hombres.

—¿Cuáles son las órdenes, señor? —inquirió Toranius.

—Quiero una formación en *triplex acies* en cuanto avistemos las murallas de la ciudad. —No había razón alguna para no emplear el mismo método de eficacia probada usado por generaciones de generales romanos—. Nos acercaremos a esos perros y lanzaremos la primera carga a una distancia de cien pasos.

—¿Cree que entrarán en combate, señor?

—¡Lo dudo mucho! En terreno llano, nadie supera a las legiones romanas, y mucho menos una pandilla de jodidos esclavos. Acuérdate de lo que te digo, Toranius, van a salir corriendo en cuanto nos vean. Quizá no tengamos ni la oportunidad de aproximarnos lo suficiente para arrojar los *pila*.

Media hora más tarde, la adrenalina pulsaba con fuerza por las venas de Varinio. Había vuelto a colocarse detrás de los hombres —al fin y al cabo, tampoco hacía falta arriesgarse de manera estúpida— y gozaba sobre su montura de una excelente vista central del campo de batalla. Toranius y los cuatro tribunos permanecieron cerca, listos para transmitir sus órdenes durante la batalla. A derecha e izquierda de Varinio se extendían en ordenadas filas las doce cohortes completas: cinco filas formando la primera línea, cuatro la segunda y tres la tercera. Una corta distancia separaba las tres líneas. Sonaron las trompetas y los soldados ocuparon sus posiciones. Varinio los contempló orgulloso. «Por todos los dioses, presentan un aspecto imponente.» Los centuriones tocaron el silbato y vociferaron sus órdenes desde la primera fila de cada cohorte; junto a cada oficial sobresalía, a la vista de todos, el estandarte dorado de la unidad. Los *optiones* se apostaron detrás de las últimas filas, estacas en mano. Su tarea consistía en pegar con la estaca a cualquier hombre que pretendiera retirarse. «Pero hoy nadie se retirará.»

Satisfecho con el aspecto de sus tropas, Varinio dirigió la mirada a Thurium, situada a casi un kilómetro. El mensajero había calculado bien la distancia. Una mancha negra rodeaba las murallas de la ciudad: eran los esclavos. Eso significaba que eran mucho más numerosos que sus legionarios. «¿Qué más da?», pensó el pretor con desprecio. La enorme masa de hombres que se extendía ante sus ojos no tenía ni orden ni concierto. Además, en lugar de gritos de guerra, emitían alaridos asustados. «Excelente.»

—Nos han visto. ¡Tocad la señal de avanzar! —ordenó Varinio.

El músico que estaba a su lado se llevó la trompeta a los labios y tocó unas notas cortas y seguidas. El resto de las trompetas le imitaron. Acto seguido, los legionarios comenzaron a marchar con paso decidido. «Pum, pum, pum.»

Cada vez más exaltado, Varinio cabalgó una veintena de pasos más atrás.

—¡Guardad las filas! —bramó un centurión—. ¡Preparad el primer *pilum*!

—¡No os precipitéis! —ordenó Galba—. La intención es atacar y golpear a todos esos bastardos a la vez.

—¡Por Lucio Furio y sus hombres! —rugió una voz.

—¡Y por Lucio Cosinio! —añadió otra.

—¡VENGANZA!

El grito recorrió toda la línea ahogando los lamentos de desesperación de los esclavos.

—¡SI-LEN-CIO! —gritó Galba golpeando con la espada plana los cascos que le rodeaban—. ¡Debemos aproximarnos en silencio!

Al cabo de un rato, los centuriones y suboficiales lograron acallarlos. Los legionarios se sumieron en un extraño silencio. Varinio no había estado en muchas batallas, pero percibió el ambiente. En el aire dominaba el olor a cuero y a sudor de los hombres. Volvieron a retumbar en el suelo embarrado los clavos de las *caligae* tachonadas, sonido que se entremezcló con el choque de las astas de las jabalinas contra los escudos y el tintineo metálico de las cotas de malla. Había hombres carraspeando y escupiendo por doquier; murmurando plegarias a sus dioses predilectos y frotando discretamente los amuletos que les colgaban del cuello. El nerviosismo se alojó en el estómago de Varinio. Inspiró aire con fuerza y lo soltó. «Ver avanzar al enemigo en silencio produce un efecto devastador. Por eso lo hacemos.»

La distancia con respecto a los esclavos se acortó unos doscientos cincuenta pasos. Varinio estaba cada vez más ansioso. Todavía estaban demasiado lejos para arrojar las jabalinas, pero lo bastante cerca para deducir que se enzarzarían en un combate. Los legionarios, percibiendo el temor de los esclavos, estaban cada vez más impacientes. Los centuriones veteranos se ocuparon de mantener la calma y asegurarse de que nadie rompiera filas.

Cuando se encontraron a doscientos pasos de distancia del enemigo, ordenaron a los soldados que comenzaran a golpear el borde metálico superior de los escudos con sus *pila*.

«Clac, clac, clac.»

Era un sonido estremecedor, ideado para infundir temor en el corazón de los hombres. Era la promesa de un beso de la muerte a manos de la punta de una jabalina o la hoja de un *gladius*, la promesa de un viaje por la laguna Estigia al encuentro de Caronte, el barquero.

Pocos enemigos eran capaces de resistir el terror provocado por este tipo de aproximación.

Los hombres de Espartaco profirieron una oleada de gritos incomprensibles y Varinio vio cómo la masa central se partía en dos. La mitad se lanzó a la carrera hacia el sur y el resto huyó hacia el norte, al bosque.

Varinio contuvo un grito de alegría.

—¡Dos cohortes a la izquierda y tres a la derecha!

Esperó a que la trompeta transmitiera sus instrucciones antes de ordenar a las cuatro cohortes de la segunda línea que fueran en pos de sus compañeros y que las tres filas restantes permanecieran en el centro.

—Toranius, quiero que tú dirijas la persecución hacia el sur. Son campos de labranza, así que estos malditos folla-ovejas no tendrán dónde esconderse. Persíguelos hasta la muerte. ¡Mátalos a todos si puedes!

—Sí, señor. —Los dientes blancos de Toranius resplandecieron en su cara morena.

—Vosotros, quedaos aquí —ordenó a dos tribunos—. El resto, seguid a las cohortes de la izquierda. Perseguidles hasta que caigan en manos de los germanos. Llegado el momento, la caballería cargará contra ellos y los empujará contra vuestra pared de escudos. —A continuación se dirigió al trompeta—: Toca la orden de ataque. ¡Jabalinas a discreción!

Varinio comprobó satisfecho que sus órdenes se obedecían al instante. Los legionarios comenzaron a lanzar nuevos gritos de guerra y esta vez los centuriones no les silenciaron.

«¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!»

A la izquierda del pretor el cielo se oscureció con los cientos de *pila* arrojados contra los esclavos que se batían en retirada. Las jabalinas trazaron un grácil y letal arco en el aire. Varinio contó los latidos de su corazón. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Las puntas de los proyectiles giraron al este. Seis. Siete. Ocho. Se oyeron los primeros gritos y Varinio dejó de contar y sonrió. «No hay nada como unas jabalinas para sembrar el pánico entre una multitud que se da a la fuga.»

Varinio se volvió hacia la derecha y el mismo escenario se repitió ante sus ojos. Toranius haría un buen trabajo. Era joven, pero juicioso.

Miró de nuevo al frente. La puerta principal de la muralla se estaba abriendo. Sus defensores querían vivir la acción de cerca, pensó divertido. Debían apresurarse si no querían perdérselo todo. «O quizá deseen agradecerme que les haya salvado sus miserables culos.»

Cientos de hombres armados salieron en tropel de Thurium vestidos con cotas de malla romanas y los típicos cascos de bronce con plumas. Corrían en silencio, directos hacia las tres cohortes.

Varinio parpadeó.

—En nombre de Júpiter, pero ¿qué hacen?

Miró en derredor, pero Toranius y los tribunos hacía tiempo que se habían marchado. Cuando volvió a mirar al frente, los hombres se habían acercado una veintena de pasos. A Varinio le sorprendió ver que algunos llevaban bigote y el pelo largo. Recorrió todas las filas con la vista y casi se le paró el corazón. En la primera fila había un nubio y un hombre con el rostro tatuado que solo podía ser un escita o algo similar.

—¡N-no son romanos! ¡Es una trampa! —chilló.

El trompeta lo miró ansioso con el instrumento medio levantado.

—¿Cuál es la orden, señor?

—¡Cerrad filas! —bramó Varinio—. ¡Preparaos para arrojar las jabalinas a cincuenta pasos!

«Tan-tara. Tan-tara-tara.»

Los legionarios juntaron los escudos con estrépito.

—¡Brazo derecho atrás! —ordenaron los centuriones—. ¡Jabalinas preparadas!

Varinio desmontó y entregó al ordenanza las riendas de su montura para que mantuviera al caballo alejado de todo peligro. Levantó el escudo y desenvainó la espada. Era la segunda vez que usaba el arma en una batalla, pero la firmeza de la empuñadura de marfil le infundió confianza.

—Muy bien. Vamos a enseñar a esos cabrones lo que significa el valor. ¡POR ROMA!

—¡POR ROMA! —rugieron los hombres a modo de respuesta—. ¡POR ROMA!

Varinio se envalentonó.

—¿Es esto todo lo que tienes para mí, Espartaco?

No lo era.

Varinio abrió los ojos horrorizado. La oleada de hombres que surgía de la ciudad no se había detenido, sino que se había vuelto más densa. Superaban en número a las tres cohortes y la balanza se inclinaba cada vez más a favor de los esclavos. Además, Varinio percibió en los ojos de los hombres que corrían hacia ellos la misma determinación inquebrantable que transmitía la mirada de los veteranos guerreros romanos. El enemigo seguía corriendo en silencio. Solo cincuenta pasos separaban ya a ambos bandos. Los centuriones dieron la orden de arrojar las jabalinas. En respuesta a lo cual, los esclavos frenaron el paso y lanzaron su propia lluvia de proyectiles. A continuación, Varinio contempló pasmado cómo los esclavos levantaban los escudos para protegerse.

—¡Levantad los escudos! —gritaron los centuriones.

Como un tonto, Varinio miró hacia arriba. Cuando vio que algo volaba en su dirección, se agachó detrás del escudo. El movimiento le salvó la vida. Oyó un silbido y el *pilum* surcó el aire por donde había estado su cabeza y se clavó en el suelo a no más de un palmo de distancia. Dos *pila* más aterrizaron a su izquierda. Un alarido desgarrador a sus espaldas le indicó que el ordenanza había sido alcanzado. Varinio sacudió incrédulo la cabeza como un borracho que intenta encontrar el camino a casa.

—Esto no puede estar pasando.

Pero estaba pasando.

19

Ambos bandos intercambiaron una nueva lluvia de jabalinas antes de chocar entre sí con un estrépito atronador. Los legionarios de Varinio no se esperaban la rotundidad del impacto. Al menos dos cayeron al suelo sin oportunidad de levantarse porque varios *gladii* veloces atravesaron sus cuerpos con ferocidad. Por regla general, cuando se producía una baja en la formación el hueco era cubierto de inmediato, pero esta vez no. Escupiendo espuma por la boca, los galos que Varinio había avistado se lanzaron sin miedo y vociferando gritos sobre las brechas que se abrían en las filas romanas; empujaron a los soldados con los escudos y esgrimieron las espadas como posesos hasta que la segunda fila de legionarios retrocedió varios pasos. Un centurión que se interpuso en su camino murió en el acto, su cuerpo cercenado por varios golpes atroces de espada. También cayó uno de los *signifer* y un escita alzó el estandarte con gesto triunfante.

Las tropas de Varinio, que tan seguras habían estado hacía unos instantes del éxito de la misión, se encogieron ante la brutalidad del enemigo. La realidad a la que se enfrentaban era muy distinta a la que les habían prometido. Los esclavos no actuaban como hombres asustados y fáciles de matar, sino como fieras hambrientas e indestructibles.

Los legionarios retrocedieron un paso más.

Sedientos de sangre, los hombres de Espartaco avanzaron con fuerza renovada.

—¡Guardad las filas! —rugió Galba—. ¡Guardad las filas, malditos perros sarnosos!

Con un ágil movimiento de espada, el veterano centurión amputó el brazo de un esclavo que lucía un casco oxidado; lo apartó con un golpe de *scutum* y corrió hacia el siguiente esclavo, al que asestó una estocada en el pecho. Al arrancar el arma del cuerpo, la sangre le salpicó la cara y soltó una carcajada.

—¿Es esto lo único que sabéis hacer, mamones miserables?

Se produjo una pausa momentánea y los legionarios más próximos se miraron.

«Escuchad a Galba —rogó Varinio—. ¡Escuchadle!»

—¡Vamos, mamones! —berreó Galba.

Dio un salto adelante y empujó con el escudo a otro galo, que cayó hacia atrás en brazos de sus compañeros. Entonces, Galba sacó el *gladius* por el lateral del *scutum* y se lo clavó en el vientre. El hombre profirió un grito desgarrador. Al verlo, los legionarios se enfervorizaron y juntaron los escudos para avanzar hacia el centurión, que se había quedado solo tras su ataque heroico.

—¡ADELANTE! —ordenó Varinio—. ¡ADELANTE!

Pero alguien más se había percatado de la posición vulnerable de Galba.

Una figura surgió de entre las filas enemigas. Los esclavos que le rodeaban le

cedieron el paso y Varinio contuvo el aliento. Era un hombre de mediana estatura, pero su magnífico casco frigio daba a entender que se trataba de alguien importante. Vestía de manera similar a sus compañeros, llevaba cota de malla y sostenía un *scutum*, pero en vez de un *gladius* empuñaba una *sica*. «Es tracio. Tiene que ser él.» Sin mediar palabra, el recién llegado señaló al centurión con el arma ensangrentada.

Galba frunció el ceño.

—¿Crees que puedes conmigo? ¡Ven aquí, entonces! —Miró hacia atrás por encima del hombro—. Quedaos donde estáis, chicos. Voy a abrirle a este capullo otro agujero en el culo.

Sonriendo confiados, los legionarios obedecieron.

«¡Zas!»

El tracio guardó la espada y alargó el brazo derecho.

—¡Jabalina!

Un escita de aspecto fiero depositó el arma solicitada sobre la palma de su mano.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo la espada? —se mofó Galba—. ¡Esclavo de mierda!

—Para nada —respondió Espartaco en latín con un marcado acento extranjero.

Levantó la jabalina, echó el brazo atrás y la arrojó con todas sus fuerzas. El arma cubrió la distancia hasta Galba en un abrir y cerrar de ojos, atravesó el *scutum*, le desgarró la cota de malla y se hundió en su pecho. El centurión abrió los ojos como platos del intenso dolor y una espuma sanguinolenta comenzó a bañar sus labios. Tambaleante, cayó al suelo de espaldas con el escudo adherido al cuerpo.

—Simplemente se me da mejor la jabalina —replicó el tracio con voz queda.

Varinio no daba crédito a sus ojos. Jamás había visto un lanzamiento igual.

Y los legionarios tampoco. El miedo y la desesperación se apropiaron de sus rostros como las ondas en el agua cuando se lanza una piedra a un estanque.

El tracio desplegó una amplia sonrisa, desenvainó la *sica* y señaló a los romanos.

—¡ES-PAR-TA-CO! —rugieron sus hombres—. ¡ES-PAR-TA-CO!

Un miedo atroz se apoderó de Varinio. «Por todos los dioses. Este hombre no es ningún insurgente idiota».

Aterrados, los legionarios empezaron a mover la cabeza de un lado para otro en busca de una escapatoria. Los soldados de la primera fila fueron retrocediendo y empujando a los que estaban detrás sin apenas ofrecer resistencia.

Espartaco dio un salto adelante y profirió un rugido perturbador.

Los esclavos le siguieron en tropel con una furia devastadora.

Varinio se quedó petrificado. Fascinado, vio desintegrarse ante sus ojos la cohorte central. Algunos legionarios trataron de frenar desesperados el ataque, pero fue en vano. En cuanto se rompió el muro de escudos, ya no hubo vuelta atrás. Los soldados de la primera fila fueron los primeros en exponer sus espaldas al girarse para huir y los primeros en morir. En el tiempo que Varinio tardó en soltar el escudo, agarrar las

riendas del caballo y montar, numerosos legionarios perdieron la vida. El suelo estaba repleto de cuerpos mutilados y ensangrentados. Los esclavos pisaban a los muertos sin miramientos en pos de sus próximas víctimas, que mataban levantando y bajando las espadas con un espantoso ritmo hipnótico. No podían haberlo tenido más fácil. Desgarrados por el miedo, los romanos huían a empellones profiriendo gritos ensordecedores.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Varinio. «Esta cohorte está acabada.»

Dirigió la vista a las dos cohortes de los extremos y su desesperación se acrecentó. Al ver, oír y sentir lo sucedido a sus compañeros, ambas unidades se habían dado a la fuga.

Varinio notó una mano que le agarraba la pierna. Bajó la vista y contempló horrorizado el rostro ensangrentado de un legionario que no llevaba ni escudo ni espada.

—¡Ayúdeme, señor!

Sin pensarlo, le aplastó la cara con la empuñadura de la espada y oyó claramente el crujido de la nariz al romperse. Acto seguido, hincó los talones en los flancos del caballo y dio media vuelta.

Nervioso ante semejante caos, el animal respondió sin dilación.

«¿Qué habrá sucedido con las otras cohortes?», se preguntó Varinio. Al sur divisó las unidades de Toranius luchando contra los esclavos que, al parecer, habían dado media vuelta y se habían reagrupado. Era imposible que Toranius le echara una mano. «Por todos los muertos del Hades.» Sus peores temores se confirmaron cuando, al mirar hacia la zona boscosa del norte, vislumbró a cientos de jinetes, demasiados para ser los germanos, que giraban alrededor de un enorme grupo de hombres armados. Varinio no lograba entender lo que veían sus ojos. ¿Cómo podía disponer Espartaco de una unidad de caballería? Además, no era posible que hubiera ahuyentado a los jinetes germanos.

¿O sí?

De repente un objeto golpeó con violencia el anca del caballo. Varinio miró por encima del hombro. «¡Una jabalina!» Mientras intentaba dilucidar su procedencia, el caballo se encabritó por el dolor y lo tiró al suelo. El pretor cayó de espaldas y la caída le dejó sin aliento. Permaneció tumbado un instante mirando el cielo. Estaba totalmente despejado, observó.

—¿Está usted herido, señor?

A través de los ojos entrecerrados Varinio vio que se inclinaba sobre él un *optio* al que Galba siempre había elogiado.

—¿Qué?

—Si desea vivir, señor, ¡levántese!

Una mano mugrienta apareció ante sus ojos. Varinio la agarró y el *optio* tiró de él.

Una oleada de legionarios pasó corriendo por su lado, ajenos a la presencia de su comandante.

—¿Está bien, señor?

—S-sí —murmuró Varinio.

—Pase usted primero, señor. Yo le guardo las espaldas.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde sea, señor —contestó el *optio* dándole un empujón—. ¡Rápido!

En circunstancias normales, Varinio no hubiera tolerado semejante atrevimiento y hubiera castigado al *optio* en el acto, pero en ese momento se alegraba de dar media vuelta y correr como todos. Era eso o morir. No obstante, era claramente consciente de que la huida no garantizaba su supervivencia.

«Marte, portador de la guerra, perdona mi error de juicio. Permíteme vivir.»

A media tarde la batalla ya había finalizado. Había sido una victoria espectacular para los esclavos, que habían ahuyentado a los romanos y causado enormes bajas. A juzgar por el número de cuerpos esparcidos en el campo de batalla, Espartaco calculó que habían liquidado a más de dos terceras partes del ejército de Varinio. Varios oficiales yacían entre los muertos. Antes del anochecer morirían varios centenares de soldados más a manos de Crixus y sus hombres, que les perseguían por la Vía Annia hacia el norte. Otros fallecerían durante los próximos días a causa de las heridas. «Los cabrones se lo tienen merecido.» A Espartaco le embargó una enorme satisfacción mientras observaba el campo de batalla desde una de las torres de la muralla.

Sonrientes y exaltados, sus hombres descendieron sobre la ciudad como una nube de langostas. Para ellos había llegado el momento del saqueo que se les había negado la noche anterior durante el asalto triunfante a Thurium. Habían acabado con los defensores de la ciudad, pero Espartaco había impedido que mataran a alguno de sus habitantes, que desde entonces se ocultaban temerosos en sus casas.

Espartaco aguardó a sus tropas en la puerta principal de Thurium con media docena de tracios a su alrededor, que sostenían las *fasces* que los *lictores* de Varinio habían abandonado en la huida.

Los esclavos aclamaron a Espartaco como a un héroe conquistador, gritando vítores hasta quedarse sin voz.

—Habéis luchado muy bien —dijo a los primeros en llegar—. Estoy orgulloso de vosotros. Los senadores gordinflones de Roma temblarán en cuanto vuestra hazaña llegue a sus oídos.

—¡ES-PAR-TA-CO! —bramaron encantados.

Espartaco alzó la mano y guardaron silencio.

—Antes de entrar en la ciudad a reclamar vuestra justa recompensa, debéis tener en cuenta dos cosas.

—¿Qué cosas, Espartaco? —preguntó Pulcro, el herrero.

—No quiero que matéis a niños ni bebés. Ya murieron suficientes en Forum Annii. —Espartaco recorrió con la vista las caras de todos los presentes y muchos no se atrevieron a devolverle la mirada—. Cualquier hombre que haga daño a un niño o un bebé será ejecutado en el acto. Sin excepción. ¿Me habéis oído?

Se hizo un silencio incómodo.

—Alto y claro —respondió Pulcro lanzando una dura mirada en derredor—. Verdad, ¿chicos?

Los hombres soltaron un gruñido de asentimiento o inclinaron la cabeza.

Espartaco se sintió satisfecho.

—Lo segundo que debéis recordar es que esta derrota servirá a Roma de acicate para mandar nuevos ejércitos contra nosotros. Hoy no hemos ganado una guerra, ni siquiera una campaña. Para los parásitos del Senado, esto no es más que una desagradable sorpresa. La próxima vez enviarán a más soldados, seguramente a un ejército completo comandado por un cónsul y no por un mero pretor.

—¿Qué nos quieres decir con esto? —inquirió Pulcro torciendo el gesto.

—Que no podemos quedarnos aquí para siempre. Pensad en ello mientras celebráis la victoria.

Espartaco observó con satisfacción la expresión pensativa de muchos hombres al entrar en la ciudad. Era muy probable que olvidaran sus palabras bajo el influjo del vino trasegado durante la noche, pero al menos la semilla estaba plantada.

Espartaco permaneció junto a la puerta principal recibiendo los elogios de sus hombres y repitiendo el mismo mensaje una y otra vez hasta que cayó la noche y Crixus regresó. Salpicado de sangre de la cabeza a los pies al igual que sus hombres, el galo levantó el puño al ver a Espartaco.

—Tendrías que habernos acompañado. Ha sido una buena cacería.

Algunos de sus hombres aullaron como perros.

—Los romanos no olvidarán a Crixus con facilidad.

—¿Por qué? —indagó Espartaco.

—Hemos arrancado los ojos y amputado las manos de los últimos veinte legionarios a los que hemos capturado —reveló Crixus con una sonrisa cruel—. Y les he ordenado que llevaran mi nombre a Roma y que advirtieran al Senado de que todos los soldados que manden contra nosotros correrán la misma suerte.

Los hombres del galo rugieron en señal de aprobación y Crixus clavó la mirada en Espartaco.

«Está haciendo maniobras para asumir el control.» Espartaco se alegró de haber hablado con los esclavos antes de entrar en la ciudad.

—Un mensaje potente —concedió.

Crixus sonrió triunfante.

—Yo hice cosas similares en Tracia y el resultado fue que los romanos volvieron a la carga con todavía más soldados.

Crixus frunció el ceño.

—¿Es eso cierto? Tú lo sabes todo, ¿no?

«Jamás secundará mi plan.» Al percatarse de ello, Espartaco perdió los estribos.

—No lo sé todo, no —replicó con sequedad—. Pero en lo que respecta a la lucha contra los romanos, he olvidado más de lo que tú jamás aprenderás.

—Eso ya lo veremos —espetó Crixus con las venas del cuello hinchadas—. Verdad, ¿chicos?

El clamor que siguió a sus palabras ahogó su voz.

Espartaco esperó a que cesara el alboroto.

—Mañana convocaré una reunión con todo el ejército. Tengo algo que anunciar.

—¿Y de qué se trata? —indagó Crixus.

—Quiero tomar rumbo al norte, a los Alpes, y abandonar Italia.

Crixus abrió unos ojos como platos.

—¿Lo saben Castus y Gannicus?

—Todavía no.

«Pero creo que preferirán permanecer a mi lado a seguirte a ti, capullo.»

—¿O sea que vas a preguntar a los hombres si quieren seguirte a ti o a mí?

—Así es —confirmó Espartaco—. Salvo, claro está, que tú desees acompañarme.

—¿Cómo? —Crixus lo miró incrédulo—. ¿Por qué iba a querer yo abandonar las riquezas de esta tierra? Es una tierra perfecta para el saqueo. Nada nos impide hacernos con toda su riqueza.

—Nada, no —puntualizó Espartaco—. Dos ejércitos consulares tratarán de pararte los pies.

Los silbidos y gritos de protesta de los seguidores de Crixus ahogaron sus palabras.

Espartaco se encogió de hombros y se apartó. Observó al galo entrar en Thurium seguido de sus hombres. «Cada hombre elige su propio destino. Yo no soy nadie para intentar cambiarlo.» No obstante, no pudo evitar que le asaltara cierta inquietud. ¿Quién le escucharía al día siguiente? ¿Cuántos hombres apoyarían a Crixus? ¿Qué harían Castus y Gannicus? Quizá se había precipitado al mencionar el asunto a Crixus.

Espartaco apretó la mandíbula. Ya no podía esperar más. «Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro.» Alzó la vista al cielo nocturno. «Gran Jinete, te agradezco tu ayuda hoy y te ruego que me ayudes mañana de nuevo.»

Espartaco esperó hasta última hora de la mañana para convocar la reunión en el exterior de las murallas. Debido a la cantidad de vino consumido durante la noche, se necesitaron varias horas para sacar a los hombres de su estupor y que acudieran a la reunión. Egbeo, Carbo y sus tropas fueron los desafortunados encargados de llevar a cabo este cometido, una labor que no les granjeó demasiadas simpatías. Registraron las casas y los pasajes de la ciudad en busca de sus camaradas durmientes y, además de ser objeto de maldiciones varias, les arrojaron cascos, vasos y platos, y hasta alguna que otra ánfora. La actitud de los esclavos había cambiado de forma radical en los últimos meses, pensó Carbo. Eran como el perro que descubre que puede ladrar y, por lo tanto, morder. Semejante cambio de actitud le hubiera asustado en el pasado, pero ahora le entusiasmaba. Espartaco había logrado forjar un verdadero ejército.

Al final no hubo que llegar a las manos y los hombres fueron acudiendo con ojos somnolientos y aspecto mugriento a la puerta principal de la muralla. Solo unos pocos se habían molestado en lavarse la sangre del día anterior. Dominaba en el ambiente un fuerte olor a sudor y vino, entremezclado con el hedor de los centenares de cadáveres romanos que se pudrían en el suelo. El nauseabundo miasma acarició las fosas nasales de Espartaco, que estaba apostado en las almenas. «Por fortuna la primavera acaba de empezar», pensó. Si fuera verano, el mal olor habría resultado insoportable.

Espartaco había elegido esa posición para que todos los esclavos pudieran verlos bien. Crixus también estaba allí, furibundo como un toro rabioso. A su lado, Castus y Gannicus parecían irritados. Espartaco masculló una maldición. La noche anterior fue a buscarlos para explicarles su plan, pero Crixus se le había adelantado. Debería haber manejado la situación mejor, pensó. Pese a ello, les dedicó una sonrisa. Gannicus respondió con una inclinación de cabeza, para gran aliento de Espartaco, pero Castus apartó la vista sin responder. Las dudas se apoderaron del tracio. «Gran Jinete, ayúdame. No permitas que me abandonen ahora.»

Carbo subió las escaleras corriendo.

—Ya están todos aquí, salvo alguno al que no hemos podido encontrar y que estará durmiendo la mona en algún rincón. —Carbo lanzó una mirada cargada de odio a Crixus, pero el galo no se dio cuenta.

—Buen trabajo.

Espartaco hizo una señal al trompeta y se volvió hacia la multitud. Al ver a tantos miles de hombres reunidos, le embargó un enorme orgullo. «Que los dioses hagan que me sigan», rogó.

«Tan-tara-tara-tara.»

Se hizo un silencio expectante.

—¡Amigos! ¡Camaradas! ¡Yo os saludo! —gritó Espartaco y esperó a que sus palabras llegaran a todos.

—¡ES-PAR-TA-CO!

El clamor empezó como un lento murmullo, pero fue aumentando de intensidad hasta resonar por toda la ciudad.

—¡ES-PAR-TA-CO!

Al oír los gritos, Crixus le lanzó una mirada enfurecida, pero Espartaco no le hizo caso. En cuanto el tracio empezó a hablar, los hombres guardaron silencio.

—Ayer logramos una victoria histórica, ¡por primera vez vencimos a los romanos en una batalla campal! Y ello gracias en parte a Castus, Gannicus y Crixus —dijo señalando a los galos. Castus y Gannicus alzaron rápido los brazos, pero no así Crixus, que los levantó con lentitud y expresión agria.

Los esclavos les dedicaron una enorme ovación.

—¡Pero sobre todo te lo debemos a ti, Espartaco! —exclamó Pulcro desde la primera fila, justo debajo de los líderes.

—¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO!

Los esclavos volvieron a corear su nombre alzando las armas y golpeando los escudos con las espadas. El ruido era ensordecedor.

La expresión de Crixus se agrió todavía más, Gannicus tensó la sonrisa y Castus hizo una mueca de desagrado. Espartaco agradeció la ovación de la multitud inclinando la cabeza sonriente y saludando con las manos. «Esto pinta bien», pensó. Al cabo de un rato, cesó el jaleo.

—Os he convocado aquí hoy porque debemos tomar una decisión. No podemos quedarnos aquí durante más tiempo.

—¿Por qué no? —protestó una voz—. Mira cuántas ciudades hemos saqueado: Metapontum, Heraclea y, ahora, Thurium. ¿Por qué debemos marcharnos y abandonar algo tan bueno?

Muchas voces se agregaron a la suya a modo de protesta.

—¡Buena pregunta! —intervino Crixus.

—Por tres motivos —respondió Espartaco—. En primer lugar, estamos de espaldas al mar y, si los romanos bloquean el camino al norte, estaremos atrapados.

Sonaron varios murmullos de descontento.

—¿Atrapados? ¡Ja! —se mofó Crixus.

—¿Y el segundo motivo? —preguntó Pulcro.

—Según los últimos cálculos, nuestro ejército cuenta con más de cuarenta mil hombres. Tras la victoria de ayer, miles de esclavos más se unirán a nosotros y pronto no habrá comida suficiente para todos, lo cual supone un grave problema, pero la última razón es la más importante de todas. —Espartaco hizo una pausa antes de proseguir—. Roma no se toma ninguna derrota a la ligera. Cuando los gobernantes de la República sean informados de lo sucedido con Varinio y sus hombres, estarán indignados.

—¿Y qué? —Crixus rio—. ¡Eso es bueno!

Varios esclavos apoyaron con silbidos las palabras del galo.

—Los soldados que han mandado hasta ahora para acabar con nosotros no son más que una mera gota en el océano del poder militar de la República. Cuando Roma envíe a los cónsules en nuestra busca, como es inevitable que haga, lo harán al frente de cuatro legiones, es decir, veinte mil legionarios y, por mucho que las mejores unidades de la República se hallen en el extranjero, tantos hombres bien armados es algo que merece tomarse en serio. Tan solo unos pocos miles de vosotros estáis tan bien equipados.

—¿Acaso insinúas que perderíamos? —inquirió Crixus beligerante al tiempo que agitaba los brazos para incitar las protestas de la multitud.

—No. Lo que digo es que, después de esos soldados, vendrán más y, al final, recurrirán a los veteranos destinados en Iberia y Asia Menor. Hablamos de seis, ocho, diez legiones de hombres que llevan años luchando juntos. ¿Creéis que también podremos con ellos?

Cesaron las protestas y Espartaco percibió un primer atisbo de duda en las caras de los esclavos. «Bien.»

Carbo le escuchó abatido. Había oído el mismo discurso docenas de veces, pues era el tema de conversación predilecto de Navio cuando bebía.

—¿Quién dice que no podemos ganarles? —soltó Crixus con bravuconería—. Y si fracasamos, moriremos luchando. Tendremos una muerte gloriosa.

Sus hombres le aclamaron, pero sus palabras no convencieron a muchos esclavos.

—Todos los que me habéis visto luchar sabéis que no temo la muerte —declaró Espartaco—, pero existe otro camino. ¡Un camino honroso!

Un rayo de esperanza iluminó el corazón de Carbo.

—¿Qué sugieres que hagamos? —gritó Pulcro.

—Tomemos rumbo al norte. Los romanos harán todo lo posible por frenarnos el paso, pero si no abandonamos la ruta de las montañas, podemos llegar a los Alpes a finales de la primavera. Y no tengáis ninguna duda de que si tenemos que luchar por el camino, lucharemos. En cuanto hayamos librado todas las batallas habidas y por haber, abandonaremos Italia, la tierra que os esclavizó. ¡Yo os llevaré hacia una libertad que jamás debieran haberos arrebatado!

Sonaron varios murmullos de satisfacción. Los rostros de los esclavos se iluminaron esperanzados.

—¿Adónde iríamos? ¿A la Galia? —preguntó Gannicus en voz alta.

—Si es allí a donde deseáis ir, estoy seguro de que el pueblo de vuestros ancestros os acogerá —contestó Espartaco con una sonrisa—. Todo el mundo podrá ir a donde quiera. Habrá quien desee viajar a Germania, Iberia o Escitia. Yo deseo volver a Tracia.

—¿Y qué hay de los Alpes? Cruzarlos es peligroso —arguyó una voz.

—Aníbal cruzó los Alpes con sus elefantes y más de veinte mil hombres, al igual que el galo Brennus, que los cruzó dos veces con su ejército. ¡No dejaremos que unas montañas nos detengan! Además, si partimos ahora, llegaremos a los Alpes cuando todavía sea verano.

Sus palabras se extendieron por la multitud y estalló un clamor confuso.

«Llegado ese día, ¿qué haré yo?», se preguntó Carbo indeciso. Jamás se había planteado abandonar su tierra natal.

—¡Pues yo opino que eres un necio y un cobarde, Espartaco! —interpuso Crixus enfurecido—. Italia tiene todo lo que necesitamos: comida, dinero, mujeres e innumerables esclavos que se unirán a nosotros. En nombre de todos los dioses, ¿por qué vamos a marcharnos? ¿Por qué debemos huir?

—¡CRI-XUS! —gritó un galo y numerosas voces se unieron a la suya.

«Hijo de puta», pensó Carbo indignado. Anhelaba desenvainar la espada y atacar a Crixus, pero no podía. Había dado su palabra.

En respuesta a los gritos de los galos, los seguidores de Espartaco empezaron a corear su nombre.

«Sabía que la cosa acabaría así.» A Espartaco le entristeció ver la enorme cantidad de hombres que apoyaba al galo, más de un tercio del ejército. «¿Acaso no ven más allá de las riquezas que les promete Crixus? Es obvio que no.» Se volvió a mirar al gigantesco galo, que se aproximaba a él con cara encrespada. Castus y Gannicus se apartaron de su camino. Espartaco tensó el cuerpo y posó los dedos sobre la empuñadura de la *sica*. «Ya volvemos otra vez a las andadas. Gran Jinete, no me abandones ahora, protégeme como siempre has hecho.»

—Estoy harto de esta mierda. Debería matarte ahora mismo y dejarme ya de tantos miramientos —masculló Crixus—. Así pondremos fin a esta discusión de una vez por todas.

—¡CRI-XUS! ¡CRI-XUS! —gritaron sus hombres.

—Ya intentaste vencerme una vez y fracasaste. Si quieres probarlo de nuevo, adelante —espetó Espartaco elevando la voz para que todos le oyeran—. Tu último recuerdo de este mundo será la hoja de mi espada cortándote el cuello y enviándote al Hades.

—Lo dudo mucho —susurró Crixus con la mano en la empuñadura del *gladius* y los nudillos blancos.

—¿No? ¡Veámoslo! —Espartaco adoptó la posición de lucha. No sería un combate fácil. Las almenas apenas tenían seis pasos de ancho. Un paso en falso y ambos acabarían con los sesos esparcidos por el suelo adoquinado. Agradeció la pequeña ventaja de tener el brazo derecho en el lado del muro. Cada golpe de espada le brindaría la oportunidad de hacer tambalear y caer a Crixus.

—¿Cómo osas mencionar a los dioses, Crixus, si tú no eres el elegido? —exclamó de repente Ariadne en tono autoritario.

Había esperado al pie de las escaleras desde el principio aguardando el momento apropiado para hablar a favor de Espartaco, pero eso no era lo que había planificado. El corazón le latía con fuerza del miedo. «Dioniso, no permitas que luchen. ¡Por favor!»

Pasmado, Espartaco contempló a Ariadne interponerse entre él y Crixus, que había enmudecido de la sorpresa. Castus, Gannicus y Carbo también se quedaron petrificados. Al verla, Espartaco sintió una punzada de felicidad y preocupación a la vez.

Ariadne presentaba un aspecto magnífico. Vestía su mejor túnica y llevaba el cabello negro recogido con una filigrana de oro decorada con piezas de cristal azul. Alrededor del brazo derecho llevaba enroscada la serpiente. La visión de esta provocó una oleada de murmullos supersticiosos entre la multitud.

—Yo… —comenzó a decir Crixus, pero Ariadne lo interrumpió.

—Yo soy sacerdotisa de Dioniso. Y tú… ¡tú no eres nadie!

Crixus la miró furibundo y dio un paso hacia ella.

—¡Cuidado con la serpiente de Dioniso! Un mordisco, y morirás aullando de dolor.

Ariadne blandió la serpiente ante él y el galo retrocedió.

Espartaco se alegró para sus adentros, al igual que Carbo. Crixus parecía un niño pequeño al que acababan de amonestar.

Ariadne se acercó al borde de la muralla y levantó el brazo para que todos vieran la serpiente.

—Esta serpiente es la prueba de que he sido elegida por el dios.

—¡Dioniso! ¡Dioniso! ¡Dioniso!

Ariadne sonrió.

—Dioniso os agradece vuestra devoción.

—¿Qué dice Dioniso que debemos hacer? —inquirió una voz entre la multitud.

—¡Dínoslo! —exigió otra voz.

—Anoche tuve un sueño —replicó Ariadne.

Los hombres pidieron silencio y el ejército calló. Espartaco seguía con la vista puesta en Crixus, pero parecía que al galo se le habían quitado las ganas de pelear.

—¡Dioniso desea que todos seáis libres! ¡Realmente libres! No debe daros miedo cruzar los Alpes. Como muchos ya sabéis, el dios nació en unas montañas lejanas del este. Él nos protegerá en nuestro viaje a tierras no conquistadas por Roma. Esto es lo que he visto, ¡y así os lo explico! —gritó Ariadne alzando el brazo. La serpiente se desenroscó ligeramente, levantó la cabeza y miró desdeñosa a los esclavos.

La multitud profirió una exclamación reverencial.

Carbo también sintió un escalofrío de respeto y temor.

Ariadne miró a Espartaco y este se puso a su lado.

—¿Recordáis la visión que tuvo Espartaco de la serpiente?

—¡SÍ! —rugió la multitud.

—Él también ha sido elegido por Dioniso.

—¡ES-PAR-TA-CO! —bramaron los esclavos una vez más.

Ariadne retrocedió un paso para que Espartaco volviera a ocupar el centro del escenario.

El tracio ahuecó las manos en torno a la boca para formar bocina y los esclavos volvieron a callar.

—¿Quién me seguirá al norte, rumbo a la libertad?

—¡Yo! —gritó Pulcro.

—¡Y yo! —exclamó Carbo apasionado. Toda duda se había disipado de su mente. Al fin y al cabo, su futuro había sido determinado por un dios.

El ambiente se llenó con las voces de todos aquellos que le apoyaban. Espartaco se sintió más animado. Una gran mayoría secundaba el plan. Miró agradecido a Ariadne antes de dirigirse al resto de los líderes:

—¿Qué me decís?

—Hasta ahora nos has dirigido bien —declaró Gannicus—, así que creo que permaneceré a tu lado.

Espartaco asintió satisfecho.

—¿Castus?

—Lo que dices acerca de los romanos tiene sentido —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Y qué hay de malo en abandonar Italia? Siempre he querido saber cómo es la Galia.

—Excelente —convino Espartaco antes de clavar la vista en Crixus—. ¿Y tú?

—Yo no voy a ningún lado contigo —gruñó el enorme galo—. Miles de hombres estarán encantados de seguirme, y tú lo sabes.

Al oírle, Espartaco se relajó. Ya no tendría que seguir lidiando con él y, al parecer, tampoco iban a enfrentarse en un combate. «¿Por qué no desearle lo mejor?»

—Es natural que te sigan. A pesar de que tú y yo tenemos opiniones divergentes, eres un gran guerrero.

Dicho esto, Espartaco se volvió hacia Carbo e hizo una leve inclinación de cabeza para indicarle que Crixus era todo suyo.

Carbo se quedó paralizado. Tenía al galo muy cerca, pero de pronto fue consciente de su fuerza y poderío. Atacarle sería un suicidio. «¿Es esto lo que quiero? ¿Es esto lo que Chloris hubiera querido?» No, respondió su corazón. Ella hubiera querido que viviera. Yo quiero vivir.

Espartaco percibió su indecisión. «Le he brindado su oportunidad.»

—Que los dioses te acompañen y que te concedan la victoria sobre todos los ejércitos romanos que encuentres en tu camino —deseó Espartaco a Crixus.

El galo abrió los ojos como platos y esbozó una media sonrisa.

—¡Joder! Jamás había pensado que diría esto, pero lo mismo te deseo a ti. Que los dioses te acompañen.

«Ojalá sea así», rogó Ariadne, tratando de ignorar el nudo que se le había formado en el estómago. No había visto ningún mal augurio, pero ninguno de los detalles de su «sueño» era cierto. Se lo había inventado todo para ayudar a Espartaco y evitar la pelea con Crixus. «Perdóname, Dioniso, no pretendía faltarte al respeto. Nadie te es más leal que yo.»

Mientras Espartaco y Crixus se saludaban con seriedad, Ariadne redobló sus plegarias.

Solo el tiempo le diría si su invención había ofendido al dios.

Craso estaba desayunando pan con aceitunas cuando Saenius apareció en el patio. Craso se limpió la boca con gran meticulosidad mientras esperaba que el esclavo se aproximara a la mesa.

—¿Qué ocurre?

—Publio Varinio está aquí.

«¿Antes de presentarse ante el Senado? Esto sí que no me lo esperaba.» Craso disimuló su sorpresa limpiándose de nuevo la boca.

—¿Qué desea? —indagó en tono neutro.

Saenius percibió el fingimiento de su amo y soltó una risita.

—¡Ha venido para ver si puede salvarlo!

—Está claro que el hombre necesita ayuda.

La noticia de la derrota de las tropas de Varinio no había tardado más de tres días en llegar a la capital. «Varinio sigue la estela de la noticia, como un perro que se ha escapado de casa y busca el camino de regreso a sabiendas de que le espera una paliza.»

—¿Le digo que se marche?

—No. Quiero que me explique lo sucedido.

Saenius se marchó presuroso y regresó enseguida con un avergonzado Varinio pisándole los talones.

—El pretor Publio Varinio —anunció.

Craso le hizo esperar un momento antes de saludarlo. Y, cuando lo hizo, fue con fingida y gélida sorpresa.

—Ah, pretor, has vuelto con nosotros.

—Sí.

—Demos gracias a los dioses. Es una lástima que muchos de tus hombres no

hayan podido volver —añadió Craso apenado.

—Sus muertes me pesan como ruedas de molino al cuello —replicó Varinio apesadumbrado.

—¡Cómo debe ser! También deberían pesarte las muertes de Furio, Cosinio y sus hombres —espetó Craso—. Todo lo que he oído acerca de tus acciones contra Espartaco denota una incompetencia extrema.

Sin atreverse a contestar, Varinio agachó la cabeza avergonzado.

—Explícame lo que sucedió en Thurium. Quiero oírlo de tu boca.

Las palabras salieron como un torrente de su boca. Empezó por la retirada a Cumae tras la desaparición sorpresa de Espartaco y del largo proceso de reclutamiento de nuevos soldados, así como de los problemas con las deserciones, la amenaza de amotinamiento, las enfermedades y la escasez de equipos. Describió la vana búsqueda de Espartaco durante el otoño y el invierno y las malas condiciones meteorológicas. Explicó que, tras semanas de marcha infructífera, recibieron la inesperada noticia del asedio de Espartaco a Thurium. Detalló su plan para aplastar a los esclavos con las tropas de infantería y caballería y la inesperada emboscada, así como la abrumadora superioridad numérica de las tropas de Espartaco. Narró la muerte de Galba a manos de Espartaco, la increíble aparición de la caballería enemiga, sus intentos de reagrupar a los hombres para el contraataque y el modo en que los legionarios se negaron a seguir luchando. Contó la manera en que reunió a los supervivientes y obtuvo tratamiento para los heridos y mutilados y, finalmente, se refirió a su regreso a Roma. Cuando Varinio acabó su relato, parecía exhausto.

«Varinio no es tan tonto como parece —pensó Craso con cierto remordimiento—. ¿Quién habría podido predecir que la ciudad ya estaba en manos de Espartaco?» Pero eso no era algo que pensara reconocer ante el pretor.

—Está claro que has venido para explicar esta triste historia al Senado. De hecho, pensaba que te vería más tarde allí —espetó Craso, aunque suavizó el tono antes de añadir—: ¿Por qué has venido a verme antes de cumplir con tu deber?

Varinio levantó la vista. Sus ojos revelaban una terrible desesperación.

—Soy un fiel servidor de la República y, cualquiera que sea mi castigo, lo aceptaré.

—Me alegra oírlo —replicó Craso con acidez.

—Pero pensaba, después de recibir tu carta, que quizá podrías brindarme tu apoyo.

—¿Mi apoyo? —preguntó Craso con voz queda.

—Los senadores van a exigir mi sangre. Si tú pudieras hablar en mi favor e inclinar la balanza… —Varinio estaba a punto de decir algo más, pero se interrumpió.

Craso sopesó las opciones. ¿Le servía de algo la lealtad de un pretor fracasado?

No. ¿Le favorecería apoyar a un hombre que había sido derrotado en repetidas ocasiones por un gladiador fugitivo? Desde luego que no. Contempló a Varinio de soslayo y sintió cierta simpatía por el pobre desgraciado, pero ¿le beneficiaría en algo defenderlo? Craso tomó su decisión.

—Has fracasado de manera estrepitosa en la misión que te ha encomendado el Senado. ¿Por qué, en nombre del Hades, voy a hablar en tu favor?

—Yo…

—No obstante, no soy insensible a tu situación y, si tu familia necesita un préstamo cuando tú ya no estés aquí para ayudarles, estaré encantado de dárselo. Cobro unos intereses muy bajos.

A Varinio le tembló un nervio en la mejilla y tragó saliva con dificultad. Con un esfuerzo, se recompuso.

—Gracias, pero eso no será necesario.

—Muy bien, entonces. Si eso es todo…

Craso cogió una aceituna y la examinó con detenimiento antes de metérsela en la boca. No volvió a mirar a Varinio.

Saenius apareció detrás del pretor.

—Si hace el favor de seguirme, señor.

—Sí… yo… —A Varinio le falló la voz—. Claro.

El pretor siguió a Saenius con los hombros hundidos. Craso lo observó mientras se marchaba. En cuanto hubiera finalizado su informe, el Senado solo le ofrecería una salida, pensó. Varinio era un cadáver andante, pero eso no le preocupaba. Lo que realmente preocupaba a Craso era el hecho de que Espartaco, el gladiador al que había visto luchar y con el que había hablado, se había convertido en un enemigo temible. Los éxitos de Espartaco ya no podían achacarse solo a la suerte, a la mala fortuna o a la falta de juicio de los comandantes romanos. Eran demasiadas derrotas, demasiados legionarios perdidos.

«Espartaco no mentía cuando hablé con él —reflexionó Craso—. No es un hombre que podamos tomar a la ligera. Qué lástima que no muriera aquel día en el *ludus*. Si hubiera sido derrotado entonces, ahora no sería más que comida para los gusanos en lugar de una espina clavada en el costado de Roma.»

Craso albergaba la esperanza de que los senadores reconocieran ahora el peligro que representaba Espartaco. Por su parte, haría todo lo posible por convencerlos. No podían seguir tolerando ese insulto contra el honor de la República. Los cónsules deberían partir a la guerra.

«Espartaco debe morir. Y pronto.»

20

Los Apeninos, noreste de Pisae, primavera 72 a.C.

Como siempre, fue Atheas quien percibió que algo iba mal. Levantó la mano y se detuvo. Carbo, habituado a sus gestos, hizo lo propio. Se hallaba a una veintena de pasos por detrás del escita barbudo en un estrecho paso que atravesaba por el norte las laderas de los Apeninos, las montañas que formaban la columna vertebral de Italia.

Cuando el ejército abandonó la devastada ciudad de Thurium, eligieron el mismo camino, pero a Carbo pronto le aburrió la rutina de la repetitiva marcha diaria. Además, la imagen de Crixus y el hecho de que no hubiera intentado matarlo le pesaban como una losa. Desesperado por sacudirse esos pensamientos negativos de encima, Carbo rogó a Espartaco que le permitiera acompañar a los rastreadores en sus solitarias patrullas de reconocimiento.

—¿Por qué quieres acompañarles? —inquirió el tracio.

—Para aprender de ellos —respondió Carbo evasivo. «Y para seguirle el rastro a Crixus algún día.» Quizá jamás pudiera llevar a cabo su fantasía, pero anhelaba matar al gigantesco galo. Necesitaba vengar la muerte de Chloris para estar en paz consigo mismo.

—Atheas y Taxacis son los mejores rastreadores del mundo, pero dudo que te quieran a su lado —replicó Espartaco. No obstante, al percatarse de la rabia en los ojos de Carbo, añadió—: Aunque se lo preguntaré por ti.

Para sorpresa de Carbo, Atheas accedió a su petición. No sabía si era por la insistencia de Espartaco, pero poco le importaba. Como era de esperar, la primera vez que abandonó el campamento en compañía del escita, se sintió muy nervioso. Desde su enfrentamiento con el escita por la presencia de Navio, su relación siempre había sido tensa y, pese a que Atheas había matado a Lugurix, Carbo seguía temiendo su espada. No importaba lo mucho que Carbo hubiera hecho por Espartaco, el escita seguía desconfiando de él. No era de sorprender, por lo tanto, que la relación no empezara con buen pie.

Con el propósito de sacar el máximo provecho de la oportunidad que le habían brindado, Carbo trató de emular desde el principio todos y cada uno de los movimientos de Atheas y siempre obedecía sus órdenes sin rechistar, pero el escita jamás le alabó por ello. De hecho, durante las primeras semanas trató de agotarle, haciéndole recorrer más de cuarenta kilómetros al día. El escita comía y bebía de forma muy austera y Carbo no podía por menos que preguntarse de dónde sacaba tanta energía, pero aprendió a vivir con tan poca comida y agua como él. Vivían prácticamente en silencio y solo hablaban cuando era estrictamente necesario.

Con el paso del tiempo, Carbo aprendió a encender hogueras y despedazar la caza

con habilidad, incluso era capaz de derribar con gran acierto a un ciervo con el arco. Para su sorpresa, también desarrolló cierta habilidad para el difícil arte del rastreo. Sin saber cómo ni por qué, al final se ganó el beneplácito de Atheas. Una inclinación de cabeza aquí y el ofrecimiento de un trozo de carne allá eran pequeñas muestras de aprobación que representaban mucho para Carbo. Y la leve sonrisa que esbozó el escita cuando le agradeció que matara a Lugurix, todavía significó mucho más para él. Por fortuna, la dura vida de rastreador le ayudó a aliviar la desolación que sentía por la muerte de Chloris y el dolor agudo de la pérdida se tornó en una sorda aflicción.

—Pst.

Carbo parpadeó y volvió a la realidad.

Atheas le hizo señas para que se acercara.

El joven se aproximó arrastrando los pies por el suelo, tal y como le había enseñado el escita.

Atheas señaló un hueco entre los árboles que flanqueaban el camino. Carbo miró a través de las hojas hacia la larga ladera que desembocaba en un valle boscoso que se extendía de norte a sur. Al final había una pequeña carretera que conducía a Mutina, a unos treinta y cinco kilómetros de distancia. De pronto un objeto metálico que refulgía bajo la luz del sol le llamó la atención. A Carbo le subió la adrenalina al distinguir a un nutrido grupo de jinetes con cascos de bronce a través de las copas de los árboles.

—Caballería —susurró.

—Sí —murmuró Atheas—. Ellos… buscarnos.

Carbo llevaba esperando ese momento desde que hacía un mes les llegara la noticia de que G. Cornelio Léntulo Clodiano, uno de los cónsules, había salido en busca de Espartaco con dos legiones, pero ello no impidió que le subiera la bilis a la boca. Había albergado la esperanza de que el tracio pudiera liderarles hasta los Alpes sin enfrentarse a ningún ejército romano, aunque no había sido más que una vana esperanza. La presencia de la caballería ponía de manifiesto que los legionarios habían alcanzado y adelantado a los esclavos. Tampoco era de extrañar si se tenía en cuenta que la marcha con treinta mil esclavos era dolorosamente lenta.

—¿Qué hacemos?

—No poder… luchar. Salvo que… tú todavía… querer morir —respondió Atheas con una sonrisa maliciosa.

Su desazón por la muerte de Chloris era más evidente de lo que creía, pensó Carbo.

—No, sería un desperdicio. Debemos informar a Espartaco.

—Sí, pero… primero ir al norte. Buscar… ejército principal.

—Quizás haya rastreadores enemigos por el camino.

—Sí. Tenemos que ser… fantasmas o acabar… —Atheas emitió un sonido gutural mientras fingía cortarse el cuello.

Carbo lanzó una mirada rápida en dirección al campamento.

Atheas advirtió su reacción.

—¿Tú querer… volver? ¿Decir a Espartaco… lo de caballería?

—No.

Era la primera vez que veían algo en semanas y Carbo no quería perdérselo.

—¿Seguro? —preguntó Atheas con dureza.

—Sí —respondió Carbo decidido.

Una breve inclinación de cabeza. El escita se descolgó el arco de la espalda y, doblando la rodilla, colocó la cuerda en posición. Carbo hizo lo mismo. En cuanto hubo acabado, levantó la cabeza.

—Sígueme —susurró Atheas—. Nosotros ir rápido.

Corrieron por la pista forestal y cruzaron las franjas de luz del sol en el suelo como dos sombras danzantes. El camino bordeaba el valle a lo largo de unos diez kilómetros. Siguieron sus reviradas ondulaciones tan rápido como era humanamente posible y en silencio, siempre atentos a la presencia de enemigos. Para su gran fortuna, no se cruzaron con nada durante más de una hora y, cuando por fin lo hicieron, no fue otro ser humano, sino un jabalí, que, sorprendido ante su rápida aproximación, chilló y huyó en la dirección opuesta con la cola levantada de indignación.

Carbo sonrió ante su reacción, pero Atheas frunció el ceño y se detuvo.

—Ahora nosotros avanzar lento.

Carbo estaba a punto de preguntar por qué cuando él mismo se respondió.

—Si hay alguien en el camino se preguntará qué es lo que ha asustado al jabalí.

—Sí. —Atheas preparó el arco y la flecha—. Presta atención y, si ves algo, no preguntes. Dispara.

—De acuerdo. —Carbo notó la boca seca como la yesca, pero no flaquearía. Espartaco confiaba en él y no le defraudaría.

Avanzaron lentamente por el camino. Tomaron una curva y después otra sin ver nada, pero Atheas se detuvo y Carbo se preparó para disparar. El escita señaló unas pisadas en el suelo del bosque.

—Jabalí ir… por allí. Bien.

Carbo asintió.

Al cabo de un momento, Atheas volvió a pararse. El camino se interrumpía allí para dar lugar a un claro de bosque quemado, con troncos y ramas ennegrecidos por el fuego. No se trataba de algo inusual: en verano se producían incendios y la vegetación tardaba años en cubrir los estragos. Bordearon el claro con lentitud y de repente a Carbo le empezó a latir el corazón con fuerza por la visión que se

desplegaba ante sus ojos.

El valle se ensanchaba en su extremo norte y devenía una zona de tierras de cultivo. La carretera a Mutina era más ancha allí y Carbo pudo ver, hasta donde le alcanzaba la vista, que estaba repleta de legionarios, miles de ellos, que marchaban en hileras como hormigas. Entremezclados con estos Carbo distinguió a varios grupos de jinetes.

—Es el ejército consular, no puede ser otra cosa. Nos han rebasado —dijo Carbo con el estómago encogido.

—¿Cuántos hombres? —Los ojos de Atheas contemplaban las tropas como un halcón acechando a su presa.

—Diez mil legionarios. Seiscientos jinetes, quizá más.

—¿Estás seguro?

—Sí. Cada cónsul comanda dos legiones. Este ejército no es lo bastante grande como para incluir los efectivos de Gelio, el segundo cónsul. Quizá tengamos a su ejército en el culo —musitó Carbo preocupado.

Atheas lo miró con reprobación.

—Taxacis ver… nada. Con ayuda de dioses… el otro cabrón… perseguir a Crixus.

—Ojalá sea así —replicó Carbo.

«Que Gelio encuentre a Crixus y haga picadillo a ese mamón. ¿Y qué pasa con el resto? —protestó su conciencia—. Que les jodan», respondió con rabia. Decidieron su destino cuando siguieron a Crixus y no a Espartaco.

Atheas tocó el brazo de Carbo y lo sacó de su ensimismamiento.

—No necesitar… ver más. Nosotros volver. Rápido.

Dicho esto, el escita salió disparado como si el cancerbero le pisara los talones. Carbo le siguió como una flecha, la adrenalina dio mayor velocidad a sus piernas. Cuanto antes supiera Espartaco lo que sucedía, mejor. «¿Qué decidirá hacer?» Carbo no estaba seguro, si bien tenía claro que los esclavos no podían bordear el ejército de Léntulo para escapar. Las legiones eran capaces de cubrir hasta treinta kilómetros al día. La batalla era inevitable, pero cualquier enfrentamiento anterior con las tropas romanas palidecería en comparación.

Carbo se sintió traicionero por pedir a Júpiter que apoyara a Espartaco en contra de sus compatriotas, sin embargo, lo hizo de todos modos. Incluso con su superioridad numérica necesitaría toda la ayuda del mundo. Enfrentarse a un ejército consular nada tenía que ver con lo que habían hecho hasta entonces. A pesar de que eran tropas romanas de reciente formación, los esclavos conocerían de cerca la fuerza letal del puño de Roma.

A Carbo le inquietó la mera imagen de ello. «Debes tener fe en Espartaco —se dijo—. Seguro que tiene un plan.» Pero ¿cuál? La mayoría de nuestros hombres son

incapaces de resistir a una línea armada de dos legiones. Saldrán huyendo. Carbo apretó los dientes y se concentró en no perder a Atheas, aunque no pudo evitar que las terribles imágenes de lo que les aguardaba siguieran cruzando su mente.

El sol se estaba poniendo cuando llegaron al campamento rebelde, que se extendía a lo largo de varios grandes claros en el bosque. En cuanto los divisaron, los esclavos comenzaron a interrogarles, pero Atheas fingió no entenderles y Carbo simplemente agachó la cabeza y siguió caminando. De ninguna de las maneras iba a decirle nada a nadie. Una noticia así podía sembrar el pánico.

Encontraron a Espartaco sentado con Ariadne y Taxacis junto a una pequeña hoguera delante de la tienda del líder. Un trípode de hierro sostenía una cazuela sobre las llamas, de la que surgía un delicioso aroma. El estómago de Carbo protestó. No había comido desde el amanecer. «Olvídalo. Ya tendrás tiempo de comer más tarde.»

Espartaco sonrió al verlos.

—Justo a tiempo. El cocido está listo.

—Traemos… noticias urgentes —comenzó a decir Atheas.

—Seguro que pueden esperar, ¿no?

—Yo… —protestó Carbo.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? —interrumpió Espartaco.

—Al alba —reconoció Carbo.

—Entonces debes de estar famélico —sentenció Ariadne—. Ven. Siéntate —ordenó, entregándole una manta.

Atheas se encogió de hombros y se sentó delante de Espartaco. Todavía inquieto, pero silenciado por la insistencia de Espartaco, Carbo hizo lo mismo. Se pasaron las cucharas y los cuencos llenos junto con los mendrugos de pan. Comieron en silencio, salvo por el ruido al masticar y los gemidos de apreciación.

Ariadne observó a Carbo y Atheas. Le consumía la inquietud. «Deben de ser malas noticias. ¿Por qué si no tendría Carbo esa cara tan preocupada?» Le resultaba más difícil adivinar lo que pensaba Atheas, pero la tensión en los hombros del escita resultaba inconfundible. Ariadne hubiera zarandeado a gusto a Espartaco para que les preguntara lo que habían visto, pero se contuvo. En lugar de ello, sonrió y ofreció más cocido a todos. «Sus motivos tendrá.»

En cuanto Carbo y Atheas hubieron terminado, Espartaco les ofreció una pequeña ánfora que tenía a su lado.

—¿Un poco de vino?

—Sí —respondió Atheas contento.

Carbo asintió. Ardía de impaciencia por revelar lo que sabían, pero debía esperar a que Espartaco les ordenara hablar. El joven retuvo el vino en la boca y, pese a todo, disfrutó de su sabor.

—¡Así que es cierto! ¡Han vuelto! —exclamó Gannicus acercándose a la hoguera con Castus a sus talones. Ambos parecían inquietos—. ¿Qué noticias hay? —preguntaron mirando a Espartaco, no a Carbo ni a Atheas.

—Todavía no lo sé —respondió.

—¿Cómo? —espetó Castus—. ¿Por qué no?

—Miradlos. Están mugrientos y cansados. Llevaban doce horas o más sin comer, así que primero los he alimentado. Cuidar de mis hombres es una prioridad.

Los galos miraron a Espartaco con respeto y admiración.

—Claro —murmuró Castus.

Ariadne casi soltó una carcajada ante la belleza y simplicidad de la táctica de Espartaco. Él sabía que los demás líderes acudirían corriendo en cuanto fueran informados de la llegada de los rastreadores. Seguro que Espartaco estaba tan impaciente como ellos por conocer las noticias, pero al haber esperado demostraba que sabía mantener la calma bajo presión y que no le asustaba nada de lo que pudieran explicarle. Ariadne miró a Carbo y advirtió que él había llegado a la misma conclusión.

Espartaco sirvió vino a Castus y Gannicus y rellenó las copas de Carbo, Atheas, Ariadne y la suya propia. Levantó la copa y esperó a que todo el mundo hiciera lo mismo antes de brindar.

—¡Por las victorias obtenidas! ¡Por los vínculos de camaradería que hemos establecido! ¡Por Dioniso y el Gran Jinete! —brindó Espartaco.

—¡Por Dioniso y el Gran Jinete! —corearon todos y bebieron a una.

—Ahora —dijo Espartaco a Atheas clavando en él una mirada penetrante—, explicádmelo todo.

Mientras el escita hablaba, los demás guardaron un silencio reverente. Durante su relato, Atheas miró varias veces a Carbo para obtener su confirmación, para gran satisfacción del joven. A pesar de su latín deficiente y fuerte acento, Atheas supo describir a la perfección las legiones que bloqueaban su camino. En cuanto hubo acabado, cruzó las manos sobre las piernas y esperó a que Espartaco hablara.

—Así que no hay ninguna duda —dijo el tracio enarcando la ceja y mirando a Carbo.

—No.

—¿Y qué hay del otro ejército consular? —preguntó Gannicus de inmediato.

Atheas se encogió de hombros.

—No lo hemos visto.

—Quizá lo tengamos detrás y su plan sea aplastarnos entre los dos ejércitos —replicó Castus nervioso.

—No. Nuestros rastreadores a caballo siempre nos siguen a unos treinta kilómetros de distancia y Taxacis también ha estado al acecho. Si nos siguieran, ya lo

sabríamos. Quién sabe dónde está Gelio, pero no se halla en las inmediaciones. —Espartaco volvió a mirar a Carbo—. ¿A qué distancia se encuentran?

—A unos seis o siete kilómetros, como ha dicho Atheas.

—Nos toparemos con ellos mañana, entonces —maldijo Castus—. ¡Ya sabía yo que no conseguiríamos llegar a los Alpes!

—Desde un principio sabíamos que iba a ser complicado —dijo Espartaco en tono de reprobación—. De hecho, hemos tenido suerte de llegar hasta aquí sin ningún enfrentamiento.

—Tan cerca, pero tan lejos —se quejó Castus—. A todos los efectos, ¡es como si los malditos Alpes se encontraran a miles de kilómetros!

—Tranquilo —dijo Gannicus—. Tampoco estamos tan mal. Tenemos tres hombres por cada uno de los suyos y son legiones nuevas, así que no han librado nunca una batalla.

—Sí, pero nuestros soldados no son ciudadanos romanos que han crecido oyendo historias de guerra y de conquista. Además, no todos los nuestros llevan cota de malla, apenas la mitad tienen espadas decentes y muchos menos tienen escudo —replicó Castus con miedo evidente—. ¿Realmente crees que serán capaces de resistir y superar una pared de escudos?

—Claro que sí —afirmó Gannicus, aunque no parecía del todo convencido.

Ariadne deseaba hablar, sin embargo, se contuvo. Aquello era asunto de hombres, de Espartaco.

Carbo intentó ignorar las palabras desalentadoras de Castus, pero el galo tenía razón. Le preocupaba que la confianza recién adquirida por los esclavos no fuera suficiente. «No podemos escapar y no podemos luchar contra ellos a campo abierto.» Miró a Atheas en busca de ánimo, pero el rostro del escita era una fría máscara indescifrable, al igual que la cara de Taxacis. Carbo deseó ser tan inescrutable como ellos.

—Nuestros hombres no cuentan con la misma formación marcial que los romanos, Castus, ni tampoco están tan bien equipados como ellos, pero anhelan ser libres. No quieren volver a sufrir el oprobio de la esclavitud, ¿no es cierto?

—Así es —confirmó Gannicus.

—¡Sí! —exclamó Taxacis.

—Cualquier cosa… mejor que *ludus* —gruño Atheas—. Yo… morir antes de volver a ese pozo de mierda.

—Supongo que tienes razón —admitió Castus.

—Esa será nuestra arma secreta —dijo Espartaco con determinación—. Será lo que nos ayude a ganar.

—¡Pero no podemos enfrentarnos a dos legiones en una batalla campal! ¿O sí? —exclamó Carbo, desesperado por creer lo contrario.

—Nadie ha pedido tu opinión —le reprendió Espartaco.

Carbo se sonrojó.

—Personalmente, creo que sí podríamos luchar contra esos cabrones cara a cara, pero tengo una idea mucho mejor.

—Cuéntanos —instó Gannicus.

—¿Tú también quieres saberlo, Castus?

—Por Taranis, ¡claro que sí!

—Mientras esperaba a Atheas y Carbo, he estado estudiando el terreno alrededor del campamento. Es una pequeña costumbre que me enseñó mi padre —explicó Espartaco con un guiño.

—¿Y qué has descubierto? —preguntó Carbo impaciente.

—Hay un lugar donde la carretera se estrecha y se convierte en un paso estrecho entre las montañas. Más allá, al sur, hay una llanura lo bastante amplia como para albergar a diez mil hombres. Mi idea es apostar allí a nuestros mejores soldados, mientras que otros diez mil se ocultarán, a las órdenes de Egbeo y Pulcro, en un par de caminos adyacentes. Cuando los romanos envíen mañana a sus patrullas de reconocimiento, porque sin duda lo harán, volverán corriendo a Léntulo para contarle la buena noticia de que sus fuerzas son «equivalentes» a las nuestras. Cuando vengan las tropas después, dejaremos que crucen el desfiladero la caballería y una legión. A continuación, unos hombres apostados en lo alto del barranco arrojarán rocas e intentarán aplastar a tantos cabrones como sea posible, pero el objetivo es dividir en dos el ejército de Léntulo. Cuando ello ocurra, el resto de los esclavos y toda la caballería atacarán a la segunda legión por la retaguardia —explicó Espartaco con una sonrisa que le arrugó la cara.

—¿Dónde se ocultará la segunda unidad de ataque? —preguntó Gannicus.

—A ambos lados de la carretera. Hay centenares de lugares donde ocultarse.

—Por todos los dioses, ¡me gusta la idea! —concluyó Gannicus—. ¡Vamos a darles a esos hijos de puta una sorpresa que jamás olvidarán!

Carbo estaba entusiasmado. «¡Espartaco siempre tiene un plan!»

Hasta Castus parecía más tranquilo.

Ariadne sonreía contenta, pero los nervios la consumían por dentro. Era una trampa arriesgada. ¿Qué sucedería si la caballería romana descubría a los esclavos ocultos junto al camino o a los hombres apostados en lo alto del desfiladero? Incluso si funcionaba la emboscada, la batalla subsiguiente sería feroz. Miles de hombres morirían. Cerró los ojos y pidió la protección de Dioniso. Albergaba la esperanza de que su falta pasara desapercibida por el dios y que no la castigara. «Al menos deja que Espartaco sobreviva.»

—¿Dónde estarás tú? —preguntó Gannicus.

—Lideraré a los hombres que actuarán de señuelo para Léntulo —contestó

Espartaco.

Aunque no les sorprendió la respuesta, los galos se sintieron levemente decepcionados.

—Destruir la segunda legión es tan importante como atacar a la primera. ¿Me haríais el honor de ocuparos vosotros?

Con orgullo renovado, ambos galos sonrieron contentos.

Espartaco miró a Carbo.

—Necesito a un hombre de confianza apostado en el desfiladero.

Carbo no pudo ocultar su decepción por no haber sido elegido para luchar.

—Si estás seguro…

—Lo estoy —dijo Espartaco con sequedad—. Es imprescindible que el paso quede bloqueado por completo. ¿Crees que puedes encargarte tú de eso?

—Claro —respondió Carbo convencido—. Lo haré aunque me cueste la vida —añadió al tiempo que sentía una ligera punzada de pánico—. ¿Cuándo quieres que empecemos a arrojar las rocas?

—En cuanto la mitad de las tropas romanas haya cruzado el paso.

—¿Cómo lo sabré?

—Debes hacer un cálculo general mientras pasen.

—De acuerdo. —A Carbo se le formó un nudo en el estómago ante la magnitud de la tarea.

Espartaco no pareció darse cuenta y los alentó a todos con una sonrisa.

—Ya tenemos un plan. Que el Gran Jinete nos conceda el éxito.

Los hombres brindaron y Ariadne lanzó una fervorosa plegaria a Dioniso, puesto que iban a necesitar el apoyo de más de un dios. «Que Dioniso también nos proteja.» No obstante, la plegaria no le hizo sentir mucho mejor. El dios al que veneraba era conocido por su carácter caprichoso y un pequeño traspié al día siguiente podía dar al traste con toda la emboscada.

Por algún motivo, Ariadne no pudo dejar de pensar en ello.

Cuando Carbo se retiró esa noche a su tienda, fue incapaz de conciliar el sueño. El día en que ingresó en el *ludus* jamás pensó que acabaría convirtiéndose en un gladiador fugitivo, pero ese había sido su destino. Desde la dramática fuga del *ludus*, los acontecimientos habían tomado vida propia. La confianza creciente que Espartaco había depositado en su persona había engendrado en él una lealtad absoluta que le permitía superar los remordimientos que sentía por luchar contra sus compatriotas. A pesar de todo, la idea de tender una emboscada a un cónsul, uno de los dos hombres más poderosos de la República, seguía resultándole cuando menos extraña. Carbo dio vueltas bajo la manta tratando de conciliar un sueño inconciliable. Antes del amanecer, en medio de la oscuridad, expuso sus tribulaciones con Navio, con quien

volvía a compartir la tienda.

—Si hago esto, jamás podré volver a tener una vida normal como ciudadano romano.

—¿Cómo dices? —exclamó Navio como si se hubiera vuelto loco—. Tampoco hubieras podido antes. ¡Y yo tampoco!

—¿Por qué no? —Carbo no deseaba reconocer que ya había ido demasiado lejos.

—Piénsalo.

Sabía que Navio tenía razón. Nada volvería a ser lo mismo. Hasta la idea de viajar a Roma en busca de su familia había dejado de atraerle. Aunque sus padres estarían muy contentos, jamás podría explicarles lo que había hecho, y tampoco quería convertirse en un abogado como su arrogante tío. Por otro lado, retornar a la vida civil en cualquier lugar de Italia no le resultaba demasiado atractivo y, además, sería muy peligroso. Si alguien se enteraba de lo que había hecho con Espartaco, sería exiliado, o peor. Carbo frunció el ceño. ¿Qué podía hacer sino ir con Espartaco? Miró a Navio en la oscuridad.

—¿Qué haremos en Tracia?

—¿Quién sabe? ¿Servir a Espartaco? Seguro que no tarda en crear su propio reino. Se me ocurren peores cosas que formar parte de algo así y es mucho mejor que ser perseguido por esos hijos de puta de Roma.

—¿Abandonar Italia?

Aunque pareciera extraño que se cuestionara la idea después de que hubiera sido el objetivo perseguido por los esclavos durante tantos meses, hasta ahora no había tomado visos de realidad para Carbo.

—¿Qué sentido tiene quedarse? —susurró Navio—. ¡A mí aquí no me queda nada!

—Si me voy, no podré llevar a cabo mi venganza sobre Crixus.

—¡Venga ya! Eso lo sabes desde que renunciaste a matarlo en Thurium.

Carbo trató de encontrar otros argumentos a favor de quedarse, pero fracasó.

—Tienes razón. Seguiré a Espartaco, a donde sea que nos lleve.

—No te adelantes a los acontecimientos —advirtió Navio dándole un golpe amistoso en el hombro—. ¡Primero tenemos que ganar esta batalla! Por lo tanto, te recomiendo que duermas mientras puedas.

Dicho esto, Navio se tapó con la manta, se dio media vuelta y comenzó a roncar en cuestión de segundos.

Carbo envidiaba la habilidad que tenía Navio de dormir en cualquier situación. Apenas entraba luz por los resquicios de la tienda, pero Carbo sabía que no lograría volver a dormirse. No era solo él quien tenía ese problema. El joven oía el sonido de hombres tosiendo, sorbiéndose los mocos y susurrando entre sí en las otras tiendas. Se quitó la manta y decidió revisar el equipo una última vez. Seguro que podía afilar

un poco más la hoja de la espada. Levantó la solapa de la tienda y se sorprendió al ver una figura de pie junto a las ascuas de la hoguera de la noche anterior. Era Espartaco. El líder se llevó un dedo los labios y Carbo se acercó en silencio.

—¿No puedes dormir? Yo tampoco —reconoció Espartaco en voz baja.

—¿Qué te trae por aquí?

—Quería hablar contigo.

Carbo sonrió como si fuera lo más normal del mundo que su líder acudiera a su tienda a escondidas.

—¿Acerca de qué?

—Necesito pedirte un favor.

«¿Un favor?» A Carbo le empezó a latir el corazón con fuerza.

—Existe un motivo por el cual te he asignado a ti para encargarte de las rocas.

—¡Crees que soy un cobarde! —estalló Carbo—. ¡Crees que no soy capaz de luchar!

—¡No! —exclamó Espartaco agarrándole del hombro—. Nada más lejos de la realidad. Me has dado muestras de valor suficientes como para no dudar de tu coraje y pocas personas hay en las que confíe como en ti.

—¿De verdad? —preguntó Carbo mirándole a los ojos.

—Sí. Y necesito que hagas algo por mí, algo que no le pediría a nadie más. ¿Lo harás?

—Claro —respondió Carbo en el acto.

—Si perdiéramos hoy…

—No perderemos —interrumpió Carbo.

—Tu fe en mí es alentadora, pero el plan es arriesgado. Deben encajar muchas piezas. Si falla el más mínimo detalle, el fracaso estará a la vuelta de la esquina. Soy muy consciente de ello.

La verdad que escondían las palabras de Espartaco quedó flotando en el aire como el hedor putrefacto de una res muerta.

Carbo no tenía ánimos de discutir, así que simplemente asintió.

—Si las cosas van mal, lo verás muy claro. En cuanto tengas la seguridad absoluta de que la batalla está perdida, quiero que abandones a tus hombres y regreses al campamento, a mi tienda, en busca de Ariadne. Atheas estará allí protegiéndola y sabe que tú tomarás el mando. Debes llevártela de aquí y ponerla a salvo.

Aturdido por la enorme responsabilidad que acababa de aceptar, a Carbo se le hizo un nudo en la garganta ante la posibilidad de que tuviera que llevarla a cabo. Eso significaría que Espartaco estaba muerto. «Muerto como Chloris.»

—Toma.

Carbo aceptó la pesada bolsa de piel que Espartaco le entregó.

—Hay suficiente aquí para manteneros a todos durante un año, quizá más.

—¿Adónde quieres que vaya?

Espartaco rio con amargura.

—A cualquier lugar seguro. Busca una pequeña ciudad en la costa de Iliria o de Grecia y llevad una vida pacífica. Quiero tener la tranquilidad de saber que mi hijo se criará con tus consejos y con la protección de Atheas.

—¿Hijo? Ariadne está…

—Sí, está encinta. ¿Entiendes ahora por qué es tan importante la tarea que te encomiendo?

—Sí —susurró Carbo.

—¿Lo harás?

A Carbo le conmovió el tono de humildad en la voz de Espartaco. No le estaba dando una orden, sino pidiendo un favor de hombre a hombre.

—¡Claro! Si las cosas salen mal, pondré a Ariadne a salvo. ¡Te lo juro!

—Gracias, me quitas un gran peso de encima —dijo Espartaco estrujándole el hombro una vez con fuerza—. No puedes decírselo a nadie, evidentemente.

—No lo haré.

—Bien. —Los dientes de Espartaco resplandecieron en la oscuridad—. Ahora será mejor que nos preparemos. Tenemos miles de romanos a los que matar. Nos vemos cuando haya acabado todo.

—Sí.

Dicho esto, Espartaco desapareció en la oscuridad como un fantasma.

«Dioses, permitid que volvamos a encontrarnos.»

—¿Quién era? —preguntó Navio sacando la cabeza por la tienda.

—Egbeo —mintió Carbo—. Quería saber cuántos hombres me llevaré al desfiladero.

—Mejor tú que yo —comentó Navio—. Aunque sea más sanguinolento, prefiero clavar una espada en el vientre de un hombre que aplastarle como un escarabajo.

Carbo sonrió, pero tenía la mente puesta en su misión secreta. Era un gran honor que Espartaco le hubiera elegido, pero esperaba no tener que llevar a cabo la tarea, porque eso significaría que el hombre al que tanto idolatraba habría muerto. «Júpiter, el Mayor y Mejor —rogó Carbo desesperado—. Pase lo que pase, ¡permítenos ganar! ¡Concédenos la victoria!»

A pesar de estar acostumbrado al silencio con el que eran recibidas sus plegarias, esta vez resonó en su cabeza como el vacío con el que se encuentra una piedra cuando es arrojada a un pozo sin fondo.

Partieron antes del amanecer. La noche se llenó de nubes de vaho exhalado mientras las tropas de Carbo avanzaban en la oscuridad. El lugar que había elegido Espartaco para que se apostaran se hallaba a poco más de kilómetro y medio. La

anticipación de los hombres se palpaba en el ambiente y, aunque no era necesario que bajaran la voz todavía, conversaban en susurros. Basándose en la descripción proporcionada por Espartaco, Carbo dirigió a sus efectivos —unos doscientos hombres— hacia el norte. Subieron por una ladera salpicada de enebro y encinas de gruesos troncos. A medida que fueron ascendiendo, fue escaseando la vegetación y aparecieron ante sus ojos grandes rocas cubiertas de parches de liquen verde grisáceo.

Al poco rato la ladera se interrumpía y daba paso al desfiladero, de unos veinte pasos de longitud. Carbo se acercó al borde y miró abajo. El barranco era escarpado. Masculló una maldición y retrocedió un paso. Las ráfagas de viento podían provocar fácilmente la caída de un hombre y causarle la muerte. Carbo se tumbó y se arrastró hasta el borde con gran precaución. La vista era impresionante. A unos cincuenta pasos más abajo, la carretera cruzaba el lecho del valle como una fina serpentina. La única señal de vida eran unos cuervos que parloteaban ruidosamente mientras flotaban en el aire mecidos por las corrientes matutinas.

Carbo miró de lado a lado en busca del mejor lugar para la emboscada y eligió, como era natural, la parte más estrecha del desfiladero. La distancia entre ambas paredes de roca podía cubrirse con una jabalina. Decidió atacar desde allí. Toda roca que empujaran desde ese punto aplastaría sin posibilidad de fallo a cualquiera que estuviera abajo. Una luz rosácea en el este le indicó que estaba a punto de salir el sol. Debía actuar con rapidez. Carbo empezó a dar órdenes.

El duro trabajo físico le permitió olvidarse por un rato de la pesada carga que Espartaco le había asignado. Hasta la idea de matar a centenares de sus compatriotas le resultaba más fácil de asimilar que pensar en el cuerpo inmóvil y ensangrentado de Espartaco en el campo de batalla. Si moría, no podría soportarlo.

21

Espartaco alzó la vista al cielo, que estaba cubierto de negros nubarrones. No tardaría en empezar a llover y, a esa altura, incluso podía granizar o nevar. El tracio no era el único que se había fijado en las nubes. Los hombres miraban nerviosos el cielo mientras susurraban descontentos. «Maldita sea. Hemos tenido varias semanas de buen tiempo. ¿Por qué debe cambiar ahora?» Espartaco se negó a creer lo que pensaban sus tropas: que los dioses estaban enfadados. «El plan es bueno. Funcionará.» Esas fueron las últimas palabras que Ariadne le susurró al oído esa mañana antes de partir.

No obstante, Espartaco era consciente de que su suerte pendía de un fino hilo. Si no quería que cundiera el pánico, sería mejor que hablara con los esclavos. Y la maldita lluvia debía esperar o no habría ninguna batalla. Las patrullas de reconocimiento del enemigo habían venido y se habían ido hacía mucho rato. Léntulo ya debía de estar al corriente de la ubicación de los esclavos, pero si el terreno se convertía en un lodazal, no daría la orden de avanzar. Solo un idiota lucharía en tales condiciones y Espartaco dudaba de que un hombre que había llegado a cónsul fuera un idiota. Espartaco confiaba en que Léntulo fuera tan arrogante como Craso, que tuviera ese abrumador sentido de la superioridad de los romanos que le condujera a pensar, pese a los éxitos cosechados por los esclavos, que un gladiador fugitivo solo podía trazar un plan de batalla rudimentario. Si Espartaco mostraba de esa manera todos sus efectivos, ¿qué otra cosa podía pretender sino librar una batalla campal?

«Funcionará —se dijo Espartaco—. Carbo logrará bloquearles el paso en el desfiladero y mis hombres resistirán la acometida. Pulcro y Egbeo caerán sobre ellos cuales martillos de Vulcano y las tropas de Castus y Gannicus también vencerán.» Espartaco se volvió a hablar con sus tropas, que le brindaron una gran ovación. Levantó los brazos en señal de agradecimiento y, en cuanto cesó el clamor, les habló del coraje que habían demostrado al decidir seguirle en el *ludus* o al abandonar a sus amos. También alabó sus esfuerzos y sudores durante el arduo entrenamiento bajo la mano férrea de Navio.

—Para ser romano, Navio no es mala persona —bromeó y sonó una carcajada general.

El ambiente se relajó en cuanto el líder empezó a pasar por las filas recordándoles las increíbles victorias que habían obtenido, empezando por el modo en que él y otros habían conseguido escapar del *ludus* pese a haber sido traicionados, pasando por la manera en que lograron la misión imposible de derrotar a los tres mil soldados de Glabro descendiendo por un barranco y sembrar el pánico en el campamento romano y finalizando por la forma en que triunfaron después contra Furio y Cosinio. Y por si todo ello fuera poco, también habían dado esquinazo a Varinio y, cuando finalmente

el pretor dio con ellos en Thurium, aniquilaron a casi todas sus tropas. Y, si bien era cierto que el idiota sobrevivió a la batalla, el Senado le había ordenado que se cayera sobre la espada tras informar de su derrota en Roma.

Los hombres gritaron entusiasmados con cada uno de los detalles que explicaba Espartaco.

El tracio agitó los brazos para alentarles. Era importante fomentar su confianza antes de la batalla. La iban a necesitar.

Cuando cesó el clamor, Espartaco volvió a levantar la vista al cielo. Por obra de algún milagro, los nubarrones habían pasado de largo sin empaparles en su recorrido. La lluvia o el granizo que portaban acabarían cayendo sobre los picos del sur, calculó Espartaco. «Gracias, Gran Jinete.» Desenvainó la espada y señaló al cielo.

—¡Mirad! Los dioses nos favorecen. La tormenta ha pasado de largo.

—¿Hay algo que no seas capaz de hacer? —inquirió una voz.

—Hago lo que puedo, Aventianus —respondió Espartaco con un guiño—. Los hombres rieron divertidos.

«Ha sido un comentario afortunado. Debo recordar dar las gracias a Aventianus después.» Pero en cuanto el pensamiento cruzó su mente, Espartaco se corrigió. «No debo tentar a la providencia. Se lo agradeceré si sobrevive. Si yo sobrevivo.»

Un hombre se acercó al líder para decirle algo al oído.

—¿Cómo dices?

Los esclavos aguardaron en silencio.

La tensión podía palparse en el ambiente. De pronto el viento llevó consigo el inconfundible sonido de las trompetas.

—¡Ya están aquí!

Un escalofrío recorrió las filas de soldados.

Los temores de Espartaco se esfumaron como la neblina matutina con los primeros rayos de sol. Este había sido siempre su objetivo: luchar contra Roma. Aunque no iba a enfrentarse a los romanos en su tierra natal como hubiera deseado, no importaba. Se le había brindado la oportunidad de luchar contra un ejército consular. ¿Qué más podía pedir? «La victoria —pensó—. Eso es lo que quiero. Cualquier otra cosa no me basta.»

Espartaco respiró hondo, echó la cabeza atrás y se dirigió a las tropas a voz en grito.

—Esos hijos de puta son solo diez mil hombres. ¿Cuántos somos nosotros?

—¡Treinta mil! —contestó Aventianus.

—¡Exacto! ¡TREINTA MIL! —bramó Espartaco—. Somos tres por cada uno de esos perros pestilentes. ¡VICTORIA O MUERTE!

Los hombres repitieron la frase casi al instante, que resonó por todas las montañas. ¡VICTORIA O MUERTE! ¡VICTORIA O MUERTE!

Espartaco cogió el *scutum* y empezó a golpear el borde de hierro con la espada.

—¡Vamos! —ordenó—. Haced lo mismo. Los romanos deben tragar el anzuelo y entrar en el desfiladero sin pensar.

Los soldados que le oyeron sonrieron maliciosos y le emularon de inmediato. Se fueron uniendo más esclavos hasta que el estruendo se propagó como el fuego y olvidaron por un instante el temor infundado por los nubarrones y la incertidumbre del enfrentamiento contra una legión al completo. Algunos hombres empezaron a proferir gritos de guerra hasta enrojecer, mientras que otros comenzaban a moverse y reír eufóricos. Las primeras filas se adelantaron unos pasos, pero los oficiales pronto les obligaron a volver a la formación.

Espartaco no oía semejante algarabía desde que luchó por primera vez contra los romanos en Tracia y su pueblo perdió. Tenía la sensación de que había transcurrido un siglo desde entonces. Ahora contemplaba con orgullo a su ejército de esclavos, que mostraban el coraje de unos guerreros natos. Si al final tenía lugar la batalla, sabía que pelearían. No le cabía la menor duda. Quizás hoy podría borrar para siempre de su mente la vergüenza de la derrota sanguinolenta de Tracia.

Se oyeron varios toques de trompeta furiosos al otro lado del desfiladero.

Espartaco sonrió satisfecho. Léntulo había decidido luchar.

Ahora le tocaba a Carbo aguarle la fiesta al cónsul.

Apostado en lo alto del desfiladero boca abajo, Carbo también oyó las *bucinae* de los romanos mientras observaba los movimientos de la primera legión que había girado la curva de la carretera. Por delante cabalgaban varios escuadrones de caballería, los mismos que antes habían informado a Léntulo de la posición de los esclavos. De pronto, un gran grupo de jinetes se separó del resto y cruzó el desfiladero. Carbo los contempló alarmado. «En nombre de Hades, ¿qué están haciendo?» Entonces comprendió que querían cerciorarse de que Espartaco no hubiera bloqueado la salida. Léntulo no era ningún tonto, pensó Carbo con la vista fija en la legión. Quizá no fuera esa la única comprobación que deseara realizar el cónsul.

De repente oyó el sonido de varias piedras rodando por la ladera y alargó el cuello para ver qué sucedía. Por suerte estaba tumbado y su perfil no resultaba visible a contraluz para los cuatro, cinco, seis hombres con barba y tez oscura que habían empezado a ascender por la ladera desde el lugar en que estaban las tropas a la espera. Los hombres iban descalzos y ataviados con túnicas de manga corta. Como única arma llevaban unas hondas colgadas del cuello. Carbo había visto una vez en Capua a los honderos baleáricos: eran escaramuzadores rápidos que también realizaban labores de reconocimiento. Estaba claro que habían sido enviados por el cónsul para inspeccionar el terreno en lo alto del desfiladero. A Carbo se le secó la

boca de miedo.

Debía acabar con ellos de inmediato si no quería que fracasara el plan de Espartaco y la misión de salvar a Ariadne se convirtiera en una terrible realidad.

Se alejó rodando del borde del barranco y corrió hasta el grupo de soldados más cercano para explicarles la situación. El pánico se apoderó de sus rostros.

—No podemos dejar que escapen o estamos todos jodidos. ¿Lo habéis entendido?

Los hombres asintieron nerviosos.

—Esos honderos se darán cuenta del plan en cuanto suban y vean las rocas apiladas. Debemos matarlos enseguida y fuera de la vista de las legiones.

Un hombre le mostró un arco de caza.

—Yo puedo abatir a dos, incluso a tres.

—Bien —dijo Carbo. «¡Ojalá tuviera a más arqueros!»—. Que sean dos, para asegurar el tiro. Tú te ocuparás de los dos últimos en subir.

Carbo señaló a continuación a otros tres esclavos.

—Nosotros nos esconderemos detrás de esas pilas de rocas. Tú matarás al primer hombre, tú al segundo y tú al tercero. Yo me encargaré del cuarto. Que nadie se mueva hasta que yo lo diga. ¿Está claro?

—Sí —murmuraron.

Carbo ordenó al resto de los esclavos que permanecieran ocultos y en silencio y corrió a esconderse detrás del montón de rocas más cercano al lugar por el que deducía que aparecerían los honderos. Apenas había lugar para esconderse. Carbo rogó que fuera suficiente. De pronto cayó en la cuenta de que el éxito de su plan dependía de que el primer hondero no se percatara del significado de las pilas de rocas. De lo contrario, si adivinaba su propósito y huía, tendrían que perseguir a todos los hombres ladera abajo a plena vista del ejército y se iría a pique toda esperanza de sorprender a los romanos. Carbo notó el sabor de la bilis en la garganta y tragó saliva con fuerza para evitar tener arcadas. Su improvisada emboscada solo funcionaría si los honderos subían hasta lo más alto del desfiladero para inspeccionar el terreno a fondo.

Carbo lanzó una súplica desesperada a Júpiter. «Construiré un altar en tu honor y sacrificaré un toro cada año, el mejor que encuentre, mientras la salud me lo permita.»

Al cabo de un rato oyó varios susurros guturales y se le aceleró el pulso. Trató de mantener la calma mientras apretaba con fuerza la empuñadura de la espada. Miró por encima de las rocas con precaución. Nada. «¿Dónde puñetas se han metido?» Carbo esperó y esperó. La espera se le hizo eterna, pero no debía moverse ni un ápice. El más mínimo ruido alertaría de su presencia a la patrulla de reconocimiento.

Cuando por fin divisó una mata de pelo negro y rizado a unos quince pasos de distancia, parpadeó sorprendido. Aguardó agazapado mientras una cara morena

aparecía por la ladera del barranco y miraba con atención de lado a lado. Tras una breve espera, el hondero subió hasta la cima, seguido de dos hombres más. Caminando agachados, comenzaron a aproximarse al escondite de Carbo.

«En nombre de Hades, ¿dónde está el resto? ¿Acaso esperan una señal de sus compañeros para continuar?»

El resto de los honderos apareció al instante, mientras que los tres primeros estaban casi encima de Carbo.

—¡AHORA! —rugió saltando de detrás de la rocas.

Carbo apenas tuvo tiempo de ver las expresiones pasmadas y de oír las maldiciones del último par antes de salir corriendo en pos del trío inicial. Cuando lo vieron, los dos últimos se giraron para darse a la fuga. «¡Zum!» Una flecha pasó por delante de Carbo y se clavó en la espalda de uno de los hombres, que se desplomó con un doloroso gemido.

—¡Apunta al de la derecha! —ordenó Carbo.

Albergando la esperanza de que el arquero le hubiera oído, se dispuso a atacar a la figura de la izquierda, un hombre bajo de pómulos marcados.

La suerte estuvo de su lado. El hondero estaba tan desesperado por huir, que tropezó y cayó al suelo. Carbo se abalanzó sobre él como un animal salvaje sobre una presa. Le golpeó con el *gladius* y le abrió la espalda desde el hombro hasta la cintura. La sangre salió a borbotones y el hombre emitió un grito agónico que Carbo interrumpió brutalmente clavándole la espada entre las costillas y perforando un pulmón y el corazón. Tras varios estertores, el cuerpo del hombre dejó de moverse.

Carbo arrancó la espada del cuerpo y miró a su alrededor para ver lo que estaba pasando. El arquero no había exagerado acerca de su habilidad. Otro cadáver yacía boca arriba. El primero tenía una flecha clavada en la boca. Carbo miró las rocas que les habían servido de escondite. Todos los honderos habían caído menos uno, el último, que había matado a uno de sus hombres y ahora sostenía una espada en la mano. El hondero dio media vuelta y corrió hacia Carbo gritando a todo pulmón.

Si no lo detenía, Carbo sería el responsable del fracaso de la emboscada.

«¡Zum!»

Una flecha pasó por encima del hombro del hondero y casi le arranca el ojo a Carbo.

—¡Deja de disparar! —gritó y se interpuso en el camino del hondero con la espada levantada.

Pero el hombre no tenía ningún interés en combatir y esquivó a Carbo con la intención de correr hasta lo alto de la ladera.

Carbo soltó una maldición. Se había equivocado sobre sus intenciones.

—¡Acaba con él! ¡Rápido! —gritó y se agachó rogando que la flecha no le diera a él.

Carbo dio un salto hacia delante. La flecha le pasó por encima del hombro y se clavó en la espalda del hondero. El hombre se tambaleó, pero después se incorporó. Soltó la espada, se arrancó del cuello uno de los dos pañuelos que llevaba y se acercó al borde del desfiladero agitando la tela negra sobre su cabeza.

De pronto Carbo se dio cuenta de lo que pretendía hacer. El pañuelo significaba «enemigo a la vista» y si alguien del ejército de Léntulo lo veía, habría fracasado.

Carbo corrió hacia él a una velocidad vertiginosa y le embistió con el *gladius* en la espalda, levantó el brazo y le arrancó el pañuelo de la mano izquierda. Logró rodear con el brazo el cuello de su víctima y lo arrastró hacia atrás mientras gritaba clavándole la espada más adentro. Los lamentos del hondero pronto se convirtieron en meros gemidos y, al cabo de un instante, había muerto. Carbo arrancó la espada del cuerpo y añadió un nuevo cadáver ensangrentado a la pila.

Miró a su alrededor. Todos los miembros de la patrulla de reconocimiento habían muerto o estaban moribundos. Sus hombres sonrieron victoriosos, pero Carbo no devolvió la sonrisa. No estaba seguro de su éxito. Quizás alguien había detectado la pelea. Se tiró al suelo y se arrastró hasta el borde del desfiladero. Con un nudo en el estómago, examinó la enorme columna romana en busca de señas de alarma o inquietud. Para su gran alivio, no vio nada.

—¿Nos han visto? —preguntó el arquero.

Carbo retrocedió un poco.

—Creo que no. —«Gracias, Júpiter.»

El arquero exhaló un largo suspiro.

—Buen trabajo —dijo Carbo.

—Debería haber abatido al último cabrón con una sola flecha.

—Era fuerte y estaba desesperado —replicó Carbo—. De todos modos, ahora ya está muerto.

Carbo contempló el cuerpo del hondero y reparó en el segundo pañuelo que llevaba al cuello: era de color rojo, el mismo color que el pendón *vexilla* usado por las legiones. De pronto el pánico se apoderó de Carbo. El pañuelo solo podía tener un objetivo: indicar que no había peligro alguno en lo alto del desfiladero. Si no lo agitaba, los romanos enviarían a más hombres a investigar. Carbo se miró la túnica y soltó una maldición. Estaba empapada de sangre. Se desabrochó el cinturón, se sacó la prenda ensangrentada y la tiró al suelo.

—¡Rápido! Necesito la túnica menos manchada de sangre.

El arquero lo miró con unos ojos como platos.

—Tengo que agitar el pañuelo rojo o los romanos empezarán a sospechar que algo va mal.

Por fin el arquero comprendió la situación y juntos revisaron las túnicas de los muertos. La más limpia era la del hondero que tenía la flecha clavada en la boca. Le

desnudaron y Carbo se puso su túnica sudorosa. A continuación, le arrancó el pañuelo rojo del cuello y caminó hasta el filo del precipicio. Con el corazón latiendo como un tambor, levantó el brazo y agitó el pañuelo de lado a lado.

—¡Aquí no hay nada! —gritó en latín emulando un acento extranjero—. ¡No hay ni un alma a la vista!

No detectó ningún movimiento abajo.

Carbo se alegró. Eso significaba que la lucha de los honderos por sobrevivir no había sido detectada. Redobló sus esfuerzos haciendo bocina con la mano para que lo oyeran mejor. Por fin sus esfuerzos se vieron recompensados. Un oficial de una cohorte se acercó a la primera fila seguido de un *signifer*. Al cabo de un momento, izó y bajó el estandarte varias veces. Después, el oficial volvió a ocupar su posición sin ni siquiera mirar arriba otra vez. Carbo se sintió eufórico.

—¡Lo hemos conseguido! —susurró al arquero.

—Bien hecho, señor.

No acostumbrado a que se dirigieran a él de ese modo, Carbo parpadeó, pero acto seguido sacó pecho orgulloso.

—Será mejor que estemos al acecho por si otro de esos cabrones decide venir a husmear por aquí. Quédate con el resto. Si detectas una piedra rodando, dímelo.

El arquero sonrió en señal de asentimiento.

Carbo inclinó la cabeza y empezó a llamar a los hombres, que recibieron órdenes estrictas de no moverse hasta que él lo dijera.

Los dos mayores temores de Espartaco en cuanto las fuerzas de Léntulo empezaran a cruzar el desfiladero era que Egbeo y Pulcro atacaran demasiado rápido y el alcance de los daños que podría provocar la caballería romana. Los jinetes enemigos se apartaron a un lado para que los soldados pudieran maniobrar y colocarse en posición, proceso que requirió un tiempo considerable. Sentados sobre sus monturas a unos trescientos pasos de distancia, los jinetes parecían inofensivos, pero Espartaco sabía por su amarga experiencia que no lo eran. Había tomado la decisión ponderada de dejar a sus jinetes con Castus y Gannicus porque, a pesar de haber entrenado con intensidad desde que capturaron a los caballos salvajes en las montañas de los alrededores de Thurium, carecían de experiencia en la batalla, por lo que tendrían más posibilidades de éxito si actuaban juntos como un bloque.

Además, Espartaco quería que sus mejores hombres, aquellos que le rodeaban, conocieran la victoria frente al enemigo al completo. Le satisfizo oír la retahíla de insultos que sus soldados lanzaban a los romanos. Como era natural, uno o dos esclavos ansiosos habían lanzado sus jabalinas antes de tiempo, pero el resto mantenía la formación, como prueba fehaciente de que la instrucción que él había iniciado y que Navio había continuado estaba dando buenos resultados y que los

esclavos habían dejado de lado la mentalidad de esclavos.

Estaba seguro de que Carbo desempeñaría bien su papel. El joven romano era tan leal como cualquiera de sus hombres, incluidos Atheas y Taxacis. «Gran Jinete, no permitas que Carbo tenga que llevar a cabo la misión que le he encomendado.» A partir de ese momento, Espartaco se olvidó de todo lo demás y se preparó para la batalla. Rememoró en su mente las imágenes de las aldeas de Tracia que habían sido arrasadas por los romanos. Las pilas de cadáveres mutilados. Los pedazos de cuerpos ensangrentados que cubrían el suelo. Las cabezas sin ojos que habían sido clavadas en el suelo sobre las puntas de las jabalinas. Los ancianos que habían sido crucificados en sus casas, las innumerables mujeres que yacían inmóviles como muñecas abandonadas, con charcos de sangre recorriéndoles los muslos, y las pequeñas formas inertes de los bebés cuyas cabezas habían sido machacadas contra las paredes y cuyo recuerdo todavía le daba náuseas.

Espartaco sintió que le embargaba una rabia furiosa. Notaba que le palpitaban los ojos y que tenía el pecho aprisionado por bandas de hierro. Hacía años que no se sentía tan furioso. Había llegado el momento que había soñado, que tanto había anhelado. «La venganza será mía.» Lo único que deseaba hacer era matar, mutilar, aplastar y despedazar a todo hijo de puta que se acercara a su espada.

Llamó a los trompetas.

—Recordad la señal. Tocadla en el momento que os lo ordene. Si la jodéis, os cortaré los huevos. ¿Entendido?

El trío asintió temeroso sin rechistar.

Con un movimiento de la mano, Espartaco les mandó de nuevo a la seguridad de la retaguardia. Echó un último vistazo a las tropas. Las había ordenado en tres filas y organizado en cohortes como los romanos. Casi todos los soldados llevaban *pila* y la mayoría estaban equipados con un *gladius* y un *scutum* y llevaban un casco de bronce con penacho, al igual que los legionarios. Presentaban un aspecto magnífico.

—¡Os miro! —gritó Espartaco—. Os miro, mis soldados, y el corazón se me llena de orgullo. ¿Me oís? ¡DE ORGULLO!

Los soldados le aclamaron hasta quedarse roncos.

—Hoy será la primera vez que luchemos contra una legión al completo. ¡Debemos dar gracias por ello y disfrutarlo! ¡Demos gracias a los dioses! ¿Por qué tenemos que dar gracias?, os preguntaréis. Porque vamos a atacar a esos legionarios y cortarles en pedazos. —Espartaco rio triunfante—. En cuanto Carbo bloquee el desfiladero, comenzará la batalla. Cuando esos cabrones nos ataquen, sonarán las trompetas y diez mil compañeros más saldrán de su escondite y atacarán su flanco izquierdo. Nosotros haremos lo mismo desde nuestra posición. Para cuando acabe el día, os juro que este campo de batalla estará repleto de los cadáveres de los enemigos. Mataréis hasta quedaros sin fuerza en el brazo y todos podréis haceros con buenos

equipos. En el campamento romano hay más comida y vino del que podamos consumir y plata suficiente para llenarnos los bolsillos, pero, lo mejor de todo —dijo Espartaco señalando con la *sica* el águila de plata del estandarte que sobresalía en el centro de las filas romanas—, conseguiremos dos de esos estandartes. ¿Qué mayor prueba podemos tener del favor de los dioses?

—¡ES-PAR-TA-CO! —bramaron los esclavos—. ¡ES-PAR-TA-CO!

Siguiendo el ritmo de su cántico, el líder comenzó a golpear el *scutum* con la espada.

«¡Pum, pum, pum!»

Entretanto, los soldados romanos avanzaron en silencio, una táctica habitual que solía intimidar al adversario. «Que les jodan —pensó Espartaco y golpeó el escudo con más fuerza—. Que Léntulo oiga mi nombre, que tiemble ante la rabia feroz de mis hombres y que sus soldados se caguen de miedo».

—¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO!

El tracio sonrió con gesto grave y volvió a ocupar su lugar entre las tropas.

El ruido ensordecedor continuó sin pausa.

Espartaco contempló las líneas enemigas. «Bien. Debe de haber casi unos cinco mil romanos. Carbo actuará en cualquier momento.»

Cualquier otra espera en emboscadas anteriores palidecía en comparación con la de esa mañana. Cada fibra de su ser le instaba a arrojar la primera piedra por el borde del precipicio. Los hombres también estaban ansiosos. Carbo había tomado conciencia de la inmensidad de la tarea y del terrible efecto que tendría, pero sus hombres estaban impacientes por iniciar la batalla y no era fácil guardar la disciplina.

—Tengo instrucciones precisas de Espartaco sobre cuándo atacar, ¿lo habéis entendido? —repitió una y otra vez—. Debemos dividir las legiones en dos. Si atacamos demasiado rápido, dejaremos a Castus y Gannicus con todo el trabajo. Todo depende de nosotros y debemos hacerlo bien.

Al final, los hombres perecieron captar el mensaje y se tranquilizaron un poco. No obstante, Carbo seguía teniendo un nudo en el estómago. Llevaba más de media hora observando a los legionarios mientras marchaban por el desfiladero. A pesar de ser el enemigo, era una visión magnífica, y una pequeña parte de su corazón se lamentaba por no haber podido formar parte de la legión. «Esos capullos no me aceptaron —pensó Carbo con rabia—. Espartaco fue el único que vio algo en mí.» Carbo se volvió para mirar las rocas apiladas, algunas de las cuales eran más grandes que un carro de bueyes. Ese sería su castigo.

Llegó hasta sus oídos el clamor de voces y un estruendo metálico. Carbo levantó la cabeza. No logró descifrar las palabras, pero seguro que eran los hombres de

Espartaco. «Que los dioses les acompañen.»

Miró abajo de nuevo y vio que la columna romana se interrumpía. En las siguientes unidades vislumbró el brillo del estandarte con el águila. La segunda legión de Léntulo estaba a punto de entrar en el desfiladero.

—Bien —dijo con voz queda y sonrió, porque ya no era necesario que bajara la voz—. A la de tres… —gritó—. Pasad la orden.

Carbo aguardó a que la orden fuera transmitida a todos los hombres. Al cabo de un momento, los esclavos que se encontraban en el otro extremo del precipicio levantaron las manos en señal de confirmación. Carbo se humedeció los labios con la lengua y apoyó las manos sobre una roca casi de su mismo tamaño.

»¡UNO! ¡DOS! ¡TRES! —bramó.

Con un gran esfuerzo, empujó la roca por el borde del barranco. Pasmado ante la velocidad que alcanzó al instante, contempló a sus hombres hacer lo mismo con multitud de rocas, piedras y losas. El aire se llenó de polvo a medida que los proyectiles golpeaban las paredes del desfiladero y provocaban pequeños desprendimientos de roca. El atronador estrépito hizo temblar el suelo.

Carbo no se detuvo a contemplar el efecto del aluvión de rocas. No era necesario. Seguro que sería devastador. Numerosas ringleras de legionarios estaban a punto de ser exterminadas. Como era natural, sus hombres tenían la vista clavada en el fondo del desfiladero.

—¡No os detengáis! —gritó Carbo—. ¡Quiero más piedras! Tenemos que bloquear ese desfiladero por completo.

—¡Acabad con todos! —rugió el arquero—. ¡Matad hasta al último de esos cabrones hijos de puta!

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! —corearon los esclavos al tiempo que retomaban la actividad con vigor renovado.

Carbo cerró los ojos un instante. «Que los dioses se apiaden de los pobres mamones de ahí abajo y les concedan una muerte rápida.»

Acto seguido, se puso manos a la obra como el resto.

Cuando las rocas comenzaron a rodar por las paredes de piedra, el estruendo ahogó cualquier otro ruido. Los gritos de los esclavos dejaron de resultar audibles; era como si los hombres de Espartaco estuvieran jugando a abrir y cerrar la boca y a golpear los escudos con las armas en silencio, pero lo que estaba a punto de suceder no era ningún juego. Una enorme nube de polvo cubrió el desfiladero. Romanos y esclavos miraron a su alrededor, los unos horrorizados y los otros encantados. A Espartaco le embargó una enorme alegría. Ese estruendo infernal solo podía significar una cosa: que Carbo había cumplido su cometido.

—¡Esperad! —ordenó Espartaco—. ¡Dejad que el miedo haga mella en el enemigo! Ahora se darán cuenta de que se han quedado solos.

Espartaco lanzó una mirada al valle lateral donde se ocultaban Egbeo y Pulcro con sus tropas y no vio nada. «Bien. Están aguantando con disciplina.»

El alboroto causado por las rocas que rodaban por el precipicio cesó y dio paso al escalofriante sonido de los lamentos de los que habían quedado atrapados entre las rocas sin morir. El desfiladero se llenó de sus aullidos y gemidos. La mayoría pedía que les mataran para poner fin a la terrible agonía de tener las extremidades, la pelvis o la espalda rotas o aplastadas. Los soldados de Espartaco chillaron eufóricos y golpearon los escudos con renovada energía.

Léntulo actuó con rapidez. Consciente de que ese ruido haría cundir el pánico entre los legionarios, ordenó que tocaran las *bucinae*. Los soldados comenzaron a marchar de forma ordenada y la caballería se desplazó a la derecha, con el claro objetivo de acometer a los esclavos por detrás.

A pesar de que ya había previsto esa posibilidad, Espartaco masculló una maldición. Esperaba que los esclavos de la retaguardia recordaran lo aprendido en la instrucción. Se les había enseñado a sujetar las jabalinas juntas para formar una impenetrable red de extremos de hierro, pero una cosa era la teoría y otra la práctica en el fragor de la batalla. Espartaco se confió a los dioses y ordenó a los trompetas que tocaran la señal de avanzar.

—¡Mantened la formación! ¡Moveos juntos! —Sus palabras fueron transmitidas por toda las filas y los esclavos empezaron a avanzar en bloque.

—¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO! —rugieron los esclavos.

Estaba demasiado lejos para distinguir la expresión en los rostros de los legionarios, pero Espartaco estaba seguro de que alguno había empezado a temblar. A diferencia de sus tropas compactas, las filas enemigas presentaban varias brechas. «¡Podemos conseguirlo! Gran Jinete, concédeme la fuerza de tu brazo derecho para aplastar a esos cabrones contra el barro del que provienen.»

Un centenar de pasos separaba a los dos bandos. La tensión y el miedo se palpaban en el ambiente. Pese a su bravuconería, muchos hombres morirían. Los esclavos murmuraban plegarias o se animaban entre sí con el semblante serio y las mandíbulas apretadas, pero sin dejar de gritar. De hecho, comenzaron a clamar el nombre de su líder incluso con más fuerza.

«¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO!»

Espartaco los escuchó satisfecho. «Quieren luchar. Quieren sangre romana, al igual que yo.»

—Las tres primeras filas, ¡preparad las jabalinas! —gritó.

A su alrededor, miles de brazos se inclinaron hacia atrás y un bosque de puntas metálicas señaló al sol.

—¡Esperad! ¡Esperad! —Espartaco contó los pasos mientras se acercaban a los romanos. Diez. Veinte. Cuarenta. Por fin vislumbró sus rostros. Al igual que sus hombres, tenían la cara tensa, pero no de impaciencia, sino de miedo. La única excepción eran los legionarios alrededor del águila de plata, que sí parecían preparados para la batalla. A lo lejos oyó a los oficiales romanos ordenar a sus hombres que arrojaran la primera oleada de jabalinas.

»¡Ahora! ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡ARROJADLAS! —gritó Espartaco como respuesta.

Los hombres obedecieron y las jabalinas volaron con un zumbido sibilante. En las filas romanas resonó la misma orden y dos gráciles nubes de *pila* surcaron los aires y oscurecieron el cielo durante un instante. La visión resultaba tan magnífica como aterradora, pensó Espartaco. A partir de ese momento su ejército debería poner en práctica lo aprendido durante la instrucción.

—¡Alzad los escudos! —rugió levantando el brazo izquierdo—. ¡Alzad los escudos!

«Clang, clang, clang.»

Una pared de *scuta* apuntó al cielo.

Las jabalinas de los romanos retumbaron con fuerza letal contra los escudos de los esclavos. Era inevitable que alguna de las puntas metálicas encontrara una pequeña fisura entre los escudos o bien atravesara la madera endurecida del *scutum* y el brazo que lo sostenía. Los heridos lanzaron lamentos y maldiciones, mientras que los que salieron ilesos rieron y agradecieron su fortuna a los dioses.

Espartaco estaba ileso. Miró a su alrededor y vio que las bajas eran razonablemente pocas. Cuando examinó a las tropas romanas, llegó a la misma conclusión. El principal objetivo de las jabalinas era clavarse en los *scuta* para inutilizarlos.

—Si alguien de las dos primeras filas precisa un escudo, que lo pida a las filas posteriores —ordenó—. ¡Avanzad!

En cuanto iniciaron la marcha, los soldados de las primeras filas que se habían quedado desprotegidos solicitaron con rapidez los *scuta* de sus compañeros.

Hubo otro intercambio de jabalinas y cayeron algunos soldados más. Los dos bandos se encontraban a tan solo treinta pasos de distancia. Espartaco se llevó el silbato a la boca y vio que un centurión hacía lo mismo. Sin embargo, en lugar de tocar la orden de ataque, Espartaco produjo una serie de notas extrañas que provocaron miradas de sorpresa entre sus hombres, pero no entre los trompetas, que soplaron con todas sus fuerzas un agudo «tan-tara-tara». Repitieron el toque dos veces y, al finalizar, el sonido de las trompetas fue sustituido por un largo pitido del silbato de Espartaco, repetido a continuación por sus oficiales.

La llamada fue respondida por el enemigo con un pitido indignado.

—¡A la carga! —ordenó Espartaco.

El tracio comenzó a correr hacia el enemigo, con la vista clavada en los legionarios que devendrían sus primeros rivales. El primero de ellos era un joven de diecinueve o veinte años que lo miraba aterrorizado, mientras que el segundo estaba en la veintena y tenía las facciones duras y la mandíbula apretada, seguramente fuera un veterano. Espartaco se abalanzó sobre el segundo soldado por ser el más peligroso.

De pronto en el campo de batalla se oyó el rugido atronador de miles de gritos de guerra lanzados al unísono y el clamor desvió la atención en la lucha por un instante. El griterío procedía de la derecha de Espartaco y la izquierda de los romanos. «Gracias, Gran Jinete.»

Egbeo, Pulcro y sus hombres habían iniciado el ataque.

Como captaron el significado del tumulto, los esclavos comenzaron a gritar con todas sus fuerzas.

«¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO!»

—¡Manteneos juntos! —ordenó Espartaco—. ¡Cubríos las espaldas!

Esas fueron las últimas órdenes que dio. A partir de ese momento, sería imposible que le oyeran. El mundo se cerró alrededor de Espartaco mientras recorría los últimos pasos hasta la primera fila enemiga. Solo era consciente de los hombres que tenía al lado y de los ojos temerosos de los romanos que asomaban por encima de los *scuta*. El corazón le latía con fuerza y el sudor le irritaba los ojos. Parpadeó.

Espartaco lanzó un grito de guerra y empujó su escudo contra el del legionario de facciones duras. La fuerza del impacto hizo tambalear a su adversario y, antes de que pudiera replicar, le clavó la *sica* en el cuello. La hoja de la espada atravesó músculos y cartílago hasta clavarse en la espina dorsal. Cuando arrancó el arma, el soldado aulló de dolor, pero el grito fue interrumpido por el torrente de sangre que le brotó de la parte posterior de la garganta.

Espartaco observó movimiento con el rabillo del ojo y se agachó de forma instintiva. En lugar de arrancarle el ojo con el *gladius*, el romano le dio una estocada en el penacho del casco de bronce. Aturdido, el tracio se tambaleó hacia atrás. La hoja de hierro estaba clavada en el metal del casco y el romano zarandeó la cabeza de Espartaco de un lado a otro mientras trataba desesperado de arrancarla. El tracio no tenía intención alguna de desabrocharse la cinta de cuero de la barbilla que lo mantenía en su sitio. Con un chirrido metálico, el legionario consiguió arrancarlo a medias y sonrió satisfecho. Desesperado, cuando el soldado volvió a tirar de la espada, el líder se dejó arrastrar en lugar de resistirse, lo cual provocó que el romano se tambaleara y aflojara la presión sobre la empuñadura. Espartaco comenzó a proferir gritos como un loco y el romano, asustado, soltó el *gladius*.

Espartaco levantó la *sica* y se la clavó en el ojo izquierdo. Se oyó un «pop» audible y un líquido acuoso le salpicó el escudo.

El legionario soltó un alarido de dolor cuando la espada atravesó el hueso y le

llegó hasta el cerebro. Se convirtió en un peso muerto en la punta de la espada. Espartaco arrancó el arma de su cuerpo y lo dejó caer al suelo, donde fue aplastado de inmediato por una estampida de soldados.

El líder se detuvo un instante para deshacer el nudo de la cinta de la barbilla. Tiró al suelo el casco inservible.

—¡Vamos! —rugió a los legionarios de la siguiente fila—. ¡Hades os espera!

«¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO!» —tronaron sus hombres.

Los romanos se acercaron arrastrando los pies y, unas filas más atrás, Espartaco divisó a un oficial que azuzaba a los soldados con una caña para que avanzaran. Era un indicio inequívoco que le causó una gran alegría.

—¡Los capullos están asustados! —chilló—. ¡Están aterrorizados!

Espartaco clavó la vista en el estandarte, a una treintena de pasos a la izquierda y lo señaló con la *sica*.

—¡Tomad el águila!

Gritando, los esclavos que estaban más cerca embistieron con los *scuta* a los legionarios y les obligaron a retroceder. Colisionaron los escudos y los *gladii* se hundieron en la carne del enemigo. Estaban tan cerca de sus adversarios que los esclavos les propinaron cabezazos y atravesaron el cuello con las espadas mientras les escupían en la cara, insultaban y maldecían. Aturdidos por la furia violenta de sus rivales, los legionarios retrocedieron otro paso.

En ese instante, el mundo cambió.

Sonó un ruido atronador y las filas romanas temblaron ante el impacto. Eran Egbeo y Pulcro, pensó Espartaco.

—¡AHORA! ¡EMPUJADLES! —bramó el tracio escupiendo saliva.

Con la cabeza descubierta, el líder se abalanzó sobre los romanos más cercanos y sus hombres le siguieron como una jauría de perros salvajes.

«¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO!»

Los legionarios no pudieron resistirlo más. Con los rostros encogidos por el terror, se empujaron entre sí como animales atrapados, desesperados por huir de los locos que se les tiraban encima. En cuestión de segundos, las filas centrales dieron media vuelta y se retiraron en bandada soltando los escudos y las armas. Los heridos y los más débiles cayeron al suelo arrastrados por sus compañeros y murieron aplastados.

Los esclavos los persiguieron y aniquilaron sin piedad.

El *aquilifer*, el legionario que portaba el águila de la legión, y los soldados asignados para protegerlo fueron los únicos que permanecieron en su sitio. Formaban un grupo reducido de escudos y espadas que imprecó y maldijo a sus compañeros por huir y exigió que lucharan, pero sus palabras se las llevó el viento y sus compañeros desaparecieron como una ola que se aleja de la orilla.

En vista de ello, Espartaco acometió al grupo del estandarte bramando como un toro bravo.

Cuando el *aquilifer* fue consciente de lo que iba a ocurrir, ya era demasiado tarde. La preciada águila estaba a punto de caer en manos del enemigo.

—¡Retirada! —gritó el portaestandarte a pleno pulmón.

Pero el grupo fue atacado por Espartaco y varios esclavos y no tuvieron más remedio que luchar. El *aquilifer* y sus compañeros no pudieron resistir los embates de las espadas. El portaestandarte dejó caer la valiosa carga, pero antes de que tocara el suelo, Espartaco lo cogió.

—¡Mirad, pedazos de mierda! —chilló en latín.

En medio de la confusión, varios romanos aterrorizados lo miraron.

—El águila es nuestra. Los dioses están de nuestro lado. —Espartaco agitó el estandarte en actitud desafiante—. ¡Cobardes!

El enemigo no respondió y sus hombres gritaron de felicidad.

Espartaco echó un vistazo a su alrededor. Los legionarios del flanco izquierdo también habían iniciado la retirada y los de la derecha, que habían resistido hasta entonces, ya empezaban a flaquear y no tardarían en quebrarse, predijo Espartaco. No tenía ni la más mínima idea de dónde estaba la caballería, pero no debían de haber causado demasiados estragos, porque la retaguardia de esclavos se mantenía sólida. La batalla en ese lado del desfiladero estaba prácticamente ganada y tuvo la intuición de que, con la ventaja adicional de los jinetes, Castus y Gannicus habrían conseguido el mismo resultado en el otro lado.

«Que así sea, Gran Jinete.»

A Ariadne la consumía la preocupación desde el momento en que Espartaco partió del campamento. Pasó horas rezando y haciendo ofrendas a Dioniso, pero no consiguió ver nada que la tranquilizara.

Sabía que no podía enfadarse con el dios caprichoso, así que decidió invertir su energía en instruir a las mujeres del campamento en los cuidados que requerirían los heridos tras la batalla, pero esa idea también despertó su inquietud. Si los esclavos perdían, no necesitarían vendas ni cataplasmas. Era algo en lo que no quería pensar, como la muerte de Espartaco. Por otro lado estaba Atheas, que la seguía como una sombra. Su presencia le enervaba. Antes de partir, había preguntado a Espartaco lo que sucedería si las cosas iban mal.

—Eso no pasará —respondió el tracio rozándole los labios con el dedo.

Sin embargo, ante la insistencia de Ariadne, acabó por explicarle que Atheas y Carbo la llevarían a algún lugar seguro.

Ariadne miró a Atheas, que trató de tranquilizarla con una sonrisa de afilados dientes marrones, pero se sintió peor. De todos modos, prefería interactuar con el

escita a hablar con el resto de las mujeres, que no hacían más que llorar o gemir al oír el fragor de batalla y, pese a haberse amortiguado el sonido, no abandonaron sus lamentos. Ariadne miró al cielo. ¿Cuánto hacía que Espartaco había partido? ¿Cuatro horas? ¿Cinco?

—¿Qué crees que está pasando? —susurró a Atheas—. ¿Habrá acabado ya?

Él la miró inclinando la cabeza.

—Imposible de… decir. Quizás… o quizás ellos descansar y continuar luchando.

La agonía de no saber lo que sucedía se le hizo insoportable.

—Voy a acercarme al barranco para ver qué sucede.

Atheas se puso en pie de inmediato, antes de que Ariadne acabara de hablar.

—Eso… muy mala idea.

Ariadne le lanzó una mirada gélida.

—¿Acaso vas a impedírmelo?

—Sí —respondió el escita con expresión de disculpa.

A Ariadne no le sorprendió la respuesta, pero sentía la necesidad de discutir.

—Puedo hacer lo que quiera.

—No —respondió Atheas con firmeza—. Demasiado peligroso. Tú… quedar aquí.

—¿Acaso no luchan las mujeres de tu pueblo?

—Sí —concedió Atheas con una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué no puedo ir yo a ver lo que sucede en el campo de batalla?

—Porque decirlo Espartaco… —Atheas dudó un instante antes de continuar—. Por el niño…

—Te lo ha dicho.

—Sí —respondió el escita incómodo.

Ariadne contuvo el aliento al pensar en Espartaco dando las últimas instrucciones a Atheas. «Que los dioses le bendigan y le protejan para siempre.»

—Esperemos que tú y Carbo no tengáis que cumplir la misión que os ha encomendado.

—Yo también pedir eso… a mis dioses —respondió Atheas en un tono de voz inusualmente grave.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Ariadne. Durante los caóticos meses posteriores a la fuga del *ludus,* no había prestado mucha atención a la devoción inquebrantable que Atheas y Taxacis sentían por Espartaco, ni tampoco había sido consciente hasta ese momento del cariño que ella sentía por el guerrero tatuado de expresión seria.

—¿Por qué le seguís?

—¿A Espartaco? —preguntó Atheas enarcando sus gruesas cejas.

Ariadne asintió.

—Nadie antes… preguntar nunca a mí —respondió el escita con una breve sonrisa.

—Me gustaría que me lo explicaras.

—Cuando Taxacis y yo fuimos capturados… otros esclavos no… hablar con nosotros porque pensar… que todos escitas… salvajes —explicó Atheas y escupió en el suelo con desdén—. Pero Espartaco… diferente.

—Sigue —instó Ariadne.

—En *ludus*… él comportar… como líder —dijo encogiéndose de hombros—. Como no poder… regresar a Escitia, nosotros decidir… seguirle.

—Espartaco se siente muy agradecido por vuestra lealtad. Y yo también.

Atheas asintió con la cabeza.

—Habéis elegido el camino correcto —agregó Ariadne—. Cuando crucemos los Alpes, podréis regresar a Escitia.

—Yo esperar impaciente… ese día. —Atheas sonrió.

«Yo también», pensó Ariadne haciendo un esfuerzo por ignorar la inquietud que invadía su corazón.

En lo alto del desfiladero, Carbo corría de un lado a otro sin apartar la vista de la contienda que se desarrollaba a ambos lados de las rocas.

A vista de pájaro, estaba claro que la batalla concluiría a favor de Espartaco y los líderes galos. Intimidada por los jinetes, la segunda legión de Léntulo cayó en manos de Castus y Gannicus. Al menos una tercera parte de los legionarios había perecido en la batalla y el resto había huido, aunque muchos también cayeron durante la fuga. El resultado en el bando de Espartaco era muy similar.

En cuanto la victoria estuvo clara, los hombres de Carbo comenzaron a celebrarlo bailando y cantando y dando gracias a todos los dioses del panteón por su ayuda. Carbo se sentía feliz por la victoria, pero también le avergonzaba la derrota de los romanos. Le enfurecía sentirse así, aunque no podía evitarlo. Cuanto antes cruzaran las montañas y abandonaran Italia, mejor. Al menos dejaría de preocuparse por el enemigo y podría seguir a Espartaco sin sentir que estaba traicionando sus orígenes. Quizás abandonar Italia también le ayudaría a olvidar a Crixus y lo que hizo a Chloris.

De todos modos, si tenía que volver a luchar con Espartaco contra las legiones, sabía que lo haría sin dudarlo. Habían pasado demasiadas cosas y había derramado demasiada sangre desde que abandonó su hogar como para dar marcha atrás.

Sucediera lo que sucediera, Carbo era uno de los hombres de Espartaco y, pese a la incertidumbre del futuro, la sensación le resultaba agradable.

Pasaron más de dos horas antes de que por fin se oyera un clamor de alegría en el campamento. Con el corazón encogido, Ariadne corrió con el resto de las mujeres hasta el camino del norte y esperó. Estaba temblando, pero no a causa del aire frío de la montaña. El hecho de que los esclavos hubieran ganado la batalla no implicaba que Espartaco hubiera sobrevivido. Ariadne percibió el mismo temor en los ojos de todas las mujeres. Todas tenían a seres queridos en el ejército, pero era probable que muchos de ellos no regresaran jamás. Ariadne deseó que fueran otros los que hubieran muerto en la batalla en lugar de Espartaco, no quería quedarse sola para siempre. Se sintió culpable al pensarlo y miró en derredor. Hasta Atheas parecía preocupado. Al percatarse de que todos pensaban lo mismo, se sintió mejor.

«¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO! ¡ES-PAR-TA-CO!»

Ariadne sintió una infinita alegría al oír a los soldados corear el nombre de Espartaco y comenzó a correr hacia la multitud desorganizada de esclavos que giraba la curva sin pensar. Buscó el rostro de Espartaco en vano y no pudo evitar reparar en la docena de estandartes que llevaban los hombres y abrió los ojos como platos al ver las dos águilas plateadas. Acto seguido vio a Espartaco y lanzó un grito de alegría. A pesar de no llevar el casco y estar cubierto de sangre de la cabeza a los pies, caminaba por su propio pie.

Ariadne corrió a su encuentro y se lanzó a sus brazos. Los hombres gritaron con más fuerza.

«¡ES-PAR-TA-CO!»

—Estás vivo, estás vivo —murmuró.

—Claro que sí —replicó abrazándola con fuerza—. ¿Acaso estabas preocupada?

Aturdida, Ariadne se apartó para mirarlo a los ojos. El tracio estaba bromeando. Ella no sabía si reír, llorar o besarle. Al final, hizo las tres cosas por ese orden. No le importaba que Espartaco apestara a sudor o a la sangre de otros soldados, ni que todos estuvieran mirándolos ni que pensaran que no era un comportamiento propio de una sacerdotisa de Dioniso. Lo único que le importaba a Ariadne era que el hombre al que amaba no había muerto y que el niño que crecía en su vientre seguía teniendo un padre. Con eso le bastaba.

Sonaron nuevos gritos de alborozo cuando el resto de los hombres vieron a sus mujeres. Los esclavos se reunieron con sus seres queridos y dejaron a Espartaco y Ariadne allí en medio, abrazándose como una isla en medio de un río, ajenos a todo.

—Has ganado —dijo Ariadne por fin.

—Hemos ganado —declaró Espartaco—. Todo ha salido de acuerdo con el plan, benditos sean los dioses: Léntulo se ha tragado el anzuelo y ha pasado por el desfiladero y Carbo ha dividido a las legiones, lo que ha minado la confianza de los

romanos. En cuanto ha empezado la batalla, Egbeo y Pulcro han atacado el flanco izquierdo con sus tropas. Hemos cogido a esos bastardos romanos por sorpresa y han acabado corriendo como un rebaño de ovejas perseguidas por el lobo.

—¿Y Castus y Gannicus?

—También les ha ido muy bien.

—¿Dónde están ahora?

—Persiguiendo a los romanos. Van a matar a todos los que se encuentren para evitar que se reagrupen, aunque es muy difícil. El resto de los hombres está buscando armas y equipos y robando las provisiones del campamento romano.

—¿Habéis conseguido capturar o matar a Léntulo?

—Por desgracia, no. Cuando ha visto que tenía la batalla perdida, ha huido a caballo. ¡Pero no importa! —Espartaco sonrió—. Así podrá informar él mismo al Senado de su derrota. ¿Has visto que les hemos arrebatado las águilas de plata? A Roma le va a doler más la vergüenza de este deshonor que las muertes de tantos hombres. Léntulo tendrá suerte si conserva la cabeza.

Ariadne le dio un beso en los labios.

—Eres un gran general y Dioniso te protege.

—El Gran Jinete también me ha acompañado hoy y me ha prestado su fuerza —replicó Espartaco reverencial.

Ambos guardaron silencio un instante mientras expresaban su agradecimiento a sus deidades.

—¿Ahora qué? —preguntó Ariadne con miedo renovado—. ¿No estarás tentado de salir en busca del otro ejército consular?

—¿Tentado? ¡Claro que sí! ¡Incluso es posible que Crixus agradezca la ayuda! —Espartaco vio la preocupación en los ojos de Ariadne y suavizó el tono—. No, los romanos son como las langostas. Sus ejércitos son infinitos. Si aparece Gelio, lucharemos contra él, pero el plan sigue siendo marchar hacia el norte, a los Alpes.

—Ya no queda mucho —musitó Ariadne—. Quizá nuestro hijo nazca en la Galia.

—Quizá —concedió Espartaco, temeroso de tentar a los dioses y muy consciente de las duras lecciones que le había deparado el destino en el pasado—. Primero debemos alcanzar las montañas —dijo sonriendo para disipar la preocupación del rostro de Ariadne—. Pero hoy celebraremos la victoria y la lección que hemos dado a Roma.

—¿Qué lección? —preguntó Ariadne con una sonrisa.

—Que los esclavos también pueden ser soldados y que pueden resistir el embate de un ejército consular y vencerlo. Yo sabía que era posible y hoy lo hemos demostrado.

«Un hombre puede irse feliz a la tumba tras haber logrado algo así.»

Nota del autor

Sé que no soy el único que encuentra apasionante la vida de Espartaco. Junto con Aníbal Barca, es una de las figuras más icónicas que conozco. ¿Y cómo no va a resultar apasionante su vida? Espartaco fue un hombre traicionado al que vendieron como esclavo y obligaron a luchar para el disfrute de la plebe. Además de lograr escapar de su cautiverio con un puñado de seguidores, obtuvo victorias imposibles, se ganó el apoyo de decenas de miles de esclavos fugitivos, venció en las más increíbles batallas y planificó una huida de Italia. A partir de ese momento las cosas ya no le fueron tan bien —como la mayoría ya sabéis—, pero su trágico desenlace añade dramatismo a la historia.

En los años cincuenta, la novela *Espartaco* de Howard Fast vendió cinco millones de ejemplares y fue llevada al cine con gran éxito en una película que protagonizó Kirk Douglas y que todo aquel que sea dueño de un televisor ha visto alguna vez. Por lo tanto, Espartaco es un nombre conocido por todos, aunque es posible que haya caído un poco en el olvido en los últimos años. Sin embargo, para mi gran alegría, ha resurgido últimamente gracias a la serie televisiva *Espartaco: Sangre y Arena*. A juzgar por los dos episodios que me he permitido ver, la serie contiene muchas licencias históricas, pero no puede negarse que se trata de un producto espectacular y apasionante. En septiembre de 2011 mucha gente sintió la muerte trágica a consecuencia del cáncer de Andy Whitfield, que había dado vida a Espartaco con tanta verosimilitud en la serie. También corre el rumor de que Hollywood prepara una nueva versión cinematográfica de la vida de Espartaco. Solo espero que la nueva película esté a la altura de las expectativas, lo mismo que, como es natural, deseo para esta novela. En el libro he procurado hacer justicia a la fascinante historia de un hombre que se enfrentó a la poderosa República de Roma y que casi consiguió hundirla. Espero haber logrado mi propósito y haber trasmitido bien la esencia de este personaje.

Por desgracia, los textos antiguos que perduran hasta la fecha solo dedican unas cuatro mil palabras a la figura de Espartaco. Se desconoce el motivo, pero a mí me gusta pensar que se debe al hecho de que los romanos no deseaban que se recordara ni glorificara a un hombre que puso en jaque a sus ejércitos en tantas ocasiones. Al fin y al cabo, la historia siempre la escriben los ganadores y, por norma general, los perdedores son demonizados u olvidados. Por fortuna, no ha sido este el caso de Espartaco, quizá porque los romanos sentían cierto respeto por este hombre que es descrito en los textos antiguos como «de gran espíritu y fortaleza física» y «más inteligente y noble que su destino». La escasez de información implica que se han perdido muchos detalles sobre la vida de Espartaco y su rebelión, pero ello también supone un regalo para el escritor, dado que le brinda la oportunidad de rellenar los

huecos. Además, la escasez de datos reduce las posibilidades de crítica (¡al menos eso espero!). Por otro lado, se dispone de cuantiosa información sobre la República de Roma durante el siglo I a.C., lo cual me permitió describir con todo lujo de detalles el entorno de Espartaco. Como siempre, he tratado de ajustarme al máximo a los hechos históricos y, en los casos en que no ha sido así, explicaré por qué.

Se cree que Espartaco (en latín *Sparadakos*, que cabría interpretar como «famoso por su lanza») era originario de Tracia, una región que cubre una buena parte de la actual Bulgaria y territorios colindantes, pero no es un dato seguro. En uno de los textos antiguos se le describe como un «tracio nómada» de la tribu de los medos, pero eso tampoco demuestra que fuera realmente ese su origen racial. En otros textos se refieren a él como «el tracio», lo cual puede significar simplemente que fuera obligado a luchar como gladiador tracio en la arena. Los tracios eran considerados un pueblo guerrero y feroz, y muchos actuaron de mercenarios en las legiones romanas. Sea como fuere, para mí tiene sentido que Espartaco procediera de Tracia.

También se sabe que luchó durante un tiempo para el ejército romano como auxiliar no ciudadano. Era habitual que los tracios lucharan en las tropas auxiliares de caballería, y se cree que ese fue también el caso de Espartaco, aunque se ignora por qué acabó como esclavo. Por tanto, el retorno a su tribu, el encuentro con Ariadne, el malvado Kotys y su compra por Phortis son hechos inventados, pero no así su inocencia. Es cierto que Espartaco fue un gladiador del *ludus* de Capua y, aunque Kotys y Phortis sean personajes inventados, Léntulo Batiato realmente existió, al igual que la mujer/esposa de Espartaco, que, según los textos antiguos, fue sacerdotisa de Dioniso. Como la historia no nos ha concedido el honor de proporcionarnos su nombre real, elegí para ella el nombre de Ariadne porque, según la mitología, Ariadne fue esposa del dios Dioniso.

El sueño de la serpiente y sus poderes sí constan en los manuscritos. En los tiempos laicos que corren, resulta difícil entender la importancia de esta visión para los seguidores de Espartaco, pero hace dos mil años la gente creía en múltiples dioses todopoderosos y era muy supersticiosa. Además, no se disponía de los conocimientos actuales sobre la ciencia y la naturaleza. Por consiguiente, hechos aleatorios como la dirección de una bandada de pájaros, el apetito de las gallinas sagradas o el lugar dónde caía un rayo tenían un gran significado e influían en las acciones de las personas. Por todo ello, creo que el hecho de que Espartaco tuviera por mujer a una sacerdotisa de Dioniso —dios venerado por los esclavos— debió reportarle un atractivo adicional.

Fue decisión mía que Espartaco no luchara en la novela como gladiador tracio; pensé que ello aumentaría su resentimiento. Tal y como menciono en el libro, en época tardía de la República solo existían tres clases de gladiadores, que he detallado. La vida en el *ludus* también era como la describo, pero la visita de Craso es

inventada, así como las escenas en Roma. Sin embargo, existen documentos que mencionan la manera en que Craso compraba edificios incendiados, así como su riqueza, habilidad política y rivalidad con Pompeyo. Restio es un producto de mi imaginación, pero es cierto que alguien delató a Espartaco en el *ludus*, quizá por ello solo escaparon unos setenta gladiadores. Espartaco nunca tuvo a un joven seguidor romano llamado Carbo, pero Crixus y Oenomaus existieron de verdad y se fugaron del *ludus* con él. Oenomaus murió poco después, pero yo decidí poner fin a su vida en la primera batalla. Castus y Gannicus aparecen en relatos posteriores sobre la vida de Espartaco, pero pensé que merecía la pena incluirlos desde el principio.

Es cierto que los gladiadores huyeron al Vesubio y que fueron asediados por Glabro y sus hombres, del mismo modo que es cierta la manera extraordinaria en que bajaron por el barranco con cuerdas hechas de sarmientos y provocaron la huida de tres mil soldados. Se ignora el destino que sufrió Glabro, pero se sabe que Varinio, Furio y Cosinio fueron los siguientes hombres enviados por Roma para aplastar la insurrección. Mientras tanto, Espartaco reclutó para su causa a esclavos duros y fuertes, normalmente trabajadores de las granjas y pastores. También se sabe que el rebelde Sertorio envió asesores militares a otro enemigo de Roma, Mitrídates del Ponto, por lo que resulta plausible que hombres como Navio se unieran a Espartaco.

Existe poca información sobre las batallas libradas en el otoño del año 73 a.C., aparte de que los esclavos vencieron y que Cosinio fue localizado por los insurrectos en una piscina y perseguido hasta su campamento, donde le dieron muerte. Que yo sepa, no existen pruebas fehacientes de que los oficiales romanos usaran silbatos para transmitir las órdenes en el fragor de la batalla. Para este fin se utilizaban trompetas y otros instrumentos. Sin embargo, como se han encontrado silbatos en yacimientos arqueológicos de todo el Imperio, como en las fortalezas de legionarios de Chester en el Reino Unido y en Regensburg, Alemania, decidí poner este instrumento al servicio de los centuriones. Pensé que podría haber resultado útil para atraer la atención de los soldados que se hallaban más cerca durante la lucha.

En los manuscritos se documenta la manera en que Espartaco se zafa de Varinio en medio de la noche. También se menciona su deseo de dirigirse al norte, a los Alpes, pero al parecer sus hombres solo estaban interesados en «la sangre y el saqueo». No se sabe si Crixus o el resto de los galos tenían algún poder de decisión, pero dadas las posteriores escisiones del ejército, es muy probable. Apenas existe información sobre lo que hicieron los esclavos, pero sí hay constancia escrita de las atrocidades cometidas en el asalto de Forum Annii. Otros asentamientos y ciudades sufrieron un destino similar. Curiosamente, algunos de los hallazgos arqueológicos descubiertos en el «talón» de la bota de Italia podrían datar de la época de Espartaco. Por ejemplo, el pórtico de un almacén en las ruinas de Metapontum fue destruido alrededor de esa época, mientras que una pequeña vasija gris enterrada bajo una casa

en Heraclea contenía un collar de oro y más de quinientas monedas de plata, casi todas de los años 100 a 80 a.C. y muchas son de poco valor, lo cual es inusual en este tipo de hallazgos y podría significar que el tesoro se enterró de forma apresurada.

La ubicación de la derrota de Varinio en la ciudad de Thurium es un dato inventado, pero es cierto que Varinio fue vencido y que perdió su montura y muchos estandartes en manos de las fuerzas de Espartaco. Se desconoce cuál fue su destino. Crixus acabó separándose del ejército principal de Espartaco —en el libro, después de la batalla contra Varinio— y le siguieron entre veinte mil y treinta mil hombres. Tal y como ya he comentado, no se sabe cuándo Castus y Gannicus se unieron a la rebelión, pero en mi versión de la historia están presentes desde el *ludus* y permanecen junto a Espartaco tras la marcha de Crixus. El viaje de los esclavos hacia el norte está envuelto en un manto de misterio, pero se sabe que marcharon por los Apeninos y que el cónsul Léntulo les bloqueó el paso. No hay demasiados datos sobre lo que ocurrió en la batalla, aparte de que Léntulo fue derrotado, que sus hombres huyeron dejando atrás equipos y provisiones y que perdieron muchos estandartes.

En cuanto llegué a este punto de la historia, tuve claro que el relato de Espartaco no cabía en una sola novela, así que planteé a mi editora la posibilidad de escribir un segundo libro, idea que acogió con enorme entusiasmo. El segundo libro retomará la historia donde la deja el primero y se publicará a finales de 2012. ¡Mi mente ya se ha puesto en marcha!

La lista de referencias empleadas para este libro es más corta de lo habitual, dada la escasez de material a la que me he referido antes. Además de los manuscritos sobre la historia de Roma, los principales libros que he usado son la excelente obra sobre la rebelión titulada *La guerra de Espartaco* del profesor Barry Strauss; el libro *Spartacus and the Slave Wars: A Brief History with Documents* de Brent D. Shaw, que hace referencia detallada a todos los textos antiguos que existen sobre Espartaco; *Spartacus and the Slave War 73-71 a.C.* un libro de Osprey de Nic Fields; *The Thracians* de Chris Webber, también de Osprey, al que agrego su brillante manual *The Gods of Battle*. No puedo dejar de mencionar la magnífica página web *www.RomanArmyTalk.com*, un sitio extraordinario para encontrarlo absolutamente todo acerca del ejército romano y los miembros de cuyo foro siempre responden a cualquier consulta con gran rapidez. Este año también disfruté mucho en la conferencia RAT celebrada en York, no solo por las excelentes ponencias, sino porque fue fantástico poder poner cara a tantos nombres.

Como siempre, quisiera expresar mi agradecimiento a numerosas personas: Rosie de Courcy, mi editora, y Charlie Viney, mi agente, es fantástico trabajar con vosotros y agradezco mucho todo lo que hacéis por mí. Muchas gracias también a todas las personas de Preface, Cornerstone y otros departamentos de Random House, a mis

libros les va tan bien gracias a vuestro duro trabajo. Asimismo deseo expresar mi agradecimiento a una de mis lectores, Leslie Jones, por la información aportada sobre Sertorio y sus oficiales. Claire Wheller, eres una fisioterapeuta increíble y te agradezco que hayas mantenido a raya mis contracturas. También deseo mencionar a Arthur O'Connor, un viejo amigo veterinario, que actúa como la «pared» sobre la que lanzo mis ideas y manuscritos terminados. Siempre me aporta grandes ideas y me da muchos «deberes» que agradezco un montón. ¡Gracias, Arthur!

También mis mejores deseos para vosotros, mis maravillosos lectores. Gracias a vosotros puedo seguir escribiendo. No dudéis en visitar mi página web: *www.benkane.net*. También me encontraréis en Facebook y Twitter: @benkaneauthor. Y en último lugar, pero no por ello menos importante, gracias a Sair, mi encantadora esposa, y a Ferdia y Pippa, mis maravillosas hijas. Os quiero mucho.

Glosario

Abella: la actual Avella.

***acetum*:** vino agrio, la bebida universal que se servía a los soldados romanos. También significa «vinagre», el desinfectante más habitual empleado por los médicos romanos. El vinagre resulta ideal para matar bacterias y su uso generalizado en la medicina occidental se prolongó hasta finales del siglo XIX.

***alopekis*:** típico gorro tracio hecho con piel de zorro. Existían dos tipos: puntiagudos o con una copa baja.

***amphora* (*pl. amphorae*):** gran recipiente de arcilla de cuello estrecho con dos asas utilizado para almacenar vino, aceite de oliva y otros productos.

***aquilifer* (*pl. aquiliferi*):** el portaestandarte del *aquila*, o águila, de una legión.

***as* (*pl. asses*):** pequeña moneda de cobre que originariamente valía una quinta parte de un *sestertius*.

Asia Menor: topónimo empleado para referirse a la zona más occidental del continente asiático, equivalente en gran medida a la actual Turquía.

ático, casco: tipo de casco originario de Grecia, de uso muy extendido en otras partes del mundo antiguo.

***atrium*:** estancia grande situada a continuación del vestíbulo de entrada en una casa romana. Era el centro social y de culto de la casa. Tenía una abertura en el techo y un estanque, el *impluvium*, para recoger el agua de lluvia.

***auctoratus* (*pl. auctorati*):** ciudadano romano libre que se ofrecía como gladiador de forma voluntaria.

***aureus* (*pl. aurei*):** pequeña moneda de oro que equivalía a veinticinco *denarii*. Hasta comienzos del imperio, se acuñaba con poca frecuencia.

auxiliares: a Roma no le importaba utilizar soldados aliados de distintos tipos para aumentar la eficacia de su ejército. Durante buena parte del siglo I a.C., no hubo caballería de ciudadanos romanos. Lo habitual era reclutar a jinetes experimentados de las tribus germanas, galas o hispanas.

***ballista* (*pl. ballistae*):** catapulta romana de dos brazos que tenía el aspecto de una ballesta sobre un soporte. Lanzaba flechas o piedras con una fuerza y precisión enormes.

Belenus: dios galo de la luz. También era el dios del ganado vacuno y las ovejas.

Bitinia: territorio situado en el noroeste de Asia Menor cuyo rey lo legó a Roma en el 75-74 a.C.

Brennus: jefe de una tribu gala famoso por haber saqueado Roma en el 387 a.C. (Protagonista también de mi novela *La legión olvidada*.)

***bucina* (*pl. bucinae*):** trompeta militar. Los romanos empleaban varios tipos de instrumentos, como por ejemplo la *tuba*, el *cornu* y la *bucina*. Para simplificar la

cuestión, solo he empleado uno: la *bucina*.

Cabila: los tracios no vivían en grandes poblaciones urbanas. Cabila era el único asentamiento que podría haberse asemejado a una ciudad, tal como la describiríamos hoy en día.

***caldarium*:** sala sumamente calurosa de las termas romanas. Se empleaba como las saunas actuales y muchas disponían de una piscina de agua caliente para zambullirse. El *caldarium* se calentaba con aire caliente que fluía desde un horno por tuberías hasta unos ladrillos huecos situados en las paredes y bajo el suelo elevado.

***caligae*:** sandalias gruesas de cuero que llevaban los soldados romanos. Constaban de tres capas resistentes (suela, plantilla y empeine) y parecían una bota que dejaba los dedos al aire. Las docenas de tachones de metal de la suela les proporcionaban un buen agarre.

Campania: fértil región del centro oeste de Italia.

Campus Atinas: el actual Vallo di Diano.

Campus Martius: parte de la llanura aluvial del Tíber situada al noroeste de Roma. Allí se entrenaban los hombres, se congregaban los ejércitos y se hacían las votaciones.

***cenacula* (*pl. cenaculae*):** véase *insula*.

censor: uno de los dos magistrados de alto rango cuya función principal consistía en llevar la lista oficial de todos los ciudadanos.

centurión (*centurio* en latín): los disciplinados oficiales de carrera que formaban el pilar del ejército romano. En el siglo I a.C., había seis centuriones por cohorte, y sesenta por legión. Véase también la entrada para *cohorte*.

Cerbero: perro monstruoso de tres cabezas que vigilaba la entrada al Hades.

cilicios, piratas: atracadores de los mares de una región del sur de Asia Menor que, durante el segundo y el primer siglo a.C. causaron graves problemas a la navegación por el este del Mediterráneo.

Cinna, Lucio Cornelio (–84 a.C.): se sabe poco acerca de los primeros años de vida del que fuera cónsul cuatro veces. Era aliado de Mario y enemigo de Sila y fue asesinado en un motín por sus propias tropas.

cohorte: unidad de la legión romana. Había diez cohortes por legión en la década del 70 a.C, con seis centurias de ochenta legionarios en cada unidad. Cada centuria estaba al mando de un centurión.

cónsul: uno de los dos magistrados elegidos anualmente, nombrados por el pueblo y ratificados por el Senado. Como gobernantes reales de Roma durante doce meses, se encargaban de asuntos civiles y militares y enviaban a los ejércitos de la República a la guerra. Cada uno de ellos podía invalidar al otro y se suponía que ambos debían tener en cuenta los deseos del Senado. Ningún hombre podía

servir como cónsul en más de una ocasión. Pero hacia finales del siglo II a.C., nobles poderosos como Mario, Cinna y Sila se aferraron al cargo durante años, lo cual debilitó peligrosamente la democracia de Roma.

Craso, Marco Licinio (c. 115-153 a.C.): astuto político romano y general que se alió con Sila tras la muerte de Cinna y cuyos actos en la puerta Colina en nombre de Sila ayudaron a tomar Roma. Llevaba una existencia modesta pero, según se dice, era el hombre más rico de Roma y amasó buena parte de su fortuna comprando e incautando las propiedades de quienes se habían visto afectados por las proscripciones de Sila. Revelar más acerca de él estropearía el disfrute de mi próximo libro, por lo que lo dejo aquí.

Cumae: la actual Cuma.

Curia: edificio de Roma en el que se reunía el Senado.

De los aliados, Guerra: este conflicto tuvo lugar entre el 91 y el 87 a.C., librado por los aliados italianos de Roma contra su supremacía. Muchos samnitas descontentos participaron en ella. La guerra concluyó en gran medida gracias a la concesión política de otorgar la ciudadanía romana al enemigo.

***denarius* (*pl. denarii*):** la moneda más básica de la República romana. Hecha de plata, equivalía a cuatro *sestertii* o diez *asses* (más adelante, dieciséis).

Dioniso: hijo de Zeus y Semele, hija del fundador de Tebas, nacido dos veces. Reconocido como hombre y animal, joven y viejo, varón y afeminado, era uno de los dioses griegos más versátiles e indefinibles. Básicamente, era el dios del vino y la embriaguez, pero también se le asociaba con la locura ritual, la *mania*, y con una vida de ultratumba bendecida por sus placeres. Los romanos lo denominaron Baco y su culto era reservado, violento y extraño.

***editor* (*pl. editores*):** patrocinador de un *munus*, un combate de gladiadores.

escitas: pueblo fiero y nómada que habitaba al norte del mar Negro. Iban tatuados, eran aguerridos y jinetes superlativos e infundían un gran temor. Se cree que sus mujeres dieron pie a la leyenda de las Amazonas. Sin embargo, hacia el siglo I a.C. su apogeo ya había pasado.

Estigia, río: el río del Hades, el submundo.

***estigio*:** infernal, horroroso. Relativo al río Estigia.

***familia*:** al hacer el juramento de gladiador, los luchadores pasaban a formar parte de la *familia gladiatoria*, el grupo cerrado que sería su única familia, a menudo hasta la muerte.

Fortuna: diosa de la suerte y la buena fortuna. Al igual que todas las deidades, tenía fama de caprichosa.

Forum Annii: asentamiento agrícola en el Campus Atinas que no ha perdurado en la historia.

***frigidarium* (*pl. frigidaria*):** estancia en las termas romanas que disponía de una

piscina de agua fría para zambullirse.

frigios, cascos: eran originarios de Frigia, región de Asia Menor. Tenían un característico penacho curvado hacia delante.

***fugitivus*:** esclavo huido, un fugitivo.

Galia: a grandes rasgos, la actual Francia.

***getas*:** tribu tracia.

***gladius* (*pl. gladii*):** se dispone de poca información sobre la espada «española» del ejército republicano, el *gladius hispaniensis*, con la hoja estrecha en el centro. No está claro cuándo la adoptaron los romanos, pero probablemente fuera después de ver el arma durante la Primera Guerra Púnica, cuando la usaron las tropas celtíberas. El mango tallado era de hueso e iba protegido por un pomo y una pieza de madera. El *gladius* se llevaba a la derecha, excepto los centuriones y otros oficiales de alto rango, que lo llevaban a la izquierda.

Gran Jinete: la religión de los tracios es una gran desconocida. Sin embargo, han sobrevivido más de tres mil representaciones de una figura misteriosa de la antigua Tracia. Representan a una deidad montada a caballo que suele ir acompañada de un perro o un león. Normalmente apunta con la lanza a un jabalí que se esconde detrás de un altar. Invariablemente, hay un árbol cerca con una serpiente enrollada en él; a menudo también aparece una mujer. Otras tallas representan al dios «héroe» que regresa con éxito de una cacería con sus perros y leones, o que se acerca triunfante al altar, con un cuenco en la mano. Se desconoce el nombre de esta deidad, pero su importancia para los tracios no puede subestimarse. Por consiguiente, le he dado un nombre que creo que encaja con sus características.

Hades: el submundo, el infierno. El dios del submundo también se llamaba Hades.

Heraclea: la actual Policoro.

Hércules (o, para ser correctos, Heracles): el mayor héroe griego, que completó doce trabajos de una dificultad monumental.

Iberia: la Península Ibérica. En el siglo I a.C. estaba dividida en dos provincias romanas: Hispania Citerior e Hispania Ulterior.

Iliria (o Illyricum): nombre romano del territorio que se extiende al otro lado del mar Adriático desde Italia: incluye parte de la actual Eslovenia, Serbia, Croacia, Bosnia y Montenegro.

***impluvium*:** véase *atrium*.

***insula* (*pl. insulae*):** bloques de apartamentos de tres, cuatro o cinco plantas, o *cenaculae*, en los que vivían la mayoría de los ciudadanos de Roma.

***Iugula*:** «Mátalo» en latín.

Juno: hermana y esposa de Júpiter; diosa romana del matrimonio y las mujeres.

Júpiter: llamado a menudo Optimus Maximus, «El mayor y mejor». El dios más

poderoso de los romanos, responsable del tiempo, sobre todo de las tormentas.

***kopis* (*pl. kopides*):** pesada espada griega para acuchillar con una hoja curvada hacia delante. Solía llevarse en una vaina de cuero y suspendida de un tahalí. Muchos pueblos antiguos empleaban el *kopis*, desde los etruscos hasta los persas.

***lanista* (*pl. lanistae*):** entrenador de los gladiadores, solía ser dueño de un *ludus*, la escuela de gladiadores.

***lararium*:** santuario presente en los hogares romanos, donde se veneraban los dioses de la familia.

latifundio: finca grande que solía ser propiedad de la nobleza romana en la que empleaba grandes cantidades de esclavos como mano de obra. Los latifundios surgieron durante el siglo II a.C., cuando Roma derrotó a varios pueblos italianos, como los samnitas, y confiscó grandes extensiones de terreno.

latín: en la época antigua no era solo un idioma. Los latinos eran los habitantes de Latium, una zona cercana a Roma. Hacia el 300 a.C. fue derrotada por los romanos.

***latro* (*pl. latrones*):** ladrón o malhechor. Sin embargo, la palabra también significaba «insurgente».

legado: oficial al mando de una legión y un hombre con rango de senador.

***licium*:** taparrabos de lino que llevaban los nobles. Es probable que todas las clases llevaran una variante de este.

***lictor* (*pl. lictores*):** protector de los jueces. Básicamente eran los guardaespaldas de los cónsules, pretores y otros magistrados romanos de alto rango. En público, tales funcionarios iban acompañados en todo momento por un número fijo de *lictores* (la cantidad dependía del rango). Cada *lictor* llevaba unas *fasces*, el símbolo de la justicia: un haz de varas que circundaban un hacha.

Lucania: la actual Basilicata, región montañosa del sur de Italia.

***ludus* (*pl. ludi*):** escuela de gladiadores.

***machaira*:** otra palabra para referirse a *kopis*.

***manica* (*pl. manicae*):** protector para los brazos usado por los gladiadores. Normalmente estaba compuesto de capas de materiales como lino resistente y cuero o metal.

Mario, Cayo (c.157-186 a.C.): otro importante político romano de finales del siglo II y comienzos del siglo I a.C. Sirvió como cónsul siete veces, todo un récord, y cosechó grandes éxitos como general, pero Sila le superó en astucia en la marcha sobre Roma del 87 a.C. Mario también fue responsable de una profunda remodelación del ejército romano. Se casó con Julia, tía de Julio César.

Marte: dios romano de la guerra.

medos: tribu tracia de la que quizá fuera originario Espartaco.

ménades: mujeres propensas a la *mania*, o éxtasis ritual, por Dioniso. Eurípides

escribió que comían carne cruda, manejaban serpientes y desgarraban a animales vivos.

Metapontum: el actual Metaponto.

Minerva: diosa romana de la guerra y también de la sabiduría.

***Mitte*:** «Déjalo marchar» en latín.

***munus* (*pl. munera*):** combate de gladiadores que tenía lugar originariamente durante las celebraciones para honrar la muerte de alguien. Su popularidad implicó que en la época tardía de la República romana los políticos rivales organizaban *munera* constantemente para ganarse el favor del público y dejar en segundo plano a sus adversarios.

Mutina: la actual Módena.

Neápolis: la actual Nápoles.

nubio: persona de Nubia, región situada en el medio del valle del Nilo.

Nuceria: la actual Nocera.

odrisios: la más poderosa de las tribus tracias y la única que consiguió unificar a todas las demás durante un breve espacio de tiempo.

***olibanum*:** resina aromática que se utiliza para la elaboración tanto de incienso como de perfume. Era muy apreciado en la época antigua y se decía que el mejor *olibanum* se producía en las actuales Omán, Yemen y Somalia.

***optio* (*pl. optiones*):** oficial de rango inmediatamente inferior al de centurión; el segundo al mando de una centuria.

***palus* (*pl. pali*):** poste de madera de 1,82 m clavado en el suelo. Los aprendices de gladiadores y legionarios aprendían el manejo de la espada clavándola en él.

peltasta: soldado de infantería ligera de origen griego y anatolio. Los peltastas tracios infundían temor porque eran luchadores fieros además de lanzadores expertos de proyectiles. Aparte del escudo, solían luchar sin armadura y, según su nacionalidad, llevaban jabalinas y a veces lanzas o cuchillos. Solían emplearse como escaramuzadores.

***pelte*:** la característica más destacada del peltasta, un escudo en forma de medialuna inventado probablemente por los tracios.

***phalera* (*pl. phalerae*):** adorno esculpido en forma de disco en reconocimiento por el valor que se llevaba en un arnés colocado en el pecho, encima de la armadura de los soldados romanos. Las *phalerae* solían estar hechas de bronce, pero también podían ser de metales más preciosos.

***pilum* (*pl. pila*):** la jabalina romana. Estaba formada por un asta de madera de aproximadamente 1,2 metros de largo, unida a un vástago fino de hierro de unos 0,6 m y coronada por un pequeño extremo piramidal. El alcance del *pilum* era de unos treinta metros, aunque es más probable que el alcance efectivo fuera de la mitad de esa distancia.

Pisae: la actual Pisa.

Pompeyo Magno, Cneo (106-148 a.C.): hijo de un político prominente, luchó a una edad temprana en la guerra de los aliados. Lideró tres legiones privadas en ayuda de Sila en la guerra civil, lo cual favoreció su ascenso al poder. En el 77 a.C. fue enviado a Iberia como procónsul con la misión de derrotar al rebelde Sertorio.

Pontifex Maximus: líder y portavoz de los cuatro colegios del clero romano.

pretores: magistrados de alto rango que administraban la justicia en Roma, o en las posesiones de ultramar como Cerdeña y Sicilia e Hispania. También podían ostentar poderes militares y proponer leyes. Los pretores eran los principales sustitutos de los cónsules y convocaban al Senado en su ausencia.

Príapo: dios de los jardines y campos, símbolo de la fertilidad. A menudo se representaba con un enorme pene erecto.

Rhegium: el actual Reggio di Calabria.

***rudis*:** *gladius* de madera que simbolizaba la libertad que podía concedérsele a un gladiador que satisficiera lo bastante a su patrono o que hubiera obtenido suficientes victorias en la arena para tener derecho a él. No todos los gladiadores estaban condenados a morir en combate: los prisioneros de guerra y los criminales sí, pero los esclavos que habían cometido un crimen recibían el *rudis* si sobrevivían tres años como gladiadores. Dos años después, podían ser puestos en libertad.

***sacramentum gladiatorum*:** voto solemne que tomaban los nuevos gladiadores, que era más vinculante que cualquier otro juramente del mundo romano. Mi versión es muy parecida a la que aparece en los textos históricos.

samnitas: pueblo de una zona confederada del sur de los Apeninos centrales. Era un pueblo guerrero que libró tres guerras contra Roma en los siglos IV y III a.C. También apoyaron a Pirro de Epiro y a Aníbal contra la República. Su lucha contra Sila en la guerra civil fue su último aliento. Se cree que la gran cantidad de samnitas que fueron hechos prisioneros de guerra dio nombre a esta clase de gladiadores.

***scutum* (*pl. scuta*):** escudo oval y alargado del ejército romano, de 1,2 metros de alto y 0,75 metros de ancho. Constaba de dos capas de madera situadas en ángulo recto entre sí y estaba revestido de lino o loneta y cuero. El *scutum* era pesado, de entre seis y diez kilos.

Senado: órgano de seiscientos senadores (históricamente habían sido trescientos, pero Sila duplicó la cantidad), que eran nobles romanos prominentes. El Senado se reunía en la Curia y su función era aconsejar a los magistrados —cónsules, pretores, cuestores, etc.— sobre política interna y externa, religión y finanzas. Hacia el siglo I a.C. su posición era mucho más débil de lo que había sido.

Sertorio, Quinto (c. 126-173 a.C.): noble prominente que se alió con Cinna. Se le otorgó el control de Hispania en el 83 a.C., pero fue proscrito un año después más o menos. Su campaña contra Roma fue muy exitosa en un principio, pero sus propias derrotas y las de sus lugartenientes en el 76 a.C. le costaron caras, y sus actividades quedaron reducidas a la guerra de guerrillas a partir de entonces.

***sestertius* (*pl. sestertii*):** moneda de plata que equivalía a dos *asses* y medio; o a un cuarto de *denarius*; o a una centésima parte de un *aureus*. Su uso se había generalizado en el periodo tardío de la República romana.

***sica*:** gran espada curvada utilizada por la caballería tracia en el siglo I a.C. Por desgracia, se sabe poco de esta arma y quizá fuera parecida al *kopis* o a la espada curva tradicional tracia.

***signifer* (*pl. signiferi*):** abanderado y oficial subalterno. Era un puesto muy valorado, y solo había uno para cada centuria de la legión. El *signifer* solía llevar armadura en forma de escamas y un pellejo de animal encima del casco, que a veces constaba de una pieza facial de bisagra, además de un escudo pequeño y circular en vez de un *scutum*. El *signum*, o estandarte, estaba formado por un mástil de madera con una mano alzada o el extremo de una lanza rodeada de hojas de parra. Debajo había un larguero del que colgaban adornos de metal o un pedazo de tela de colores. El mango del estandarte estaba decorado con discos, medias lunas, proas de barco y coronas, testimonios de los logros de la unidad que distinguían a una centuria de otra.

Sila Félix, Lucio Cornelio (c. 138-178 a.C.): uno de los generales y estadistas romano más famoso de todos los tiempos. Era un hombre despiadado que se convirtió en dictador, provocó guerras civiles y acabó ayudando a debilitar la República, aunque reforzó la posición del Senado y se retiró de la vida pública en vez de mantenerse en el poder.

Silarus, río: el río Sele en la actualidad.

***subarmalis*:** prenda que se llevaba bajo la armadura para proteger el cuerpo de las rozaduras. En singular quizá sea *subarmale*, pero hay controversia al respecto.

***summa rudis*:** oficial que mantenía el orden en la arena con los gladiadores.

***tablinum*:** oficina o zona de recepción situada después del *atrium*. El *tablinum* solía dar a un jardín cerrado con columnatas.

Tanager, río: el actual río Tanagro.

Thurium: la actual Sibari.

***tiro* (*pl. tirones*):** recluta para ejercer de gladiador.

***titanismos*:** nombre dado por los griegos al grito de guerra tracio; supuestamente imitaba un grito a los Titanes, los dioses que precedían a los dioses del Olimpo: Zeus, Artemis *et al*.

Toutatis: dios galo que supuestamente se veneraba como protector de las tribus.

Tracia: zona del mundo antiguo que incluía partes de Bulgaria, Rumanía, el norte de Grecia y el suroeste de Turquía. Estaba habitada por más de cuarenta tribus guerreras.

***tribalos*:** tribu tracia famosa por su salvajismo.

tribuno: oficial de estado mayor en una legión; también uno de los diez cargos políticos de Roma, donde servían como «tribunas del pueblo», defendiendo los derechos de los plebeyos.

trirreme: barco de guerra clásico de los romanos, accionado por una única vela y tres bancos de remos. Cada remo estaba en manos de un solo hombre nacido libre, no esclavo, en los barcos romanos. El trirreme, sumamente maniobrable y capaz de alcanzar hasta ocho nudos con la vela o durante arranques cortos tirado por los remos, también contaba con un espolón de bronce en la proa. Los trirremes tenían tripulaciones muy numerosas en relación con su tamaño. Esto limitaba la distancia que recorrían, por lo que principalmente se empleaban para transportar a la tropa y para proteger la costa.

triunfo: procesión hasta el templo de Júpiter en la colina Capitolina de un general romano que hubiera obtenido una victoria militar a gran escala.

Venus: diosa romana de la maternidad y el hogar.

Vía Annia: carretera romana del norte de Italia; también era una prolongación de la Vía Appia, que iba de Capua a Rhegium.

Vía Appia: la carretera principal que comunicaba Roma con el sur de Italia.

vílico: capataz de los esclavos o encargado de una finca. El *vilicus* solía ser un esclavo cuya labor consistía en asegurarse de que los beneficios de una finca fueran lo más elevados posibles, lo cual solía conseguirse tratando a los esclavos con brutalidad.

Vinalia Rustica: festival romano dedicado al vino que se celebraba el 19 de agosto.

***virtus*:** virtud romana sumamente respetada, relacionada con la valentía, el honor y la virilidad.

Vulcano: dios romano del fuego destructor, que solía venerarse para evitar… ¡el fuego!